

DAVID TRUEEBA

Saber perder



se

Sylvia cumple dieciséis años el día en que comienza esta novela. Para celebrarlo organiza una falsa fiesta que sólo tiene un invitado. Horas después sufrirá un accidente que significará su entrada en la vida adulta. Su padre, Lorenzo, es un hombre separado que trata de superar el abandono de su mujer y el fracaso laboral. Ariel Burano es un joven jugador de fútbol que deja Buenos Aires para fichar por un equipo español. Con su superdotada pierna izquierda, será cuestión de tiempo que el estadio coree su nombre. Y tiempo es lo que no tiene el anciano Leandro, que vive en esa época donde casi todo se derrumba.

Éstos son los cuatro personajes principales de Saber perder. Con las relaciones entre ellos se trenza un relato de supervivientes, de poderosa pegada narrativa y rico en matices. Una mirada capaz de extraer humor y emoción en cada curva del camino, pero que reivindica, por encima de todo, la maravillosa aventura de vivir.



David Trueba

Saber perder

ePub r1.2

Titivillus 17.11.17

Título original: *Saber perder*

David Trueba, 2008

Imagen de portada: «*SMS: posar-li memoria al temps*», Josep Santilari, 2005,
(detalle), cortesía de la Galería Artur Ramón, Barcelona

Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Para Cristina Huete,
productora de películas*

Canto a noite até ser dia

*But in my arms till break of day
Let the living creature lie,
Mortal, guilty, but to me
The entirely beautiful.*

W. H. AUDEN, Lullaby

(Dejad que en mis brazos hasta el alba,
Repose la criatura viviente,
Mortal, culpable, pero para mí,
Absolutamente hermosa).

Primera parte
«¿Es esto deseo?»

1

El deseo trabaja como el viento. Sin esfuerzo aparente. Si encuentra las velas extendidas nos arrastrará a velocidad de vértigo. Si las puertas y contraventanas están cerradas, golpeará durante un rato en busca de las grietas o ranuras que le permitan filtrarse. El deseo asociado a un objeto de deseo nos condena a él. Pero hay otra forma de deseo, abstracta, desconcertante, que nos envuelve como un estado de ánimo. Anuncia que estamos listos para el deseo y sólo nos queda esperar, desplegadas las velas, que sople su viento. Es el deseo de desear.

Sylvia está sentada al final de la clase, fila de la ventana, penúltimo lugar. Tras ella sólo tiene a Colorines, un colombiano vestido con el chándal de la selección española que dormita a través de las clases del día. Sylvia cumple dieciséis años el domingo. Parece mayor, su actitud algo distanciada la eleva sobre los compañeros. Esos mismos compañeros que ahora estudia.

No es ninguno. Ninguna de estas bocas es la boca que quiero que roce mi boca. Ninguna de esas lenguas la quiero enredada en mi lengua. Nadie tiene los dientes que morderán mi labio inferior, mi lóbulo de la oreja, un rincón del cuello, el pliegue de mi vientre. No es ninguno.

Ninguno.

Sylvia está rodeada en clase por cuerpos a medio hacer, caras inconexas, brazos y piernas de equivocadas proporciones, como si todos crecieran a impulsos desordenados. Carlos Valencia tiene antebrazos atrayentes y bronceados que asoman poderosos bajo la camiseta, pero es un presuntuoso sin gracia. El Soso Sepúlveda tiene manos delicadas de dibujante, pero es pánfilo, le falta nervio. Raúl Zapata es fofo, definitivamente no es el cuerpo que Sylvia quisiera recibir sobre el suyo como una ola de carne deseada.

Nando Solares tiene la cara tomada por los granos y a veces se confunde con la pared de gotelé. Manu Recio, Óscar Panero y Nico Verón son simpáticos, pero niños; el primero tiene bigote de pelusa, el segundo sólo habla a trompicones y el tercero ahora se introduce dos lápices en los orificios nasales y se vuelve para causar risa entre cómplices.

El Tanque Palazón sale con Sonia y le rodea la cintura con su brazo y le palmea el culo con su mano de dedos como salchichas en un gesto posesivo que Sylvia aborrece. Huesitos Ocaña está desnutrido, ha crecido sin freno y cecea; Samuel Torán sólo piensa en fútbol y habría que transformarse en balón para atraer su boba mirada marrón. Curro Santiso es ya, a los quince, un vocacional registrador de la propiedad, un gris contable o un asesor de finanzas prematuro sin ningún interés. El Tolai Sanz está fuera de competición por su, más que inclinación, derrame homosexual; bastante tiene con torear la mofa cruel de los machitos que exageran su pluma, lo acosan o lo empujan con el hombro cada vez que se cruzan con él. Quelo Zuazo habita un planeta aún inexplorado y el Chulo Ochoa asiste al instituto con la misma pasión con la que un ingeniero nuclear aceptaría estudiar primaria. Pedro Suanzes y Edu Velázquez son dos góticos, solitarios, pelo largo, ropa negra, respetados en su automarginación por la sospecha de que planean asesinar al resto del grupo mediante algún método doloroso. El Erizo Sousa es un ecuatoriano con el pelo de pincho y risa de lagartija. Y luego está Colorines, apodado así por la variedad de colores con que viste, casi un arco iris.

El reflejo de sol que entra por el cristal y se posa en las mesas a veces ofrece más interés que la clase. Sylvia desearía saltar con pértiga sobre su edad. Tener diez años más. Ya mismo. Levantarse sin permiso, avanzar entre las filas de pupitres, ganar la puerta y dejar atrás lo que ahora vive. Pese a todo, Sylvia aún no ha caído en la ausencia perfecta de Colorines, que a veces juega con la capucha del bolígrafo entre la espesa selva de rizos de Sylvia, como si soñara con encontrar un tucán o alguna otra ave exótica bajo la mata de pelo negro. A Sylvia no le gusta su pelo. Preferiría la melena rubia de Nadia, la bielorrusa adoptada, o el pelo liso de Alba, dos de sus mejores amigas en clase. Lo bueno del pelo es que al menos no tienes que verlo a todas horas. No ocurre igual con los pechos. Dos años atrás Sylvia suplicaba en secreto para que le crecieran; ahora sospecha que sus deseos se hicieron

realidad, demasiado realidad. Como si las plegarias por la lluvia trajeran inundaciones. No se atreve a dar un paso sin su cien de sujetador. Esa prenda que siempre le pareció ortopédica. Por la calle convive con las miradas rijosas que se clavan en ellos, en gimnasia escucha bromear a Santiso y Ochoa con el bamboleo incontrolable, en cualquier conversación hay un instante en el que sus tetas se apropian de la atención, del espacio y del tiempo. Cuando elige una camiseta o un jersey lo hace en competencia con sus tetas, si ellas destacan, el resto de su persona es ignorado. A veces ella misma bromea, no es agradable llegar a todas partes un minuto después que tus tetas. Su amiga Mai le echa en cara que en lugar de camisas compre camiones, ¿preferirías estar plana como yo, que lo mismo da mirarme de espaldas que de frente?, pero Sylvia sospecha que finge envidia para rebajarle el complejo.

En ese mismo pupitre se habrán sentado otros antes que ella, envueltos también por ese sabor agridulce, por ese deseo de desear. El Instituto Félix Paravicino se fundó en 1932, se amplió en 1967 con un impersonal edificio de hormigón que insulta a su original belleza de ladrillo, y en 1985 pasó de femenino a mixto. En el edificio antiguo las escaleras son amplias con suelo de dibujos trenzados bien elaborados y barandilla de madera con un doblez adictivo que miles de manos jóvenes acarician cada día. En el edificio nuevo las escaleras son estrechas y de terrazo de váter, con reposamanos de pino barato barnizado en brillo. En el edificio viejo las ventanas son amplias, con dos hojas de madera y un cierre de hierro que gira con un roce agradable. En el edificio nuevo las ventanas son de aluminio, con un mango que cruje al accionarse. Los pasillos del viejo edificio son anchos, luminosos, de azulejo modernista. En el nuevo son pasillos angostos, oscuros, jalonados de puertas menudas de madera hueca. Cuando alguien pasa de un edificio a otro sufre un bofetón estético; si sirviera de juicio concluyente, el progreso sería considerado aborrecible.

El viernes le resulta más insoportable la sucesión de asignaturas. Doña Pilar, de historia, a primera hora. Apodada «Yo estuve allí» porque por lejano que sea el episodio que explique aparenta edad suficiente para haberlo vivido. Dicen que ha logrado falsificar el certificado de defunción para simular que sigue viva. En el panteón familiar le han dado un ultimátum: le guardan el sitio un par de meses más. A Dionisio, de inglés, le brillan los ojos más que a los

alumnos cuando llega el final de clase, aunque no parece esperarle nada más excitante que la prensa deportiva o quizá alguna conexión a Internet de esas donde salen tías haciéndoselo con un caballo. Carmen, de lengua, tiene un problema nervioso en la mandíbula y se marca de límite hablar diez minutos; el resto lo dedica a ejercicios sintácticos. Durante la clase se lleva la mano a la quijada como si fuera a desprendérsele, y aunque transmite un sufrimiento perpetuo, los alumnos aseguran que todo se debe a sus salvajes prácticas de sexo oral. Don Emilio, de física, recorre incansable los pasillos entre pupitres, como si aspirara a batir una marca olímpica. Sus estudiantes se lo imaginan al llegar a casa orgulloso, cariño, hoy siete kilómetros en cuatro clases. Octavio, de matemáticas, tiene un bigote poblado y parálisis de cuello, se escora hacia la derecha tieso e inestable, como si soplara un viento intenso del lado opuesto. Es el único que a veces les depara la alegría de interrumpir la clase para hablar de la realidad, les comenta un programa de tele, una noticia curiosa o los ayuda a calcular lo que significa una subida de precios aplicada a sus intereses juveniles. Cualquier posibilidad de apearse de la clase durante un instante es recibida como una fiesta. El año pasado al Bombillo le dejaban el periódico sobre la mesa para provocar que lo comentara y hacer pasar la hora. Para Sylvia los profesores tienen aspecto de haber interrumpido su existencia real para ser sólo profesores. Si los encuentra por la calle le resultan irreconocibles, como un médico fuera de la consulta. Algo parecido a lo que le contó su madre en una ocasión en que fue al teatro y desde la fila de delante alguien la saludó con familiaridad. Sólo al llegar al tercer acto cayó en la cuenta de que era su dentista.

Pero Sylvia no tiene mejor opinión de sus compañeros. La clase es un coro de bostezos. En los descansos corren a agruparse, como si temieran quedarse un segundo a solas. En la cafetería o en el patio se congregan ante una revista o la pantalla del móvil e intercambian entre risotadas desafinadas mensajes breves. Luego están los deportistas, para quienes la clase es un tiempo intolerable de banquillo antes de continuar el partido eterno. En el patio se disputan seis partidos simultáneos de fútbol, uno de ellos con una pelotita de tenis en versión reducida del juego no apta para miopes. Sylvia y sus amigas no pueden descuidarse, porque siempre hay alguien que practica puntería con balonazos contra sus culos o sus vientres y toca disimular el dolor mientras los

demás celebran la broma. Los ausentes son aquéllos que no han logrado infiltrarse en ningún grupo mayoritario y vagan por las instalaciones como camaleones que ocultan su soledad. Y están los que se toman en serio los estudios, que intercambian material en la biblioteca y a menudo durante los recreos no salen del aula.

A veces, cuando algún profesor termina la explicación y pregunta si ha quedado alguna duda, Sylvia tiene ganas de levantar la mano y decir sí, ¿podría volver a empezar desde el principio?, pero desde el principio del principio, desde que nacemos, porque aún no he comprendido nada en estos casi dieciséis años de vida.

El verano ha terminado. Un par de semanas atrás, el primer sábado de curso, Sylvia salió con su amiga Mai. Conoció a un chico y se emborracharon de cerveza. Sólo hacía tres meses que había comenzado a beber alcohol. Bailaron juntos sudando en el calor del local abarrotado, y Sylvia acabó con la espalda contra la pared del baño, la vista fija en un quebrado azulejo color canela, la saliva cercana de él, su aliento, y su mano nerviosa que después de fracasar con el cierre del sostén forcejeaba para lograr entremeter los dedos bajo las bragas. El baño estaba sucio, el chico se llamaba Pablo y era imposible entender lo que decía entre susurros húmedos contra su oreja por culpa de la música atronadora. Le costó separarse y salir corriendo entre los charcos de pis del baño para buscar aire en la calle. Cuando levantó la vista él la miraba inmóvil desde la acera de enfrente.

Tampoco iba a ser él. Él tampoco.

Por suerte Mai se la llevó a casa y logró borrar el rastro de humo, cerveza y deseo confuso. No te obsesiones. La virginidad se pierde con el pensamiento, decía Mai. Con el pensamiento y con las pajas, rica. Tú no eres virgen, Sy, lo único que te pasa es que aún no has estado con ningún hombre.

Mai vivía a seis calles de Sylvia, aunque se habían empezado a tratar en el instituto. Ella era un año mayor, pero compartían rincón en la cafetería, una especie de fortín donde Mai ejercía el derecho de admisión con latigazos de su lengua viperina. Sólo unos pocos tenían acceso a compartir el mundo de sus gustos. Sylvia había modelado los suyos propios con el criterio firme de Mai. Gracias a ella se había puesto la primera falda corta, las primeras medias negras, las botas de suela gruesa y, aunque aún no se había atrevido con las

camisetas sin hombreras por temor al escándalo de su busto, el anillo de plata que compraron juntas en un mercadillo de artesanía Mai se lo colocó a Sylvia en el pulgar. Empezó a escribir su nombre con «y» como ella le sugirió y a escuchar música decente. Para Mai la música se dividía en decente y el resto. Mai se había taladrado la nariz con un arete plateado, meaba de pie y fumaba desde los trece años.

El verano pasado Mai se había liado con un chico que conoció en Irlanda, mientras estudiaba inglés. Se pasó todo el mes de julio follando, según le anunciaba a Sylvia en lacónicos correos. «Sy, soy otra. ¡Sí, soy otra!», le escribió un día. Cuando las amigas se reencontraron en el aeropuerto, Sylvia sintió que Mai era otra. Los granos de la barbilla le habían desaparecido, había salteado su pelo negro con mechas rojas y el corte dejaba que el flequillo le tapara un ojo, mi ojo feo. Se había tatuado una enredadera con hojas en forma de cuchillas de afeitar alrededor del tobillo izquierdo y ahora se duchaba casi a diario. A Sylvia le parecía que la boca de Mai era más carnosa, los labios más voluptuosos. Pero donde se había dado la mutación absoluta era en la risa de Mai. Ya no se reía con el desprecio algo torcido con que acostumbraba. No. Ahora le brotaban carcajadas libres que nacían muy adentro de ella, una auténtica risa franca que a Sylvia le olía a sexo y satisfacción.

Es como si el coño hubiera empezado a formar parte de mi cuerpo con todos sus derechos y no como antes, que parecía el realquilado del bajo derecha. Luego le hablaba de Mateo. Es de León, así que inglés no he practicado mucho.

Sylvia escuchaba a Mai hablar de su relación y sentía algo extraño. Aún no lo identificaba como el deseo que silba junto a su oreja.

En su pocilga, como Mai llamaba al cuarto de su casa repleto de cedés y ropa de mercadillo, no entraba el romanticismo. Pero ahora cada viernes se montaba en un autobús para pasar el fin de semana con su chico en una vieja casona del Bierzo. Te convertirás en una aldeana de mejillas sonrosadas, le decía Sylvia, y la broma encubría el temor a la pérdida de complicidad.

En la mesa de la cafetería se les unía Dani. Iba a clase con Mai y su amistad había nacido de una manera espontánea. Un día en que Mai tarareaba incansable una canción, apoyada en un inglés de pega, Dani le tocó el hombro

y le tendió una hoja usada de papel. En los márgenes había escrito la letra de la canción. Hasta entonces no había hablado más de dos monosílabos con ese chico de gafas finas plateadas y mirada huidiza. La canción era de un grupo de Denver que lideraba un tipo oscuro que daba los conciertos rodeado de sus músicos pero sentado en un butacón de orejas. Se titulaba «Let's Pretend the World Is Made for Us Only» y precisamente a ese mundo acotado por uno mismo en el que Mai decía vivir se sumó Dani.

Ese viernes Mai se fuma las dos últimas clases para llegar al autobús de la Alsa con destino León que sale a las tres y media. Sylvia la ve alejarse del instituto con los auriculares bajo la melena, los andares de hombre y las botazas negras a juego con la exagerada sombra de ojos.

A la hora de la salida, Sylvia tropieza con Dani. En realidad le ha esperado para tropezar con él, tras dar vueltas inquieta frente al tablón de anuncios de la recepción. Satur, el bedel, lee un periódico de fútbol y despide con una inclinación de cabeza a cada profesor que sale; a los alumnos sólo les dedica un masticado desprecio. Al fondo del distribuidor hay un cuadro enorme del fraile que da nombre al instituto, una reproducción del retrato pintado por El Greco, con un lema grabado en letras estilizadas: «Ni tan soberbio que presuma agradar a todos, ni tan humilde que ceda al descontento de algunos». Mil veces los ojos de los estudiantes repasan la frase sin acabar de entenderla ni prestarle atención.

Sylvia finge encontrarse con Dani por azar y él levanta los ojos de la revista gratuita que lee, una de esas biblias del gusto juvenil.

Oye, Dani, el domingo celebro mi cumpleaños en casa. ¿Ah, sí? Felicidades. Hago una fiestecita... Vendrá Mai. Y algunos más. ¿Te apuntas? Dani tarda un instante en contestar. ¿El domingo? Sí, por la tarde, pronto. A eso de las cuatro y media, cinco. Ah, pues no sé cómo lo tengo.

Caminan por la calle. Coches en doble fila y ruido de bocinas. Los viernes se atasca la salida norte. El cruce de avenidas está presidido por un Corte Inglés triunfante como una catedral moderna. Una actriz americana y rubia con nariz sospechosa de puro perfecta invita a consumir el otoño. El pantalón vaquero de Dani cae de su cintura, con los bajos deshilachados a la altura de los talones. Sylvia está convencida de que sus labios son demasiado finos y los potencia con un gesto ensayado dos mil veces ante el espejo, la boca

entreabierta.

¿Habr  patatas fritas, coca-cola, medias noches?, pregunta él. Sí, claro, y un payaso que infle globitos con formas de polla, Sylvia se recoloca la mochila en el hombro.  Cuento contigo? Dani asiente. Dieciséis años,  no?, dice luego. Ya ves, dieciséis. Una vieja.

Al caminar el pelo de Sylvia flota sobre sus hombros. Lo lleva suelto y al descender el bordillo se eleva ingr vido y vuelve a posarse. Dani va hacia el metro. Al despedirse, ella est  a punto de decirle la verdad. No hay ninguna fiesta. Es todo una estúpida maniobra para forzar una cita a solas. Pero se limita a contestar a su chao con otro idéntico.

Sylvia camina hasta casa. Hay una ligera brisa que llega de su espalda y que empuja un rizo hacia su mejilla. Como hace siempre que est  nerviosa, Sylvia muerde el mechón de pelo y camina con él en la boca.

2

Aurora se rompió la cadera de una forma nada aparatosa. Al salir de la bañera, levantó la pierna para salvar el borde y de pronto notó un crujido leve. Sintió un ligero estremecimiento y sus piernas perdieron la solidez.

Se cayó despacio, con tiempo de rozar con la yema de los dedos los azulejos de la pared y acomodarse para el impacto. Su codo golpeó contra la grifería causándole un dolor frío y un instante después estaba tumbada, desnuda y vencida, sobre el aún húmedo fondo de la bañera. Papá, quiso gritar, pero la voz le salía débil. Trató de levantar el tono, pero lo más que pudo hacer fue espaciar un lamento repetitivo.

Papá..., papá..., papá.

El rumor llega hasta la salita del fondo, donde Leandro lee el periódico. Su primera reacción es pensar que su mujer le llama para cualquier sandez, que le alcance un tarro de especias demasiado elevado, preguntarle alguna simpleza. Así que contesta un desgano ¿qué pasa?, que no encuentra respuesta. Sin prisa, cierra el periódico y se pone de pie. Luego se avergonzará de la irritación que le provoca tener que renunciar a la lectura. Siempre es igual, sentarse a leer y ella que le habla por encima de la radio o el teléfono que suena, el timbre de la puerta y la pregunta de ella, ¿abres tú?, cuando ya tiene el telefonillo en la mano. Recorre el pasillo hasta identificar el lugar del que proviene la monótona llamada. No hay urgencia en la voz de Aurora. Si acaso fatalismo. Al abrir la puerta del baño y encontrar a su mujer caída piensa que está enferma, mareada, busca sangre, un vómito, pero sólo ve el blanco de la bañera y su piel desnuda como una veladura.

Sin hablarse, en un silencio extraño, Leandro se dispone a levantarla. Toma su cuerpo blanquecino, anciano, entre las manos. La carne flácida, los

senos derretidos, los brazos y los muslos inertes, las venas que se transparentan en líneas violeta.

No me muevas, no. Creo que me he roto algo. ¿Te has resbalado? No, de pronto... ¿Dónde te duele? No lo sé. Tranquila. En un gesto que no alcanza a explicarse, Leandro, que lleva casado con Aurora cuarenta y siete años, agarra una toalla cercana y tapa el cuerpo de su mujer con pudor.

Leandro repara en el fondo de la bañera. Vieja, lijada por el roce del agua, repintada en algún tramo con esmalte blanco que no casa con el resto. Leandro tiene setenta y tres años. Su mujer, Aurora, dos menos. La bañera pronto cumplirá cuarenta y uno de servicio y Leandro recuerda ahora que hace dos o tres años Aurora le habló de sustituirla por una nueva. Mira algo que te guste y si no es mucho lío, le dijo él sin demasiado ánimo. ¿Pero por qué se detenía en ese instante a pensar en la bañera?

¿Qué hago?, pregunta él, perdido, incapaz de reaccionar. Llama a una ambulancia. A Leandro le invade una vergüenza irreprimible. Piensa en el jaleo del vecindario, las explicaciones. ¿En serio? Sí, vamos, llámala. Y vísteme, acércame la bata.

Leandro llama al teléfono de urgencias, le pasan con un médico que recomienda no moverla del sitio y que le solicita información sobre la caída, los síntomas de dolor, la edad, estado de salud. Por un momento piensa que la única atención que van a recibir es telefónica, como otros servicios al cliente, y entonces insiste aterrado, manden a alguien, por favor. No se preocupe, una ambulancia está en camino. La espera se alarga más de veinte minutos. Aurora trata de vestirse, ha metido los brazos en las mangas de la bata, pero cada movimiento le provoca dolor. Ponme un camión en el bolso y una muda, le pide Aurora.

Los sanitarios traen ruido, actividad, de alguna manera un consuelo para la quietud tensa del rato anterior. Sobre una camilla transportan a Aurora escaleras abajo hasta la ambulancia. Leandro, despistado y fuera de sitio, es invitado a subir. Busca con la mirada en el corro de vecinos una cara conocida. Allí está la viuda del primero derecha con la que se enfrentaron por su negativa a financiar entre todos la instalación de ascensor en el viejo edificio. Le mira con curiosidad desde sus pequeños ojos miserables. A la señora Carmen, de su mismo rellano, le pide que suba a cerrar la puerta de

casa que ha dejado abierta. En el trayecto, bajo las ráfagas agudas de la sirena, Aurora toma la mano de Leandro. Estate tranquilo, le dice. El enfermero, con su ridícula chaqueta fosforescente, les mira con una sonrisa, ya verán como no es nada.

Ahora llamas a Lorenzo desde el hospital, vuelve a insistir, es raro que no lleve el móvil. Sylvia estará en clase, pero no les asustes, eh, no les asustes, le advierte Aurora. Lorenzo es su único hijo y Sylvia es su nieta. Leandro asiente, sostiene la mano de Aurora, incómodo. La amo, piensa. Siempre la he amado. No dice nada porque en ese instante tiene miedo. Un miedo paralizante y amenazador. En el interior del cubículo sin ventanas percibe la velocidad con que se desplazan por la ciudad. ¿A qué hospital vamos?, pregunta Aurora. Y Leandro piensa pero, claro, cómo no se me ha ocurrido a mí preguntarlo, yo tendría que ocuparme de estas cosas, pero su cabeza es una interferencia confusa entre mil sensaciones cruzadas.

3

Lorenzo escuchó llegar la mañana, como si la mañana llegara de puntillas. El ritmo de los coches aumentó. El camión de la basura. Los primeros zumbidos del ascensor. La puerta metálica de un comercio que abre en la calle. El despertador de su hija, con esos tres minutos de pausa que concede antes de volver a sonar. La escuchó ducharse aprisa. Desayunar de pie y salir de casa. El helicóptero de la policía que cruza la ciudad a esa hora. Alguna bocina, un motor de coche que cuesta arrancar. Sus manos estaban aferradas al embozo de las sábanas en un gesto crispado. Al soltarse nota los dedos entumecidos, llevan horas en tensión, agarrados a la colcha como los de un escalador a la cordada. El sol de otoño ha comenzado a golpear la persiana y calentar el cuarto.

Se pasa la mano por la cabeza. Había perdido tanto pelo en los últimos meses... De joven tenía entradas, pero ahora era algo demoledor. Tomaba Propecia y compraba un champú anticaída, después de fracasar con consejos menos autorizados. Al principio Pilar se reía al verle contar los pelos que se quedaban en el peine o colocarse un mechón con tiralíneas. Luego había sido consciente del drama que representaba para él y eludía el asunto. Joder, me estoy quedando calvo, decía Lorenzo alguna vez, y ella intentaba tranquilizarlo, no seas exagerado. Pero no exageraba.

El pelo fue la primera de una larga lista de cosas perdidas, pensaba ahora Lorenzo. Sus manos se agarraban también a las sábanas en un gesto de protección, de conservación. Como si perderlo todo no fuera un miedo abstracto sino algo que le sucedía aquí y ahora.

Pero ¿qué has hecho, Lorenzo? ¿Qué has hecho?

Son cerca de las diez de la mañana cuando el teléfono suena con

insistencia. Había tomado la precaución de desconectar el móvil y guardarlo en el cajón de la mesilla. Pero el teléfono de casa sonaba y sonaba. En el salón y en la cocina. Cada uno con su timbre. El inalámbrico del salón, más agudo, más eléctrico. No iba a cogerlo, no iba a contestar. No estaba en casa. Lo oía sonar durante un rato y luego dejar de sonar. Una corta pausa y sonaba de nuevo. Era evidente que se trataba de la misma persona que llamaba de manera tenaz y repetitiva. ¿No iba a cansarse nunca? Lorenzo tenía miedo.

¿Qué has hecho, Lorenzo? ¿Qué coño has hecho?

La noche anterior Lorenzo había matado a un hombre. A un hombre al que conocía. A un hombre que había sido, durante algunos años, su mejor amigo. Al verlo de nuevo, pese a las circunstancias inusuales en que se produjo el reencuentro, pese a la violencia que se desencadenó, Lorenzo no pudo evitar acordarse de la última vez que se habían visto, hacía casi un año. Paco estaba cambiado, algo más gordo. Conservaba su pelo intacto, con la misma onda clara de siempre, pero parecía más lento, más pesado de movimientos. Los dos hemos cambiado, pensó Lorenzo agazapado en la oscuridad. Paco tenía un rostro plácido. ¿Era feliz? Eso se preguntó Lorenzo, y la mera sospecha de que lo fuera podría actuar como atenuante de lo que luego sucedió. No, no podía ser feliz, sería demasiado injusto.

Lorenzo había escapado de allí con los ojos grises de Paco clavados en sus ojos. No es fácil matar a un hombre al que conoces, pelear con él. Es sucio. Tiene algo de suicidio, matas algo de ti mismo, todo lo compartido. Algo de muerte propia. No es fácil tampoco permanecer inmóvil ante un cuerpo que se muere y tratar de adivinar si ya no respira o sólo está desvanecido. Luego repasar cada error cometido, cada movimiento, pensar como lo hará el que llegue después al lugar para averiguar lo sucedido. Aguzar el oído para asegurarse de que nadie escucha, para preparar la cobarde huida. ¿Hay huidas valerosas?

Lorenzo salió por donde había entrado. Por la valla del fondo, después de pasar la mano por el lomo del perro, que le lamió las botas. Había dejado abierto el grifo de la manguera recogida en el garaje para inundar el lugar. Convertirlo en una pecera ayudaría a eliminar las huellas, a complicar el trabajo de reconstrucción. Se elevó sobre el pilar de ladrillo, miró a ambos lados y saltó la valla. Pudo ser visto por algún vecino, grabado por alguna

cámara de vigilancia. Caminó hasta su coche sin apresurarse. Alguien podía observarle, anotar su matrícula, recordar su cara. No era un barrio exclusivo, pero en esa zona de Mirasierra con chalets y edificios de pocos apartamentos los extraños llaman la atención. Tampoco era la madrugada. Eran las once y cuarto de un jueves. Una hora cotidiana, normal, en absoluto una hora criminal. Había matado a un hombre en el garaje, a un hombre al que conocía. Todo había sido un accidente, un error alimentado por el rencor que Lorenzo guardaba contra Paco. El rencor es mal consejero para un hombre.

Lorenzo no consideraba su crimen algo frío, calculado. No era el final planeado. Pero cuando se vio sorprendido por los faros del coche, cuando se elevó la puerta del garaje y él se escondió detrás de la barbacoa envuelta en su funda verde, ya sabía lo que iba a ocurrir. No dudó.

Lorenzo llevaba un machete. Cuando lo compró, en previsión de algún incidente, pensaba más en el perro que en Paco. Aunque sabía que era un perro amable, que ladraba pero luego celebraba las visitas, podía ocurrir que hubiera muerto y tuvieran un perro diferente, violento de verdad. Sí, el perro justificaba el machete. Pero cuando Lorenzo alargó la mano y asió la empuñadura al fondo de la bolsa de deportes, supo que el machete siempre había estado destinado para Paco. Se recordó en la tienda de montañismo mientras sostenía la hoja afilada. ¿En qué pensaba entonces?

Lorenzo había seguido después el plan establecido. Tras cambiarse dentro de su coche había rociado con gasolina la ropa y las botas de dos números mayores que su pie. Los dejó arder en el contenedor de una obra solitaria, pero cualquiera podría haber visto el resplandor de las llamas y, aunque fuera en el otro extremo de la ciudad, relacionaría a aquel hombre con el asesinato. A Lorenzo lo describiría como un hombre corpulento, pasados los cuarenta, calvo, sí, diría calvo, que conduce un coche rojo gastado y si entendía de marcas hasta precisaría, un Opel Astra. El tiempo que se tardaría en ordenar las evidencias es el tiempo que Lorenzo dejaba pasar, parapetado entre las sábanas, con el antebrazo dolorido por algún movimiento brusco de la noche anterior. Aún no ha visto el morado intenso que los dedos de su amigo Paco le han dejado como marca del forcejeo en los antebrazos. Verá los cardenales ovalados, del tamaño de una moneda, y conocerá la huella física que deja un hombre al tratar de aferrarse a la vida que se le escapa. El teléfono ha vuelto a

sonar. Como una amenaza suspendida en el aire.

4

Ariel es de esas personas que nunca se imaginaron llorando en un aeropuerto. Por más ternura que le provocara espiar las lágrimas de otros en esos lugares de despedidas y reencuentros, estaba convencido de que él siempre conservaría el pudor para evitarlas. Ahora se alegra de llevar las gafas de sol, pues tiene los ojos inundados en lágrimas.

El jefe de seguridad del club, Ormazábal, le dijo que preguntara por Ángel Rubio, es el comisario del aeropuerto. El guardia del control de pasaportes escuchó pronunciar el nombre de su superior y levantó la vista. Reconoció a Ariel bajo las gafas de sol y le dejó pasar con una sonrisa cómplice. Así pudo Ariel acompañar a su hermano hasta la puerta de embarque. A esa hora de la noche, un sábado, el aeropuerto estaba tranquilo. Le había impresionado, en la facturación, ver marchar la maleta de su hermano, metálica, enorme, cubierta de adhesivos, arrastrada por la cinta transportadora. La maleta, la misma maleta que había llegado con ellos mes y medio antes. Se iba. Y Ariel se quedaba solo en esta ciudad aún no domesticada, en una casa enorme donde al regresar sólo encontraría el eco de Charlie, su hermano mayor.

Charlie era el ruido y la euforia, el jaleo, las decisiones, el temperamento, la voz. En Buenos Aires, cuando el runrún sobre el interés de algún equipo español por él pasó de ser un rumor a una realidad firme, Ariel no dudó un instante. Tú vendrás conmigo, Charlie. Su hermano era esquivo, mi vida está hecha acá. La mujer, los dos niños, yo no sirvo de custodio, de niñera, de chaperona. Nunca dijo sí, pero durante la negociación se habló de pasajes de avión para ambos, tres viajes dobles por temporada, la casa donde viviremos, el día en que llegamos, nuestros intereses.

En Ezeiza, cuando los dos hijos de Charlie se abrazaron a su padre, Ariel

se sintió egoísta. Necesitaba a su hermano, llegar con él, tenerle cerca, alguien que resolviera los asuntos diarios. Pero también sabía que hacía un favor a Charlie. Se asfixiaba en Buenos Aires, la vida familiar y laboral lo escrachaba, como decía él. Aunque le oyera tranquilizar a los muchachos, no se preocupen, el que se marcha es el tío Ariel, yo regreso ya mismo, sabía que Charlie escapaba con gusto, que anhelaba Madrid. Arrastraba a su hermano mayor porque sabía que él disfrutaba con la aventura. La carrera de Ariel, desde siempre, era una experiencia que Charlie vivía de modo vicario, más aún desde que su hermano se convirtió en profesional del fútbol.

Dejaban atrás a los padres. Él con su trabajo de ingeniero municipal y ella fingiéndose la dura, aunque se rompiera el día de la partida y avisara, al aeropuerto no voy, tengo que proteger este corazón. El padre sí vino, se quedó al otro lado del control, sujetando a sus dos nietos por el pecho y con la esposa de Charlie a su espalda. Ella lloraba. Perdía un marido, quizá, pensó entonces Ariel. Pero el viejo no lloraba. Asistía con una mezcla de orgullo y tensión al salto de su hijo Ariel hacia la vida adulta.

De otros jugadores que dejaban la Argentina para probar suerte en Europa se sabía que viajaban con su séquito. Familiares, niñeras y los amigos que pasan a convertirse en profesionales del negocio de integrar el íntimo círculo de confianza. Los amigos del buen tiempo, que diría el Dragón Colosio, los que desaparecen cuando llega la tormenta. Amigos de boliche y *cabaret* que conseguían hacer menos abismal la hora de cierre. Había que protegerse del vacío, de lo desconocido. Pero su padre le había contestado a Ariel, cuando les propuso acompañarlo a Madrid, no seas como esos tarados que dejan que los de alrededor se fundan su plata y su vida, aprovecha para conocer otro país y bancártela como te corresponde, por ti solo. Cuando supo que Charlie acompañaría a Ariel se limitó a encogerse de hombros.

Con Charlie a su lado Ariel podía cerrar los ojos en el avión camino de España y dormir la mayor parte del vuelo con la cercanía inquieta de su hermano, que miraba todas las películas a la vez en los canales de su pantalla, pedía otra cerveza cuando aún le quedaba la mitad de la anterior, hablaba en tono alto y divertido, tonteaba con la azafata, ¿y en España todas las minas son tan bonitas como vos? Irradiaba la seguridad del hermano mayor, la misma con que llevó a Ariel de la mano a la Escuela Maternal Almirante Curiel en su

primer día de clase, con cuatro años, y al pisar el suelo gastado del patio le dijo si alguien te toca o te da bronca, quédate con su nombre y me decís después. Tú no te fajes con nadie, ¿de acuerdo?

Ariel se había sentido el mismo niño del primer día de escuela al aterrizar en el verano caldoso del mes de julio en Barajas y verse acorralado por una tropa de fotógrafos y cámaras de televisión que le disparaban preguntas sobre sus expectativas, su demarcación favorita, su conocimiento de la afición española o la supuesta polémica en torno a su dorsal, Dani Vilar no quería cederle el número siete. A su lado, Charlie, la sonrisa ladeada, le guiaba hacia la salida y repetía, ya habrá oportunidad para las preguntas, señores, ya habrá oportunidad, y se encontraba con el enviado del club, primera vez que veía a Ormazábal, y le decía con autoridad, ¿dónde carajo está el coche? Era el mismo hermano que con diez años cuando Ariel celebraba su quinto cumpleaños le convenció de que él siempre le doblaría la edad, como ocurría en ese momento. Cuando vos tengás diez, yo tendré veinte y cuando vos tengás cincuenta yo tendré cien. Y aunque ya entonces las matemáticas negaran ese forzado razonamiento, Ariel nunca había dudado de que su hermano le doblaba en todo.

Pero ahora se iba. Por eso no se había quitado las gafas ni en la sala Vip donde esperaron el embarque. No quería que lo importunara nadie pidiéndole un autógrafo, pero tampoco estaba seguro de dominar las lágrimas, por más que su hermano le quitara dramatismo a la separación, yo tenía que regresarme. Es un poco antes de lo pensado, de acuerdo, pero esto iba a pasar.

Charlie repasó para Ariel todo lo que quedaba en orden, organizado. La casa alquilada por el club, una residencia en las afueras, en una urbanización exclusiva donde había políticos retirados, empresarios de éxito, alguna estrella de la televisión, un lugar donde a nadie le llamara la atención la presencia de un futbolista. Emilia y Luciano eran la pareja que se ocupaba de la casa. Él se cuidaba del jardín y de reparar cualquier avería, ella limpiaba y cocinaba. Ambos desaparecían a las tres de la tarde. Cuando Ariel se excusó una mañana antes de salir hacia el entrenamiento porque la mesa del salón había amanecido llena de botellas vacías de cerveza, ceniza y colillas abandonadas por Charlie, Emilia le tranquilizó, estos dos años hemos tenido a un ejecutivo inglés y de verdad no he conocido jamás a alguien tan guarro. Con

decirte que Luciano tuvo que repintar las paredes y hasta cambiar las tapas de los inodoros está todo dicho. Y eso que era directivo de una multinacional de productos de limpieza, pues en casa del herrero, cuchillo de palo.

Emilia, le decía Charlie, te tratará como una madre. Ya viste cómo guisa. El problema del coche lo tenían resuelto doce horas después de llegar a Madrid. En el club tenían ofertas de todas las marcas y Charlie eligió un Porsche Carrera color platino metalizado después de visitar el concesionario con el ayudante del jefe de prensa. Ante las dudas de Ariel sobre la elección, Charlie fue rotundo, es un coche desafiante, para ir dejando claro que vienes a hacerte ver. En este equipo te tienes que ganar el sitio hasta en el aparcamiento de la cancha. Y si te cansas pues lo cambias, las marcas se mueren por promocionar con futbolistas. En el aeropuerto Charlie le advierte, ahora no vayas a cambiar el coche por un todoterreno, que te conozco. Aquí esos coches sólo los llevan las mamás para sentirse más protegidas en sus tanquetas.

En el club ya no quedan misterios por desvelar. Conoce al personal que le puede ser útil. El presidente era un hombre curtido en los negocios de la construcción, pero que ahora presidía un auténtico imperio de protección privada, con más de cien mil empleados, fabricante de coches blindados, furgonetas de transporte de dinero, alarmas, puertas acorazadas. No se interesaba por el fútbol a menos que le costara insultos de la grada, entonces era irascible, imprevisible y de reacciones infantiles. Sin atractivo, algo chepado, pelo canoso, los jugadores lo apodaban «la madre de Psicosis». En los primeros entrenamientos bajó al césped a saludar a los futbolistas y cuando estrechó la mano del capitán, Amílcar, un veterano jugador brasileño nacionalizado español, le dijo ¿pero sigue usted aquí?, pensé que ya se había jubilado. Aunque hablaba en serio, todos lo rieron como broma. Relacionaba su éxito empresarial con la filosofía de juego, quiero que mi equipo tenga la mejor defensa de la liga, que nadie nos robe la pelota. En la presentación de Ariel, antes del ridículo trámite de mostrarlo a las televisiones peloteando con la camiseta del equipo a solas en el césped, el presidente habló a los periodistas, yo sigo con mi empeño de fichar defensas, de tener un equipo seguro como una fortaleza y me han dicho que los argentinos pegan buenas patadas y se dejan la piel en el campo. Ariel se vio obligado a reír y bromear

con los periodistas, siempre me dijeron que la mejor defensa es un buen ataque, sin saber a ciencia cierta si el propietario del club era consciente de que acababa de firmar a un extremo izquierda.

Quien mandaba de veras era el director deportivo, un exjugador de la casa, defensa central de quien contaban que sobre la chimenea de su salón podía lucir con orgullo varias tibias, no pocos peronés e incluso el fémur de algún contrario cazado en el terreno de juego. Su carrera en los despachos se asentaba sobre lo opuesto, sinuoso y sibilino negociador. Seguían llamándolo por su nombre de jugador, Pujalte, y cuando Ariel le preguntó por su nombre de pila, él le respondió déjalo, todos me llaman Pujalte, es más fácil.

El entrenador, en cambio, no llegaba de triunfar como jugador, se había hecho un nombre en un equipo modesto al que había ascendido de Segunda. Bajaba la cabeza de un modo casi imperceptible cuando estaba ante Pujalte, que le hablaba con autoridad casi física, le retaba con su pasado de jugador experimentado. Se llamaba José Luis Requero y practicaba un fútbol de laboratorio, prefería la pizarra al césped, su ordenador portátil rebosaba de estadísticas y tenía siempre cerca a un joven delicado y tímido, decían que era familia del presidente, que se dedicaba a grabar y remontar imágenes de partidos para corregir errores propios o preparar enfrentamientos con rivales. Requero decía ejercer psicología de grupo, daba largas charlas tácticas apoyadas en anotaciones de su inseparable cuaderno y si algún periodista sugería que ya se le empezaba a conocer como «el profesor» sonreía con abierto agrado. Era su segunda temporada en el club, tras un año discreto y sin títulos. El primer día de entrenamiento les presentó a sus colaboradores que incluían preparador físico y dos ayudantes, casi clónicos de él, los masajistas y el utillero jefe con su pequeña tropa, y el entrenador de porteros, un exguardameta nacido en Eibar y con facciones preneandertales. Luego regaló a cada miembro de la plantilla un ejemplar del libro *El triunfo compartido*, escrito por dos jóvenes empresarios norteamericanos y que se abría con una máxima: «Cuando celebres tu triunfo, no olvides recordar que nada habrías logrado sin la ayuda de los que te rodean». A los pocos días de pretemporada, el libro ya era objeto de la mofa generalizada en el vestuario, sobre todo por una frase extraída de la página veintiséis a la que atribuían una soterrada carga homosexual, «un hombre con otro hombre al lado son mucho más que dos

hombres». Sí, claro, dos pedazos de maricones, resumía con éxito entre su auditorio el lateral Luis Lastra.

Ariel había tenido distintos entrenadores a partir de su fichaje, con diecisiete años, por San Lorenzo. Hasta entonces, había sido jugador con un solo maestro, el viejo Simbad Colosio, que dirigía una escuela de fútbol cerca del viejo Gasómetro donde se habían formado cientos de jugadores para un equipo pequeño que jugaba en la Quinta. A Ariel lo había invitado a unirse a ellos con doce años, tras verlo jugar en un campeonato de la ciudad. A Charlie le decía siempre, la única manera de sacar algo de la pierna izquierda de tu hermano es mantenerle alejado por un tiempo de los equipos profesionales. Ahorrarle la enfermiza obsesión nacional por dar con un nuevo Maradona. Cinco años lo tuvo Ariel como director técnico, con él se hizo futbolista. En Buenos Aires hay que llegar al fútbol grande como un submarino, porque aquí las expectativas matan como puñales, le oyó decir en una ocasión.

Simbad Colosio había sido un segundo padre para Ariel. El desinterés del suyo por el fútbol, algo a lo que calificaba de «opio autóctono» o «desgracia nacional» según el grado de irritación que le provocaba su presencia en todos los ámbitos, había entregado al joven Ariel a las manos del viejo preparador. Colosio era un hombre de aspecto triste, gastado chándal, pelo canoso y que hablaba despacio tomando por el hombro a su interlocutor. El padre de Ariel no quiso repetir con su hijo menor los errores que creía haber cometido con Charlie. Su empeño por alejarlo del deporte y de la calle no habían evitado que su hijo mayor se convirtiera en un empleado sin cualificación en la empresa de unos amigos que le debían favores. Se casó temprano y a los veintidós años ya tenía dos hijos. Durante la adolescencia de Charlie, padre e hijo se habían relacionado como perros rabiosos, así que cuando llegó el turno de Ariel su padre optó por la calma, la relajación, lo que permitía a Ariel dedicarle al fútbol sus mejores horas mientras las calificaciones escolares no fueran demasiado preocupantes.

A Colosio lo llamaban Dragón. Le había quedado el apodo de su época de jugador. Ahora a veces le decían Dragón Dormido, porque su carácter parecía apaciguado hasta que estallaba en lo que parecía el coletazo fiero del dragón irascible que debió de haber sido cuando contaban de él que hacía perder el balón a los delanteros con sólo escucharle respirar. Venía a recoger a Ariel a

la esquina de su casa en Floresta tres veces por semana en su Torino blanco del 80. Para entonces ya había recogido en la parada del colectivo a Macero y Alameda, que vivían en Quilmes y Villa Esmeralda. Los tres se sentaban en la trasera del coche, Ariel les regalaba sus cromos repetidos de la colección del campeonato y esperaban a que el Dragón se cansara de su propio silencio y los obsequiara con alguna anécdota de fútbol. Del fútbol de los cincuenta y sesenta, de cuando los jugadores jóvenes tenían que lustrar las botas a los veteranos, de cuando los balones se cosían, de cuando la única droga en los vestuarios era un termo de café bien negro y las primeras anfetaminas, de cuando al portero le pedías la pelota tratándolo de usted, de cuando no había televisión y las jugadas magistrales tenías que archivarlas en tu memoria y saberlas contar como Lioravanti, de cuando vivir del fútbol sólo era un lujo al alcance de los más grandes. Hablaba sin nostalgia, sin mitificar el pasado, siempre rezongaba para terminar, qué mierda de años, hijos, qué mierda de años.

Dragón Colosio le había enseñado a jugar enfadado, a no ir al campo a ganar amigos, a decirle malas palabras a los defensas, a ejercitarse durante quince minutos al terminar los partidos porque quien no piensa en el partido siguiente no es futbolista, a pisar la cal de la raya de banda cuando se te olvida que juegas de extremo, a no llorar las derrotas porque llorar es para los tangos. Ya cuando con quince años a Ariel lo quisieron fichar de un club profesional y Charlie insistía en aceptar, Colosio le dijo algo que quizá hoy, en el aeropuerto de Madrid, aún tuviera validez: Ariel, tu hermano es tu hermano y vos sos vos. Entonces Ariel se quedó, por más que Charlie le tratara de convencer, el Dragón es un perdedor y no puedes dejar que te dirija la carrera un perdedor. Ahora también se queda solo y piensa Charlie es Charlie y yo soy yo. Pero ¿quién soy yo?

La rutina te mantendrá ocupado, le decía Charlie, no tendrás tiempo para sentirte solo. Charlie es el último en embarcar, casi desafiante ante los empleados de la compañía aérea que le urgen a hacerlo. Abraza a Ariel y al oído, en voz muy baja, se refiere por fin a la razón de su precipitada partida, la cagué, Ariel, por eso no me merezco quedarme a tu lado. No quiero mancharte. Ahora tienes que volar solo, espero que nos hagas sentir orgullosos. ¿Hecho?

Hecho.

Aprieta bien fuerte la espalda de Ariel para atraerlo hacia sí. No llores, boludo, alguien que gana dos millones y medio de dólares al año no puede llorar. Y se pierde por la manga hacia el avión.

Ariel desanda el camino hasta llegar al coche aparcado frente a la terminal. Regresa al hotel donde el equipo pasa la noche antes del partido del día siguiente. Pujalte le había concedido el permiso para abandonar la concentración y acompañar a su hermano al aeropuerto, por supuesto, la familia es lo primero.

Al entrar en el hotel ve a algunos de sus compañeros que charlan en grupitos antes de subir a las habitaciones. Amílcar le hace un gesto de saludo. Es el veterano de más autoridad. A su lado está Poggio, el portero suplente que calienta banquillo desde hace cinco años de manera ininterrumpida, lo que me convierte en el culo mejor pagado del mundo junto al de Jennifer López, asegura de sí mismo. También Luis Lastra, un santanderino que llegó al equipo la temporada anterior y que tiene una risa contagiosa con la que celebra a carcajadas los chistes propios. De pie, apoyada la zapatilla inmaculada sobre una silla, está el joven Jorge Blai, que se retoca el flequillo lacio una y otra vez. En la barra, el ghanés Matuoko, un compacto armario humano, que bebe con disimulo un *gin-tonic* apartándolo tras cada trago como si quisiera hacer creer que la copa no es suya. Cerca dos o tres jugadores más, el grupo de brasileños, y el entrenador de porteros que come aceitunas de seis en seis y lanza los huesos como una metralla hacia la papelera lejana.

Ariel les devuelve el saludo, pero no se incorpora al grupo. Camina hacia los ascensores y alguien le habla junto a la recepción. ¿Ya se ha ido tu hermano? Me hubiera gustado despedirme de él. Ariel se vuelve. Reconoce el rostro sudado bajo los rizos pelirrojos y las gafas de gruesa pasta negra. Es un periodista. Se llama Raúl, pero todos le llaman Ronco porque en lugar de cuerdas vocales parece tener zarzas. Habitual de los entrenamientos y las ruedas de prensa, en sus comentarios escritos en un periódico siempre se ha mostrado positivo hacia Ariel. Se han tratado en diferentes ocasiones, pero Ariel evita que se fabrique una intimidad falsa, recela de los periodistas. Escriben de la pesca, solía decir de ellos el Dragón, cuando el único pescado que han visto en su vida es el que les dan de comer en los restaurantes. Ronco

le ha apuntado su número de teléfono en una tarjeta del hotel y se lo tiende con dos dedos, llámame si necesitas cualquier cosa.

Ariel le devuelve un gesto de aprecio. En el espejo del ascensor comprobará si sus ojos aún están enrojecidos, si delatan que viene de llorar. Antes de alejarse escucha al periodista que le dice, con su voz raspada y afónica, suerte mañana.

5

Sylvia escucha salir a su padre, que ha quedado con amigos para ir al fútbol. Le ha visto envolver un bocadillo de lomo en papel de plata y descolgar la bufanda del equipo del perchero de la entrada. Como un crío, ha pensado. Antes han comido en la cafetería del hospital, con el abuelo. Leandro parecía fatigado después de dos noches en vela. Han logrado convencerle para que deje que sea la tía Esther quien se quede esa noche a dormir en la habitación de la abuela. No puede haber dos mujeres más distintas a juicio de Sylvia. La abuela Aurora es ligera, los ojos claros, suave en las formas, a menudo repite el gesto de posarse la mano sobre los labios, como si riera en secreto o bostezara o se callara algo. Su tía Esther es convencional, expansiva. Habla a voces y al reír enseña las encías rosadas, más grandes que los enormes dientes de su boca de excavadora. Se casó y tiene cinco hijos y siete nietos, cuyas fotos muestra orgullosa cuando tiene ocasión y también cuando no la tiene. Sylvia apenas ve a sus primos y la tía Esther le vuelve a mostrar los retratos en cada ocasión como quien enseña un catálogo de productos en venta. A uno de ellos, Miguel, de su misma edad, lo recuerda bien. Le partió a Sylvia un diente de leche años atrás de un raquetazo. Al parecer fue por amor.

El reloj de la cocina marca las cuatro y media. Su padre ha dejado la radio encendida, que inunda la tarde de domingo con la previa de los partidos, la publicidad de tabaco y alcohol. Sylvia tiembla de nervios. En su cuarto pone música y sube el volumen. El pie derecho oscila como si tuviera un motor propio. Sylvia canta por encima de la música y trata de no pensar. El frío enfría el deseo; encendamos el fuego. Preferiría no oír el timbre del portero automático que suena con una pulsación corta, pero lo oye. Sin prisa, va hasta la puerta para abrir a Dani.

A lo largo del fin de semana Sylvia ha estado tentada de anular la cita varias veces. Esa misma mañana escribió desde el pasillo del hospital un mensaje en el móvil: «Al final no habrá fiesta de cumple, ya hablaremos», pero no llegó a enviárselo a Dani. Desde que lo invitó a su falsa fiesta se había sentido ridícula.

El mismo nerviosismo infantil, casi histérico, de los días en la playa durante el verano pasado cuando rondaba la barra del chiringuito o jugaba a la máquina para deshojar la duda de si uno de los camareros la miraba con interés o, por el contrario, los veintitantos años de él suponían un desfase insalvable. El desfase entre lo que se desea y lo que se puede conseguir, entre lo que se es y lo que se quiere ser. De la misma manera había invitado a Dani a su fiesta de cumpleaños aunque no hubiera fiesta de cumpleaños.

El mismo viernes caminó hasta casa mientras deshebraba la esquina de cartón de su carpeta. Llegó convencida de que lo mejor era llamarle y anular la invitación de unos minutos antes. Pero encontró una nota de su padre junto a las migas de una tostada. La abuela Aurora estaba ingresada. Se fue al hospital y así evitó la tentación de arrepentirse.

No te asustes, fue lo primero que le dijo su abuela cuando la vio entrar. En dos horas iban a instalarle una prótesis correctora, una solución de plástico frente al envejecimiento de los huesos, pero ella parecía calmada y de buen humor. Unas se ponen pechos o labios de plástico, pues yo la cadera.

Es un trámite, la operación es un trámite, repetía el abuelo. ¿Verdad, Lorenzo? ¿A que nos lo ha dicho el doctor? Pero el padre de Sylvia no contestaba, daba vueltas alrededor de la habitación, como si estuviera enjaulado. Lorenzo sudaba y se quejaba del calor. Me he enterado a última hora de la mañana, porque he estado de entrevistas de trabajo y no tenía conectado el móvil, se justificaba.

El médico era alto y con la cara surcada de venas rojas. Hablaba para sí mismo, como si más que informar a la familia repasara una lista de cosas por hacer. Sylvia reparó en una mancha rojiza en su bata, pero no era de sangre, más bien parecía de chorizo. Cuando después de la operación volvieron a subirla al cuarto, la abuela estaba débil como un pájaro herido. El abuelo les insistió en que se fueran, volved a casa. Ahora está bajo los efectos de la anestesia, aquí no hacéis nada, les dijo.

Sylvia y su padre volvieron a casa. Ella preparó algo de cenar, Lorenzo rastreaba las noticias canal tras canal. Llama a tu madre y se lo cuentas, le dijo a Sylvia. Ella la llamó más tarde, al móvil. De fondo se oía ruido de conversaciones, estaba en un restaurante. Pilar le pidió el número de habitación del hospital y luego hablaron de pasar pronto un fin de semana juntas. Se despidieron con calidez. ¿Estás bien?, le preguntó su madre. Sylvia afirmó, sin pensar la respuesta.

Su madre había abandonado a su padre cinco meses atrás. Sylvia nunca imaginó que aquello ocurriría. Sus padres para ella eran un bloque, dos piezas ensambladas para siempre. Cuando todo se quebró, entendió que compartían los restos, sólo los restos, de una vida en pareja, que hablaban de nada cotidianas, que apenas tenían intimidad pese a la convivencia. La madre de Sylvia, Pilar, tomó la decisión un día de marzo, llovía a ráfagas y, antes que a su marido, confió a su hija lo que planeaba. Voy a dejar a tu padre, Sylvia. Se abrazaron y hablaron largo rato. El amor se extingue sin que te des cuenta, le decía Pilar. Le explicó que había sido capaz de soportar la lenta demolición, de acostumbrarse a sobrevivir entre los escombros de lo que antes fue amor, pero eso se transforma en una losa insoportable el día en que vuelves a descubrir la pasión por otra persona. La vida se te hace invivible y la mentira empieza a herirte. Tengo cuarenta y dos años, ¿tú no crees que merezco otra oportunidad?

Sylvia no tuvo que esforzarse para comprender a su madre, pese a lo inesperado de la situación. Pero en lugar de transmitirle esa comprensión, sin saber muy bien por qué, lo primero que dijo fue pobre papá. Su madre se echó a llorar, muy despacio, con los labios apretados. Se había enamorado del director de su oficina en Madrid, Santiago. Pronunció el nombre de la manera como sólo se pronuncian los nombres de alguien a quien se quiere. Su madre trabajaba en una empresa dedicada a la organización de ferias y actos sociales y culturales. En el último par de meses habían aumentado, ahora entendía por qué, los viajes de Pilar, las obligaciones laborales a deshoras. Pilar y Santiago habían tenido una aventura prudente hasta apostar por la nueva relación. Luego a él le habían ofrecido dirigir la sucursal en su ciudad, Zaragoza. Mucho antes de que esto ocurriera, entre tu padre y yo ya sólo quedaba la cómoda costumbre de vivir juntos, de educar una hija juntos, de

reunimos con amigos y poco más; dejar pasar el tiempo, le explicó a Sylvia. Las madres no abandonan a los padres y aún menos a las hijas, pensó Sylvia. En esta ocasión, traumática pero esclarecedora, Sylvia miró a su madre como a una mujer, no sólo como a una madre, esa especie de electrodoméstico sentimental, y le dijo tú tienes que ser feliz.

El padre de Sylvia se había agarrado al televisor, a la música, al fútbol de los domingos, a tratar de recomponer su vida laboral, a equilibrar sus cuentas, a recuperar algún amigo medio olvidado, a salir más a menudo. Intentaba llevar la casa, mostrarse a disposición de su hija, no dejar transparentar la derrota. Sylvia le observaba. Trató de estar más tiempo en casa, de cocinarle cuando le veía sin ganas de nada, acompañarle los domingos al mediodía a casa de los abuelos. Él decía «tu madre» y ya nunca «Pilar». Poco a poco se esfumaron las fotos y los recuerdos, los detalles acumulados en veinte años de vida en pareja. En dos rápidas visitas ella había terminado por llevarse la ropa y su material de trabajo, que ocupaba las repisas más vivas del pequeño despachito. Sus cosas de baño y otros diversos detalles se fueron borrando como la luz de la tarde. En presencia de Sylvia sus padres no habían discutido ni se mostraron violentos más allá de un silencio espeso cuando tenían lugar esas escenas de separación. Mai siempre le contaba a Sylvia que la peor época de su vida fue el divorcio de sus padres, cuando una puta psicóloga les dijo que por mi bien, por el bien de la niña, y yo tenía entonces siete años, en vez de separarse de golpe lo hicieran poco a poco; se pasaron ocho meses dándose de hostias e insultándose, así que para evitarme el trauma de la separación me tragué el horror de su convivencia forzada.

Conoció al nuevo amor de su madre en una cena gélida en un restaurante de Madrid, luego Sylvia se avergonzaría de su comportamiento tacaño y nada esforzado. Lo había vuelto a ver en las ocasiones en que había viajado a Zaragoza para comprobar cómo su madre se había instalado en otra ciudad, en otro piso, en otra vida. Pero Sylvia sostenía una inquebrantable fidelidad a su padre. Me necesita más, decía.

Un día, de pronto, los objetos de la cocina ya tenían otro orden y los dispersos elementos de la casa parecían posados en otra disposición. El mando del televisor dormía sobre el sofá y ya nadie lo devolvía con orden sobre la mesita. El teléfono inalámbrico nunca amanecía en su cargador, la

lavadora no sonaba con el mismo ruido al girar el tambor ni el frutero estaba siempre lleno sobre la encimera. La sombra de su madre no desapareció del todo, pero dejó de notarse su mano en cada detalle de la casa.

Sylvia habló el sábado por la tarde con Mai. Estaba al calor de su chico, lejos. La conversación fue corta. No le dijo nada de la invitación a Dani a su falsa fiesta de cumpleaños. Sylvia se encerró a escuchar música y su padre le preguntó si no salía esa noche. Yo me voy a dar una vuelta, anunció. Sylvia lo imaginó como esos hombres de mediana edad a los que a veces ve en una discoteca o en un bar, que parecen volar bajo, con aires de triste depredador, desnudos al salir por la noche sin pareja. En la cama Sylvia se acarició con manos que no imaginaba propias. Mai le aconsejaba sentarse un buen rato encima de la mano. Hasta que se te duerma, entonces parecen los dedos de otro y da más gustillo tocarte. Con la decidida intención de anular sus planes del día siguiente se había dormido, culpable y ridícula.

Dani trae dos paquetes envueltos que entrega a Sylvia mientras intercambian un beso en la mejilla. ¿Soy el primero?

¿A ti no te avisé?, finge Sylvia. Al final anulé la fiesta porque Mai se iba a León y a los demás no les venía bien. No jodas, ¿me voy?, pregunta él, algo incómodo. No, no, qué fallo. Dani duda antes de entrar, qué corte, aquí yo solo. Bueno, lo celebramos tú y yo. Tampoco hace falta mucha gente para montar una fiesta, ¿no?

Sylvia le conduce hasta su cuarto, donde la música no ha dejado de sonar. Cierra la puerta tras ella, mi padre se ha ido al fútbol. Sylvia abre el paquete más pequeño. Es un disco de Pulp, en la portada una rubia casi de plástico, desnuda boca abajo sobre un terciopelo rojo como sus labios pintados. Un adhesivo de precio rebajado. No consigue romper el envoltorio de plástico, enfrascada en la labor mientras nota cómo le sube el rubor hasta la cara. Alguien ha calculado que cada persona de media perdemos dos semanas de nuestra vida sólo en quitar el puto precinto de los cedés, dice Dani. Mientras habla, desenvuelve el segundo regalo, una botella de tequila Cuervo. Pensé que seríamos varios, pero nos la vamos a tener que beber nosotros solos, dice.

Sylvia trae dos vasos pequeños y se sienta en la cama. Dani revisa las paredes de la habitación mientras suena el nuevo cedé y mueven la cabeza al ritmo. Sylvia repasa los adornos del cuarto en busca de errores

imperdonables, algo de lo que avergonzarse. Hay fotos con Mai, algún cartel y bastante desorden. Beben chupitos de un trago y con el segundo brindan. Sylvia abre una bolsa de patatas fritas y pone pistachos en un tazón. Se emplean en pelarlos y de vez en cuando alguno hace un comentario sobre la música: «¿Por qué tenemos que matarnos para demostrarnos que estamos vivos?». Bueno, ¿no? Sí. Los tragos arden en la garganta de Sylvia y luego se alojan en su estómago como una burbuja de fuego.

¿Se puede mezclar con coca-cola o es un pecado? Al revés, buena idea, dice Dani. Y luego fija la vista en la foto de un cantante sobre la pared. ¿Te parece guapo ese tío? Depende de con quién lo compares. Ya, claro, si lo comparas con el Lelo, dice Dani refiriéndose a don Emilio, el profesor de física. ¿A ti también te dio clase? Dar clase es decir demasiado. Se pasó un curso dando caminatas entre los pupitres mientras dejábamos la punta de los bolis en el borde para que se le llenara la bata de rayajos. El tipo iba hecho un cristo.

Más tarde traduce para Sylvia mientras el cantante se arrastra sílaba a sílaba: «Éste es el ojo de la tormenta. Es por lo que pagan dinero hombres con gabardinas desteñidas, pero aquí es puro». Joder, es rara, ¿no?, dice Sylvia. Y luego se siente ridícula por el comentario. Ella se adelanta un paso y Dani lleva su mano hasta la nuca, bajo los rizos. Sylvia siente que él tarda una eternidad en acercar su boca y besarla con delicadeza. Lo primero que nota es la montura fina de las gafas de Dani rozar su mejilla. La boca sabe a tequila y cuando separan los labios los dos vuelven a beber.

Pierden la noción del tiempo, pero emplean tres cuartos de hora en besarse, en acariciarse la espalda, en atraerse el uno hacia el otro. Cuando Dani lleva su mano hasta el culo de ella, sobre el pantalón, y luego escarba entre la cintura para sumergirse hacia la piel, Sylvia encoge la tripa porque se siente gorda y luego se apoya contra la pared. Desabotona la camisa a cuadros de él, despacio, y le acaricia con la punta del dedo la línea de las costillas. Estoy muy borracha, anuncia ella, y él rellena los vasos por toda respuesta. Se besan con la boca inundada de tequila. Les cae por la barbilla y ríen. Él le suelta el botón de la cintura, ella palpa la excitación de Dani colocando su mano sobre el pantalón. Impide que le suelte el elástico del sujetador. Teme que sus pechos se desparramen, se adueñen de todo. ¿No me vas a dejar

desnudarte?, pregunta Dani. No, es mi cumpleaños, dice Sylvia.

Es consciente de que su miedo arruinará el momento. No va a llegar a nada y tiembla. Va a echarlo todo a perder. Se apodera de la iniciativa como única vía de escape. Suelta la cintura del pantalón de Dani. Están de pie, juntos. Le aparta las manos cuando él las lleva hasta sus pechos. Palpa su sexo bajo el calzoncillo y se evade un instante al pensar que es la primera vez en toda su vida que toca una polla. Le baja el elástico hasta desnudarlo, pero no mira hacia abajo. Continúan en un beso que parece llenarlo todo, en el que se concentran para no reparar en lo demás. Sylvia pasea la yema de sus dedos sobre el contorno desnudo de él. De la mesa alcanza el papel de regalo que escondía la botella y, divertida, envuelve con él el sexo de Dani. Éste es otro regalo, ¿no? Dani ríe. Ella comienza a masturbarlo con la mano sobre el papel. ¿Le divertirá o sabrá que es sólo una huida, una muestra de pánico?

Dani se corre con un espasmo y el papel de regalo se humedece y dos gotas se deslizan hasta el suelo. Sylvia se detiene y el instante se llena de una fría inmovilidad. Se separan con prevención después de un beso en el que ella se entrega más que él. Las salivas, de pronto, comienzan a saber diferente. Sylvia deja caer el envoltorio en la papelería metálica. Dani se sube los pantalones.

Beben un par de chupitos sin saber qué decirse. La esencia sexual del momento parece extinguida. Sylvia se siente pequeña, aunque sonrío. No quiere que Dani se acerque ni que la toque, entendería que se marchara en ese instante. Le he envuelto la polla en papel de regalo y le he hecho una paja, se dice como si necesitara enunciar su acción para darse cuenta del bochornoso espectáculo que ha puesto en escena. Si el suelo se hundiera sobre el piso de abajo le haría un favor.

Se adormece la conversación, aunque ella cambia la música y va a sentarse en la cama. Él se acomoda a horcajadas sobre la silla giratoria de Sylvia. Eluden mirarse. Quizá me voy ya, ¿no?, dice Dani pasado el tiempo que considera prudente. Sylvia consulta el despertador y para hacerlo se lo acerca a los ojos como si fuera miope, mi padre no creo que tarde en volver. Se despiden en la puerta de casa con dos besos en las mejillas que ignoran sus labios irritados por el rato de roce. Sylvia le ve bajar las escaleras sin esperar el ascensor. Se tumba en su cama agarrada a un cojín, la espalda contra la

pared. Tiene ganas de llorar o de gritar, pero se limita a escribir en el móvil un mensaje a Mai donde le pregunta la hora a la que llega su autobús a la estación sur. «23.45», le responde.

Sylvia necesita hablar con ella, contarle todo, averiguar si lo que ha hecho puede considerarse la más baja expresión de la niñería estúpida o si tiene redención posible. Necesita decirle cómo de pronto supo que no quería hacer el amor con Dani, que se sintió incapaz de desnudarse para él. Sospecha que si él hubiera insistido o se hubiera hecho con el dominio de la situación ella no habría podido negarse a nada. El pavor al ridículo habría vencido al pudor. Quiere reírse con Mai, que ella le diga ha sido un momento patético sexi como dice a veces, que le repita su frase de lo penoso y lo glorioso están a un dedo de distancia. Quiere oírla desdramatizar el suceso con idéntica desinhibición que cuando le grita ¡nunca vas a quitarle las telarañas a tu coño!, o déjate de miedos, ¿tú qué te crees, que las pollas son las tuneladoras del metro? Quiere compartir con Mai el pánico a que Dani lo cuente por el instituto o que a partir de ahora se consideren pareja o por el contrario no vuelvan a hablarse nunca más. Está perdida y necesita el consejo de su amiga.

Pero Mai baja del autobús con gesto cansado. Las putas películas de tiros no me han dejado pegar ojo, le dice. No ha dormido tampoco las noches anteriores. Le cuenta que se ha pasado las más de cuatro horas del trayecto enviándole mensajes de móvil a su chico porque le echaba de menos desde el momento en que se subió al autobús. Sylvia decide no tomar el metro con ella y la ve bajar por las escaleras. Mai se vuelve antes de desaparecer. Feliz cumpleaños, tía, te debo un regalo, le dice.

Sylvia, a solas por la calle, camina deprisa para descargar su rabia. La felicidad de Mai es una traición, su cansancio un agravio. Baja a la calzada porque así evita los encuentros desagradables de la acera, que algún chorizo o perverso la empuje contra un portal. Es noche de domingo y la ciudad se vacía mientras ella camina. La gente se recoge en sus casas para protegerse del final del fin de semana. El suelo está seco y la luz de las farolas apenas reverbera sobre el asfalto. Se ha desatado el cordón de una de sus botas de suela de goma negra, pero Sylvia no quiere detenerse para atarlo. Da zancadas agresivas, como si le propinara patadas al aire. Ignora que al cruzar la calle que ahora recorre la espera la embestida de un coche. Y si en este instante nota

el dolor de sus dieciséis años recién cumplidos, pronto notará un dolor diferente, en cierta manera más asequible, el de su pierna derecha al romperse por tres sitios.

6

Leandro camina a esa hora difusa entre el día y la noche, en domingo, cuando alguna gente vuelve de misa o del teatro, cuando las parejas regresan del paseo, cuando las lámparas de las farolas empiezan a calentarse y ganan poco a poco intensidad, cuando algunos jóvenes se dan los últimos besos del fin de semana con sabor a despedida, hastío o pasión. Cuando los familiares desertan de los hospitales o las residencias de ancianos y en las radios lejanas de los coches o de algún piso con las ventanas abiertas se escuchan los monótonos signos definitivos de una quiniela que no ha traído suerte para casi nadie. Leandro avanza por una calle residencial, entre árboles que amarillean, una calle sin apenas tráfico, sin nadie que cruce salvo algún vecino que es paseado por su perro. En pocas horas será lunes y se extiende una previa neblina gris.

Leandro busca el número cuarenta, pero lo hace desde la acera de los impares, para guardar cierta distancia. Las casas son bajas, con pequeños jardines a la espalda y una entrada estrecha. Hay edificios de cuatro o cinco plantas de apartamentos que desafían a las viejas construcciones con sus ladrillos nuevos, sus miradores de aluminio y su uniforme fealdad. El número cuarenta es un chalet de dos plantas, la valla elevada no deja ver más que la copa de los árboles y las paredes del piso superior de un color crema tan gastado que parece gris. El tejado es de láminas de pizarra y la fachada es víctima de una reforma que robó el poco encanto del chalet. Todas las persianas están bajadas, junto a la placa con el número hay una luz que señala el timbre.

Leandro pasa de largo, sin detenerse.

Se aleja unos pasos y acecha desde la acera de enfrente. No se atreve a mirar de manera continuada al chalet, como si éste fuera humano y no quisiera

que sus ojos coincidieran. Baja la mirada. La levanta otra vez. No hay nada amenazante. ¿Por qué tanta prudencia si nadie sospecha de un viejo de setenta y tres años? Todo el mundo sabe que sus pasos ya sólo pueden llevar a ninguna parte.

Prefiere no prolongar el merodeo. Decide cruzar la calle y camina hacia la puerta. Nota un frío que lo destempla, que le invita a abandonar. Se cerciora de que nadie lo mira desde la acera o alguna ventana cercana, espera a que un coche recorra veloz la calle y esconde la cara para no ser reconocido. Llama al timbre y por toda respuesta escucha una prolongada chicharra eléctrica que le urge a empujar la puerta. Hay un camino marcado en la hierba con piedras planas que termina en un pequeño porche y una puerta blanca bajo una lámpara de metacrilato amarillo. Apenas son quince pasos, pero a Leandro le agotan.

Las dos noches anteriores ha dormido de modo intermitente. La cama supletoria que se monta en la habitación del hospital con los cojines del sillón es dura, corta e incómoda. Le provoca un pinchazo en los riñones. A medianoche entró una enfermera para cambiar la sonda a Aurora y antes de las siete comenzó la agitación de la limpieza. Leandro está fatigado por los días anteriores. El viernes el ingreso de urgencia, la operación de Aurora, la angustia de recuperarla del quirófano adormecida y frágil. Al día siguiente las visitas, la agotadora hermana de Aurora con su euforia sin motivo, dos parejas de amigos enterados del accidente. Manolo Almendros y su mujer que pasaron la tarde del sábado en el hospital. Con él Leandro charló animado, pero le superaba la energía de su amigo. Caminaba por el pasillo con tal intensidad que podía dejar surcos en el terrazo. Almendros piensa en voz alta, es ingenioso, inagotable. Desde que se jubiló de su trabajo de visitador farmacéutico lee mamotretos de teoría filosófica que luego se siente en la obligación de compartir con Leandro y con el mundo, escribe cartas a los periódicos y de vez en cuando rastrea hasta dar con viejos compañeros de universidad.

Pero, Manolo, ¿has venido a ver a mi mujer o a darme una conferencia?, le trató de acallar Leandro.

Sin embargo notó cómo Aurora se animaba con las visitas. Recobró algo del color del rostro y aunque no participó de las conversaciones miraba a su alrededor con gesto agradecido. Leandro pasó por casa a cambiarse de ropa y

avisar a Luis, su alumno de piano de los sábados por la mañana. Tendrían que posponer la clase. Mi mujer ha sufrido un percance. El paseo por la planta del hospital, los retazos de conversación de otros familiares y pacientes, la curiosidad ante el dolor ajeno, el trajinar de los sanitarios, en esas cosas entretuvo la jornada.

El domingo comió con su hijo Lorenzo y su nieta Sylvia. Leandro envidió la caricia de las manos de la chica al posarse sobre el rostro de Aurora y recorrerle la frente y las mejillas. Esas manos sin marcas, sin erosiones aún, con todo por sucederles. Era el cumpleaños de Sylvia y en la comida ella brindó con su lata de coca-cola. Leandro recordó su nacimiento, la alegría por la llegada de un bebé, la disposición de Aurora para cuidar muchos días a la niña. El vértigo con el que había pasado el tiempo, dieciséis años ya. Las infructuosas lecciones de piano que en una época le dio y que se suspendieron con un acuerdo silencioso. Había heredado el oído terco de su padre, poco dotado para la música, se decía Leandro. En cambio mostraba la sensibilidad de su madre para lo demás. En todos esos años habían visto marchitarse la pareja de Lorenzo con Pilar, tan llena de vida y complicidad en otro tiempo. Leandro había presenciado cómo su hijo perdía el lugar, el pelo, el trabajo, la mujer y hasta la hija como se pierde siempre a los hijos en la adolescencia. También como padre había sentido esa distancia insalvable, el disgusto de verlo abandonar los estudios, entregarse a un trabajo que durante mucho tiempo le dio una estabilidad ahora perdida. Lo había visto hacerse adulto, marido, padre, construirse una vida normal. No podía negar que esa normalidad estaba algunos escalones por debajo de la expectativa de Aurora y Leandro. Pero todos los padres esperan demasiado de sus hijos. Con el tiempo llegaron a confiar en que esa normalidad acaso fuera la receta para la felicidad. Pero no fue así. O lo fue durante un tiempo, hasta que todo empezó a quebrarse. A su hijo no le gusta hablar de sus problemas, así que mantienen una relación distendida, sin buscarse las faltas. Comían los domingos y en la mesa se hablaba de todo lo que no doliera.

Esther, la hermana de Aurora, se presentó con un bolsito de ropa a las siete de la tarde dispuesta a pasar la noche en el hospital. Vete a casa ya, no esperes a última hora, le dijo Aurora a Leandro. Se sentía incómoda por tenerle ocupado, alejado de casa, distraído por las visitas, sabía de la alergia de su

marido a lo imprevisto, a lo no organizado, su adoración por las rutinas. El marido de Esther se ofreció a llevarlo en su Mercedes. No había complicidad entre ellos. Su cuñado trabajaba de conserje en instancias oficiales y ganaba un dineral por agilizar licencias, acelerar o vencer la burocracia a base de influencias y mordidas. Estaba entrenado en el arte de la falsa cordialidad. Prefiero caminar, se excusó Leandro.

Algo sucedido a primera hora de la mañana había despertado en él un instinto apagado.

Le había desvelado la agitación del pasillo, los carros con chirridos metálicos, alguna voz, pero seguía tumbado en la cama cuando la enfermera del turno de mañana entró como un vendaval. Tenía treinta años largos, el pelo castaño recogido en una coleta. Su cara era alegre, bien distribuida, hidratada y amable. Se colocó entre la cama de Aurora y la de Leandro y se inclinó para cambiar la sonda de Aurora y revisarle los vendajes. Al inclinarse hacia adelante, los ojos de Leandro treparon por las piernas desnudas bajo la bata y alcanzaron a ver los muslos que se rozaban en el movimiento. Tostados durante las recientes vacaciones, nacían poderosos desde el pliegue trasero de las rodillas. Bajo la bata se marcaba una de esas braguitas mínimas que a Leandro le recordaban a las antiguas chicas de la revista y que las muchachas de ahora enseñaban por encima de la cintura de los pantalones. En ese instante furtivo Leandro sintió la excitación que le proporcionaba la carne cercana, deseable y espiada desde una posición privilegiada.

Esa mañana, cuando Aurora se quejó de un débil dolor en el costado, Leandro se precipitó para avisar a la enfermera por el simple placer de volver a verla. El inesperado despertar erótico había guiado a Leandro por la atiborrada sección dedicada al comercio sexual del periódico.

Había encontrado una serie de anuncios recuadrados, algunos acompañados por el dibujo de mujeres de senos desnudos, en posturas sugerentes. De ellos le había llamado la atención uno: «Chalet de alto *standing* en zona norte con selección de señoritas jóvenes y elegantes. 24 horas incluso domingo. Absoluta discreción». Leandro memorizó el número de teléfono. Le resultaba fácil hacerlo, era una especie de gimnasia mental que practicaba desde joven. Incluso Aurora bromeaba y le llamaba mi agenda viviente antes de pedirle el número de algún conocido.

Llamó desde el pasillo.

Estamos a cualquier hora, le dijo una voz de mujer, ¿por qué no viene a vernos? Lo haré, lo haré, se despidió Leandro tras memorizar la dirección exacta. La misma donde ahora se abría para él la puerta blanca maciza con molduras.

La mujer que le recibe tiene el pelo teñido de rubio y para encontrarle los rasgos habría que apartarle el maquillaje a paletadas. Le lleva a un saloncito con sofá dispuesto ante una mesa baja. Leandro acepta beber una cerveza que le trae en lata junto a un vaso bajo y un plato de almendras. Odia los pedazos de almendra que se alojan entre sus dientes y sonríe al verse allí sentado como en cualquier visita amable de domingo a un familiar.

La mujer le explica las condiciones de uso del lugar. La bebida es cortesía de la casa y en un instante pasarán las muchachas una a una para que elija a cualquiera de ellas. El pago es por adelantado, en metálico o con tarjeta, y la tarifa es idéntica para todas: doscientos cincuenta euros por una hora completa. Si necesita factura, se le extiende a nombre de una sociedad que, por supuesto, no especifica la actividad, le termina de informar.

Cuando se queda a solas Leandro recuerda la última vez que pagó a cambio de sexo. Fue en una barra sucia y sórdida de provincias, acompañado de un amigo durante el viaje para unos conciertos escolares. Sucedió casi veinte años atrás y la mujer con la que se encamó después de algunas copas no consiguió excitarlo. Era una joven gallega que fatigada le dijo yo más no puedo hacer, que me van a dar agujetas de tanto bombear, así que tú verás, mejor paramos porque como dicen en mi tierra: a vaca sin leche no se la ordeña. Ese día confirmó que en las prostitutas no encontraba satisfacción. Manolo Almendros, su amigo, solía decirle señalándole la sección dedicada a ese comercio en los periódicos, fíjate cómo crece el mercado sexual, es una potencia increíble, el negocio funciona. Lo recordaba un día, con esa costumbre suya de subirse el pantalón hasta casi la altura de la corbata, asegurando, con datos fiables, que en España había más de cuatrocientas mil putas en activo. Un uno por ciento de la población. Oferta y demanda. En eso se gasta la gente el dinero. Pero no Leandro, que abandonó aquella barra con olor a zotal de las afueras de Pamplona para jurarse no volver nunca a un local así.

No sabía muy bien qué le había traído de nuevo, ahora, a este lugar tan cuidado y convencional como la casa de un pariente. Con Aurora aún encontraba satisfacción oportuna cuando la precisaba. Las chicas comienzan a aparecer, afables y cercanas, se detienen un segundo frente a él, luego le dan dos besos en las mejillas y se retiran dejando la puerta entreabierta para que entre la siguiente. Hasta una docena de chicas limpias, poco vestidas, que más parecen universitarias en su día festivo en la residencia femenina que empleadas de un burdel. Le preguntan su nombre o si es la primera vez que visita el chalet. Pasan una francesa, dos rusas, tres hispanoamericanas y dos españolas con grandes pechos postizos y una mayor autoridad quizá por jugar en casa. Pasa una ucraniana alta y entonces entra una joven negra con una disposición ósea espectacular. ¿Qué edad tienes? Veintidós años. Es de Nigeria. ¿Cómo te llamas? Valentina. La chica lleva un escote marcado y un pantaloncito elástico bien corto y toca la mano de Leandro con dedos húmedos. Él se siente como el personaje de una ficción que no tiene otra posibilidad que avanzar hacia el capítulo siguiente. ¿Subimos juntos?, pregunta Leandro. Espera un poquitito aquí, dice ella.

Sale y la encargada regresa al instante. Creo que lo tiene claro, ¿no? Leandro se levanta y saca de su cartera los billetes. No es fácil encontrar una africana en estos sitios, pero tranquilo que si está aquí es porque está limpia de todo, mientras habla entorna la puerta. Leandro se queda a solas, nervioso come otra almendra, luego otra. Valentina reaparece para guiar a Leandro escaleras arriba. Ella le precede, asida al pasamanos trenzado. Leandro comienza a toser. Un trocito de almendra le incomoda al respirar.

¿Constipado?, pregunta ella. Habla con acento, sin dominar del todo el idioma.

Leandro tose sin remedio, incapaz de contestar. Ella le lleva hasta una habitación al final del pasillo. Un dormitorio que parece de adolescente, con una cama y una repisa empotrada, un televisor y una colcha parda. La persiana bajada y una cortina verde claro corrida. Leandro tose otra vez y no consigue expulsar el trozo de almendra. Se ve ridículo cuando la chica le da dos palmaditas en la espalda para ayudarlo. Se sienta en la cama y se golpea el pecho.

Lo siento, dice, pero no puede parar de toser. La chica le trae de la

habitación contigua un vaso con agua. Se lo tiende con una sonrisa. Los bordes están manchados de pintalabios. Leandro bebe pero no logra aliviarse.

No te mueras, eh, dice ella. Leandro, con un hilo de voz, pregunta si hay un baño. La chica le señala la puerta. Leandro, sin tiempo a fijarse en el lugar, bebe del grifo, trata de hacer gárgaras y por fin consigue superar el mal rato. Qué absurdo. Qué gran estupidez, estar aquí tosiendo, atragantado por una almendra. Quiere marcharse. Se asoma al cuarto y encuentra a la chica sentada en la cama, mientras se mira un pie que ha levantado en el aire. ¿Ya? Sí, perdón, me atraganté, serán los nervios, no estoy acostumbrado. Leandro se detiene, de pronto le resulta ridículo fingirse a su edad inexperto en algo.

La muchacha le tiende una toalla grande y gastada y le indica que tiene que ducharse. Él se desviste deprisa mientras deja su ropa sobre la silla y ella coloca un cobertor en el colchón. Le guía al baño contiguo y le ayuda a entrar en la bañera rosada. Controla la temperatura del agua como si fuera una madre que duchara a su hijo y moja a Leandro de cintura para abajo. Se pone un poco de gel en la palma y le enjabona la entrepierna. ¿Tú no te duchas?, pregunta él. ¿Si quieres? Leandro asiente y ella le entrega el grifo de la ducha. Tiene el pelo recogido en finas trenzas laboriosas y al moverse se agitan como cortinas de canutillo. Cuando Leandro levanta la ducha, ella dice no, mojar pelo, no.

Ella se lava sin lavarse, más en exhibición que otra cosa. Jabóname tú. Es ahora Leandro quien aprieta el dosificador del gel y le repasa el cuerpo. A sus pies se acumula la espuma blanca. Dura un rato la acción. Luego ella cierra el grifo y sale a secarse. Leandro alcanza su toalla.

En la habitación lo tumba en la cama. Se ha vuelto a poner el sujetador. Abre con los dedos, pese a las largas uñas postizas, el envoltorio de un condón. Trata de excitarlo antes de colocárselo. Leandro observa que lo hace con la profesionalidad de una cajera de supermercado al envolver el género en una bolsita de la compra.

La rotunda juventud de Valentina cae sobre la anciana piel de Leandro. Ella coloca los senos, la boca, la abertura de sus piernas y las manos sobre distintas partes del cuerpo de él. Leandro prosigue en una exploración de la irrealidad mientras se deja excitar. Es extraño el contacto. Las pieles tan distintas se rozan y se hacen más evidentes las diferentes texturas. Leandro, con pudor de esclavista, se siente un misionero en pecado. El mundo ha dado

muchas vueltas mientras él leía el periódico en casa o daba clases de piano, mientras terminaba de hacerse un huevo pasado por agua para cenar o escuchaba las noticias en la radio. Aprecia el cuerpo joven y extranjero que finge gemidos de placer junto a su oído para satisfacerle. Si se olvida de sí mismo y la situación, es capaz de colaborar con la chica en el andamiaje de su erección.

Hablan luego, tumbados. Él le pregunta su nombre real. Ella tarda en decírselo. Me llamo Osembe, pero Valentina más bonito en español. Me gusta más Osembe, dice Leandro. ¿Qué significa? Nada, en yoruba nada. Mi madre decía que en el dialecto de sus padres era Algo Encontrado. ¿Y Leandro? ¿Significa? Leandro sonríe un momento. No, me lo pusieron por el día que nací. El santoral. Osembe le pregunta su edad y Leandro responde setenta y tres. No pareces tan viejo, dice ella. ¿Qué me echabas, sólo setenta?, pero ella no capta la ironía y no ríe. Leandro toca con la yema de sus dedos el pezón oculto bajo el sujetador de Osembe que es como un garbanzo oscuro.

Eres muy bonita.

Pechos no bonitos. Y ella se los aprieta sobre el sujetador y los recoloca más altos. Operar y poner aquí.

¿Es bonito Nigeria? Osembe se encoge de hombros. Se oye una voz en el pasillo. Voz que Osembe parece obedecer. Se levanta sobre la cama y empieza a vestirse. Es hora, dúchate, y recoge con la punta de los dedos el preservativo y las toallitas húmedas que tira a una papelera forrada con una bolsa de plástico.

Se besan en las mejillas a la puerta de la habitación. Ella sonríe mostrando la dentadura. Leandro baja las escaleras. La encargada le lleva hasta la puerta de salida. La noche es despacible, un poco cruel. Leandro toma un taxi. Entra en casa y evita el salón. Se refugia en su estudio. Se sienta en la butaca desde la que suele escuchar a su alumno tocar en el piano de pared, un viejo Pleyel con cuerpo de madera algo agrietada. Respira pesadamente y tiene frío. Toma un vinilo de su repisa y lo coloca en el plato giradiscos. Bach me vendrá bien. Tras la fritura del inicio suena la música y Leandro sube el volumen. Se siente un poco más viejo y un poco más solo. Suena el preludio coral en Fa menor. Es esa firmeza la que aprecia Leandro, esa robusta armonía con la que se construye una arquitectura emocional que produce un escalofrío de

sensaciones.

Piensa en su vida, en los días en que supo con certeza que nunca sería un gran pianista, que permanecería siempre a este lado de la belleza, entre quienes la contemplan, la admiran, la disfrutan, pero jamás la crean, jamás la poseen, la dominan. Aunque siente rabia, la música impone su pureza, le distancia de sí mismo. Puede que esté viajando lejos de sí, ni feliz ni miserable. Extraño.

7

Lorenzo está sentado entre sus amigos Lalo y Óscar. Acompañan con la mirada la carrera del lateral de su equipo hasta la línea de fondo. El centro no es bueno y el estadio responde a la ocasión fallida con un suspiro general. Lalo silba metiéndose los dedos bajo la lengua. No silbes a Lastra, ése al menos suda la camiseta, dice Óscar. Lorenzo asiente con vaguedad. Los últimos compases del partido son más abiertos, escapan del combate nulo que ha sido el resto del encuentro, la pelota mareada a zapatazos de un área a la opuesta. Lorenzo se sienta desde hace años en la tribuna del gol norte, cerca de la portería sobre la que su equipo ataca en las primeras partes. Así que está acostumbrado a vivir los finales de partido en la lejanía, con sus jugadores como hormigas que tratan de descerrajar la portería rival. El público está impaciente, los partidos sin goles provocan una frustración compartida, exageran el vacío posterior. Sigue las jugadas finales con una concentración mayor, como si eso ayudara a su equipo. Pero Lorenzo no.

Lorenzo se vuelve hacia atrás, ha sido incapaz de involucrarse en el partido. Cuando sus ojos coinciden con la mirada de alguien aparta la vista. Trata de reconocer a sus vecinos de asiento habituales. Luego se arrepiente de sus arrebatos, de las sospechas que le impiden relajarse y disfrutar. Como cuando el viernes escuchó por fin los mensajes telefónicos de su padre para darle cuenta del accidente de su madre y se sintió ridículo por haberse escondido durante toda la mañana. También cuando salga del fútbol lamentará no haber utilizado el partido para lo que sirve: evadirse.

El sábado el periódico traía la noticia. También los telediarios la dieron relacionada con otros dos crímenes. Un empresario, decían, había sido asesinado a cuchilladas en el garaje de su propia casa, al parecer con el móvil

único del robo. Una imagen de la entrada de la casa, de la valla, el número, la placa de la calle. Recursos de relleno para una noticia que quizá terminara en el limbo de los sucesos sin resolver. Lorenzo podría haber completado los detalles. Podría escribir que el asesino y la víctima se habían conocido siete años atrás, cuando coincidieron trabajando como cuadros medios en una gran multinacional dedicada a la telefonía móvil. Ambos se habían beneficiado de las oportunidades que ofrecía un mercado en expansión. La empresa en la que trabajaba Lorenzo había sido absorbida y Paco era un ejecutivo decidido y hábil, de los que se precisaban para extraer el mayor rendimiento de un negocio floreciente.

Fue una amistad rápida. Que creció deprisa. Comían juntos al lado del trabajo. Un día se compraron el mismo coche gracias a la oferta de un conocido de Paco que trabajaba en la Opel. Los dos rojo, los dos turbo. Paco estaba casado con una mujer callada, muy delgada. No tenían niños. Teresa era la hija de un constructor que había levantado una gran empresa desde la nada. La turbiedad de su fortuna hacía años que estaba bendecida por un montón de corbatas caras. Cuando se muera mi suegro, bromeaba Paco, lloraré con un ojo y con el otro empezaré a buscar yate. Paco enseñó a Lorenzo a saber vivir. La carne se toma poco hecha, le dijo; el jamón sudado; desprecia el pan; el cigarro cubano hay que apretarlo con la yema de los dedos y sentir la textura de la hierba, al sacudir la ceniza la punta del puro debe conservar la forma de un cono; la corbata no tiene que hacer juego con tu traje sino con tu ambición; es mejor tener sólo un par de zapatos carísimos que tener seis pares baratos. Con Paco se suscribió a un club de vinos y cada mes le enviaban una caja de botellas y un fascículo con el que iniciarse en la cata para gourmets. Si alguna vez, ya de socios, prolongaban la jornada, Paco descorchaba un buen vino y mientras resolvían papeleo discutían el gusto de un Borgoña o un Rioja y pedían comida japonesa por teléfono. Y al salir insistía en mostrarle un piso donde daban masajes eróticos unas mujeres asiáticas que eran el colmo de la sumisión, pero la única vez que Lorenzo accedió a acompañarle le atendió una chinita retrasada mental que reía con desmesura, así que pagó rápido y se marchó a casa sin esperar a su amigo.

Cada jueves por la noche, desde que se casó con Teresa, y eso fue en los Jerónimos, en la celebración oficial de mi bajada de pantalones definitiva,

Paco acudía a casa de su suegro y jugaba al póquer con él y dos viejos amigos. Cuando nos soltamos un farol, cuando subimos la apuesta para engañar al otro, le explicaba Paco a Lorenzo, cuando fingimos tener una mano que no tenemos, creo que es el único momento desde que nos conocemos en que nos decimos la verdad.

A Pilar nunca le gustó Paco. No apreció el ascendente sobre Lorenzo. Rozaba al nuevo rico, al hortera, al prepotente. No lo entiendes, le corregía Lorenzo, toda esa actitud es una broma, se lo toma con mucho sentido del humor. Pilar tampoco intimó con Teresa. No habla, y nunca sé si es porque no tiene nada que decir o porque si hablara diría demasiado, concluyó Pilar después de seis o siete cenas incómodas entre las dos parejas. Pilar nunca le confesó a Lorenzo que una de las cosas que le distanciaban de Paco era su forma de mirarla. Era retador. No sólo aspiraba a la seducción, natural en él, también rivalizaba con Pilar. Lorenzo era la presa, el objeto de la disputa.

Cuando el negocio terminó de crecer, llegó la hora de los recortes laborales, de los despidos, las reconversiones. Estas empresas son como una naranja, una vez exprimido el zumo, para qué quieres la cáscara. Paco convenció a Lorenzo para pactar con la empresa un despido razonable, con una indemnización que les serviría para independizarse. No hay nada más triste que una reivindicación laboral, le decía Paco, es como llorar a la mujer que te acaba de dejar. Paco tenía sus propias ideas, el pastel se ha terminado, es mejor morder ahora el trocito que nos dan que quedarnos con la bandeja vacía. Por esas fechas los trabajadores se manifestaban un día sí y otro también frente al edificio imponente de la multinacional y habían obtenido el reconocimiento de la sociedad civil. La solidaridad es sólo el primer paso hacia la indiferencia sin culpa, le advirtió Paco. Señalaba a algún compañero vociferante, reconoce que es patético gritarle a un edificio, a unas siglas, lanzar huevos o pintura, prefiero poner toda mi energía en ser yo el que se forre la próxima vez.

Lorenzo se dejó conquistar. Sabía que no estaba hecho de la misma pasta que Paco. Lorenzo venía de una familia en la que el dinero no había sido jamás un valor. Notaba cómo sus padres se aburrían si alguna vez daba detalles sobre la empresa que había fundado con Paco. Después de tener a su hija Sylvia, Pilar había tardado en encontrar trabajo, pero cuando lo hizo

siempre disponían de la abuela Aurora para dejar a la niña. Los padres de Pilar habían muerto años antes en un accidente de coche y la madre de Lorenzo se desvivía para ejercer de única abuela. Aunque nunca escuchó una recriminación, Lorenzo odiaba necesitar a sus padres. Si lograba progresar, si las cosas le iban bien, Lorenzo por fin sería capaz de mostrarles su éxito.

Lorenzo y Paco compraron dos locales y montaron una tienda de complementos de telefonía. Paco poseía ese impulso mágico que sólo deja ver la rentabilidad. Podía no pagar a los proveedores en fecha, pero jamás le negaban unas cañas, unas bromas o un nuevo envío a cuenta. Nunca revisaba las cifras, le bastaba un diagrama dibujado en un folio para justificar una nueva inversión. Era decidido, valiente, apostaba fuerte y caía de pie. Mañana haremos cuentas, hoy sólo dime que puedo pedir un Ribera para cenar y un Partagás con el café, era una de sus frases. Lorenzo se dejaba llevar. No acudía a todas sus cenas e invitaciones, se refugiaba en Pilar, en casa con Sylvia, mantenía sus amigos de siempre, Lalo, Óscar, pero entonces tenía que escuchar a Paco decirle los amigos sólo sirven para llenar los ratos que uno no sabe llenar por sí mismo. Paco recitaba un catecismo individualista y triunfador. Y si algo sonaba mal a los oídos de Lorenzo siempre estaba teñido de la ironía suficiente para ser entendido como una broma. A su lado no se podía perder. Pero Lorenzo lo perdió todo.

Algo que le molestó de Pilar fue la recriminación silenciosa. El «yo ya te lo advertí». Esa parte de la derrota sabía aún peor que la derrota misma. Era tan fácil quedarse con la superficial idea de que Paco era un espejismo, un farsante, un jugador que arrasaba a los de alrededor, que Lorenzo se la negó durante meses. De hecho en el hundimiento, en las pérdidas, en la ruinosa debacle del negocio, parecían más unidos que nunca. Paco hablaba de proyectos. También el gruyere tiene agujeros, pero ¿a que sabe bien?, decía. Pero el agujero creció hasta comerse el queso. Los acreedores eran interminables y Lorenzo carecía de la capacidad de Paco para eludirlos, para engañarlos, para retrasar su indignación cuatro días más. Los locales fueron malvendidos, el reparto del negocio no dio para nada y los dos años de trabajo y el dinero de la indemnización se habían esfumado. Lorenzo pasó por la amarga experiencia de pedir dinero a sus padres para zanjar las cuentas, cuando Pilar le hizo ver que aquella sociedad tenía que terminar.

Paco emprendió otra aventura y Lorenzo no quiso participar. Ahí se fraguó la distancia. Apenas se veían. Lorenzo se refugió en su guarida. Elaboró una teoría. Paco era un ave de rapiña, una especie de ascárido. Alguien que parasita la energía de los demás. Recordó cómo a media mañana Paco llegaba con el café servido al punto de azúcar con que Lorenzo lo tomaba. Cómo tenía una frase ingeniosa en cada momento, cómo ridiculizaba a los compañeros de la empresa o sembraba las tentaciones como música en Hamelín. Me robó la suerte, se decía Lorenzo. Llegó a mi vida y me robó la suerte. Porque Lorenzo sin Paco era un hombre obligado a empezar de cero pero ahora sin suerte, las puertas no se abrían como antes. Todas las cartas favorables ya parecían repartidas. Pilar se había consolidado en el trabajo, le gustaba, se sentía útil, y progresaba deprisa. Por ahí, claro, entró Santiago, se decía Lorenzo. Llegó entre las grietas de su estabilidad, con olor a poder. Lorenzo duró apenas meses en tres empleos nuevos. En ocasiones la gran ilusión del día consistía en recoger a Sylvia a la salida del colegio, ayudarla con los deberes. Estaba claro que Paco le había mostrado una forma de vivir mucho más atractiva, divertida y apasionada que la que ahora le parecía estar destinada.

De su oficina volvió Pilar un día con una información que hirió a Lorenzo. Fue una forma de humillación final y desoladora. Ojalá se lo hubiera ahorrado. A Pilar le resultaba familiar el nombre de una empresa acreedora del negocio de Lorenzo. Era un nombre que le había oído repetir a Lorenzo en sus pesadillas diarias. A Sonor le debemos más de tres millones. La venta del último local se esfumó en pagar esa deuda. Esta tarde investigué en el registro a Sonor, le dijo Pilar de pronto una noche, tras acostar a la niña. Lorenzo no entendió muy bien, pero levantó la mirada con atención. Los únicos socios de esa empresa son Paco y Teresa. Ella le mostró las fotocopias, las firmas de fundación de la empresa. Si Paco había estafado a Lorenzo las cosas cambiaban. Si había sido capaz de armar una ingeniería difusa para hundir una empresa y beneficiar a otra de su propiedad, entonces Lorenzo era una víctima, no era un tonto útil. Tendrá una explicación, le dijo a Pilar, y fingió ante ella que esa novedad, tantos meses después, no le afectaba demasiado. Pilar no insistió, lo dejó ahí, recuperó el silencio, ese silencio que a veces Lorenzo consideraba insultante. Aún no sabía que era la civilizada puesta en marcha del plan de demolición de su pareja. Las termitas también trabajan en

silencio.

Lorenzo dejó pasar los días, pero aquella información fue la causante de que viera a Paco por última vez. Por última vez antes de la vez que lo mató. Fue a verlo a su casa, al chalet. El chalet de mi mujer, ¿crees que a mí no me humilla saber que no estoy en la ruina sólo porque estoy casado con ella?, le había gritado Paco alguna vez cuando Lorenzo le echaba en cara su infortunio. Lorenzo escuchó ladrar al perro, pero cuando la puerta se abrió el animal le buscó con el lomo para recibir una caricia. Está educado al revés de como debería ser, ladra y luego es tierno, en lugar de ser tierno y morder por sorpresa, le decía Paco.

Lorenzo conocía bien la casa. Había estado allí muchas veces. Cuando todo iba bien y también cuando buscaban líneas de fuga, maneras de frenar la sangría final. Le había visto sacar de una caja de herramientas cerrada con candado y escondida tras la estantería de brochas, trapos y botes de pintura del garaje algún fajo de billetes para emergencias, cuando a mi suegro le rebosa el dinero negro le guardo un poco aquí. Aquella última vez no pasaron del jardín. Paco salió a su encuentro, sonriente, tendiéndole la mano para abrazarlo, pero Lorenzo lo frenó. Me has estafado, me has engañado. Paco no cambió el gesto, esperó a que Lorenzo continuara. Sonor era tuya, te debíamos dinero a ti. Todo era una trampa. Paco trató de frenar sus sospechas, le dijo que era una empresa diferente, que fundó con Teresa con dinero del suegro y que la deuda era real. Te oculté que era mía, pero la deuda existía, puedo demostrártelo. Tú llevabas las cuentas, añadió luego, tú sabes que es cierto, yo nunca controlé eso, yo he perdido tanto como tú. Lorenzo tuvo ganas de reír, pero sólo contestó tanto no.

Tanto no.

Fue algo doloroso de decir. Para entonces quizá intuía todo lo que había perdido. Más que el dinero de una indemnización, los ahorros o el trabajo de dos años. Mucho más. Había perdido el respeto de su familia, el sitio. Había perdido la suerte. Lorenzo miró el chalet de dos plantas, el césped segado, el traje de Paco, su onda rubia, su aspecto relajado. Todo alimentado por la traición. Sentía rabia y unas ganas irrefrenables de pegar a su antiguo amigo. Paco trató de calmarlo, le invitó a entrar, le ofreció repasar las cuentas. La hemos cagado, Lorenzo, la cagamos juntos, no te culpes, pero tampoco me

culpes a mí, le decía Paco. En esto somos iguales. Sonaba falso. Lorenzo nunca sería como Paco. Paco no perdía nunca.

Quizá en ese instante, detenidos en mitad del jardín, en la mañana de un día frío de noviembre, meses antes de que Pilar abandonara a Lorenzo, en ese silencio de las agotadas explicaciones, se fraguó el crimen. Paco le pasó una mano a Lorenzo por los hombros, paternal, apaciguador. Si necesitas dinero puedo prestarte algo... Pero Lorenzo no le dejó terminar, le apartó el brazo con violencia y levantó el puño para golpearlo en la cara. No lo hizo. Congeló la rabia en el aire. Y se sintió vencedor por un segundo. Levantó la vista hacia la casa y vio a Teresa asomada a la ventana de uno de los cuartos, entre los visillos. Relajó su amenaza y se dio la vuelta muy despacio. No se dijeron nada más. Lorenzo caminó hacia la puerta. Faltaba tiempo para que el rencor creciera, para que la obsesiva certeza de que Paco le había robado la suerte le condujera de nuevo hasta esa zona residencial y le invitara a cometer un crimen.

Convertido en un asesino mira el fútbol. Hay espectadores que abandonan el estadio antes de que termine el partido para evitar el atasco, la aglomeración de dentro de unos minutos. Algunos tendrán la suerte de no ver cómo su equipo recibe un gol tardío y definitivo. El portero checo recoge la pelota de la red y la entrega deprisa a un compañero. El entrenador ordena un cambio rápido y sustituye al extremo izquierdo. Un argentino recién fichado que recibe la pitada del público. Lorenzo también se levanta a silbarlo. Vuélvete a casa, indio, vuélvete a casa, le canta un grupo de chavales. El jugador no corre hacia la banda, y eso enfada aún más a la grada. Corre, sudaca de mierda, le grita alguien. Y Lalo y Óscar ríen. Pero será chulo, ¿por qué no corre? Que vamos perdiendo. A Lorenzo le relaja la protesta, le reconcilia consigo mismo. Participar de la indignación general es una forma de evasión. Y esos cinco minutos en que el estadio empuja al equipo local para lograr el empate que no llega son los únicos cinco minutos que disfruta en los últimos días.

8

Nunca dos borracheras son iguales. La última, antes de dejar Buenos Aires, no tuvo nada que ver con ésta de ahora. No fue solitaria. Acaba de salir del Asador Tomás, donde ha cenado con dos compañeros del equipo. Son jóvenes como él, pero parecen menos afectados por la derrota. Ya ganaremos otro día, le dijo Osorio. Pero Ariel no torcía el gesto por la derrota, o no sólo por eso. Ha sentido la pitada, la sustitución, aunque sea la tercera vez consecutiva que lo cambia el entrenador antes del final. Durante el partido no ha dejado de repetirse lo tengo, no es tan difícil, hay que jugar a un toque. Cuando recibía de espaldas no encontraba a un compañero para combinar el balón. Un delantero tiene que inventar el espacio y luego correr a ocuparlo, le decía el Dragón. Durante todo el partido Ariel no se pudo sacudir el aliento del defensa en la nuca mientras le golpeaba la rabadilla con rodillazos. De tanto en tanto Ariel le clavaba los tacos y se cagaba en su madre. La pelota le llegaba imprecisa, ardía en los pies. Otra vez los silbidos, volver a inventar una jugada que nunca termina bien.

Cansado de esperar un balón, Ariel se dejó caer hacia el centro del campo y el atasco fue de hora punta. Si nadie está donde tiene que estar, decía el Dragón, entonces no hay fútbol. Piernas, cuerpos pegados unos a otros y el balón maltratado. Lo que no sé, es cómo el balón no os puso una denuncia, gritaba irritado el Dragón cuando jugaban así. Ariel escuchaba a la grada, sentía la presión como si fuera una presencia física. Pedía la pelota aunque no sabía lo que hacer con ella cuando llegaba. No eran pases, eran compañeros que se la quitaban de encima. Que la pierda otro. Y la perdía Ariel.

En el restaurante no les cobran, la pared está llena de retratos de clientes famosos, la mayoría futbolistas, algunos políticos y el Rey con un grupo de

cazadores. También el dueño del local de rodillas ante el Papa en una audiencia vaticana. De una mesa cercana llegan señales persistentes de dos chicas vestidas con jerseys ceñidos y pechos altos. Son putas, ha dicho Poggio. Estás loco, tío, le responde Osorio. Le piden al dueño que se las presente. Conversan animadas con ellos. ¿Llamamos a una amiga?, pregunta una al ver el gesto serio de Ariel, que no hace otra cosa que beber vino. Ariel niega con la cabeza. Se ha levantado. Me voy para casa.

Le deja una propina generosa al jefe de sala, a quien envía por la llave de su coche. ¿Te gustó el orujo?, le pregunta, y le tiende una botella de cristal grueso con tapón de corcho. Lo hace el dueño. Es seco. No deja secuelas. Ariel toma la botella y recupera su coche a la puerta del local. Tiene ganas de conducir. Pone música y se fuga hacia cualquier autopista. La última curda, definitivamente, no tuvo nada que ver con ésta.

Fue en Buenos Aires. En el restaurante de la hermana de Walter, un compañero de equipo al que dejó alquilado su pisito de Belgrano. La noche antes de su partida. Se juntaron a cenar algunos amigos del barrio, jugadores de su equipo, el preparador físico, profesor Matías Manna, que afirmaba las grandes cantantes de ópera se toman un *gin-tonic* siempre antes de salir a escena, y así justificar el cuarto que se bebía él esa noche. También Macero, que es aún un íntimo, aunque ahora juega en Newell's y tiene el récord de tarjetas rojas del campeonato. No vino Charlie, salí vos con tu gente, es tu noche, pero sí Agustina, su novia hasta unos meses atrás. Bromearon con él, le dijeron que cuando fuera millonario se acordara de ellos. Varios le traían un regalo, que Ariel hubo de desenvolver. Una bandera argentina, para que la pongas en el vestuario. Alberto Alegre, un nieto de aragoneses exiliados tras la guerra española que estudió con él los últimos años de instituto, se levantó para cantarle el chotis «Madrid» y los demás coreaban los acordes de trombón. Para entonces ya estaban borrachos la mayoría y unos proponían salir de copas al Open Bay y otros ir a bailar al Ink. Agustina se retiró de los primeros, aprovechó la confusión a las puertas del restaurante. Supongo que tu viaje me ayudará a olvidarme de vos, le dijo, y luego le besó en los labios. La ruptura había sucedido sin demasiadas explicaciones. No supe hacerlo, se recriminaba Ariel. Ella seguía enamorada y él en cambio no sentía nada más que un cariño difuso, agarrado a lo mucho que la había deseado un día, a su

relación serena, bonita, pero nunca plena. De los demás se despidió con más ruido, pero con ella corría un telón al amor, extraño, cruel. Con todos el adiós era amargo, como si se cerrara un capítulo. Pero ayudaba el alcohol. No soltó el discurso que le pedían a gritos, que hable, que hable, y fue el amanecer el que los mandó definitivamente a la cama.

Ahora en el coche, kilómetros adelante, por la carretera casi vacía, Ariel recordaba que meses antes jugaba en el Cenicero, con un tercio de la capacidad de este madrileño estadio panzón que crecía a lo alto, lujoso con palcos acristalados para invitados selectos. Sin embargo, en la cancha el espacio parecía invertirse. Allá se divertía jugando, no sentía la responsabilidad y le era fácil encontrar huecos. La brusquedad de los defensas se eludía. Cuando jugaba en casa el aguante cantaba su nombre o coreaba al equipo como una música de fondo familiar, ponga huevos, ponga huevos, huevos sin cesar. Aquella hinchada los insultaba cuando bajaban la guardia o no rendían como se exigía, era el precio de un amor apasionado, a veces brutal, pero nunca frío y expectante como el del graderío madrileño. Las piernas allí no pesaban como ahora. Entonces todavía era sólo el pibe al que una mañana, al terminar el entrenamiento, alguien del club le dijo allá hay un gallego que quiere hablarte.

El representante se llamaba Solórzano y pretendía la exclusiva para negociar en su nombre. No perdamos la cabeza, le dijo Charlie, pero él era quien más estaba deseando perder la cabeza. Los españoles venían cargados de dinero, el fútbol allá puede pagar lo que sea, lo que sea, repetía Charlie. Esa misma noche los llevó a cenar pasta al Piégari. Si la próxima temporada no la juegas en un equipo español, me corto la coleta, les dijo Solórzano, y Charlie rió a carcajadas, el tipo está calvo, no tenemos nada que perder. Yo no trabajo solo, les explicó Solórzano. El equipo de Ariel prefería dinero rápido y quería vender los derechos del jugador a una empresa de dos intermediarios bien conocidos que movían capital iraní y había comprado un club en Brasil y estaba en tratos con otro en Londres. Había que actuar rápido. Al parecer Boca ofrecía millón y medio de dólares por el cincuenta por ciento de la propiedad del jugador. Yo no quiero acabar donde ellos digan, quiero elegir equipo, le insistía Ariel a Charlie.

Después de firmarle la exclusiva a Solórzano comprendieron lo que quería

decir con aquello de que no trabajaba solo. En la prensa de fútbol española salió un artículo sobre él. «Todos quieren contratar al jugador de moda, al extremo de San Lorenzo, Ariel Burano Costa». En el siguiente partido contra Rosario Central marcó el segundo gol y la mujer del Puma Sosa, el interior uruguayo, le dijo que había aparecido en las noticias del canal español internacional. Solórzano llamó desde Madrid, estás colocado en la dirección del viento, la semana que viene te paso ofertas.

Días después le arregló la entrevista telefónica con un locutor de la radio española que le preguntó en directo cosas como ¿es verdad eso que dicen de que eres capaz de hacer tantos regates en un trozo de césped que los defensas se paran a mirarte y te aplauden? Ariel comenzó a entender el dominó de Solórzano. Cómo disponía las piezas para que todas hicieran el trabajo en la misma dirección: Madrid.

Por fax les envió otro recorte de un periódico español, el *Clarín* de allá. Trazaban un perfil de Ariel como otro jugador surgido de la marginación, un competidor nato, rápido, intuitivo, artista. «En las calles de un arrabal de Buenos Aires, el Pluma Ariel Burano aprendió a llevar pegado el balón al pie izquierdo. Le llaman Pluma porque se mueve con una ligereza de bailarín». Ariel sonrió ante la imagen tópica. No debía de vender tanto decir que era hijo de una familia de clase media en Floresta y que había aprendido a dominar el balón durante las interminables clases en el colegio Lincoln, donde zarandeaba la pelota de izquierda a derecha, bajo el pupitre, para evadirse de las tediosas explicaciones. En realidad le llamaban Pluma porque decían que se iba al suelo con un soplido. En estadios rivales, cada vez que caía al césped, le cantaban: cae, cae.

Ariel luego sabría que un ojeador había escrito al club español recomendando su fichaje: «en dos años jugará para Boca o River y costará el doble». A Solórzano alguien de la directiva le filtraba el nombre de los jugadores que se iba a intentar fichar y entonces él se metía por medio. Solórzano elevaba el precio, no temas, cuanto más caro es un jugador más interesa, porque hay mucha gente que vive del dinero que se queda por el camino. Compartía comisión con la garganta profunda dentro de la directiva y luego agitaba un ventilador mediático bien engrasado con información privilegiada y algún billete; se trataba de multiplicar el precio, interesar a

otros compradores y forzar la firma con ilusión fabricada en los medios. Si el público aprieta pones al presidente contra las cuerdas y paga lo que sea, siempre que le dejes ganar un poquito, desviar un pellizco de dinero a su cuenta en las Caimán y todos felices. Lo importante es que todos sean felices, ¿no? ¿Acaso el fútbol no tiene como única misión hacer feliz a la gente?, le aleccionaba Solórzano.

Para Ariel el fútbol español era algo familiar. Conocía a jugadores que habían marchado allá y en el satélite emitían partidos en directo los domingos. Por más que muchos regresaran del extranjero sin gloria, ese año el mismo Martín Palermo o el Burrito Ortega o a su propio equipo Loeschbor y Matías Urbano, marchar allá era todo un sueño. Pero en el siguiente viaje de Solórzano las cosas parecían estar más lejos. Se ha complicado el asunto, pero vamos a ver de arreglarlo. El club había cubierto todas sus plazas de extranjeros no europeos. Nos dejan con el culo al aire. No quieren traerse un argentino y eso que la cosa estaba cerrada y la prensa ya ha dicho de ti que eres el nuevo Maradona. Le mostró la portada de un diario deportivo con su foto y un titular enorme: «Traigan a este chico».

Burano es apellido italiano, ¿verdad?, les preguntó un día Solórzano. Charlie asintió sin convicción, el abuelo de mi padre dicen que venía de allá. Dos semanas después Solórzano les enseñó la partida de nacimiento de un bisabuelo Burano expedida por una parroquia italiana. Por un módico precio, te hago un árbol genealógico en el que tu madre es la Gioconda. Carlo Burano se llamaba el abuelo, ese abuelo inventado. Con su origen italiano, Ariel ocuparía plaza de comunitario, no tendría que pelear el puesto con brasileños, con africanos, con mexicanos. Con esa cara de chulo y esa melena de macarra sólo puedes ser italiano, le dijo Solórzano a Ariel. No estamos haciendo nada malo, sólo encontrando los papeles perdidos de tu familia. Esto es una maquinaria que no se puede parar.

Solórzano no les inspiraba confianza. Ni a Ariel ni a Charlie. Bebía vino tinto y fumaba puros baratos. Tenía la dentadura como un suelo sin fregar que terminaba en dos muelas de oro. Aunque aseguraba que la única bandera ante la que se inclinaba era un billete ondeante, varias veces, alentado por el alcohol, les confesaba que España lo que necesitaba era otro Franco y Argentina otro Perón. Era un nostálgico sarcástico, con cátedra canalla. Viajó

con un abogado joven, representante del club, para cerrar los contratos y se reunieron todos en los despachos de la asesoría de Ariel. Charlie ejercía de vigilante, pero entre risas de cuervo Solórzano relajaba el ambiente con su inagotable anecdotario. Contó de dónde nacía la afición al fútbol del presidente del equipo, «la mamá de Psicosis». Compró un equipo en el norte, que compartía la propiedad del estadio con el ayuntamiento de la ciudad; logró bajarlo a Segunda y más abajo de Segunda, y luego llevarlo a la ruina. Era absurdo, en lugar de intentar que el equipo ganara, hacía todo lo posible para que perdiera. Parecía el mundo al revés. Pero el negocio completo llegó con la demolición del estadio, que estaba cerquita de la playa, y en el solar se construyeron mil cuatrocientos apartamentos de lujo, a medias con la autoridad, eso sí, para que no quedara duda legal. Los socios lo querían matar y, en un gesto que presentó cargado de dignidad, vendió el equipo, para entonces el patrimonio del club era el nombre y el escudo, todo lo más. Pasados unos años, era un hombre tan solvente que casi le fueron a buscar para que presidiera el equipo madrileño. Ahora le da prestigio social, un palco en Madrid es como antes la corte de los reyes. Con ese tipo de gente se puede hacer negocios, concluyó Solórzano, porque son como yo: sólo respetan una cosa más que el dinero..., el mucho dinero. Aquel tipo desagradable y hablador, con aliento cargado, el pelo color de herrumbre, pasador de corbata dorado y zapatos de rejilla, le llevó a España y a juzgar por lo turbio de su encanto debía haber sospechado que nada sería tan fácil.

A comienzos del mes de julio, Ariel fue a visitar al Dragón. Seguía desde la banda el entrenamiento de los chavales con sus ojos tristes de hombre con gafas y su viejo silbato de garbanzo. Me marchó a España, le dijo Ariel. Eso he oído. Las gafas del Dragón se habían quedado antiguas veinte años atrás. Venía a despedirme. El entrenador asintió con la cabeza sin dejar de mirar a los chavales. Ariel se mantuvo largo rato a su lado, esperando que le dijera algo. Una vez, después de mirar un partido de los Mundiales de Corea en la casa, mientras su mujer se reía de él porque cada cinco minutos se levantaba para orinar, el Dragón le había dicho el fútbol es para humildes, porque es el único oficio en el que puedes hacerlo todo mal en un partido y ganarlo y puedes hacerlo todo bien y perderlo. Ariel no había olvidado esa frase y temía que su viejo entrenador pensara ahora que con su fichaje millonario y su

marcha a España hubiera perdido la humildad de la que hablaba. Quería decirle soy el mismo chaval que usted recogía por las tardes para llevar a entrenar, con Macero y Alameda. Permanecieron en silencio un rato más, hasta que el Dragón le señaló a un muchacho que jugaba, ése se llama como vos. Mandale una remera dedicada, lo va a matar. Claro, dijo Ariel. Es raro que salgan buenos jugadores de acá, los únicos chavales que prometen vienen del interior. El Dragón se volvió hacia él y le agarró por el hombro con fuerza. Soltó un rezongo. En esto lo peor que te puede pasar es creerte un poco mejor de lo que en verdad sos. Fue su forma de despedirse, cruzó el campo para corregir algún movimiento. Ariel lo miró de lejos y se fue.

Creyó durante un tiempo que las despedidas eran más difíciles que las llegadas, pero se equivocaba. Ahora se veía a sí mismo, solo, acompañado por la línea de la autopista, sin preocuparse de la dirección, la botella de orujo entre los muslos y la misma canción una y otra vez, «delante cuatro caminos, los cuatro llevan a nada». Tenía miedo de fracasar en este país a ratos acogedor, a ratos hostil. Su primer partido, en un torneo amistoso, le devolvió al vestuario con una sensación de estafa. Ahora entrarán y me dirán fue todo una broma, sabemos que es usted un mediocre absoluto, ya puede volver a Buenos Aires. Quizá todo fuera un terrible malentendido. Pero entonces Charlie aún estaba cerca, le enseñaba los detalles que funcionaban, las buenas vibraciones, lo tranquilizaba. Llamaban por teléfono a casa y Charlie les contaba el partido a sus hijos como si hubiera presenciado otro distinto en el que a Ariel le salían los regates, y decía es el wing que todos estaban esperando.

Ha tomado una salida de la autopista y sigue las direcciones de vuelta a la ciudad. Desde allá podrá orientarse. En realidad, sólo conoce el camino a casa desde el estadio y se ve obligado a regresar a él. Es su punto cero en la ciudad. Su centro del mundo. El estadio se esconde hasta que de pronto aparece rotundo. Toma por una avenida grande y desierta, pero los semáforos parecen cerrarse para él. Cuando sale de uno, el siguiente cambia a rojo de nuevo. Como si enjaularan el coche. Por fin se abre y acelera a tope para alcanzar el siguiente antes de que se cierre, pero de la oscuridad cercana surge una sombra, aunque tuerce el volante no puede esquivarla, cae la botella de entre sus piernas y frena a fondo. Oye un golpe fuerte sobre el capó y el coche

se detiene. Ariel permanece inmóvil en un instante de pánico. Ha atropellado a alguien. La canción sigue sonando, pero ahora desajustada al momento. Tiene miedo de salir, de abrir la puerta, de enfrentarse a la realidad. Siente que la borrachera se ha esfumado, queda el terror. El calcetín se le ha empapado de orujo. Toma fuerzas. Todo ello no dura más de tres segundos.

9

A Sylvia le vuelve un recuerdo de la abuela Aurora. Cuando era niña pasaba mucho tiempo en su casa, jugaban juntas sobre la cama de matrimonio. Le inventaban vacaciones a la muñeca favorita de Sylvia. Primero escalaban con ella por las almohadas como si fueran montañas nevadas. Luego bajaban a la colcha y fingían que estaba en el mar. Los pliegues eran las olas sobre las que nadaba la muñeca manejada por Sylvia. Las olas crecían en el juego, el mar se agitaba, y al final, animadas, siempre creaban una gran ola que cubría a la abuela, a la muñeca y a Sylvia, que reía a carcajadas. Alguna vez, cuando salían de debajo para recuperar el resuello, el abuelo Leandro las miraba desde la puerta, asombrado de la escandalera. Sonreía, pero no decía nada. Entonces la abuela Aurora siempre se volvía hacia Sylvia y le decía ahora me vas a tener que ayudar a hacer la cama otra vez.

Su padre acaba de salir de la habitación y al reparar en las cortinas venecianas, en el televisor colgado en la esquina del cuarto, en los apliques nuevos de las paredes, ha relacionado esos detalles con el hospital de su abuela, donde todo es viejo, usado, las paredes gastadas y no se transmite la sensación, como en esta clínica, de que eres el primer enfermo que ocupa la habitación. Menuda diferencia, aquí estás como una reina, le ha dicho Lorenzo a Sylvia, la abuela tiene que compartir la habitación con otra enferma que ronca como una descosida.

Esta mañana se despertó con la boca seca, su padre leía un periódico deportivo sentado en el sofá. Sylvia tenía la pierna escayolada después de la operación, levantada en el aire. Mai le pintó su firma con un rotulador. Su amiga no se había quedado mucho rato, lo suficiente para que Lorenzo saliera a comer. ¿Duele? Un poco. Mai le habló de su fin de semana. Sylvia no le dijo

nada de su encuentro con Dani. De su absurda fiesta de cumpleaños. Cuando su nombre salió en la conversación Sylvia se inquietó. Me preguntó por ti esta mañana, le dijo Mai. Le conté lo que te había pasado, pero pensé que mejor que no viniera, ¿no?

Sí, mejor.

Estaba sentada a los pies de la cama cuando la puerta se abrió y entró Pilar. La madre de Sylvia y Mai se saludaron y luego Pilar abrazó a su hija. ¿Cómo fue? Mai se despidió, yo me largo, mañana vengo a verte, ¿vale?

Sylvia sintió en la cara las lágrimas de su madre. Estoy bien, no es grave. Pilar se incorporó y posó la mano sobre la escayola. Me ha operado el médico de la selección, le explicó Sylvia. Dice que en dos meses puedo estar compitiendo, claro que antes me tiene que convocar el entrenador. Pilar sonreía, te vas a venir a casa, hasta que puedas moverte. Ya veremos, contestó Sylvia. ¿Tu padre? Ha salido a comer. Ahora no puede ocuparse de ti, dijo Pilar, tiene sus cosas. Mamá, yo me valgo sola, tendré unas muletas, no soy una inválida. Sylvia sacó el brazo de debajo de la sábana y Pilar vio las contusiones. El hijo de puta me pegó una buena hostia. Sylvia, no hables así. Bueno, pues ese señor tan majo me embistió de modo brusco.

Sylvia no persigue herir a su madre, pero le falta paciencia para hablar con ella. En la ironía encuentra muchas veces la manera de reducir la distancia entre lo que su madre desea escuchar y lo que ella tiene ganas de contar. Cuando vivían juntas, Sylvia ignoraba la soledad que eso generaba en su madre, la frustración por el negado acceso a las preocupaciones de su hija. ¿Qué te apetece cenar? Me da igual. ¿Sales ahora? Sí. ¿Adónde? Por ahí. ¿Con quién? Con Mai. ¿Solas? No, con una pareja de la Guardia Civil. Pilar sufría ante la pereza de las explicaciones de Sylvia. Es el nacimiento de su vida privada, se decía.

Si vas a ver a la abuela no le cuentes nada, bastante tiene ella..., le dijo Sylvia. La puerta se abrió y entró Lorenzo. Pilar y él se miraron y después de un instante de duda ella se acercó y se dieron dos besos en las mejillas. Más que un beso fue un gesto mecánico, las mejillas se rozaron con extrañeza después de veinte años de besos en los labios.

Le digo que se venga conmigo estos días, hasta que pueda andar bien. No sé, lo que ella quiera. Un rato más tarde volvieron a discutir sin discutir,

ambos se ofrecían a quedarse durante la noche. Sylvia les insistió para que se fueran. No le gustaba presenciar esas competiciones entre padres, los cien metros lisos a la caza del amor filial. Gracias a la separación había ganado la independencia, puede que por deserción de las partes, pero se sentía a gusto, menos protegida, menos vigilada. Vivir con su padre era lo más cercano a vivir sola. Con la ausencia de su madre Sylvia había madurado a velocidad espectacular. Se había dado cuenta de lo que significaba no tener a alguien encima para resolver todas las necesidades cotidianas.

El doctor Carretero la visitó a última hora de la tarde. Saludó a Pilar y le explicó, con la misma paciencia que había empleado con Lorenzo esa mañana, el proceso de recuperación de Sylvia. Pasaría cinco semanas con la escayola y luego vendría una rehabilitación muy ligera. Era un hombre en la cincuentena, de pelo gris peinado con raya y manos finas. En dos meses estará otra vez saltando a la comba. Sylvia frunció el gesto. He preferido que pase hoy la noche aquí y mañana le daremos el alta, ¿de acuerdo? Tiene varias contusiones y prefiero que no se corra ningún riesgo. Salió de la habitación y Lorenzo aprovechó para explicarle a Pilar que de todos los gastos se hacía cargo el conductor del coche. Él la trajo aquí y había pedido que le mantuviera informado. Hemos tenido suerte, porque la ha atropellado un tipo encantador, ahora la mayoría se dan a la fuga.

Una suerte de la hostia.

No hables así, corrigió Pilar a su hija. Luego Sylvia dijo yo no me enteré de nada. Esta mañana entró el señor para hablar con papá y es que ni me acordaba de su cara. Creo que iban dos en el coche y yo vi al otro. ¿Te desmayaste?, preguntó Pilar. No sé, puede... Fue todo raro. Después del golpe intenté levantarme y noté como si la pierna fuera de goma, entonces me asusté. Fue cuando me metió en la parte de atrás del coche.

Bastante suerte tuvo. Cruzó sin mirar, en plena noche, por un paso prohibido, intervino Lorenzo.

Paz. Eso sintió cuando la dejaron sola. Primero se fue su madre. Luego te llamo, dijo. ¿Quieres que te traiga algo de ropa? Pero la pregunta se extinguió por sí sola. Bastó la mirada orgullosa de Lorenzo para recordar que la ropa estaba en su casa y no al alcance de Pilar. Lorenzo dejó pasar un rato, como si no quisiera salir junto a ella. Con el mando a distancia Sylvia explora los

canales de la televisión. A esa hora hay noticias. Encuentra una emisión de vídeos musicales. Lo deja de fondo, sin prestarle mucha atención. Un cantante se debate entre una decena de mujeres que lo acarician, suplican, desean. Lorenzo ha dejado los periódicos amontonados en el sofá, pero a ella no le tiente mirarlos. Una enfermera le trae la cena. Sylvia come con apetito. Por el móvil recibe un mensaje de Dani. «Cuida esa pierna». Sylvia le devuelve la escueta frialdad. «Lo intentaré».

Un rato después le retiran la bandeja de la cena. La enfermera le desea buenas noches, le señala el timbre de llamada. En la televisión una mujer canta en bañador, se restriega por el suelo alrededor de una piscina como una serpiente en celo. Al oír el breve golpeteo de unos nudillos en la puerta Sylvia posa el mando a distancia en la mesita. ¿Mamá? La puerta se abre muy despacio y asoma una cara cobriza, rodeada por una media melena revuelta. Un cuerpo pequeño pero robusto. Trae una caja de bombones en la mano.

Tú no eres mi madre, creo.

No, creo que no, contesta el chico. Sos Sylvia, ¿verdad?

Es el acento, la dulce cadencia al hablar, lo que llama la atención de Sylvia. Le observa mientras se vuelve para cerrar la puerta a su espalda. Le tiende los bombones. Traje esto, es lo mínimo. Gracias. Sylvia agarra la caja, y sube la sábana para cubrir sus senos. No lleva sujetador bajo la camiseta. No quiere que la mirada de él, los ojos color miel guardados por pestañas larguísimas, se distraigan. Tiene cejas afiladas, la derecha interrumpida por una leve cicatriz. El tabique nasal algo desviado le acaba de dotar de un aspecto duro que desmiente un delicado lunar a mitad de camino entre la comisura del labio y el ojo izquierdo. Duro y dulce.

Eres el que me atropelló, ¿verdad?, pregunta Sylvia.

10

El martes repite.

A Leandro lo recibe la misma encargada. Lo conduce a un salón diferente, más pequeño, estrecho. Se organiza para que los clientes nunca se encuentren, comprende Leandro. Llámeme Mari Luz, por favor, puede tutearme, le dice la mujer. Leandro prefiere el trato frío, profesional, del primer día, le turba tanta cercanía, le hace sentirse peor. Cuando un momento antes estaba en la calle, a la hora de la salida de los colegios, había considerado dar media vuelta. La agitación de la calle era amenazante. Cruzó un autobús escolar, más coches. Era imposible que los vecinos de una calle aletargada como aquélla no conocieran la dedicación del chalet del número cuarenta siempre con las persianas bajadas. Los clientes, como él, serían escrutados con indignación. Ahí va otro.

Leandro prefiere no beber nada. Me gustaría la misma chica, dice. Valentina, ¿verdad?, pregunta Mari Luz sin esperar respuesta. Déjeme ver, va a tener que esperar algo, nada, diez minutos, si prefiere ver a las demás. No, no, la corta Leandro, prefiero esperar.

Leandro se sienta. Frente a él queda una ventana por la que ve caer hojas de un plátano con la ráfaga de aire. Algún ruido de pasos. Una voz femenina. Pero nada que delate la ocupación de las habitaciones. Supone que Osembe estará con otro cliente. Ha dejado en el hospital a Aurora, adormecida. Esther ha venido a pasar un rato de la tarde. Iré a estirar las piernas, les ha dicho Leandro.

El lunes lo pasó angustiado por la culpa. Más que por lo ocurrido la tarde anterior, por el deseo irrefrenable de volver a hacerlo. Llegó temprano al hospital para permitir a Esther marcharse a su casa. No tardó en enterarse del

accidente de Sylvia. Al principio se asustó. Atropellada anoche, oyó en la boca de su hijo, y relacionó el suceso con su encuentro con Osembe. Era el castigo. Su nieta atropellada a la misma hora en que él... Se encuentra bien, no hay nada que temer, le dijo Lorenzo. Acordaron no contarle nada a Aurora.

Durmió pésimo en el sofá cama. Excitación y vergüenza. Oía la respiración de Aurora, muy cerca, como tantas noches. Pensó en las contadas ocasiones en que había buscado sexo lejos de ella. En su cuarto guardaba un tomo de fotografía con desnudos femeninos. Eran desnudos artísticos, la mayoría en blanco y negro. Masturbarse le devolvía con ironía cruel a la adolescencia. Nunca se imaginó a solas sentado en la salita de un chalet como aquél.

Algunas noches Aurora y él aún mantenían algo parecido a un encuentro erótico. Ocurría en noches extrañas en las que ella notaba que a él le costaba dormir. Le palpaba entre las piernas y lo encontraba excitado. Ella le calmaba con la mano. A veces Leandro se incorporaba sobre ella y hacían el amor sin penetración, a ella le causaba dolor, así que se limitaban a rozar sus sexos, a acariciarse el uno al otro. Nunca hablan de ello, cuando terminan se dan la vuelta para dormir. Nadie nos enseña a ser viejos, ¿no?, le dijo ella una noche. Se suponía que el deseo debía de haber muerto mucho antes y reposaba enterrado sin ceremonia bajo los muelles de la cama de matrimonio.

La mañana del martes el doctor pasó por la habitación con algo más de calma, aunque con la misma mancha de chorizo en la bata. Llevó a Leandro a una habitación cercana y le mostró unas radiografías. Las mujeres de la limpieza acababan de dejar el cuarto y olía a desinfectante. El doctor abrió las ventanas de par en par. Hablaba mientras movía el bolígrafo entre dos dedos. Vamos a ver, la rotura de cadera no reviste mayor importancia, como ya le dije. Es una cosa habitual, nosotros lo consideramos una epidemia de la vejez. Piense que cada año en España atendemos cuarenta mil roturas de cadera en ancianos, en especial de mujeres. Así que esto es anecdótico.

Leandro sintió temor. Sintió temor al momento en que empezara a hablarle de lo que no era anecdótico. El problema es que este tipo de roturas a veces son la primera pista de un debilitamiento general. Vamos a mandar a su mujer a casa, pero le vamos a hacer pruebas serias, más allá de que ella sufre una osteoporosis grave de la que ya se trataba... Leandro se metió las manos en

los bolsillos de la chaqueta. Tenía frío. No sabía nada, dijo. El médico sonrió, abrió la carpeta con los datos de Aurora. Ya sabe cómo son las mujeres, se callan sus problemas.

Ya, respondió Leandro. El doctor le habló de densitometría y grados de movilidad, le nombró otras pruebas que iban a realizarle, pero no llegaba a ninguna parte. Leandro preguntó por la rehabilitación tras dejar el hospital. Lo importante es no dejarse apoderar por la frustración, se limitó a decir el doctor. La edad tiene estas cosas.

La conversación languideció en la helada salita. Leandro caminó confuso por el pasillo de vuelta al cuarto. Su torpeza para las tareas domésticas lo desesperaba. Hasta ese momento, Aurora sostenía la casa. Para Leandro la lavadora era como una nevera que limpiaba la ropa. Él se ocupa de las facturas, de los desgloses del banco, de pagar los recibos, de comprar el vino, asiste a las miserables reuniones de vecinos, pero no conoce el orden interno de la casa. Sabe que los domingos vienen su hijo Lorenzo y Sylvia a comer y casi siempre hay sopa de arroz y merluza rebozada. O que los jueves en que Manolo Almendros se presenta al mediodía Aurora siempre le invita a quedarse y le ofrece sus chocolates favoritos de postre, pero desconoce cómo se logra esa precisión. Le angustió pensar en su mujer impedida en una casa que no estaba preparada para alguien así.

En tres días estamos en casa, anunció Leandro a Aurora, que leía en la cama. Luego se sentó cerca y abrió el periódico. Los dos en silencio, leían casi en paralelo. Puede que se hicieran preguntas similares, pero no se dijeron nada. Fotos recuadradas de terroristas fundamentalistas islámicos. La muerte de Yaser Arafat. Las cercanas elecciones en Norteamérica.

Osembe ha bajado a buscarlo. Leandro la ve llegar a través del cristal. Aunque sonríe y se besan en las mejillas ella transmite el mismo aire ausente del encuentro anterior. Le lleva escaleras arriba hasta otra habitación diferente, algo más amplia. La ventana da al jardín trasero y la persiana no está bajada del todo. Entra la luz de la tarde. Otra habitación, dice él. Es mejor, dice ella. El baño es más amplio, de azulejos amarillo pálido. Encima del lavabo hay un mueble con espejo de tres óvalos. Leandro observa que es casi idéntico al de su casa, lo cual le perturba. Ella se enjabona la entrepierna y Leandro siente una punzada de asco al intuir que hace un minuto estaba

debajo de otro cliente. Él se repasa el pelo con los dedos y se mira las manchas de la piel en la frente y las mejillas. La cara de un viejo. Hay *jacuzzi*, ¿te apetece?, pregunta Osembe. Después quizá, responde Leandro.

Cuando se sienta para desvestirse mira el jardín trasero. Ve la piscina a medio llenar y un balancín blanco con los ejes oxidados. Desnúdate, le pide Leandro a Osembe. Ella se coloca delante de él y se quita las prendas sin darle ninguna intención al acto mecánico. Tarda en desprenderse de la ropa interior, como si quisiera mostrarse pudorosa. Se mira y tensa los músculos de los muslos y de los glúteos. Por un momento parece olvidarse de que Leandro está ante ella. Mastica chicle. Leandro se levanta para besarla y le llega el fuerte aliento a fresa. Ella no le retira la boca, pero le besa sin pasión, mientras esconde el chicle entre los dientes.

Leandro la abraza y termina de desnudarla, ella se ríe, sin excitación, distante. Yo lo hago, túmbate. Leandro obedece y va hasta la cama. Ella domina la situación. Leandro trata de rebelarse porque no encuentra placer en la sucesión de caricias. ¿Quieres follar?, pregunta ella. Leandro se siente ridículo. Pretende darle al encuentro un valor íntimo, pero se da cuenta de que ella no tolera salirse de la rutina. Prefiere que todo sea previsible, plano, profesional. Leandro intuye que puede existir un placer más lejano, escondido, pero el acceso a ese lugar más íntimo parece vetado para él. Ella mastica chicle con su pensamiento lejos de allí. Es evidente que Leandro no logra excitarse con el manoseo de ella sobre su sexo, más parecido a una labor de manipulación industrial que erótica. Vamos, abuelo, dice ella. Como si así le animara. A Leandro le invade el mal humor. Deja, deja, dice, y se sienta sobre la cama.

Tiene ganas de irse. ¿Qué hago aquí?, se pregunta. Los ojos de ella miran vacíos, como si nada le importara demasiado.

La situación es entonces incómoda para ambos. Yo chupo, dice ella. No, dice Leandro. Se sienta tras ella y la abraza apretando la espalda contra sí. Le acaricia los brazos y el vientre. Ella pretende moverse, cambiar la posición y recuperar el ritual, pero Leandro lo impide. Ella sólo quiere que el cliente se corra. Es su única forma de entender la labor. Como una manualidad. No aspira a entrar en la cabeza de él. Incluso le incomodaría saber que Leandro persigue otro fin más allá que el de lograr el orgasmo.

Leandro baña su rostro entre las cintas del pelo de Osembe. Ella ríe como si le hiciera cosquillas. No entiende el placer que puede encontrarle él a repasar su espalda, sus hombros, a recorrer con la yema de los dedos el cuerpo entero y resistirse en cambio a penetrarla. Él, en cambio, sabe que ésa es la razón que le ha traído de vuelta.

A última hora de la mañana ha acompañado a Luis, su alumno, a la tienda de unos conocidos que venden pianos usados. Era una cita concertada tiempo atrás. El dueño estuvo amabilísimo y el muchacho no se atrevió a probar los pianos. Leandro lo hacía por él. Tenían que ajustarse a un precio. Mis padres no me dejan pasar de ahí. Tranquilo, le dijo Leandro, por ese precio vamos a encontrar algo bueno. Pasaron a otro almacén y allí Leandro reparó en un piano de pared, negro, restaurado a la perfección y que no superaba los mil trescientos euros. Tocó un instante. Suena de maravilla, dijo. Pero fue al pasar su dedo por la madera negra y lisa cuando Leandro supo que, por más que luchara contra su deseo de volver a encontrarse con Osembe en el chalet, esa misma tarde acudiría de nuevo. Y entonces le invadió un entusiasmo que su alumno y el vendedor de la tienda malinterpretaron. Ah, don Leandro sigue teniendo la misma pasión por la música que cuando nos conocimos y ya va para treinta años, ¿verdad?

Leandro ha perdido parte del entusiasmo matinal. Aunque ahora recorre esa piel que añoraba. Repara en una larga cicatriz junto a la quiebra del codo de Osembe. La herida le intriga. Quizá un accidente en la aldea, un animal salvaje. La infancia peligrosa en el África.

Me pilló el ascensor cuando era niña, explica ella. En unos almacenes.

Y él se entretiene en la piel rugosa del codo durante un rato largo. Luego posa los dedos sobre el sexo afeitado de ella. Siente la lija de su vello púbico y cómo se cierran sus duros muslos para impedirle el acceso. ¿Quieres follar? Se acaba el tiempo, dice Osembe. Leandro nota que le incomoda ser tocada. Y él no quiere hacer otra cosa que tocarla. Descubre sus pies feos, con dedos retorcidos y uñas deformadas mal pintadas de esmalte blanco. Acaricia sus piernas y sus brazos, toca la nariz que se dilata cuando respira. Sólo quiero conocerte, le explica, pero ella no alcanza a entender. Osembe se levanta y mueve el culo cómica junto a la cara de Leandro. Desplaza los glúteos arriba y abajo con sólo cambiar la tensión muscular, feliz como una niña que

presumiera de saber mover las orejas. ¿Te gusta mi culo? Leandro lo estudia frente a su cara, alzado, ingrávigo, musculado.

No. Me gustas tú. Y luego lo besa y ella se ríe y se aparta.

¿Quieres pagar más?, pregunta Osembe cuando pasa el tiempo. Puedes pagar otra hora. Osembe se acaricia los pechos introduciéndose las manos bajo el sujetador que no se ha quitado. Asoman estrías blanquecinas.

Bueno, dice Leandro.

11

Lorenzo pintó la cocina cuando Sylvia tenía siete años. Se acuerda ahora, sentado frente al teléfono inalámbrico. La pared está alicatada hasta la mitad y coronada por una cenefa azul con forma de trenza. El resto está pintado por él. Salmón, le dijo Pilar. Pero cuando Lorenzo dio los primeros brochazos, ella le dijo eso no es salmón, es naranja. Discutieron sobre las tonalidades y sobre el verdadero color de unas lonchas de salmón que comieron días atrás. Eran así, dijo Lorenzo señalando la pared. A lo mejor lo que pasa es que el salmón es naranja. No, el salmón es salmón, dijo ella. Luego Pilar fue a buscar a Sylvia a la salida del colegio y la pequeña entró en la cocina y vio a su padre subido en la escalera, repasando con la brocha un esquinazo. Qué bonita queda la cocina pintada de naranja, le dijo Sylvia. Pilar sonrió. Te juro que yo no le he dicho nada. Nunca supo si Pilar por el camino le había comentado algo. Sí recuerda que rieron. Eran otros tiempos.

El naranja había desfallecido un poco, la cocina también. Un azulejo estaba quebrado desde el día en que había tratado de clavar una hembrilla para sostener el colgador de cazos. En el suelo una pieza del terrazo estaba rota desde que a Sylvia se le cayó el bote de harina cuando ayudaba a su madre a preparar un bizcocho. La puerta de uno de los muebles colgados de la pared había sido sustituida por otra que no tenía idéntica tonalidad de blanco que las demás.

Cicatrices.

En la agenda de teléfonos habituales se acumulaban números que habían dejado hace mucho de ser habituales. El pediatra de la niña, varias oficinas, el teléfono de casa de una secretaria, la canguro a la que llamaban cuando salían alguna noche, tres o cuatro familiares ya fallecidos que permanecían en el

limbo de la agenda, alguien olvidado por completo, alguna amiga de Pilar a la que no frecuentaban, el número del colegio al que fue Sylvia y en la letra P, allí están, los números de Paco. Casa, móvil, suegros y el apartamento de verano en Altea. Lorenzo tomó aire antes de marcar los dígitos en el teléfono.

Los días anteriores habían sido intensos. Su madre en la clínica, la angustia de su padre porque temía que no volviera a andar, el accidente de Sylvia, la llegada de Pilar. Coincidió con ella dos días seguidos en la clínica. Le ofreció quedarse en casa. No, tengo sitio donde una amiga, le dijo ella. Pilar se interesó por cómo le iba todo, si aún buscaba trabajo, si necesitaba dinero. No, no, estoy bien, le mintió él. Y luego le dijo ¿te has enterado de lo de Paco? Lo han matado en su casa, salió en los periódicos. Pilar se quedó callada. Parecía afectada por la noticia. Lorenzo había decidido que podía hablar de ello, que debía hacerlo. Se lo comentó a su padre, a su amigo Lalo, se lo contó a Sylvia.

El martes al mediodía había encontrado un recado en el contestador. Un inspector llamado Baldasano se identificaba como miembro del Grupo de Homicidios y le dejaba un número de teléfono. Cuando Lorenzo llamó el hombre fue muy escueto. Sólo quería hacerle algunas preguntas, le dijo. Nos consta que usted fue socio del señor Garrido. Sí, claro, me he enterado por los periódicos, le dijo Lorenzo. Entenderá que queremos hacerle algunas consultas. La palabra sonó ambigua, preocupante. Lorenzo le explicó que esa tarde tenía que recoger a su hija en la clínica, le habló del atropello, no sé si será posible posponer la cita para mañana. La vida cotidiana, la normalidad, era la mejor prueba en su defensa.

Un policía con la tosca tela de su uniforme le guió hasta un despacho y allí le recibió el inspector Baldasano. Bebía café en un vaso de plástico bajo y marrón. Le ofreció otro mientras abría una carpeta, pero Lorenzo lo rechazó, acabo de desayunar, gracias. Lorenzo estaba nervioso y pensó que lo mejor era reconocerlo. Estoy algo nervioso, la verdad. No tiene por qué, le tranquilizó el policía. Mire, es muy sencillo. Todo apunta hacia un robo a cargo de las bandas habituales que operan en la ciudad, de las violentas, colombianos, albanos, búlgaros. Pero hay cosas en el aire. Le pedimos a la mujer del señor Garrido que nos pusiera al día de los negocios de su marido, que nos hablara de la gente con la que podía tener conflictos pendientes y le voy a ser

sincero..., salió su nombre.

Lorenzo asiente, sin dejarse sorprender. Paco y yo tuvimos una relación, bueno, fuimos amigos y socios y la cosa acabó fatal, eso es verdad, dijo Lorenzo. Lo sabemos, le tranquilizó el inspector, pero su tono no resultaba en absoluto tranquilizador. Ocurrió hace tiempo y llevábamos mucho sin vernos. Dejamos de ser amigos, pero eso no quiere decir que fuéramos enemigos. No le guardo... Bueno, no sé, Paco era un liante, a Lorenzo le salió aquella palabra, casual, poco grave. Se alegró de haberla dicho. Surtió efecto. El inspector masticó un ya.

Paco me engañó. Montamos un pequeño negocio juntos, yo perdí mi dinero y, bueno, él no perdió tanto como yo, y, no sé, eso me hizo sentirme estafado. Estamos hablando de dos o tres millones de las antiguas pesetas, no estamos hablando de cantidades que..., Lorenzo se detuvo, no quería hablar del asesinato. Él tenía dinero de la familia de su mujer y, bueno, para él no fue tan grave la quiebra de la empresa. Yo he intentado rehacer mi vida por otro lado y jamás le he reclamado nada. El inspector no habló, esperaba que Lorenzo añadiera algo más. Lo hizo. Cuando leí la noticia me dio pena, no me alegré en absoluto. Me dio pena ella, Teresa, sobre todo.

Lorenzo pensó que no debía hablar demasiado, pero mantener la fluidez de las palabras le calmaba. Mentir con naturalidad le sorprendía tanto como le serenaba. Le daba fuerza para enfrentarse a los silencios del inspector. ¿Tenía muchos enemigos?, preguntó Baldasano. Al levantar la cara Lorenzo vio que tenía una herida en el cuello, tapada por la camisa, una cicatriz rosada, no muy larga. Aparentaba ser más una quemadura que un corte. Enemigos es una palabra fuerte, dijo Lorenzo. No quedaba bien con la gente, eso seguro. El inspector le preguntó por la noche del jueves. ¿Tiene alguien que pueda testificar que estaba con usted? Lorenzo pensó un instante. Mi hija. Vivo con mi hija. Estoy separado.

El inspector asintió con la cabeza, como si ya conociera esos detalles. Levantó los ojos hacia Lorenzo, le voy a hacer una pregunta que está en todo su derecho de no contestar. Es sólo una consulta.

Ahí está, volvía esa palabra. Afuera sonaban tal variedad de timbres de teléfonos que se podían confundir con la música de un carrusel. Sobre la cabeza del inspector, en el techo, había una gotera gris y enmohecida, aún

húmeda.

¿Usted conoce a alguien, de su relación profesional, que tuviera motivos suficientes para asesinar al señor Garrido? Lorenzo fingió pensar. Repasar la lista de conocidos de Paco. Por un instante trató de encontrar a alguien y el ejercicio le calmó, le desplazó a una idea ajena, le convirtió en inocente de la manera más sencilla del mundo. No, dijo. Y, sin saber muy bien por qué, se vio en la necesidad de añadir Paco era una persona a la que no podías odiar.

Lorenzo no dijo nada más. Volvió a mirar hacia la gotera del techo. El inspector dirigió también su mirada hacia la manilla. ¿Se lo puede creer? Lleva así seis días. Es el baño de arriba, donde los pasaportes. Le aseguro que es bastante desagradable sentarse aquí toda la mañana sabiendo que tienes un charco de pis sobre la cabeza. Bueno, no le voy a robar más tiempo. Sí que le ruego que me apunte por aquí todos sus teléfonos de contacto, me gustaría tenerle siempre a mano, por si surge cualquier consulta.

Tenía adoración por esa palabra. Pregunta le debía de sonar demasiado amenazadora. Las cosas del oficio. Le tendió una cuartilla a Lorenzo para que anotara sus teléfonos. El último es el de casa de mis padres, por si acaso. Y luego pensó si no era mostrarse demasiado solícito. Salió del despacho y agradeció que uno de los policías subiera en ese momento las escaleras dando voces porque un detenido le había vomitado en los zapatos. Me cago en Dios, es que noto los calcetines empapados, joder. Entre el jolgorio de los presentes, Lorenzo buscó la puerta.

Dejó atrás la comisaría más calmado. Mentir le había producido la misma liberación que decir la verdad. Una confesión falsa también es una confesión. Hablar del asunto, situarse en un lugar que no le correspondía le ayudaba a distanciarse. La mentira a veces tiene la talla exacta para vestir una verdad. Cuando dijo aquello de que Paco era alguien a quien no podías odiar, lo dijo porque era cierto. Pensó que su error nacía de ahí, de haber transgredido ese límite. Llegar a odiarlo. Paco era el culpable de su situación laboral, de la incapacidad de darle a Pilar lo que necesitaba, de la mirada conmisericordiosa de sus padres cuando le prestan dinero, de su caída en desgracia. Paco era el culpable de que su hija ya no se quedara dormida en el sofá del salón y él pudiera cargar con ella hasta su cama; culpable de que en alguna entrevista de trabajo se quedara mudo, plantado delante de algún joven ejecutivo

engominado que le acababa de preguntar ¿por qué cree que un profesional como usted no ha logrado la estabilidad laboral en todos estos años?; culpable de que a media mañana compartiera la calle con las amas de casa y los viejos; culpable de sacarlo de un empujón del camino, camino que ahora tiene que volver a encontrar sin la ayuda de nadie.

Lorenzo, en la cocina, marca ahora el teléfono de casa de Paco. Es el mismo número al que tantas veces llamó para escuchar la voz de su amigo, esa voz que le citaba en un restaurante o le despedía hasta el día siguiente en la oficina. Esa misma voz que un día le dijo Loren, me parece que lo hemos perdido todo, y mentía porque sólo uno de ellos lo había perdido todo. El timbre de la llamada suena una, dos, tres veces, hasta que responde el susurro de Teresa. Esa presencia apagada y silenciosa, esa mujer que compensaba con su reserva el carácter expansivo de su marido. La misma que había señalado a Lorenzo como sospechoso. La policía trabaja así a menudo, no tiene pistas, no tiene pruebas, no tiene indicios, pero presiona a un sospechoso, lo presiona hasta que se desmorona y entonces comienzan la investigación por el final, resuelven el delito de la mano del delincuente. Pero no iba a ser tan fácil vencerle a él.

Hola, Teresa, soy Lorenzo. Hola, la voz de ella suena lejana, como si surgiera de la profundidad. He sabido lo de Paco y he estado dudando si llamar, no sé, quería decirte que lo siento mucho, que si necesitas... Lorenzo se interrumpe. No quiere ser cruel consigo mismo, con el último gramo de sinceridad que se rebela en su interior. Gracias por llamar, dice ella. No, yo... Sé que no es fácil, pero quería... Está bien, gracias, corta ella. Un instante después cuelga el teléfono.

Lorenzo se levanta de la silla y bebe agua directamente del grifo de la pila, como los niños en las fuentes. A Pilar le molestaba que lo hiciera. ¿Por qué ensuciar un vaso?, decía él. Se apoya en la encimera y el mundo parece detenerse. Sospecha de mí, piensa Lorenzo. Está en su derecho. No va a ser fácil. No va a ser fácil.

12

Ariel entra en la casa por el garaje, con el coche. El salón está frío. Cuando se va el sol, cambia el clima. Hay periódicos amontonados bajo la mesa, los cedés en el suelo en torres, la pantalla plana de televisión pegada a la pared. La mano de Emilia que todo lo ordena, que impone el aire impersonal que reina en la casa. Charlie ya no está con él y lo único que se escucha es el motor del frigorífico o el riego que salta en el jardín.

Cuando atropelló a la chica y superó el bloqueo, fue capaz de salir del coche y recogerla del suelo. La ayudó a ponerse en pie, pero entonces ella se desplomó. La acomodó en el asiento trasero, era casi una niña, el pelo revuelto, rizado, le tapaba la cara. No decía nada, no se quejaba del dolor. Por el retrovisor Ariel vio el pantalón desgarrado de la muchacha, su pecho agitado por la respiración. No acertaba a orientarse, no conocía un hospital cercano, temía no haber actuado correctamente al levantarla, al moverla del sitio. Marcó en el teléfono móvil el número de Pujalte, pensó que era lo más sensato. Acabo de atropellar a una chica en la calle, le dijo, no sé qué hacer. Pujalte le tranquilizó, no le pidió más explicaciones. ¿Dónde estás? Ariel se refirió a los lugares que conocía. Estás muy cerca del estadio, ¿sabrías llegar? Claro, dijo él. Espérame en la puerta catorce.

No tardó demasiado en conducir hasta allí. Se detuvo frente a la puerta indicada después de rodear el edificio. Bajó del coche. Por la ventanilla vio a la chica tumbada. Respiraba, parecía tranquila, desvanecida. El rato se le hizo eterno. Los alrededores del estadio aún estaban bañados en la basura que genera un partido. Papeles, latas esparcidas por la acera. Por fin llegó un coche deprisa, ignoró el semáforo en rojo. Se detuvo junto a él. No lo conducía Pujalte, como esperaba, sino Ormazábal, el jefe de seguridad. ¿Te ha

reconocido? ¿Has hablado con ella?, le preguntó. No, apenas, dijo Ariel, sólo le había susurrado tranquila, ya vamos al hospital.

Del asiento del copiloto bajó un hombre de unos cuarenta años, el pelo negro corto. Le quitó las llaves de la mano a Ariel y se colocó al volante del Porsche. Él se ocupará. Venga, sube, te llevo a casa, tranquilo. Ariel vio cómo su coche se alejaba de allí conducido por el otro hombre. Tardó algo en subirse al coche de Ormazábal. Apenas hablaron. Parecía conocer sin necesidad de indicaciones el camino a la casa de Ariel. Le sonó el móvil. Ormazábal asintió, dos, tres veces. Ajá, dijo. Luego se volvió hacia Ariel. Todo bajo control, la chica está bien. Ariel no acertó a preguntarle nada. Algo después volvió a sonar el móvil. Ormazábal se lo pasó a Ariel. Era Pujalte. Bueno, está en la clínica, gente de confianza. El chico de Ormazábal se ha hecho cargo de todo, ha dicho que conducía él. No te preocupes por nada. ¿Es grave?, preguntó Ariel. Ha sido un accidente, nada especial, tiene una fractura, pero está en las mejores manos. Ariel guardó silencio. Habías bebido, parece. Un poco. Bueno, mañana te veo en el entrenamiento, ¿vale? Vete a casa y duerme tranquilo. Está todo bien. Muchas gracias, dijo Ariel. Es mi trabajo.

La respuesta de Pujalte se le clavó como un puñal. Fue la despedida. Después colgó. Ariel se había sentido el hombre más pequeño del mundo, paralizado allá junto al estadio. El lugar adonde se suponía que había llegado para triunfar, el altavoz para que su nombre fuera conocido en el mundo entero, ahora sólo era testigo de su cobardía. Hasta entonces su carrera era la de un jugador ejemplar, nada conflictivo, y en su nuevo destino todo eran problemas, imprevistos. Ormazábal le dejó junto a la valla de entrada a su casa. Estas cosas pasan, le dijo a modo de despedida. Era alguien siniestro y frío que se esmeraba, sin éxito, por mostrarse amable.

A Ariel le costó dormir. No llamó a la familia, aunque había prometido hacerlo después del partido. No quería dar malas noticias. Charlie le había dejado un mensaje. Ya estaba en Buenos Aires.

Por la mañana en el entrenamiento esperó la llegada de Pujalte al borde del campo. Se tumbó en el césped para los estiramientos iniciales y le agradó sentir la humedad, el olor de la hierba recién cortada. Eso era igual en todos los campos. Acariciar el verde, sentir los tacos hundirse como un mordisco cariñoso.

No había demasiada prensa, la habitual. Los cámaras llegarían a última hora de la mañana. El grupo de chavales que había eludido las clases para ir a cazar autógrafos y los jubilados de tertulia en mitad de las gradas. Pujalte apareció y se detuvo un rato a charlar con el preparador físico. Luego le dirigió un gesto para que se acercara. Ariel corrió hacia él. Eso era el poder. Eso y los zapatos de calle sobre el césped húmedo, algo que siempre perturba a los futbolistas.

Pujalte le pasó el brazo por los hombros y caminó con él por el lateral. Le explicó que el doctor Carretero se había hecho cargo de la chica, que la discreción era total. Han hablado con el padre, todo está arreglado. Tienes el coche en el aparcamiento. A todos los efectos el que conducía era el otro, ¿de acuerdo? Ariel asintió. La chica tiene dieciséis años, se recuperará bien rápido.

Ariel se quedó callado. Tanto que el director deportivo le dio una cachetada para animarlo. Vamos, ahora de lo que te tienes que preocupar es del juego. Ariel agradeció con un gesto sus palabras. El año pasado se nos murió el vicepresidente en un hotel de Bilbao, follando con una azafata de congresos. Ahí sí que tuvimos que estar rápidos, joder. Lo de tu hermano igual, añadió, son cosas que pasan. Mejor que no pasen, eh, pero aquí estamos para despejar balones. A eso me he dedicado toda mi vida. Pujalte sonrió con sus dientes blanqueados. Yo nunca fui un jugador elegante, pero era efectivo.

Ariel regresó al entrenamiento. Se sumó al rondo donde los jugadores se pasaban la pelota a un toque. Cuando cayó en la posición del centro tardó en recuperar el balón. ¿Dieciséis años?, pensaba, pobre chica. ¿Le habría mentido Pujalte? ¿Estaría más grave de lo que le había reconocido? Trató de recordar el impacto, si ella se dolía de algo más que la pierna. Estuvo desvanecida un buen rato. El entrenador repartió los petos de dos colores para el partidillo final. Ariel no terminó de concentrarse, dejó pasar el rato.

En el aparcamiento buscó su coche. Tenía las llaves puestas. No había rastro de sangre ni de la chica ni de la botella. Alguien se había tomado la molestia de limpiar tras él. Una mano tocó con los nudillos en la ventanilla y Ariel se sobresaltó. Era una periodista, joven, con un flequillo rubio. Ariel bajó el cristal y ella le acercó una grabadora. Se presentó y le hizo algunas preguntas, la última: ¿cuándo crees que la gente en España podrá verte a pleno

rendimiento? Ariel dudó. La chica se esforzaba porque todos sus gestos y la postura corporal fuera la de un hombre. La mirada directa.

Pronto, espero.

Cuando llegó a casa, Emilia terminaba de preparar un cocido. ¿Lo has comido alguna vez? Sí, bueno, parecido, es como el puchero, dijo Ariel mirando el revuelto algo caprichoso de garbanzos, verdura, carne, chorizo, tocino y morcilla. Te dejo un perol de sopa. Trató de dormir la siesta, pero acabó en el jardín golpeando el balón. A los trece años se pasó una tarde entera pateando la pelota sin que tocara el suelo. Logró llegar a los cinco mil toques. Era un ejercicio inútil, agotador, pero en aquel instante le ayudaba a vaciar la cabeza, a devolverle a la acogedora nada. De pronto, decidió dar por terminado el ejercicio. Pisó el balón con fuerza contra el césped.

Había tomado una decisión.

Ser conocido era la parte más absurda de su trabajo. Le agradaba que algún niño le pidiera un autógrafo, que lo miraran por la calle, que lo reconocieran en los restaurantes, pero era un incordio a la hora de llevar una vida normal. El atropello habría sido del todo distinto de no ser él una persona conocida. Iba bebido, conducía deprisa, era fácil que la prensa se cebara con él, que aquello lo metiera en problemas. Entendía la labor de ocultación del club, el favor que le hacían borrando su rastro. Pero él no era así. Llegó a la clínica ya de noche, prefería esa hora. A buen seguro las visitas habrían terminado.

Conocía el lugar. Allí pasó el reconocimiento médico el día después de aterrizar en Madrid. Y al salir posó para los reporteros. ¿Sabes cuánto nos pagan por fotografiarte aquí?, le susurró Pujalte, veinte mil euros. Era su forma de explicarle cómo funcionaba el negocio publicitario en torno al fútbol.

La recepcionista lo reconoció. Vengo a ver a una amiga, la atropelló un coche ayer, una chica jovencita. Trescientos doce, le dijo ella. Sylvia Roque. Luego le señaló el ascensor con una sonrisa enorme.

Ariel tardó en acercarse a la puerta. Llamó con cautela. Le sorprendió la manera como la chica le recibió. Tú eres el que me atropelló, ¿verdad? Tenía un pelo rizado negro hermoso que caía por la almohada. La colcha le tapaba por encima de los pechos. Sonreía con una pierna escayolada sujeta en el aire.

¿Y ese acento? ¿De dónde eres?

De Buenos Aires.

Buenos Aires, no lo conozco. ¿Es bonito? La chica parecía sentirse a gusto en la situación. Ariel había sospechado que todo sería más tenso. Pero ella mostraba una sonrisa ladeada, dominante. Abrió los bombones. Ariel miró la habitación. ¿Quieres uno? Ariel negó con la mano. La vio comer un bombón. Tenía una boca bonita. La televisión escupía música en inglés.

En realidad venía a disculparme, por no traerte yo mismo al hospital, le dijo Ariel. Me hubiera metido en un lío y, bueno, me acompañaba un amigo. Otra vez comenzaba a mentir. Decidió frenar en seco. No hacerlo más.

Eres futbolista, ¿no? Ariel asintió con la cabeza. ¿Cómo te llamas? Ariel se aproximó al colchón, a la altura del comienzo de la escayola. Ariel. Ariel Burano. Ariel, es bonito. Aquí es nombre de detergente, dijo ella. Lo sé. Ariel alcanzó uno de los periódicos deportivos y le enseñó su foto en una página, sobre ella un titular: «Por el momento un desaparecido». Como ves, estoy triunfando, añadió él.

Sylvia le miró a los ojos. ¿Y por qué has venido ahora? Me sentí obligado moralmente. No sé, me pareció pésimo no decir la verdad. Quería saber si estabas bien atendida, todo eso. Mi padre es de tu equipo, le encanta el fútbol, le dijo Sylvia. ¿A ti no?, le pregunta Ariel. Aquí la gente está gilipollas con el fútbol. En Argentina es igual, ¿no? Igual o peor.

Sylvia pensó un instante y volvió a sonreír. O sea que puedo irle a la prensa con la historia y sacar una pasta. Sí. Tranquilo, no lo voy a hacer. Tu amigo se portó muy bien. Eso dice mi padre. Trabaja en el club. ¿De chivo expiatorio? No conozco la ciudad, no sabía adonde llevarte ni cómo llegar a un hospital, se justificó Ariel.

Sylvia negó con la cabeza. Fue un accidente. Me alegro de que hayas venido y conocerte. ¿Me invitarás al fútbol cuando salga? Ariel apreció la oportunidad para mostrarse amable. Si querés. Sylvia no deshacía la sonrisa. El médico dice que estaré bien bastante rápido y que podría quitarte el puesto. No me extrañaría.

Ariel saca su teléfono móvil del bolsillo de la cazadora. ¿Tenés un móvil? Sylvia le da su número. Ariel le da el suyo y al intercambiar los números parece que entrelazan las manos sin tocarse. Llámame para cualquier cosa que

necesites.

Deja de sentirte culpable. ¿Quién te dice que no me tiré al coche porque quería suicidarme? Ariel sonrió. ¿Por qué iba a querer suicidarse una chica como vos?

¿Te hago una lista?

Cuando se despidieron, Ariel dijo fue un placer conocerte. Bueno, la próxima vez que quieras conocer a una chica no hace falta que la atropelles.

Ariel no ha encontrado la manera de encender la calefacción. Se ha puesto una sudadera. Cena las sobras del mediodía. Llama a Charlie. No le cuenta nada del accidente. Jugué del pedo. No digas eso, le corrige su hermano, tendrías que ver a los viejos, han engordado, se creen los papas de Maradona. Ariel le cuenta que en los periódicos aparecen los primeros comentarios críticos. A ver si se creen que vas a ser el primer argentino malo que fichan en su vida, ni en eso sos original, le provoca Charlie. ¿Por qué no invitás a alguien una semanita allá contigo? Ariel piensa en la propuesta de su hermano. No es mala idea. Quizá él piensa en Agustina. Se despiden y Ariel no tarda en caer dormido. Descansa por primera vez en días. Le ayuda la mirada limpia de Sylvia desde su cama de hospital. Esa contagiosa paz con la que sonríen sus ojos.

13

La habitación está rodeada de repisas de madera de pino que se han inclinado por el peso de los libros. Hay libros de lomo, de canto, tumbados sobre otros libros, libros en segunda y tercera fila, libros en el suelo, bajo el último estante. Algunos tienen papeles mordidos entre las páginas que sobresalen arrugados, parecen notas, fotocopias. Sylvia los mira como si formaran un todo, casi una escultura. Aparte de la lámpara, su cama y una mesita redonda y pequeña, la habitación no contiene nada más. Se ha venido a la nueva casa de su madre a los pocos días de salir del hospital. Debería decir la casa de Santiago. Por la persiana se filtra la luz. No tiene sueño.

Al principio el trabajo de su madre era una incómoda esclavitud. ¿Qué necesidad tienes de estar sufriendo?, solía decir Lorenzo. Se dedicaba a la gestión de actos culturales, pero a ella le correspondían las labores más burocráticas, menos creativas: permisos, organización de viajes, estancias de hotel, archivo de facturas. Ahora resulta que has descubierto que ser secretaria era el sueño de tu vida, le oyó Sylvia decir a su padre un día. A Lorenzo le disgustaba el empleo de su mujer, que a veces extendía los horarios, se deslizaba como lava por los fines de semana, por sus horas en casa. Pilar estuvo a punto de dejarlo. Fue entonces cuando Santiago llegó para hacerse cargo de la oficina en Madrid.

Sylvia asistió al cambio. De pronto el trabajo de su madre era lo interesante, lo que les mantenía, era una actividad que daba para hablar en las cenas en casa. Ella parecía feliz, ocupada, en la mano siempre una agenda rebosante de anotaciones. En ese mismo tiempo el trabajo de su padre comenzó a ser la fuente de problemas, de tiranteces, de incertidumbre, de malos momentos. Paco, el socio de papá, el tipo divertido que siempre le traía

regalos, dejó de aparecer, se convirtió en alguien a quien no se podía nombrar, que ya no llamaba. Un fantasma.

¿Te has liado con tu jefe?, pensó Sylvia cuando su madre le dijo quién era su nueva pareja. Santiago planeaba volver a Zaragoza, la ciudad donde había nacido. ¿Tú qué vas a hacer allí?, le preguntó Sylvia a su madre cuando le explicó que ella se instalaría allí con él. Lo mismo que ahora, el trabajo es igual.

Su madre le hablaba a menudo de la nueva ciudad. Es más pequeña, más asequible, más amable que Madrid. No pierdes la vida en atascos o desplazándote de una punta a la otra. Alejarme de Madrid me hace bien. Para mí esa ciudad está unida para siempre a Lorenzo.

La casa de Santiago en Zaragoza es grande. Está repleta de papeles, de libros. Hay dos cuadros abstractos, uno en el salón y otro en su estudio. También un póster de una exposición de Picasso en 1948 y en la cocina un dibujo enorme de una mesa llena de frutas, vasos, flores. Por las ventanas del salón se ve el puente de hierro pintado de verde sobre el río. Es una vista hermosa, relajante, que Sylvia ha mirado durante las horas que se quedaba sola en casa. El agua tiene color de barro, baja con fuerza.

Su padre la llevó de la clínica a casa. La dejó en el portal mientras buscaba dónde aparcar. Entre los dedos Sylvia sujetaba el sobre beige con las radiografías. Aún no dominaba las muletas. Esperó. A esa hora encontrar un hueco donde dejar el coche podía llevarle un rato. Su padre se quejaba desde que salieron del hospital. Y ahora aparcar, verás..., decía. La ecuatoriana que cuida del niño del quinto entró desde la calle. El pequeño se había dormido en el cochecito con las piernas colgando como una marioneta en reposo. La chica tenía una cara hermosa, era gruesa y al volverse mostró unos muslos rotundos. Se saludaron con un gesto. Llamó al ascensor y reparó en la pierna escayolada de Sylvia. ¿Qué te pasó? Me pilló un coche, le dijo Sylvia. Malditos coches. Sylvia asintió y la miró encajar con habilidad el cochecito dentro del ascensor. Las piernecitas del niño se balanceaban con las maniobras.

Lorenzo volvió al rato. Es acojonante. Se supone que nos tenemos que comer el coche. A Sylvia le divertía la permanente protesta de su padre. Esa noche se sentaron juntos en el salón a ver el partido de fútbol. Jugaba Ariel y Sylvia le seguía con la mirada, mientras su padre le criticaba con aspereza.

Ese chico no sirve, no tiene sangre en las venas. ¿Por qué le llaman Pluma? ¿Es gay?, preguntó Sylvia. El padre la miró con insolencia. No hay futbolistas gays, ¿estás loca? Le llaman así porque es diminuto. Pues tampoco es tan pequeño.

La severidad con que Lorenzo criticaba a Ariel llegó a irritar a Sylvia. A mí me parece que no juega tan mal. Los otros tampoco hacen mucho que se diga. ¿Tú qué sabrás de fútbol? Las cámaras mostraron el gesto de fastidio de Ariel cuando fue sustituido. Su equipo ganaba por uno a cero a un equipo polaco del que los locutores afirmaban que carecía de pedigrí competitivo. Sylvia vio cómo el pelo de Ariel se le pegaba a la cara con el sudor, la televisión oscurecía su rostro y le hacía parecer más fornido. Cuando lo sustituyeron fue a sentarse en el banquillo y se soltó los cordones de las botas, se bajó las medias y tiró al suelo las tobilleras azules. Se puso la chaqueta del chándal y apoyó los pies en alto para recoger las rodillas contra su cuerpo. Los últimos quince minutos Sylvia no siguió el partido con interés. Su padre le había colocado un cojín bajo la escayola para que la apoyara sobre la mesa, le ofrecía de beber y cocinó huevos fritos con patatas para cenar.

Mamá dice que me vaya con ella hasta el lunes, le dijo Sylvia. Lorenzo se encogió de hombros. Como tú veas.

Pilar entra en el dormitorio de Sylvia después de llamar con delicadeza a la puerta. La ayuda a incorporarse. ¿Quieres ducharte? Después, dice Sylvia. Tiene el pelo enredado y los ojos hinchados tras dormir casi doce horas. A Pilar le parece que está preciosa y se lo dice. Santiago se fue a París y no volverá hasta la noche. Sylvia se coloca un jersey sobre la camiseta y su madre le pone un calcetín de invierno en el pie sin escayola. Van hasta la cocina, Sylvia a pequeños saltitos. Pilar le prepara el desayuno. Tómate el zumo lo primero, que si no pierde las vitaminas. ¿Tienes frío? ¿Quieres que te traiga el pantalón?

Su madre solía vestir con descuido en casa. A veces compartía un raído albornoz con Lorenzo. Por eso a Sylvia le sorprendían la falda y los zapatos. Eran nuevos. Le sentaban bien. El tejido grueso del jersey disimulaba su extremada delgadez. El pelo estaba más cuidado, recortado con gusto y tintado de un caoba que resaltaba sus ojos.

La noche anterior Sylvia llamó a Mai. También este fin de semana se ha

ido a León. Mateo me está tratando fatal, ya te contaré, le dijo su amiga. Es que estoy superpesada. Es difícil hablar con Mai de otra cosa que no sea su estrenada vida en pareja. También habló con Alba y Nadia. No hay novedades en clase. Ha perdido una semana, pero, según ellas, nada que no te imagines. Con Dani no ha vuelto a hablar desde el frío intercambio de mensajes. Consulta su móvil de tanto en tanto, lo lleva en la mano cuando se desplaza con las muletas. Es extraño, pero a menudo piensa que Ariel va a llamarla y cuando suena o entra un mensaje se sorprende agitada al imaginar que pueda ser él.

Pero nunca es él.

Pilar se sienta frente a ella y le aparta un mechón de pelo de la cara. ¿Quieres que te lo recoja? Sylvia niega con la cabeza y los rizos se agitan. ¿Cómo ves a Lorenzo?, le pregunta Pilar. Toda la vida ha sido papá y ahora escuchar a su madre llamarle Lorenzo le sorprende, le resulta extraño, como si hablara de otra persona. Tal vez es así. ¿Ve mucho a sus amigos? Sylvia se encoge de hombros. No sé, lo normal, van al fútbol. Hablan de la abuela Aurora, de la mala racha de hospitales. Pilar se pone seria. Te voy a dar dinero, no quiero que esta temporada le tengas que pedir a papá. Sylvia sonríe y sujeta el vaso de leche caliente con las dos manos. Te advierto que me lo voy a gastar en drogas y hombres. No lo dudo, le responde Pilar. Mejor en hombres y por lo menos que sean de calidad. Sylvia levanta los ojos. Mi problema no es de calidad, sino de cantidad. Pilar recoge los vasos y los lleva hasta la pila. ¿Tienes novio ahora? Sylvia se sorprende. ¿Ahora? Como si hubiera tenido novio *antes*. Sylvia niega con la cabeza, da un mordisco a la tostada. No hay prisa, dice su madre. Bueno, espero que no me pille hecha una anciana. Pilar se da la vuelta, divertida, noto cierto tono de desesperación. ¿Cierta tono? Estoy totalmente desesperada.

Un instante después Sylvia quiere saber. Mamá, ¿tú a qué edad te acostaste por primera vez? ¿Con un hombre? No, con tu osito de peluche, responde Sylvia. Pilar hace una pausa, veinte años. Sylvia suelta un silbido, espero que no sea hereditario. Luego hace un cálculo mental mientras observa la sonrisa tímida de su madre. Pero, entonces, fue con papá, ¿no? Pilar asiente. ¿Papá fue el primero? La mirada de Sylvia vaga hasta posarse sobre la mesa. Con la punta del dedo hace bailar el plato sobre el tablero. No mira a su madre

cuando pregunta ¿y Santiago el segundo? Pilar asiente con un sonido gutural.

Durante un instante sólo se oye el ruido de un autobús al abrir las puertas en la parada de la calle. Sylvia piensa en su madre, repasa en una síntesis acelerada su vida. Sin saber muy bien por qué, dice vaya vida, ¿no? Un poco... Pilar se vuelve para hablarle, al hacerlo se le humedecen los ojos. Yo con tu padre he sido muy feliz. Puede que no vuelva a ser tan feliz con nadie. No he echado de menos..., pero se detiene, no termina la frase. Sylvia juguetea con un mechón de su pelo y se lo lleva a la boca. Pilar se sienta frente a ella y se lo retira con la mano. No se dicen nada. Sylvia alcanza la radio, posada en la esquina de la mesa. Busca una emisora de música que no sea demasiado hortera. Suenan unas guitarras potentes. ¿De verdad te gusta este ruido?, pregunta Pilar. Ya ves.

14

El jueves repite.

Leandro está dentro del *jacuzzi*. Tiene apoyada la espalda sobre el pecho de Osembe y las manos posadas en sus muslos. Ella le acaricia con una esponja y por un momento cree que va a dormirse acogido en los brazos de ella. El cuarto de baño no es muy amplio y tiene una ducha cercana con la mampara turbia salpicada de gotas. El *jacuzzi* es azul, ovalado. De tanto en tanto se disparan los chorros de agua y Osembe ríe con los masajes sumergidos. Se ha formado una leve capa de espuma. El pelo gris de Leandro está húmedo y lacio. He leído cosas de tu país, dice Leandro. Es muy grande. Tiene más de ciento cincuenta millones de habitantes y dicen que pronto será el tercer país más poblado del planeta. Soy del Delta, dice ella. Isekiri. Y pronuncia la palabra con otro tono bien distinto del que utiliza en castellano, menos tentativo. Hoy estás alegre. Más contenta, le dice Leandro. Osembe le aprieta contra sí. Tú vienes, yo contenta.

Leandro se había sentado entre los estudiantes en las mesas corridas de la biblioteca pública de Cuatro Caminos, con la enciclopedia abierta para saber algo más del país de Osembe, como si se preparara él también para un examen cercano. Leyó sobre su historia, la fundación mítica, las divisiones religiosas, la pobreza, la independencia, la corrupción. Sabes más que yo, le dice ahora Osembe cuando le oye hablar. Mi país es muy rico, la gente muy pobre. Alguien ha llamado con los nudillos a la puerta. Es Pina, una chica italiana con el pelo teñido de rubio, muy corto. Viene envuelta en una toalla, como si acabara de terminar un servicio. Qué bien vivís, dice con acento alegre. Leandro la recuerda del desfile del primer día. ¿Puedo? Leandro se siente observado por las dos, que aguardan una respuesta. Bueno, dice.

Pina se quita la toalla verde. Su cuerpo es delgado sin apenas senos, con las costillas marcadas. Entra en la bañera y se sienta frente a ellos. Estira los brazos a lo largo del óvalo. Se acerca y se tocan los tres cuerpos. El abuelo muy afortunado, dos chicas para él, dice, y Leandro, aunque sonríe, se arrepiente de haberla dejado entrar. Parece demasiado alegre, quizá drogada. Besa en la boca a Leandro, pero un instante después acaricia los pechos de Osembe y le besa los hombros. ¿Te gusta mirarnos? Pina acaricia a Osembe y se burlan de él con un juego lésbico muy evidente, tosco.

Ese mediodía Leandro leía el periódico junto a la cama de Aurora. Ella parecía envidiar la concentración de él. Léeme las noticias. Leandro levantó la mirada. En ese mismo instante estaba sumergido en las páginas de internacional. En Nigeria, la tierra de Osembe, de ahí su atención al relato, había huelga de trabajadores de las plantas petrolíferas. Más de cincuenta muertos durante las protestas. Era un territorio arrasado, contaminado, donde las grandes petroleras controlaban los recursos. Sin embargo, la violencia se había desencadenado por enfrentamientos religiosos entre musulmanes y cristianos. ¿Qué quieres que te lea?, quiso saber Leandro. Lo que sea. Obvió las páginas de internacional. De política nacional mejor no leer nada. Campaña electoral perpetua. Le leyó los sucesos. Un hombre había asesinado a su pareja lanzándola por el balcón de casa, la joven estaba embarazada de cuatro meses. Dos hombres se habían acuchillado por una discusión futbolística. Al parecer eran hermanos y habían visto el partido juntos. Cómo está el mundo, Dios mío, dijo Aurora, y Leandro entendió que debía saltarse esa sección.

Le leyó la entrevista con un escritor británico que había novelado la vida de Isabel la Católica. A día de hoy, opinaba, habría sido encerrada en un psiquiátrico considerada una paranoide irrecuperable con delirios histéricos. Leandro levantó los ojos. Aurora parecía interesada. Siguió. La decisión de expulsar a los judíos fue tomada por sus mediocres asesores por miedo al poderío económico y social del que empezaban a disfrutar. Su terror a perder posiciones de influencia les llevó a preferir perjudicar al país. Alguna vez le había oído a su amigo Manolo Almendros hablar con autoridad del tema. Con la expulsión de los judíos, España hace su primera declaración formal de mediocridad, celebra convertirse en un país acomplejado y ruin. Y con el Dos

de Mayo, añadía, se impuso el triunfo del terruño, cada región supliendo la impotencia como país. Leandro continuó con su lectura, pero un anuncio recuadrado en la falda de la página opuesta atrajo su atención. Dentro de un ciclo de música clásica, organizado por una caja de ahorros, se anunciaba el concierto de piano a cargo de Joaquín Satrústegui Bausán. El día 22 de febrero. Lo comentó con Aurora. Mira, Joaquín va a tocar en el Auditorio. ¿Sacarás entradas? ¿Cuánto hace que no lo vemos?, pregunta ella. Casi ocho años. Será bonito verlo tocar otra vez. Leandro duda. No sé, si quieres.

Leandro y Joaquín Satrústegui se conocían desde niños. Vivían en la misma calle de Madrid. Jugaban juntos entre las ruinas de los bombardeos de la guerra. Recogían balas, restos de las bombas que lanzaba la aviación franquista. Con Joaquín había encontrado un cadáver entre la enruna de un terraplén de lo que ahora es el lateral de la Castellana. Sobre el vientre hinchado del hombre se acumulaba un enjambre de moscas y Leandro había lanzado una piedra grande sobre él para espantarlas. La piedra, al hundirse en el pecho, provocó un ruido sordo, como el de un bombo al romperse. Los dos niños se alejaron a la carrera, pero aquella escena produjo pesadillas recurrentes durante toda la infancia de Leandro. Aún hoy es incapaz de comer carne algo cruda. Aquella mañana Leandro le contó a su madre lo que habían visto. Bestias, se limitó a decir ella. Nada más. Pero nunca olvidó el tono desolado que utilizó en la respuesta.

De la guerra guardaba memorias difusas, tiempos libres en los que los niños vivían en la calle. La victoria significó la vuelta de los hombres adultos, el regreso de la autoridad ausente, el fin de la libertad. El padre de Lorenzo purgó con dos años de servicio militar su afiliación republicana, pero fue ayudado en su destino por el padre de Joaquín. Durante la guerra, este hombre, militar de carrera, había sido dado por desaparecido cerca de Santander y a Joaquín, en el barrio, todos le trataban de huérfano, ayudaban a su madre a sobrevivir, a tirar adelante de él y su hermana algo mayor. Pero el padre regresó con un cargo militar importante y una situación aseada al concluir la guerra. Decían que era un héroe, que había estado en Burgos, cerca del mando. Era un hombre grandón, de andares pesados, con la cara recorrida por venillas rojizas y una papada enorme que se desparramaba por su pecho como un babero de carne. En su casa tenían lugar las clases de piano que recibía

Joaquín y a las que permitieron sumarse a Leandro, al que para entonces todos conocían como el hijo de la modista, en especial a partir de la muerte de su padre por una gangrena. Don Joaquín les costeó a ambos los estudios del conservatorio. Les decía estudiad, porque el arte es lo que distingue a los hombres de las bestias. Cualquier animal sabe morder, procrear, sobrevivir, pero ¿sabe acaso tocar el piano? Joaquín y Leandro se mofaban de él en secreto y a Betún, el perro salchicha, feo y malhumorado de la madre de Joaquín, lo tomaban en brazos y le obligaban a tocar con las pezuñas el teclado del piano. Ya verás qué sorpresa se va a llevar mi padre cuando te vea tocar los nocturnos de Chopin.

En la adolescencia la relación de Joaquín con su padre se hizo más esquiva. A los diecisiete años se mudó a París para seguir los estudios de piano. Leandro y él mantuvieron el contacto, primero se escribían, luego se mandaban saludos por intermediarios y al final sólo coincidían cuando Joaquín regresaba a España para algún concierto, convertido en un pianista respetado y celebrado. Perder amigos es un proceso lento, donde dos íntimos caminan en direcciones separadas hasta distanciarse de manera irremediable. Leandro vio morir a don Joaquín, viejo, triste, añorando noticias de un hijo al que admiraba, pero con quien apenas hablaba. Entendía Leandro la amargura de aquel hombre, él también se había convertido en alguien remoto para Joaquín, un recuerdo de otro tiempo. Puede que ni se acuerde de nosotros, le dijo a Aurora. Vamos, le respondió ella, no digas tonterías.

Aurora le urgió a reservar entradas para el concierto, Leandro se resignó. Le conmovía que Aurora fuera más entusiasta que él. Es tu amigo, se alegrará de vernos. Poco después abandonaron la lectura ante la apabullante presencia de Benita, la mujer de la limpieza, que a esa hora de la mañana rebajaba la entrega física para concentrarse en la tertulia.

Al dejar el hospital, el médico recomendó a Leandro que se hicieran con una silla de ruedas para los primeros días, los primeros desplazamientos. Leandro fue esa tarde a una tienda especializada de la calle Cea Bermúdez. La silla era más pesada de lo que creía. Dudaba de su capacidad para manejarla. Prefirió alquilarla. Con suerte Aurora volvería a andar sin problemas, al menos el médico era optimista. El alivio por dejar el hospital se ensombrecía con el pánico ante la nueva situación. Cómprales unos bombones a las

enfermeras, se han portado tan bien, le pidió Aurora.

Ahora Pina ríe a carcajadas, con dos grandes incisivos uno montado sobre el otro, una boca fea, de labios finos, una mirada que a Leandro le hace sentirse incómodo. Era la primera vez que entraba en una de esas bañeras enormes, llena de orificios. Osembe había empujado a Pina lejos de sí dos veces, en dos ocasiones en que le pareció que el acercamiento de la italiana era demasiado atrevido. Leandro dejó que lo masturbara un rato con sus manos de dedos huesudos, con uñas pintadas de morado, pero se acercó a Osembe para dejar claras sus preferencias. La tarde termina sin éxtasis ni complicidades.

La encargada, Mari Luz, acepta la tarjeta de crédito de Leandro. Él explica que no lleva suficiente dinero encima, cuando le informan de que debe pagar por las dos chicas. Leandro no quiere discutir, pero mientras emerge el recibo de la tarjeta suma las cantidades. Hoy paga quinientos euros, más la propina de un billete de diez euros que desliza todos los días en la mano de Osembe al despedirse. En dos visitas ha consumido la totalidad de su paga de jubilación. La italiana no quiere que se nos vuelva a juntar, ¿de acuerdo? Mari Luz asiente con la cabeza, aquí usted es el que manda, y Leandro cree recuperar el dominio de la situación gracias a esa muestra de autoridad.

Leandro sale a la calle. El pelo húmedo recoge la brisa fría de la tarde. Se ha peinado frente al espejo del baño. El armarito estaba vacío y sucio. Contenía un peine y un cepillo de dientes gastado, un tubo de pasta sin tapón, reseco y obturado el orificio de salida. La suciedad del lugar parecía arrinconada, oculta más que inexistente, había que emplearse para dar con ella. En la calle, se vuelve para mirar el chalet con las persianas bajadas. Soy un irresponsable, un loco. Se calma al pensar que quizá aquélla fuera la última vez que vería ese lugar. Esto tiene que acabar. No tiene sentido.

No tiene sentido.

15

Lorenzo aguarda a la puerta de casa de sus padres. Recorre diez metros acera arriba, luego abajo. El portal se conserva idéntico a como era en su infancia, sólo la puerta maciza fue cambiada por otra más ligera, fea y frágil cuando instalaron el portero automático. En ese portal esperaba a su madre al volver del colegio si ella no había llegado aún de la compra o algún recado. Sentado en el escalón ha pasado muchas horas de su vida. La calle de la infancia ya no es tan parecida a la que conoció. Había casas bajas de paredes encaladas y tejados rojos. Ahora se han multiplicado los edificios de pisos con ventanas de aluminio. Los ancianos matrimonios que fundaron el barrio en los años cuarenta y cincuenta han muerto todos o casi todos. Cuando alguno sale a pasear parece un náufrago más que un vecino.

Lorenzo acudió a la llamada de su padre. Tu madre quiere pasear y yo solo no puedo bajarla. Después de dos días de casi continuada lluvia, un sol lavado iluminaba la calle. Lorenzo ayudó a su padre a bajar la silla de ruedas los dos pisos sin ascensor. En el primer rellano Leandro se frotó las manos doloridas sobre la chaqueta. En casa, las manos de su padre siempre habían estado protegidas. Nunca cocinaba ni utilizaba cuchillos, no abría latas ni frascos de conserva ni cargaba con cosas peligrosas. Jamás trabajó de albañil en casa, como otros padres. Mira a ver si tú puedes, ya sabes que papá no debe tocarlo, le decía su madre a Lorenzo cuando se trataba de colgar un cuadro o revisar un enchufe. Las manos de su padre les daban de comer y en una ocasión en que se dañó un dedo al pellizcarse con una silla descolada, llevó durante días un dedil de cuero como protección. Esta mañana le ha visto cargar con la silla hasta la calle y ha pensado que no tiene edad ni fuerzas para cuidar de una mujer enferma. Viven en una casa sin ascensor, con escaleras

anchas y viejas. Confían en que Aurora recupere la movilidad, pero si no es así, tendrán que amoldarse a una nueva manera de vivir.

Daremos un paseo por el barrio, volvemos rápido. Lorenzo les mintió cuando dijo que tenía una entrevista de trabajo. No fue difícil encontrar un bar, eso sí se mantiene como antes. Casi cada dos portales hay uno. Sobreviven al tiempo, sin lujos. Son pequeños, sucios, nada sofisticados, pero la gente los utiliza como oficina, lugar de citas, comedor, confesionario, salón de casa. Había una mujer al fondo echando monedas en una tragaperras con su carro de la compra vacío aparcado al lado. La barra de aluminio parecía blanca de tan rayada como estaba. En el periódico encontró un destacado sobre la inseguridad en Madrid donde hablaban del asesinato de Paco. Estaba escrito con tintes de alarma, «la paz turbada de un hombre que regresa a casa por la noche». Lo definían como «brutal asesinato». Lorenzo continuó hasta las ofertas de empleo. Recuadró dos. Quizá llamaría más tarde.

Echaba de menos a Sylvia. Los días de lluvia sin ella en casa se le habían hecho espesos y tristes. A Lorenzo le confortaba escuchar la música constante que llegaba del cuarto de Sylvia. Le gustaba verla llegar y salir con prisas, escuchar el murmullo cuando hablaba por teléfono con sus amigas. Sin ella la casa era triste. Daba igual poner la tele o la radio, sentarse a hacer cuentas en la cocina, silbar en el salón. Si ella no estaba, el eco convertía la casa en la guarida de un lobo herido.

El día de su partida, Pilar vino a buscarla y Lorenzo se ofreció para llevarlas a la estación de Atocha. Acercó el coche al portal y cuando estaba ayudando a Sylvia a acomodarse en el asiento apareció otro coche y pitó para exigir paso. Lorenzo se volvió con violencia, se encaró con el conductor. Era una mujer. ¿Qué pasa? ¿No tienes ojos? La mujer le hizo un gesto de desprecio y Lorenzo estuvo a punto de ir hacia ella. Papá, déjalo. La hija de puta te ha visto con la escayola y aun así pita, la muy payasa. Lorenzo se contuvo, vio el gesto nervioso de Pilar instalada en el asiento trasero. Sin prisa, se sentó al volante. Dilató el momento de arrancar. La ciudad a veces deparaba esos duelos de coche a coche. La mujer de atrás volvió a pitar. Lorenzo levantó el dedo corazón y se lo mostró por el retrovisor. Tu puta madre, imbécil.

Lorenzo ve aparecer a sus padres por la esquina de la calle, a ritmo lento, la silla avanza a trompicones. Se cruza una familia filipina y hay un coche

aparcado encima de la acera que obliga a su padre a bajar el bordillo y maniobrar penosamente con la silla. ¿Llevas mucho esperando? No, no. Suben a casa. Aurora parece fatigada. Qué día tan bueno, ¿no?, y lo dice con una melancolía que quiere referirse a algo más que el buen tiempo. También la casa de sus padres le parece ahora a Lorenzo más pequeña, el pasillo más estrecho, el salón insuficiente, hasta el piano de pared en el estudio de su padre le resulta diminuto. La mujer de la limpieza trajina por allí. ¿Todavía tenéis a esta señora?, pregunta Lorenzo. Su padre se encoge de hombros. Meses atrás Lorenzo les oyó discutir sobre Benita. Pobre mujer, decía Aurora. Al parecer los problemas de obesidad la limitaban a un trabajo bastante superficial. Dada su escasa altura necesitaría zancos para quitar el polvo de encima de los muebles. Tu madre la mantiene por piedad, le explicó Leandro. Nadie tiene una asistenta por piedad, les dijo Lorenzo, la tiene para que haga el trabajo. Necesita el dinero, no puedo darle el disgusto de decirle que no venga más, concluyó Aurora.

Lorenzo regresa a su barrio en autobús. No está lejos. Ha tomado el 43 y luego recorre a pie el tramo desde la parada hasta su casa. En el mercado compra una pechuga de pollo cortada en filetes. Camina hacia casa con la bolsita. Esa noche su amigo Óscar le ha llamado para salir y comerán algo por ahí. Saldrá con él y su mujer, quizá se unirá Lalo. Hablarán de política, de fútbol, alguien comentará un programa de televisión o una incidencia del trabajo. Siempre será mejor que quedarse solo en casa, viendo la televisión. La noche anterior Lorenzo se fue pronto a la cama, pero perdió el sueño al contacto con las sábanas. Del fondo del armario donde acumula la ropa, ahora mustia sin el contacto con la ropa de Pilar, sacó una muñequita Barbie que esconde desde hace tiempo. Fue un juguete de la infancia de Sylvia, ya olvidado, abandonado también. Era rubia, aunque había perdido el brillo del pelo. Llevaba un trajecito corto con cierre de velcro. Lorenzo se metió con ella en la cama, le desprendió el vestido y se masturbó mientras acariciaba los pechos salientes, dinámicos, bien perfilados y repasó el contorno, los muslos largos, perfectos y rozó el pie inclinado, casi de puntillas. Fantaseó con el culo de la muñeca, lo imaginó real. A veces le hacía el amor en la cama, otras en la bañera. La había encontrado al fondo de una caja de juguetes arrinconados. Con la marcha de Pilar se removieron armarios, se reordenó la

casa. Fue una especie de mudanza parcial. La muñeca le sorprendió, como si regresara del pasado. Estuvo a punto de tirarla a la basura, pero algo le detuvo. La muñeca le hablaba, le excitaba con su tacto de plástico, su volumen estudiado, el perverso diseño de formas, el gesto del cuerpo, la nariz altiva, algo despreciativa, fría, elitista. Pasó a ser una compañera absurda de sus juegos eróticos, un consuelo solitario. Después de correrse, Lorenzo volvía a vestirla y la ocultaba de nuevo en el fondo del armario, bajo los calcetines gruesos y las camisetas que ya nunca usaba.

Lorenzo llega al portal de su casa y llama al ascensor, hasta que repara en el cartelito adherido que anuncia otra avería. Suspira con disgusto. Ocurre a menudo. Es lento, pequeño y su motor se agota cada dos o tres semanas. Cuando Lorenzo comienza a subir las escaleras escucha abrirse el portal. Entra la chica ecuatoriana que trabaja para la joven pareja del quinto. Empuja el carrito del niño y de las asas lleva colgada dos repletas bolsas de compra con el emblema del supermercado. La ve detenerse ante el ascensor y luego enfilarse hacia la escalera. Está a punto de ignorarla, pero lo piensa mejor. Deja que te ayude. Ella le da las gracias sin saber si tenderle las bolsas o el cochecito.

Lorenzo posa su bolsita blanca en el regazo del niño dormido y agarra el cochecito por las ruedas delanteras. Lo levanta en vilo. Ella hace lo mismo desde el otro extremo y suben. El esfuerzo tiene algo de repetición, una hora antes subía a su madre de modo parecido. El niño duerme, ignora el traqueteo. ¿Pensabas subir sola los cinco pisos?, le pregunta Lorenzo. Ella se encoge de hombros. Nunca han intercambiado más allá de un hola, a veces Lorenzo saca la lengua al niño o le guiña un ojo, pero con ella no más de una sonrisa y un saludo silencioso. Ahora la observa. No es muy alta, tiene el pelo castaño, liso, cae peinado sobre sus hombros. Su cuerpo parece ensanchar a medida que desciende, pero el rostro es de rasgos indios hermosos. La mirada afilada, rasgada, la boca fina pero bonita, la nariz con personalidad, rotunda pero agradable. ¿De dónde eres? Ecuador, dice ella. ¿Y su hija?, Lorenzo no acaba de entender la pregunta. ¿Qué tal la pierna? Ah, bien, bien. Se ha ido a pasar estos días con su madre. El cansancio comienza a hacer mella, aunque él prefiere no detenerse si ella no lo hace. ¿Está separado? Sí, pero mi hija vive conmigo. Lorenzo no puede evitar una ráfaga de orgullo. Ahora soy el padre y

la madre. Su hija es bien chévere, muy simpática, dice ella. ¿Sylvia? Sí..., y Lorenzo siente que quizá ésa sea una forma de afearle que él no es de natural amable. ¿Cómo te llamas? Daniela, ¿y usted? Lorenzo, pero, por favor, tutéame.

Un mechón liso del pelo se ha cruzado sobre su cara y Lorenzo tiene ganas de apartárselo, ella sopla para recolocarlo. En Loja teníamos un sacerdote español que se llamaba Lorenzo. Nos explicaba el martirio de San Lorenzo, nos daba mucho miedo. Lorenzo levanta las cejas. Sí, bueno, claro. En la parrilla y todo eso. Atraviesan el rellano del tercero. Yo me llamo Lorenzo por San Lorenzo de El Escorial. Parece ser que mis padres me engendraron allí, durante un trabajo de mi padre y no sé, les debió gustar el nombre, porque en mi familia no hay otros Lorenzos. Siempre me han contado eso. Daniela sonrío con timidez. ¿Es bonito El Escorial? No lo conozco. Lorenzo piensa un instante. ¿Bonito? Bueno, es... interesante. Si quieres te llevo un día, yo hace siglos que no voy. No, no se preocupe, se excusa Daniela, como si temiera un malentendido. Lorenzo se incomoda. Ella posa el carrito en el suelo. Han llegado al cuarto. Es tu piso, ¿no? Lorenzo se opone. No, no, te acompaño al tuyo, por favor. Daniela se resiste, pero suben el último piso a buen ritmo, casi sin hablar. La respiración de ambos suena más agitada. Se despiden después de que Daniela abra la puerta. Queda dicho, el día que quieras te acompaño a El Escorial. Me hace ilusión, de verdad. Daniela ríe y le da las gracias dos veces más.

Lorenzo tira la cazadora sobre el sofá. Ha roto a sudar tras el esfuerzo. Entra en la cocina y bebe directamente del grifo. A Pilar no le gustaba que lo hiciera. Ahora ya no importa. Tampoco le gustaba que se afeitara en la cocina, como hacía a veces. Hay mejor luz. Y se reía cuando le oía orinar y tirar de la cadena antes de haber acabado. ¿Tanta prisa tienes? Ya nadie corregirá sus pequeños vicios.

Suena el timbre de la puerta. Lorenzo se da la vuelta. Deja que suene otra vez. Cuando abre se sorprende al ver a Daniela en el umbral. Ella levanta la bolsita de Lorenzo con la compra del mercado, sonrío. Es tuyo, ¿no? Lorenzo atrapa la bolsita. Gracias, es mi comida de hoy. ¿Sólo comes eso? Lorenzo se encoge de hombros. Hoy estoy solo. De pronto entiende que Daniela sienta piedad, casi pena, ante un hombre de más de cuarenta años que vuelve solo a

casa con un ridículo paquete de comida. No se dicen nada, pero Daniela señala el piso de arriba y le recuerda que ha dejado al niño solo. Lorenzo la ve subir por las escaleras. Lleva un pantalón ajustadísimo, vaquero negro. Piensa en Pilar, jamás se habría atrevido a llevar ropa tan ceñida, por más delgada que estuviera. Estas chicas en cambio tienen ese atrevimiento. Marcan los pechos, el culo, los muslos, las formas, utilizan colores extremos, a veces se escotan, enseñan el vientre por la calle, se exhiben sin complejos pese a la talla. Sylvia ha heredado ese pudor al propio cuerpo. Viste de negro, ropa amplia, estira las mangas de los jerseys hasta deformarlos para cubrirse las manos, si va a salir con los amigos se anuda la chaqueta a la cintura para esconder el culo.

Lorenzo ha dejado las noticias puestas en la tele del salón mientras fríe la pechuga en la sartén. Llegará a tiempo para sentarse a ver los quince minutos dedicados al fútbol. En el frutero sólo queda una pera golpeada, que enseña un lado morado, blando.

16

Ariel viaja de noche, fatigado, en el chárter que trae al equipo y la prensa de regreso desde Oslo. Esa tarde han jugado contra un equipo robusto y bronco, en un campo helado, bajo una manta de frío. Han perdido dos a cero y él ha jugado uno de los peores partidos de su carrera profesional. Podría alegar que el balón no ha circulado nunca, que los jugadores de enlace de su equipo se han limitado durante el partido a devolver los balonazos noruegos y que en cada choque y rechace se imponía la envergadura de los contrarios. Podría alegar que las bandas parecía que estuvieran dos grados por debajo del resto del campo, que se equivocó al elegir las botas multitacos o que el lateral que le ha correspondido como defensor era un rubio rapidísimo que usaba los brazos como aspa de molino. También podría esgrimir las catorce faltas que ha sufrido, pero sabe muy bien que cuando se pierde sobran excusas.

Los compañeros dormitan en el avión. El entrenador revisa las notas de su cuaderno. Matuoko ronca con la boca abierta. Jorge Blai pega mocos, confiado en que nadie le ve, bajo la bandeja reposaplatos. En posiciones imposibles en sus asientos, cuatro o cinco jugadores juegan a la pocha sin los gritos de otras veces. Se ha perdido y es obligado guardar las formas. Osorio, sentado al lado de Ariel, juega con la consola. Ariel se ha colocado los auriculares y escucha música argentina. Le resulta algo absurdo entender, de vuelta de Noruega, los versos de una vieja canción de Marcelo Polti: «hace calor, tanto calor que tus piernas esconden el centro de la tierra». Conoció dos altos atrás a Marcelo, fanático seguidor de San Lorenzo. Músico respetado que el día que fue nombrado socio honorífico del club se arrodilló en el círculo central de la cancha y se comió un puñado de césped bajo el aplauso eufórico de la grada. Luego invitó al equipo al completo a uno de sus

conciertos en el Obrero. Creo que tengo todos tus discos, le dijo Ariel cuando se saludaron en el camerino. Mañana podrás decir eso, le susurró el tipo, y a la mañana siguiente le llegaron dos cedés con ochenta canciones inéditas, jamás grabadas. Se hicieron buenos amigos, él venía al Nuevo Gasómetro cada partido y en dos ocasiones Ariel había estado en casa de Marcelo en Colegiales, con el sótano transformado en estudio de grabación, del que sólo salgo para robar un instante y meterlo en otra canción, como un vampiro. Pedante, excesivo, genialoide, caótico, empedernido fumador y bebedor de mate, alérgico a las drogas después de probarlas todas, Ariel se enamoró por primera vez con una canción suya, de una chica que sólo existió en una letra del 95, llamada Milena. «Milena, estos besos al aire, mis abrazos a nada, te están reservados, nena...». Cada semana recibe de él un prolijo correo electrónico donde le anima si lo encuentra bajo de moral, recuerda que yo comí del pasto que vos pisás. Le cuenta novedades y le felicita por estar lejos, un océano por medio me parece la distancia ideal para convivir con este país. Ahora le tomó manía al señor Blumberg, casi un líder nacional, cuyo hijo adolescente Axel fue asesinado por sus secuestradores de un tiro en la sien en un basural de La Reja. Ariel estuvo en la masiva marcha del primero de abril frente al Congreso. Allí el padre del muchacho encabezó la rebelión ciudadana contra la inseguridad y la violencia. Marcelo ironizaba con el peso político que empezaba a ostentar, este país es de locos, le dieron la vuelta a lo que toda la vida ha significado ser una víctima, ahora se usa el dolor para golpear a los marginados, sirve de coartada para castigar al pobre, y así le escribía durante párrafos y párrafos de desahogo sobre cualquier asunto de la actualidad argentina, el único país del mundo donde pasan dos cosas y sus contrarias cada cuarto de hora, según lo definía Marcelo.

De los asientos traseros llegan las risotadas de la prensa. El vodka comprado en las tiendas del aeropuerto les ayuda a combatir la fatiga. Se escucha a Velasco, un locutor radiofónico de voz inconfundible, contar chistes subidos de tono e imitar voces de famosos a los que Ariel no conoce. De ese sector llega Ronco y se inclina sobre su asiento. Al ver a Osorio enfrascado: en sus juegos le dice, con una sonrisa, cuidate la neurona, tú. Ariel se quita los auriculares. Mañana te van a brear. Jugué mal, responde Ariel. ¿Mal? Jugasteis como el culo. ¿Estáis seguros de que los noruegos no sacaron un

balón cuadrado? Ariel sonríe. Ronco sigue. Te invito a cenar mañana. Me han encargado hacerte una entrevista. Así sales un poco, ¿no? Ariel concede, Ronco vuelve hacia su asiento después de decir me largo de aquí, esto parece un velatorio. Estrecha la mano del delegado del equipo, un hombre que lleva toda la vida con su gabardina y su orden antiguo manejando los asuntos menores del equipo.

A Ronco lo conoció en pretemporada. Era un periodista que llamaba la atención en la sala de prensa por su pelo rojo como el de un irlandés y su voz de guitarra tocada a martillazos. El club recluyó al equipo en un hotel de Santander durante el mes de agosto. Entrenamiento físico, ponerse a la altura de las estadísticas del entrenador. Las primeras charlas tácticas Ariel compartía cuarto con Osorio, un joven de su edad, criado en la cantera, que no tenía muchas opciones de ser titular durante la temporada. Se pasaba las horas libres jugando a la play-station en el televisor. Ariel a veces se unía después de cenar a una partida de billar con alguno de los veteranos: Amílcar o el portero suplente Poggio, que padecía insomnio. Al tercer día la monotonía era insufrible: la convivencia colegial, el estricto horario, la fatiga de las comidas repetitivas, pasta y pollo o pollo y pasta. A las doce tocaba retirarse a las habitaciones, allí a veces se reunían a charlar o mirar la tele y escuchar los vaya tía, ¿tú has visto qué tetas?, con que eran celebradas las presencias femeninas en la programación. Charlie se vino a Santander con el coche. Esta noche te saco de marcha. Charlie hablaba así desde los primeros días, con palabras escuchadas a los españoles. Ariel bajó a escondidas para encontrarse con él en el aparcamiento. Se tumbó en la parte de atrás del Porsche, se cubrió con dos toallas para salir del recinto sin ser visto. Osorio lo despidió cuando se fue del cuarto, echa un polvo por mí.

La zona de bares estaba abarrotada de gente, veraneantes en su mayoría. Entraron en un local de música atronadora y buscaron un rincón. Al fondo de la barra, Ariel reconoció a Ronco. La hemos cagado, un periodista, le dijo a Charlie. Los periodistas siempre acaban utilizando cualquier indiscreción sobre algún jugador, a veces ni tan siquiera para hacer daño, sólo para presumir de bien informados. Pero Ronco se acercó a saludarlos. Yo no he visto nada. ¿Queréis que le pida al dueño que nos pasen a un privado? Mejor que no os vea mucha gente. Le dejaron hacer.

Los instalaron en una sala donde la música llegaba atenuada. Pese a ser privada rebosaba de gente, pero el dueño les preparó una mesa apartada. Ronco, acompañado por un fotógrafo que ejercía de mudo consumidor de *whiskies* con coca-cola, les contó historias del entrenador, del equipo, de algún jugador. Sudaba, se quitaba las gafas para secarse el rostro con servilletas de papel que luego lanzaba hechas bolas. Le preguntó a Ariel con quién compartía habitación. ¿Osorio? Su última neurona se suicidó de aburrimiento. Hablaron de Solórzano y Ronco les dijo que en el club lo llamaban Papá Comisión. Si le das los buenos días, se te queda con el buenos. Ronco bebía cervezas a ritmo febril, era espigado como un jugador de baloncesto. A Solórzano lo protegen algunos directivos, pensad que esto es una caja de grillos, trepas, empresarios con ganas de figurar, de hacerse famosos, y el palco es su trampolín para ganarse la recalificación ilegal, la mordida con los concejales de urbanismo, el prestigio social, cierta notoriedad y en el mejor de los casos ligarse a alguna miss que les coma la polla a cambio de un rato de lujos. Puede que Argentina sea un país corrupto de cojones, pero aquí han conseguido que cierta corrupción, la más fotogénica, sea legal, y punto.

De Requero, el entrenador, explicó que le llamaban «manos limpias», nunca se equivoca. Si se gana es gracias a su pizarra, si se pierde algún otro se equivocó. Ronco inspiraba confianza, fumaba tabaco negro y sostenía el cigarrillo dentro de la palma, protegido. Habló de algunos jugadores, de Dani Vilar, que había sido el más crítico con el fichaje de Ariel, es buena gente, pero perdió la punta física que se necesita en tu posición, da cierta pena ver arrastrarse a un tipo que es millonario por los campos de juego. Pero, claro, retirarse es un trauma y más si tienes cinco hijos y una mujer como la suya, que dicen que es legionaria de Cristo. De la escapada nocturna aseguró que no diría una palabra, anoche Matuoko se subió tres putas a la habitación.

En el tercer local que visitaron Charlie y Ariel se encontraron con dos argentinas apuntadas a un curso de verano sobre «emotividad» en el Palacio de la Magdalena. Dentro del coche, aparcados cerca del hotel de concentración, pudieron poner en práctica alguno de los conocimientos adquiridos. Una de ellas era habladora hasta el disparate, pero a Charlie eso le parecía una virtud, como si llevara incorporado el hilo musical. Haciendo

patria, hermano, haciendo patria, gritaba mientras follaban los cuatro, incómodos en el coche. En ese tiempo nada parecía que pudiera salir mal. Al día siguiente su escapada no tuvo ninguna repercusión, ayudó a que pasara desapercibida el hecho de que esa misma madrugada el polaco Wlasavsky hubiera destrozado su coche al chocar contra un vallado, según su versión para evitar a una vaca que se le cruzó en una carretera cercana a Torrelavega, y según los demás cuando volvía de un bar de putas llamado Borgia IV. Dos días más tarde seis componentes del equipo, incluido el entrenador de porteros, sufrieron una gastroenteritis, al parecer causada por algún marisco en mal estado. Ariel se libró, nunca soportó el marisco.

Las cosas habían sido así desde el inicio. Charlie contribuía a la locura, pero también a la diversión. En su primer viaje se hospedaron en habitaciones contiguas de un hotel de lujo cerca del estadio. Por esos días el club andaba revuelto, acababan de anular el fichaje de un delantero centro brasileño porque en su sangre había rastros de tetrahidrogesterona, un anabolizante prohibido. A la prensa se filtró que el tipo tenía una rodilla en mal estado, pero como Solórzano había gestionado el fichaje de ambos, se tensaron las cuerdas negociadoras en el último momento. Alguien se atrevió a sugerir que se fichaba a los dos o a ninguno. Charlie se puso serio. Mí hermano está limpio, el que tomó THG fue el otro. Pero durante dos días la firma estuvo paralizada. Para acabar, el brasileño fue ingresado en un centro de diálisis, limpiada su sangre y fichado por un equipo francés. Ariel pudo posar en la firma del contrato, cumplió con el examen médico y aguardaron unos días para buscar casa en la ciudad.

El club y Charlie se encargaron de encontrarla. Tenés que vivir como un rico, le advirtió su hermano. Al tercer día en el hotel le pasaron la llamada de una periodista. Charlie se negaba a conceder entrevistas exclusivas, por más que le insistían. Ariel le oía discutir con autoridad. De pronto Charlie se echó a reír a carcajadas y le tendió el teléfono a Ariel. Escucha esto. ¿Hola?, dijo Ariel. Y una voz femenina, nerviosa pero alegre, le habló. ¿Eres Ariel?, bueno, en realidad no soy periodista, estoy aquí en la recepción, y, bueno, es que yo a lo que vengo es a echarte un polvo de bienvenida. Ariel no tuvo tiempo de sorprenderse, su hermano le arrebató el auricular e invitó a la chica para que subiera.

Dos minutos después entró una treintañera, con pechos enormes, pelo rubio teñido con rizos trabajosos. Risueña, divertida, desinhibida. Tomaron tres cervezas y Charlie fue el primero en abrazarla. Se desnudaron y se enredaron sobre la cama. Ante la pasividad de Ariel, ella insistió, oye, que yo al que quería tirarme era a tu hermano. Ariel, entre divertido y asombrado, se desnudó. La chica, mientras era penetrada por Charlie a cuatro patas sobre la cama, se introdujo el sexo de Ariel en la boca. La chica tenía un *piercing* rojo brillante en la punta de la lengua. Era de Alcázar de San Juan aunque residía en Madrid, bueno, en Alcorcón, y antes de irse les contó que de Primera División se había follado a siete jugadores. Me falta uno del Betis que es monísimo, pero todos dicen que es gay.

Un recibimiento así no dejaba de sorprender a Charlie y Ariel, por más que estuvieran habituados a las botineras argentinas, las chicas que rondaban a los futbolistas, como las groupies a los rockeros. A Ariel le costó aguantar la carcajada cuando a la mañana siguiente un periodista de la televisión pública le preguntó si se sentía bien recibido por los españoles. Bueno, me siento querido, sólo espero darles placer, en el campo, respondió Ariel. Al fondo de la sala de prensa, en la puerta de acceso, Charlie reía sin medida, atrayendo la mirada de los periodistas, que para entonces ya eran conscientes de que Ariel viajaba acompañado de su hermano mayor.

La situación actual no era tan distendida. El equipo no funcionaba. Estaban sextos en la clasificación cuando sólo valía ganar. El torneo europeo acababa de empezar con un mal resultado. Ariel volvía de entrenar una mañana y en la radio del coche escuchó a dos comentaristas hablar sobre él: no es un *crack*, eso está claro, es un jugador del montón, de éstos que en Argentina das una patada y te salen dieciséis. Por más que uno se acostumbrara al tono rotundo de la prensa deportiva siempre dolían las críticas. Al día siguiente de su partido de presentación una firma prestigiosa de un diario futbolístico escribió: «Ariel Burano ha declarado que no se siente un nuevo Maradona. Bueno, esto no hacía falta que lo declarara él, es obvio. Basta con haberle visto jugar. Regatea hasta el banderín de córner, pero ¿gustarán sus florituras a la exigentísima afición madrileña?».

Charlie le quitaba importancia a esos comentarios, es un huevón, pregunté en el club y parece que es un sapo que llevaba meses intentando que se

trajeran al mexicano Cáceres para tu puesto, su cuñado es representante de jugadores. ¿Qué culpa tenes vos? Al Dragón muchas veces le oyó decir a la prensa hay que tomarla con distancia, pero lo mejor de todo es no tomarla.

En la crónica de su primer partido oficial, un tipo que escribía bien bonito sólo le dedicaba un adjetivo: autista. «Ariel Burano estuvo autista. Jugaron tres equipos. El local, el visitante y él. Veremos si se trata sólo de un problema de adaptación o es síntoma de una enfermedad incurable». Paciencia, pedía Charlie. Y si te parás a leer lo que escriben cada día no te queda tiempo ni para mear.

Ariel contaba con lograr convencer poco a poco a la gente de su categoría de futbolista, pero no contaba con la apresurada salida de su hermano. Charlie era su punto de referencia, su primer escudo frente a la realidad. Tan lejos de casa, cualquier rincón compartido con él olía a hogar. El problema de Charlie sucedió en el segundo partido de liga, en Santiago de Compostela. El equipo jugó tarde en la noche del sábado, televisado para todo el país. Se quedaron a pasar la noche en la ciudad. Ariel y Charlie salieron a cenar con dos jugadores argentinos del equipo rival. Repartidos por equipos de la Primera División española jugaban treinta y dos argentinos. A Sartor y Bassi no los conocía. Los conoció esa noche en el campo. En especial al Dogo Sartor, al que llamaban así porque se asemejaba a uno de esos perros argentinos que cuando muerden no hay manera de que suelten la presa. Marcaba a Ariel en cada saque de esquina y le acercaba su rostro de nariz chata bajo el cráneo rasurado a un palmo de su cara. Le gritaba sudaca de mierda, maricón, puto, hacé las valijas y tomátelas a tu país de mierda, boludazo; Le decía que se iba a follar a su madre, que su hermana era lesbiana, que a su novia en Buenos Aires se la estaba cogiendo el centroforward de River, todo tipo de provocaciones. En una jugada en que Ariel se tiró al suelo para fingir que lo habían derribado, le agarró del brazo para levantarlo del césped y le gritó levantá, sorete, todo el mundo sabe que jugás porque se la chupas al entrenador. Ariel se echó a reír. El tipo era tan excesivo que hubiera provocado risa de no ser por su gesto criminal y la amenaza de sus tacos de aluminio.

Al acabar el partido, fueron a darse la mano. Sartor era de Córdoba y le saludó con un abrazo caluroso. Como un perro amansado. Quedaron en verse después de las duchas para cenar juntos en un asador argentino propiedad de

un amigo. Bassi estaba de mal humor porque no había jugado más que los últimos cinco minutos, me saca para perder tiempo. Sartor llevaba cinco años en España. Bassi había jugado en Italia tres años antes de llegar. Aquí es más tranquilo. En algún partido hasta te diviertes. Sartor tenía cara de asesino de película de serie B. A Bassi, melena rizada, un cuerpo enorme, lo llamaban Rengo porque se desplazaba con una evidente cojera.

Bebieron bastante, hablaron con pasión del fútbol argentino, Sartor era de los Leprosos, fue su primer equipo, Bassi de Independiente. Los acompañaron de vuelta al hotel. Unos aficionados borrachos, que se habían parado a mear en los soportales detrás de la catedral, reconocieron a Ariel. Llevaban bufandas de su equipo. En la distancia uno vomitaba bilis sobre sus zapatos. Otro de los jóvenes, con el pelo desordenado y los ojos velados, se detuvo frente a Ariel, este tío es un figura. Eres el mejor, el mejor. Oé, oé, y comenzó a cantar a gritos y a llamar a los demás. Ariel y sus compañeros aceleraron el paso camino del hotel.

Lo peor vino después. Ariel se despertó sobresaltado al oír gritos en el pasillo. Era la voz de Charlie. Se vistió apresurado con un chándal y salió de su habitación. De alguna puerta cercana también asomaban cabezas de curiosos. Lo que vio fue a Charlie, de pie, desnudo a excepción del slip negro, golpeando con puntapiés y puñetazos a una mujer que se arrastraba por el suelo, a medio vestir. Ariel corrió hacia allá y trató de sujetar a su hermano, que estaba borracho y fuera de sí. Era evidente que se le había ido la mano con la cocaína. Durante la cena fue hasta tres veces al baño, pese a que nadie comentó nada. Dos compañeros de Ariel le ayudaron a sujetarlo. La mujer, pelirroja, sangraba por la nariz y gritaba con indignación. Te voy denunciar, llamen a la policía. Ariel sujetaba a su hermano como si fuera un caballo salvaje. Se creen que soy maricón, hijos de puta, repetía Charlie.

Ariel tardó en entender. Bassi y Sartor le habían gastado una broma a Charlie. Le habían enviado a aquella prostituta a su habitación de hotel, como un regalo. El drama vino cuando Charlie descubrió que era un travestí y, en lugar de dejarla ir, se lo tomó como algo personal y comenzó a golpearla. Ariel encerró a su hermano en el cuarto y ayudó a la mujer medio desnuda a recomponerse. Alguien le prestó una toalla húmeda, ella se secó la nariz y se limpió la cara. Ariel se excusó, estaba borracho, lo mejor es que te vayas. Ella

se tranquilizó, agradeció los cuidados de Ariel y no le aceptó el dinero que le ofrecía, no, no, si el hijoputa ese ya me ha pagado.

Todo habría quedado en el olvido de no ser porque la agredida se presentó horas después ante el gerente del hotel y amenazaba con denunciar a la empresa si no le daban el nombre del inquilino de la habitación. Temeroso de que se tratara de un jugador, el delegado del equipo fue despertado y bajó a hacerse cargo del asunto. No fue fácil. Ella quería llamar a la prensa, a la policía. Allí de madrugada, sobre el mostrador de recepción, pactaron una cantidad de dinero a cambio de olvidar el incidente.

En el avión de regreso a Madrid, Pujalte intercambió unas palabras con Charlie, al fondo del aparato. Lejos de todos. Ariel les vio, pero no fue invitado a unirse a la conversación. Un rato después Charlie se derrumbó. La chica había presentado una denuncia contra el club. Ignoraba el nombre del jugador, pero la policía había extendido un parte de lesiones. El hotel admitía que esa habitación estaba pagada por el equipo, pero aseguraba desconocer qué jugador en concreto la ocupaba. Pujalte le concedió una semana a Charlie para dejar el país. Podemos entretener la madeja unos días, pero luego habrá que dar un nombre, hay que proteger al club. No querrás que nos pase como al equipo inglés en Málaga. Por esos días, cuatro jugadores de un equipo británico hospedados en un hotel habían sido detenidos por violación, el asunto fue un escándalo nacional hasta que a los pocos días se cerró un deshonesto pacto con las mujeres a cambio de dinero. Estas gilipolleces en manos de los periodistas son como bolas de nieve que acaban por engullirnos a todos, explicó Pujalte.

Ariel supo de inmediato que aquello significaba separarse de Charlie. Su gesto grave, su silencio irritado, el enfado por el estúpido comportamiento de su hermano se fue transformando en pánico, en sobrevenida soledad. Luego el atropello y de nuevo la mano protectora del equipo, su dependencia de Pujalte. Ahora el mal juego.

Desde los asientos delanteros, Ariel ve caminar a Pujalte. Viene en su dirección, aunque se detiene para saludar a directivos y jugadores. Cuando llega a su altura se acuclilla en el pasillo, aguarda a que Ariel se desprenda de los auriculares. Me dijeron que fuiste a la clínica a ver a la chica del atropello. Eso fue una estupidez por tu parte. Si lo que quieres es meterte en

más líos sigue así, haciendo las cosas a tu antojo.

No sé, por las dudas, me pareció lo justo, interesarme por ella, replica Ariel. Un escalofrío le recorre la espalda. ¿Lo justo? Es mejor que te dediques a jugar y lo demás nos lo dejes a nosotros. No sé cómo funcionan las cosas en tu país, pero aquí es diferente. Esto no es una república bananera, aquí hay jueces. Y con un cambio de tono en su voz se pone de pie y bromea divertido con Osorio, en el campo no juegas nada, pero a la maquinita esa bien que le pegas. Luego regresa a su asiento en la parte delantera.

Ariel se ve como un niño otra vez cazado en falta. Le repugna la autoridad de Pujalte pero sobre todo le ofende su propia sumisión. Con rabia contenida, vuelve a colocarse los auriculares. El Dragón repetía a menudo un proverbio chino: «Cuando las cosas te van mal tu bastón se convertirá en serpiente y te picará». Ariel confiaba en que no fuera así. Que al menos su balón siguiera siendo bastón. De regreso de una derrota, a solas con su música, tenía miedo de vivir una lenta pero ininterrumpida caída en desgracia.

17

Las dos inválidas, dice Sylvia, y llega a saltitos hasta la cama de su abuela Aurora. Se abrazan, Sylvia se agacha pese a las dificultades para hacerlo con la escayola en la pierna. La abuela se emociona. ¿Qué pasó, niña? Ya ves, abuela, que atropellé a un coche. Lorenzo ha ido a buscarla a la estación, pero no le han dejado entrar en el andén para ayudarla. Las azafatas lo harán. Después de los atentados de marzo las medidas de seguridad han aumentado. La estación de Atocha sigue reservando un rincón para mensajes emotivos, velas encendidas y fotos de alguno de los muertos en los andenes. Sylvia apareció caminando por el andén apoyada en las muletas y con una azafata que la ayudaba con el bolso de viaje. ¿Vamos a ver a la abuela? Ya está en casa, ¿verdad?, preguntó. Lorenzo asintió, dame un beso, ¿no? ¿Pilar ha estado muy pesada?

Estás perdiendo muchas clases, dice la abuela Aurora. Sylvia explica que no hay exámenes hasta diciembre. Hace frío. La abuela extiende una manta por encima de la cama. Te recojo en un rato, ¿vale?, dice Lorenzo, y luego pregunta a la abuela ¿y papá? Salió a dar un paseo. Oyen los pasos de Lorenzo al irse. Tu abuelo tiene un enfado... Resulta que se ha estropeado la caldera y no viene nadie a repararla. Estamos sin calefacción, sin agua caliente. La abuela levanta la manta. Métete aquí a mi lado. Con cuidado Sylvia se tumba y muy juntas se tapan con la manta.

Hablan de Pilar. ¿Está contenta? ¿Le va bien? Sylvia ha pensado en ella gran parte del viaje de vuelta. Su madre está bien. Su madre está feliz. Santiago llegó de París y le trajo un chal finísimo de cachemir. Luego cenaron los tres juntos. A la mañana siguiente, Pilar llevó a su hija a la estación de Delicias. No bajas hasta el último minuto. En los andenes hay una corriente

horrible. El final de octubre era más destemplado y frío de lo habitual. Tiene prisa el invierno, oyó Sylvia decir a un hombre mayor que se subía al tren cargado de bolsas de verdura. La gente mayor habla a menudo del tiempo, a ella no ha conseguido interesarle jamás la temperatura que hará al día siguiente. Por la ventanilla del tren Sylvia observó la valla continua, metálica, que protegía el acceso a todo lo largo del recorrido de las vías. Era como si le hubieran puesto límites al campo. Esa verja kilómetro tras kilómetro transmite algo desmoralizante, como si el planeta estuviera condenado a estar cercado en cada centímetro.

Tu padre está muy delgado, ¿ya come?, le pregunta Aurora. Y tanto, no veas qué tripa ha echado. Sylvia se preocupa por los dolores de la abuela, por si se aburre la jornada entera en la cama. Tengo visitas a todas horas, hago más vida social que cuando estaba sana, tu abuelo se desespera, ya sabes que no le gusta la gente. Eso le recuerda algo. Le pide a Sylvia que le saque unas entradas para el Auditorio. ¿Tú sabes hacerlo por teléfono? Pues claro. Yo es que me pierdo con esas cosas y tu abuelo no lo hará, que lo conozco.

La abuela Aurora le pregunta qué tal se arregla con la escayola. Bien, lo peor es ducharme. Le cuenta cómo se sienta en la bañera, moja una esponja y se recorre el cuerpo con ella para no mojar la escayola. No le cuenta que la otra mañana le excitó hacerlo, hasta un punto en el que se avergonzó. Sentía que la esponja era una mano ajena y áspera que erizaba su piel con un placer desasosegante. Lo que puso más nerviosa a Sylvia fue identificar esa mano como la de Ariel. Hija mía, yo me he lavado así durante años. En un barreño. Y tu abuelo se iba a la casa de baños que había en Bravo Murillo. Hasta que hicimos el baño en casa. ¿Te leo el periódico?, pregunta Sylvia. No, no, ya me lo lee tu abuelo por las mañanas. Sé que le fastidia leer en voz alta, pero me gusta ver la cara que pone con los sucesos. ¿Tú has visto las cosas que pasan? No hay más que maridos matando a sus mujeres. Y hoy fíjate qué desgracia, se han matado en accidente de autobús unos peregrinos que volvían del santuario de Fátima.

Sylvia se ofrece a leerle un libro. Lo he empezado en el tren. Esa mañana, antes de salir hacia la estación, Santiago se lo ha regalado. Ahora tendrás mucho tiempo para leer. A ver si te gusta, le ha dicho él. ¿Cómo se titula?, pregunta la abuela. Sylvia le muestra la portada del libro que acaba de sacar

de la mochila. No está nuevo. Alguien lo ha leído antes. A Sylvia le gustan los libros usados. Los libros nuevos tienen un olor agradable, pero dan miedo. Es como avanzar por una carretera por la que nadie ha pasado nunca.

Sylvia le cuenta a la abuela lo que sabe de la trama hasta el momento. Cinco hermanas en edad de casarse. Un rico heredero que llega al pueblo donde viven. Su madre deseando ofrecerlas en matrimonio. Hay una, la más inteligente, que se siente despreciada por el mejor amigo del noble rico, le oye un comentario despectivo sobre ella. Y sabes que se van a enamorar, precisamente esos dos. O sea que te está gustando, dice la abuela. Por ahora sí. Sylvia no reconoce que varias veces en el tren ha vuelto sobre las páginas leídas para empezar de nuevo. Le cuesta leer, no está acostumbrada.

De niña no le gustaba que su abuela le leyera cuentos, prefería que se los inventara. La abuela sabía lo que ella quería oír. Princesas, monstruos, malvados, valientes. Siempre había una niña con rizos negros a quien le pasaban mil y una desgracias antes de encontrar el amor, la felicidad. Sylvia lee en voz alta a su abuela: «Ésa es exactamente la pregunta que esperaba que me hiciera, dijo él. La imaginación de una joven es bastante rápida; salta de la admiración al amor y del amor al matrimonio en un instante».

Cuando la abuela se queda dormida, Sylvia permanece un rato tumbada junto a ella, relajada al compás de su respiración. Luego se levanta y sale del cuarto. La casa era una nevera. La habitación de la abuela al menos estaba templada por un pequeño radiador de resistencias. La puerta del cuarto del abuelo estaba entreabierta. Se acerca al piano de pared. Toca alguna tecla sin sentarse. Recuerda las clases que le daba el abuelo, siempre tan rigurosas. Era muy estricto con la postura de las manos, de la espalda, de la cabeza. Una vez le tapó los ojos para que tocara sin mirar las teclas. Es un piano, no una máquina de escribir, le decía. No es mecanografía al dictado, es escuchar la imaginación de otro. Pero ni el abuelo tenía paciencia ni puede que ella talento. Un día le pidió a su madre por favor, mamá, no quiero dar más clases con el abuelo. A, ver si nos ponemos al día con las lecciones, proponía el abuelo algún domingo después de comer, pero ambos sabían que hacía tiempo que las clases habían quedado interrumpidas para siempre.

El abuelo llega sobre las ocho de la tarde. Viene impoluto como de costumbre, el gesto serio, malhumorado. ¿Han llamado los de la calefacción?

No ha llamado nadie, le dice Sylvia. Lorenzo avisa desde el portero automático, estoy aparcado en la acera, le pide a Sylvia que baje. Entra a despedir a su abuela, está despierta. Te ha sonado un pitido en la mochila. Sylvia revisa el interior. Ah, era un mensaje, pero aunque su pulso se agita, no dice nada. Me voy ya. El abuelo la ayuda del brazo a bajar los dos pisos de escaleras. Esto de no tener ascensor, no sé qué vamos a hacer.

«¿Cómo va esa pierna?». El mensaje no es muy expresivo, pero es algo. Y viene de Ariel. Han pasado muchos días. Estaba segura de que tras su visita al hospital ya la habría borrado de su vida. ¿Y qué más podía esperar? Tiene el móvil en el regazo, su padre conduce a su lado, pero no sabe qué contestar. ¿Me he enamorado de él?, piensa. ¿Puedo ser tan idiota? No le ha contado a nadie la visita, su encuentro con él. No ha podido hablar en voz alta de lo que siente, de lo que piensa, quitarle valor. Como todo lo no expresado, crece, crece como una infección sin tratar. Es guapo, con cara de niño, parece una buena persona. Tengo dieciséis años. Él es famoso, es una estrella del fútbol. No le pregunté. A lo mejor está casado y tiene tres hijos. Los futbolistas son así. A los treinta años parecen viejos. Tendrá que preguntarle a su padre.

Podría hablar con Mai, a ella se le ocurriría algo ingenioso. Pero está obsesionada con Mateo y sería incapaz de ponerse en su lugar. Tendría que explicarle tantas cosas. El último fin de semana, además, su viaje a León ha ido regular. Salimos con sus amigos y no me hace ni caso, es como si le molestara mi presencia, se quejaba Mai a Sylvia. No pienso volver, que venga él a Madrid si quiere verme.

Por fin escribe el mensaje: «Lo más pesado es cargar con ella todo el día». Lo envía, se muerde un labio. Se arrepiente. Debería haber escrito algo más brillante. Más atrevido. Algo que le fuerce a responder, a comprometerse, algo que fabrique una cadena de mensajes que al final los reúna. Cuando suena el pitido del móvil que anuncia el mensaje recibido, Lorenzo vuelve la cabeza. Os pasáis el día con eso, qué coñazo, se os va a olvidar hablar. Es más barato, le explica Sylvia. Un instante después la decepción al leer la respuesta de Ariel. «Ánimo». Sylvia tiene ganas de reír. De reírse de ella misma. Se mira en el retrovisor exterior buscando el fondo de sus ojos. Está roto, quebrado. El espejo. Está roto, dice a su padre. Sí, ya lo sé hace días, algún hijoputa.

La respuesta de Ariel ha devuelto a Sylvia de un bofetón a la realidad. Le

recuerda quién es él, quién es ella. Los pies en el suelo. Tendrá que evitar que Ariel se cuele por todas la rendijas de su fantasía, de su imaginación. Tendrá que vigilar que no asalte sus sueños, los ratos en que su pensamiento se evade. Que no se introduzca en sus lecturas, en la música que escucha. Que no alimente los ratos muertos con el anhelo de una llamada de él, de un contacto que no llega. Sabe que el único placer del que puede disfrutar es el que provoca esa punzada de dolor, esa especie de desolado conformismo. Está triste, pero al menos la tristeza es suya, la ha fabricado ella con sus expectativas, no se la ha provocado nadie, no es víctima de nadie. Se siente bien en ese sufrir, no le molesta. Se tumba. A esperar. No sabe qué.

18

Leandro se ha sentado en la cocina. Asiste a la labor del técnico de la caldera. No tiene ganas de hablar. Está enfadado. El hombre ignora su malestar y habla incansable. Ha quitado la tapa metálica al calentador y ha dejado a la vista el enclenque vientre desnudo que es el motor, al aire los quemadores que se resisten a prender la llama. Leandro admira sus manos duras, húmedas, llenas de grasa, que se mueven con habilidad entre las roscas. Él no ha sabido nunca servirse de sus manos para otra cosa que no fuera extraer música de los pianos, corregir un gesto a sus alumnos, a veces marcar con el lápiz una partitura.

Se ha trasladado a dormir a su cuarto. Ha limpiado el cobertor de fundas de vinilos, de papeles, partituras y algún libro. Ha empujado bajo la cama los periódicos atrasados donde dejó algo por leer. Prefiere que Aurora duerma sola. Teme voltearse en la noche y golpearla. Quiere que ella esté cómoda. También le avergüenza, eso no lo dice, rozar su cuerpo limpio cuando llega de pasar una hora o dos horas en contacto con el sudor y el olor acre de la piel de Osembe. El cuerpo de Aurora siempre le ha provocado respeto. Lo ha visto envejecer, perder solidez, vitalidad, pero nunca ha dejado de poseer el misterio casi sagrado del cuerpo amado. Por eso ahora, cuando lo roza, se siente sucio, malvado.

Estos días atrás el mal humor se ha adueñado de él. El viernes por la noche la casa estaba fría y quiso encender el calentador, le fue imposible. Llamó al servicio técnico. Hasta el lunes no trabajaban. Eso significaba pasar el fin de semana sin agua caliente ni calefacción. Le recomendaron que llamara a un técnico de urgencia. Así lo hizo. Vino un tipo fornido, con una cazadora de cuero negra. Eran casi las once de la noche. Sacó de su maletín un

destornillador de estrella y repasó con golpecitos las distintas tuberías. Es algo de recambios, lo mejor es que llame a la casa. Leandro le explicó que eso es lo que había hecho, pero que no atendían hasta el lunes. El hombre se encogió de hombros y le extendió una factura, mientras consultaba su reloj. Llevaba el teléfono móvil sujeto al cinturón como un pistolero. Cuando Leandro vio que le pedía ciento sesenta euros se escandalizó. El tipo le desglosó las cantidades. Desplazamiento, urgencia, servicio nocturno y festivo, además de la media hora mínima de mano de obra. Leandro fue presa de la indignación. Le dio el dinero, pero mientras le conducía hacia la puerta murmuraba prefiero que me atraquen, sabe, prefiero que me pongan una navaja en el cuello, al menos esa gente lo necesita. Ustedes son peores. Hombre, no diga eso, quiso defenderse el técnico, pero Leandro se negó a escucharle, le despidió con un portazo. La voz de Aurora le llamaba, tuvo que explicarle. Vamos, no te enfades, hay un radiador en el altillo, a ver si lo alcanzas, le dijo ella.

A la mañana siguiente trató de ducharse con agua fría. Aguardó un rato, dentro de la bañera, la mano en el chorro gélido, esperando a que su cuerpo se adaptara a la temperatura. Después cedió. Se sentó con cierta desolación en el borde de la bañera y estudió su cuerpo desnudo. La vejez era una derrota difícil de tolerar. Un asco. La piel blanquecina trémula de frío. Los pechos flácidos, perdido el vello. Las manchas en la piel, las manos artríticas. Las piernas huesudas como de enfermo, las pantorrillas, los antebrazos destensados, como si se hubieran soltado los cables que sostienen la piel tirante. Se acordó de esos cuadros que ha despreciado toda la vida, donde Dalí pinta el paso del tiempo como una viscosa materia que se derrite. Así; también veía su piel escurrirse hasta el suelo como ropa vieja y dejar a la vista el esqueleto de un cadáver.

Pensó en la carne tierna, exuberante y joven de Osembe, en la repugnancia que ella sentiría al lamer su blanquecina decadencia. Sostuvo un instante sus testículos, su pene rosado, caído, como el inservible pellejo lánguido y gallináceo que era. No alcanzaba a explicarse el poder de mando que aún ejercía. La esclava y eterna sumisión a sus caprichos. ¿Quién dijo que aquello era el grifo del alma? No era la erección, ahora intermitente, inesperada, azarosa, la que le arrastraba tras Osembe todas aquellas tardes; era otra cosa.

El contraste de los cuerpos, quizá la fuga por contacto, la sensación de abandonar el propio cuerpo para poseer el cuerpo que se toca, que se acaricia.

Del arrepentimiento desolado con que abandonaba el chalet, presa de la culpa, al recordatorio placentero que le invadía algo después; luego la ansiedad que volvía a vencerlo, por mayor que fuera su resistencia. Leandro encajaba como una derrota el momento en que apoyaba el dedo en el timbre del número cuarenta. Pero era un gesto tan corto, tan rápido, que no daba tiempo a pensar, a huir. Se sentía empujado, él, un hombre entrenado en la soledad, acostumbrado al hastío. Era capaz de vencer la urgencia un día, dos, de decirse no, un no rotundo, de poner la cabeza en otra cosa. Pero acababa siempre rendido a la negra desnudez de Osembe, al reflejo de sus dientes blancos, a su mirada ausente que ahora, al estudiar su propio Cuerpo, entendía como una barrera de supervivencia ante el asco.

Al salir del chalet se despreciaba. Consideraba vulgar el cuerpo femenino, pensaba en Osembe y se decía es sólo un mamífero con pechos, musculado y joven, una masa de carne que no debería producirme atracción. Le negaba cualquier misterio, cualquier secreto. Los pliegues le resultaban sucios, los orificios deleznable, las formas carentes de sugerencia, los fluidos desagradables, visualizaba el deseo como un carnicero la pieza que desuella o un médico el tejido por donde traza la incisión. Pero ese mecanismo de rechazo se venía abajo ante otra orden superior. Y así volvió el sábado, el domingo y el lunes a visitar el chalet.

La contemplación de su propio cuerpo abocó a Leandro a una mañana triste. Se volcó de inmediato en complacer a Aurora, en atenderla. Le leyó el suplemento del domingo con sus absurdos saltos de la penosa supervivencia en Gaza a un reportaje sobre las bondades de la chocolaterapia ilustrado con fotos de modelos untadas por todo su cuerpo. Le preparó un té, se sentó con ella a escuchar la Radio Clásica. Eludía las noticias para que no dejaran a su paso la huella violenta y siniestra. Como le decía su amigo Almendros, que se dejaba caer muchos ratos con su mujer por la casa, los viejos tendemos a ver el mundo precipitarse hacia el abismo, sin darnos cuenta de que somos nosotros los que nos vamos al abismo, el mundo sigue, mal, pero sigue. Tantas veces Leandro se alegra de saber que morirá antes de ver desencadenarse el odio absoluto, la violencia engullidora. Todos los síntomas apuntan a una

destrucción implacable, pero cuando expresa su pesimismo en voz alta su amigo se sonríe, somos nosotros, nosotros los que nos vamos, no el mundo, Leandro, no seas como esos viejos que estúpidamente se consuelan al creer que con ellos, de la mano, desaparecerá todo lo demás.

Almendros siempre recordaba esa viñeta cómica que les hacía reír. Dos hombres primitivos vestidos con pieles junto a: su cueva, y uno le dice al otro: aquí estamos sin contaminación, sin estrés, sin atascos ni ruidos y mira, nuestra esperanza de vida no pasa de los treinta años. Almendros soltaba su risotada a espasmos. ¿No era Maurice Chevalier el que decía eso de que la vejez es horrible, pero la única alternativa conocida es peor?

La última tarde con Osembe, mientras peleaba por sostener la erección, Leandro le habló de las noticias del encierro de doscientas mujeres en Nigeria que protestaban contra la Chevron Texaco. Osembe no parecía impresionada. ¿Dónde lees eso? En el periódico, respondía él. De mi país sólo hablan cosas malas en el periódico. Y parecía enfadada, como si nadie creyera en la belleza de su tierra. Mi país muy rico, insistía. Pero también le contó que había perdido a un hermano por una explosión cuando robaba gasolina de una refinería con otros muchachos. Del vientre de aquel país se extraía medio millón de barriles de petróleo al día. Los políticos lo roban todo, decía ella.

Leandro se pasó la mañana repitiéndose no iré, no iré, no iré. Pero fue. A las seis menos cuarto ya estaba en la acera de enfrente. Solía llamar al timbre a las seis en punto y consideraba que esa hora ya le estaba reservada. Aquel día vio llegar a Osembe en un taxi. Un hombre negro viajaba con ella. Él no se bajó, ella llamó al timbre y le abrieron la puerta.

¿Tienes novio?, le preguntó esa tarde Leandro. Mi novio está en Benin, dijo ella. ¿Sabe a lo que te dedicas? Osembe asintió. Allí también trabajé a veces de esto, los turistas tienen el dinero. A Leandro le sorprendía que él lo permitiera. Sabe que con él es diferente. Si tú no eres de Benin, ¿por qué tu novio vive allí?, le preguntó Leandro. Osembe le habló de los problemas de violencia, de una matanza en Kokotown y cómo se había trasladado a vivir a Benin antes de cruzar a Europa. Leandro imaginó que ella había llegado en patera, pero Osembe se echó a reír, como si hubiera dicho una ridiculez, y sus dientes asomaron en la carcajada. Vine en avión. A Amsterdam. Trabajé en Italia, primero. Una amiga mía trabajaba en Milán. Ganaba mucho dinero.

Osembe había llegado a España cuatro meses atrás en el coche de un amigo, alguien que se ocupaba de ella. Leandro pensó en el hombre del taxi, le dijo esta tarde te he visto llegar, venía un hombre contigo. No me gusta coger taxis sola, a una amiga mía la violó un taxista. Pero Leandro insistía en preguntarle por el hombre que la acompañaba, y ella zanjó, yo no quiero novios negros, los negros son unos vagos, yo quiero uno que trabaje. Los negros son buenos para follar, tienen una polla grande, pero no son buenos maridos.

Leandro se reía al escuchar las opiniones rotundas y aceradas. ¿Te ríes de mí? Yo no soy inteligente, ¿verdad? Ella contestaba vaguedades a las preguntas personales. Solían hablar tumbados sobre el colchón, dejaban correr el tiempo y cuando ella consideraba que las preguntas de él rebasaban el límite alzaba una barrera, llevaba su mano al pene de Leandro y comenzaba de nuevo con la actividad sexual, como forma de zanzar la conversación.

Leandro supo que el primer sitio donde trabajó en España fue en una carretera de la costa catalana. Y de allí vino a Madrid en coche. Llegar a este chalet, dijo ella, fue un accidente. Necesitaban una chica africana para un buen cliente, un empresario español que estaba introduciéndose en el negocio de los diamantes en África tenía que cerrar el trato con una compañía exportadora. Después de la cena trajo a su nuevo socio al chalet. En los negocios españoles cerrar los tratos con una invitación a putas parecía tradicional. El asador, el copazo, un puro y las putas. Un día Almendros le había contado que su hija trabajó un tiempo en una gran empresa de intermediación agrícola y que después de las comidas llevaba a sus clientes de provincias a un prostíbulo de confianza. A ella aquello le asqueaba, pero era algo impuesto, que había heredado de su antecesor en el cargo, y a los hombres no parecía importunarles que fuera una mujer quien los dejara a la puerta del local y se ocupara de la factura.

Me hicieron venir para el hombre ese que quería una mujer africana. Estaba muy borracho, pero pagó bien y volvió dos días más, pero le costaba tenerla dura, la polla, porque le habían operado mal de una hernia, explicaba Osembe. Era cariñoso, pero muy borracho. Me ofrecieron quedarme. Aquí se trabaja con gente bien, no es como la calle. Que lo haces en coches, chupando en asientos o en los parques, ¿sabes? Aquí hay hasta un médico que nos visita,

yo no tengo sida ni ninguna enfermedad, le dijo con un tono casi amenazante.

¿Este trabajo te gusta? Leandro se dio cuenta de que había hecho una pregunta estúpida. Yo sé que está mal, dijo ella. Yo lo sé, pero será un tiempo sólo. Leandro había visto en un reportaje de televisión bastante pobre que esas mujeres eran extorsionadas por redes que les costeaban el viaje y luego les exigían uno o dos años de trabajo en prostitución. Explotadas bajo amenazas a los familiares que se quedaron en su país, colocadas a trabajar hasta pagar la deuda contraída por el pasaje, con el pasaporte secuestrado por algún compatriota que las vigilaba hasta que reunían los diez mil euros que costaba la liberación. También había historias de secuestro, violaciones salvajes, de chantaje a costa de las supersticiones o el vudú, donde se compone una bola con sangre de menstruación, vello púbico, restos de uñas y se las amenaza con un dominio sobrenatural que las esclaviza. Osembe se reía ante las historias que él contaba, ¿lo leíste en una novela?

Ellos conocen a las chicas de allá y saben dónde viven las familias, con eso les basta. Déjate de brujerías. Además yo no creo en eso, yo soy cristiana. ¿Tú no eres cristiano? Leandro negó con la cabeza. Ella se mostró muy sorprendida. ¿No crees en Dios? A Leandro le pareció divertida la pregunta, el tono casi escandalizado de ella. No. No mucho, respondió. Yo sí, creo que Dios me ve y yo le pediré perdón y él sabe que un día dejaré todo esto. En las frases largas la lengua de Osembe chocaba con el labio superior, tenía dificultades para lograr algunos sonidos, pero su música era muy agradable. ¿Y no te molesta tener que estar con un viejo como yo?, preguntó Leandro. Tú no eres viejo. Claro que soy un viejo. Hubo un silencio, ella le besó en el pecho, como si quisiera demostrarle una falsa fidelidad. Supongo que mi dinero es igual que el de los demás, susurró Leandro. ¿Te gusta el dinero, eh, en qué lo gastas? No sé, ropa, cosas para mí, mando a casa. Yo tengo hermanos, cinco. Y mi novio y yo vamos a poner una tienda en el New Benin Market o en Victoria Island si nos va bien.

Quiero verte fuera de aquí, le dijo Leandro cuando terminó de vestirse. Dame un teléfono. Ella se negó. Estaba prohibido. Todo el dinero sería para ti. Osembe negó con la cabeza, pero con menos convicción. Piénsalo. Ella dijo no, no puede ser. Leandro tuvo la convicción de que las conversaciones eran escuchadas, que Osembe se sabía vigilada. Alguien tocó la puerta, era la

forma de anunciar el final de su tiempo. Osembe se asustó con el ruido, luego reaccionó con una sonrisa franca, enorme, relajada.

En la calle Leandro se sintió estúpido por su conversación, sus pretensiones de conocerla, de verla fuera. ¿Qué quería?, ¿intimar? ¿Que ella le contara su vida, su drama particular? ¿Compartir algo, acercarse? Podía pagar por que saciaran su deseo, pero nada más. Luego había que volver a casa, telefonar de nuevo al servicio técnico de la caldera, llorar de impotencia cuando pasa otro día sin que aparezcan, por más que explicara que su mujer estaba en cama, con una enfermedad de huesos; ordenar facturas, leer el periódico, recibir la visita de algún pariente, comer, beber, lavarse, asomarse a la calle, a la vida de otros, tratar de llegar a la noche con la calma suficiente para poder dormir, quizá soñar algo agradable o desagradable. Y un día desaparecer. Leandro sabía muy bien que tenía setenta y tres años y pagaba obscenas cantidades de dinero por abrazar el cuerpo de una nigeriana de veinte. Era un elemento caótico en su rutina, una bomba de relojería en su vida cotidiana.

El técnico le habla, esta caldera tiene años, pero cambiada la válvula será como nueva, ya verá usted. Leandro se encoge de hombros, se estropea cada invierno. Se ha mostrado seco con el técnico desde que llegó. Es su minúscula venganza por la humillante espera de los días pasados, con la casa convertida en una nevera inhóspita, como una pensión barata. El hombre, con sus dedos como morcillas, sonrío, las cosas se tienen que estropear, si no de qué viviríamos. Y además cada vez las cosas se hacen más sofisticadas para que no las pueda arreglar cualquiera. ¿Se ha fijado en los coches, por ejemplo? Antes, cualquiera le podía meter mano al motor y salir de una avería, pero ahora abres el capó y, poco menos que tienes que tener dos carreras para encontrar la tapa del delco. Y, en los talleres, de cincuenta mil pesetas no baja cualquier reparación, porque además con la entrada del euro, dígame usted, a que sesenta euros parece que no es nada, pues son diez mil pesetas, que antes era una fortuna. Ahora nada, parece calderilla. ¿A usted no le pasa? A que sí. Eh, ¿a usted no le pasa?

No, a mí no me pasa.

19

Lorenzo prefiere esperar en la calle. Baja las escaleras de la comisaría y recorre la acera con la mirada. Serán diez minutos le han dicho. Lorenzo seguía un impulso. Le resultaba lógico pasar por la comisaría y presentarse al inspector, preguntar si se había avanzado algo. Había acudido a una entrevista de trabajo cerca de allí, una oferta de repartidor de pan, pero el horario; era demoledor. Comenzar la jornada a las cinco de la mañana. Me lo tengo que pensar, había dicho. Y, con cierta superioridad, el hombre le había sonreído, no se lo piense demasiado, tengo cola de gente esperando. La tarde anterior, sobre la mesa de la cocina, había repasado el estado de sus cuentas. Había trazado una partida de gastos fijos mensuales, a ella le había sumado una media de gastos imprevistos. El subsidio terminó de cobrarlo dos meses atrás y la administración iba a resultar fundamental en los próximos meses. No recordaba ningún otro momento en su vida con menos dinero en la cuenta.

La primera vez que abrió una cartilla aún era menor. Había trabajado en el montaje de una feria de muestras, durante el verano. Su padre le acompañó a abrir una libreta compartida. Entonces ingresó treinta mil pesetas, pero Leandro le sorprendió allí mismo. Toma, le dijo, así tienes algo más para empezar. Y le entregó un cheque por doscientas cincuenta mil pesetas, era una especie de regalo secreto. No le digas nada a tu madre, lo que menos le gusta es que trabajes y dejes los estudios, no quiere que yo te anime. Pero, poco a poco, en la vida de Lorenzo se impuso la necesidad de ganar el dinero por sí mismo, de ser independiente. Reconoció pronto su incapacidad para los estudios, su falta de concentración. Óscar le dijo que su padre necesitaba un empleado y se colocó en la empresa de fotocomposición, de comercial. Trataba con editoriales, con tiendas, con imprentas. El rostro de sus padres

cuando les dio la noticia fue de incomprensión. Por qué tanta prisa. Lorenzo les aseguró que seguiría estudiando. Y así lo hizo, casi dos años. Más por mantenerlos tranquilos que por interés en los estudios. Con diecisiete años había conocido a Pilar. Ella sí seguía en la universidad, pero Lorenzo, un día, se encontró con un noviazgo de tres años, serio, pacífico, entregado, y un trabajo que le garantizaba ingresos fijos, estables. Entonces dio el paso, subió el peldaño que faltaba, dijo adiós a la casa de sus padres, a la juventud. Se convirtió en autosuficiente.

Al descubrir que en su cuenta había una cantidad tan reducida, sintió un escalofrío. Señaló cuatro ofertas de trabajo y comenzó a llamar. En una de ellas buscaban gente más joven, que no llegara a los treinta. Otra era un empleo en Arganda, demasiado lejos de casa. La otra era un agente de inmobiliaria, trabajo que despreciaba Lorenzo, nada más triste que enseñar casas a comisión. El cuarto era el reparto de pan de cuya entrevista de selección acababa de regresar.

El crimen había tenido el efecto de paralizarlo. Era como si aguardara a ser detenido, como si esperara cada mañana que una patada derribara la puerta y los policías le pidieran que los acompañara. Se despediría entonces con una mirada culpable, triste y desoladora de su hija Sylvia. Por eso dejarse ver delante del inspector no le pareció tan mala idea. Siempre puedo derrumbarme, confesarlo todo, gritar mi culpabilidad. Al menos abandonar esa área indefinida, donde ignora si es un sospechoso en firme o un meandro de la investigación.

Pero ahora se arrepiente. Está en la calle, no ha dejado su nombre a nadie, el inspector no le ha visto y piensa que es mejor no subir de nuevo. ¿Qué va a hacer?, ¿preguntar entre torpezas? ¿No es acaso el interés desmedido una prueba de culpabilidad? Mejor mantenerse al margen. Tampoco ha vuelto a la escena del crimen como mandan los tópicos. Eso sí, la escena del crimen ha vuelto a él cientos de veces.

Lorenzo sabía que todos los jueves, desde muchos años atrás, Paco y Teresa cenaban en casa de sus suegros. Acudían a esa cena los tíos de Teresa y una pareja de viejos amigos. Paco era invitado a unirse a la partida de cartas. Bajaban al sótano, donde había una barra de bar y una mesa de juego, donde las tuberías de la calefacción estaban a la vista y en las paredes había algún

cuadro promocional de la empresa. Fumaban puros, bebían *whisky* selecto, se tomaban el pelo, a veces se excitaban, pero casi nunca hablaban de otra cosa que no fueran anécdotas. El padre de Teresa, a quien Lorenzo sólo había visto en una fugaz ocasión, era un persona muy desconfiada, con un afilado sentido del humor. Paco le guardaba mitad admiración mitad desprecio, pero si hubiera podido juntar ambas cosas el resultado habría sido un evidente complejo. Era un hombre seguro de sí, capaz de repetir delante de quien quisiera oírle a mí lo que me hubiera gustado es casarme con mi hija y tenerme a mí mismo de suegro.

El dinero había sido la razón inicial para planear el asalto a casa de Paco. Lorenzo sabía que en el garaje podría encontrar la caja de herramientas, quizá Paco ni tan siquiera recordara que un día le vio sacar de allí un fajo de billetes. Paco presumía de que las declaraciones de la renta siempre le salían negativas. El dinero negro no le daba miedo, que sea negro no significa que manche. Y si Lorenzo mostraba alguna prevención, él se reafirmaba. Todo el mundo es igual, abogados, notarios, fontaneros, no me vengas con escrúpulos, aquí sólo el que cobra con una nómina mensual cumple con Hacienda. Lorenzo sabía que la alarma no incluía el garaje, que el trabajo podría ser rápido. Que la salida de todos los jueves le dejaba más de tres horas para dar con la caja.

Vio salir el coche de casa de Paco. Un coche nuevo, radiante, de marca sueca. En el interior la silueta de ambos. Teresa se miraba en el espejito delantero, terminando de peinarse. Cuando se acercó a la valla el perro comenzó a ladrar, así que era mejor no evitar el merodeo. Saltó sin problemas, en dos esfuerzos. El perro corrió a que le frotara el lomo. Para entrar en el garaje rompió la cerradura de la portezuela auxiliar. En la bolsa de deporte llevaba una taladradora radial. La montó y en seis embestidas desenmarcó la cerradura. El perro ladraba con el ruido, pero luego volvió a calmarse.

Dentro del garaje encendió una luz. Llevaba guantes de látex y posó la bolsa de deportes en el suelo. Movié de su lugar la estantería que sostenía botes de pintura, herramientas. Pero detrás no estaba la caja que buscaba. Paco la habría cambiado a otro lugar. Tenía que estar por allí, seguro. Lorenzo comenzó a buscar a la desesperada, a removerlo todo. Sudaba bajo el mono.

Mientras se limpiaba los ojos de la humedad del sudor que le nublaba la vista, escuchó el coche de Paco acercarse y la puerta del garaje comenzó a

elevarse.

Dejó todo y se escondió detrás de la barbacoa. Estaba envuelta en su funda verde y en cuclillas, tras ella, no sería visto. La puerta mecánica del garaje se alzaba. Arrastró la bolsa de deporte hacia sí, pero vio la radial, abandonada en el suelo. En aquel momento los faros cegaron el garaje y el coche se detuvo dentro. No entendía por qué regresaba Paco, debía de haber olvidado algo. La casa de sus suegros no estaba lejos, había dejado a Teresa y había vuelto. No pudo preguntarle para qué. Ahora sabía que para morir.

Paco dejó la puerta del coche abierta, lo que producía un campanileo de aviso permanente. Avanzó cuatro pasos y se colocó delante de la pared desordenada, tocó con los dedos la estantería movida de sitio. Volvió la cabeza. Lorenzo no podía verle, pero tomó el machete del fondo de la bolsa de deporte. Los pies de Paco se acercaron y su mano tocó la funda de lona que cubría la barbacoa con ruedas. Lorenzo se puso en pie con un salto agresivo, se lanzó sobre él y le asestó dos machetazos en el vientre. Profundos, rabiosos, fieros. Lo siguiente fue más complicado. Volver a introducir la hoja no fue tan fácil. Los dos primeros golpes tuvieron algo de huida, de autodefensa. Luego forcejearon. Los ojos de Paco descubrieron a Lorenzo. No gritó. Pero se aferró con las manos a los antebrazos de Lorenzo. Sólo una vez más clavó Lorenzo la puñalada y lo hizo sin convicción, de modo cobarde. Manaba mucha sangre que caía al suelo, empapaba la ropa y cubrió la mano de Lorenzo hasta el antebrazo. Descubrirse así desorientó a Lorenzo, le paralizó un instante. Suficiente para que Paco lograra hacerle soltar el machete, que cayó al suelo. Paco se lanzó a cogerlo. Antes de que pudiera levantarse, Lorenzo recuperó la radial y cortó sin mirar sobre la espalda de Paco, primero se abrió el traje, luego brotó la sangre.

Paco tardó en morir. Para asegurarse de que no respiraba, le dio la vuelta al cuerpo con el pie. Alcanzó la manguera y limpió las manos y luego las botas y dejó que el agua manara libre junto a su amigo.

Tardó casi cinco minutos en moverse. El coche emitía el monótono aviso de que la puerta estaba abierta. Resultaba humillante la persistencia. Lorenzo la cerró de una patada. Dudaba si Paco estaba muerto pero no podía arrodillarse a su lado, tomarle el pulso, buscarle los ojos. Confió en que así fuera. Guardó su material en la bolsa y renunció a buscar el dinero. No podía

pensar. Nada tenía sentido. Durante un buen rato fue un funámbulo, un hombre sin determinación ni ideas claras, sin plan de fuga. La manguera se movía como una serpiente enloquecida en el suelo encharcado.

Lorenzo arrastró el cuerpo de Paco hasta el interior del coche. Lo tumbó en el asiento trasero. Pensó en salir de allí con el coche, pero le pareció estúpido viajar con el cadáver de su amigo. Al final tomó la manguera y la encajó por una mínima abertura de la ventanilla. El coche comenzó a llenarse de agua poco a poco. Lorenzo lo miraba desde fuera, en mitad del garaje. El interior se convirtió en una pecera inundada, el cuerpo de Paco se sumergió, el agua alcanzó el volante, cubrió la tapicería, el salpicadero, empezó a elevarse por las ventanillas. Cuando comenzó a rebosar por la ventanilla apenas abierta, Lorenzo consideró llegada la hora de irse. ¿Cuánto tiempo había pasado?, ¿listaría alguien de camino en busca de Paco, alertado por la tardanza?

Lorenzo bajó la puerta del garaje y confió en que el lugar se convirtiera en una piscina, en que el agua borrara cualquier rastro del forcejeo. Se quitó el mono y los guantes manchados de sangre, mientras el perro se restregaba contra él invitándolo a jugar. Lo echó todo en la bolsa de deportes. Cruzó el jardín y salió fuera con toda la naturalidad de la que pudo hacer acopio.

En el interior de su coche Lorenzo se quitó las botas y se cambió de ropa. Estaba aparcado tres calles más allá de casa de Paco, a la puerta de otros chalets. En el camino se detuvo para tirar en un contenedor de basura la punta de la radial. En otro, algunos kilómetros más lejos, tiró el cuerpo de la taladradora. Le había costado más de setecientos euros, pero era peligroso conservarla. Luego llegó hasta un descampado y roció de gasolina la bolsa de deporte y le prendió fuego dentro de un contenedor, convencido de que alguien le veía, de que nada de lo que hacía tenía demasiado sentido.

Frente a la comisaría buscaba retroceder en el tiempo, poder saltar hacia atrás, al día antes de asesinar a Paco. Era incapaz de ponerse en movimiento, de mirar hacia delante, mientras la sospecha persistiera sobre él. ¿De qué servía buscar un trabajo si era culpable de un crimen? ¿No era mejor empezar a pagar ya? Y, sin embargo, ¿podría olvidarse de todo? Dejarlo atrás sin ser castigado por ello. La culpa era incómoda, pero lo era mucho más la incertidumbre. Lo piensa desde todos los ángulos y resuelve no volver a la

comisaría.

Camina por la calle, un hombre discute con violencia con una mujer, parecen drogados. La gente mira de lejos, pero nadie interviene. En la parada del autobús hay un cartel con una modelo que anuncia lencería femenina. Alguien ha escrito con un rotulador azul, encima de su vientre: «Mamadas a 10 euros». Tres estudiantes caminan ruidosos por la acera. Un hombre detiene un taxi. En el semáforo, una niña rumana limpia cristales de coches mientras los conductores tratan de eludirla. En su caseta, un vendedor de lotería ciego escucha la radio. Dos mujeres avanzan por la acera, caminan juntas pero cada una sostiene una conversación por su móvil. Lorenzo se siente protegido, reconfortado.

Se acerca dando un paseo hasta la casa de sus padres. Duda si pedirle dinero prestado a su padre, pero le parece una torpeza. Preocuparía aún más al viejo. Traslada el televisor del salón a la habitación de su madre y en el rato que está activo, organizándole la vida a los demás, se siente mejor. Se da cuenta de que el estado de ánimo es una cuestión de energía. Si te paras, te hundes. El equilibrio es una cuestión de movimiento, como esos platos que giran sobre la punta de un bastón.

Usa el teléfono de sus padres para hacer una llamada. Le cuesta dos intentos localizar a la persona que busca. Hola, soy Lorenzo, el padre de Sylvia, la chica del atropello. El hombre al otro lado de la línea cambia el tono de inmediato. Se muestra cordial, como cuando se conocieron en la clínica. Cuando Lorenzo le cuenta la razón de su llamada, el hombre no parece tardar en comprenderle. Para cobrar la indemnización del seguro habrá que esperar un tiempo y Lorenzo no está demasiado seguro de la generosidad del sistema con una chica que cruza de noche, en un paso no señalizado. Está dispuesto a pactar una cantidad para olvidar toda la burocracia. No quiere sonar ansioso ni intrigante. ¿Has pensado alguna cantidad? Lorenzo preferiría no decir nada, no quiere pecar de interesado ni cometer un error de cálculo. ¿Seis mil euros?, dice. Bueno, podemos hablarlo.

Vuelve a casa caminando. El paseo le sirve para fatigarse y sentirse anónimo, libre. La acera está sembrada de hojas amarillas y secas, las mimosas y los plátanos están casi desnudos. Llega en el ascensor hasta su rellano, pero antes de entrar sube por los escalones hasta el quinto y llama a la

puerta de Daniela. Ella le abre, sorprendida. El niño juega en el salón. Este domingo te puedo llevar a El Escorial. Daniela le mira entre divertida y desconfiada. No, no puedo, le dice. Lorenzo se queda callado, este domingo no puedo. Llega el primo de mi amiga de Ecuador y vamos a buscarlo al aeropuerto, a recibirlo. Lorenzo asiente con la cabeza. ¿Tenéis coche? Yo puedo llevaros en mi coche. Daniela busca algo amenazante en Lorenzo. ¿En serio? Pues claro, me encantaría ayudaros. No sé, es muy amable, duda ella. En el rellano arreglan la cita para el domingo. Lorenzo se ofrece para recogerlas en la boca de metro que hay a dos calles de distancia, a las diez de la mañana. Bueno, está bien... Daniela cierra la puerta porque el niño la llama desde el interior. Casi no se despide de Lorenzo. Evita todo flirteo.

20

La sesión resulta humillante. El despacho del director deportivo está en el ala de oficinas del estadio. Ariel sube en el ascensor privado con un viejo empleado del club que apenas habla, boquisumido y cabizbajo. El ascensor supera la parada que conduce al palco. Cuentan que alguna vez, cuando los partidos terminan en bronca o pañolada del público y la grada exige responsabilidades, los directivos toman el ascensor y se encierran en el cuarto de juntas. Allí, mientras resuena la decepción de los aficionados, buscan en el cese de un entrenador la supervivencia de su mando. Así es el fútbol, piensa Ariel. El poder consiste en que antes de tu cabeza siempre haya otras por cortar. En la sala le esperan Pujalte, el entrenador y otros dos directivos a los que apenas conoce. Una secretaria les ha traído una jarra de agua y tres vasos.

Habla primero el entrenador, que hace una exposición exenta de entusiasmo, dominada por los tópicos habituales: lo que es mejor para el equipo, el interés general antes del particular, entendemos lo que significa, pero tú has de entender al aficionado. Todo ha comenzado un par de días antes, cuando Ariel recibió la llamada de Hugo Tocalli, el entrenador sub-20 argentino que le convoca para los partidos de la fase clasificatoria del Mundial de selecciones jóvenes. Ariel jugó con sus compañeros un partido anterior y fue dos veces internacional con la sub-17. Sabe que jugar el Mundial de Holanda en junio sería una oportunidad única. La albiceleste viene de ganar el oro olímpico en Atenas y en el anterior Mundial sub-20 en los Emiratos Árabes perdieron en semifinales con Brasil en un partido que le hizo llorar ante el televisor. Me estás hablando de un campeonato juvenil, para muchachos, de un pasatiempo, arranca Pujalte. Ahora no podemos perderte en cuatro partidos fundamentales para nosotros. Y mandarte a una eliminatoria a

Colombia para que destaque entre las promesas. Para Ariel se trata de un compromiso que no quiere perderse, un campeonato internacional, una confirmación de su proyecto como jugador, es un peldaño indispensable en su progresión. La mayoría de los días que sacrificaré son mis vacaciones de Navidad. Pero Pujalte niega con la cabeza, aquí hay que decidir entre profesionalidad o placer, repite Pujalte. Tienes que olvidarte ya de tu país, ya no eres más el Pluma Burano, ¿eh? Es hora de crecer, has venido a España a crecer, joder, a hacerte mayor, no a jugar con los juveniles. Piensa en las lesiones, es lo único que añade Requero, el entrenador, con la mirada baja mientras hace jugar un bolígrafo entre los dedos. Una lesión ahora sería una catástrofe.

Ariel echa de menos a Charlie. Alguien que hable con autoridad, que pegue un puñetazo en la mesa. Que defienda sus intereses personales sin miedo, al menos lo que estaba pactado por contrato, el permiso para acudir a los llamados de la selección, incluidas sus categorías inferiores. Él insiste en la importancia, en su motivación. Pero el club no va a darle el permiso. La nacional va a reclamarme y tiene todo el derecho, la Federación obliga a los clubes a ceder sus jugadores, trata de explicar Ariel. Pujalte le interrumpe, pues claro que obliga, de eso estamos hablando, tu renuncia tiene que ser voluntaria. La grada apreciará tu gesto, tu sacrificio. Podría ser la forma de que te ganaras a los aficionados, que vencieras las reticencias. La palabra elegida, reticencias, mortifica a Ariel. No responde, sabe que todo está perdido, pero le sorprende que Pujalte encuentre en este momento una oportunidad de recordarle las críticas del público, los silbidos cuando es sustituido, la falta de entusiasmo general en torno a su fichaje. Aún escucha una retahíla de justificaciones superficiales. Sabe que no es más que poder, si se encontrara en la cima del triunfo, reconocido por todos, podréis exigir. Ahora no, es otro su lugar. Hay que aceptarlo.

El último partido había ido mejor. Le hicieron un penalti que significó el triunfo, pero sobre todo había estado activo, incisivo. Hasta el momento, su mejor fútbol. Hablaba con Buenos Aires todos los días y la cercanía de la Navidad parecía animarle. Pronto nos veremos, le decía Charlie. Dentro del equipo había intimado con un par de jugadores. Osorio y un volante lateral llamado Jorge Blai que estaba casado con una modelo. Él le puso en contacto

con un representante de gente famosa, un tipo divertido y lenguaraz que se llamaba Arturo Caspe, que le invitaba a fiestas y le había conseguido un par de ofertas divertidas. Le pagaron seis mil euros por jugar una partida de playstation contra un defensa del equipo rival para presentar a los medios un juego nuevo de ordenador y otros tres mil por acudir a una fiesta que patrocinaba una marca de relojes italianos. Ronco le acompañó en alguno de esos actos y le señalaba lo que él definía como la cutre aristocracia de la noche madrileña. Gente que sale en televisión, comparte con el espectador: sus relaciones sentimentales, sus rupturas, sus cambios de humor, sus cambios de peinado, incluso sus cambios de tamaño de pechos o labios, y recibe en contrapartida un oscilante sueldo, siempre en función del grado de descabello social al que se someta. Aunque era Ronco el que más parecía disfrutar en esas salidas glamurosas, se hinchaba a cervezas y canapés y de vez en cuando salvaba a Ariel del interés de alguna vampira de famosos. Sí, en lugar de chuparte la sangre te chupan la polla, le explicaba, pero el precio suele ser más elevado que irte de putas.

El día en que acudieron a la inauguración de una discoteca, se ha inaugurado cuatro veces este año, pero con distintos nombres, a Ariel se le acercó una mujer llamativa, parecía reconstruida por un erotómano enloquecido. Pechos imposibles, labios hinchados, pómulos remarcados, cintura diminuta. Ronco le apartó de su simpático abrazo. Ésta viene con su fotógrafo. Primero dice que sólo sois amigos, luego que estáis liados, luego que la has dejado, luego que le echaste seis polvos en una noche, luego que te engañó con otros y luego cuenta cómo tienes el rabo en un programa de tarde. Cada capítulo por un módico precio. Si te apetece meterla, antes pídemela autorización. Así que Ronco, en la distancia, asentía con la cabeza o negaba cada vez que Ariel iniciaba una conversación con alguna mujer.

Ariel pasó tres noches divertidas con la hija de una veterana modelo, una preciosa rubita multiorgásmica que parecía un clon veinteañero de su madre y que gritaba tanto al correrse que en lugar de agujetas en los riñones a la mañana siguiente te dolían los tímpanos; luego se acostó con la camarera de un local de moda en el despacho del gerente, y ocupó otras dos o tres noches con mujeres accidentales a las que Ronco catalogaba de larras o desesperadas, según su peculiar manera de hablar. La noche es muy traidora, tengo un amigo

que decía nunca me he acostado con una mujer horrible, pero me he despertado al lado de cientos.

A Ariel no le agradaba demasiado el humo, la nocturnidad, el alcohol y las chicas que sólo se sentían atraídas por famosos. En esos locales había una especie de cruce de intereses, una falta de autenticidad bastante crispante y la amenaza del cotilleo, que tu nombre ocupara los miles de horas de radio y televisión dedicadas a hablar de quién sale con quién, quién se acuesta con quién. No era demasiado diferente de Argentina, él también había sido presa de las portadas de *Paparazzi*, *Premium* o *Latinlov*, donde alguna chica que posaba desnuda citaba su nombre como una de sus múltiples conquistas. En torno a él sentía la presencia de seguidores, gente que se desvivía por presentarle a alguien, que quería invitarle a un estreno, a una fiesta privada, a un desfile de moda. Le llegaban ofertas para usar un gimnasio en el centro, una colonia, unas gafas de sol. Jorge Blai le decía hay que aprovechar nuestro momento, luego nadie se acordará de nosotros.

El chalet vacío no le ayudaba a sentirse bien. Durante la noche veía películas en el dvd, escuchaba música o se conectaba a internet, donde leía la prensa argentina o intercambiaba saludos con amigos de allí. En algún arrebato de nostalgia se escribía con Agustina. En un momento de debilidad estuvo tentado de invitarla a venir a pasar una semana en Madrid. Empezaba a conocer los sitios donde hacerse con comida argentina, con cedés argentinos, con revistas argentinas, donde tomarse un mate y charlar un rato con un profesor de universidad o un publicista de allá que lo reconocían.

Había intimado con Amílcar, un mediocampista brasileño que estaba en la decadencia de su carrera, pero que parecía entender el circo del fútbol a la perfección. Vivía en un chalet en una zona exclusiva. Había conocido a su mujer, una belleza de Río de Janeiro que fue Miss Pan de Azúcar en 1993, año en el que él jugaba en el Fluminense. Tenían tres hijos. Fernanda levantaba la voz y se malhumoraba de una manera cómica, más italiana que brasileña.

Comieron en el porche acristalado de su casa, un día en que golpeaba el sol. Fernanda estaba tostada, el pelo rubio. Me encanta el clima de Madrid, le decía a Ariel. Cuando llegamos hace seis años ésta era una ciudad sucia, agresiva, fea, pero con mucho encanto. Aquí todo el mundo te habla, es amable, divertido. Pero ahora va a peor, es el mismo caos, pero la gente ya no

tiene tiempo de ser encantadora. Todo se ha acelerado. Amílcar negaba con la cabeza. Ni caso, ya sabes cómo son las mujeres, las tratan bien en la peluquería y Madrid es maravilloso; no les ceden el paso en un cruce y Madrid es horrible. Él pronunció *horribel*.

Fernanda trató con familiaridad a Ariel, como si fuera un hermano pequeño. Acababa de cumplir treinta y tres años y le confesó que estaba deprimida por algo que pasó dos semanas atrás. Estaba la mujer peruana que cuida de los niños y llegaron unos tipos con un camión del supermercado. En cinco minutos robaron la casa entera. Los aparatos, las joyas de mi familia, hasta la tele de los niños, fue espantoso. Y lo peor es que golpearon a la pobre mujer. ¿Te imaginas? Tiene cincuenta años y la patearon en el suelo. Querían saber dónde estaba el dinero, la caja fuerte, no sé... La pobre lo pasó tan mal. Al parecer eran colombianos, me lo dijo la policía, porque en el cuarto de Gladys había una imagen de Cristo y le habían dado la vuelta, parece que hacen eso para que Dios no los vea, no sé. Qué bestialidad.

Amílcar y ella discutían con encanto, casi como una pose para Ariel. Lo que pasa es que cuando llegamos a Madrid la gente le decía piropos, y ahora se siente vieja porque no le dicen nada. Ella lo negaba, qué va, los latinoamericanos son muy deslenguados. Te silban desde los andamios, te dicen cosas fortísimas, los españoles antes decían cosas más rebuscadas, recuerdo un tipo bajito, cabezón, calvo y con bigote, me lo cruzo por la calle y me susurra: señorita, yo con su menstruación me haría infusiones, pero lo dijo muy respetuoso, como quien te felicita las navidades. Amílcar contaba que en dos años se retiraría para tratar de quedarse en el cuerpo técnico del equipo, pero Fernanda quería volver a vivir en Brasil. Estoy harta de fútbol, ¿es que no hay otra cosa en el mundo? Echo de menos Río, echo de menos estar rodeada de mar y playa.

Ariel acompañó a Amílcar en el cuatro por cuatro a buscar a sus hijos al colegio británico donde estudiaban. El acceso estaba colapsado, coches aparcados en doble fila. Los niños atravesaron la puerta con uniforme verde y un escudo en la chaqueta con relieve dorado. Por un rato Ariel se sintió a gusto como si formara parte de la familia.

Ariel jugó al fútbol en el jardín con el chico mayor y se fue antes de que terminara la tarde. En una de las calles de la urbanización había una plaza

llena de comercios. Se detuvo frente a una floristería y envió un mensaje a Sylvia para pedirle su dirección. Encargó un ramo de flores al empleado dominicano que atendía el local. Habían pasado semanas desde el accidente y sólo había contactado con ella por el móvil para interesarse por su estado en una ocasión. Él le mandó ánimos, pero ella no continuó el intercambio de mensajes, le respondió con algo escueto y más bien cortante. Ariel entendió que no debía de tener una imagen demasiado buena de él, alguien que la atropella y deja que sean otros los que carguen con la culpa, los que la lleven al hospital. Tenía todo el derecho a despreciarle. Sylvia respondió el mensaje al instante. Su dirección y al final un irónico: «¿Vas a venir a firmarme la escayola?».

Dictó la dirección al empleado de la floristería y le pidió un sobre para enviar una nota. ¿Qué tipo de sobre?, preguntó el hombre. ¿Amor o amistad? Ariel levantó las cejas con sorpresa. El dominicano le mostró los diferentes tipos, decorados con lacitos, ilustrados con flores y cenefas. Es para una amiga, le explicó Ariel. Le tendió un papel y un bolígrafo. Ariel no acertaba a escribir nada, con la mirada de rana del empleado clavada en su nuca. ¿Qué?, ¿no se te ocurre nada bonito? Tenemos tarjetones con mensajes ya escritos. ¿Quieres verlos? Ariel se encogió de hombros y fue entonces cuando tuvo una idea.

Al salir de la floristería corrió hacia el coche. Una mujer policía le estaba colocando una multa en el parabrisas. Perdone, lo siento, es que entré a comprarle flores a una amiga que tuvo un accidente. La mujer policía, sin levantar la vista hacia él, le respondió pues que se mejore. Y avanzó para multar a un coche unos metros más adelante. No es usted muy amable, le dijo, retador, Ariel. No me pagan para ser amable. Yo creo que sí, que también le pagan para ser amable. La mujer levantó la cabeza hacia él. ¿Qué eres, argentino? Pues no sé si en Argentina le pagan a la policía para ser amable, pero aquí te aseguro que no, y la mujer zanjó la conversación. Ariel se subió al coche después de romper el papel de la multa, pero antes de salir del lugar un policía tocó su ventanilla. ¿Usted es el futbolista? Ariel asintió, sin entusiasmo. El policía dio la vuelta a su cuaderno de multas y le pidió un autógrafo para su hijo. Para Joserra. Yo también me llamo Joserra, José Ramón. Ariel firmó de prisa, un garabato y un «suerte». Su compañera no es

muy simpática. El policía no pareció sorprendido del comentario. ¿Te ha multado? Perdónala, es que a su marido le han detectado un tumor en el colon hace tres días y lo está pasando fatal. En dos días se ha pulido tres talonarios de multas. Ariel vio que la mujer policía rellenaba otra multa en la misma fila de coches. El policía volvió a hablarle. Total, con la pasta que ganáis no creo que una multa os preocupe mucho, ¿no? Ariel respondió con media sonrisa y se alejó de allí.

Al terminar la reunión con Pujalte y Requero, Ariel recorre las oficinas. A esa hora hay mucha actividad. Despachos con el ambiente cargado, el lejano ruido de un fax, secretarias que teclean en ordenadores, timbres de móviles. Sólo se distingue la dedicación del lugar al fútbol por las fotos de jugadores míticos que adornan el pasillo y algún trofeo diseminado en urnas, detalles que recuerdan que no es una empresa comercial cualquiera. Preparamos un comunicado de prensa donde se anuncia que renuncias voluntariamente para no perjudicar al club, le ha propuesto Pujalte, que ahora tu obsesión es rendir con el equipo. Al aficionado le sonará a gloria, verás. ¿Quieres añadir algo especial? Ariel negó. Y sí, está bien así.

Marca el celular de Charlie en Buenos Aires pero a esa hora está aún desconectado. Calcula que allí deben de ser las siete de la mañana. Sólo conoce a una persona que madrugue tanto, que a esa hora esté ya despierto desde hace rato. Cuando se sienta en su coche marca el número de casa de Simbad Colosio. La voz del Dragón responde al otro lado de la línea. Soy Ariel, el Pluma. ¿Cómo estás, gallego? ¿Qué hora es allá? Ariel consulta su reloj nuevo, enorme, regalo de la marca italiana. Es la una. ¿Pasó algo en el entreno? ¿Estás bien, querido? Ariel guarda silencio, escucha la respiración del viejo al otro lado de la línea. Todo bien, quería hablar con alguien en casa, pero el único que conozco que madruga tanto sos vos. Le explica que el club no le permite viajar con la sub-20. Lo hace despacio, no quiere mostrarse frágil ante él. Podría forzarles, pero acá las cosas no van tan bien y no puedo hacer lo que se me cante.

Bueno, le escucha decir. Aún no vieron brillar tu pierna izquierda, ¿no? A ratos, responde Ariel. A la gente hay que bancársela. Si no... ¿Venís por Navidad? Espero que sí. A ver si nos vemos entonces. Hay una pausa larga, Ariel intuye que no le dirá nada más, pero le calma oír la cadencia del

respirar del Dragón.

¿Te acordás de aquel ejercicio que les obligaba a repetir a los delanteros? ¿El del neumático? Ariel lo recordaba. Había que chutar con precisión para que la pelota entrara por el agujero de una rueda de coche colgada de una cuerda al travesaño de la portería. Cada vez desde más lejos y cada vez más rápido. ¿Te acordás que al principio siempre les parecía imposible?, pero después siempre se encontraba el hueco, vos por lo menos siempre lo encontrabas.

El viejo parece que ha terminado de hablar, pero de pronto añade es siempre igual, al principio parece imposible, pero luego... Ya. Ariel quiere decir algo, pero le espantaría que el Dragón lo encontrara afectado. ¿Alguien te dijo que esto era fácil? No espera una respuesta. Vos ya sabés, no es fácil.

No es fácil.

Segunda parte
«¿Es esto amor?»

1

Para evitar las escaleras del instituto, Sylvia utiliza el ascensor de profesores. Esta mañana, al llegar, se ha subido a la carrera don Octavio, el de matemáticas, siempre estirado, le falta la movilidad en el cuello le obliga a volverse de cuerpo entero para mirar hacia los lados. Al ver la escayola le ha preguntado ¿cuánto tiempo tienes que llevarla? Un coñazo, creo que me la quitan en una semana. Ah, lo mío es peor, es para siempre. Y se ha señalado el cuello agarrotado. ¿Fue un accidente?, le preguntó Sylvia. No, es una cosa llamada enfermedad de Bertchew. Supongo que cuando el señor Bertchew fue al médico y le dijeron que sufría la enfermedad de Bertchew se quedaría bastante acojonado, ¿no? Se rió él solo, Sylvia le acompañó con una sonrisa tardía. Se bajó en la planta anterior a ella. Pasa un buen día. Usted también.

Durante el recreo Sylvia permanece en el aula. Mai se ha sentado sobre su mesa y apoya las botas en el filo de la silla de Sylvia. El talón de la escayola reposa en un pupitre cercano. Sylvia ha logrado una soltura notable con las muletas. Se apoya en ellas cuando está de pie, detenida, con el pliegue de la rodilla en el asa, las reúne al sentarse como si fueran ligeras, pesca su mochila del suelo sujetándolas por el extremo inferior y por la calle aparta algún papel o lata abandonada en la acera como si jugara al hockey. La inactividad le ha dado tiempo para estar sola. Sus días, antes del accidente, dependían casi en exclusiva del horario de clase, de los planes de Mai. Volvían juntas del instituto, quedaban por las tardes, iban a su casa, se encerraban en la pocilga a oír música o se sentaban en el portal a charlar.

Las últimas semanas, en cambio, habían tenido algo de retiro. Se tumbaba en la cama con los auriculares y la vista fija en las estrellas adhesivas fosforescentes que había colocado años atrás, cuando el techo de su habitación

aspiraba a no tener límites. Había leído por primera vez en su vida por el gusto de seguir una historia, de involucrarse en lo ajeno. Había vencido esa ansiedad que en otros intentos por leer siempre la arrastraba hacia sus propias preocupaciones. Terminó la novela que Santiago le había regalado en seis días de lectura prolongada, a veces hasta que un ojo se le enramaba y la hacía sentir un roce de arenilla al parpadear. Luego buscó en las estanterías del despacho de casa, leyó primeras líneas de otras novelas y en un error fatal le preguntó a su padre ¿qué me puedo leer? Veinte minutos anduvo Lorenzo a tumbos entre los libros, de propuesta en propuesta, con entusiasmo confuso, hasta que le tendió un grueso novelón escrito por una mujer, yo no lo he leído, pero a tu madre le encantó. Pilar siempre llevaba un libro en el bolso para leer camino del trabajo.

Cuando Sylvia habló por teléfono con su madre le dijo que se había terminado la novela que Santiago le había regalado. Ese fin de semana, cuando vino a visitarla, Pilar le trajo otro libro, de parte de Santiago. Te lo ha dedicado, a él le daba vergüenza pero yo insistí. Sylvia lo abrió por la primera página. «A veces un libro es la mejor compañía». Tiene una letra rara, pero bonita, le dijo a su madre.

El primer día de la vuelta a clase la rodearon los compañeros. Alguna hasta le dio dos besos. Le firmaron la escayola, unos, como Nico Verón, con obscenidades: «¿Qué tal se folla con escayola?»; otras, como Sara Sánchez, con cursilería: «De una amiga que te ha echado de menos»; y alguno con surrealismo sobrevenido, como Colorines, que escribió: «arriva España». Esa primera mañana la escayola terminó como un mural de grafitis, lleno de firmas de quinceañeros. Dani también se acercó a la clase y hablaron un rato en presencia de Mai, hasta que él se atrevió a proponer si quieres voy una tarde a hacerte compañía. Cuando quieras, respondió Sylvia. Dani se fue y Mai soltó su diagnóstico. Éste está colgado de ti.

Dos días después, Dani la visitó en casa. Sylvia tardó en abrir, su padre se acababa de marchar. Dani se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el mueble. Sylvia se tumbó en la cama, reclinada. Hablaron de las clases, de algún concierto cercano, de alguna película reciente. De la paliza que dos skins le habían dado al Erizo Sousa el viernes pasado. Dani trajo dos cervezas de la nevera y Sylvia le preguntó ¿te gusta el fútbol? Dani se sorprendió por la

pregunta. Sólo las finales, dijo luego. Cuando alguien pierde y lloran por el suelo y ya no parecen todos tan chulos y tan seguros de sí mismos. Sylvia había visto anunciado en televisión que esa tarde el equipo de Ariel jugaba en Turquía. Se quedaron en silencio y Dani dijo de pronto me he comido mucho el coco con lo del día de tu cumpleaños. Perdona, fui una imbécil. No, yo me sentí ridículo, dijo él. ¿Por qué? No sé.

Después de una pausa, Sylvia golpeó el colchón a su lado. Ven, sube. Dani tardó en acomodarse y al sentarse junto a ella rozó su cuerpo. Sylvia le dirigió para que se tumbara sobre ella. Se besaron durante un largo rato, él se sumergía bajo su pelo, al respirar le humedecía el cuello. Sylvia posaba sus manos sobre la espalda de él. Sus cuerpos se movieron acompasados, él con cuidado de no desplazar la escayola ni cargar todo su peso sobre ella. Sus entrepiernas comenzaron a frotarse. Sylvia notó la excitación de él a través de la ropa. Dani le subió la camiseta hasta el cuello y le besó los senos, que sacó del sujetador. Sylvia estaba incómoda con la camiseta enredada en su cuello y el elástico del sujetador bajo las axilas, pero le excitaba la fricción y algún mordisco húmedo de él. Sylvia sumergió su mano bajo el pantalón de Dani y le recorría el culo con las uñas. Hacían el amor vestidos, sin detenerse. La ropa los protegía. Sylvia, con una presión intensa de sus muslos, aferraba a Dani cuando se derramó con un estertor.

Se rieron de la mancha húmeda de él en torno a su bolsillo. Con el abrigo no se notará. ¿Quieres lavarte?, le dijo Sylvia. No, mejor me voy. No tardó en irse. Sylvia se dio cuenta del cambio que experimentaba Dani después de correrse. Pasaba de un ardor irrefrenable a una fría incomodidad. Era como si aterrizara en la realidad con una sacudida brusca. Pasaba de flotar inerte a tener conciencia de dónde estaba, de qué había ocurrido, de quiénes eran, de que la tierra giraba sobre su eje y de que en Canarias era una hora menos. Ella no. Sylvia hubiera querido quedarse un rato entrelazada, que él enredara un dedo en su rizo favorito, que la besara aunque la saliva tuviera un gusto menos cálido tras el orgasmo. Pero se había quedado a solas sin apenas darse cuenta.

Su padre regresó tarde y la encontró leyendo. Reparó en que era un libro diferente al de su laboriosa recomendación. ¿No tienes sueño? Olía a humo y a fútbol entre amigos. ¿Quién ha ganado? Nosotros, dijo Lorenzo. ¿Y el argentino ese que tan mal te cae, qué tal ha jugado? Bah, no ha estado mal.

Sylvia terminó un capítulo antes de quedarse dormida.

Al día siguiente Dani no era capaz de sostenerle la mirada, se sentó con Mai y con ella un rato en la clase y desapareció antes de que terminara el descanso. Sylvia tuvo entonces ganas de decirle tranquilo, no estoy enamorada de ti, pero quizá él ya lo sabía. Sylvia se sentía de nuevo estúpida por la escena, pero calmada, sin ganas de profundizar en la relación.

Ahora, Sylvia escuchaba a Mai contarle los últimos percances de la relación con su chico. Mateo quería sumarse a una marcha antiglobalización en Viena y le había pedido que le acompañara. Puede ser romántico, ¿no? Un viajecito juntos, Silvia no dice nada. Está pensando en Ariel.

La tarde anterior, después de semanas, había recibido un mensaje de él. Le pedía su dirección. Sylvia se la envió y luego volvió a cambiarse de ropa. Creyó que él se presentaría en la casa. Se mantuvo en tensión más de dos horas, se cambió seis veces de camiseta para decidirse al final por un grueso jersey con el sujetador. Decidió que tenía el pelo sucio y se hizo la coleta tantas veces que le dolían las muñecas. Cuando sonó el timbre estuvo a punto de gritar.

Tras la puerta apareció un peruano que sostenía un ramo de flores. Sylvia le firmó el recibo de entrega con un garabato decepcionado y se quedó a solas con el ramo. Lo dejó sobre la mesa. Había un sobrecito con su nombre y dentro una tarjeta: «Acéptalo, por favor, con un millón de excusas y un beso. Ariel». A su lado, doblado por la mitad, un cheque por valor de doce mil euros. Sylvia se dejó caer en el sofá. El ramo era enorme, excesivo, impersonal. El roce del jersey sobre la piel la excitaba. Rompió el cheque en pedazos tan diminutos como el confeti y lo dejó caer en el cenicero con ánimo de fin de fiesta.

Algo después le envió un mensaje: «Las flores son preciosas, el cheque lo he roto. No hacía falta». Apenas un segundo después sonaba su teléfono. ¿Estás loca? Tenés que aceptarlo, es lo mínimo que puedo ofrecerte. Sylvia le interrumpió. Deja de sentirte culpable conmigo. Fue un accidente y ya está. Ariel dijo algo del seguro, pero Sylvia no le dejó continuar. Tu amigo se ha ocupado de todo. Eso me ha dicho mi padre. Lo han arreglado entre ellos. Aquel tu amigo sonó feo, duro. Hubo una pausa, que Sylvia rompió. Ni siquiera me has invitado a verte en un partido. Ariel le preguntó si le gustaría.

Ella dijo sí. Mejor que un cheque. Capaz que creí... Ya, ya sé lo que creiste que a lo mejor se me ocurría aprovecharme de que eres famoso y sacarte la pasta. Pues no, ya puedes quedarte tranquilo.

Al otro lado de la línea sólo se escuchó la respiración de Ariel. Este domingo jugamos acá, le dijo. ¿Te dejo dos pases? ¿Dos te va bien? Sí, asintió Sylvia. ¿Y si marcas un gol me lo dedicarás? Ariel se rió. No creo que marque. Pero si marcas cómo sabré que me lo dedicas. No sé, pero ya te digo que no creo que marque. Podrías levantar los cinco dedos en el aire, por las cinco semanas que me voy a pasar con la puta escayola. Hecho. Las flores son bonitas sí ¿las elegiste tú o en el club también hay un empleado que es el que se dedica a elegir las flores?, preguntó ella.

Al cortar la comunicación Sylvia sintió un extraño poder. Siempre había sido la menor del grupo, acostumbrada a dejarse mandar, organizar, con amigos más mayores que imponían su autoridad. Sobre Ariel llevaba la iniciativa. Se permitía despreciar su cheque, bromear, mirar con ironía el ramo de flores. Un ramo de flores.

Por la tarde, le llevó el ramo de flores a la abuela Aurora. Son preciosas, tu abuelo antes solía traerme flores cada domingo, de una gitana que se ponía junto al kiosco. Pero se fue la gitana y se acabaron las flores, ya ves.

Sylvia volvió con su padre a casa. Mientras él conducía le dijo me han pasado dos entradas para el fútbol este domingo, ¿quieres venir? ¿Contigo?, preguntó él, extrañado. Sí, conmigo. ¿Y quién te las ha dado? ¿Quieres venir o no? Sylvia sonrió sin mover un músculo de la cara.

Cuando el tiempo de recreo acaba y el aula se llena de nuevo, Mai se arrastra perezosa lejos de su amiga, rumbo a la clase, que está en el piso superior. Luego te acompaño a casa. Sylvia reacomoda su escayola para dejar paso entre los pupitres. Nadia le ofrece el último mordisco de un bollo. Colorines más que sentarse se derrumba en su asiento con un bufido de sopor anticipado. El profesor de ciencias entra y cierra la puerta tras de sí, aunque aún faltan por llegar dos o tres rezagados. ¿Qué tal?, pregunta desde su mesa. Pero nadie responde.

2

Algunas veces seguía a una mujer hermosa que se cruzaba por la calle. A quince pasos de distancia degustaba su andar, su contoneo, sus formas, su prisa. Especulaba con su edad, su tipo de vida, sus relaciones familiares, su empleo, fija la vista en el pelo ondulado sobre el cuello o al acecho de un perfil. Le bastaba compartir con ellas una misma dirección para conocerlas, acompañarlas varias calles para hacerles el amor. En ocasiones se perdían en un portal, en un coche, descendían a la boca del metro o entraban en un comercio y Leandro aguardaba en la acera de enfrente como un enamorado paciente. A veces había seguido a una mujer por los corredores de El Corte Inglés, incapaz de determinar lo que buscaba, y la estudiaba a través de los estantes, planta tras planta, y saboreaba su rostro dibujado con ese aire ausente de alguien que compra sin saberse mirado. Se conformaba con apreciar la armonía de unos labios, el roce de un jersey sobre la forma del seno o el velo y desvelo de una rodilla en juego con la falda. Terminaba a veces en un barrio extraño donde la mujer se besaba con un hombre o se unía a otro grupo de mujeres, después del trayecto en autobús tras la estela sensual que desaparecía de pronto al socializarse ella, al terminar su estado de soledad.

Mirar era admirar. Mirar era amar. Pero nunca el sexo obsesivo se había adueñado de Leandro como ahora. Nunca se había sentido dominado por el instinto, incapaz de controlar el deseo. Nunca había asistido a su pulsión sexual mañana, tarde y noche. El sexo a todas horas. Bastaba el destello de un objeto para devolverle el brillo de la piel de Osembe o un volumen para traerle sus muslos musculados o el leve balanceo de la materia viva para recordarle sus senos o el rosado intenso pintado en cualquier lugar para sugerir las palmas de sus manos. Cualquier accidente era sexo. Cualquier

gesto era sexo. Cualquier oscilación era sexo. El redondeo de una fría cacerola, la forma de una botella posada en la mesa, el envés de una cuchara. Sexo. Sexo al despertar excitado, a solas en su cama. En la ducha de la mañana que le recordaba la ducha rápida del chalet antes y después de hacer el amor. Sexo al mediodía cuando se aproximaba la hora habitual de acudir a su encuentro. Sexo a la noche cuando volvía a su cama arrepentido de todo pero el tacto de las sábanas lo excitaba de nuevo.

El miedo era sexo también. La falta de dominio. La obsesión. La vergüenza era sexo. La caída le excitaba. El precipicio que intuía tras su persecución incomprensible de un placer que no le correspondía y sin embargo gozaba cada tarde. Cada tarde porque después de las dos primeras semanas en que a cada encuentro le seguían al menos cuarenta y ocho horas de angustia, arrepentimiento y ensayo de olvido, las defensas se habían venido abajo. En la última semana sólo faltó un día. Sábado y domingo también acudió. Pese a la lluvia persistente de la última semana de noviembre que arrastró la contaminación y la suciedad de la calle hasta dejarla destellante a la luz de los faros. A las seis de la tarde, puntual como un empleado, llamaba al timbre de la puerta metálica que se le abría con un gruñido.

Osembe le recibía en ropa interior un día, vestida de calle otro. Cambiaba la ceremonia de desnudarse, pero el proceso era el mismo. El viejo cuerpo de Leandro asediando la fortaleza de ella. En Benin trabajaba en un puesto del mercado y los fines de semana solía divertirse en la playa. Allí había empezado a ganar un dinero extra por subir a las habitaciones de turistas o por acompañarlos a las discotecas. Explicó a Leandro que el primer español al que conoció fue un ingeniero que trabajaba para una ONG. Andoni, muy borracho, pero me trataba con amor. Él le habló por primera vez de España. Trabajaba en el Delta, en un proyecto de renovación ecológica y descontaminación, pero cada vez que estaba en Benin se encontraban. Su hermana tenía un negocio de artesanía africana en Vitoria y Osembe le ayudaba a conseguir un buen precio por piezas que cargaba en un enorme contenedor una vez al mes. Al llegar a Madrid lo llamé. Le vi un día, explicó Osembe. Me dio un poco de dinero y luego me pidió que no lo llamara más. Tiene novia aquí. También conoció a un español del consulado en Lagos, un guardia civil que le regaló una camiseta del Real Madrid para su hermano pequeño y unos

pendientes para ella. Follábamos dos días a la semana en el Solitel Ikoyi. Los españoles son muy cariñosos.

En ocasiones Osembe pronuncia un nombre: Festus. Leandro le pregunta, pero ella nunca precisa. Es quien la trajo a Madrid. Pero nada más. Si Leandro pregunta ¿tienes chulo?, ella se ríe, como si fuera una pregunta ridícula. Aquí voy a mitad con la casa. ¿Es tu novio? ¿Te vas a casar con él? Más risa. No, con él, qué horror. No, ya te dije, los africanos no son buenos maridos. Leandro la interroga por las pulseras doradas, por los anillos, el collar que se cierra en torno a su cuello y que a veces se quita con delicadeza y posa en la mesilla. Me gustan las joyas, dice, pero nunca reconoce que sean regalo de alguien. Yo gano mi dinero. También cambia de peinado con frecuencia, cuenta que pasó catorce horas de su día libre para que una amiga le hiciera las trenzas. La ropa interior es elegida, de colores llamativos, a veces a juego con las uñas de fantasía que terminan quebradas y sin brillo.

Entra en el cuarto de Aurora con una infusión de manzanilla que humea en la taza. Le pone azúcar y mermelada a la tostada que ella tomará con minúsculos bocados. Leandro acaricia el mechón blanco con destellos grises que cae hacia un lado de la cara de su mujer. Ayer vino su nieta y lavó el pelo de Aurora en una palangana de agua humeante sobre el colchón, con un masaje relajante de sus manos delicadas, y hoy el pelo brilla al contacto de la luz. Tengo que ir al banco, le dice. Luego subo a leerte. Abandona el cuarto después de sumirlo en la zarabanda alegre de un capricho de Mozart que emite en ese instante la Radio Clásica.

En la calle le recibe un sol intenso que no aplaca el frío. Un barrendero fuma un pitillo junto al cubo, la pala y el cepillo de cerdas. Lee un periódico deportivo arrugado que ha perdido el color y escupe un esputo verde en la calzada. En la avenida ya han colocado los adornos luminosos de Navidad. Cada vez antes, comenta alguien todos los años. Recorre los escaparates de las sucursales bancarias. Alcanza a ver a los empleados atareados en sus despachos entre paneles con anuncios de ofertas económicas presentados con imágenes amables y clientes que esperan como peces en urnas sin agua.

Días atrás se encerró con Osembe y dos chicas más, una recién llegada de Guatemala con un trasero enorme y unos preciosos ojos tristes y una valenciana, a la que ya conoció el primer día, y que le explicó que era la más

antigua del chalet. Se acababa de aumentar los pechos y los exhibía firmes, plásticos, y se derramaba *champagne* por ellos durante la fiesta que organizaron. Leandro se fijó en el crucifijo de ella, dorado, tan fuera de lugar que resultaba cómico en esa nada solemne ceremonia que se alargó casi tres horas. Desnudo entre aquella carne en plenitud, acariciado por manos distintas, voces susurrantes de tres continentes, sonrisas limpias, se creyó por un instante rey del mundo. Vaciaba su copa sobre la piel de las chicas y luego lamía sus cuerpos. Borracho y algo febril, Leandro salió al frío de la calle, convencido de que la espiral que lo engullía era una reacción contra la vida moderada y formal que había llevado. Esa tarde pagó el exceso con la tarjeta de crédito. Tres días después recibió la llamada de su banco. Una voz femenina de heladora amabilidad le dijo que los fondos habían sido cubiertos por la entidad, aunque superaban su saldo, por lo que era urgente que pasara por la oficina para reponer las cantidades. Era casi la hora de cierre y en voz muy baja Leandro respondió, mañana mismo, mañana mismo iré.

Leandro aguarda en la fila frente a la caja mientras una anciana trata de poner al día su cartilla, sin apenas vista, con confianza ciega en la amable señorita que le enuncia el saldo. El director de la sucursal toca el hombro de Leandro y le saluda con cordialidad postiza. Lo invita a su despacho y al ofrecerle una silla dirige una señal a otra de las empleadas. Hablan de la Navidad cercana, del clima, de la sierra al parecer ya cubierta de nieve, mientras Leandro piensa que, de ser un animal, el director sería un mosquito, desconfiado y nervioso. Cuando pregunta a Leandro por su mujer, la conversación se torna grave. Mal, la verdad, no sé si sabe que se partió la cadera hace un mes... Vaya por Dios, no sabía nada, ¿cómo se encuentra? Pues bastante floja, dice Leandro, y deja que la pausa se alargue, la recuperación está siendo tan larga y problemática.

Leandro le explica que Aurora tiene que volver a aprender a andar, como si fuera un niño, pero que las fuerzas no le responden. El otro día se empeñó en incorporarse pero fue incapaz. No puede sostenerse. El médico que la visitó aquella mañana quiso ser tranquilizador. Es un proceso normal, necesita reposo. Pero Aurora se vino abajo, esa misma tarde le susurró a Leandro, sería mejor que me muriera ahora. Leandro la tomó de la mano y le acarició la cara. Le habló durante largo rato y eso pareció animarla.

La empleada posa ante los ojos del director un extracto de los últimos movimientos de la cuenta de Leandro. La alarma que se dibuja en los ojos del director es desactivada por Leandro. Mi mujer se está muriendo, mi obligación es gastar hasta la última peseta de mis ahorros en todo aquello que le alargue la vida o que por lo menos la ayude a no sufrir. El director hace notar la salida casi constante de dinero de cajeros automáticos, los cargos excesivos en la tarjeta de crédito. Leandro no dice mucho, tan sólo nombra enfermeras, medicamentos caros, segundas opiniones en clínicas privadas. No dice putas, masajes, baños de espuma, caricias pagadas. Echa mano de su cartera y propone tapar el descubierto, pero el director le detiene, ni hablar, ni hablar, no hay prisa. Las personas están antes que los números, al menos en este banco.

Leandro miente con naturalidad, le resulta sencillo dejarse arrastrar. El director saca una calculadora y garabatea varias cantidades. Le propone a Leandro un crédito extraordinario que pueda ayudarlo durante los siguientes meses. Podríamos tomar su vivienda como aval, una parte, a lo mejor sólo el cincuenta por ciento, y garantizarle la liquidez que pueda permitirle estar tranquilo de cara a la enfermedad de su mujer. Y si no, no sé si conoce nuestra oferta de hipotecas reversibles.

Leandro duda. No estoy seguro, tendría que consultarlo, dice. Aquí, por supuesto, le vamos a ofrecer las mejores condiciones del mercado, le asegura el director. Ya, pero mi pensión es tan ridícula. Me da miedo embarcarme en algo a estas alturas... No, don Leandro, por favor. Déjeme que le explique cómo funciona nuestro sistema crediticio.

Sale de la sucursal con la operación bancaria simulada escrita en un papel. Piensa que toda una biografía se resume en el cruce de cuatro o cinco cifras. Le han entregado el extracto de sus últimos movimientos y Leandro siente una punzada humillante al reconocer el nombre fingido del prostíbulo. Cada tarde con Osembe, cada exceso, aparece anotado. Una cantidad nimia corresponde a las entradas para el concierto de Joaquín Satrústegui que compró Aurora por teléfono hace unos días, al final se empeñó en sacarlas. Luego los gastos de la casa, las facturas. Pero entre todas destacan, acusadoras, las disposiciones de dinero para el vicio. Le envilece aún más la mirada del director al verlo salir de la sucursal, esa especie de condescendencia, de respeto, de piedad.

Si supieran.

Si supieran, piensa, los que al mirarlo aprecian al viejo honrado que asiste con amargura a la enfermedad de su esposa, a la honesta decadencia de la vejez, si supieran que esconde el vértigo de la degradación moral. Si lo supieran como él lo sabe. Como sabe que esa tarde volverá al chalet sobre las cinco y media y se concederá media hora de dudas, se atormentará con la culpa anticipada, pero pulsará el timbre de la puerta metálica y escudriñará por el cristal esmerilado del saloncito la llegada de Osembe, su zancada larga, su último saltito en el escalón final, su sonrisa de dientes alineados al descubrirlo, una tarde más, puntual y vencido.

Quizá por todo ello, y también porque al volver de la calle encuentra a Aurora más frágil y más sombría que nunca, al tumbarse junto a ella en la cama, en lugar de consolarla, rompe a llorar. Es un lloro lento, sordo, de viejo roto por dentro. En la radio suena el adagio del «Emperador» de Beethoven, un poco *moto*, y Aurora le recuerda que a veces, hace mucho tiempo, se atrevía a tocarlo para ella. ¿Te acuerdas? ¿Cuándo fue la última vez que lo tocaste? No, si sólo me sabía el comienzo, se disculpa él. Sí, ya me acuerdo, cuando Lorenzo decidió dejar los estudios y yo estaba hundida y a ti parecía darte igual y me dijiste aquello de que no había que culpar a la gente porque elijan una vida diferente a la que tú elegirías para ellos. Y yo estaba triste y tú tocaste para mí. Aurora seca las lágrimas del rostro de Leandro con sus dedos suaves y finos, lo hace sin poder volverse hacia él. Luego se toman de las manos, tumbados sobre el colchón, y ella le dice no tengas miedo, todo se va a arreglar, ya verás como me voy a recuperar. ¿Por qué los hombres sois siempre tan cobardes?

¿Por qué le tenéis miedo a todo?

3

Su asiento de tribuna en el estadio está casi a ras de campo, con el césped ante sus ojos como una alfombra húmeda y mullida. El fútbol no parecía tan sencillo desde allí. La pelota más ingobernable. Los espacios mínimos. Los jugadores humanos. Se apreciaba el sudor, se escuchaba su gemido en un encontronazo o el silbido para pedir el balón. Al lado de Lorenzo está sentada Sylvia, la pierna escayolada. En cada respiración sale vaho de su boca. Abrígate, le había dicho antes de salir de casa. Lorenzo se ha ajustado un gorro de lana, pero Sylvia está protegida por la cascada de rizos. Compartían la fila de asientos tapizados, cómodos como los de un cine, con algún jugador no convocado y las esposas de otros, bellezas fabricadas en serie, que en lugar de seguir el partido clavaban los ojos en sus parejas con un leve estremecimiento cada vez que sufrían una entrada brusca. Mira, ésa es la mujer del polaco que lleva el número cinco, dicen que se gastó cien mil euros en un perro de raza, le indica Lorenzo, pero Sylvia no atiende al cotilleo. ¿Y el argentino? ¿Cuál es su novia?, pregunta ella. Ni idea.

Cuando Sylvia tenía quince meses y acababa de soltarse a andar, Lorenzo la observó mirarse en el espejo que entonces había en su cuarto. Llevaba en las manos un tarro de crema de su madre y se la ofrecía a su propio reflejo, convencida de que era otra persona. Lorenzo se vestía sin perder de vista a la pequeña. En un momento dado, Sylvia se asomó detrás del espejo, para tratar de descubrir dónde demonios se escondía la otra niña, esa niña que la miraba y también le ofrecía un tarrito de crema. Repitió el gesto de buscarla varias veces. Lorenzo no le dijo nada, no le explicó nada. Se limitó a mirar, a sonreír mientras disfrutaba de la parsimonia concentrada de la niña frente a su propio reflejo aún desconocido para ella. A veces recordaba ese instante sin saber a

ciencia cierta si en eso, en algo tan sencillo como eso, consistía la felicidad.

Ya en otra ocasión Lorenzo había ido al fútbol con su hija. Sylvia tenía ocho años. A la media hora la niña había perdido todo interés y jugaba en su asiento, hablaba sola, miraba alrededor. Volver a estar allí sentado con ella, compartir la bolsa de pipas, localizar con la mirada a una anciana que gritaba desaforada insultos al árbitro y sus familiares o la procedencia del humo de un puro, se le antojaba una recuperación de aquel día. En la puerta de invitaciones Sylvia había recogido un sobre a su nombre con dos entradas. Las gané en un concurso de la radio, le dijo. Lorenzo la ayudó a cruzar por los tornos de acceso al estadio. En sus asientos preferentes, Lorenzo bromeó, cantó el himno en voz alta y le recitó ambas alineaciones con tiempo para comentar las características de algunos jugadores. Disfrutaba del lujo de volver a compartir un momento con su hija, un raro regalo en los tiempos en que ella disfrutaba de una enorme autonomía.

Pilar había sufrido antes que él la adolescencia de Sylvia. Madre e hija discutían y se enfadaban por nimiedades. La forma de vestir, los prolongados silencios, las maneras en la mesa, sus amistades. Los quince años de Sylvia habían sido definitivos para que Pilar se atreviera a romper la pareja. Aún tenemos mucha vida por delante y ella ya no necesita tanto de nosotros, le había dicho al proponer la ruptura. Lorenzo no alcanza a explicarse cuándo la casa dejó de ser un refugio, la familia una garantía de felicidad, cómo se murió la complicidad, el amor. Cuando quiso darse cuenta las tres personas que compartían techo eran extrañas. Cada uno con sus intereses, sus preocupaciones, sus prioridades. En el caso de Sylvia resultaba normal, fruto de su madurez. Pero en el de ellos, como pareja, era síntoma de algo más turbio, más triste. La pasión se extingue en pequeños acontecimientos sin importancia y un día no queda nada. Lorenzo intuye que en su caída personal hubo un momento en el que Pilar se soltó de su mano y decidió no dejarse arrastrar. Saltó en paracaídas de un avión que se estrellaba. Él estaba demasiado ocupado en evitar su propia catástrofe como para retenerla. No la culpa por no querer compartir el derrumbe.

En el pasado, cuando Lorenzo reflexionaba sobre su relación con Pilar, concluía que ella le hacía mejor persona. Le contagiaba su tranquilidad, su confianza, su generosidad. Le permitió elegir, afianzarse, crecer. Ella

celebraba cada avance de él. Entonces la pareja funcionaba como un soporte, como un motor. Casarse, vivir juntos, tener una hija, fueron los escalones naturales de su sintonía. Cuando nació Sylvia, Pilar renunció al trabajo, pero pasado un tiempo necesitó escapar de la casa que se le caía encima. Siento que mi vida se ha parado, decía. Vagó por trabajos nada satisfactorios hasta encontrar su sitio, pero Lorenzo está convencido de que en ese momento iniciaron caminos divergentes. Caminos que se cruzaban en casa a la noche, en detalles compartidos de la niña, en el sexo rápido de los domingos por la mañana. Se terminó la alianza, se terminó la convivencia y, podía ocurrir, alguien nuevo entró en su vida.

Cuando Pilar anunció su fuga, Lorenzo no pudo retenerla. Conocía bien a su mujer. Si había tomado la decisión nada iba a forzarla a cambiar. Ni una lágrima, ni el propósito de enmienda, ni el chantaje sentimental. Las decisiones de Pilar podían ser lentas, pero bien armadas. Era indulgente, pero sus sentencias definitivas. Así ocurrió. En dos días ya no vivía allí, en cuatro apenas quedaba una pieza de su ropa, en dos semanas pactaron la separación y arreglaron cuentas, hicieron números, dividieron gastos, ahorros. Fue fácil. Ella lo dejó casi todo. Prefiero quedarme en mi casa, les dijo Sylvia. Lorenzo lo entendió como una victoria, una toma de partido, pero sabía también que era la opción más cómoda para ella y la más respetuosa con la nueva vida de su madre. En realidad, pensó, elige su barrio, sus amigos, su instituto, su cuarto, no me elige a mí frente a Pilar.

Desde la separación Lorenzo no había estado con otra mujer. El sexo era algo prescindible, dormido, arrinconado. Demasiados problemas. No tenía el dinero suficiente para aguardar con copas en la noche la llegada de alguien al reclamo de su alma solitaria o su estado de desesperación. Demasiado orgulloso para admitir la derrota. En el amor tampoco iba a mendigar. Todo se resolvería cuando recuperara el lugar que le correspondía.

Buscar trabajo en un área laboral a la baja no fue fácil. Trabajó de comercial a comisión durante tres meses para una empresa de informática, pero el contrato languideció y Lorenzo se encontró en la calle de nuevo, sin la energía de los jóvenes para enlazar seis o siete propuestas basura durante un año. Gracias a la intervención de un amigo logró un puesto en una distribuidora de material de telefonía, pero las jornadas eran eternas y la

química con los compañeros se agrió por un accidente estúpido. Durante uno de los partidillos de fútbol sala que jugaban los jueves después del trabajo en un polideportivo municipal, entró con fuerza a un balón disputado y uno de los chicos más jóvenes de la empresa, un chulito que se prodigaba en regates y caños, salió malparado. Sufrió una fisura craneal, la rotura de la clavícula y una conmoción cerebral que los asustó durante un buen rato. Lorenzo se excusó cien veces y todos lo disculparon como un desafortunado lance del juego, pero dejó de acudir a los partidos, y poco después abandonó el empleo. No tenía fuerzas para hacer amigos nuevos, comenzar relaciones. Por entonces ya especulaba con el golpe que le devolvería algo de lo que era suyo, con la particular manera de obtener justicia. Robar a Paco lo que Paco le había robado a él. Que no era sólo el dinero.

Su padre le había prestado alguna cantidad para sortear las dificultades, no quiero que Sylvia tenga que cambiar su forma de vida. Le preocupaba que su hija sospechara los aprietos económicos, se sintiera una carga y optara por trasladarse a vivir con su madre. Eso sería perderlo todo. Para Lorenzo, desde siempre, el poder era algo físico, que viaja contigo, que se transmite, como una especie de olor corporal. De ahí el empeño en mostrar que todo seguía igual, cuando nada seguía igual.

Por eso la muchacha que cuida al niño de los vecinos había aparecido en el instante oportuno, cuando más necesitaba a gente nueva, que no lo juzgara por lo que había sido, sino por lo que podía ser. Que desconociera la cuesta abajo de la que venía y apreciara su capacidad para remontar.

Cuando le propuso a Daniela llevarla al aeropuerto quedaron citados en la boca de metro. Lorenzo llegó en su coche y ella subió con su amiga. Es Nancy, les presentó Daniela. La chica tenía embridada la sonrisa en un aparato de ortodoncia. Era a su primo a quien debían recoger en el aeropuerto.

En la terminal de llegadas esperaron más de tres horas el vuelo procedente de Quito y Guayaquil, que sufría demoras constantes. Por el suelo rodaba el biberón de una niña que esperaba a su padre, otras familias aguardaban con gesto inquieto, consultaban el reloj, paseaban arriba y abajo. Todos rostros extranjeros, miradas de desconfianza, tensión. A ratos parecía el duelo a la puerta de una morgue más que la llegada de un avión. Daniela y su amiga Nancy sólo aceptaron de Lorenzo una botella de agua para soportar la espera.

Él se interesó por su venida a España, sus condiciones laborales. Ninguna de las dos tenía aún papeles. Trabajaban ambas sin contrato en el servicio doméstico. Daniela decía estar contenta con la pareja del quinto; Nancy era más crítica con la familia de un anciano al que atendía. Compartían piso con otras tres amigas, un primero cerca de Atocha. Nancy tenía una hija en Ecuador, al cuidado de la abuela, a quien enviaba dinero cada mes. Yo no dejé a nadie atrás, dijo Daniela, aunque explicó que sostenía a su madre y sus hermanos pequeños en Loja.

Nancy temía que a su primo lo retuvieran en la aduana. Daniela la tranquilizaba. A medida que avanzaba la espera agradecían con más cordialidad a Lorenzo que las hubiera acompañado. Nada, nada, decía él, pero ellas insistían. Temían a los taxistas españoles, acostumbrados a timar extranjeros, y si Wilson, que así se llamaba el primo de Nancy, venía muy cargado, ir en metro sería una lata. Si le pides el favor a alguien conocido, dijo Daniela, poco menos que se cree con derechos sobre ti. Lorenzo no dijo nada. Pese a las peripecias que contaban, Lorenzo no percibía en ellas asomo de frustración. Interrogaba a Nancy sobre si echaba de menos a su hija, pero si la estoy malcriando, respondía ella, tiene los mejores juguetes del barrio. Daniela sonreía con las mejillas y achinaba los ojos indios bellísimos, rasgados.

Wilson apareció cargado con un montón de paquetes mal envueltos. Era fornido, la cara picada de viruelas, el pelo de alambre negro y un ojo estrábico que vigilaba los alrededores. No llegaba a los treinta años, pero abrazó a su prima con autoridad paternal, con un solo brazo robusto, mientras con el otro, desconfiado, sujetaba el carro de los bultos. Lorenzo percibió que con Daniela el saludo fue algo más distante luego de que ella diera un paso hacia él para intercambiar dos besos. Es un conocido que nos trae en su carro, presentaron a Lorenzo.

Lorenzo los acompañó hasta el piso. Tenía un pequeño saloncito que comunicaba con la entrada y un largo pasillo en el que se alineaban habitaciones. Era antiguo, con la pintura de las paredes a medio descascarillar, puertas enormes de madera combada. Dos ventanas en el salón daban a la espalda de la estación de Atocha, el resto se orientaba hacia un oscuro patio interior. Cuando el atentado, estallaron los cristales. Fue

espantoso, explicó Nancy. Estuvimos buscando a una amiga, por muchas horas creímos que estaba muerta, pero luego apareció en un hospital, con una pierna destrozada. Tuvo suerte, le van a dar papeles.

Daniela y Nancy se empeñaron en que Lorenzo se quedara a comer y prepararon un guiso de arroz con carne de chivo llamado seco que acompañaron con una botella de dos litros de coca-cola. Pese a los grandes radiadores de hierro distribuidos por las paredes, en el salón había una pequeña estufa de butano. Mientras las chicas trajinaban en la cocina, Lorenzo habló con Wilson en el sofá, que esa noche se transformaría en su cama. Llegaba sin trabajo, con un visado de turista, pero convencido de que al día siguiente algo encontraría. Al notar el interés de Lorenzo por su situación le preguntó ¿y tú en qué trabajas? Lorenzo se turbó antes de contestar. Ahora de nada, estoy desempleado. Pero Wilson lo tomó como una gran noticia, ¿y por qué no ponemos algo juntos? Un flete, cualquier cosa. En Ecuador, Wilson trabajaba de chófer. Lo mismo camiones que coches de protocolo, un tiempito también trabajé de guardia para un tipo que tenía una hacienda enorme en San Borondón. Pero aquí no te valdrá el carnet de allá, le dijo Lorenzo. Total, contestó Wilson, y añadió con una sonrisa franca, puedo usar tu licencia, nos parecemos un poco, ¿no? Salvo por el ojo loco. Lorenzo rió.

Wilson se desvaneció poco después de comer, rendido por el cambio horario. Para entonces Lorenzo ya estaba cautivado por su disposición. Le había escuchado las propuestas. Si tú tuvieras una furgoneta mañana mismo funcionábamos como una empresita, acuérdate de mí para lo que necesites, ya ves qué hago si no encerrado en casa con estas cinco mujerotas, y Wilson sonrió con complicidad. Lorenzo se escudó en que buscaba otro tipo de trabajos, pero lo pensaré. Luego bajó con Nancy y Daniela y otras dos compañeras de piso a un bar cercano, de ambiente ecuatoriano. Era el único extranjero en el local anexo a un locutorio de dominicanos que se llamaba Caribephone. El bar se presentaba con un letrero de letras adhesivas naranjas pegadas a la cristalera de entrada como Bar Pichincha. Su viejo nombre español, Los Amigos, permanecía en el exterior, sobre la puerta, inalcanzable al parecer excepto para una pedrada que lo había desmembrado. Era un espacio amplio con una barra alta y cristalera alrededor, con suelo de terrazo y mesas metálicas en las que gran parte de la concurrencia aún terminaba de

comer.

Nadie miró a Lorenzo cuando se acercó a la barra y las chicas le rodeaban, pero él se sentía incómodo, extranjero en aquel lugar que pertenecía a otro clima. La música de fondo lo trasladaba de país, también los rostros. Daniela llevaba una camiseta ceñida, de color negro, con unas letras bordadas en plata que decían «Miami» que a veces recibían un mechón de su pelo lacio. Había gente de pie que se acercaba a hablar con Nancy o Daniela y poco después Lorenzo se encontró aislado con su café con hielo. Daniela se percató y volvió con él. Aquí venimos mucho. Claro, claro, dijo él. Entablaron una conversación privada, al margen del entorno. Él le preguntaba por su trabajo, ella hablaba del resto de vecinos del edificio. Del hombre del segundo B que una vez, con descaro, se pegó a ella en el ascensor. Fue superfeo, a veces los españoles se creen que todas somos putas o algo así. Lorenzo sonrió. ¿El del segundo B? Si es un militar retirado. ¿Retirado? Será del ejército, porque de lo otro. Ella dijo *lotro*, uniendo las palabras. Ambos rieron, pero ella se cubrió la boca, como si recibiera una descarga de vergüenza tras decir la frase.

Daniela le explicó que casi todos los domingos por la mañana acudía a la iglesia, pero que aquel día había hecho una excepción para acompañar a su amiga. ¿Tú eres creyente?, le preguntó de pronto. Lorenzo se encogió de hombros. Sí, bueno, creo en Dios, pero no practico... Mucha gente en España es igual, le dijo ella. Es como que ya no necesitaran a Dios. Pero si no se cree en Dios no se cree en nada. Lorenzo no supo muy bien qué decir. Miró alrededor. No parecía lugar adecuado para una conversación mística. Ella prosiguió, y pensar que fueron los españoles quienes llevaron la religión a América. Sí, entre otras cosas, dijo Lorenzo. Resonaba la músicaailable.

Un tipo corpulento se acercó a la barra por el lado de Lorenzo. Al acodarse le empujó de manera evidente. Lorenzo se volvió para mirarlo, pero no dijo nada. El tipo le clavó unos ojos negrísimos, desafiantes. Era grueso, no demasiado alto, con la rotundidad física de un frigorífico. Me voy a tener que marchar, dijo Lorenzo. No le hagas caso, toman demasiado y se ponen violentos. No, no, no es por eso, dijo Lorenzo tras acercarse a ella y distanciarse del tipo de la barra. Tengo a mi hija en casa y sigue con la pierna escayolada.

Se despidió de Nancy, que hablaba animada con sus amigas, y Daniela sintió la necesidad de acompañarlo hasta la puerta, como si lo protegiera. Gracias de nuevo. Lorenzo le quitó importancia. Dile a Wilson que cualquier cosa que necesite me llame. Daniela pareció sorprenderse, ah, bueno, aunque no tengo tu teléfono. Lorenzo rebuscó en su cazadora sin encontrar algo para escribir. Es igual, dijo ella, sé dónde vives. Se despidieron con dos besos en las mejillas. En el segundo Lorenzo rozó con su nariz el pelo de ella. Oía a camomila.

Lorenzo se reunió con Sylvia, que había comido en casa de los abuelos. Él había telefonado antes, no me esperéis, me quedo con unos amigos. Se sintió un poco avergonzado de mentir a su padre, pero le resultaba difícil explicar que se quedaba a comer en casa de la chica que cuidaba al niño de la pareja del piso de arriba. Sylvia estaba con la abuela, en el dormitorio. Jugaban a las damas sobre la cama con el tablero que se inclinaba deslizando las fichas. Leandro caminaba por el pasillo, inquieto. Lorenzo habló con él del estado de Aurora, está más animada. Le gusta ver a su nieta, dijo Leandro, con ella finge que se encuentra bien. Creo que me voy a comprar una furgoneta, le dijo a su padre, quiero buscar algo por mi cuenta, estoy harto de trabajar para otros. Lorenzo no arrancó de Leandro el entusiasmo que esperaba. Su padre le ofreció dinero, aunque ahora no andamos muy bien. No, no, se negó Lorenzo, tengo, he ganado algo con unas cosillas, pero prefirió ocultar que se refería a la indemnización por el atropello de Sylvia.

El primer día que Sylvia montó en la furgoneta fue camino del fútbol. Estaba harto del coche, con esto por lo menos puedo buscar trabajillos. Era caótico acercarse al estadio, pero quería dejar a Sylvia en un bar cercano para que no tuviera que andar demasiado. Los amigos de Lorenzo, Óscar y Lalo, se encontraron con ellos. Era el lugar de cita habitual. Cuando faltaba aún una hora para el partido se llenaba de gente. Siete cañitas, se oía de pronto, otra ronda por aquí. Al comprobar las entradas de Sylvia uno de ellos soltó un silbido. Qué buen asiento, si estiras la mano puedes agarrar a los jugadores.

Y casi era así. Aunque pocas veces Ariel se acercó a esa zona. En la segunda parte, para alcanzar a verlo desde el asiento de Sylvia había que forzar la vista. El partido no está siendo brillante. Lorenzo quiso explicarle a Sylvia algunas jugadas, pero ella no prestaba atención. Al diez lo están friendo

a patadas. El diez era Ariel Burano. Es precisamente ese jugador, a poco tiempo para el final, el que aprovecha un barullo en el área para empujar el balón dentro de la portería. Sylvia ha levantado los puños para celebrar el gol. Lorenzo la aprisiona entre sus brazos y los dos liberan una alegría desmesurada. Ha sido el diez, dice ella. Lorenzo siente el cuerpo de su hija pegado al suyo y saborea el momento. Cuando era niña la estrujaba entre sus brazos o le hacía cosquillas y le daba mordiscos cariñosos, pero al quedar atrás la niñez también se perdió el roce cotidiano.

Siempre tuvo envidia de Pilar porque ella compartía los momentos más íntimos con Sylvia a medida que cumplía años. Recuerda la noche en que Pilar le contó que había encontrado a la niña llorando en la cama, cuando fue a comprobar si estaba dormida. ¿Por qué lloraba? Pilar sonrió, pero sus ojos estaban húmedos. Dice que no quiere hacerse mayor, que le da miedo. Que no quiere dejar de ser como es. ¿Y tú qué le has dicho?, preguntó Lorenzo. Pilar se había encogido de hombros. Qué quieres que le diga, si tiene razón. Y a la mañana siguiente Lorenzo había ido a despertarla para llevarla al colegio y trató de hablar del asunto con la niña. Ella no se mostraba demasiado interesada en escuchar, como si el supuesto trauma se hubiera desvanecido durante la noche. Pese a todo, Lorenzo le habló, ya verás que la vida tiene siempre cosas bonitas, a cualquier edad, si yo me hubiera quedado siempre siendo un niño, nunca habría conocido a tu madre y tú nunca habrías nacido. Sylvia reflexionó durante un segundo a la puerta del colegio. Ya, pero tú cuando eras pequeño no sabías todo lo que te iba a pasar después, eso es lo malo. En ese momento Sylvia no debía de tener más de ocho o nueve años.

Ariel, después de liberarse del abrazo de sus compañeros, que lo habían sepultado bajo sus cuerpos junto al banderín de córner, corre hacia el centro del campo y celebra los aplausos del público. El tanto es obra del número diez Ariel Burano Costa, anuncia una voz eufórica por megafonía. Un gol feo, pero que vale igual que uno bonito, dice Lorenzo. A ver si ahora se abren un poco estos cabrones y hay más oportunidades. Pero no va a pasar. El partido se enfría. Los últimos minutos discurren sin apenas oportunidades, los dos equipos parecen asumir el resultado. A cinco minutos del final, Ariel es sustituido. Camina hacia la banda, sin prisa. Es aplaudido, aunque se escuchan algunos silbidos. ¿Por qué silban?, pregunta Sylvia. Encima de que ha

marcado el gol. Lorenzo se encoge de hombros. A la gente no le convence.
Demasiado artista.

4

Ariel deja correr el agua caliente sobre su cuerpo. Ni así consigue arrancarse el frío de los huesos. Cuando las cosas salen bien, el vapor condensado en el vestuario, en el área de las duchas, se asemeja al cielo, al paraíso prometido. Llega el silbido de uno, la broma de otro, alguien que finge una voz de mujer, otro que pide el champú. Ni rastro de ese silencio espeso, de las miradas bajas, del gesto torcido de los días de derrota. Al portero checo lo llaman Canelón por el tamaño de su polla y esa noche no se libra de las bromas de Lastra que le grita, ya te traigo el escobón para que alcances a frotarte el capullo. El domingo pasado Ariel había marcado el gol de la victoria en su estadio y este sábado el segundo llegó en una jugada suya. En Valladolid, con un viento que desviaba el balón en el aire, hubo que marcar las rayas de una portería de rojo porque el césped se heló y Ariel tenía la sensación de jugar sobre cuchillas de afeitar. En la misma línea de fondo eludió la entrada de dos defensores y se enfrentó al portero casi sin ángulo. Dio un pase atrás y el delantero que llegaba en carrera sólo tuvo que soplar la pelota a la red. Lo llaman el pase de la muerte, porque marcar gol tiene algo de matar. Cuando se deshizo del abrazo de los compañeros, Matuoko se acercó a Ariel en un aparte y le palmeó la mejilla, el gol es tuyo, tío.

A partir de ese momento, cada vez que el ghanés tocaba la pelota, los aficionados más jóvenes repetían aullidos de mono, uh, uh, oh, oh, para insultar al jugador. Movían las manos como macacos y por megafonía se les rogaba que cesaran en los insultos racistas porque podrían acarrear una sanción para el equipo local. La semana pasada, Ariel también tuvo que escuchar en su propio estadio los silbidos de una parte de la afición, en la zona reservada para un grupo ultra que responde al nombre de Honor Joven.

La directiva los mima porque son fieles y entusiastas, acompañan al equipo en los viajes por precios irrisorios y disfrutan de un despacho para su organización en el estadio. En la temporada anterior habían tomado al asalto el autobús del equipo durante el viaje de vuelta de un partido que terminó en derrota. Amenazaron a los jugadores y los insultaron con gritos de mercenarios y vagos. Ariel se cruzó con Ronco a la salida del vestuario la mañana en que había quedado para encontrarse con ellos en su despacho de la primera planta del estadio. ¿Vas a darles una entrevista y hacerte fotos con ésos?, se escandalizó. Ya sé que todos lo hacen, pero ven, mira, y le enseñó en su ordenador portátil en qué consistía la página que tenían en la red. Símbolos nazis, el habitual tono matón y amenazador amparado en los colores del equipo. La mayoría de los jugadores de la plantilla posaban fotografiados con las bufandas e insignias de la peña en un ejercicio de sumisión. Ariel buscó una excusa y se liberó del compromiso por medio de uno de los empleados de prensa. Así que cuando escuchaba los gritos de indio, sudaca, no se sentía demasiado herido. El ambiente que rodea al fútbol es igual en todas partes. Matuoko, por ejemplo, peleaba contra un hecho asumido: nunca un jugador negro había triunfado en ese equipo.

Ariel se viste aprisa y resguarda su melena mojada en un gorro de lana. El vestuario visitante, triste, alicatado de blanco como unos váteres públicos, contrasta con el del equipo local, al que se acerca caminando. Está reformado con todo lujo y a la puerta se arremolinan algunos periodistas con credencial y jugadores que salen duchados. Quiere saludar al que llaman el Pitón Tancredi, un santafesino que heredó el apodo del mítico Ardiles, aunque éste era un mediocentro tan lento que en *La Nación* alguien escribió de él que «se necesitarían más de noventa minutos y dos prórrogas para que Tancredi alcanzara un balón suelto». Los periodistas a veces demuestran el ingenio de esa manera cruel. Cuentan que el Pitón le envió de regalo a la redacción del periódico una deposición suya dentro de un frasco de cristal. Tancredi lleva seis años en España y saluda a Ariel con un abrazo y dos besos en las mejillas. ¿Te aclimatás? Loco, acá ya ves qué frío.

Hablan de los planes para Navidad. El Pitón tiene cuatro hijos y le dice que ni loco los mete en el avión a todos. Traigo a mis papás acá y a mis suegros, que viajen ellos. En Buenos Aires necesitás protección, un tipo de

seguridad, es un asco. No te podés fiar ni de la cana. Levanta las manos con el gesto italiano de unir las yemas de los cinco dedos, ¿sabes que hay ciento cuarenta y tres delitos denunciados por hora? El país está hecho pelota. La última vez que estuve paré en una estación de servicio con mi viejo y se nos pintaron dos chorros morochazos con un fierro así de grande, no, no, yo me quedo acá. Ariel dice que irá, su madre está demasiado delicada para soportar un vuelo tan largo. ¿Conociste ya al Tigre Lavalle?, le pregunta el Pitón. Ariel niega con la cabeza. Es tradición que a los porteros en Argentina se les diga Loco, Mono, Gato o Tigre. El Tigre Lavalle es un arquero veterano de Carcarañá que recaló en España después de años en la Liga mexicana. Anárquico y genial, tira los penaltis y es querido y odiado a partes iguales. La prensa lo adora porque entre respuestas previsibles él siempre regala perlas desinhibidas, hallazgos felices. Ariel no lo conoce en persona. Aún no hemos jugado contra su equipo, le dice al Pitón. Es el que más hace por juntarnos a todos los argentinos de acá, le explica a Ariel, siempre nos reúne con alguna excusa, es lindo.

El delegado le hace a Ariel una seña con la cabeza desde el fondo del pasillo cuando el equipo sale hacia el autobús. Ariel se despide del Pitón. Cruza con los demás hacia la calle. Desde las vallas la chavalería pide autógrafos, tira fotos, pero hace demasiado frío y apenas se detienen. En el autobús eligen una película de artes marciales, con luchas de katana y saltos imposibles a cámara lenta. Ariel conecta su móvil. Se ha traído un libro, *No Logo*, que le envió Marcelo Polti con una dedicatoria tan desmesurada que llenaba las tres primeras planas del volumen y que entre otras cosas decía: «Para que seas consciente de que esas zapatillas de marca que vos publicitás y contribuís a meterle en el marote a los pibes son el marco donde se asienta la desigualdad mundial». Pero a Ariel le marea leer en la carretera. No es aficionado a la lectura, su padre a veces decía, lo tuve que hacer bien mal para que mis hijos crean que los libros muerden.

Vuelven en autobús hacia Madrid, con el par de bocadillos y una pieza de fruta, el botellín de agua y la cerveza que alguno ha podido colar. A Jorge Blai, que suele pasarse veinte minutos ante el espejo antes de salir a enfrentarse a la prensa, le vaciaron el bote de gomina dentro del zapato para que esa noche no les hiciera esperar. A Ariel le recuerda al Turco Majluf, que

consumía un bote completo de Lordchesseny por cada partido de San Lorenzo. Es Poggio, el portero suplente, el que idea esas bromas crueles. A veces Amílcar lo justifica, algo tiene que hacer, le pagan un millón de euros por comer pipas en el banquillo, es el tío más afortunado del mundo. Y hay algo de cierto en ello, porque el primer día que Ariel coincidió con él en la caseta de suplentes admiró su destreza para pelarlas y engullirlas y hacerlo con los guantes de portero puestos.

El asiento junto a Ariel está vacío, al otro lado del pasillo viaja Dani Vilar, al que a veces devolver el saludo parece que le costara más esfuerzo que arrancarse una muela. Se miran pero no se dicen nada. Su padre sufre Alzheimer y está pasando una temporada mala, así lo justifican los otros compañeros. Falta a los entrenamientos a menudo como muestra de jerarquía que nadie osa discutirle. Afuera está oscuro. Uno de los defensas centrales, Carreras, se levanta y abre su bolsa de deportes, les muestra las prendas de vestir a los compañeros. Son de la tienda de sus padres y les promete buenos precios. Hay camisetas, sudaderas, jerseys, muchos de marca. Alguien grita, con lo que ganas y vendiendo ropa, pero él dice que es por ayudar a los padres. En el equipo todos saben que es tacaño y le bromean con eso. Para driblar a Carreras, dicen, sólo tienes que lanzarle un euro a la derecha y salir por la izquierda. Ríen a su costa un rato, él grita por encima de las risas, estamos hablando de que os hacen un treinta por ciento, eh, un treinta por ciento.

El domingo pasado al conectar el móvil después del partido Ariel recibió un mensaje de Sylvia. «Enhorabuena por el gol. Lo pasé muy bien. Gracias por las entradas». Él respondió: «Me diste suerte». Luego recordó que no le había dedicado el gol. Ella le escribió: «No sé si me dedicaste el gol porque todo el mundo se puso de pie y no vi nada». «Se me olvidó, te la debo», escribió él. La continuación tardó en llegar: «La próxima vez preferiría que me invitaras a tomar algo, el fútbol me gusta pero no tanto». «Eso está hecho, cuando quieras», respondió Ariel. «Mi vida social es tan agitada como la de una monja de clausura. Elige tú el día que te vaya bien». «¿Mañana?», le escribió él. Quedaron a cenar al día siguiente. «Te llevo al mejor restaurante argentino de Madrid», propuso él.

Cuando Ariel escribió el último mensaje recordaba el pelo rizado de

Sylvia, su cara blanca de ojos vivos, pero poco más. Notó un leve asomo de arrepentimiento, como si aquélla fuera una cita incómoda. Sin embargo encontraba justo compensar el daño que le había causado. Esa noche cenó con Osorio y Blai y dos de los brasileños del equipo. A última hora lo querían arrastrar a una discoteca de las afueras, si está al lado de tu casa, pero Ariel tenía ganas de llamar a Buenos Aires. Hay que celebrar tu primer gol, insistían ellos. Tampoco quiero celebrar el primer gol como si fuera el último, ¿vale?, se despidió Ariel. Ah, nunca se sabe si habrá más, le dijo Blai, ¿tú sabes cuántos goles he marcado yo en seis años de competición?, tres. Como para no celebrarlos. Y dos fueron en propia meta, alcanzó a decir Osorio antes de recibir un manotazo en el estómago.

Ariel se citó con Sylvia en la escalinata del edificio de Correos. A ambos les pareció natural quedar cerca del lugar donde había sucedido el atropello. Podía entenderse como volver al punto de partida. Llegaba tarde, el tráfico era exasperante y al tratar de zigzaguear entre los coches se ganó el pitido rabioso de un taxista. Para acercarse al pie del edificio, que desde su posición semejaba un paragüero enorme, tuvo que maniobrar de forma ilegal. Vio a Sylvia sentada en el tercer escalón, la escayola posada sobre la piedra. Hizo sonar la bocina. Había policías ordenando el tráfico junto a la Cibeles y era imposible detenerse por mucho tiempo. Al voltear la cara, el pelo de Sylvia flotó en el aire. Se puso en pie con agilidad. Llevaba una sola muleta y a Ariel le pareció grosero verla caminar hacia el coche sin bajar a ayudarla. Le abrió la puerta desde dentro. Creo que no era un buen sitio para quedar, dijo ella. No cabe un solo auto más, está todo embotellado, dijo él. La gente ha empezado las compras de Navidad, están locos. Y sí, asintió Ariel. Sylvia sujetó la muleta como un bastón. Ariel conducía hacia la Puerta de Alcalá, incorporado de nuevo al atasco.

Sylvia ladeó la cabeza, se me hace raro estar sentada en este coche. Aunque lo prefiero a estar estampada en el cristal. Ariel le preguntó por la pierna, por el dolor, por la incomodidad de la escayola. Lo peor es cuando pica adentro y empiezas a rascarte el yeso como si eso te calmara. Ariel había bajado la música y sólo se oían los acordes atenuados. Había reservado en un restaurante cojonudo, pero luego he pensado que lo mejor es que vayamos a casa, dijo él. ¿Te gustan las empanadas argentinas? Podemos comprarlas de

paso... En realidad a Ariel le incomodaba imaginarse en el restaurante observado por todos, que alguien pensara que se trataba de una cita amorosa. Ella en cambio reaccionó con un largo silencio. ¿A tu casa?, preguntó por fin. No sé. Ariel comprendió su torpeza. Lo decía porque los restaurantes son un quilombo, la gente, todo eso, pero tenés razón, vamos... Claro, que a ti te reconocen en todas partes. La conversación se aceleraba y Ariel daba más explicaciones de las precisas. No, no, vamos a tu casa, tienes razón, dijo ella para acabar. ¿Seguro? Si no te sentís... No, no, vamos, no quiero que te pases la noche firmando autógrafos.

Pero en el comercio donde se detuvo para encargarse de las empanadas, Ariel vio que había dos mesas al fondo, junto a un estante de pastas italianas. Fue a buscar a Sylvia al coche. Comamos acá, no hay nadie, se está bien. Las dueñas del local eran dos argentinas simpáticas que al acomodarlos les explicaron que no tenían licencia de restaurante, tan sólo como punto de venta, pero que servían a la gente durante la espera y así se saltaban la normativa. Sylvia pidió una cerveza y Ariel un vaso de vino de Mendoza. Se instalaron al fondo, rodeados de productos en exposición. De tanto en tanto alguien entraba para comprar y la mirada de Ariel buscaba la puerta. Tardó en relajarse. Sylvia parecía más cómoda. Le hacía preguntas. Sobre el partido. Sobre su carrera de futbolista. Cómo empezó. Cómo llegó a España. Ariel habló durante largo rato, los ojos de ella clavados en los suyos. Se retiraba la melena hacia atrás y a veces ella le imitaba el gesto apartando un ramo de rizos detrás de su oreja. Luego Sylvia apoyó los codos sobre la mesa y posó sus manos en las mejillas. Estaba preciosa en ese gesto de observación relajado. Y Ariel cayó en la cuenta de que en todo ese rato no había dejado de hablar de sí mismo. Hablo demasiado, dijo él. El gran pecado argentino. No, es interesante, dijo ella. Antes de conocerte pensaba que a los futbolistas los fabricaban en serie, no sé, en plantas industriales, así todos cortados por el mismo patrón. Y que siempre se olvidaban de ponerles el cerebro, claro, añadió él.

Una de las dueñas del local bajó la persiana metálica. No, no, tranquilos, seguid, nosotras cerramos pero aún tenemos que recoger y hacer caja, no molestáis, les advirtió. Esa especie de aislamiento los hizo sentirse más a gusto. Así que choclo es maíz, dijo Sylvia tras morder una empanada. Sí, la comida es un lío. ¿Echas de menos a tu familia?, preguntó ella. Y sí, obvio,

dijo él. Quizá los traiga, si me estabilizo aquí. Una de las dueñas trajo la botella de vino abierta y se sentó con ellos. Había llegado a España tres años antes. El corralito me mató, y aquí no encontré laburo de actriz, así que estuve dando clases de interpretación. Pero le fue mal y se asoció con la amiga para importar productos de allá. Ariel dudaba si ambas mujeres eran pareja, pero no se atrevió a preguntar. Durante el resto de la velada, ella monopolizó la charla. Hablaba de su país, recordaba gente, se mofaba de un cantante, maldecía a un político, se reía con la última operación de estética de una presentadora de televisión, va a tener que operar a sus hijos para que parezca que no son adoptados.

El local se llamaba Buenos Aires-Madrid y aún estaba a medio reformar.

El alquiler les salía tan caro que no podían permitirse más obras. Una de las mujeres, la más callada, terminaba de ordenar el género. La otra hablaba en cascada. Maldijo la reelección del presidente norteamericano y luego aseguraba que hacía falta más que nunca un nuevo Che. No sé, decía, el subcomandante Marcos me deja un poco fría, tanta máscara y todo eso. En algunos momentos la mirada de Ariel buscaba a Sylvia y le lanzaba un gesto sutil de ironía sobre la anfitriona y su torrencial palabrería o el evidente bigote que lucía bajo la nariz. Ariel se llevaba el dedo a su cara para con disimulo señalar el mostacho y hacer reír a Sylvia. Pero ambos agradecían la irrupción, les permitía estudiarse el uno al otro sin exponerse, mirarse sin hablar, ser cómplices.

Al salir, Ariel le dijo te advertí que los argentinos mueren por la boca. Sylvia estaba admirada, qué manera de hablar. ¿Y viste? A esta mujer se le quedó pequeño el diccionario, que le inventen otro ya. Caminaron hasta el coche. En un cuarto de hora serían las once. Es mi hora de vuelta, no me puedo pasar mucho. Te acerco a tu casa, se ofreció Ariel. Sylvia guió a Ariel por las calles de Madrid. En un semáforo se atrevió a preguntar. ¿Vives solo? Ahora sí, dijo él. Hubo un silencio. Sigue, sigue todo recto, indicó ella. Estaba mi hermano, pero se tuvo que volver. Vivo en las afueras, en Las Rozas. ¿En un chalet? Ariel asintió. ¿Te gusta el cine? Tengo una pantalla gigante y allí me veo un montón de películas, si te apetece, un día... No me gusta mucho el cine, dijo ella. A todo el mundo le gusta el cine, se sorprendió él. No sé, a los cinco minutos ya me sé cómo va a ir la historia, me aburre, se repite siempre. Ariel

sonrió. Nunca había escuchado un razonamiento así. Todo se repite, ¿no?, acertó a decir, luego se arrepintió de haberlo dicho, no tenía mucho sentido. No, tú en la vida no sabes nunca lo que va a pasar dentro de un minuto, en cambio en las películas te lo ves venir. Si es que sólo por el reparto ya sabes si se van a enrollar o no, quién es el malo. Ah, bueno, te referís al cine americano, respiró Ariel. A la gente le gusta tanto porque siempre se repite, ya sabe lo que va a ver. Es como los que van a la playa de vacaciones: lo que quieren es que haya sol y olas. Y si les dan otra cosa se enfadan. Si un día venís a casa te pongo una película diferente, ya vas a ver. Bueno, dijo ella. Tengo un amigo, Marcelo, músico, tiene mucho éxito allá, siempre dice que si se guiara por el público tendría que componer la misma canción siempre.

Llegaron a la calle de Sylvia, pero ella dejó que sobrepasara su portal antes de hacerle parar. En realidad vivo ahí atrás, pero no quería que nadie me viera bajar de un coche así. ¿No te gusta? Muy cantoso. ¿Cantoso? Un poco hortera, típico de futbolista. Supongo que impresiona a las chicas, pero a mí me da corte, dijo ella. Lo eligió mi hermano, es reconcheto, se excusó Ariel. Te ayudo a bajar, espera. Ariel salió del coche y abrió la puerta de Sylvia, le sostuvo la muleta mientras ella bajaba.

Se intercambiaron dos besos. Lo he pasado muy bien, dijo ella. No te gusta mi coche, no te gusta el cine, eres una chica difícil. Ariel sonrió. Sylvia tomó fuerzas para preguntar, ¿eso crees? Es una broma, justificó él. Bueno, gracias por la invitación, inició ella la despedida. Ha sido un placer. Supongo que para ti es un coñazo tener que pasear a una paralítica por ahí. La escayola te sienta muy bien, dijo Ariel, y luego sonrió. Pues me la quitan la semana que viene, así que si quieres me vuelves a atropellar, ¿no?

Ninguno de los dos acertaba a despedirse del todo. Llámame cuando quieras, dijo Ariel. Llámame tú a mí, no quiero ser coñazo. Sylvia se alejó, trató de mostrarse ágil pese a la muleta. Ariel volvió a entrar en el coche y al mirar el retrovisor borró su sonrisa, que le resultó estúpida, inocente, cautivada. No arrancó hasta verla desaparecer dentro del portal, un instante después de que ella le enviara un gesto de su mano como despedida.

No habían vuelto a hablar desde esa noche de lunes. Ariel había pensado en ella a lo largo de la semana, pero le incomodaba arreglar otra cita. Era evidente que habían flirteado como si ella no tuviera dieciséis años, como si

la razón de verse fuera algo más que compensarla del atropello. Era una chica atractiva, lista, pero Ariel reconocía su lado juvenil, esa peligrosa inercia que podía empujarla a enamorarse de él, a fantasear con una relación que no iba a ocurrir, no. En el autobús, al prender su móvil, contó con que aparecería un mensaje de ella. Pero no fue así. Tampoco ella daba señales de vida. Y él no debía darlas.

No iba a darlas.

Mira su reloj. Son casi las doce. Aún no se alcanzaban a ver las luces de la ciudad por la ventanilla del autobús. Escribe un mensaje: «¿Te gustaría venir a ver una película mañana a casa? Así me cuentas el final». Busca en la agenda el nombre de Sylvia y lo envía. Es sábado por la noche. Seguro que ha salido con sus amigos de clase. Ariel siente que a él también le correspondería más aquello, por edad, que compartir el autobús con sus compañeros, bajo el ruido de los golpes de un héroe de acción que, al final de la película, como siempre, resolvería todos sus problemas con una exhibición de poderío físico.

5

Se ha subido el cuello del jersey hasta taparse la boca. Su respiración arde al contacto con la lana. Es una sensación agradable. El frío de la piedra alcanza sus muslos a través del pantalón. Hubiera sido mejor no sentarse. Pero él la hace esperar. Siempre la hace esperar. Para ser puntual en Madrid hay que usar el metro. Debe de ser difícil ser puntual entre ese magma de coches. ¿Por qué no quiso que la recogiera en casa? No, pensó ella, mejor no. Temía que la viera su padre o algún vecino subir a aquel coche. Por eso está otra vez sentada en las escaleras del edificio de Correos. Es un sitio horrible para quedar, ya lo sé, pero es nuestro sitio, ¿no?

La última vez que salieron juntos ella se subió al coche y Ariel condujo hasta su casa. Parece lejos, pero a esta hora sin tráfico es un segundo, dijo él. Sylvia estaba nerviosa y su pie se movía sobre la alfombrilla. Habían tardado casi una semana en volver a comunicarse tras la primera cena juntos. Estuvo a punto de perder la esperanza. O mejor dicho la perdió varias veces. El martes sonó un anuncio de mensaje, era Mai. Acababa de llegar a Viena con su chico. El miércoles alguien le llamó a deshoras. Era Dani, parecía borracho. Nunca sé cómo tenemos que hablarnos, dijo. Sylvia tampoco lo sabía. No sé, normal, ¿no? El viernes, camino de casa, vio un coche plateado idéntico al de Ariel. Se acercó hasta el borde de la acera. Lo conducía un cuarentón algo fofo, el pelo engominado, gafas de sol, a su lado había una mujer que parecía más bien un complemento de serie ofrecido con el coche. El sábado por la noche creyó que el mensaje entrante de su móvil sería de Alba o Nadia para preguntarle si al final se animaba a salir con la gente de clase, pero era él. La invitaba al cine en su casa. Dijo sí. Claro.

Qué pensar. Qué buscaba. Qué buscaba ella. La perspectiva enfermiza de

adolescente podía no ser la correcta. Podía engañarla. El espejismo típico. Intuir lo que no es. El deseo obliga a ver lo que el deseo dibuja. ¿Y la realidad? Me llama. Habla conmigo. Sylvia pensaba, lo normal es que yo no exista, que deje de existir tras el atropello, y sin embargo... Es amable. Sólo es amable.

Él está siendo amable, yo me he enamorado.

El pensamiento vagaba a su antojo. No se concentraba. En clase los síntomas eran evidentes. En la televisión aparecían imágenes de la cumbre de presidentes en Viena, la ciudad tomada por los antidisturbios. Escudos y cascos protectores de ciencia ficción. Cargas policiales. Mai no contestó su último mensaje. Pero no se preocupó demasiado. El domingo regresaba.

Aquella primera vez que la llevó a su casa entraron en el chalet por el garaje. En la planta sótano había una habitación transformada en gimnasio. Él calentó unas albóndigas para cenar. Estaban ricas, pero era ridículo comerse las albóndigas en aquel salón, con Ariel de pie mientras proponía películas por ver hasta que ella eligió una, ésta. Él apagó las luces, sacó una botella de litro de cerveza y dos vasos, surgieron las imágenes, pero la atención de Sylvia no estaba en la pantalla, sino en Ariel. Tenía apoyado el brazo en el respaldo del sofá, como un proyecto de abrazo, de caricia que nunca llegaba, que nunca iba a llegar. Y Sylvia que pensaba si los calcetines tenían algún agujero antes de quitarse las botas, ponerse cómoda, recogerse en el sofá por ver si él se decidía a abrazarla. Le habían quitado la escayola esa misma mañana. Vaya, así me siento un poco menos culpable, le dijo Ariel al verla. Aún necesitaba la muleta para apoyar el pie con seguridad, pero había recobrado los movimientos.

Vieron la película. Era divertida. Liosa. Dos timadores. Hacia la mitad él le preguntó ¿ya sabes cómo va a acabar? Bueno, uno de los dos no es lo que parece, eso está claro. Ariel sonrió. ¿Tú ya la has visto?, preguntó ella. Sí, pero me es igual. Me gusta. A mí no me importa saber cómo acaban las películas. En el fútbol es igual, si sólo importara el resultado podríamos tirar cinco penaltis cada equipo al empezar y a casa. No, lo que importa es el juego. Sylvia se encogió de hombros, nerviosa. ¿Por qué le hablaba de fútbol? Se llevó un mechón de pelo a la boca, lo mordió una y otra vez. ¿Qué pensaba él de ella? La invitaba como una curiosidad. Una española avispada y graciosa.

Como una especie de sobrina pizpireta. Le hablaba de fútbol, pero se le notaba profesoral, me habla como a una niña. A ratos Sylvia perdió el hilo de la película para concentrarse tan sólo en sentirse miserable.

Cuando la película terminó Sylvia repasó las montañas de cedés. Abundancia de grupos argentinos. Nombres que no le eran familiares, Intoxicados, Los Redondos, La Renga, The Libertines, Bersuit, Callejeros, Spineta, Vicentico. Pon algo que te guste, pidió ella. Él le puso el último disco de su amigo Marcelo. Me mandó esto que todavía no salió a la venta. Escuchá, es rebueno. Sylvia se sentó, tomó otro sorbo de cerveza. Las letras..., dijo Ariel, el tipo tiene un mundo loco, suyo. Acababa arriba las frases, como si quedaran campanilleando las últimas sílabas en el aire. No oigo casi música en español, dijo ella. Prefiero no entender las letras. No sé, me parece que todo suena más cursi, más simplón cuando es tu lengua. ¿Estás loca?, dijo él. Y repitió los versos: «Enredado en lianas de tu selva, busco la senda que me devuelva, la cordura de antes de perderla, de perder la visión entre tu niebla, la cuerda donde me cuelgo cada lunes que pierde mi equipo, qué lejos, Ariel, está Madrid». Ahí se refiere a mí. Ariel la miró, sin sentarse. Bonito, ¿no? Sylvia se defendía, sí, no sé. Un poco cursi. Me suena todo cursi si lo entiendo. No estar de acuerdo era una forma de significarse. Un poco blando, dijo después de otra banda. Detesto esos grupos que tienen aspecto de duros con las melenas y los tatuajes y toda esa parafernalia, pero luego lo que cantan es pura mermelada, baladitas ñoñas. Ariel lo interpretó como una declaración de sus gustos, buscó un grupo más agresivo. Salieron de una villa miseria, lo más tirado de Buenos Aires, le dijo. Sonaban fuertes, guitarreros. A Sylvia le gustó más. Ya veo, te va el rock chabón, intuyó él. El ruido al menos tapa un poco lo simple que es la letra. Ariel rió. No dirás que Marcelo era simple, lleva veinte años de análisis. Es un tarado. Hay gente que hizo la tesis doctoral sobre una canción suya, me lo contó él. Está empeñado en que visite a un analista amigo suyo que se vino a Madrid.

A Sylvia le resultaba incómodo escuchar la música con la sonrisa de Ariel clavada, los ojos interrogadores. Asentía, decía bien o esto me gusta. La situación tenía algo de examen. Él le preguntó por su música favorita y ella nombró grupos que él desconocía. Todos ingleses o americanos. Ya me los dejarás escuchar, dijo él, casi como una cortesía. Sylvia lo entendió como una

invitación a prolongar su relación. Él servía cerveza de vez en cuando, pero siempre desde el otro lado de la mesa ratona como él llamó a la mesita de café, llena en su repisa inferior de periódicos deportivos y revistas. Sylvia ojeó alguna, pero las mujeres de portada eran demasiado bellas, retocadas por ordenador en busca de una perfección ficticia, ni rastro de granos, dobleces, arrugas, piel real. En ésta me dedicaron la tapa. Ariel le tendió una revista con su foto en la portada. Ni se te ocurra leerla, la entrevista es un horror.

Hablaron un rato más, pese a que la música sonaba fuerte y él cambiaba las canciones antes de que terminaran, como si quisiera hacerle un repaso antológico en veinte minutos. Se hizo tarde, demasiado tarde. Sylvia dijo ¿cómo voy a salir de aquí? Faltaban veinte minutos para las once. Pero Ariel se empeñó en llevarla. Sacó el coche del garaje y Sylvia salió por la puerta del jardín, para evitarse escalones. Qué ridículo tener que irse tan pronto. Para él la noche seguro que empezaba ahora. Se subió al coche como una cenicienta infantil. Volvían por la autopista ahora desierta hacia la ciudad. Seguía sonando la misma música de su amigo Marcelo. Me gusta tanto que me lo copié para el coche, explicó él. El camino inverso parecía devorar lo ocurrido durante la noche. Cuando lleguemos a casa, pensaba Sylvia, será de nuevo como si no nos conociéramos. Era una sensación extraña. Una ruta desandada que devolvía al origen. No ha pasado nada, porque nada tenía que pasar. Sylvia miraba la autopista y se volvió a morder un mechón de pelo. En la ciudad, Ariel le preguntó por sus padres. Vivo con mi padre, solos los dos. Mi madre lo dejó hace medio año. Y sin que Ariel dijera nada, Sylvia se vio en la obligación de añadir son buena gente. Se les hundió la pareja. No sé, a veces creo que siguieron juntos por mí, sin más, y ahora no encontraban nada que los uniera. Sylvia se puso el pelo detrás de las orejas, los ojos tristes. Él la miró dos veces, mientras conducía.

Al llegar al portal, Ariel lo rebasó. Que nadie te vea bajar de este auto concheto, bromeó. Se rieron los dos. Gracias por la película. Repetimos cuando te apetezca. Cuando tú quieras. Ariel repasó su calendario. Mañana viajamos, jugamos en Italia el miércoles, pero a la vuelta, no sé, te llamo, nos hablamos. Vale, se limitó a decir Sylvia. Se besaron en las mejillas, ella lo envolvió en su pelo, él se lo apartó con delicadeza. Ariel la ayudó a bajar, lo pasé bien, no creas que conozco a tanta gente acá con la que ver una peli y

tomar una birra. Sylvia se fue andando hacia el portal con una sonrisa de victoria.

En el ascensor, sola, de subida a casa, apoyada en la muleta, algo mareada por la cerveza, se fundió en un largo beso en los labios con el espejo. Luego pensó soy estúpida.

El jueves, tras volver del partido en Italia, él le escribió un mensaje. «¿Nos vemos otra peli?», proponía. «Programa completo», contestó ella, y luego se arrepintió de haberlo escrito. ¿Completo? Sonaba a descaro. También se arrepentía de haberse repasado los labios de un morado apagado que en ese momento escondía bajo el cuello de lana del jersey, en el frío de las seis de la tarde, sentada en las escaleras gélidas, a la espera de ver aparecer el reflejo plateado del coche de Ariel en lo que ya era su lugar habitual de cita. Sentía que exponía, así, de un modo evidente sus intenciones. Su amor. En el morado, en su fácil disponibilidad, en el entusiasmo. Estaba nerviosa.

6

El hospital enferma a Leandro. En la sala de espera sólo hay ancianos. Es como un micromundo en extinción. Le sorprende que aún nadie haya rodado una película de ciencia ficción en la que sólo existan ancianos a la espera de trasplantes o que sobreviven ayudados por algún ingenio médico. A lo mejor lo han hecho, lleva bastante tiempo sin prestar atención a la cartelera. Alguna mujer hablaba en voz alta, expresiva, de su enfermedad. Otra le respondía, lo mismo tuvo mi cuñada. Otra, la esperanza es lo último que se pierde. La enfermera soporta la reprimenda de un hombre que dice esperar desde hace una hora, luego recoge los volantes de los recién llegados, pide paciencia, nombra a los tres siguientes de la lista.

El gesto de Leandro es opuesto al de Aurora. Ella, en la silla de ruedas, conserva una firme dignidad. La cabeza bien erguida, los hombros levantados. Tan sólo las manos inertes, blancas entre la lluvia de manchas de edad, dormidas, delatan que ella es la enferma. Leandro hunde la cabeza, la mirada baja, los hombros caídos. El sábado anterior su alumno de piano, Luis, le ha dicho que no encontraba tiempo para las clases con los exámenes de la universidad y que dejaría de acudir por un tiempo. Claro, claro, le respondió Leandro, pero sintió que ése era el final de su vida laboral. En los mejores años tuvo hasta cinco o seis alumnos particulares que repartía en clases a lo largo de la semana. Desde que se jubiló había reducido el número, pero nunca bajaban de tres. El año pasado se limitó a uno, Luis, un muchacho educado y atento que aparecía todos los sábados a las once. Le habían recomendado a Leandro como profesor en la academia, a él ya le daba pereza anunciarse, buscar alumnos. Al perder su último estudiante se dijo ya está, es el final, otro capítulo cerrado. Se mostró callado durante aquella última clase, tanto que el

joven Luis se sintió en la obligación de animarlo, quizá después de los exámenes me reincorpore.

Los últimos días apenas había salido de casa. Velaba la debilidad de Aurora, a la espera de sus ráfagas de ánimo, mientras cumplía con los absurdos empeños de ella: llamar a un conocido por su cumpleaños, pagar a Benita la hora extra del jueves pasado. De pronto salía de su adormecimiento o interrumpía la lectura para organizar la rutina, mira a ver cómo andamos de aceite, quizá haya que comprar o tendrás que ayudar a Benita con los estantes de arriba de la cocina, ella no llega. Leandro presenciaba cómo aquella mujer se alzaba en un taburete para alcanzar a duras penas a eliminar la grasa acumulada fuera de la vista, mientras gritaba, por cinco centímetros, sí señor, por cinco centímetros me quedé sin cobrar la pensión de enanismo. Ya es mala suerte, de algo me habría servido al menos ser tan bajita, pero ni eso. Leandro conocía sus desventuras personales. Un marido muerto por enfisema, cuando aún estaba en la flor de la vida; una pensión ridícula, una hija caída en las drogas que se suicidó con veintidós años arrojándose por la ventana y otro hijo transportista encarcelado en Portugal por un turbio asunto de contrabando. Le metieron algo en la carga, pero él por no denunciar a los jefes. Demasiada fortaleza mostraba aquella minúscula mujer, que alegraba la casa con su vocerío vitalista; a veces cantaba una copla mientras pasaba la aspiradora y Leandro, a quien espantaba el acorde de ambos sonidos, huía a la calle en busca de paz. Cuando terminaba la labor, Benita se asomaba a la cama de Aurora y se despedía con estruendo. Le pellizcaba las mejillas con fuerza, así toma un poco de color, que está usted muy pálida, o repetía lo peor es quedarse quieta, de quieta a muerta no hay más que un soplo.

Leandro salía a dar un paseo por el barrio para aprovechar las horas de ese sol limpio de invierno. Compraba sin orden en el Mercado Maravillas, entre los puestos que conoce de siempre y en los que elude la familiaridad. En la calle asistía al espectáculo de las gitanas que vendían ropa, lápices de labios, pañuelos. A veces se perdía por las calles interiores y sus pasos le conducían a la fachada de la Academia Diapasón y en horas de clase escuchaba a algún alumno de solfeo o de piano que tocaba con dedos jóvenes y tentativos. Durante treinta y tres años había dado clases en aquel lugar.

La preocupación por el estado de sus cuentas le ha mantenido lejos del

chalet. Se ha esmerado en los cuidados a Aurora como si esa tarea le apartara de la tentación. Alguna tarde se ha encerrado en el cuarto a escuchar un disco y ha fantaseado con la posibilidad de que su infamia haya terminado. Su hijo Lorenzo se deja caer a diario por la casa y le pregunta ¿está todo bien?, ¿puedes con todo, papá?, pide ayuda si la necesitas, por favor.

Un domingo encontró a su nieta sentada al piano y se colocó a su lado. La ayudó a sacar las notas de la melodía que canturreaba con algunas frases en inglés, como si compusiera en el aire una canción.

Aurora le pide que espere afuera, me harán pruebas y cosas raras, mejor no entres, y le fuerza a permanecer al otro lado de una puerta con la advertencia adherida sobre el nivel radiactivo del lugar. Leandro se entretiene en el pasillo, repasa cada uno de sus dedos con la otra mano, camina arriba y abajo para no volverse a encerrar en la sala de espera llena de conversaciones accidentales.

En qué lugar, dónde, Leandro no comprende cómo ha podido alzarse la barrera entre ellos, esa área de protección donde el uno no involucra al otro en su sufrir, en lo que sienten. Aurora, tan abierta, vital, sincera, siempre disponible, alegre, entusiasta, pero reservada con cualquier asunto que a él le pudiera afectar, importunar. Ella había respetado su espacio, su silencio, su falta de implicación y se había esmerado por que nada lo perturbara. Ahora Leandro se avergüenza de una relación así. Su mujer no va a compartir con él su miedo, su dolor, y es posible que necesite hacerlo, pero se lo callará, se mostrará fuerte, autosuficiente, porque es lo que ha aprendido a hacer al lado de él.

Cuando se conocieron se impuso ya quizá esa forma de ser. Leandro tenía veintitrés años y acudió a la oficina de unas dependencias del antiguo Ministerio de Educación para tratar de conseguir ayuda económica con la que prorrogar sus estudios y viajar a París. Fue de ventanilla en ventanilla, con una recomendación escrita que mostraba a quien quisiera leerla. Aurora martilleaba una máquina de escribir y fue ella quien se fijó en él y se ofreció a ayudarlo, aunque no era más que una secretaria temporal. Puede que ya entonces intuyera que Leandro era incapaz de enfrentarse a las dificultades, que necesitaba de alguien que le resolviera las catástrofes domésticas, los diminutos miedos. Aurora se interesó por su caso cuando Leandro ya sólo

esperaba recibir la última negativa sentado en un banco de madera, mientras se frotaba las manos heladas. Él le dijo que buscaba una beca para una escuela en París y ella le preguntó por su rama de estudios. Él dijo piano clásico. Los ojos de Aurora, en aquel día tantos años atrás, se abrieron enormes, como si Leandro tuviera la única llave capaz de abrirlos así.

Piano clásico.

Leandro siempre pensó que aquellas dos palabras le abrieron el corazón de Aurora. Las dijo con intención petulante. Madrid, 1953, piano clásico. Era como hablar de vida en otros planetas. Aurora leyó la recomendación escrita por algún notable y le pidió que esperara un momento. Desapareció por un pasillo trasero y tardó en volver. Tanto que cuando lo hizo, Leandro respondió a su sonrisa con un ¿seguro que no le estoy haciendo perder demasiado tiempo? Pero Aurora negó con la cabeza, odio mi trabajo, cualquier interrupción es una suerte.

A pesar de las buenas intenciones de Aurora, Leandro sólo obtuvo un saco de palabras amables y promesas que nunca se materializaron. En la calle, aquel primer día, despidió a Aurora con un correcto apretón de manos, y se alejó mientras se alzaba el cuello del abrigo. No volvió los ojos para verla a ella en el oscuro portalón. No quiso esforzarse por ser amable ni agradecerle el desvelo. Ahí presentaba su candidatura romántica, cargada de silencios, un aura de misterio y un muy oculto calor. Cuando se alejó de aquellas oficinas de la calle Trafalgar sabía que volvería a verla, que iría a buscarla tras aquella ventanilla para ofrecer la nada que tenía que ofrecer, lo poco por decir. Creo que no te agradecí del todo lo que hiciste por mí, le fue a decir dos días después. Entonces ella se ruborizó como una colegiala.

Paseaban a la tarde por las aceras del centro. Leandro dejó extinguirse la inconstante pasión por una bailarina a la que había conocido en las audiciones del *ballet* donde trabajaba de pianista por horas. Aurora cortó todas las esperanzas a un joven compañero de trabajo de su padre al que éste insistía en invitar a comer a casa para que mostrara sus ojos de marido solícito por encima de la sopa. Tras seis meses de leer *Primer Plano* para elegir alguna película que ver, de esquivar los charcos de la calle o el hedor de los mendigos en la acera, de escuchar la radio juntos, Aurora le entregó sus ahorros y le dijo vete a París y prueba. Entonces se sabían enamorados sin

futuro. En las cartas de Joaquín se le prometía un destino compartido.

Tras la guerra el padre de Joaquín reapareció como si de un muerto viviente se tratara, pero victorioso y heroico. Nada que ver con los que regresaban del frente o los campos de internamiento como lánguidas sombras. Las malas lenguas decían que había llevado también una doble vida sentimental y ahora purgaba sus faltas convertido en un devoto padre de familia que arrastraba a todo el que se encontrara en el camino a su misa diaria. Ayudaba magnánimo a los más desfavorecidos del barrio y desde el primer día insistió para que Leandro compartiera con su hijo Joaquín las clases de piano.

Tres tardes a la semana venía un viejo profesor que había perdido el puesto en el conservatorio por sus simpatías socialistas. Demasiado viejo para ser fusilado, demasiado testarudo para cambiar ahora de ideas, se había descrito él mismo en algún rarísimo guiño de intimidad con sus alumnos. Don Alonso trataba de disciplinar a los dos muchachos frente al teclado. Aprendieron tanto de sus lecciones como de su callada tristeza, del amargo agradecimiento con el que recibía, como propinas, el pago del padre de Joaquín al terminar la clase, de la cuidadosa manera de guardar las partituras envejecidas en su cartera de cuero descosida. Leandro siempre conservó un recuerdo afectuoso de don Alonso y sus ejercicios para la mano izquierda o de aquella tarde en que les habló de las escuelas de música en Rusia, de la disciplina de sus conservatorios, de la selección natural de talentos por todo el territorio, y lo hacía en voz tan callada y culpable que pareciera que les contaba una orgía en prostíbulos prohibidos. También recordaba los silencios como pozos profundos. Por más que Leandro y Joaquín con once o doce años tuvieran dedicación casi exclusiva a la alegría de vivir, advertían la vapuleada honestidad de su profesor.

Esa vida paralela con Joaquín, los dos sentados frente al piano, había quizá creado una falsa expectativa en Leandro. Sus familias eran bien diferentes, su circunstancia económica más aún. Cuando Joaquín comenzaba a dilapidar los primeros dineros en diversiones, Leandro trataba de ayudar a su madre viuda. Pero los miles de horas compartidas en la calle y luego en los cafés, las conversaciones, las confidencias, quedaron atrás con la partida de Joaquín a París.

Desde París Leandro escribió dos largas cartas a Aurora. Fueron pocas para lo que ella esperaba, pero eran bien expresivas en su amargura. Leandro no logró plaza en el conservatorio ni alcanzó a establecerse en la ciudad. Joaquín tenía una maestra entonces célebre, una austríaca emigrada que hablaba un francés de plomo, para la que Leandro pasó una audición. Se atrevió con el concierto para piano «Jeunehomme» de Mozart y ella le preguntó por qué tocaba aquello. Leandro le contestó lo mismo que aún hoy piensa, es quizá la pieza más bella para piano nunca compuesta. La frase de la mujer al terminar la audición fue demoledora, no elegimos esta profesión para hacer sonar lo hermoso como convencional. Leandro volvió a Madrid a los tres meses. Su madre había empeorado de salud y él echaba de menos a Aurora. Joaquín le dijo algo que ya entonces sonaba a piadosa mentira, en Madrid puedes lograr lo mismo que yo aquí.

Aurora y Leandro iniciaron un noviazgo oficial, feliz e íntimo, aislado del mundo y sus limitaciones. Esperaron a que Leandro terminara la carrera para casarse y vivir juntos. Podía sumar dos o tres trabajos y conseguir un sueldo que les permitiera pagar el alquiler de manera holgada. Ella mantuvo su empleo de secretaria hasta que se quedó embarazada. Al morir la madre de Leandro, con la venta del piso compraron otro en la plaza Condesa de Gavia. Para entonces Aurora ya se había acostumbrado a la reserva de Leandro. A Aurora le bastaba con saber que él sentía por ella mucho más de lo que nunca alcanzaría a expresar. Luego se nutrió de la energía de su bebé, de la vitalidad del recién llegado.

Para entonces Joaquín volaba solo. Había conseguido un representante y se había trasladado a Viena para recibir alguna lección magistral y asistir a la Bruno Seidhofer y completar sus primeras actuaciones. Sus cartas eran cada vez más cortas y más infrecuentes. Allí coincidió con pianistas como Friedrich Gulda, Alfred Brendel, Ingrid Haebler, Walter Klein, Jorg Demus, Paul Badura-Skoda. Ayer vi tocar a Glenn Gould, le escribió a Leandro, en un concierto donde destrozaba, como es habitual en él, a Bach. O asistía al Staatsoper para ver dirigir a Clemens Krauss o Fürtwangler y a pianistas como Fischer, Schnabel o Alfred Cortot, el mismo que habían escuchado infinidad de veces en una grabación de los años treinta de los veinticuatro preludios de Chopin que don Alonso les enseñó a reverenciar. Poco después

Joaquín firmaría un contrato con la discográfica Westminster y Leandro se convertiría en el viejo amigo de la infancia en un Madrid que visitó lo menos posible, en especial a partir de que sus declaraciones públicas contra el régimen se hicieron habituales y bien celebradas en su París de acogida.

Al volver a casa esa mañana, Leandro se limita a guiar a los enfermeros por las escaleras. En cada escalón mil veces recorrido ve la sombra de lo que fueron y piensa que las piernas de Aurora ya nunca volverán a subir erguidas por aquel lugar, cargada con el niño en brazos, las cestas de la compra. Leandro la ayuda a desvestirse y a acomodarse en la cama. Algo después colocará la bandeja de la comida en el regazo de ella y se instalará en el sillón cercano. Escucharán la radio que a esa hora repasará las noticias destacadas del día. Aurora no compartirá con él los detalles que le ha dado el médico. Tampoco Leandro le confesará la urgencia por salir, por volver al chalet donde trabaja Osembe. Tras dos semanas de abstinencia esa tarde volverá a verla.

7

A mediodía del sábado Lorenzo prepara la mesa para la comida. Sylvia se extraña. Es pronto. ¿Vas al fútbol? No, pero he quedado, responde de manera enigmática. Ella cocina algo de pasta y dos filetes y comen frente a las noticias del corazón y el comienzo de un telediario. Sylvia anuncia que pasará la tarde en casa de la abuela.

¿Has hablado con tu madre estos días? Sylvia asiente. ¿Tienes exámenes pronto? En dos semanas. ¿Estás estudiando? Lo que puedo. Dos horas después Lorenzo aguarda a Daniela frente a su portal. Cuando la ve advierte que se ha maquillado, un poco de sombra violeta en los ojos y en el contorno de los labios. Lleva unos pantalones elásticos ajustados y una camiseta fucsia bajo la cazadora vaquera. El pelo húmedo cae sobre la espalda. Un bolso grande de lona cuelga de su hombro. Estás muy guapa.

El lunes Lorenzo esperó a que llegara esa hora incierta de la mañana en que todo el mundo está inmerso en sus tareas y los desocupados se delatan con el lento caminar por las aceras o la mirada demasiado persistente a un escaparate. Subió las escaleras hasta el piso superior y llamó al timbre. Abrió la puerta Daniela. Detrás se oía el sonido del televisor y los balbuceos del niño frente a los dibujos. Ella mostró otra vez ese gesto retador algo incomodado, pero agradable. Se adelantó un paso para franquear el umbral de la puerta como si así se asegurara de no cometer ninguna transgresión en el hogar que le habían confiado.

Perdona que te moleste, pero creo que tengo algo para tu amigo. ¿Wilson? Lorenzo asintió, dile que me llame. Es un trabajillo que puede interesarle. Yo le digo, gracias.

El diálogo se vació bien pronto, pero ella se quedó con media sonrisa

dibujada. Por ahí embistió Lorenzo. Y otra cosa, ¿te gustaría ir a El Escorial este sábado? Me encantaría llevarte, ¿te acuerdas que te lo prometí?, insistió Lorenzo. No sé, este sábado... Daniela dejó correr sus pensamientos. No tienes que... Puedes traerte a tu amiga, si quieres. No sé si podrá. Le preguntas, a mí me encantaría. Bueno, ya te aviso.

Lorenzo volvió a disculparse por haber subido y luego desapareció escaleras abajo. Media hora después le sonó el móvil. Era Wilson. No había pasado aún de trabajos esporádicos en la construcción, nada fijo, cada mañana aguardaba temprano en una plaza de Usera la llegada de furgonetas para la contratación diaria a dedo. Allí me pongo a la cola, saco pecho para enseñar el músculo y bajo la cara para ocultar el ojo loco, le contó entre risas. Lorenzo le explicó que esa tarde comenzaría a vaciar una casa y que el dinero dependería del tiempo que les llevara la tarea.

La oportunidad del trabajo se presentó durante una cena con amigos en casa de Óscar. Lalo habló de un piso que acababa de comprar la inmobiliaria para la que trabajaba. Pertenece a un anciano de esos que perturban al vecindario con su manía de acumular basura. ¿Por qué lo harán?, preguntó alguien. Me acuerdo de una vieja de mi barrio que vivía rodeada de gatos, era igual. Síndrome de Diógenes, dijo Ana. Es un trastorno psicológico llamado síndrome de Diógenes. Cada vez abunda más. Óscar dijo que a buen seguro era un rechazo social, algo que se hacía por odio al entorno. Locura. El miedo al vacío, dijo Ana. Son gente mayor que vive sola. Lo tenemos que vaciar esta semana y no veas el miedo que da lo que nos podemos encontrar allí, por lo menos debe haber seis toneladas de basura, les contó Lalo. Yo me ocupo, dijo entonces Lorenzo para sorpresa de todos.

Lorenzo les explicó que tenía planeado montar una pequeña empresa de mudanzas y transportes y que si estaba bien pagado ése podía ser un encargo perfecto para comenzar. Al notar la mirada de sus amigos se sintió ofendido. ¿No es un trabajo digno? Sí, hombre, sí, es que es un poco sorprendente. ¿Sorprendente? De algo tengo que vivir. No sé si sois conscientes de que estoy en las últimas.

Ya, claro. Y se esquivaron las miradas unos a otros, como si fuera un concurso de aguantar sin decir nada. Lorenzo no quiso que la conversación muriera allí. Insistió. Yo me encargo de limpiártelo y vaciarlo y dependiendo

de las horas que lleve pactamos un precio. ¿Pero lo vas a hacer tú?, preguntó Lalo. El sitio debe de estar infectado.

Fue entonces cuando Lorenzo se acordó de Wilson y lo transformó en un conozco a unos ecuatorianos que pueden echar una mano. Sintió que sus amigos respiraban más tranquilos, como si esa delegación del esfuerzo lo elevara a la jerarquía empresarial, les evitara la degradante imagen de su amigo encorvado para recoger la mierda acumulada en años de desequilibrio mental por un anciano. Lorenzo improvisaba en voz alta. Estoy pensando en montar una flotilla de furgonetas, algo pequeño, pero hay mercado de sobra.

No me parece tan mala idea, dijo Óscar. Ay, hijo, yo ya te veía con una lumbalgia, destrozado dentro de una semana, reconoció Ana. Pues el lunes hablamos, dijo Lalo con fingido entusiasmo.

Wilson esperó en la furgoneta mientras Lorenzo subió al despacho de Lalo en la inmobiliaria. Su amigo le entregó las llaves del piso. Le escribió la dirección en un papel. No acababa de estar cómodo. Necesitaré una factura y esas cosas. Claro, claro. Seguro que ya no está el dueño dentro... No, hombre, no, está todo pasado por notarías. El piso es nuestro. En cuanto al dinero tú me dirás... ¿Necesitas algo para los primeros gastos?

Lorenzo y Wilson subieron por las escaleras hasta el piso. La mirilla estaba arrancada y sellada con cinta aislante negra. Antes de que logran abrir la puerta, mientras probaban con cada una de las llaves que Lalo les había entregado, una vecina salió del piso de enfrente. Somos de la inmobiliaria, le tranquilizó Lorenzo. No me puedo creer que se vayan a llevar toda esa mierda. El olor es insoportable.

No era nada comparado con el hedor que surgió tras la apertura de la puerta. Necesitaremos mascarillas, dijo Wilson. La cantidad de objetos amontonados en el piso hacían casi imposible avanzar. Al sofá y al televisor, al mobiliario habitual de cualquier casa, se le había añadido una capa de desperdicios, basura acumulada, objetos apilados hasta convertirlo en una vivienda sumergida. Muebles de distinto tamaño, sillas, periódicos viejos, bolsas de plástico llenas de no se sabía qué.

¿Habrá ratas?, se preguntó Wilson. O cosas peores. Y la casa no está nada mal. Ya verás la pasta que piden cuando esté nueva, le respondió Lorenzo. Para entonces ya se había transformado en un profesional. Habrá que comprar

mascarillas, bolsas de basura, guantes, palas, monos de trabajo, añadir un par de empleados más. Y tras levantar unas maderas y ver corretear un ejército de cucarachas en estampida añadió una bomba para insecticida.

Tardaron dos jornadas completas en vaciar el piso. El olor a cloaca era intenso y desagradable. Cargaban la furgoneta aparcada sobre la acera de bolsas de basura enormes. Conducían hasta un vertedero cercano y allí vaciaban la furgoneta para volver a empezar. Los desperdicios parecían no acabarse nunca. Periódicos y revistas que se remontaban hasta el año 1985 como si así dataran el comienzo de la demencia. La vecina, en algún rato en que amenizó las pausas de Lorenzo y Wilson y los dos compatriotas de éste que se sumaron a la labor, les contaba lo poco que sabía del hombre. Primero había comenzado a descuidar su aspecto físico y luego fue poco a poco degradando la vivienda. ¿Mujeres? No, no lo recordaba. Estaba segura de que trabajaba en Correos, pero en los últimos años no tenía horario. Lo mismo salía de madrugada que no se movía en días. Ni ruidos ni escándalos. Eso sí, cuando los vecinos comenzaron a afearle la conducta, el olor y la peligrosa acumulación de desperdicios, arrancó la mirilla y la tapó. Otro día amenazó al presidente de la comunidad con un cuchillo. Y la policía ya se hartó de venir con asistentes sociales, hasta que al final cursó el expediente de desahucio. Entonces había llegado la inmobiliaria y, nadie sabía muy bien cómo, había logrado comprar el piso.

Debajo de uno de los armarios había un cajón inmenso de madera lleno de fotos de mujeres recortadas por el contorno, como el pasatiempo de un niño. La tarea debía de haberle llevado años porque la cantidad era ingente. No eran mujeres desnudas ni llamativas por bellas, no parecían elegidas de un modo determinado. Eso sí, eran sólo mujeres. El contorneado era detallista, sin atajos, trabajo de alta precisión inútil. Parecían recortables antiguos de muñequitas por vestir. Había otra colección acumulada de billetes de metro, sujetos en tacos por gomas que se rompían con sólo rozarlas. Había chapas en cajones, botellas vacías e impresos de publicidad. En la cocina tan sólo la cubertería imprescindible para una persona. Un vaso, un plato y un juego de tenedor, cuchillo y cuchara. Radical declaración de soledad. Cientos de trapos y bolsas de plástico arrugadas en forma de bola. La manía de guardar parecía sólo crecer a base de cosas inútiles, sin sentido. Colecciones enteras de nada.

No había demasiada basura orgánica y el olor más insoportable provenía del váter estropeado cuya cisterna goteaba incansable. La bañera era una piscina de óxido, el inodoro carecía de tapa y sin embargo se acumulaban los botes gastados de gel y jabón. En la cocina, pegado a la puerta de la nevera, llamaba la atención un papel con un número de teléfono y el nombre de Gloria.

Lorenzo se guardó el papel y en el descanso del segundo día marcó el número. ¿Gloria?, preguntó a la voz que le respondió. Sí, soy yo, dijo una mujer. Tendría en torno a los cuarenta años. Mire, perdone, se excusó Lorenzo. Le llamo de la calle Altos de Pereda número 43, del primero A. De la casa de don Jaime Castilla Prieto. Lorenzo había memorizado el nombre del antiguo inquilino. ¿Qué quiere?, preguntó la mujer.

Lorenzo dio rodeos tratando de extraer información. Le dijo que estaban vaciando la casa y había encontrado su número anotado en un papel. Había cosas que quizá fueran de valor y quisieran conservar. ¿Por qué me llama a mí?, no he estado jamás en esa casa. No conozco a nadie con ese nombre. Pero su número estaba en un papel, en la puerta de la nevera... No sé por qué...

Lorenzo insistió en lo extraño de que no conociera ni el lugar ni al hombre que guardaba la anotación de su teléfono como un único contacto a la vista. Era, en apariencia, el único dato que lo enlazaba con el mundo real. Pero la mujer, la tal Gloria, negaba cualquier relación. La negación resultaba sincera, sorprendida, algo turbada. Lorenzo se dio cuenta de que empezaba a importunar a la mujer y se despidió con disculpas. Era raro.

A su manera, el dueño de la casa era un tipo ordenado, le hizo ver Wilson en un instante de pausa. Llamaban la atención los objetos cotidianos, fósiles de una vida convencional, que aparecían al retirar las capas de acumulados desperdicios. Una bicicleta estática empujada bajo la cama, perchas, zapatos en buen estado. ¿Por qué vivir así? ¿Por qué terminar así? Lorenzo sentía vértigo, miedo, se hacía estas preguntas camino del vertedero. Al final se consoló con la respuesta de Wilson. El tipo se abandonó. ¿Y por qué no?

¿Y por qué no?

La última carga de la furgoneta correspondió a aquellas cosas a las que Wilson o Lorenzo concedieron algún valor. Muebles coquetos de pequeño tamaño, un aparador, tres relojes de pulsera, algunos frascos de cristal. En ese reemplazo final Lorenzo cargó una maleta de cartón con algunos discos de

vinilo en pequeño formato y dos o tres libros y la enorme colección de fotos recortadas por la silueta.

A última hora llamó a su amigo Lalo. Ya está, tienes el piso vacío. Mañana te paso la factura, ¿vale?

Lorenzo devolvió a los compañeros de Wilson a las cercanías de Tetuán. Luego ambos se acercaron hasta el puesto de un anticuario en la barriada del Rastro que se había comprometido a echar un ojo a los muebles sobrantes. No es negocio, pensó Lorenzo cuando le ofreció una cantidad por las piezas. Wilson, más hábil, regateó con cierto descaro hasta aumentar unos cuantos euros la oferta final. Wilson se empeñó en acompañar a Lorenzo a lavar la furgoneta a una gasolinera, para tratar de desprenderle el olor desagradable. El ecuatoriano frotaba la parte trasera como si la furgoneta fuera suya. Lorenzo sintió un extraño agrado. Le caía bien el tipo. De vez en cuando decía alguna gracia con intención y se reía entre dientes. Cuando lo devolvió a su casa le pidió un favor. ¿Puedes decirle a Daniela que baje un momento? Tengo que preguntarle algo, se justificó ante la sonrisa intencionada de Wilson.

Lorenzo esperó en la oscuridad, aparcado sobre el vado de una entrada de garaje cercana. Daniela salió del portal y se acercó a la furgoneta esquivando el haz de luz de los faros. ¿Qué tal les fue?, preguntó. Agotador, dijo Lorenzo. Ya te contará Wilson.

Fuera del trabajo Daniela parecía más relajada. El pelo suelto, húmedo, le caía al borde de los ojos. Sí, bueno, está bien, dijo ella de pronto.

Lorenzo tardó en comprender que eso era una respuesta a la invitación para el sábado. ¿Te recojo entonces después de comer? Está bien. Lorenzo arrancó el motor y ella se volvió con la media sonrisa sin deshacer. Lorenzo la miró regresar al portal, caminaba sin contoneo, más bien a pequeños impulsos desafiantes. Sabe que la estoy mirando, pensó Lorenzo.

Luego pasó por casa de sus padres. Leandro y Aurora cenaban en el cuarto. Una tortilla. Lorenzo apreció su apagada intimidad. Estaba alegre, agotado por el trabajo. Me quedo sólo un segundo que tengo que ir a casa a ducharme, se explicó. ¿Seguro que no quieres cenar? No, no. Preguntó cómo se encontraban. Se enfadó porque no le hubieran pedido que los acompañara al hospital y luego les dio evasivas eufóricas en cuanto al trabajo. Cuando lo tenga más consolidado os lo cuento, se limitó a decir, convencido de que

sonaba bien. ¿Qué ha dicho el médico?, le preguntó a su padre, luego, camino de la puerta.

Nada, una revisión normal.

En casa le aguardaba una nota de Sylvia. «Estoy estudiando en casa de Mai, vendré tarde». Estudiando. Lorenzo esbozó una sonrisa irónica.

Después de ducharse se metió en la cama. Dio vueltas. Cansado, pero presa de la excitación. Tardaba en dormirse. Se incorporó para sacar del vestidor cercano la muñeca Barbie enterrada al fondo del armario. Volvió a la cama con ella. Bajo las sábanas acarició sus formas plásticas. Estaba demasiado cansado para hacerle el amor y se quedó dormido con la muñeca apoyada sobre el vientre.

De madrugada le despertó el ruido de la puerta al abrirse. Los pasos ligeros de Sylvia. Lorenzo espió la hora en el despertador de la mesilla. Cerca de las tres. ¿Saldrá con algún chico? Esperemos que sepa lo que hace. Tendría que hablar con Pilar. Le preguntaré. Con las madres se confiesan. Se desveló. Concedió el tiempo suficiente a Sylvia para meterse en la cama, luego se aventuró hasta su cuarto. ¿Qué horas son éstas de volver, Sylvia? Se me hizo tarde. No hace falta que lo digas. Me lié en casa de Mai. No quiero que vuelvas tan tarde, me preocupo. Vale, déjame dormir. Lorenzo observó su cuerpo de mujer bajo las sábanas. Se pregunta si algún chico disfruta de sus formas y luego borra del pensamiento el asunto, le perturba. Lo relaciona con su propia sexualidad. La preocupación por su hija no evitó que de vuelta en su dormitorio se masturbara con la muñeca y luego la devolviera, avergonzado, al fondo del armario.

Cuando el sábado, a primera hora de la tarde, Daniela sale de su portal y se sube de un salto a la furgoneta de Lorenzo, éste refrena el impulso de saludarla de una forma demasiado festiva. Se limita a sonreír en respuesta a la sonrisa de ella. ¿Está muy lejos El Escorial? No, una hora, como mucho. Ah, pensé que estaba más lejos.

No, no, está muy cerca.

8

Ha bajado al garaje a toda prisa. No quiere llegar tarde al entrenamiento. Ha sacado la ropa de cama de la lavadora. No sabe muy bien qué hacer con ella. Aún está húmeda. La extiende sobre el tendal interior. Fuera hace frío.

En el entrenamiento se le hielan las manos. Nota pesadas las piernas. Tiene falta de sueño. Le vuelven ráfagas de la noche anterior.

¿Qué estoy haciendo? Es una menor. Tiene dieciséis años. Sin embargo los labios de Ariel no se separaban de los labios de Sylvia. Ella rompió su inmovilidad y atrajo la mano de Ariel hacia su nuca, la sumergió bajo la espesura de su pelo. Ariel alcanzó a acariciar la nuca y el cuello. ¿Qué va a ocurrir? Fue Sylvia quien se separó un instante, buscó los ojos de Ariel y sonrió.

Estoy loca, ¿no?

Ariel le pasó los dedos por la mejilla. Era suave, sin marcas. El gesto tenía algo de caricia infantil. No vamos a hacer nada, dijo él.

Sylvia bajó la cabeza, avergonzada. Ariel quería pasar los dedos por los labios de ella, pero no se atrevió a hacerlo. Sylvia atrapó un mechón de su pelo y lo mordió en la comisura de los labios. Ariel le acarició las manos y le apartó el pelo de la boca. ¿Por qué hacés eso? Lo hago cuando estoy nerviosa. ¿Y ahora estás nerviosa? No sé. No tenés que estar nerviosa. ¿Estás cómoda? ¿Querés algo más? No sé, otra cerveza...

El viaje de Ariel hasta la cocina concedió unos segundos a ambos. Sylvia se retrepó en el sofá. Ariel sabe que cuando los besos son demasiado apasionados delatan el miedo a lo que espera detrás, el pavor. Una vez se besó durante horas con una chica que había conocido en un concierto, eran besos de un fogoso increíble, pero huyó despavorida cuando él trató de desnudarla.

Aquel recuerdo, unido a los besos espontáneos y entregados de Sylvia, le alarmó. No, no iba a hacerlo. El frío de la nevera le devolvió la cordura. Al sentarse de nuevo en el sofá lo hizo unos centímetros más lejos de Sylvia. Apenas nada, pero para ella debían de resultar kilómetros.

Lo mejor será que te lleve a casa, dijo él, y ella asintió. Son las doce y media.

Mi padre me mata. ¿Entrenas pronto?

A las diez. Cuando le explicó que terminaban a la una del mediodía y luego tenían la tarde libre, Sylvia dejó escapar un silbido y algo parecido a vaya una vida. Claro que soy fanático de la siesta, ya en Buenos Aires lo era. Necesito dormir, al menos una horita. Luego hablaron del partido del sábado. En Sevilla. Viajarán el viernes. Lo televisan si querés verlo. No soy tan aficionada, creo. Pensé que te gustaría verme... La conversación discurrió como una pantalla de lluvia entre el uno y el otro. Ariel se tocó la nariz con el dedo y Sylvia se mordió la uña del pulgar.

¿Me has invitado porque te gusto? La pregunta de Sylvia devolvió el calor perdido, los ojos de ella se habían abierto como un cielo verde. Te he invitado porque me caes bien..., porque me gustas, sí. Pero no te he traído aquí para acostarme contigo.

Ariel se mantuvo inmóvil en la distancia. Ella sonrió, nerviosa. Al beber de la botella sus labios se plegaron hacia afuera y Ariel volvió a desear besarla. ¿Por qué esa locura? Tan sólo se llevan cuatro años, pero a Ariel se le antojaba una diferencia inalcanzable. Recordó a un compañero que le decía los futbolistas somos como los perros, a los treinta años somos ancianos.

Ariel estableció una distancia física, a modo de barrera de resistencia. Ella logró romperla y le acarició con el dedo la ceja rota por una pequeña marca. Herida de guerra, dijo él, y explicó que fue en un entrenamiento hace un par de años. Es un ejercicio bastante cabrón, para quitarte el miedo a entrar de cabeza. Se bota un balón contra el suelo entre dos jugadores muy juntos y gana el que consigue cabecearlo antes. Ya sabes, esas cosas de a ver quién le echa más huevos.

¿Puedo ver tu cuarto?

¿Mi cuarto?

Sylvia se puso en pie con agilidad. Se colocó frente a él y le tendió una

mano. Ariel dudó un instante, la tomó y se levantó con ella. Dejaron la película en el televisor con su música que resonaba en el salón y enfilaron escaleras arriba. Por aquí, dijo él, y ella pasó delante. Ariel intuyó los huesos de la espalda bajo el jersey de lana. Un papel asomaba la punta en el bolsillo trasero del vaquero de Sylvia. Ariel se mordió el labio inferior. Señaló la segunda puerta. Estaba entornada, Sylvia la empujó para descubrir la cama hecha y el desorden de compactos junto al aparato de música en el suelo. Se sentó sobre la cama y eligió un cedé. Lo puso. De la farola de la calle llegaba un resplandor anaranjado que iluminaba la habitación. Las paredes estaban desnudas excepto una foto del skyline de Nueva York dentro de un marco fino de madera negra. Ariel se avergonzó de aquel cuadro que era herencia del anterior inquilino.

Vio a Sylvia quitarse el jersey y dejar que el pelo cayera en desorden sobre su cara al sacárselo por el cuello. Más que recolocárselo, tras lanzar el jersey al suelo, se rascó los rizos, en un gesto irónico.

Estaría bien que me abrazaras, la verdad.

Ariel sonrió. Ella actuaba de manera tan cerebral que era imposible sentirse incómodo. Se acercaron y la abrazó por los hombros. Ella buscó sus labios y los encontró.

En la muñeca, Sylvia tenía tres pulseras de hilo gastadas.

No sé lo que vamos a hacer, pero después de esta noche no tienes que volver a verme nunca si no quieres, Sylvia trató de hablar con aplomo. Parecía menos nerviosa que él. Se dejaron caer sobre el colchón y el beso se prolongó en desordenados abrazos. Ella le quitó primero la camiseta a él y le besó los hombros. Ariel le levantó la camiseta y tras sacarla entre los rizos le desprendió el sujetador. Los senos de Sylvia irrumpieron dominando la escena con el blancor vivo y el rosado encendido de sus pezones. Ella pareció retraerse. El proceso fue lento, espaciado. La ropa siempre es un incordio, no está pensada para que sea hermoso el momento de despojarse de ella, pensó Ariel.

Él le desabotonó la cremallera del pantalón y ella le dejó hacer. Le bajó la ropa que se enredaba sobre los muslos. Sylvia le forzó a subir. No quería que el rostro de Ariel quedara frente a su pubis como un vecino en una calle angosta. Le abrazó fuerte, como si quisiera inmovilizarlo, mientras lograba,

con los pies, deshacerse de la ropa liada en sus tobillos. Después él la vio retirar las sábanas y precipitarse dentro de la cama. Ariel se sentó sobre el colchón para deshacerse de su ropa.

¿Tienes condones?

Ariel asintió y salió del cuarto un instante. Sylvia vio, sin querer mirar, las piernas sobremusculadas de Ariel. Cuando se reencontraron bajo las sábanas, Sylvia se aventuró a repasar el cuerpo atlético de él con las manos. Su piel tostada contrastaba con la blanquecina tonalidad de Sylvia. Ella alcanzó con su mano, tras caricias evasivas, el sexo de Ariel. No llegó a tomarlo en sus dedos, retrocedió y se tumbó, como si quisiera recibirlo sin ser demasiado consciente de lo que iba a suceder.

Pero Ariel no se tumbó sobre Sylvia. No le quiso preguntar ¿eres virgen?, aunque descendió con su mano hasta el sexo de ella. Estaba húmedo y desarmado. La masturbó con delicadeza, utilizando el dedo corazón para penetrar en ella. En un instante, Sylvia cerró los ojos y comenzó a languidecer de gusto. Se aferró al brazo de él y gimió, hasta soltar un grito enlazado a otro y otro más contenido que le obligaron a derrumbarse y abrir los ojos con una sonrisa. Ariel dejó caer la cabeza junto a ella.

Sylvia recuperó la sensación de peso de su propio cuerpo. El rato anterior parecía haber correspondido a una extraña levitación, Ariel trató de acomodarse junto a ella. Colocó su brazo de almohada y Sylvia dejó caer el cuello. Con el brazo se cubrió los senos.

¿Quieres que te haga algo yo a ti?, preguntó Sylvia con timidez. No hace falta. Sylvia adoptó un tono cómico. No, no, si no es molestia, ya que pasaba por aquí. Sonrojada se tapa la cara con la sábana. Debes pensar que soy una estúpida.

Espero que haya sido hermoso.

Le sorprendió el adjetivo. Ningún español lo usaría. Le contó a Ariel que su amiga Mai a veces decía que los argentinos al hablar echaban caramelos por la boca. Es algo en el tono de voz, aquí todo suena más agresivo.

Ariel cambió la música. Era una voz femenina brasileña, que se esparcía por el cuarto como una gasa. Música para follar, se arrepintió de haberla elegido.

Sylvia acarició con su mano el vientre de él, luego comprobó que su sexo

estaba excitado y se forzó a masturbarlo, por más que el movimiento le resultara ridículo, grotesco. Ariel colocó su mano alrededor de la mano de ella y la ayudó a terminar.

Pasó un rato larguísimo del que no fueron conscientes.

Ahora sí tengo que irme, anunció Sylvia. Se sentó sobre el colchón y a Ariel le excitó la manera sutil de ocultar sus pechos con el antebrazo y la sábana. Como en las películas antiguas. La observó empezar a vestirse con una velocidad endiablada.

¿Quieres ducharte?

No quiero volver muy tarde a casa.

El jersey había quedado del lado de Ariel y al incorporarse se lo tendió a Sylvia. Tu pulóver. ¿Pulóver? Sonrió ella. Se terminó la cerveza en dos tragos mientras Ariel se vestía de pie.

El coche volaba por la autopista casi desierta. Sylvia bajó la ventanilla y asomó la cabeza. Caía una ligerísima lluvia que le mojó la cara, refrescándola. No le dijo a Ariel que tenía la sensación de llevar tres horas ruborizada y le ardía la piel. El pelo se sacudía hacia atrás, como si fuera a desprenderse de su cabeza. Era agradable. Sonaba la música entre ellos, que no hablaron apenas.

Sylvia le guió hasta su barrio. ¿Cómo se llama esta zona?, preguntó Ariel. Un nombre precioso, Nuevos Ministerios. ¿A que nunca habías estado con una chica de Nuevos Ministerios? ¿Y tú? ¿Habías estado antes con un chico de Floresta?

A Ariel le sorprendió que no se inclinara para besarlo. Un corto contacto en la mejilla fue toda la despedida. Sylvia dijo gracias lo he pasado muy bien. Yo también, respondió Ariel. Nadie se atrevió a decir nos llamamos. Ariel la vio alejarse hacia el portal de ladrillo. Parecía alguien frágil en mitad de la calle iluminada. Pensó que quizá no volvería a verla nunca más. Valoró el esfuerzo que Sylvia había realizado para no dejar desbordar sus emociones, para mantener retenidas sus ganas de abrirse, de dejarse ir. Entonces la apreció más.

El rastro al cambiar las sábanas le acercó a ella. Sintió que había sido frío, distante, duro con ella. Como alguien que resolviera un trámite. El futbolista que se folla a la adolescente deslumbrada sin apenas esfuerzo, que

ignora todo más allá de una nueva muesca en su currículum. Pero no me la follé, argumentó en su descargo. Quizá fue peor dejar que le hiciera esa paja larga, donde él tuvo que esforzarse para lograr correrse sin que el mal rato se extendiera hasta lo insultante. Echó las sábanas dentro de la lavadora. Esperó a que se pusiera en marcha. No quería que Emilia fisgara o pidiera explicaciones.

El sueño le trajo los cabellos de Sylvia posados sobre sus senos, cubiertos casi por completo. Recordó la inmovilidad de Sylvia tras el orgasmo, sin atreverse a dar el siguiente paso y revelar precipitación, miedo, arrepentimiento. En ese instante deseó volver a verla y mostrarle la calidez de la que había carecido durante casi toda la noche.

En el entrenamiento la pelota corre de uno a otro de los compañeros y Ariel parece incapaz de interceptarla. En un momento determinado el entrenador se acerca al grupo y en tono seco dice ponte las pilas, Ariel.

Entendió que no se refería a ese lance en concreto sino en general a su rendimiento. Y se sintió herido. Le avergonzó no estar entregado del todo al juego, concentrado.

Al abandonar el campo firmó los autógrafos que le pedía por entre el trezado de la valla un grupo de escolares. Una de las niñas le gritó qué guapo eres y Ariel levantó la mirada hacia ella. Tenía la cara algo desencajada de la pubertad, en esa época de transición algo monstruosa, sin acabar de formarse. Le rodeaba la manada de sus amigas, histéricas y chillonas. El grupo le desagradó. Habían perdido esa gracia infantil a la que todo se le perdona. Volvió a recordar a su amigo que relacionaba la vida de los futbolistas con la de los perros. Nosotros también morimos antes que el amo.

Para entonces había decidido no ver más a Sylvia. Alejarse de ella. No, no podía ocurrir de nuevo. No volvería a verla. Era su madurez impensable en alguien de dieciséis años, aunque fuera fingida, lo que le asustaba más, lo que la convertía en aún más peligrosa.

9

A las seis de la tarde de aquel sábado aún no había brillado el sol. Así que sería uno de esos raros días en que no aparece en toda la jornada. Sylvia había llegado un rato antes a casa de la abuela. La sonrisa de Aurora bajo sus ojos húmedos compensaba la pereza de echar la tarde sin nada mejor que hacer. Mai se había vuelto a ir a León a pasar el fin de semana, empeñada en salvar una relación que decía iba cuesta abajo y sin frenos. Sus tres días en Viena habían sido tan intensos como penosos. A ella le había caído un porrazo perdido de los antidisturbios que le había fisurado la clavícula. Aparte de un morado inmenso, grande como una quemadura, que mostraba orgullosa, se había pasado cuarenta y ocho horas en observación en un hospital en las afueras de la ciudad. Maldecía a Mateo porque apenas se había preocupado de ella. No hemos venido aquí en plan parejita, le había dicho.

El hospital era una especie de cárcel para heridos leves. Un italiano con el brazo roto, un griego intoxicado por un bote de humo, una americana con el tobillo destrozado por una pelota de goma. Era una forma de detención encubierta. A más de cuarenta kilómetros de Viena, quedaban desactivados para volver a la protesta. Y sin el cargador del móvil, se quejaba Mai. No te escribí por eso, para reservar batería por si Mateo me llamaba. Y ese gesto que reconocía egoísta, e inútil porque él ni la llamó, indignaba a Mai consigo misma. Le contó a Sylvia hasta el último detalle de su peripecia.

Me sentía estúpida, abandonada. Suerte que había un anarquista de Logroño, muy gracioso y muy gordo, que me hizo reír sin parar. Le habían dado quince puntos de sutura en la cabeza y no se quejaba. Nos enrollamos muy bien. Me decía todo el rato no te quejes, que anda que ser anarquista en Logroño es como vender peines en Marte. Una vez había saltado al ruedo de la

plaza de toros durante las fiestas de San Roque para denunciar la tortura animal y exigir la prohibición de las corridas, fui con tres o cuatro ecologistas más y ahí sí que nos dieron una paliza de padre y señor mío. Encima íbamos en pelotas y de una patada me subieron un testículo, ¿tú sabes lo que duele eso?

En el hospital, tras confesar sus dudas al gordo anarquista de Logroño, había resuelto romper con Mateo, pero el viaje de vuelta los reconcilió. Veinte horas de autobús unen a cualquiera, decía Mai. Pese al cansancio, las manos de Mateo, bajo la manta, habían tenido la habilidad de salvar su relación. O al menos eso insinuaba ella con una sonrisa ladeada. Tía, tengo la impresión de que lo nuestro es sólo físico.

Sylvia hubiera querido contarle su aventura con Ariel, pero no encontraba la ocasión. Tenía miedo a Mai. Hablaba demasiado. Y si alguien en el instituto se enteraba de algo así, podían hacerle la vida imposible. En ese entorno no dar que hablar era una virtud. Cualquiera que despuntara corría peligro, a cualquiera se le fabricaba una leyenda. Como esa pobre chica de segundo de ESO de la que aseguraban que cobraba por chuparla en los baños de chicos y la mitad del instituto decía que había desaparecido porque no soportaba la mentira y la otra mitad porque sus padres habían descubierto que era cierto. No, era mejor callar. Cada vez que vencía sus reticencias y se decidía a hablarle a Mai del asunto, por suerte volvía a encontrarla enfrascada en su propia batalla. ¿Tú qué crees, que ir este fin de semana a verle es una bajada de bragas total o que está bien por mi parte pelear para que la relación no se vaya a tomar por culo?

La respuesta de Sylvia fue lacónica. Vete.

Faltó a la primera clase el día después de su noche con Ariel. Soportó el enfado de su padre, las recriminaciones por las horas de volver a casa. Camino de clase revisó los mensajes de su móvil, pero no había noticias de Ariel. Entonces revivió la frialdad de él. Ella había forzado el desenlace. Él se había resistido y ella lo había llevado al cuarto. No hizo nada por retenerla cuando se quiso marchar a toda prisa. Ni siquiera la besó al despedirse en la calle. Apenas hablaron en el viaje de vuelta en coche. Todo era extraño. Gélido.

Se había sentido sucia, estúpida, al vestirse a toda prisa ante la mirada de

él, con su semen aún húmedo manchando las sábanas. Le avergonzaban sus pechos enormes bailoteando absurdos mientras se recolocaba el sujetador. Y su olor de mujer. Si Ariel ni tan siquiera quiso hacerle el amor, arrancarle una virginidad que estaba segura de que se le transparentaba, que era voceada a los cuatro vientos por un sistema de megafonía instalado en su rostro, en su forma de comportarse. Aquella paja torpe con la que quiso satisfacerlo debía de sonar al disimulo histérico de cualquier adolescente acobardada. Le volvían de vez en cuando mínimas señales positivas. Recordaba las manos y la piel de él, el gesto de indefensión al derramarse, el calambre de su muslo, los músculos en tensión. El placer de acariciarle los huesos de la espalda, sentir las costillas marcadas. Todo en ella, por contraste, le resultaba flácido. Cualquier tentación de enviarle un mensaje, de recordarle la noche, se esfumaba cuando valoraba su actitud descarada y mojigata a partes iguales.

A medida que no llegaba ninguna señal de Ariel se impuso la versión más negra y fatalista. Sólo soy la niña que se cuelga del futbolista famoso. Como si tuviera derecho, en contrapartida por el atropello, a algo más que una indemnización del seguro.

El viernes Sylvia no había aguantado más y en un raptó de valentía y desolación le había enviado un mensaje. «Suerte en el partido». Rebuscado pero neutral. Él tardó algo en contestar. «Hablamos a la vuelta. Gracias». El gracias rebajaba la promesa al grado de trámite casi empresarial. Gracias. Sonaba a apretón de manos más que a beso. A despedida más que a regreso. Sólo hubiera faltado eso la noche en que la trajo a casa, estrecharse la mano y decirse encantado, hasta la próxima. Y si quieres una camiseta dedicada puedo enviártela a casa. Si tenía la tentación de convertir, como lo hacía a ratos, a Ariel en el hombre de su vida, podría empezar desde ya a reconocer el fracaso, se decía. He perdido al hombre que quiero.

Esa noche salió con gente de clase. Es lo que me corresponde, pensó. Las calles abarrotadas y no los chalets de lujo en las afueras, los restaurantes exquisitos, los dormitorios de adultos. Un banco sobrecargado de chavales, alcoholes mezclados, la música atronadora escupida desde los garitos como si rebosara, marañas de pelo, ojos esquivos, pantalones caídos, risas exageradas, algunas chicas maquilladas en exceso como payasas en celo, chicos con las manos en los bolsillos, grupos que se golpean con manotazos

las espaldas, chicas que se cubren las piernas y las caderas, un grupo al lado de otro grupo, en una especie de cadena que se extendía por la calle, y que se apartaba con desgana para dejar pasar un coche.

En la plaza donde querían sentarse había una pareja de policías que pedía los carnets y trataban de espantar a seis rumanos beodos que ocupaban un banco del parque infantil sucio y plagado de botellas y vasos de plástico. En los locales no había casi espacio para llegar a las guapas camareras, que recorrían la barra para atender a clientes a los que apenas premiaban con una mirada. Los compañeros de clase bromeaban entre ellos, hablaban del curso, se reían de algún profesor, de algún alumno. Nico Verón imitaba la rigidez de cuello del profesor de matemáticas. La misma nostalgia de siempre por lo que había pasado ayer. Escuchaban la música y esperaban a que alguien dijera ¿nos movemos?, para cambiar de local.

Su padre estuvo nervioso toda la mañana del sábado. Se dedicó a volver a ordenar el salón. Tratar de poner recta la balda de la estantería que había cedido al peso de la enciclopedia. Puso la mesa a una hora inglesa y Sylvia cocinó para ambos. Se había levantado tarde. No tenía hambre ni humor. Preguntó a su padre si iba al fútbol pese a que sabía demasiado bien que su equipo jugaba en Sevilla.

Antes de salir hacia casa de sus abuelos se había estudiado frente al espejo. Después de ducharse aún le olía el pelo a tabaco de la noche anterior. Dicen que perder la virginidad cambia la expresión de la cara. ¿Bastó el dedo de Ariel? ¿Ya estaba? ¿Sucede así? Se toca el final de la mandíbula sin formar aún. Tampoco los pómulos se afinaban. Seguían, según ella, apagados en la infantil forma redondeada que le hacía aparentar ser una gorda perpetua. En los ojos quizá sí aprecia una expresión vaga, fugaz, algo más adulta y madura. Como si conociera mejor alguna verdad. Mai tenía razón cuando aseguraba que los chicos quieren quererte, pero huyen de ti. Ella lo decía así: pueden tener las manos en tus tetas, pero sus pies ya están a punto de echar a correr para alejarse de ti. Huyen. Sylvia no iba a taponar la huida de Ariel. Ni a retrasarla. Cuanto antes se resolviera el absurdo de su relación accidental, mejor. Pero había sido hermoso, ¿no?, se preguntaba a ratos, como si no quisiera perder del todo, al menos, el recuerdo agradable. Cuando le trajo de vuelta a casa ella reparó en la mano de él tensa sobre la palanca del cambio

automático del coche. Era un gesto de tensión, ella quiso acariciarle los dedos, invitarle a relajarse, pero no lo hizo.

La sonrisa de la abuela Aurora la ayuda a olvidar. El abuelo Leandro les deja al rato para dar el paseo de todas las tardes. Juegan una partida de damas sobre la colcha y a mitad se descolocan todas las fichas sin que les importe demasiado volver a empezar. ¿Te acuerdas cuando jugábamos a las muñecas en tu cama y la destrozábamos entera?

Estoy pensando cortarme el pelo, anuncia Sylvia. La abuela trata de quitarle la idea. Pero si lo tienes precioso. Ya, pero es un coñazo, dice Sylvia. Me lo ponga como me lo ponga, siempre queda mal. Aurora le acaricia el pelo y se lo recoge hacia atrás. Recién lavado, ha ganado en espesura al secarse en la calle, con la brisa.

Yo tenía el pelo como tú, pero siempre lo llevé recogido. Una vez me lo quise cortar y el abuelo, que era el único que lo conocía suelto, casi el único, me preguntó por qué. Me da mucho trabajo, le expliqué. También conservar los cuadros del Museo del Prado da mucho trabajo y a nadie se le ocurre tirarlos, me dijo.

Sylvia sonrió y levantó los ojos hacia la abuela.

Tu abuelo tenía esas formas nada delicadas de decir las cosas bonitas. Sigue siendo igual. Ahora dice menos cosas, eso sí, y concede un gesto a la melancolía. Ya llegará el día en que te cortes los rizos, pero que no sea por un arrebató de mal humor.

Las fuerzas de la abuela Aurora no tardaban en agotarse. ¿Quieres que te lea algo? No, háblame, le responde ella. Sylvia no sabe qué decir. Le cuenta que estos últimos días, cuando trata de leer, avanza por las páginas pero sin enterarse de nada. A las tres páginas tengo que volver atrás, le dice.

¿Qué tendrás tú en la cabeza?

Sylvia no responde, aunque querría. Hablan de los exámenes cercanos. La abuela pregunta por Lorenzo. Si sale, si se cuida, si frecuenta a los amigos. Entonces le cuenta que ella y el abuelo siempre han descuidado a los amigos. A él no le importa, disfruta estando solo, pero a veces echo de menos las visitas, la gente alrededor. Tu abuelo adora a Manolo Almendros, pero no lo llama jamás, tiene que ser el otro el que llame, el que venga con su mujer a echar la tarde o a comer de vez en cuando y me llama a mí antes para saber

que no molesta y para que le compre unos chocolates que le gustan.

Señala a Sylvia un joyero cercano para que se lo alcance. Revisan las piezas. La abuela le explica la historia de un reloj o un colgante. Hay un brazalete que me regaló Leandro en un rapto de romanticismo, uno de esos escasísimos momentos en que parecíamos una pareja normal. Si te gusta algo, te lo regalo, para ti.

A Sylvia le perturba esa especie de herencia en vida. Se prueba por encima unos pendientes pero vuelve a dejarlos. ¿Adónde podría ir con ellos?

Algún día tendrás que arreglarte... Claro, que ahora lleváis los anillos en la nariz y los pendientes en el ombligo, cómo ha cambiado todo. Y en otras partes, abuela, en otras partes también... Cuenta... ¿Sí? Sí, hay tías que se lo ponen en la lengua, y en el clítoris. ¿El qué? ¿Un pendiente? Sí, o una bolita de plata, le informa Sylvia. ¿Y no duele al...? Creo que no. No, claro, si debe de ser una cosa primitiva, piensa en voz alta Aurora, como saliendo del pasmo.

Un rato después la abuela se ha dormido. Sylvia repasa los apuntes de historia que lleva en la mochila. El abuelo regresa de la calle despeinado por el aire y la cara cortada por el frío. Sylvia cena con ellos y luego vuelve a casa dando un paseo.

Le deprimen los sábados por la noche, parece como si fuera una obligación pasárselo bien. A la puerta de un coche tres chicos terminan de vestirse de tunos. Uno de ellos está calvo y es panzón, tiene cuerpo de bandurria. Más adelante hay un chico que llora sentado en el bordillo, la chica a su lado le sostiene las gafas y trata de consolarlo. Ella cruza una mirada con Sylvia, entiende que acaba de pedirle que lo dejen.

Se ha tumbado en el sofá a ver el partido que dan por televisión. Ariel es agarrado por un defensa que le persigue pegajoso. Cuando lo tira al suelo se queja al árbitro, que le hace un gesto para que se levante sin parar el juego. A Sylvia le resulta ridícula esa figura del árbitro, como si no perteneciera a la misma realidad que los jugadores. Parece un señor, estirado y aristocrático, con esos apellidos imposibles, siempre compuestos y siempre estrafalarios. Los eligen por apellido raro, piensa. Poblano Berrueco se apellida éste.

A Ariel se le ha salido la camiseta tras el agarrón. Asombra lo pequeño que parece frente a su marcador, como si fuera un crío. Al correr, la melena se le levanta, alisada por el sudor.

Los comentarios de los locutores se limitan a señalar el nombre del que lleva el balón y destacar necesidades obvias. Uno dice un gol desatascaría el partido. Otro, el empate revela que no hay superioridad de ninguno de los equipos. A falta de siete minutos, Ariel cae en el área y el árbitro señala penalti. Los locutores discuten, al ver la jugada repetida. A Sylvia le parece que es Ariel quien busca la pierna del defensor y se deja caer. Le hace gracia el fingimiento. ¿Será así en todo?, se pregunta.

El gol lo hace otro jugador. Un brasileño, defensa robusto, podría ser el padre del resto del equipo. Ariel es sustituido. Al cruzarse en la raya de banda se intercambia un golpe cariñoso con el jugador suplente. La cámara muestra cómo Ariel camina hacia el banquillo, se baja las medias y recibe una palmada del entrenador en la espalda. Está empapado en sudor cuando se sienta y se cubre con la chaqueta del chándal. El locutor dice a este chaval le falta aclimatarse para terminar de abrir el tarro de las esencias que seguro contiene. Sylvia piensa a lo mejor pronto es una gran estrella. Un compañero le dice algo al oído y Ariel sonrío.

Hay una película americana tras el partido. Sylvia no tiene ganas de moverse. Un hombre pasa diez años de su vida en la cárcel por un crimen que no ha cometido. Cuando sale su única obsesión es encontrar al verdadero culpable. Su padre entra en casa durante la octava pelea. Se sienta un rato junto a Sylvia. Parece cansado, triste.

Ha ganado tu equipo, le dice Sylvia.

Lorenzo asiente con la cabeza. En la película el hombre golpea con los puños a tres individuos malcarados que lo han acorralado en un callejón. Cuando Sylvia se levanta para irse a la cama, él le dice apaga, apaga, yo también me voy a dormir.

Sylvia se ha colocado los cascos y canta encima de la música. Tiene ganas de masturbarse pero no lo hace. Se queda dormida con los auriculares puestos. Se los quitará más tarde con un manotazo. En la mesilla reposa el teléfono móvil en recarga. Silencioso.

Al amanecer se siente sola. Con frío. Da vueltas en la cama. Tarda un rato en romper a llorar, abrazada a la almohada. Se sofoca contra ella.

El domingo llama su madre. Ha acompañado a Santiago a un congreso en Córdoba y de vuelta se detendrá en Madrid para comer juntas. Hablan de los

exámenes y del trabajo con Santiago. Pilar se muestra contenta. Bromea con Sylvia sobre los chicos. Yo doy miedo a los chicos, dice ella. Será por la melena.

Santiago llega a los postres para recoger a Pilar. Le ha traído un par de libros a Sylvia, los saca de su cartera. ¿Los tienes? Sylvia los ojea y niega. Ojalá los hubiera leído cuando tenía dieciséis años como tú ahora, pero entonces sólo quería jugar al baloncesto, dice él.

El abrazo de Pilar cuando se despiden es exagerado. Sylvia lo agradece, pero lo rehuye. Su madre le frota la espalda, como si quisiera transmitirle algo que no sabe decirle. Cuídate mucho, eh, por favor. ¿Me ha notado triste?, piensa Sylvia.

Por la tarde comienza a leer el más grueso de los libros. No hay nada que la acerque a Ariel. El argumento le resulta demasiado lejano de su vida. En la página diecisiete lo cierra. Abre el otro. «Siempre me siento atraído hacia lugares donde he vivido, las casas y los barrios».

Del salón llega el rumor de la radio que oye su padre con el «Carrusel Deportivo». Goles e incidencias en todos los campos, entrelazados con la publicidad masculina. A Sylvia no le resulta difícil encontrar la razón por la que son tan tristes las tardes de los domingos.

Mai la interrumpirá dentro de poco con una llamada desde el autobús. He cortado con Mateo, no aguanto más. Ha decidido irse a vivir a Barcelona. ¿Crees que voy a perder mi tiempo junto a un tipo que hace planes sin contar conmigo? ¿Y a ti que más te da que viva en Barcelona o en León?, le preguntará Sylvia. No es eso, tía, es el detalle, joder. Si estás en pareja es porque quieres compartirlo todo, ¿no?

Mai hablará durante un rato al otro lado de la línea. Sylvia no le prestará demasiada atención. Al final, casi por obligación, su amiga le preguntará ¿y tú cómo estás?

He estado mejor, responderá Sylvia. La verdad, he estado mejor.

10

Leandro no camina, huye. Ha doblado la esquina de una calle solitaria y ahora sale al cruce con Arturo Soria. Bajaré por la acera amplia hasta llegar a la parada del autobús. Leandro se arrepintió bien pronto de su inesperada decisión. La encargada le recibió con una sonrisa aún más maquillada que de costumbre. Le pasó al saloncito para decirle tenemos un problemilla con el cheque del otro día. Me lo han devuelto.

Leandro se sorprendió, no esperaba esta noticia. Ella le quitó importancia al contratiempo. Leandro no traía metálico y propuso hacerle un cheque de nuevo. Cualquiera cosa antes que volver a dejar el rastro de su tarjeta de crédito. Ya le dije que prefiero metálico, le advirtió la mujer. Aquí a dos callecitas tiene un cajero automático. En ese caso mejor vuelvo otro día, amenazó Leandro.

Bueno, bueno, no le vamos a perder la confianza por un accidente, ¿no?

La encargada le aceptó el cheque firmado que Leandro extendió con mano temblorosa. Mari Luz salió del cuarto mientras él escribía. Habría dudado al ver su falta de firmeza en el pulso. Le trajo el cheque devuelto por el banco y añadió un mecánico, casi insultante, ahora mismo aviso a Valentina. Él dijo hoy prefiero estar con otra. Lo dijo así, sin pensarlo demasiado. Vaya, hoy quiere cambiar. Bueno, le hago pasar a las chicas. Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

Leandro negó y se sentó en el sofá después de quitarse el abrigo. Hacía calor.

No se preocupó demasiado en elegir. A la primera que entró en el saloncito le pidió subir a la habitación. Era eslava, rubia con media melena, espigada, con poco pecho. Subieron a un cuarto. Ella se desnudó con presteza

y luego lo desnudó a él. El ritual de la ducha esta vez fue distinto y la chica le indicó que se sentara en el bidé. Allí le lavó con gel el pene y el agujero del culo, como si terminara de fregar los platos sucios del día. Hablaba un buen castellano aunque su voz era disonante, como si perdiera fuelle a mitad de frase. Trató de mostrarse simpática. Le sustituyó para sentarse a horcajadas en el bidé y se frotó el pubis rasurado con la mano llena de espuma blanca.

Tumbado sobre la cama, a Leandro empezó a resultarle antipática la voz de la chica. Tenía un timbre demasiado elevado, poco íntimo. Se rompía en cacareos absurdos, casi ridículos, cualquier frase sonaba al alarido de una gallina clueca. La muchacha estaba demasiado delgada y se marcaban sus huesos. Le pasó su cabello rubio por el pecho, le mordisqueó los pezones y acarició la piel flácida en torno a su viejo vientre.

Tras los días de abstinencia en que se prohibió las escapadas al chalet, sus visitas se habían convertido en casi diarias. Como si fuera una recaída. El domingo se quedó en casa por un insuperable pudor y atendió un par de visitas de Aurora que le permitieron encerrarse en su cuarto. El reencuentro con Osembe después de tres semanas fue agradable. Ella estuvo cariñosa, preguntó por la razón de su ausencia. Él le explicó que su mujer estaba enferma y ella evitó que se sintiera ridículo allí, hablando desnudo en la cama de un burdel de la enfermedad de su mujer. Osembe se dedicó con concentración a hacerle gozar. Aquella tarde volvió a casa con la culpa atemperada por la sensación de haberlo pasado bien. Además, se dijo, no volveré en bastante tiempo. Pero regresó a la tarde siguiente. Y a la otra. Y Osembe recuperó su rutinaria manera de satisfacerlo. La última mitad de cada encuentro se convertía en una breve charla en la que ambos concedían al otro algunos detalles de su intimidad.

El lunes volvieron a utilizar el *jacuzzi*, aunque a Leandro le incomodaba la higiene del lugar y que el color de la bañera no fuera blanco. Disfrutó de la cercanía de Osembe. El jugueteo de márgenes entre su piel y la espuma del agua ofrecía detalles estimulantes. En la calle, se sintió calado por el frío de la tarde. Creyó enfermar.

Se imaginó en la cama, febril. Luego pensó que no habría nadie para atenderlo. No podría ahora repetir aquellas jornadas de gripe o gastroenteritis que pasaba en la cama, con Aurora preocupada por ofrecerle algo de comer,

las medicinas a su hora justa, más calor cuando lo necesitaba. Ahora sería un enfermo abandonado. Y el castigo le parecía justo.

Pero no enfermó. Y a la siguiente sobremesa dejó adormilada a Aurora con el rumor de un programa amable de tarde en la radio. Antes de entrar en el chalet, desde la acera opuesta, vio cómo un hombre introducía unas cajas del supermercado y luego unas bolsas de la tintorería. Quizá fueran las sábanas, se dijo. No entró hasta quince minutos después cuando vio al hombre salir y alejarse de allí en un todoterreno oscuro. El chalet enseñaba sus habituales persianas bajadas como pestañas cerradas, el mismo aire de discreción, silencio, casi abandono. Pero esa tarde se indignó con Osembe.

Ella le recibió soñolienta pero solícita. Estaba casi desnuda, quizá saliera de cumplir con otro cliente. Lo lavó entre risas y torpezas y Leandro pensó que había tomado drogas o estaba bebida. Se echaron en la cama y ella estuvo excesiva. A ratos dejaba escapar carcajadas estúpidas o decía frases cariñosas que entre risas sonaban a burla. Con dos dedos agitó un rato el pene de Leandro como si fuera era un muñequito parlante. En la flaccidez parecía un teatro de guiñoles perverso e insultante.

Leandro se sintió expuesto y ridículo. Trató de reprimirse, de transmitirle su disgusto. Pero ella se aplicó a una felación trabajosa. Mordisqueaba el pene de Leandro y varias veces él sintió la frontera del dolor y el placer rozarse. Se llenaba la boca de saliva y enjuagaba y humedecía el miembro a media erección. Los ruidos eran desagradables y echaban a perder la esforzada concentración. ¿Qué pasa hoy?, decía ella. ¿No te gusto ya, mi amor?, preguntaba. Entonces se limitó a menear el pene de Leandro con mano agresiva, como si fuera un trabajo cansado y absurdo, agitar una vejiga muerta.

Leandro la cogió con fuerza de la muñeca. Cálmate, le dijo. Basta. Ella se resistió, pero él la obligó a tumbarse a su lado. Esperaron un instante a que sus respiraciones se calmaran tras el esfuerzo.

Quiero verte fuera de aquí, le dijo Leandro. Eso está prohibido. Dame un teléfono. Ganarás más dinero. Todo será para ti. No hables, le dijo Osembe, y movió la cabeza como si quisiera indicarle precaución. ¿No ves que ganarás el doble o el triple? ¿Cuánto te quitan aquí?

Leandro recorrió el cuerpo de Osembe. En sus delicados mordiscos ella reía o soltaba gritos sofocados. Leandro se deslizó hasta el sexo de ella y trató

de domesticar su falta de concentración. Sintió fracasar sus intentos de darle placer, no notó humedecerse sus pliegues rosados. Parecía de piedra. Qué estúpido soy, pensó.

Se incorporó, se vistió sin la ducha habitual y salió de la habitación sin dejar propina. Osembe no le dijo nada y Leandro sospechó que se quedaba adormilada sobre la cama.

Abajo pagó con dinero en metálico. Contestó con un escueto sí al ¿todo ha ido bien?, de la encargada. Había tenido ganas de pegar a Osembe, de abofetearla, de lograr enfadarla o crisparla, para llegar a ver, quizá, un atisbo real de la persona. Pero se alegró de no haberlo hecho. Cualquier conflicto en estos lugares acaba siempre de un modo desagradable.

Por la calle le costaba contener la furia. La gente con que se cruzaba le parecía vilmente fea, desagradable, torpe. La calle amplia y con seto de flores le parecía cursi y sin personalidad, la acera mal dibujada. Prefería las calles grises del viejo Madrid. La forma de los coches le parecía ridícula, el clima, inhóspito, los troncos descascarillados de los árboles, deprimentes. La ciudad le transmitía vida, pero una vida obscena, grotesca. Los comercios eran poco atractivos, con rótulos raquíuticos o neones baratos, la publicidad de las paradas de autobús invadida de la misma belleza frígida, y la gente era en su gran mayoría de una vulgaridad desmoralizante con sus caras de frío.

No volveré, se dijo. Desde el primer día le atrajo el desprecio altivo de Osembe, la crueldad de su mirada vacía e indiferente. Pero la tersura de la piel era adictiva. Sabía que nunca la tendría, que ella nunca pensaría en él ni se preocuparía lo más mínimo por su viejo cliente pervertido, sabía que nunca la fidelidad de sus visitas ablandaría el corazón ausente de ese chalet. El placer sexual que ella le concedía era fruto de una automática profesionalidad, las manos que recorrían su cuerpo sólo acariciaban el dinero que eso le proporcionaba. Dinero que gastaría en manicura, peluquería, cosmética, ropa, joyas, porque todo lo que atisbaba dentro de Osembe le devolvía a una chica ajena a la gravedad de su destino, superviviente complacida de un naufragio que no le angustiaba.

Si algún día dejaba que aquel vicio estúpido arruinara su vida le quedaría el consuelo de saber que lo había hecho consciente, que no acudía engañado a ese chalet ni a esos brazos, que era un descenso elegido, caída voluntaria y

obsesiva que no merecía ninguna piedad, que no se sostenía con justificaciones románticas.

Al llegar a casa esa noche la ira se transformó en paz y entrega. Leyó para Aurora junto a la cama, le cocinó un caldo y le besó la mejilla para darle las buenas noches. Pensó si habría hecho todo aquello con la misma disposición de no venir de verle el rostro a su miseria moral, a su bajeza. Se preguntó si los sucesos de la vida necesitaban de un contraste imprescindible. Que lo bueno lo era por la presencia cercana de lo malo, lo hermoso de lo feo, lo correcto de lo incorrecto.

Me voy a poner bien, no tengas miedo, le dijo Aurora cuando notó el ánimo alicaído de Leandro. Apagó la luz. A oscuras él se sintió sucio y asqueado. Ella cometía un error enorme al interpretar la razón de su tristeza. No sufro por ti, sino por mí, pensó él, herido.

Leandro se fue a dormir con la saliva de Osembe reseca sobre la piel. Hubiera preferido amanecer muerto, liberado. Pero despertó sano y saludable, animado incluso. Y esa misma tarde estaba bajo el cuerpo de una ucraniana huesuda y plana, que decía llamarse Tania y a la que Leandro había elegido para vengarse de Osembe, por más que sospechara que a ella esos gestos suyos no la perturbarían lo más mínimo. ¿Qué esperaba? ¿Celos? Se arrepintió rápido al verse fingir para aparentar ser algo cercano a un cliente satisfecho. Con Osembe al menos no se sentía condicionado.

Leandro tiene que concentrarse para correrse al fin. Puedo vestirme solo, le dice cuando ella se ofrece a ayudarlo con su horrible voz de grajo. Leandro observa su cuerpo blando, la pálida vejez, las pecas en torno al pecho. ¿Por qué hago esto? ¿Por qué me destruyo así? No había trabajado toda la vida, leído, estudiado, convivido con una mujer vitalista y hermosa, no se había esforzado por llevar una vida recta y libre para acabar hecho una piltrafa despreciable en un prostíbulo de barrio alto. ¿Voy a arruinar mi vida?, se pregunta a sí mismo. Coloca la cabeza entre las manos apoyadas en las rodillas, como un boxeador noqueado minutos después de perderlo todo.

Nota la advertencia interior que le impide llorar. La voz que le recuerda que aquellos lamentos culpables tampoco son sinceros. Conoce el resorte de la culpa demasiado bien. El remordimiento y él eran viejos amigos que se traicionaban con la coartada que da el saber que nada es definitivo.

Afuera canta un pájaro y del pasillo llega el rumor del sexo pagado en alguna habitación cercana. Tania ha salido del baño contiguo y le espera de pie para dejar el cuarto juntos. Nadie debía andar a solas, todo se coreografiaba para evitar encuentros indeseados. ¿Sabría Osembe que estaba allí? ¿Y eso qué le provocaría? Indiferencia, claro. A lo mejor una punzada de fastidio por perder dinero fácil. Pero todos los clientes eran iguales, le había dicho un día. Aunque él aportaba un componente desusado. La vejez, la decrepitud, el vicio a destiempo, la persistencia en el error, su culpa infinitamente más acusada que la de cualquier otro esclavo de la apetencia sexual incontrolada. Le sería difícil encontrar a alguien peor que él.

Se atusa el pelo frente al espejo. De nuevo la sensación de habitación de escolar. Nadie sospechará por su aspecto la inmensa desolación que esconde. Ve un hombre muerto al fondo de sus ojos. Leandro se dedica a sí mismo una mirada inteligente que le sirve para controlar cualquier emoción. Frío.

En el pasillo entre habitaciones Leandro escucha una puerta que se abre, algo inhabitual. Osembe asoma la cabeza. Lleva un vestido de una pieza color crema que termina a mitad de los muslos, se ajusta en las caderas y se abre en dos tirantes anchos en los hombros que dejan ver el escote. La ropa tiene algo desagradable por artificial, pero resalta el esplendor de su cuerpo. Sus ojos están enramados de rojas venillas.

Hoy me has engañado con otra, ¿eh? Leandro no tiene ganas de contestar, comienza a bajar la escalera. Ella le posa las uñas largas pintadas de color frambuesa sobre el hombro. Mañana es mi cumpleaños. Si vienes haremos una **fiesta** especial. ¿Quieres?

Leandro entiende la escena como un patético triunfo. Se encoge de hombros. ¿Es una provocación? ¿O acaso una pequeña victoria?

La encargada toma el relevo de Tania al final de las escaleras. Guía a Leandro hacia la puerta. Espero que no haya problemas con el cheque, ¿verdad? Leandro le asegura que no habrá problemas, lo hace con firmeza. Pero ella muestra su sonrisa terminada en un diente gastado y torcido.

No me falles, viejito, no me falles.

La frase contiene una dosis de desprecio y amenaza. Leandro se siente agredido y abandona el chalet con fortaleza, sin dejarse vencer. Es el final. Nunca volverá a ese lugar. Lanza incluso una mirada a la puerta metálica para

fijarla en el recuerdo. También al ventanal velado. Todo será pronto una sombra. Siente la mirada de alguien tras una persiana, percibe la presencia tras los listones. Nunca más. Nadie es tan estúpido de dejarse vencer cuando el enemigo te ha mostrado sus armas y su evidente superioridad. Sería suicida. Se aleja con paso vivo, renacido. Está huyendo.

Y lo sabe.

11

El domingo Lorenzo come en casa de sus padres. Ha preparado un arroz pasado que se apelmaza en la cuchara de servir. Los tres se han dispuesto alrededor de la cama de Aurora y cuando ella elogia el sabor tras llevarse apenas unos granos de arroz a la boca, Lorenzo se autocastiga, bueno, también puede servir de engrudo y te empapelamos la habitación. Sylvia ha quedado a comer con su madre, que está de paso en la ciudad. Y, como siempre, Lorenzo ha sentido una punzada de celos. Le incomoda no poder llevar a su hija a restaurantes más allá del local de abajo de casa y su menú de nueve euros. Sabe que acudirá Santiago e intentará ganarse a Sylvia con la misma estela de poder y seguridad con que conquistó a Pilar. Sus aires de importancia, su cháchara, sus libros de regalo que ella ahora lee pese a que nunca había mostrado interés por la lectura.

Cuando Pilar le anunció que lo abandonaba y que había otro hombre en su vida, a Lorenzo no le sorprendió que ese hombre fuera Santiago. No es tan raro, dijo entonces con esmero por herirla lo más posible, que una secretaria se líe con su jefe. Fue una frase que no consiguió ofender a Pilar. Y quizá eso enervó más a Lorenzo. En los días posteriores hizo algo de lo que aún se avergüenza. Ni tan siquiera sabe si Pilar conoce la historia. Puede que Santiago nunca se la haya contado.

Lorenzo apenas conocía a Santiago del par de ocasiones en que había pasado por la oficina de Pilar cerca de la plaza de la Independencia. Cuando Santiago aún no era su jefe, Pilar bromeaba en las cenas con los amigos, creo que tengo el trabajo más aburrido del mundo. Pero Marta, la mujer de Óscar, que trabajaba en el Ministerio de Justicia, le rebatía, yo soy secretaria de un subsecretario, ¿dónde me deja eso a mí? ¿De subsubsubsecretaria? Y todos

reían, como si así desterraran la eterna frustración laboral de Pilar.

Lorenzo aguardó aquel día en los alrededores de la oficina y cuando vio surgir del portal a Santiago se encaró con él. ¿Quieres hablar? Tomamos un café tranquilamente. El aire civilizado de Santiago en lugar de aplacarlo le ofendía más. Lorenzo le propinó un empujón que el otro recibió sin contestar, se sujetó contra la pared. Dijo algo más. Algo conciliador. Lorenzo le gritó ¿por qué me haces esto?, ¿eh?, ¿por qué me haces esto? Santiago, en un gesto reflejo, se había protegido con las manos. ¿Qué crees, que voy a pegarte?, le recriminó Lorenzo. Y le palmeó con rabia en los brazos como si sólo quisiera hacerle sentirse inferior. Le tiró las gafas de pasta marrón al suelo, fue casi por accidente. No se rompieron. Alguien que pasaba por la calle se detuvo a mirar. Santiago recogió las gafas, se las puso y echó a andar, con paso firme, sin correr. Lorenzo no lo siguió. Sólo repitió no te voy a pegar. Pero Santiago ya no se volvió para mirarlo, caminaba lejos.

Lorenzo nunca comprendió lo que había querido hacer, qué buscaba al ir a su encuentro. Sólo pretendía obligar a Santiago a reparar en la herida que causaba. Eres feliz a costa de machacarme, de robármelo todo. Con el tiempo le avergonzó su violencia, su estupidez. Le humillaba. Santiago tenía que saber lo que su felicidad causaba, el precio que hacía pagar a otro. Lorenzo quería presentarse ante él como algo más que la pareja anterior de Pilar, como un ser real, herido.

Pero el malestar de ese domingo cuando come con sus padres, no se remonta tan lejos. Tiene más que ver con la tarde anterior.

En la explanada del Monasterio de El Escorial, rodeados de grupos de turistas que emprendían el camino de regreso hacia los autobuses estacionados en la proximidad, Lorenzo le preguntó a Daniela ¿te ha gustado? Ella se confesó más bien impresionada por la enormidad, por lo antiguo.

Los españoles estamos locos, ¿verdad?, acertó a decir Lorenzo. Una cosa así levantada en mitad de la nada por la demencia de un rey que quería limpiar su culpa.

Le habló a Daniela de los orígenes del Monasterio, del martirio de San Lorenzo, la forma de parrilla de tortura del mismo edificio, la culpa de Felipe II por ganar la batalla de San Quintín en el día del santo, todos datos que había leído de manera apresurada tras conectarse a internet en el

ordenador de Sylvia.

Daniela le contó que sintió la misma impresión de pequeñez cuando en el colegio la llevaron a visitar la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito, en pleno centro histórico. Los efectos del sol al entrar por las cristaleras y las pinturas bien explícitas sobre la vida que esperaba al infiel terminaron por convencer a los indígenas de la grandeza del Dios de los católicos. Luego volvió a visitarla tras el incendio, con las paredes ennegrecidas, y aún era más impresionante.

Lorenzo hablaba con generalidades, confundía fechas y nombres, en una especie de conferencia bienintencionada que más parecía una exposición de tema de opositor fracasado. Si trataba de decir algo sobre la llegada española a Ecuador y el espíritu que guiaba a quienes levantaban enormes iglesias y conventos, Daniela le corregía con cierta dulzura, Hernán Cortés no tiene nada que ver con eso, te refieres yo creo a Pizarro. Sí, claro, Pizarro, bueno es lo mismo. También simulaba conocer los nombres de Sucre, la fecha de la independencia declarada en las alturas del Pichincha y hasta mintió al asegurar, sí, claro que había oído hablar de Rumiñahui. Fue hace mucho, en el colegio.

No acertaba a contestar todas las preguntas de ella durante el recorrido, bueno creo que el Rey se casó varias veces, no sé si tres o cuatro, dijo frente a los sepulcros. Sí, claro, era muy creyente, mira en qué camita más cutre dormía. De vez en cuando conseguía leer las leyendas que acompañaban a una pintura antes que ella y entonces presumía, éste es su padre, Carlos V. Pero era el carácter emprendedor de los españoles, su locura iluminada, lo que Lorenzo resaltaba en su desnortada charla, como si quisiera, a ojos de Daniela, emparentarse con aquellos crueles pero magnéticos hombres llenos de proyectos fecundos. Y tan fecundos, Francisco de Aguirre tuvo hasta cincuenta hijos, le dijo ella con una ironía que Lorenzo no terminó de captar. El Monasterio cerraba pronto las puertas y fueron desalojados de la Biblioteca. Lorenzo señalaba con cierta desviación el lugar que correspondía a Ecuador en una vieja bola del mundo cuando el bedel les urgió a salir. Esto es típico de los funcionarios, mira qué horario. ¿Tú te crees que se puede cerrar a las seis de la tarde un monumento tan visitado, algo que es el orgullo del país?

Se sentaron sobre el murete que hacía de valla a esperar el anochecer que

caía entre las montañas a la espalda del Monasterio. Era hermosa la vista. Daniela le habló de sus tiempos de escuela en Loja. Le explicó que conocía bien la historia de España por una monja de Pamplona, agresiva y autoritaria, que fue su gran maestra. Nos pegaba con un grueso misal, aquí, justo en la coronilla. Pero también les hablaba de cómo la iluminación de Dios había conducido a los españoles a través de mares y selvas para expandir la fe por el Nuevo Continente, daban nombres de santos a las ciudades que conquistaban. Los soldados se habían distanciado fatalmente de su Dios y se habían entregado al ansia de riqueza, el vicio, la locura, la sexualidad y al final habían perecido enfermos y castigados.

Esa mujer, Leonor Azpiroz, dijo Daniela con un recuerdo de llamativa precisión, me golpeó una vez en mitad de clase. Al pasear entre las filas descubrió mi libro destrozadito, había pasado por muchas manos antes de las mías, era un catecismo español que se llamaba *Con vosotros está*. Me hizo levantar y me cacheteó. Así no se trata el material escolar, me dijo. Recuerdo que me morí de las iras, la culpa no era mía, yo ya había recibido el libro así, y cuando llegué a mi casa rompí a pisotones el crucifijo que habíamos hecho de manualidad con pinzas de la ropa. Pero al día siguiente ella se dio cuenta de mi mirada de rencor y me buscó para abrazarme, me cogió la cara entre las manos y me dijo indita, usted tiene cara de santa, no se tuerza a la primera injusticia de la vida. Era una sabia, una salesiana sabia que te veía por adentro.

Lorenzo aprovechó la senda abierta por la confesión de Daniela para preguntarle por su familia. Daniela le habló de una madre enferma y dedicada a cuidar a todos los hermanos y hermanas. Ella había venido a España y tenía la responsabilidad de enviar dinero. Cuando hablaban por teléfono la madre apenas podía contener la emoción. Rezo por ti, le decía a Daniela.

Tengo una hermana, un poco mayor que yo, le explicó Daniela, que le ha dado todos los disgustos a mi madre. Salió a mi padre, yo creo. No la vemos nunca. Se vino a España antes que yo, pero ni llama ni nada. Tenía malas compañías. Mi madre en eso fue muy generosa conmigo, me dijo váyase a España pero no lo haga por mí, hágalo por usted y los dólares que gane que sean limpios, por pocos que sean. Sé honrada y Dios te premiará. ¿Qué te crees?, desafió a Lorenzo, ¿que no sé yo cómo ganan dinero algunas que veo

por allá, por el barrio mismo? Es muy difícil competir contra las que se saltan las reglas.

Lorenzo recordó entonces una camiseta en la que apenas reparó el día que se la vio puesta a Daniela. «Él me hace feliz», decía la leyenda. Y se había sentido aludido. Pero ahora sabía con precisión que se refería a sus firmes creencias religiosas y se vio en la obligación de advertirle que no creía en Dios ni iba a misa. Por el gesto de ella, de cierta ausencia, Lorenzo se aventuró en una confusa explicación en la que afirmaba que creía en la existencia de Dios, pero no de un Dios como lo entienden los creyentes, sino de otra forma, más etérea y personal, como si fuera un Dios que está dentro de cada uno. Cuando sintió que sus palabras podían no llevarle a ningún sitio, prefirió abandonar la conversación con un tampoco pienso muy a menudo en estas cosas.

Este edificio, le dijo Daniela como toda respuesta, esta construcción sólo puede ser fruto de la fe verdadera, del deseo de honrar a Dios sobre todas las cosas. Y Lorenzo levantó la vista para ver la inmensa explanada y el Monasterio que recibía la última luz del día. A su modo pensó en la intrínseca españolidad de su espartana construcción, aunque le faltaba perspectiva para verlo como el glacial leviatán de granito que rompía la sierra de pinares que lo rodeaba.

Daniela sintió frío y Lorenzo le pasó el brazo por los hombros. ¿Volvemos ya?, le preguntó. Mejor, respondió ella.

Caminaron por la ladera de la carretera en busca de la furgoneta que había aparcado en la cuneta alejada. Los domingos vamos a una iglesia que está cerca de nuestra casa, le contó Daniela, el pastor es inteligentísimo. Lorenzo lo entendió como una velada invitación, pero no dijo nada.

Subieron a la furgoneta. Lorenzo condujo por la calle que bordeaba el Monasterio y en cada badén elevado sobre el asfalto para limitar la velocidad no podía evitar mirar de reojo los pechos de Daniela bambolearse arriba y abajo. Mientras tanto, ella hablaba de la parroquia. Cada día van más españoles. A veces los españoles creen que esas iglesias son sólo de sudacas, pero ahora entran, nos oyen cantar y algunos se juntan. ¿Sabes lo que me dicen? Aquí la fe siempre fue triste, le contó Daniela. Vosotros celebráis a Dios con alegría, con risas, se atrevió a interrumpir Lorenzo. Puede que la

última misa a la que había asistido se remontara al funeral del padre de Lalo hacía casi quince años.

La carretera de vuelta a Madrid avanzaba entre los campos vallados con piedra y Lorenzo y Daniela fijaron la vista en el frente. El hecho de no mirarse les permitía hablar con mayor sinceridad.

Vosotros sois más alegres en todo, se oyó decir Lorenzo. Y le pareció al instante que había ido demasiado deprisa. No te creas, le corrigió Daniela. Sufrimos mucho. La gente sólo ve a los que viven la fiesta y todo eso, pero la realidad es otra. Seguro que tú conoces a alguna colombiana. ¿Colombiana?, no, ¿por qué?, preguntó Lorenzo. Te gustarían más que yo, eso seguro, le dijo Daniela sin quitar los ojos del frente, como si quisiera retarlo. Son descaradas, no les importa nada. Bueno, no quiero generalizar...

Lorenzo sintió una punzada de excitación. Llevaba bastante dinero en la cartera pensando que ella tendría ganas de bailar, de ir a cenar o divertirse en algún sitio. Ahora se daba cuenta de la equivocación.

Unos días antes había pasado por las oficinas de su amigo Lalo para cobrar el trabajo de desalojo del piso. En realidad, le confesó a su amigo en el despacho, he dejado la cantidad en blanco, no sé qué poner. Lalo redactó con habilidad una factura en su ordenador y le pidió a Lorenzo que se asomara a verla. ¿Te parece justo?

Es algo más de lo que pensaba, le confesó Lorenzo.

Lalo imprimió la factura en su ordenador y sacó el dinero de un cajón de su mesa. No te preocupes, era lo que tenía previsto, le aseguró. Salieron a tomar un café. La mañana era luminosa, pero la cafetería era oscura, se extendía hacia el fondo de un local sin otras ventanas que las del frente. Lorenzo le preguntó a Lalo por el dueño de la casa. Hay algunos objetos personales que quizá habría que entregarle, pero, claro, ahora lo habréis mandado a vivir debajo de un puente.

La frase de Lorenzo sonó como una acusación directa a su amigo. Lalo se justificó. Al revés, le arreglamos el ingreso en una residencia de ancianos. En realidad yo no lo conozco, todo lo llevó un chico, un agente de ventas. Es de esas veces que cuando te lo cuentan, con todo el lío con los vecinos, las denuncias, piensas que será un asunto complicadísimo, que mejor no meterse, pero luego resultó de lo más sencillo. En apenas dos semanas estaba resuelto.

¿Sabes lo que pensé después? Que en realidad nadie le había ofrecido al tipo comprarle el piso y que él estaba deseando venderlo. Es sencillo, ¿no? Donde mejor va a estar es en una residencia. No sé, a mí me da que es gente que ha perdido la cabeza. Alguien hablaba de un accidente, no sé...

¿Y sabes en qué residencia está? Claro, en la oficina tengo todos los datos, ¿te interesa? No, bueno, son cosas que a lo mejor, Lorenzo no quiso mostrar demasiado interés. Cuando vacías así una casa te da algo de pena, piensas que estás acabando con la vida de alguien, con todo lo acumulado en una vida.

En mi trabajo, le explicó Lalo, ves cosas que te parten el alma. Piensa que la casa muchas veces es lo último que le queda a la gente. Mi jefe siempre dice una cosa genial: las mensualidades no se pagan dando lástima. Y es que es verdad, la vida es un ciclo, al final..., por mucha pena que te dé. La casa de uno que muere es para otro que vive; de uno al que le va mal, para otro al que le va mejor. Es la vida.

Acompañó a Lalo de vuelta a la oficina. Su amigo le explicó que después de la reforma el piso podría venderse, en aquella zona, por cuatro veces más de lo que habían pagado. Es de esas cosas que nos han salido a pedir de boca, le confesó a Lorenzo. Luego le consiguió los datos de la residencia donde estaba el antiguo dueño. Jaime Castilla Prieto, el nombre es de lo más normal, comentó. Y no te sientas obligado a llevarle nada, el tipo está mal de la chaveta, y Lalo le hizo un gesto vago con la mano a la altura de la cabeza. Lorenzo se encogió de hombros.

Ese mismo dinero que había recibido de Lalo era el que latía el sábado en el bolsillo de Lorenzo. Los conductos de la calefacción expulsaban una espesa corriente de aire con olor a carburante. Cuando Daniela le contó que apenas conocía los alrededores de Madrid, Lorenzo le habló de aquella zona ahora urbanizada pero que unos años atrás era sólo pasto de ovejas y vacas.

Daniela le confesó que cualquier desplazamiento le provocaba el pánico. Carecía de papeles y no quería encontrarse con la policía en la estación de tren o en algún viaje. Te tienen dos días en la comisaría y te redactan una orden de expulsión. Ella había llegado a Madrid dos años atrás con un visado de turista con el único plan de enviar dinero a su madre. Algún día quiero hacerme una casa propia, pero no una casa enorme como ésas que se hacen con dinero de España otros emigrantes, yo no quiero presumir como hacen

ellos, sólo algo sencillo, bonito. Lorenzo le preguntó por sus primeros pasos cuando llegó al país.

Ya conoces a Nancy. Ella me ayudó mucho. Al principio cuidé de una señora mayor. ¿Conoces a ese señor canoso que tiene un programa de entrevistas por las tardes?

Lorenzo asintió con vaguedad, pero tardó en identificar al hombre del que Daniela hablaba. Pues yo cuidaba a su madre. No me daban ningún día libre a la semana. Ni siquiera la tarde del domingo. La familia no iba casi nunca a ver a la señora. Y no tenía nada de comer. ¿Sabes de lo que me alimentaba? ¿Conoces esas galletitas Príncipe de chocolate? Dos o tres al día, y nada más. Tuve una anemia terrible y un día me desmayé en la casa. Me hospitalizaron. Y el presentador vino muy rápido al hospital y antes de preguntarme por cómo me encontraba, no sé, me empezó a amenazar con que si contaba algo me iba a hacer la vida imposible y que conseguiría que me expulsaran del país. ¿Sabes qué me llegó a decir? Que era amigo del Rey. Allí mismo en el hospital me despidió.

¿Sólo te alimentabas de galletitas de chocolate? Te podías haber muerto, se escandalizó Lorenzo. Qué va, me engordé como una vaca. Así estoy. No estás gorda, para nada... Mi mami ve las fotos que le envió y me escribe, pero, gorda, te comiste a mi hijita, ¿dónde está mi hijita? Ambos rieron.

Luego cuidó de los tres niños de una familia, pero el mayor, de nueve años, era hiperactivo. Me maltrataba, me insultaba, me tiraba de los pelos, me pateaba. Un día no fui más, no tuve ni el valor de despedirme. No quería contarle a los padres las cosas que hacía el niño. Un día me dijo que yo era su esclava y a lo único que había venido a España era a recogerle la caca. Hice mal, pero me fui. Tenía el diablo dentro, ese niño tenía el diablo dentro.

Lorenzo dijo algo para consolarla, no es culpa de los críos, es culpa de los padres. Pero ella le habló de su trabajo actual. Son una pareja joven, buenas personas. Y el niño es encantador. Para mí es como mi niño. Apenas los conozco, de cruzarnos por la escalera, le confesó Lorenzo. El creo que es administrativo en una empresa o algo así.

Daniela se encogió de hombros. En España se vive muy bien, a la gente le gusta salir, estar en la calle. Un día la señora para la que trabajo me lo explicó: no queremos que el niño nos robe nuestra vida social. Por eso me

quedo algunas noches hasta que regresan de cenar o del cine. Son lindos. Parecen felices.

Sí, bueno, lo que has contado, dijo Lorenzo, hay de todo. Pero aquí la gente es alegre, yo creo... Excepto en el metro, sonrió Daniela. En el metro van todos serios, no se miran, no se saludan. Todos leen o miran al suelo como si les diera vergüenza. Como cuando tú te encontrabas conmigo en el ascensor, bajabas la cabeza y a mí me daba por pensar, ¿qué zapatos llevo puestos?, ay, espero que estén limpios.

Tras las risas, hubo un silencio. Daniela le preguntó a Lorenzo por su separación, por cómo se organiza la vida y el cuidado de su hija, si echa de menos a su mujer. Lorenzo respondió con sinceridad, sin ahorrarse un leve amago de autocondescendencia.

Cometí un error, admitió. Un día creí que mi vida sería siempre como era entonces. Con mi mujer, mi hija, mi trabajo. No concebía que eso pudiera cambiar. Y quizá no lo cuidé demasiado. Me equivoqué.

El silencio a continuación parecía que zanjaba la conversación. Pronto la carretera desembocó en la autopista. Los coches más veloces adelantaban a la furgoneta de Lorenzo camino de Madrid. Al pasar por delante del desvío de Aravaca y Pozuelo, Daniela le dijo que tenía muchas amigas que trabajaban por allí. Lorenzo le explicó que en Aravaca conoció al último pastor de ovejas en Madrid. El señor Jorge. Cada Navidad le comprábamos un cordero para la comida de Año Nuevo. Hicieron una mole de adosados detrás de su aprisco y el ayuntamiento le obligó a quitar las ovejas, le contó a Daniela. Cuando yo tenía quince años. Tú aún no habías nacido.

No exageres, sonrió Daniela. Tengo treinta y un años. Ya no soy una jovencita. Pues lo pareces, dijo Lorenzo. Mira, aquí vive el presidente, señaló al pasar junto al palacio de la Moncloa. ¿Te gusta el presidente?, le preguntó Daniela. Bah, los políticos son todos iguales... No, no, le corrigió Daniela, en Ecuador son peor. Allí no hay ninguno honrado... Son cuatro familias, habría que botarlos a todos. Son unos ratas. ¿Ratas? Corruptos.

Al entrar en Madrid Lorenzo propuso ir a cenar. Daniela dijo ya has gastado mucho dinero. Y luego añadió que estaba cansada. ¿No quieres ir a bailar? Seguro que ahora te vas a bailar con tus amigas, bromeó Lorenzo. No, no. De verdad que no, alegó ella. Y le fue imposible torcer su determinación.

Al llegar al portal, Lorenzo detuvo el motor y apagó los faros. Muchas gracias por la excursión, le dijo Daniela.

Era hermosa la conjunción de las dos largas líneas de sus ojos con la línea de su boca. El rasgado se rompía con la caída del pelo. La mano de ella se posó sobre el tirador de la puerta y Lorenzo se inclinó dominado por una fuerza que no controlaba. La tomó de los hombros y buscó besarla en los labios, pero ella sólo le ofreció la mejilla, en tierra de nadie. Pero el beso se prolongó hasta que ella separó el cuello.

Sabía que ibas a hacerlo, Lorenzo. Era la primera vez que Daniela pronunciaba su nombre. No he venido por esto, no quiero que pienses...

Era Daniela la que se excusaba, como sí se juzgara por haber provocado el rapto de Lorenzo. Él se sintió incómodo, trató de mostrarse cálido. Me gustas, perdona si... pero me gustas y yo... Los hombres sólo quieren una cosa, le dijo Daniela, y hacen mucho daño después...

Daniela hablaba con dulzura y sus rasgos se hacían más hermosos a ojos de Lorenzo. En el momento del beso había rozado su seno con el antebrazo y sintió un estremecimiento. Lorenzo tenía ganas de abrazarla, de tranquilizarla, pero ella manejaba la situación con una autoridad que paralizaba a Lorenzo.

No me ha molestado, sólo quiero que sepas que yo...

Y el silencio de Daniela parecía suficiente para explicarlo todo.

Gracias por la tarde tan bonita, dijo, y bajó de la furgoneta con un salto. Caminó hacia el portal. Lorenzo notó una punzada en el pecho, como un pellizco cruel. Tardó en arrancar y circuló sonámbulo camino de casa. Cuando atravesaban una de las estancias del Monasterio, entre los tapices tejidos en pan de oro con escenas bíblicas, Daniela se había vuelto hacia Lorenzo y le había dicho, muy bajo, como en un susurro, gracias por lo que has hecho por Wilson. Entonces, al sentir el aliento muy cerca de su rostro, Lorenzo había deseado acostarse con ella, desnudarla, hacerle el amor.

Comprendió su error, su precipitación. Intuía heridas en Daniela que desconocía, pero el rechazo le hizo sentirse mal, desolado.

Era sábado por la noche pero Lorenzo volvió temprano a casa. Sintió que conducía en dirección contraria al resto de la humanidad.

Llegó a casa cuando el partido de fútbol ya había acabado. Miró un rato la película americana sentado al lado de su hija Sylvia. A ella también se le

torció el sábado, pensó, pero no le preguntó nada.

El domingo lo termina con la misma sensación de vacío con la que había despertado. El lunes tarda en levantarse. Encuentra una nota de Sylvia bajo dos naranjas posadas junto al exprimidor. «No vengo a comer». Escucha el movimiento de sillas en el piso superior y piensa que es un lenguaje cifrado con el que Daniela le comunica su desprecio.

Wilson le llama mientras desayuna. Ha conseguido un traslado y le pregunta si quería unirse con la furgoneta. Sí, claro, estupendo. Mañana a las ocho, pues. Lorenzo escribe la dirección de la cita sobre la misma nota de Sylvia. Tendrás que madrugar, lo siento, porque ya veo que no te gusta madrugar, le dice la voz de Wilson al otro lado de la línea. Me había despertado hace rato, se justifica Lorenzo. No tienes voz, observa Wilson, sueñas como si aún estuvieras metido en la cama. ¿Mi vieja sabes cómo le decía a eso? Tener voz de almohada.

Lorenzo se ducha, se afeita mientras oye la radio. En las noticias no hablan de él. Ante el espejo dice soy un asesino. Es extraño lo poco que le había costado olvidarlo, dejarlo atrás. Sepultado en el día a día. Soy un asesino. Al mirar su cara recién rasurada se pregunta ¿he cambiado tanto? Y se lo repite.

¿He cambiado tanto?

Tenía gases. Había pasado mala noche. Se puso en cuclillas para tratar de expulsar el aire. Se tumbó sobre el suelo y se masajeó el vientre. Alzó las piernas en alto. Luego pensó no soy el que era, ¿verdad? En esa posición absurda, con la espalda sobre la húmeda alfombrilla del baño, oye el timbre de la puerta. Los ruidos en el piso de arriba habían cesado y confía por un instante en que sea Daniela que baja a verle, quizá a disculparse. Estuve seca contigo la otra noche.

Pero cuando mira por la mirilla su corazón se dispara. El inspector Baldasano está acompañado de cuatro agentes. Vienen a detenerme, hoy se acaba todo. Durante un segundo se alegra. Termina la angustia. Luego llega el desconcierto. Perderlo todo. No quiere demorarse en abrir y lo hace de manera brusca. El inspector habla con un aire tranquilizador. Buenos días, perdone la molestia. Lorenzo los invita a pasar mientras comprueba si hay algún vecino que curiosear en la escalera la desagradable escena. Tenemos un orden de registro. Serán unos minutos. ¿Está solo? Lorenzo cierra la puerta

tras ellos.

Sí, estoy solo.

12

Fue él. Lo inició él. Mandó el primer mensaje a la caída de la tarde del domingo. «Hola. ¿Te gustaría quedar mañana?». Habían terminado casi todos los partidos de la jornada en la radio. Los resultados permitían al equipo subir tres puestos en la clasificación. Apagó. «Vale, pero no muy tarde». Por la noche vería los partidos de la liga argentina retransmitidos de madrugada. Pero le quedaban unas horas muertas sin saber qué hacer. «¿A las cinco? ¿Donde siempre?». Sabía que al final enviaría el mensaje a Sylvia, pero lo retrasó cuanto pudo. Quiero verla. «Ok». La muchacha le transmitía una extraña serenidad. Era la limpieza de su mirada, las maneras casi infantiles, la ausencia de cálculo, cierta inocencia. En el recuerdo, las caricias temblorosas, algo furtivas, el cuerpo inédito, los besos en los que dejaba caer la cabeza atrás, entre aterrada y excitada, la sonrisa nerviosa, tentativa. Todo se presentaba con tal cercanía que a Ariel le parecía imposible que hubiera dejado pasar tantos días sin verla.

Ella respondió los mensajes al instante. Eran cortos, directos. Claro. Yo impuse la frialdad, admitía Ariel. «Pero no muy tarde», le había escrito ella. Era una manera sutil de decirle, hoy no acabemos en la cama. Y Ariel lo entendía. La noche dicta sus propias condiciones. Será un amor de tarde, como de adolescente, pensó. Con órdenes de volver a casa antes de las once.

El sábado vivió el tedio de antes de los partidos. Tedio expectante. Paseo por la calle con cientos de chavales que piden autógrafos, la comida con el equipo, la charla táctica, los quince minutos de vídeo sobre el rival, la siesta, las conversaciones salvajes de los hombres cuando están en grupo. Lastra le había sacado un nuevo mote al entrenador. Lolailo. Es como en las canciones, explicaba, que cuando no se sabe qué decir siempre hay un coro que sale con

eso del lolailo. Eso les parecía, que, agotados los tres conceptos y los tres detalles que atender en el rival, el entrenador comenzaba a escucharse a sí mismo, a repetir el estribillo. Y en un susurro alguno de los jugadores canturreaba lolailo, para provocar las risas de los que no podían contenerse. Un poco colegial, pero eficaz. El cuerpo técnico apreciaba el buen ambiente. Cuando se popularizó la broma, Lastra se volvió hacia uno de los jóvenes. Tú de esto ni una palabra, que aquí todos sabemos que eres el chivato. El chico trató de negar la mala fama, pero el grupo imponía su ley.

La siesta fue espesa. Osorio, su compañero de cuarto, llamó a la novia y se pasó dos horas al móvil diciéndole cariños. Al colgar se volvió hacia Ariel, ya me ha sacado un coche, la hijaputa. Luego se enfrascó en el juego de la play. Amílcar vino a buscar a Ariel para un café. Alguien contaba que Matuoko estaba follando en la habitación con una famosa local, emparentada con los duques de no sé dónde. Los españoles parecían conocerla todos de la televisión. Le ha llamado por teléfono a la habitación, así con todo el descaro del mundo, contaba el compañero de cuarto de Matuoko. La tía tendrá cuarenta y tantos pero está estupenda, decía otro.

Cargaron las bolsas en el autobús porque del estadio viajarían directos al aeropuerto. Que nadie se deje nada en el hotel, advertía el delegado. Éste se ha olvidado la muñeca hinchable, gritaba uno. Y tú a tu puta madre, le respondían al fondo del autobús. Cuando subió de los últimos el agitado Matuoko, sus compañeros le recibieron con una salva de aplausos que agradeció mostrando una dentadura enorme de encías rosadas. El entrenador bajó la cabeza, algo sombrío. El jefe de utilleros contó entonces dos o tres chistes muy celebrados. Mi mujer grita muchísimo cuando folla, a veces hasta la oigo desde el bar. Algunos se colocaron cascos de música, otros charlaban.

En el acceso al estadio un grupo de aficionados locales les insultó, les mostró el puño. Lanzaban naranjas que se despanzurraban contra los cristales del autobús. Un gordo beodo se bajó los pantalones y les enseñó un culo feo y peludo. Paco, tú no mires por si te gusta, gritó Lastra entre carcajadas. Prefiero a tu puta madre, respondió el aludido desde su asiento al frente.

La hora y media previa al partido se le hizo eterna. Calentamiento en el césped. El rumor de la gente que comenzaba a llenar las gradas. Cambiarse en el vestuario. El olor de las lociones. Ariel levantó con el pie una bola formada

por dos medias. Un, dos, tres, cuatro, la mantuvo en el aire pasándola de un pie al otro. Algunos le miraban sonrientes. Otro gritó, en el campo, tío, en el campo. La espera luego en el pasillo de vestuarios. Ése era el instante en el que Ariel notaba más los nervios. Alguien gritaba venga, venga, venga. Hay que ganar. Vamos, vamos, vamos. Fuerza, fuerza. Nada demasiado complejo. Vamos, vamos, chavales, hay que ganar por cojones, les recordó el entrenador de porteros. Si la cosa se pone fea, zurriagazo para delante, aconsejaba el segundo entrenador.

El partido fue trabado. El juego era interrumpido con faltas constantes. El organizador del equipo en lugar de pasar el balón en largo conducía la pelota pegada al pie. El Dragón ridiculizaba a esa clase de jugadores, son carteros, decía, para darte la pelota llegan a tu lado, te dan la mano, te preguntan por los chicos y no hay manera de que la suelten. La pelota hay que tocarla mucho pero tenerla poco. Ariel se desesperaba por la falta de circulación. Su marcador se iba con el primer amago y cuando recuperaba a destiempo lo derribaba. Le sacaron tarjeta amarilla a mitad del primer tiempo y eso relajó un poco más la marca. Tres o cuatro veces lo superó por la raya de banda hasta lograr centrar. Pero la cabeza de Matuoko parecía mal orientada, como si no acertara a situar la portería. Los remates se iban altos y desviados. En un rebote Ariel se atrevió con un golpe de chilena, tras levantarse en un salto de espaldas a la portería, pero el portero logró desviar por encima del travesaño lo que habría sido un gol bellísimo, de los que se repiten en la tele durante días.

Por fin le cayó una pelota rifada cerca del área por un despeje torpe, avanzó hacia la raya de fondo y buscó a algún compañero que llegara por detrás, de cara a la portería. Vio cómo el defensor se iba al suelo y sólo tuvo que buscar con su pie la pierna del contrario. Ariel cayó en el área y el árbitro pitó el penalti. Lo marcó Amílcar con un disparo rotundo a media altura.

Luego el entrenador decidió contener. Lo sustituyó por un defensa. No le molestó. Se sentó en el banquillo. El entrenador le dijo algo que Ariel no entendió. El portero suplente, que iba por la quinta bolsa de pipas, le susurró al oído, lolailo lailo, y ambos rieron.

En el aeropuerto dos pasajeros protestaban airados por la espera. Es indignante, aquí nos han tenido una hora para esperar a éstos. Uno de los

defensas centrales le lanzó una mirada llena de sorna, relájese, no le dé un infarto. El hombre le miró con furia y desprecio y el delegado fue recolectando a los jugadores para que ninguno se despistara. Durante el viaje, alguno de los periodistas que compartía avión se acercó para felicitar a Ariel. Ronco se dejó caer en el brazo de su asiento, contento, ¿no? Ariel asintió con vaguedad. ¿Tomamos algo al llegar? Ariel miró el reloj. Aterrizarían en Madrid cerca de la una. Es sábado por la noche, habéis ganado, el árbitro se ha tragado tu piscinazo, le dijo Ronco, ¿qué más quieres?

Ariel sonrió. No fue piscina. El tipo me tocó.

Pensó que sería bueno salir. Los compañeros hacían bromas a las azafatas que sonreían, algo violentas, pero coquetas. Una de ellas, el pelo teñido de un tono rojizo, servía a Ariel. ¿Un té sería posible? Ella le sonrió. Mil gracias, dijo él. Al regresar hacia cabina un jugador anónimo gritó no corras, hay polla para todas. Al rato la azafata trajo el té de Ariel. Ya lo siento, no tenemos mate, le dijo. Ariel sonrió con los ojos verdes. Algo más tarde, desde lejos, coincidieron sus miradas y ella le dedicó un gesto. El compañero de asiento de Ariel le golpeó con el codo. ¿Te estás timando con la azafata? ¿Timando?

¿Sabes lo que dice el refrán? Azafatas y enfermeras, a follar las primeras. Ariel rió. El jugador era un suplente que apenas jugaba, ya llevaba tres años en el club. Soy de Murcia. ¿Conoces Murcia? Ariel negó. Tierra de furcias. Y el tipo volvió a carcajearse. Ariel prefería escuchar música. Amagó con colocarse los cascos.

Macho, tienes que venirte un día, tengo un casoplón allí, cerca de la Manga, que te cagas. ¿Qué haces en navidades? ¿Te vas para Buenos Aires? Ariel dudaba, tenía esa intención, pero aún no había resuelto. ¿Y te compensa tanto viaje? Para cuatro días de vacaciones que nos dan los hijos de puta. Tengo a los papás allá. Aquello está feo, dicen, de delincuencia. Leí lo del futbolista que le secuestraron al padre. Y jugaba con un argentino, Lavalle, ¿lo conoces?, que cuando se iba a Buenos Aires llevaba dos tipos de seguridad. Nos lo pintaba bien jodido.

El vicepresidente, un joven abogado con corbata azul pálido, se levantó y les dijo el presi me ha llamado y me pide que os transmita su felicitación. ¿Y la prima?, gritó uno, que la doble. La gente rió la ocurrencia. Ya sabéis que en la comida de Navidad os hará un obsequio a cada uno. El equipo aplaudió con

chirigota. A buen seguro les esperaba una estilográfica o un reloj. Ariel tenía ganas de colocarse los cascos de música pero no quería ofender a su compañero de asiento, que no mostraba intención de volver a enfrascarse en la revista de automóviles. Tengo a la mujer embarazada, le contaba entonces, el quinto. Ya sabes que dicen que no hay quinto malo. El mediano es el que se me ha torcido. No quiere ni oír hablar de fútbol. Desde pequeño juega con las muñecas de la hermana y la hijaputa de mi mujer que va diciendo por ahí que el niño es gay, tú te crees que se puede decir eso, con nueve años que tiene el chaval, pues ella dice que sí, que gay se nace y que le parece muy bien. Y varias veces he intentado que hablemos con el psicólogo del colegio, pero ella nada, no te rías, que es serio, joder, menuda vergüenza paso a veces. Un día me dice ¿y siempre tenéis que llevar esa camiseta, no podéis ir cambiando de colores? Tú fíjate qué empanada mental tiene el crío.

Un rato después la conversación degeneró hacia la política. Yo no voto, le dijo su compañero, pero si votara tendría que presentarse un tipo como Pinochet o Franco, a mí, para que me roben, prefiero que me robe alguien con autoridad, que ponga firmes a toda esa gentuza que pulula por ahí.

Antes del aterrizaje la azafata recolectó las bandejas y obligó a plegar las mesitas. Sobre la de Ariel dejó un posavasos en el que había escrito su teléfono móvil. Ariel lo guardó antes de que lo viera su compañero, que entonces hablaba de las razones del habitual fracaso de la selección española de fútbol. Puede que sea por la falta de carácter competitivo del español, pero, joder, si aquí hemos tenido a Ballesteros y a Fernando Alonso, que son de aquí, españoles, que no son marcianos. ¿Allí en Argentina qué se dice de lo de nuestra selección? Ariel se encogió de hombros, bueno, allá lo sabe todo el mundo, es por el tipo ese, el del bombo, el del bombo es mufa. ¿Mufa?, preguntó su compañero con un interés desmesurado. Sí, mufa, que da mala suerte. ¿Gafe? Sí, eso, el del bombo es gafe. No jodas, no jodas. Pero eso lo sabe todo el mundo allá, insistió Ariel ante el asombro de su compañero. O sea que M... No, no, no lo nombres, Ariel se tocó la cabeza como si fuera madera. Nosotros tuvimos un presidente de la nación mufa, y hubo que rogarle que no asistiera a los partidos de la selección.

Cuando las ruedas del avión se posaron sobre el asfalto de la pista comenzó una agitación inmediata. Gente que se desprendía de los cinturones,

que alcanzaba sus maletas, conectaba los móviles. Ariel observó que su compañero prendía dos móviles diferentes. ¿Dos?, preguntó. Joder, uno para mi mujer y el otro para las demás, no querrás que se te cruce una llamada. Al portero que teníamos hace dos años se le escapó un mensaje porno y se lo mandó a su mujer. No veas qué número. El tío tenía mucha gracia, y eso que era catalán, y cuando le preguntábamos cómo lo había arreglado nos decía que le había hecho creer que era intencionado para ella, para calentar un poco la relación, para rebifar la pareja, decía el cabrón. Y tienes que conocer a mi parienta, menuda es, me revisa los mensajes, la agenda. Cuando me tiro a alguna por ahí, antes de volver a casa me paro en una gasolinera y me froto con la gasolina, menudo olfato tiene la tía para las colonias.

Ariel buscó con la mirada a la azafata entre la maraña de cabezas, como si quisiera estudiarla por última vez. Ahora me estoy tirando a una de las vendedoras de la tienda del club, una de las morenas, la más llenita, ya te la presentaré. Bueno, la enchufé yo, y es un trabajo cojonudo. ¿Sabes lo que la pone muy cachonda, que me la folle vestido de futbolista? No sé, le da morbo... Pero con espinilleras y todo, menudo número. Las mujeres cuando rascas un poco descubres que son muy guarras.

Bajaron del avión y Ariel se sintió liberado de la conversación. La azafata le despidió en la manga con un gesto de cabeza y se mordió el labio que había retocado con un color rosa intenso.

Recogieron las maletas en la cinta transportadora mientras el jefe de utilleros organizaba a sus ayudantes para no tener que cargar con un solo bulto. Ronco le estaba esperando junto al control de la Guardia Civil. Vamos a un local aquí cerca, yo te guío. ¿No tenías un coche más cantoso?, Ronco le hablaba deprisa. Ariel le resumió la conversación con el compañero. Antes era un jugador correcto, de los que se entregan y sudan la camiseta, no te esperes otra cosa, el Premio Nobel de Física este año no se lo dan, pero ahora está mayor, le dijo Ronco. Mira allí es, el Malevo. El sitio es espantoso pero aquí es donde está la marcha.

Aparcaron en un paso de cebra por empeño de Ronco. ¿Quién te va a multar ahora? En la calle Ariel sacó del bolsillo el posavasos del avión y se lo mostró a Ronco. ¿El número de la azafata? ¿Y me lo dices ahora? Que se traiga a una amiga, pero ¿a qué esperas para llamarla? Ronco marcó el número

en el teléfono de Ariel, pero nadie contestó. ¿Cómo se te ocurre? Se habrá ido a follar con el piloto, como siempre.

Se instalaron al fondo de la barra. La música atronaba. Ronco bebía las cervezas como si fueran a agotarse. Tomaba el pelo a Ariel con indignación por haber dejado escapar a la azafata. Poco después se abrió la puerta del local y para su sorpresa vieron entrar a Matuoko acompañado por una mujer de pelo rojizo. Es ella, dijo Ariel. Es la azafata.

Se saludaron desde lejos y los vieron instalarse en el otro lado de la barra. Bueno, me parece que la tipa ha repartido su teléfono por toda la plantilla, dijo Ronco. Ariel se justificaba, yo no puedo competir con ese tipo, tú no lo has visto desnudo, tiene un cuerpo perfecto. Ducharse a su lado es deprimente, admitió Ariel. Ronco puso cara de asco, no sigas, pienso en un grupo de hombres desnudos y me dan ganas de vomitar.

Hablaron un rato de fútbol, sin quitar ojo a los avances de Matuoko con la azafata. Ella, de vez en cuando, miraba hacia Ariel y sonreía, casi esbozando una disculpa. Los jóvenes se acercaban de tanto en tanto para contarle sus historias, darle la mano. Cada uno tenía su frase, ahora se está aficionando mi chica, yo llegué a jugar en juveniles, os falta alguien en medio campo que sea el pulmón del equipo, yo ficharía otro portero. Alguno decía, desde un poco más lejos, menos salir por la noche y más sudar la camiseta. Eso de sudar la camiseta es una de las cosas más sobrevaloradas del fútbol, ¿no te parece?, le preguntó Ronco. Ariel recordó al Dragón cuando les decía habéis jugado muy mal, corristeis demasiado, si este juego consistiera en correr ficharía al campeón de los cien metros lisos. Luego otro gritó desde el final de la barra, menos discotecas y más goles y Ronco se encaró con él, qué tendrá eso que ver. Los mejores jugadores del mundo han sido unos crápulas. A ti, Ariel, lo que te falta es golfería. A veces ni pareces argentino. En el área lo que se transparenta son las horas de noche y barra americana, en cada regate, en cada pelea con un defensa, sale el canalla. Hace dos años se presentaron en el entrenamiento un grupo de aficionados con un pancartón que decía menos putas y más sentir los colores, ésa es la fantasía de la gente, que os estáis pegando una vidorra de tres pares de cojones y vosotros no les podéis fallar, es como si sale un actor de Hollywood diciendo que su vida es muy triste, anda y que le den por el culo, la gente no quiere oír eso, para eso ya tiene su puta vida de

mierda.

El alcohol terminó de excitar a Ariel. Una chica se separó de su grupo de amigas para venir a saludarlo. Ronco la animaba. Venga, dale dos besos, no seas tímida. Ariel se concentró en la chica que le hablaba incansable. Ella posó sobre el muslo de Ariel su mano bronceada y le habló al oído para decirle cosas como que el fútbol no le iba mucho. Ronco seguía con sus bromas, ¿de verdad no tienes una amiga a la que le gusten los tíos feos? Te aseguro que desnudo mejoro mucho. Cuando Ariel se inclinó sobre la chica y le dijo ¿no estaríamos mejor tú y yo solos en otro sitio?, ella sonrió con orgullo. Me fumo el cigarrito y nos vamos, ¿vale?

La chica vivía en un edificio de ladrillos blancos en la zona norte, cerca de la estación de Chamartín. Lo compartía con tres amigas. Estudiaba Gestión de Empresas en una escuela de negocios. Su familia era de Burgos. No la chupo, eh, eso te lo advierto desde ya, le dijo a Ariel en el ascensor, cuando él la agarró del pelo con fuerza. A Ariel le costó trabajo desnudarla, la chica había puesto música y bailaba en bragas y sujetador como si se exhibiera. Estoy loca, esto no lo hago nunca, estoy loca, repetía. Ariel daba sorbos lentos a una cerveza en lata que ella le había traído de la nevera. Hicieron el amor con dos rítmicas diferentes. Ella subió la música como si no quisiera oírse a sí misma sino tan sólo los gorgoritos de Celine Dion. Ariel no entendía muy bien lo que hacía con aquella mujer que no deseaba, que no era especialmente bella y que no le causaba más atracción que la que el alcohol le dictaba. La chica decía dime cosas sucias al oído, ay cómo me gusta el acento argentino, y luego le pedía que la azotara en el trasero, no tan fuerte, así, así. Ariel se sintió ridículo. Detestó los besos en la boca que ella le dio y cuando había terminado y se había arrancado el preservativo sólo pensó en escapar hacia su coche aparcado en la calle. Para entonces la chica, que se había corrido con lo que más bien parecía un ataque de hipo, no dejaba de lamentarse medio llorosa en la cama. Yo no hago esto nunca, joder, si tengo un novio en Burgos, ¿qué le digo yo ahora a José Carlos?, ¿eh?, ¿qué le digo yo ahora a José Carlos?

Ariel se perdió tratando de orientarse en las autopistas periféricas. Volvió hacia el centro de la ciudad como si le fuera imprescindible partir del kilómetro cero para encontrar el camino. En la plaza de Colón lo detuvo un control de alcoholemia. El agente se acercó a la ventanilla. Ariel bajó el

crystal con su mejor sonrisa. Me perdí para salir hacia Las Rozas.

Seguro que has pimplao un poquillo, ¿no? Te dejo pasar porque hemos ganado, eh. Llamó a su compañero, ya verás, éste es muy aficionado. Ariel les regaló un par de fotos firmadas de las que llevaba en la guantera. Luego recibió las confusas instrucciones para la salida más cercana hacia la autopista. El agente se le despidió con un hala, suerte, nosotros vamos a seguir cazando borrachos.

Se metió en la cama cuando amanecía. Tardó en dormirse. Estaba molido. Se despertó a las tres y media. Contestó los correos. Marcelo le citaba para verse en las vacaciones de Navidad, luego le decía que iba a componer una canción sobre una chica de dieciocho años que había matado a un chaval de veintiuno en una disco suburbana. Ella al parecer no quiso bailar con él, discutieron, el otro la insultó, ella se sacó una navaja de la zapatilla y lo mató. Quince años de cana. Pero lo que a Marcelo le gustaba era lo que la chica había escrito esa misma noche en su diario personal, «hoy me mandé una cagada. Apuñalé a un chabón y estoy muy asustada». Alguien tiene que escribir la gran canción de la Argentina, y tiene que nacer de cosas de éstas. Ariel le escribió, de acuerdo con ese asadito para Navidad.

Después de un rato, ya no encontró excusa para no escribir a Sylvia un mensaje.

«Hola, ¿te gustaría quedar mañana?».

La recoge a las cinco. La encuentra preciosa cuando se aproxima a la ventanilla. Es una niña, se dice. Está empezando a llover y dos chinos venden paraguas junto al semáforo. Sylvia tiene el rostro helado. Hace frío, parece justificarse al tiempo que se ruboriza. Los labios en cambio se destacan rosados en la palidez de la cara. Lleva un jersey de lana gruesa que al quitarse levanta algo la camiseta de abajo y deja ver la piel de su torso. Los vaqueros son negros. Van a un café del centro, un poco pijo, dice ella. Hay un piano que nadie toca. Nos sentamos aquí, señala ella, pero él prefiere más lejos del ventanal. Claro, dice Sylvia.

Los atiende un camarero engolado. Ella pide coca-cola, él una cerveza. Vi el partido, enhorabuena, le dice Sylvia. Él dice gracias. ¿Te estás aficionando? Culpa tuya, y ella sonríe por encima del vaso que le acaban de traer.

La otra noche me sentí pésimo, después de dejarte, comienza Ariel. Sylvia

se encoge de hombros. Él prosigue. Es un poco confuso, para mí... Un embolado, dice ella. Pero quería que hablásemos, continúa Ariel. ¿Te venía bien quedar? Cualquiera cosa antes que estudiar para los exámenes, responde ella. Tengo tres esta semana. A lo mejor no te iba bien quedar hoy, insiste él, incómodo. Me iba perfecto quedar hoy.

Ariel mira alrededor. Vuelve a sentir de nuevo la extraña autoridad de ella. Logra hacerse siempre con el dominio de la conversación, él va detrás como un defensa lento. Sylvia se mete un hielo en la boca y luego lo deja de nuevo en el vaso. Se ha bebido rápido la coca-cola. Hay un momento de silencio que Sylvia se permite romper con una sonrisa.

Me parece que aquí no vamos a poder besarnos, le dice a Ariel.

Se han relajado de pronto. Sus rodillas se están rozando bajo la mesa. Sylvia alarga la mano sobre el cristal para que él pose la suya encima. Ariel duda. Cuando el camarero se acerca eluden el contacto. Trae la cuenta y le pide a Ariel un autógrafo. Para mi hijo, a mí no me gusta el fútbol. ¿Cómo se llama?, pregunta Ariel. Pedro Luis, pero ponga Pololo, en casa lo llamamos así.

Ariel firma tratando de aguantar la risa con lágrimas en los ojos. Sylvia se tapa la cara cuando ve que a él le tiembla la mano con el bolígrafo. Salen a la calle y se doblan sobre la cintura para estallar en carcajadas. En el coche aún bromean con la terrible vida de un niño que crece llamándose Pololo. Con ese nombre no me extrañaría que acabara por tirarse desde el viaducto o por irrumpir en un McDonald's y matar a treinta personas, en venganza, decía Sylvia.

En el aparcamiento subterráneo de la plaza de Santa Ana se besan. Ariel vigila con la mirada cuando oye algún ruido. Aquí vienen los jefes a follar con sus secretarias en los coches, dice Sylvia. Él temía en secreto que alguien los filmara con el móvil. Le ha pasado a un compañero semanas atrás. Se besan tanto rato, hundidos en el asiento, que a Ariel le expira el ticket de salida y tiene que renovarlo en la ventanilla del encargado, que está de mal humor porque alguien ha cagado en el váter cercano y el olor es insoportable. Pero ¿qué tendrá ese tío en las tripas?, joder, está podrido. Cuando le entrega el ticket a Ariel le reconoce y le dice a ver si esta vez te da tiempo a salir, porque como seas tan lento en el campo, aviados vamos.

Llegan a casa de él cuando anochece. Hacen el amor sin prisa, con larguísimos prolegómenos donde se conocen la piel, se estudian como si sus cuerpos fueran contenido de un examen próximo. Permanecen abrazados, se acarician. Ariel no recuerda haber estado mejor nunca, pero le dice estoy cagado de miedo, eres menor, no sé qué hago.

Sylvia se coloca sobre él. Querría tranquilizarle. Los pechos quedan entrecubiertos por su pelo, él le retira el cabello. Son hermosos, y ella tensa los hombros. Me he enamorado de ti, le dice a Ariel, no creo que eso sea nada malo. Sólo tienes cuatro años más que yo, no eres mi abuelo.

Llévame a casa pronto, le pide ella poco después. No quiero que mi padre me pegue otra charla. ¿Mañana te veo?, pregunta Ariel. Claro, pero si no te importa me traigo los apuntes y les echo un ojo. Yo no te puedo ayudar, fui un estudiante pésimo.

Sus bocas en el coche aparcado al comienzo de la calle de Sylvia no parecen querer separarse. Se desean aún cuando ella baja. Lleva escondidas las manos en las mangas del jersey, a la japonesa. Cuando Ariel vuelve a casa tiene grabado en su oído el gemido roto de Sylvia.

El gemido roto de alguien que pierde su virginidad.

13

Dos semanas pasan como un latido, Sylvia se despide de Ariel. Es casi la una. Han comenzado las vacaciones de Navidad en el instituto y eso le concede un margen para llegar algo más tarde. Están en el coche, en el espacio libre de la entrada a un taller mecánico. ¿Cuánto voy a estar sin verte?, le había preguntado ella un segundo antes. Ocho días. El dos tenemos entreno. Sylvia quería acompañarlo al aeropuerto al día siguiente. Sí, bromeó él, así podemos salir en las tapas de las revistas del corazón con el extra de Navidad.

A Sylvia le incomodan esas referencias constantes a lo imposible de su relación. Para Ariel había algo insalvable. Tenés dieciséis años, repetía como si fuera una condena, un obstáculo definitivo. La edad se corrige con el tiempo, le decía ella.

Fueron al cine dos días. En la oscuridad se cogían de la mano y compartían las palomitas, pero luego a la salida él se distanciaba. A veces ella, molesta, bromeaba y se acercaba a él y le preguntaba en voz alta ¿no eres el futbolista ese argentino? Sólo en el trayecto hasta el aparcamiento firmaba varios autógrafos o escuchaba cómo alguien le daba una recomendación táctica para el partido siguiente. Sylvia le decía qué paciencia tenéis.

La casa de él era un refugio. Entraban por el garaje para descubrir ese orden impuesto por Emilia en su paso diario. Tiene la mosca detrás de la oreja, le confesó Ariel a Sylvia, esta mañana me ha dicho que las noches son para descansar, que yo soy aún muy joven. Pues anda que si me conociera a mí, bromeó Sylvia.

Ella ya no se sentía tan cohibida en la casa. La noche en que hicieron el amor por primera vez quiso salir de allí al instante. Todo le resultaba amenazante. Temía haber manchado de sangre las sábanas y cuando Ariel se

quitó con discreción el preservativo, ella lo escuchó posarse en la madera con un ruido cómico y ridículo. El amor no era un sentimiento entonces sino fluidos pegajosos, olores, saliva.

Sylvia advirtió a Mai que su padre podría llamarle algún día para preguntarle si estaban juntas. Sólo entonces Mai entendió que llevaba demasiado tiempo sin preguntar a Sylvia por su vida íntima. He conocido a un chico, le había dicho, ya te contaré. Mai, que llevaba unas rastas reseca y deshilachadas como algas, daba alaridos en el patio durante el recreo, tía, tía, tía. Pero Sylvia ya había desvelado su secreto a otra persona antes que a ella.

Fue casi accidental. Dani la encontró por los pasillos. Este fin de semana tengo entradas para un concierto bastante guapo. Sylvia torció el gesto, no creo que salga, tengo que empollar. No será para tanto, venga... Dani insistió. Estoy saliendo con un chico, Dani. Al decirlo Sylvia sintió alivio, seguridad. Su espejismo podía ser real. Lo dijo bien bajo para que no lo oyera nadie más. Daniel había asentido y sonreído. Me alegro por ti, llegó a susurrar. Bueno, me alegro más por él, la verdad. Bajaron juntos hasta el patio, pero allí se separaron.

Decírselo a Mai no tuvo la mágica elocuencia de la primera vez. Había dudado si confesárselo a su padre un día que entró eufórico en su cuarto y hablaron un rato de música. Tampoco lo hizo con su madre en alguna de las llamadas de teléfono en las que hablaban de exámenes y planes para la Navidad. Ni con su abuela en la visita del domingo, justo antes de irse al fútbol. Al fútbol porque Ariel la había invitado al estadio.

El partido se le hizo largo. Tenía los pies fríos y combatía la congelación zapateando contra el suelo de cemento. Era extraño mirar a Ariel en el campo. Parecía otro. Una figura lejana, más mayor y distinta. No lo sentía suyo cuando todo el estadio le silbaba o aplaudía en función del caprichoso destino final de una jugada. Cerca de su asiento había jugadores no convocados para el partido y alguna esposa o novia de futbolista que prefería el frío del campo a ver el partido desde casa o desde la televisión del bar de jugadores. Todas eran de una belleza idéntica, entre buena familia y trabajo diario en el gimnasio. Como sus maridos, aparentaban más edad de la que tenían, ellas por su pretenciosa forma cara de vestir y el abuso de maquillaje.

El equipo de Ariel ganó sin dificultades. A Sylvia la atraía más el

ambiente alrededor. Echaba de menos las repeticiones de la televisión y los primeros planos para poder seguir el juego. Incluso el tercer gol que marcó Ariel no llegó a saber muy bien cómo se había producido. Sí vio a Ariel, después del abrazo de sus compañeros, correr hacia el círculo central con un mechón de pelo entre los dientes en un guiño hacia Sylvia que sólo ella podía comprender. Se ruborizó sentada en la tribuna y miró alrededor. La alivió pensar que nadie de los ochenta mil espectadores podía sospechar que ella era la destinataria del gesto.

Los aficionados protestaban las decisiones del árbitro y aplaudían las jugadas de ataque. Comían y bebían sin tregua, algunos traían de casa bocadillos envueltos en papel de plata. Había los que se fumaban un puro y también la zona donde se concentraban los aficionados más jóvenes que no paraban de cantar y animar al equipo. Su ruidosa presencia les otorgaba la autoridad en el estadio.

Después del partido apenas estuvieron juntos una hora. Detenidos en el coche en una calle oscura. Él tenía una cena con los compañeros y no podía faltar. Es la cena de Navidad. ¿Son divertidas?, le preguntó Sylvia. Bueno, el presidente nos suelta un pequeño discurso y nos regala un reloj caro, luego la mayoría se emborracha y acaban lanzando las croquetas a los ventiladores. ¿Has visto alguna vez lo que pasa si lanzás una croqueta al ventilador? ¿Divertido? Y sí, lo pringa todo.

Sylvia moqueaba de frío y él le prestó dinero para un taxi. Cuando salió del coche él le dijo no me felicite por mi gol, pero ella caminó unos pasos sin contestar y luego se volvió con un mechón de pelo en la boca. Por la noche la temperatura bajó de los cero grados.

Se vieron el lunes y el jueves de madrugada se despedían junto al portal de Sylvia. A la mañana siguiente Ariel volaba hacia Buenos Aires. Odio la Navidad, este año más que nunca, le dice Sylvia. El coche que hace casi cuatro meses la había embestido era ahora el coche del que no quería bajar, que cuando veía entre el tráfico de la Cibeles celebraba con un acusado aumento de sus pulsaciones.

Ariel la despide con una ráfaga de los faros y espera hasta verla entrar en el portal.

Sylvia se echa a dormir en silencio. Tiene un mal presentimiento. El viaje

los separará. Tiene pavor a que las dudas de Ariel crezcan sin estar ella cerca. Todo se confabulará para que él la olvide. Son una pareja que sólo ellos dos saben que existe. Es una relación privada bien fácil de hacer desaparecer. Las vidas tan distintas terminarán por separarlos. Eso lo sabe Sylvia. Quiere pensar que no será así, pero no lo logra.

No hay futuro para nosotros, se dice. Apenas compartimos nada, la cama y largas conversaciones sobre una canción, una película, un asunto menor. Es el fin.

La Navidad es la muerte.

14

A Leandro no le tiembla el pulso. Y eso le alarma. Debería temblarme. ¿En qué me he convertido si no? Se mira las venas de las manos para comprobar que aún corre sangre por ellas.

Firma.

Su firma es un trazo rápido, como el vuelo de una libélula. Son las dos iniciales de su nombre, Leandro, y su apellido, Roque. Le agradaba de joven, cuando lo imaginaba un nombre destinado a ser conocido. Cuando ensayaba su firma en casa de Joaquín, mojando la plumilla en el tintero del despacho del padre.

Por entonces el viejo militar ya estaba retirado y fantaseaba desde por la mañana con la posibilidad de escribir sus memorias. En cuanto el sol templaba la calle salía a pasear, exhibir su educación, su herida de guerra, su saludo cordial, su pródiga generosidad para con todos. A Leandro le pagaba los estudios de piano, a Pedro el del tercero le ayudó a montar una serrería con algunos miles de pesetas, al hijo de la lotera ciega del mercado lo sacó de las milicias, a la niña del churrero le pagó los estudios de corte y confección y la máquina Singer, a Agustín, un joven que lo visitaba de tarde en tarde y a quien protegía desde el tiempo de la guerra, lo había tutelado en los estudios hasta convertirlo en profesor de griego en un instituto.

Alguna vez Leandro pensó si aquel mecenazgo de barrio nacía de una determinación innata o era el fruto de alguna pulsión culpable, de un mecanismo de compensación por los daños causados. Porque de la guerra, de su oculta peripecia, jamás habló. En aquellos años pocos se referían a la guerra, salvo para nombrarla en abstracto como ese mal que todo lo había oscurecido o contar por enésima vez con alguna anécdota cómica o grotesca

casi siempre relacionada con el frío y el hambre, dos enemigos sin ideología de esa guerra cercana e incómoda.

Ahora estampaba esa firma sesenta años después. Una firma que nació para cerrar partituras o autógrafos para admiradores y que había frecuentado tan sólo facturas, documentos sin relevancia y olvidables gestiones administrativas.

En la firma le rodeaban el director de la sucursal del banco, la empleada que había llevado el asunto y un notario de mirada huidiza que llegó veinte minutos tarde. Para llegar hasta allí, Leandro había atravesado diferentes estados de ánimo. Subidas y bajadas, depresiones y euforias. La mañana del cumpleaños de Osembe había acudido al banco para poner en marcha el proceso del crédito. Necesitamos varios papeles, escrituras de la casa, la firma de su esposa, certificados médicos. La empleada le había anotado una lista completa de todo lo requerido con letra de universitaria aplicada.

Mañana puedo traer todos los papeles, había dicho Leandro al director, y éste le había respondido con una expresión que a Leandro le había desagradado. Miel sobre hojuelas. ¿Qué quería decir aquello? El director añadió que luego todo quedaría en manos del departamento de riesgo para que diera el visto bueno a la operación.

El departamento de riesgo era una denominación sarcástica para Leandro. Estuvo a punto de echarse a reír. No era un riesgo demasiado audaz ceder dinero a cambio de la propiedad del piso donde vivían Leandro y Aurora. Ellos lo llamaban hipoteca inversa, con esa capacidad de las palabras para ocultar lo que nombran. Lo inverso señalaba a la muerte. El día en que murieran perderían el piso, nada grave, ese mismo día lo habrían perdido todo.

Conocía aquella sucursal de la calle Bravo Murillo desde los tiempos en que vino a vivir al barrio, recién casado con Aurora. La había visto reformarse, crecer y cambiar de nombre según la evolución de las fusiones bancarias. Había visto jubilarse y trasladarse al personal, llegar a jóvenes que envejecían prematuramente en un trabajo oscuro, lleno de sonrisas vacuas y una forzada cordialidad. El director de la sucursal, con aspecto de insecto, le daba explicaciones. Todo era postizo en él. Uno podría pensar con la misma autoridad que era un pervertido, un padre de familia ejemplar o un aficionado

al tiro al plato. El mundo parecía acabar en su corbata rayada. En cuanto usted me traiga los papeles yo pongo la maquinaria en marcha. El anterior director, Velarde, al menos flanqueaba su mesa con fotos de la familia que le daban un aire real. Era campechano y vulgar, bien charlatán. Recuerda la primera vez que reparó en su profesión de músico y comentó eso debe de ser muy inestable, ¿verdad? Y luego, con los años, cuando la cuenta permanecía con la nómina siempre puntual de la academia, no se ahorraba nunca la frase, usted siempre rodeado de música, qué suerte, y yo sólo números, nada más que números. Leandro debió de haber escuchado cerca de setecientas veces aquel comentario repetido.

Esa misma tarde Osembe invitó a las chicas a su cuarto, abrieron *champagne* y brindaron en vasos de plástico en lo que parecía una pausa del trabajo. Cuando salió del cuarto la encargada, Mari Luz, dos de ellas tumbaron a Leandro en la cama y le hicieron cosquillas como si fuera un juego entre adolescentes. Cuatro o cinco tuvieron que salir a ocupar habitaciones, pero de las doce quedaron cuatro que prolongaron la fiesta durante la hora completa. A ver, tienes que elegir a la más guapa, le decían a Leandro. O, estás muy serio, que es una fiesta. Cuando acabaron la botella, Osembe preguntó a Leandro si las invitaba a otra y una de las españolas bajó por más *champagne*.

Le obligaron a beber a morro un trago largo. Le quitaron la ropa. No se ha visto en otra igual, ¿eh, abuelo? Le pasaban los pechos por la cara y reían a carcajadas. La encargada subió a llamarles la atención en una ocasión en que las risas superaron los límites permitidos en la casa. Leandro trató de vomitar en el inodoro, cuando la bebida le mareaba, pero no lo logró. Las chicas lo tumbaron en la cama para que durmiera un poco. Lo taparon con toallas.

Leandro se despertó con la boca seca. Afuera anocheecía. Su ropa estaba amontonada sin orden encima de una silla. Viejos pantalones de tela gastada, un jersey azul, la camisa con el cuello lijado, la camiseta de invierno, los calcetines dentro del mismo zapato. Se vistió y salió al pasillo. La salita estaba cerrada y por el cristal esmerilado vio a dos jóvenes sentados en el sofá.

La encargada salió a su encuentro. Venga por aquí, hoy lo ha pasado en grande, ¿eh?, le dijo con una sonrisa de cuervo, y lo metió en otro saloncito diminuto. Son mil quinientos euros, le dijo la mujer, y Leandro esperó el final

de la broma, que nunca llegó. Espantado, sólo acertó a decir, yo no organicé la fiesta. La fiesta consistía en el primer brindis, todo lo demás corrió de su cuenta, las chicas ocuparon su tiempo de trabajo con usted. Y le estoy haciendo rebaja, que si le cobro todo como debería... Venga, ande, haga un cheque por mil euros y lo dejamos, qué paciencia hay que tener...

Leandro rellanó el cheque apoyado sobre la mesita. Llamaron al timbre de entrada y la encargada volvió a ausentarse durante unos minutos. Salga, salga ahora, le dijo Mari Luz cuando volvió para recoger el cheque. Esta hora es malísima, es cuando terminan de trabajar en las oficinas.

Esa noche, tras la cena con Aurora, después de apagarle el televisor cuando ya el lento y monocorde respirar delataba que se había dormido, Leandro reunió los papeles del banco. Escarbó en las carpetas alojadas al extremo de la estantería, con las gomas sin tensión. Releyó la escritura de compra de la casa del año 55, cuando el piso costaba casi la cantidad que había dilapidado aquella tarde. La firma tuvo lugar en una notaría de la calle Santa Engracia. Recuerda el nervioso paseo con Aurora hasta allí, al propietario del edificio, un hombre que había hecho dinero gracias a un negocio de importación de automóviles apadrinado por varios militares con influencia. Fue un día cálido de otoño y su angustia consistía en saber si podrían hacer frente a las letras. La ciudad no podía sospechar entonces la desordenada evolución que la haría crecer y expandirse. La desaparición de los serenos, los carboneros, las bicicletas de los afiladores, los grandes soportales con talleres abiertos, las lecherías, las casas de baños.

Tardó dos días en volver al chalet. Lo hizo a la hora de siempre. Le sorprendió el saludo del conductor del autobús, como si ya fuera un habitual de la ruta, y la coincidencia con algunas caras familiares entre el pasaje. Para todos no era más que un anciano cabal, respetado y bien conservado en su delgadez. Nadie podía imaginar la vergonzosa rutina con la que cumplía, pensaba Leandro. Pero aquel día la rutina fue interrumpida cuando la encargada le detuvo en la puerta de la casa y no le dejó entrar. Me han devuelto el último cheque, esto es muy grave, le dijo Mari Luz sin asomo de simpatía. Ya estamos otra vez.

Leandro trató de decir algo, de excusarse en el porche. Desde el portón del garaje, un rectángulo separado de la casa, un hombre se dejó ver. Tenía un

aspecto imponente, con el pelo gris y los ojos claros. Parecía una puesta en escena desplegada para amedrentar a Leandro. El hombre no se movió ni avanzó en su dirección, pero tampoco se ocultó ni apartó la mirada.

Vamos a hacer una cosa, le explicó la encargada, no vuelva hasta traerme el dinero en mano. Y asunto arreglado, así no hay más malentendidos, que con los bancos ya se sabe. Leandro se dio la vuelta, pero la mujer le retuvo por el antebrazo, con autoridad. Pero vuelva, no vaya a ser que ahora nos deje con la deuda, eh. No querrá que tengamos que ir a reclamarlo a su casa...

El notario le lee los términos del préstamo y al cerrar el escrito le dice con su letárgica manera de enunciar, don Leandro Roque, ¿sabe usted que firma un crédito prestatario en forma de hipoteca inversa que avala con la propiedad de su piso en la calle Condesa de Gavia? Lo sé. Le pide entonces los poderes firmados por su esposa, no presente por enfermedad, lo que se acredita por medio de documento rubricado por colegiado médico, el notario se recita lo que ve, como si avanzara por una selva en la que tuviera que abrirse camino a machetazos hasta el claro de la firma.

Leandro había cumplido con el penoso trámite de colocar ante los ojos de Aurora unos documentos para firmar que sólo explicó con evasivas. Aurora firmó sin preguntar, con su mano débil que apenas sostenía el bolígrafo. Luego pidió la cuña y Leandro la introdujo solícito bajo su cuerpo, purgando así, creía, algo del mal que causaba. El orín de ella al golpear sobre el plástico le daba razones a Leandro para justificar su comportamiento.

A la mañana siguiente Leandro acudió al hospital para obtener los certificados que le faltaban. Le sorprendió que el médico le hiciera pasar a la consulta, insistió a la enfermera en que sólo necesitaba la firma y no quería molestar, pero el doctor quería saludarle.

¿Cómo se encuentra su mujer? Débil, pero animada, se oyó decir Leandro, que se había sentado al borde de la silla sin quitarse el abrigo. La enfermera traería el papel en cuanto le estampara el sello del hospital. El médico le miró a los ojos. Tengo un problema con su mujer, ¿sabe? Leandro negó con la cabeza, sinceramente intrigado. Su mujer es muy valiente. Las mujeres en general son más valientes que nosotros, ¿verdad? Puede ser..., sí, dijo Leandro. Su mujer no quiere que nadie de su familia sepa con certeza lo que sucede. No quiere alarmarle a usted ni a su hijo. Es una actitud que comprendo

y respeto, pero que no me parece justa. ¿Usted qué cree?

Leandro asintió. Por un instante tuvo la sensación de que el doctor lo sabía todo de él. Que podía radiografiarlo con sólo mirarlo, desnudar su alma y señalar con la punta del bolígrafo los rincones negros. Se sintió incómodo, indefenso. Qué extraño poder el de los médicos, incluso sobre los sanos.

Yo no sé lo que usted sabe sobre el estado de su mujer, ni lo que ella le habrá contado. Bueno, se justifica Leandro, es cosa de huesos, imagino que la edad y lo que me contó de la osteoporosis... El doctor le interrumpió, su mujer tiene un cáncer de caballo que habría terminado con ella hace meses de no ser por esa reserva de fuerzas que yo no sé de dónde saca. Cualquiera otro estaría hundido, dolorido y acabado en su situación, pero o finge muy bien o, la verdad, está usted casado con una mujer espectacular. No hay posibilidad de que vuelva a andar, eso ya se lo dije a su hijo, hasta ahí me permitió llegar. Lo que no me deja decirles es que le queda una vida muy corta y muy poco disfrutable. Se va a ir apagando como una vela. Su lucidez, incluso, irá entrando en paréntesis...

¿Y sabe por qué le digo todo esto? Porque creo que los que están a su alrededor si conocen la gravedad del caso pondrán todos sus medios y todo su esfuerzo para que al menos este poco tiempo del que va a disfrutar consciente sea un tiempo de felicidad, de plenitud. Éstas son las cosas duras de este oficio, la verdad, a veces te obliga a saltarte los pactos con los pacientes, pero supongo que usted estará de acuerdo conmigo si le digo que al final uno tiene que ser responsable de las decisiones que toma. ¿Qué se puede hacer?, sólo tengo una respuesta: tratar de que sea feliz.

Sale de la notaría y el aire es limpio. El director del banco le ofrece compartir un taxi y parten desde la panza exterior del estadio Bernabéu hasta la sucursal. Por la radio la monótona cantinela de los niños en el sorteo de lotería de Navidad. Alguien hace una broma previsible sobre el premio. Tiene ganas de bajarse. Es como si le oprimiera toda esa bondad falsa que recubre la realidad.

Me vendría bien disponer de metálico en casa para cualquier urgencia, explica Leandro al bajar del taxi en la puerta de la sucursal. Claro, claro, ¿le atiendes tú, Marga? Leandro rellena un papel que se transforma rápido en varios billetes. La encargada le acompaña hasta la puerta. Prefiero vigilar, le

explica, por aquí actúan los cogotos, sobre todo contra jubilados y gente mayor. Me parece tan injusto que ataquen a la gente más indefensa. Les dan un golpe o los empujan y mientras tanto les roban el dinero, y allí se queda la mujer defendiéndole con la mirada vigilante del posible ataque mientras cruza la acera.

Leandro camina hacia su casa con el sobre abultado en el bolsillo interior del abrigo. También el dinero parece palpitar al compás del corazón, como si tuviera vida propia. Sube las escaleras demasiado deprisa y al llegar a casa está fatigado. Benita termina de recoger los utensilios de limpieza, aunque siempre se olvida el limpiacristales en el brazo del sofá o el plumero encima de un radiador. He dejado unas patatas con carne en la olla, sólo tiene que calentarlas. Alguien llamó preguntando por usted pero no me quiso dejar recado, que usted ya sabía quién llamaba, me dijo. Me preguntó si yo era su mujer y ¿sabe lo que le contesté? Qué más quisiera yo..., perdone pero me salió así.

Leandro no prestaba atención a las palabras de Benita, pero sonríe para acompañar las carcajadas de la mujer. Elevaba en exceso la voz porque estaba sorda de un oído a causa de los golpes que le propinaba su marido. Pero la risa no distrae a Leandro. Está alterado por la llamada.

Aurora come a regañadientes el potaje que Benita ha cocinado. Leandro no le cuenta nada de su conversación con el doctor. Cumple con la rutina diaria de acercarle la radio para que oiga el programa de música clásica. En lo único que varía su comportamiento habitual es cuando la locutora anuncia una pieza de Brahms y él le explica a Aurora que el autor la había compuesto en el periodo en que vivía un romance con Clara, la viuda de Schumann, maravillosa pianista, y le relata dos anécdotas sobre el compositor.

Conoce el gusto que ella encuentra en sus comentarios. Leandro no quiere maldecirse por haber racionado con cuentagotas los placeres sencillos que su mujer le había solicitado durante todos aquellos años en pareja. Y él ha sido tan rácano.

Leandro recuerda con detalle la noche, muchos años atrás, en que regresó de la academia y ella le preguntó cómo había ido el día y él respondió con un lacónico bien. Entonces su mujer había roto el silencio con un gemido leve y Leandro descubrió que lloraba. Aunque él le preguntó por la razón, ella tardó

en contestarle. Sólo dijo que esperaba algo más que un bien cuando se interesaba por su jornada. Aurora se había retirado a su cuarto. Ella nunca repitió la queja de manera tan explícita. Leandro sabe que la cuenta atrás establecida por la enfermedad no serviría de compensación a toda una vida. Confiaba en que la suma de todos los buenos instantes fuera para Aurora un rentable saldo de su convivencia, pero nadie podría perdonarle jamás lo sustraído, el estúpido ahorro de emociones. Ella no lo merecía, ella había trabajado por levantar un espacio más vivo, más rico.

Leandro ha separado el dinero que llevará para saldar la deuda en el chalet. Y con eso cerraré el agujero de mi vida. Como quien tapa una grieta, como quien ciega un pozo, como la tierra removida que con el tiempo vuelve a confundirse con la que le rodea. Será su regalo de Navidad, su renuncia, su última visita al chalet.

15

Lorenzo no había remontado a esa zona alta del barrio de Tetuán desde los tiempos en que jugaba al fútbol con otros niños en los descampados. Había visto crecer los alrededores de la plaza Castilla, pero el lateral que ahora recorría apenas había cambiado. Casas humildes apiñadas, algunas viviendas bajas, casi chabolas de ladrillo rojo, que recordaban lo que fue la barriada. Desde algunas calles se alcanzaba a ver las torres inclinadas de la plaza y algún otro desafiante edificio de cristales propiedad de bancos o grandes empresas bajo la mirada del viejo depósito en torre del Canal. Cuando Pilar y él buscaban casa llegaron a pasear por la franja rica al otro lado de la plaza. Pero ya entonces los precios eran prohibitivos y producía una nostalgia inmediata mirarlos. Nostalgia por un tipo de vida y ciudad que nunca alcanzarían a gozar.

Al final encontraron el piso de la calle Alenza. Pilar estaba embarazada y abandonar Madrid no entraba en ningún plan. Lorenzo ignoraba si mudarse a Zaragoza le había resultado fácil o difícil, si fue algo que aceptó envuelta en los delirios de grandeza de Santiago, su ascenso social, o como una ventaja más de distanciarse del pasado junto a Lorenzo.

Mira su reloj. Pasan tres minutos de las once y el frío de la calle no invita a detenerse. Lorenzo está frente al local que se puebla de gente. El lugar podía haber sido un antiguo taller. Una planta amplia elevada apenas treinta centímetros por encima de la acera, plagada hoy de sillas dispuestas con un pasillo central. Sillas de tijera, viejas y no demasiado elegantes. El acceso es una puerta de cristal y aluminio, cubierta casi por completo con cartulinas adheridas, anuncios, fotocopias. Sobre la puerta un feo cartel compuesto de letras naranjas adhesivas que dice: Iglesia de la Segunda Resurrección. Hay un

monitor de televisión sin sonido que muestra imágenes de actos religiosos. En la cartulina más grande de la puerta se lee: «Dios te llama, ¿no vas a contestar?» y el dibujo algo ingenuo de un teléfono móvil.

Lorenzo observa a la gente que entra. En su mayoría hispanos, mujeres vestidas de domingo, hombres que han domesticado sus cabelleras recias con gomina brillante. Algunos con tatuajes que asoman por el cuello entre sus camisas limpias de colores vivos. En la puerta se agolpan niños que juegan en la acera, la tez oscura y el acento madrileño golpeado de jotas.

Para entonces Lorenzo empieza a temer que Daniela no aparezca. Un hombre se acerca a la puerta para hacer entrar a los niños y al ver a Lorenzo se dirige a él con cordialidad. El acto va a comenzar, si quiere unirse. Lorenzo se coloca en la última fila, de pie.

Días atrás había presenciado el registro de su casa junto al inspector Baldasano con un estado de ánimo mucho más inquieto. Le sorprendió lo poco científico que era ver a cuatro hombres desperdigados por los cuartos, empeñados en especial en revolver la ropa de Lorenzo, los fondos de su armario. La labor duró apenas veinte minutos que Baldasano dedicó a mirar por la ventana del salón hacia la calle. Apagaba sus puritos bajo el grifo del fregadero de la cocina. Los policías recogieron algunas prendas de Lorenzo en unas bolsas precintadas de plástico y salieron del piso de forma desordenada. Baldasano se empeñó en invitarle a un café en un bar cercano. ¿Conoce el Rubio?, está aquí al lado.

Había un acuario con marisco en el escaparate y una langosta que parecía más bien un animal de compañía que algo dispuesto para servirse a la clientela. Pidió un café con leche. La cocina escupía humo de aceite recalentado. La barra escondía tapas de tortilla, boquerones, ensaladilla, albóndigas y blandas empanadillas sudadas de aceite bajo las urnas de cristal. Baldasano saludó de lejos a otro hombre que estaba sentado al final de la barra y hojeaba el periódico deportivo. Quizá otro policía. Lorenzo trató de ubicarles las pistolas, junto a la axila. Ambos llevaban chaquetas gruesas, pero no abrigos.

Baldasano fumaba puritos cortos. Tenía la piel agrietada en la barbilla y su oculta cicatriz en el cuello. Lo primero que hizo fue tranquilizar a Lorenzo. Tan sólo quería charlar con usted, no quiero que piense que un registro le

incrimina de una manera definitiva. Lorenzo se sentía inquieto, pero adoptó una actitud pasiva.

El inspector le explicó que cualquier investigación avanza acotando el terreno. Más que tirar de los hilos descartamos posibilidades. En el caso particular de Lorenzo le había citado para cerrar de una vez por todas la línea que conducía hasta él desde el cadáver de Paco. Claro, tiene que entender que nuestros indicios descartan las bandas de asaltantes o el móvil del robo. Estamos convencidos de que fue alguien de su entorno, alguien a quien conocía, que sabía por ejemplo que la noche de los jueves se ausentaba de casa, y eso complica más la investigación. Lo del robo organizado cae por su propio peso.

Lorenzo se dio cuenta de que la estrategia era bien sencilla. Consistía en presionarle para ver si se desmoronaba.

Cerrando el círculo, proseguía el inspector, uno llega a la conclusión de que estamos ante un asesinato por encargo. Alguien tenía algo contra el señor Garrido. Problemas económicos, sentimentales, vaya usted a saber. Puede que todo se precipitara con la vuelta a casa inesperada de la víctima. O que fuera un encargo, ahora se contrata a un grandullón rumano o búlgaro por cuatro duros. Y el que lo mató lo era, calzaba un cuarenta y seis de pie, no le digo más.

Ya, se vio obligado a decir Lorenzo.

De la época de íntima amistad estoy seguro de que usted puede recordar a gente, gente poderosa con la que el señor Garrido no quedara bien, a quienes debiera dinero, algo que podría conducirnos a una pista.

Hace mucho tiempo... Lorenzo arrojó dos o tres nombres de grandes empresas al azar, deudas de los últimos meses del negocio que de pronto le vinieron a la cabeza. El inspector no tomaba notas. Se limitaba a rozar la ceniza de su purito sobre la base del cenicero. Poco a poco el interés por lo que decía Lorenzo languideció.

El señor Garrido mantenía otra relación con una mujer casada. La mujer de un conocido. Algo esporádico, pero feo. Ya sabe, esas cosas... Usted también se acaba de separar. ¿En su caso también hubo...?, Lorenzo negó con la cabeza el gesto vulgar de cuernos que Baldasano hizo con su mano. Estábamos mal, a mí las cosas no me iban bien, y mi mujer y yo nos distanciamos y luego ella

encontró a otra persona. Ya, se apresuró a decir el inspector, a perro viejo todo son pulgas.

Hablaron del barrio, de la psicosis generalizada por las bandas de colombianos, los muertos en ajustes de cuentas que siempre quedaban sin resolver. Hasta que el inspector, como si declarara el final del alto el fuego, volvió a la vida personal de Lorenzo. Me ha sorprendido que tuviera la mañana libre. ¿Trabaja ahora? Alguna cosilla, pero no tengo empleo fijo. La mujer del señor Garrido me dijo que tenía usted una niña. Tanto como niña, ahora tiene quince años, dieciséis ya... A esa edad ya sólo son niñas en la cabeza, lo demás es de mujer.

A Lorenzo le incomodó el comentario. Viene a cazarme, a provocarme. Si no, no tenía sentido desperdiciar el rato así.

Voy a serle sincero, ya que le veo preocupado. Sólo hay una cosa que me sorprende de usted. Está pasando una temporada mala, económicamente, digo, no sé si en lo demás también. Mi experiencia me dice que en esas situaciones es cuando uno de pronto, acorralado por los problemas, tiene reacciones inesperadas. De alguna manera usted podría culpar al señor Garrido, a Paco para usted, de su estado actual. Usted no tiene una familia que pueda ayudarle, no está en una situación fácil... ¿Usted tiene? Cuarenta y cinco años, respondió Lorenzo. Es bien joven aún.

Mire, inspector, yo sé que usted piensa que yo a lo mejor he podido hacer una cosa así. Lorenzo se lanzó a hablar con confianza. Usted no me conoce. A mí la violencia me aterroriza, me paraliza. Yo veo una pelea en la calle y paso enfermo dos días. Le voy a contar una cosa. Hace años, hace tiempo ya, desde el coche vi a unos jóvenes, una de esas bandas de jóvenes, que corrían y dieron caza a otro chaval. Y lo tiraban al suelo y lo pateaban con una furia, no se puede imaginar, era una cosa terrible. Patadas en la cabeza, en las costillas. No pude hacer nada por impedirlo, lo dejaron allí en el suelo, como un trapo viejo. Me puse enfermo. Es algo que no he podido olvidar aún. Esa violencia.

Lorenzo le contaba un episodio real. Había sucedido años atrás, Sylvia era entonces un bebé y quizá la corta edad de la niña le había hecho sentir aquella agresión como algo personal y aterrador. El inspector le observó con atención y se irguió en la silla metálica. Sin embargo la mujer del señor Garrido nos dijo que usted, un día, estuvo a punto de agredir a su marido. Eso no es cierto.

Fue una discusión. Ni lo toqué. Pero estuvo a punto de hacerlo. Ella le vio. Veo que sabe a qué me refiero.

Lorenzo se encogió de hombros. Le sorprendía la insistencia de la mujer de Paco en señalarle a él como sospechoso. Era una intuición tan acertada que hería.

Mire, le dijo el inspector, si yo le creyera culpable o sospechoso le habría metido en chirona unos días, le habría acosado con unas cuantas pistas que podrían incriminarlo y no estaría tomándome un café aquí con usted. Lo único que le digo es que me intriga esa coincidencia del crimen con su mal momento.

De nuevo las insinuaciones veladas del policía. Me cree culpable pero no tiene nada contra mí. Escarba como un perro, pero no encuentra lo que busca. Espera que me delate, que algo me hunda, que baje las defensas.

El inspector volvió a hablar. He visto de todo, maridos que denuncian la desaparición de sus mujeres y un cuarto de hora después se desmoronan jurando que la han matado por accidente, amistades inquebrantables que se rompen en una décima de segundo, un hijo yonqui que mata a hachazos a sus padres. No soy un desconfiado, pero la vida me ha enseñado a no dar ningún camino por perdido. No le quiero hacer perder más tiempo, pero le voy a decir la verdad. Me gustaría borrarle de mi lista de sospechosos, pero no consigo eliminar su nombre. Siempre hay algo que me dice que podría ser usted. ¿Sabe quizá lo que le perjudica más? Que en el fondo usted cree que el señor Garrido se merecía morir. Se le nota mucho. La amistad en eso es como el amor, un arma de dos filos, por un lado maravillosa y por el otro mortal. Son sentimientos con un reverso temible.

Encendió otro purito después de ofrecerle a Lorenzo, que rehusó. Se ha comprado una furgoneta. Planea empezar de nuevo, ¿no? Lorenzo se encogió de hombros. Espero que tenga suerte. Aún no hemos conseguido localizar al tipo que recompró su coche, porque usted cambió de coche justo por esas fechas, ¿verdad? Sí, creo que sí. Quizá tenga que molestarle más adelante de nuevo, hay pendientes unas pruebas de ADN, ya sabe, esas cosas modernas. No vea cómo nos joden con esas series de televisión, la gente ahora se te presenta en las comisarías y poco menos que te consideran un inútil si no sales del laboratorio con el nombre del culpable. Ya me gustaría a mí darles un paseo por el laboratorio y que vieran la puta mierda con la que tenemos que

trabajar. En este país se ha modernizado todo mucho, pero nosotros... Bueno, no le entretengo más. No se preocupe, ya pago yo.

Lorenzo se dio cuenta de que aquélla era su forma de despedirle. Se levantó sin prisas, se estrecharon la mano y Lorenzo dejó el bar.

Sintió un miedo constante durante los días siguientes. Apenas durmió. Le acosaban los recuerdos del asesinato y la presencia del inspector a cada paso. Escuchaba un eco lejano cuando hablaba por teléfono, estaba convencido de que alguien le seguía permanentemente y que acompasaba sus pasos a los suyos para no ser descubierto.

Oía por las noches a Sylvia regresar a casa de madrugada y distinguía el motor del coche que se alejaba cuando el portal se cerraba con un golpe metálico. Quizá alguien que vigilaba la puerta.

Le costaba contestar los mensajes de sus amigos. No se acercó a Daniela porque pensaba que el inspector observaba sin pudor sus avances, se divertía con su acoso. La oía desplazarse en el piso de arriba, sacar a pasear al niño, pero no provocaba el encuentro. Llegó a pensar que diez o doce años en la cárcel no serían peores que lo que vivía esos días.

Wilson le consiguió dos o tres traslados y trabajaron juntos con la furgoneta. En la parte de atrás, seguía arrinconada la maleta de cartón del hombre cuya casa habían vaciado. Un mediodía condujo por la carretera del aeropuerto hasta la residencia de ancianos. En la recepción, que era un escritorio repleto de papeles, explicó que venía a entregar parte de sus pertenencias a un interno. Dijo su nombre, don Jaime, y la mujer pareció mostrar más interés. Era evidente que no recibía muchas visitas. Yo me encargué de vaciar su piso, y quería devolverle algunas cosas. La mujer anotó el nombre de Lorenzo y su número de DNI en una hoja de archivadora y le dio un número de habitación en el tercer piso.

El lugar era más feo que sórdido. Llamó a la puerta. Aunque nadie le contestó abrió. Encontró al hombre sentado sobre el colchón, mirando el televisor. No lo había imaginado así. Grueso, impoluto, con gesto perdido en una cara amable, nada peligrosa. Afeitado a tramos desiguales. A simple vista ningún rasgo de locura o excentricidad. Lorenzo le explicó el motivo de su visita y dejó la maleta cerca de él. El hombre le miraba y parecía comprender, pero no hacía gestos de asentimiento ni abría la boca para decir nada.

Dentro de la maleta estaban los relojes, los recortes, algunos discos, pero Lorenzo no la abrió para mostrarle el contenido.

Puede quedárselo todo, dijo el hombre de pronto. No necesito nada, gracias. Lorenzo quiso explicarse, prefiero que lo tenga usted. También encontré esto. Lorenzo aún guardaba en su cartera el papel con el número de teléfono anotado. Estaba en la puerta de su frigorífico, quizá fuera importante para usted, le dijo al hombre.

Es el teléfono de Gloria. Sólo dijo eso. Como si eso lo explicara todo. Lorenzo asintió. La llamé, pero me dijo que no le conocía a usted. Es cierto, asintió el hombre. Lorenzo dejó el papel sobre la mesita, concediéndole una importancia que quizá no tuviera. El hombre habló de nuevo. Alguien telefoneó a casa un día. Era una joven, con prisa. Apenas pude hablarle. Me dijo, soy Gloria, anota mi teléfono por si necesitas algo. Yo lo anoté en ese papel. ¿Pero usted no la conocía? En absoluto. Debió ser un error. Ella se equivocó de número y creyó que hablaba con alguien conocido. ¿Y por qué guardó el papel con el número?

El hombre suspiró hondo, como si no tuviera una fácil respuesta a la pregunta. Me hacía compañía, el número ahí escrito, dijo por fin. Alguna vez llamé, pero nunca me atreví a hablar. Escuché a la mujer, a Gloria, contestar, esperar y luego colgarme.

Lorenzo, sin saber muy bien por qué, utilizó el largo silencio para dejarse caer con delicadeza y sentarse en la cama, al lado del hombre. Sin rozarlo. Se mantuvo allí un buen rato. El hombre veía la televisión y cuando acabó un programa de actualidades amorosas y sentimentales dijo ahora empiezan las noticias, y apagó el televisor con el mando a distancia que tenía en el bolsillo de la chaqueta del pijama.

Pasaron algunos minutos más en silencio. Lorenzo le preguntó si necesitaba algo, si se encontraba bien. El hombre asintió. Estoy bien.

Lorenzo se puso de pie. Se oía la autopista cercana como si atravesara por mitad del minúsculo jardín de la residencia. Y cada dos minutos un avión hacía retumbar las paredes. Estaban muy cerca del aeropuerto, junto a la vieja Ciudad Pegaso.

Quizá vuelva otro día.

En la mesa de la entrada no vio a nadie. Era la hora de comer. Una anciana

estaba sentada en una silla de ruedas en la vereda del jardín. Por detrás, su pelo blanco mal peinado parecía un perro tumbado.

En casa Sylvia estaba encerrada en su cuarto. La música inundaba la casa. Lorenzo tocó la puerta y ella le invitó a pasar.

¿Has comido?, le preguntó Sylvia. No, pero ya me preparo yo algo. Lorenzo aguardó un instante antes de darse la vuelta. Prestó atención a la música. Guitarras saturadas. La voz de una mujer, poderosa, estridente. Imita a la cantante de los Pretenders. ¿Cómo se llama?

Sylvia le enseñó la cubierta del cedé. Una mujer morena, con camiseta blanca sin hombreras. Lorenzo salió un instante del cuarto y volvió con un cedé del salón. Pon la seis, le dijo a Sylvia. Ella, con algo de pereza, se incorporó y cumplió el encargo de su padre. ¿Ves como se parecen? ¿Los conocías?

Sylvia negó con la cabeza. Los dos juntos permanecieron escuchando la canción.

Toda la música que se hace ahora no se entiende sin la de antes, explicó Lorenzo. Ahora es un poco más blanda, un poco más convencional y toda cortada por el mismo patrón. Ya no hay grupos como los de antes.

Sylvia conocía la música que le gustaba a su padre. Grupos con nombres míticos, los Rolling, Beatles, Pink Floyd, Led Zeppelin. Cuando Pilar le dejó, como un adolescente, escuchaba la misma canción de los Queen una vez tras otra, con la voz desmesurada del cantante. Sylvia a veces se detenía en la escalera, antes de abrir la puerta de casa, para no interrumpirle el exorcismo. Le oía cantar a voces por encima de la grabación. Too much love can kill you. Luego se le pasó, como si venciera la etapa. Igual que uno tiene canción de amor, puede tenerla de ruptura.

Me acuerdo cuando el abuelo me dijo un día que le pusiera esa música que yo escuchaba, le contaba Lorenzo. Elegí algo de los Rolling. Creo que «Honky Tonk Women» o algo así. Se sentó, lo escuchó en el tocadiscos con total atención. Y luego me dijo está bien. En mi opinión la armonía es muy previsible, pero ya sabes que el gusto es una forma de memoria, así que sólo aprecia lo que conoce. Tendría que oírlo más. Y se quedó triste, como se queda a veces el abuelo. Los padres y los hijos nunca se han entendido con la música.

A mí me gustan cosas tuyas, le tranquilizó Sylvia. Nombró a Bob Dylan. Estos días atrás lo había oído en casa de Ariel. Al parecer su amigo Marcelo Polti era un obsesivo de Dylan y se lo había dado a conocer a Ariel.

Lorenzo recogió su cedé. Esta tía estaba buenísima, dijo señalando a la cantante en la portada. Era viril, fibrosa, pero nos encantaba. Si quieres te lo dejo. Vale, le dijo Sylvia, pero sonaba más a consuelo que a verdadero interés. Le agradó encontrar a su padre locuaz, expansivo, más alegre que en los últimos días. Tanto que Lorenzo se atrevió a preguntar. Bueno, no me cuentas nada de tu vida. ¿No te habrás echado novio? Porque con esas horas que tienes de llegar. Estoy de vacaciones, papá. O sea que si estuvieras con alguien me lo contarías... No sé, depende, si fuera algo serio... ¿A qué llamas algo serio? Todo es serio, dijo él. No, todo no es serio, sostuvo Sylvia con convencimiento.

Hace unos meses, una amiga de Lalo que estuvo cenando en su casa nos contó que un día se encontró por la calle a su hija, que debe de tener tu edad, morreándose con una amiga, una cosa superapasionada en un banco de la calle, cerca de donde viven, fumándose un porro, yo qué sé qué más y la tía estaba supercabreada con la hija porque no le había contado nada pese a que tenían muy buen rollo entre ellas. Yo le dije los hijos no cuentan nunca nada. ¿No? Yo no le contaba nada a mis padres.

La mera conversación aburría a Sylvia. Pero valoraba el esfuerzo, quizá fabulado, del padre por tener acceso a algo de su intimidad.

Un día, cuando vivía en casa de los abuelos, llego a cenar y me dice mi padre, hace rato llamó la chica esa, tu novia. Y yo no les había contado nada, ni conocían a Pilar, pero mi padre dijo tu novia con una naturalidad que me mató. Y me preguntaron cómo se llamaba, yo dije que Pilar y la abuela me dijo a ver si un día sube a casa y la conocemos. Y un día la subí a casa y se la presenté. No sé, me parecen las cosas normales, sin grandes confesiones, «papá, tengo algo importante que decirte», recitó con voz de falsete.

Sylvia se encogió de hombros. ¿No sé si quieres sonsacarme algo o qué?, preguntó a su padre. No, no, que no, sólo me ha dado por contártelo, estábamos hablando, ¿no?

Lorenzo salió de la habitación. La energía que lo impulsaba le llevó a tratar de cocinar algo más complejo que lo que sus conocimientos le permitían

ni siquiera apoyados en alguno de los libros de cocina que adornaban el estante cercano. Sylvia se fue un rato después. Lorenzo no la oyó regresar hasta bien entrada la madrugada. Pasada la una.

La liturgia había comenzado con un canto en grupo. El pastor ha tomado la palabra. Saluda a los presentes y les habla con un verbo dulce que Lorenzo no ubica con exactitud. Les dice es domingo y en este día le concedemos al Señor nuestra reflexión, nuestros pensamientos y también nuestra alegría en este lugar común que es la iglesia. Habla cercano y buscando la mirada de los feligreses. Lleva una camisa blanca abotonada hasta el límite del cuello. En la primera fila hay un tipo grueso, el trasero le rebosa a ambos lados de la silla de tijera, tiene una guitarra entre sus grandes manazas. Toca una canción que Lorenzo cree haber escuchado antes en algún sitio. Alguien me ha dicho que la vida es bien corta, y que el destino se burla de nosotros, y alguien me ha dicho que la vida está llena de trabajos, y que a veces nos llenará de dolor, pero alguien también me ha dicho que Dios nos ama todavía, nos ama todavía. Dios nos ama todavía.

La puerta se abre y Lorenzo se vuelve para ver entrar a Daniela. Ella se sorprende al encontrarlo, pero no se dirige hacia él, a su lado. Avanza por el lateral y se une a la gente de las primeras filas. Lorenzo la entrevé cuando saluda discreta y se une a la ceremonia. No aparta los ojos de ella. Apenas Daniela se vuelve un par de veces para comprobar que él sigue allí. En una de las ocasiones lo hace mientras canta con los demás una canción sobre la misericordia de Dios con los pobres.

El pastor habla de la vida cotidiana, de la presencia de Dios en las cosas más nimias, de su presencia definitiva en cada suceso diario. Al fondo de la papelera donde echáis los restos del día, está él; en la escalera del metro o en el ascensor os observa para ver cómo reaccionáis con los desconocidos; olvidaros de esas discusiones eternas sobre el alma y la fe, imaginadlo en cada rincón de vuestras vidas. Pero no os está juzgando, él ya os conoce, os está acompañando para que no le olvidéis nunca. ¿Veis esas cámaras de vigilancia que ponen en ciertos edificios?, pues Dios tiene esas cámaras instaladas dentro de nosotros. A cada rato los feligreses le responden en voz alta, como si entablaran un diálogo. Y luego se interrumpen para cantar de nuevo y dar palmas.

Cualquier creyente es un pastor de almas. Vosotros sois un pastor, en la calle, en vuestro trabajo, en vuestra familia. Podéis ser la luz que ilumina al que no ve. Es nuestra misión. Salvarnos a nosotros y salvar a la mayor cantidad de gente que nos rodea. Somos misioneros de barrio.

Al terminar los reunidos apartan las sillas y charlan un rato formando un círculo antes de escapar hacia la calle. Algunos traen paquetes de arroz, frijoles, huevos y los dejan en bolsas de plástico sobre la mesa del pastor. Lo repartiremos, claro que sí, les dice él. Daniela se acerca a Lorenzo acompañada del pastor y los presenta. Bienvenido, le dice el hombre, espero verte a menudo por aquí. Gracias, responde Lorenzo.

Sale a la calle con Daniela. Él propone dar un paseo. Pero ella le dice que tiene que quedarse a preparar bolsas con la comida para la gente necesitada, ayuda al pastor a repartirlo entre los pobres que se acercan al local. Si lo hubiera sabido traigo algo. No, es voluntario, le explica Daniela. Se quedan parados un instante en la acera.

Yo no quería que nos despidiéramos mal. Quizá me precipité la otra noche, comienza a disculparse Lorenzo. Pero para mí es importante que no nos distanciamos por eso. Quiero conocerte mejor. Que tú también me conozcas a mí, Lorenzo se escucha, suena ridículo, influenciado por la manera de hablar del pastor. Te resultará raro pero no quiero dejarte pasar, como algo que se cruzó en mi vida pero que no sé, no llegué a conocer del todo. Por eso estoy aquí, quería decírtelo. Wilson me explicó que ésta era tu iglesia. ¿Wilson conoce el camino?, sonrío Daniela. ¿Creí que sólo conocía el camino a los bares?

Lorenzo ignora el comentario y clava los ojos en Daniela, como si esperara algo que no termina de llegar.

Estás muy solo, ¿verdad?, le pregunta ella. Estás muy solo.

16

Ariel ha reclinado el asiento y trata de dormir. En la zona de preferente el espacio es amplio y a su lado un hombre de traje lee la prensa económica color salmón mientras bebe a sorbitos un jerez. Como en la ida, el pasaje va repleto de familias instaladas en España que han vuelto a Argentina por Navidad. En la fila de acceso al avión se mezclaban publicitarios, profesores universitarios, cierta burguesía, con viajeros más humildes con grandes bolsas y gesto de tensión cuando han de mostrar el pasaporte. Es día 2 de enero y el principio de año siempre establece una especie de esperanza generalizada, como una página en blanco.

En la última fila de preferente, estirado cuan largo es, con antifaz en los ojos, entre ronquidos estruendosos, duerme Humberto Hernán Panzeroni, portero de un equipo andaluz que vino a saludar efusivo a Ariel al coincidir en el vuelo.

Humberto es grande, veterano de la liga española, donde lleva casi seis años. Llegó a ser tercer portero de la selección en los pasados Mundiales. Se sentó en el brazo del asiento de Ariel para hablarle y cada vez que cruzaba a su lado una azafata se volvía, no se sabía muy bien si para facilitarle el paso o para cortejarla. Odio viajar en primera, acá mandan a las azafatas veteranas, las más tiernitas van en turista, el mundo al revés. Tenía un incisivo de un blanco distinto al resto de la dentadura y Ariel recordó que perdió un diente en un choque contra uno de sus defensas, lo vio en la televisión.

Atrás tengo a la mujer con los tres niños, en primera te sacan un ojo de la cara. Por el bebito que no tiene ni asiento te cobran mil euros. Hablaron un rato de la actualidad de su profesión, del estado del país y luego le anunció que comenzaba a sentir los efectos de las pastillas y se echó a dormir.

Los días en Buenos Aires han sido intensos y le devolvieron a Ariel todo aquello que echaba de menos. Ha pensado en Sylvia, incluso hablaron por teléfono. Eran las cuatro de la mañana en Buenos Aires y Sylvia recibió la llamada con una mezcla de alegre euforia y nerviosismo.

En Ezeiza, al llegar, su hermano Charlie le esperaba en la boca de la manga, charlando con la azafata de tierra. Se abalanzó sobre Ariel y lo estrujó en sus brazos, obstaculizando la salida del resto del pasaje. Cogió la bolsa de mano de Ariel y se la cargó al hombro. Has cambiado, le dijo, ahora tú pareces el hermano mayor. Al pasar junto a una chica vestida de Papá Noel con pantaloncitos cortos y ajustados que repartía publicidad le pegó un codazo. Le llevó en un coche nuevo hasta casa de los padres. Lo tengo a prueba, si me gusta me lo quedo. No ves que ahora vivo de ser el hermano de Arielito Burano, el Plumita que marca goles en España, se sintió obligado a explicarle Charlie. Acá se cotizan los goles en Madrid, éstos no los marca cualquiera.

De camino a casa, Charlie le puso al día de los asuntos familiares. La madre andaba débil de nuevo, con alguna depresión, toma pastillas de hierro o de cobre o no sé qué y el viejo está bien, encerrado los ratos libres en el tallercito como si fuera el negocio de su vida. Le comentó los nuevos nombres de la política local, le contó alguna desgracia cercana, murió la madre de, le secuestraron el hijo a, cerró la tienda de, se fueron a España los... Aquí si no te pasó algo malo que contar la gente se enoja.

Ariel atendía a su hermano pero sin apartar los ojos de la ciudad que emergía al lado de la autopista. Había echado de menos todo aquello, el orden diferente de las casas, el perfil dentado de los edificios, el distinto color, las publicidades familiares, los semáforos en lo alto de la calle, el ferrocarril elevado, los comercios sobre la vereda. En el barrio había basura acumulada de días junto a los árboles, por la huelga, le explicó Charlie, y habían cambiado la puerta de acceso por una metálica con videocontrol. Las cosas no están tan mal como te van a decir que están, le previno Charlie. Y sacate el pulóver que estamos a treinta grados, atorrante.

En casa le recibieron entre lágrimas. Sus sobrinos habían crecido y Ariel les dijo no sé si les quedarán bien las camisetas que les traje. Le tendió al padre una bolsa con turrón, pacharán, jamón de jabugo cerrado al vacío y la

revista *Hola* para su cuñada. ¿Ganasteis el Apertura?, le preguntó su padre, y todos se echaron a reír. Ariel le explicó que hasta junio no acababa el campeonato en España. Y qué más dará, dijo el padre. Tú sabes que el pintor Dalí decía que el fútbol no se arreglaría hasta que el balón fuera hexagonal. Igual a mí hasta me venía mejor, dijo Ariel. Su madre había engordado en exceso, Ariel la encontró vieja y cansada.

¿Te paran por la calle, la gente te conoce?, le preguntó su cuñada. Ya te digo, explicó Charlie, en España te piden autógrafos en todas partes, en la servilleta, en el boleto del colectivo, en la remera. ¿Te acordás aquel pibito que te pidió que le firmaras en las notas de la escuela?

En la calle Ariel disfrutó de la vista de la gente, el buen clima. Pronto apretará el calor. Muchos amigos habían salido de viaje de verano hacia las playas. Lo invitaron a Villa Gesell a la casa en el mar de unos íntimos, pero tenía ganas de quedarse en Buenos Aires. Sentado en una terraza en un esquinzazo cerca de Recoleta de tanto en tanto le gritaban desde la acera de enfrente, monstruo, o alguien le mostraba el pulgar hacia arriba por la ventanilla de un coche o un señor le preguntaba ¿te tratan bien los gallegos?

Quería aprovechar la semana de vacaciones para verse con los amigos. ¿Qué hacemos para Fin de Año? Algo en casa, tranquilos, le propuso Charlie. Con su hermano habló de la aclimatación a España, del juego del equipo, de sus necesidades. Me han dicho que tenés novia, le dijo de pronto. ¿Quién te dijo? Tengo mis informadores. Ariel no sabía muy bien cuánto sabía su hermano y se limitó a decir, sí, bueno, hay una chica, pero nada... Luego supuso que quizá hablaba con Emilia.

Volvió a su piso de Belgrano, Walter lo tenía mejor decorado que cuando él vivía. Hasta utilizaba la azotea, que Ariel apenas disfrutó. Había instalado allí un balancín. Treparon siete escalones metálicos de una escalera tambaleante y se instalaron en lo alto con un termo de mate. El edificio, cercano al estadio Monumental, se codeaba con los más altos de la zona. Todos con superbalcones de acrílico, reposeras caras y vista privilegiada al río que se parece al mar. Qué bien se estaba aquí, le dijo Ariel, en Madrid vivo en un sitio bien diferente.

Marcelo lo convidó a un asado y reunió amigos, todos *cuervos*, advirtió. Le mostró los últimos avances del estudio, le dijo que a lo mejor viajaba a

Madrid con su nueva gira, llamada Secuestro Express, formé una banda estupenda, estoy contento. Se le veía feliz, seguro de sí. El disco acababa de salir, y ya me lo piratean en cada rincón de la red, además tienes que poner buena cara y agradecerle a esa puta gente que te robe, pero, bueno, como se decía antes, mejor que te roben a que te maten. Ariel se quiso marchar pronto, pero Marcelo le insistió, hoy hay marcha de piqueteros, quedate, no hay nada que hacer en la calle. Convocaba el Bloque Piquetero Nacional, la Corrientes Clasista y Combativa, el Frente Darío Santillán, el PTS, el MAS, Ariel volvía a familiarizarse con la política local.

Cenaron en familia la noche de Navidad, Papá Noel trajo regalos de madrugada y a las cuatro de la mañana Ariel daba vueltas en la cama sin poder dormir, absorto, con el oído puesto en los pájaros y algún generador cercano, el paso del tren elevado cerca de casa, el rumor de la autopista. Su habitación le parecía ahora la habitación de un escolar, un lugar detenido en el tiempo, como si ya no le perteneciera. Sus trofeos infantiles, las fotografías colgadas de sus equipos juveniles, las cajas con juegos, los pocos libros. Toda la vida soñando con poder vivir del fútbol y ahora que lo hacía sentía que ya no disfrutaba como entonces. Le gustaba más entrenar que jugar, en la mañana cuando llegaba al campo encontraba la hierba fresca, acogedora, sin la presión del partido. Entonces disfrutaba de la pelota, de los compañeros, de los ejercicios, del juego. El partido era un trámite que se hacía trabajoso, difícil, donde sólo a ráfagas encontraba la plenitud de otros tiempos, de cuando jugar era un placer y sólo un placer. El estadio se transformaba muchas veces en una burbuja de presión, donde se hacía difícil respirar, volar. En los recuerdos de placer aparecía siempre la mano en la nuca de Sylvia, perdida entre sus rizos, sus ojos dibujados de una manera original, de un verde inteligente e intrigante, atrayentes entre esa mata de pelo, el gesto de la comisura de los labios justo después de decir algo divertido o retador. A miles de kilómetros le excitaba el recuerdo del cuerpo de manzana de Sylvia, recorrerlo con el pensamiento para disfrutarlo de nuevo.

Dio un largo paseo con su padre hasta el parque Chacabuco, hablaron de la endeble salud de la madre. Si no, nos escaparíamos a verte, en serio té lo digo, pero ella no puede meterse en un avión ahora con la tensión como la tiene. La vi más gorda, le confió Ariel, son las medicinas y que no se mueve,

no hay quien la saque de casa.

Devoró la prensa local. Se veía de pronto extraño, recién llegado en aquella ciudad que le daba la impresión de no conocer. Era parecida a su sensación en Madrid, había logrado no ser de ningún sitio, extraño en todos. Condujo por la avenida Nazca hasta Bajo Flores, lo detuvo el paso del tren, y bordeó el Nuevo Gasómetro para enfilarse por la entrada por avenida Varela. La barriada de Soldati, más desoladora que nunca, en los muros la misma pintada de siempre, Basta de Bajos Salarios. La familia del lavaautos El Golazo preparaba el asado en la acera. Le abrió el portón el guardia de seguridad, ¿te volvé al pago? Sólo la Navidad. Aparcó la pick up de Charlie junto a los dormitorios de concentración, recordó los asados del sábado bajo la cubierta, con el equipo concentrado, eso sí lo echaba de menos. Cruzó bajo el retrato del Huevo Zubeldía, que exactos treinta años atrás ganó el campeonato nacional para San Lorenzo. Las paredes recordaban a los protagonistas de la hazaña: Anhielo, Piris, Villar, Glaria, la oveja Telch, Olguín, Scotta, Chazarreta, Beltrán, Cocco, Ortiz. A Ariel le sorprendió encontrar una foto suya enmarcada junto a los gloriosos *matadores*. ¿Ya te viste en la foto?, le dijo el Cholo, el encargado de las instalaciones. Se saludaron con un abrazo. Entró en el vestuario con él, está todo el mundo de vacaciones. Era modesto, con las imágenes religiosas, los termos de mate, los armaritos de madera lacada, las botas amontonadas. Allí tendrá más lujo, ¿no? Es otra cosa, Cholo, es otra cosa.

Telefonó a Agustina. Era una obligación. La había llamado a veces desde España, en momentos de desesperación, tras la marcha de su hermano. En una ocasión estuvo a punto de ofrecerle un billete e invitarla, pero le frenó darse cuenta de la egoísta manera de disponer de la gente a su antojo. Peor fue la tercera vez, una noche que regresó borracho, después de salir con Ronco y sintió de pronto la necesidad de hablar con ella, de reemprender el camino, y estuvo soez y desagradable y acabó por masturbarse mientras le rogaba a ella que le dijera cosas excitantes al teléfono. Desde entonces no había tenido valor para volver a llamarla, salvo el turno de disculpa frío y escueto, pero sentía que estaba en la ciudad y era descortés no verla.

Salieron de tarde, Ariel había quedado a cenar con amigos y no quería que la noche se convirtiera en una tentación. Sólo le haría daño prolongar algo que

ya no existe. Se citaron cerca de plaza Lavalle y ella le dijo parecés un turista. Ahora soy un turista, se excusó él. Quería pasear un rato antes de la cita. Hablaron de cosas superficiales. Agustina había elegido sus pendientes de marfil, su forma de recogerse la cola de caballo y el lápiz de labios con extremo cuidado, pero rápido comprendió que aquella cita no iba a terminar uniéndolos de nuevo. Ariel marcó una distancia clínica durante las dos horas. Agustina logró que le hablara de Sylvia. No sé, no creo que sea una relación que vaya a ninguna parte, pero me sirve para sentirme relajado, a gusto, poder hablar íntimo con alguien. Ella asentía mientras le escuchaba. Las palabras la herían, pero disimulaba. Ariel decía, sabés cuando querés tanto a alguien que tratás de protegerlo del daño que vos mismo podés hacerle, del miedo que te da porque vos te conocés, pero la otra persona sólo ve el lado maravilloso. Y Agustina tenía ganas de decirle lo sé muy bien, conozco esa sensación, pero sólo dijo que lo mejor era disfrutar, que no se ofuscara en pensar demasiado lejos.

Supongo que debería vacunarla contra mí, dijo él, con una sonrisa.

A lo mejor ella no quiere la vacuna.

Y Ariel se dio cuenta de que él hablaba de Sylvia, pero Agustina hablaba de ella misma. Se despidieron un rato después, ella le puso la mano en la mejilla y le dijo cuidala y consiguió que Ariel se sintiera culpable por no haber hecho lo mismo con ella.

Los amigos le llevaron a cenar y Ariel estuvo expansivo. Les contó las anécdotas del volante mexicano que había quemado el coche al llevarlo en primera durante cuarenta kilómetros convencido de que era automático; la del interior derecha de Mendoza que jugaba en segunda división en las Canarias y había engordado tanto que la afición le cantaba ponte a dieta con la música de «Guantanamera»; la del arquero suplente de su equipo que comía pipas con los guantes puestos a una velocidad de vértigo; la del compañero al que le olían tanto los pies que le escondían las zapatillas en la basura; la del polaco Wlasavsky, al que todos llamaban Blas, y su colección de Rolex de oro; la de la mujer del entrenador de porteros que se emborrachaba en el bar del palco; la del árbitro homosexual que llamaba a ciertos jugadores antes de pitarles un partido para decirles que era muy admirador de ellos e invitarlos a cenar; la del defensa central paraguayo de un equipo extremeño que cuando le

preguntaron por un personaje público admirable contestó Bin Laden y lo tuvieron sancionado tres partidos hasta que pidió perdón; la del entrenador de un equipo, un brasileño, que se había empeñado en hacer jugar al capitán de su equipo con radiotransmisor en la oreja y a mitad se le había colado la interferencia de la retransmisión de un locutor y el pobre tipo se volvía loco.

La diversión se detuvo porque en el televisor del local comenzaban a dar la noticia del incendio en una discoteca de la capital en el que había fallecido un número de chavales que se fue precisando con los días, un lugar de conciertos saturado y sin medidas de seguridad donde los váteres se usaban de guardería para que los padres casi adolescentes pudieran divertirse con la música. Había ardido por culpa de las bengalas prendidas en el interior mientras las puertas de emergencia estaban cerradas con candado para evitar que alguien se colara sin entrada.

Esa noche telefoneó a Sylvia. Ella le hablaba a gritos desde un garito. Él trataba de susurrar en su cuarto, contiguo al de sus padres. Te echo de menos, le dijo Ariel, pero apenas se oían.

Al día siguiente fue a pasar la mañana con el Dragón. El país estaba conmocionado por el incendio de la noche anterior. La mujer les preparó un mate y se sentaron en el sofá, ante el televisor. No sabes lo bien que hacés largándote lejos de acá. Está todo corrupto. Si empiezan a investigar lo del boliche no encuentran nadie desde el primero al último que hiciera algo correcto y limpio. Da bronca.

Después de un rato apagaron el televisor. ¿Hasta cuándo estos mal nacidos van a seguir exprimiendo el dolor de la gente para hacer su *show*? Le preguntó por España, pero Ariel confesó que seguía poco la actualidad de allá. ¿Después de las bombas en los trenes odian a los moros?, preguntó el entrenador. No, no creo, le respondió Ariel. No parece.

El Dragón le dijo que jugueteaba con la idea de dejar el trabajo, ya me queda poco hilo en el carretel. Tenía un hijo apenas dos años mayor que Ariel que había pasado un mal año. Luego dio a entender un problema con drogas. Dudaba si salir de la ciudad, cambiar de ambiente, en la casa del campo se encontraba a gusto. En el jardín descuidado, una vieja portería de fútbol hecha con palos de madera cuadrada se levantaba entre matojos. El Dragón la había rescatado de un colegio abandonado de la zona. Toda la vida tratando de

formar chicos y resulta que con el que peor lo hice fue con el mío, le dijo con amargura.

El Dragón le contó que veía algún partido por el cable. Te veo tenso, como si tuvieras un ojo en la grada. Vos jugá, no te cargues de responsabilidad. No hay que olvidar el placer del juego, nunca. El tuyo es un oficio absurdo, si no lo hacés disfrutando no tiene sentido. No te podés poner a pensar, te paralizás. En esto lo inteligente es saber gestionar la propia angustia. Mirá lo que pasa en el mundo, si te parás a pensar, te pegás un tiro, como para ponerte a gambetear y acordarte de esos chabones del boliche Cromañón.

Quiso invitarle a comer, pero Ariel había quedado con Charlie. Se despidieron con humor. Marca goles, los gallegos sólo quieren goles. En la ventanilla del coche el Dragón se inclinó para hablarle. Los negocios más importantes se dedican a las cosas que no se pueden tocar, que son intangibles. Mirá, la empresa más rentable del mundo es la Iglesia y luego está el equipo de fútbol. Los dos viven de la gente con fe, nada más. ¿No es de locos?

Charlie le llevó a comer a un sitio elegante de Puerto Madero y le presentó a una mujer hermosa que se había convertido en su amante estable. Trabajaba en el canal Once, en producción, y querían entrevistar a Ariel antes de que se volviera a Madrid. Esa misma tarde le grabaron una entrevista estúpida e insípida paseando por el puerto. En el coche, de vuelta a casa, Charlie le dijo a su hermano no me juzgues, noto que me estás juzgando y vos no sos quien para juzgarme. Cuando llegues a donde yo estoy a lo mejor sos peor, mucho peor que yo, así que ahórrate las lecciones de moral. Ariel levantó el dedo corazón y ambos rieron.

Fue una Navidad triste. A la hora que prendieras el televisor sólo aparecían los familiares de los muertos en el boliche del Once arracimados durante tres días sin información a la puerta de la morgue. El hermano de un jugador al que Ariel conocía estaba entre los desaparecidos. Y el día después una ola gigante en el sudeste asiático dejó más de cuatrocientas mil personas muertas a su paso. Historias dramáticas que las televisiones presentaban con fragmentos de las cintas de vídeo grabadas por turistas, imágenes que se interrumpían cuando el tsunami los alcanzaba con una bofetada mortal.

La última tarde en Buenos Aires, Ariel acertó su paseo porque los alrededores de la Casa Rosada estaban tomados por los antidisturbios.

Esperaban una manifestación. Walter lo invitó al décimo asado en seis días. Allá coincidió con un viejo compañero de San Lorenzo, un mediocampista que jugaba en el Corinthians. Del cuello llevaba colgado un collar de oro que terminaba en un baloncito de fútbol. Es bonito. Lo mandé hacer a un joyero de Rosario, un tipo único.

En el aeropuerto lo había despedido Charlie con su hijo mayor. La madre le había comprado a última hora dos bolsones de yerba mate y cargaba con ellos en el equipaje de mano. En el avión no duerme. Le da vueltas a la posibilidad de romper con Sylvia, de apagar ese fuego extraño. Ha decidido concentrarse en el trabajo, no distraerse con otra cosa que no sea el juego.

Al bajar del avión se despide de Humberto. Se ha despertado con la boca seca y los ojos neblinosos. ¿Cuándo nos enfrentamos?, pero ninguno de los dos recuerda con tanta precisión el calendario de la competición. Bueno, nos veremos seguro en el cumpleaños del Tigre Lavalle, eso no te lo podés perder.

En el control de pasaportes un chico con una pequeña mochila al hombro le pide ayuda. La policía lo retiene, le falta dinero en metálico y no tiene una dirección precisa adonde ir. Está muy nervioso, excitado. No traje suficiente plata, sólo por eso me quieren joder. Ariel habla con el policía de la ventanilla. No hay nada que hacer. Ariel quiere ayudar, se dirige a otro policía que lo reconoce al instante. No sé, ¿se puede hacer algo? El policía le sonríe, no te metas en líos, es mi consejo. Ariel se lo piensa dos veces, le da el poco dinero que lleva en la cartera al chico y cruza el control.

Al salir con las maletas aún se siente raro, dolido por la situación. Es obligado a detenerse para firmar un par de autógrafos a dos niños. Levanta la vista y detrás de la línea de gente que espera a los recién llegados ve a Sylvia. Ella le sonríe sin aproximarse. Camina a su encuentro, pero Sylvia le esquiva. Marcha detrás de él cuando enfila hacia el aparcamiento y mantienen la distancia todo el largo trayecto compuesto de cintas deslizantes. Él se vuelve a cada poco y se sonríen. No se dicen nada, pero es como si se abrazaran en la distancia. Como si se hicieran el amor cada uno desde su cinta deslizante, ella tres metros por detrás.

El aparcamiento está gélido. Ha helado durante la noche. Ariel localiza su coche. Se besan en el interior. Sólo se separan cuando ella trata de poner la calefacción girando al máximo los mandos del salpicadero. Me voy a

congelar. Se estira las mangas del jersey.

Él desliza sus dedos bajo los rizos de Sylvia y le acaricia la nuca. Feliz Año Nuevo, dice ella.

Tercera parte
«¿Éste soy yo?»

1

Sylvia lleva dos vidas. En una se sienta al fondo de un aula, en un pupitre verde con los bordes mellados que se toca con el de su compañera Alba. Durante la mañana diferentes profesores tratan de dejar sobre ella y los que la rodean una pequeña huella. A veces son notas en un cuaderno de apuntes, otras un detalle que durará en su memoria hasta el día después del examen, en las menos un conocimiento que les acompañará toda la vida. El profesor de matemáticas desarrolla en la pizarra un problema de vectores. Tuvo un inicio de curso magnífico, con la pasión intacta tras años de clase. Todo son matemáticas, les dijo. Matemáticas es cuando compran, cuando venden, cuando crecen, cuando se hacen viejos, cuando se van de casa, cuando encuentran un trabajo, cuando se enamoran, cuando escuchan una canción desconocida. Todo son matemáticas. La vida son matemáticas, sumas y restas, división, multiplicación, si entienden las matemáticas entenderán un poco mejor la vida. Y al verlos reír, añadió díganme algo que no sean matemáticas, venga. Mi culo, murmuró el Tanque Palazón, y todos rieron más fuerte. Dios, dijo luego Nico Verón. ¿Dios es matemáticas? Don Octavio se detuvo un instante, pero no parecía sorprendido. Dios es la solución a una ecuación que no tiene solución. Pero hoy la clase no atendía a don Octavio.

Cuando acabe la mañana Sylvia caminará hasta casa. Quizá con Mai, quizá con otros compañeros que se desperdigarán en cada cruce de calles. Preparará la comida para su padre y para ella o comerá algo que él haya cocinado. Se encerrará en su cuarto a escuchar música, preparar un examen, a contestar algún mensaje de móvil o navegar por la red para sacar la letra de alguna canción, chatear o rastrear sin destino fijo. Contará los segundos hasta la hora de trasladarse a su otra vida.

Su otra vida transcurre en el chalet de Ariel, donde miran alguna película en la pantalla de plasma, charlan frente a una cerveza con música de fondo, compiten en algún juego de habilidad con la consola o cenan el puchero que Emilia ha dejado preparado o recogen unas *pizzas* finas de un restaurante italiano donde miman a Ariel o reciben algo japonés o argentino de una deli que tiene servicio de motorista hasta la zona. Deshacen la cama para hacer el amor. Nada que ver con la cama estrecha y fría a la que regresa Sylvia más tarde, donde el amor sólo se presenta como evocación y aún dormita sobre el edredón un osito gastado de pelo suavísimo superviviente de la infancia. Las vidas se desarrollan en planetas distintos o teatros distintos, con Sylvia que interpreta dos personajes casi contrapuestos. A veces los planetas se rozan y salta una esquirola. Por ejemplo el día en que ambos compran música y películas en la Fnac de Callao. En la distancia se muestran las carátulas, ella algún grupo trascendente británico, él una banda en castellano. En la fila de la caja se colocan uno detrás del otro y entonces Mai aparece sorprendida de ver a Sylvia, ¿no me dijiste que ibas a casa de tu abuela?, y Sylvia miente, me he escapado un rato, pero ya se ha acostumbrado a mentir y lo hace con naturalidad. Y cuando Mai insiste en tomar algo juntas Sylvia se evade, y cuando Mai le señala a Ariel que paga delante de ellas en la caja le comenta, ¿éste no es el argentino ese futbolista? Ni idea. Pues es monísimo. Psii. Y Sylvia se libera de Mai pese a la sospecha incómoda de su amiga, ya sé que no me dices toda la verdad, te vas a ver a tu chico, a ver cuándo me lo presentas, ¿o es que me lo ocultas por algo, está contrahecho, es pijo, no sé? Y ríen un rato. Hasta que Sylvia logra reunirse con Ariel en el aparcamiento.

Sucede también con Ariel cuando se encuentra por azar con un compañero de equipo en un semáforo en rojo. Se hablan de coche a coche, a través de las ventanillas, bromean hasta que el otro señala con la mirada a Sylvia. Es la hija de un amigo, Ariel no sabe decir otra cosa, y Sylvia pasa la tarde entre bromas a costa del asunto. ¿Y sabe tu amigo lo que haces con su hija? Es en esos accidentes cuando las dos vidas se perciben, más que nunca, como irreconciliables.

En otras ocasiones, la fuga de una vida a otra es para Sylvia un contraste divertido. Hoy ha salido de clase de inglés con prisa, se le hacía interminable la explicación del profesor que se estira de los pelos de las patillas en un tic

nervioso. Ha tomado el metro. Tiene una cita con una inmobiliaria para ver un piso cerca de la glorieta de Bilbao. ¿Esperamos a alguien más?, pregunta la vendedora, al encontrarse con una clienta con carpeta escolar. No, mi padre al final no va a poder venir, explica Sylvia mientras el ascensor asciende hasta el ático. Se divierte durante un rato al interpretar el papel de hija de millonario. Mi padre no tiene tiempo para estas cosas, me deja elegir a mí. La vendedora abandona sus reticencias y abre la puerta del piso después de rebuscar en el mazo de llaves de su bolso.

Sylvia recorre el piso, de lejos la vendedora le cuenta las bondades de la reciente reforma. Techos altos, ventanas de madera, una terraza notable con vistas a los tejados. Me encanta, pero mi padre dice que no paga más de un millón de euros, ése es su límite. Lo veo complicado, razona la vendedora, pero, claro, si una parte grande es en negro se puede negociar. Por supuesto, dice Sylvia, la mayoría será en negro.

Hace semanas que Ariel decidió trasladarse a la ciudad. Está harto de vivir aislado en una urbanización donde el encuentro más excitante no pasa de algún vecino que ha decidido correr por las mañanas después de un amago de angina de pecho. Así podremos vernos con facilidad, sin tanto viaje en coche, es absurdo, le dijo Sylvia un día en que Ariel bostezaba agotado mientras la llevaba de vuelta a casa por la autopista que tantas veces recorrían. Ariel encargó a su asesor fiscal que le proporcionara una lista de pisos candidatos. Descartaron varios por las fotos en internet y el que ahora visita Sylvia, el que le permite un corto rato feliz de hija de millonaria, es el que más les gustó.

Un rato después Ariel la recoge a la puerta de los cines Roxy. Sylvia sube al coche. Me ha encantado. Tiraría el tabique para agrandar el salón, ¿para qué quieres tres dormitorios? Me ha dicho que si les das una parte en negro te lo dejan en un millón de euros. Ariel no tiene problema, cobra una parte sustancial de su contrato en una cuenta en Gibraltar. A Sylvia le sorprende que nunca pague con tarjetas ni saque dinero del cajero, siempre lleva grandes cantidades en metálico. Llama a su asesor fiscal, mi contador dice él, desde el teléfono del coche. Cierra la compra. Esa zona es una buena inversión, le informa el tipo. Sylvia sonríe y apoya el pie sobre el salpicadero.

Esa noche bromean en el gimnasio que Ariel ha instalado en el sótano de la casa. Él levanta peso con las piernas mientras ella camina un rato sobre la

cinta rodadora. Se fatiga rápido. Él le dice te pondrás culona si no haces un poco de ejercicio y ella le recrimina, no quiero ser una niña pija típica novia de futbolista que se pasa las mañanas en el gimnasio y la tarde de compras y peluquería. No son todas así, la mujer de Amílcar es majísima. La excepción, le dice Sylvia, pero todas las demás... ¿Qué pasa, que los echan del equipo si se lían con alguien diferente? ¿Es que ningún futbolista se puede permitir el desliz de tener una novia fea pero inteligente? Ariel sonríe sin dejar de practicar ejercicio, bueno, yo voy a ser el primero. Sylvia amenaza con dejarle caer una pesa de cinco kilos en la entrepierna.

Los gimnasios me deprimen. Me parecen salas de tortura, dice ella. En mi barrio hay uno que por la tarde se llena de tarados aspirantes a boxeadores que acaban en pandillas de skins, pateando inmigrantes. Un día fui a acompañar a una amiga y había un tío en un rincón, con la mano metida en el bolsillo del chándal y haciéndose una paja, te lo juro, mientras miraba a las tías en la bici estática.

Suena el móvil de Ariel y Sylvia se lo acerca. No puede evitar mirar el nombre que aparece en la pantalla. Ronco. Ariel le afea el rapto de curiosidad y responde. ¿Qué pasa, cómo estás? ¿Ah, sí? No, no lo he leído. ¿Dice eso? Claro, será que él es perfecto, nunca se equivoca. Qué hijodeputa. ¿Y dónde sale la entrevista? No, no, me es igual, no quiero leerla.

Sylvia le escucha hablar un rato más. Sonríe al pensar cómo el fútbol se ha convertido en una prioridad en su vida. Planifica sus salidas con amigos y sus estudios en función del calendario de la liga. Algo que ninguno de sus cercanos podría sospechar. Y está al día de los comentarios y navajazos que se prodigan en el mundillo. Mi padre sería feliz, piensa.

Por cierto, me he comprado un piso en el centro, dice ahora Ariel. ¿Cómo que un futbolista no puede vivir en el centro? ¿Y dónde tenemos que vivir? ¿En el vestuario? Vete a cagar. Sí, claro, yo estoy loco, y me lo decís vos, el tipo más cuerdo del planeta.

¿Quién es Ronco?, pregunta Sylvia cuando Ariel cuelga el teléfono. Dice que ha salido una entrevista con mi entrenador donde explica que alguno de los nuevos fichajes no rendimos como se esperaba, va por mí, claro. Será cabrón. Éste no se equivoca nunca. Si juego bien acertó él al traerme, si juego mal es que no le sirvo. Ya me lo decía el Dragón, nunca te fíes de la gente con

cara de tonto.

¿Quién es el Dragón? Un director técnico de allá, que tuve de niño en Buenos Aires. ¿Y el tal Ronco qué te decía del piso? Nada, que en el centro no me van a dejar vivir por la gente, el coñazo de los autógrafos... Se llama Raúl, explica luego, pero todos le llaman Ronco. Es periodista.

¿Y puedes ser amigo de un periodista?, le pregunta Sylvia. ¿Por qué no? ¿Y si un día tiene que hablar de ti? Bueno, pues habla de mí. Sí, insiste Sylvia, pero si tiene que hablar mal de ti... Pues que lo haga, le entiendo... Ah, o sea que aceptas bien las críticas, como el comentario de tu entrenador, y Sylvia sonríe. Eso es diferente, eso es el típico hijodeputa que trata de pasarle la responsabilidad de sus errores a los demás. De éstos hay muchos, la mayoría. No te dicen nada a la cara, pero luego dejan caer una insinuación en la prensa, como quien no quiere la cosa. ¿Acaso he fichado yo a un centrocampista francés lesionado que no ha podido ni entrenar con nosotros en lo que llevamos de año? ¿O dos putos brasileños que se rascan los cojones?

Ariel detiene su ejercicio. Me voy a duchar. Sylvia le ve salir del sótano. Quizá se ha enfadado, piensa. Conoce la tensión con que vive su trabajo. Lo bueno de ganar los domingos es que sabes que esa semana la prensa te dejará en paz, le dijo un día, irán a darle bronca al equipo que perdió. Si fuera celosa, piensa Sylvia, tendría celos de su oficio. Del puto fútbol. Alguna vez utiliza esa expresión. Es su manera de establecer la rivalidad. Están ella y el puto fútbol para disputarse la vida de Ariel. Pero no ignora que para él es fundamental. No sería nadie sin el fútbol, le confesó un día. Eh, ¿qué sería yo sin el fútbol? ¿Un empleado sin estudios, un mediocre? No puedo permitirme el lujo de despreciar lo que me hace especial. Y a veces lo ve sumergirse en el partido que dan por televisión, aislarse del mundo, como si lo jugara él con la mirada. ¿Pedimos algo de cenar?, pregunta ella, y él contesta si juntaran las líneas sería más difícil atacarlos.

En otras ocasiones recibe llamadas al móvil y habla durante largo rato. Siempre de lo mismo. El puto fútbol. De la jugada, del partido de un rival, de lo que le contaron del campeonato argentino, de las declaraciones de alguien, de un artículo crítico con ellos, de un comentario de la mujer del presidente que alguien escuchó. No seas cría, le responde él a veces cuando cuelga y ella le dice si llego a saber que te ibas a pasar la tarde hablando por el móvil me

quedo en casa.

Sylvia sabe cuándo Ariel tiene necesidad de desertar de la realidad para dedicarse por entero a su trabajo. Siente entonces vértigo. Como si cayera desde muy alto sin posibilidad de sujetarse a nada. Sola como está en su relación con Ariel, sostenida en el aire, alrededor de su estela. Se siente invitada de lujo en un planeta ingrávito y ajeno del que se esfumará cuando Ariel deje de sostenerla con los dedos entrelazados como hace a veces mientras conduce.

A menudo se descubre invadida por la tristeza en su cuarto, con los ojos húmedos. Sabe que la dependencia es el mayor enemigo del amor. Pero tiene poco que hacer, no puede instalarse en la vida de Ariel, en su otra vida, y dejar de ser lo que de verdad es. Disfruta cuando bajan del coche y pisan una calle con gente. Cuando se sientan en un cine y una pareja que llega tarde se acomoda cerca o cuando se refugian en un café y alguien se aproxima para saludar a Ariel. Se siente entonces como los demás, normal.

El mes de febrero ha llegado con quince días primaverales. Hay gente sentada en las terrazas de Santa Ana. Alguna tarde se han tumbado en el césped del jardín de la casa, segado con mimo cada semana por Luciano, con la vista de las ramas que se recortan contra el cielo. Se han sentido jóvenes como los demás.

Sylvia sale directa del sótano al jardín por la portezuela del garaje. Se sienta al borde de la piscina donde flotan hojas sobre el agua verdosa. Apoya las manos en el césped para dejarse caer hacia atrás. Siente que el pelo cuelga en su espalda y es agitado por la brisa. Permanece en esa posición hasta que él la descubre allí. Ariel camina por el césped, lleva el pelo mojado, se ha puesto las sandalias que ella detesta y se acerca con el palmoteo que produce cada paso. Se sienta a su espalda y la toma por los hombros.

¿Qué pensás?

Sylvia tarda en decirle que le gustaría salir, conocer gente, hacer algo juntos. Ariel mueve de un lado a otro el rostro para que roce contra el pelo de ella. ¿Cocino una pasta y nos vemos una película?, propone él. Sylvia asiente. Tiene algo de frío y él la envuelve entre sus brazos.

Durante la película, Sylvia se queda dormida, vencida por el sueño. Apoya la cabeza en un brazo del sofá. Ariel la sube a su cuarto. La desnuda con

delicadeza y ella, aunque sonríe, se finge dormida. Cuando le retira los pantalones y los deja caer en el suelo, Ariel acerca su cara al sexo de ella. Sylvia recoge una rodilla y deja la pierna como una montaa por encima de  el.

A ambos parece tranquilizarlos saber que su tiempo est  limitado. Que en menos de una hora han de cumplir con el estricto horario de vuelta a casa. Pero con las caricias de Ariel, esa noche, Sylvia se quedar  dormida. Se despertar  desubicada y sorprendida, con la luz del amanecer soleado de esa primavera adelantada. Ariel estar  dormido a su lado, boca abajo, con un brazo enredado en la almohada. Del piso inferior llegarán ruidos ligeros, unos pasos, una silla que araña el suelo en la cocina, un grifo que se abre. Sylvia, alarmada, propinar  dos codazos enérgicos en las costillas de Ariel. Tratar  de despertarlo.

Ari, Ari, es de día. Se ha hecho de día. Joder. Se ha hecho de día.

2

Qué extraño toparte de pronto con tu reflejo y que te sea ajeno. Reconocerte en él, saber que eres tú, pero al tiempo sentirlo otro. Leandro se ha humedecido apenas el pelo gris para acomodarlo de nuevo, pegado al cráneo. ¿Quién es el que le mira al otro lado del espejo? Se asea antes de salir hacia el chalet donde volverá a encontrarse con Osembe. Impoluto, como un viejo decente que fuera a misa o a una conferencia, con su jersey bajo la chaqueta, porque hoy prescindirá del abrigo, hace tan bueno. A menudo, cuando se peina frente al espejo del chalet tan similar al de su casa, Osembe pasa junto a él y le revuelve el pelo con una travesura infantil que tiene algo de absurda cotidianidad. Como si un momento después fueran a salir del brazo a pasear por la calle, detenerse frente a un escaparate y quizá entrar en el supermercado para comprar algo de pescado para la cena. Mira su reloj, es hora de irse.

En las últimas semanas Aurora apenas puede levantarse. No confía en sus fuerzas y, aunque varias veces se ha sentado al borde del colchón, no se ha atrevido a bajar de la cama. Para ella ya no existe la tierra firme. A Leandro le cuesta incluso acomodarla en la silla de ruedas. Por las mañanas, Leandro le llena una palangana de agua y se la posa en los muslos. Aurora se entretiene largo rato en lavarse la cara y se humedece el pelo y el cuello. La piel se le cuarteja con facilidad y pide la crema para hidratarse los brazos y el rostro, Leandro le repasa a veces las piernas mientras Aurora se alza el camisón para mostrar sus extremidades frágiles, pálidas. Leandro, inclinado sobre ella, observa la tela sostenida a media altura de los muslos. En otras ocasiones le lava los pies con agua caliente. Todavía húmedos, Leandro le corta las uñas, apoyando la planta contra sus muslos. No tienes que hacerlo, no hace falta, solía decir ella. Benita puede hacerlo. No, no, no me cuesta nada. Y Leandro

proseguía lo que quería ver como una penitencia, arrodillado frente a su mujer.

En Año Nuevo Aurora sintió dolores casi permanentes y el médico de urgencias les envió una ambulancia. Pasó dos días en el hospital y la reenviaron a casa con una dosis diaria de tranquilizantes que la hacía dormir buena parte de la jornada. Aurora, siempre que se sentía mejor, evitaba tomarlos. Leandro insistía, no tienes que aguantar el dolor, no sirve de nada. Hoy estoy mejor, me los salto, decía ella. Su hijo Lorenzo se asustó una tarde de visita ante el estado sedado de la madre. Su padre lo llevó a la cocina. Hablé con el médico, le quedan meses de vida. Lorenzo dejó caer la cabeza entre sus manos. A Sylvia es mejor no decirle nada, prosiguió Leandro.

Benita cambiaba las sábanas todos los días, hablaba con Aurora con voz elevada y animosa. Estoy inválida, no sorda, le recordaba Aurora cuando Benita le repetía tres veces lo mismo o subía el tono. Le habla como se habla a los enfermos y a los extranjeros, pensaba Leandro. Dos veces a la semana viene un masajista colombiano que ayuda a Aurora a desentumecer los músculos. Le da una palmada en el muslo para terminar y siempre repite la misma frase, bueno, ya ha hecho usted su paseo de tres o cuatro kilómetros, pues calcula en eso la equivalencia en metros a su gimnasia pasiva.

Leandro dedica las mañanas a pasear, a comprar los encargos de Benita y leerle la prensa a Aurora. A veces salta los párrafos delicados. Cada semana una precaria lancha cargada de inmigrantes se precipita contra las rocas de la costa y el mar escupe una veintena de cadáveres a las playas del sur. Casi cada día un motorista o un grupo de amigos o una familia al completo pierden la vida en sus automóviles. Un preso une con pegamento industrial su mano a la de su pareja durante el vis a vis para reclamar el paso al tercer grado. Hay muertos en Oriente Próximo, reuniones de dirigentes internacionales, discusiones políticas constantes, premios culturales, información detallada sobre el campeonato de fútbol, la programación de las televisiones e incomprensibles noticias económicas. La lectura del periódico es una rutina que Leandro no se atreve a interrumpir. Sentiría que el mundo acaba. En ocasiones él lee una entrevista y ella le dice eso está muy bien, y ese mero comentario da ánimos a Leandro para continuar.

Han mirado juntos las noticias navideñas sobre la ola gigante que se ha comido las playas vírgenes de Tailandia e Indonesia. Han atendido sin decirse

nada a las imágenes frías, casi de ficción, y se han sentido también superados por la naturaleza.

Un día a la semana vienen de visita dos vecinas del barrio. Esa tarde Leandro desaparece. A veces al chalet. Desde Año Nuevo nunca ha ido más de una vez a la semana, se ha establecido ese tope y cuando se siente urgido y al borde de incumplir su compromiso se encierra en el cuarto y pone música a un volumen atronador en el tocadiscos hasta que ve vencida la hora. En ocasiones se masturba con las viejas fotos de un libro de desnudos.

En la noche de Fin de Año tomaron las uvas en el dormitorio de Aurora, estuvieron Lorenzo y Sylvia, aunque ambos se marcharon poco después. Leandro se quedó con Aurora para ver el concierto de Año Nuevo en la televisión. Dos días después le preguntó a Osembe si no se iba de vacaciones. Estos días se trabaja mucho, le contestó ella. Se incorporaron al chalet algunas chicas más de origen ruso y búlgaro que reían con risotadas estridentes en las habitaciones contiguas. Putas rusas, le oyó murmurar Leandro un día. ¿Qué has dicho? Nada, nada, pero Leandro quiso entender que le importunaba la algarabía de las recién llegadas.

Una tarde a mitad de enero, Aurora recibió en casa a sus amigas. Estaba tan débil que le había costado esfuerzo saludar al verlas entrar. Leandro las dejó a solas. Un rato después estaba tumbado en la cama del prostíbulo con Osembe. Mi mujer se está muriendo, le dijo de pronto. Osembe se dejó caer a su lado y le acarició la cara con la yema de los dedos. Se está muriendo y me hace sentirme tan mal pasar las tardes aquí. ¿Por qué?, preguntó ella. Tienes que olvidar.

Pero no olvido, fue lo único que acertó a responder Leandro. ¿Yo no te hago olvidar? ¿Algún rato?, preguntó ella como si se fingiera herida en un amor propio a buen seguro inexistente.

Leandro no le respondió. Ella quiso saber más. Los huesos, respondió él. Tienes que frotarle cabezas de ajo por todo el cuerpo, por las piernas y por los brazos. Cabezas de ajo crudas y despiezadas, frótale con ellas bien fuerte. Leandro sonrió al oírla. No te rías, es muy bueno hacerlo.

A Leandro esas conversaciones terminaban por excitarle. Más aún si notaba a Osembe relajarse, dejar de ser una puta durante esos breves fragmentos de charla insustancial. Eso le excitaba más que todo el

acaramelado preámbulo erótico. Se echaba entonces sobre ella, como si el sexo se apoderara de pronto de él. Y ella tardaba en comprender su arrebató.

Aquella tarde volvió a casa a tiempo para despedir a las amigas de Aurora y agradecerles la visita. Ella dormitaba inmóvil en el cuarto y Leandro se acercó para besarla. Aurora abrió los ojos. ¿Ya estás aquí? Él no respondió y se sentó sobre el colchón.

¿Usas otro gel?, le preguntó ella de pronto. Hueles diferente.

Leandro se turbó, pero fue capaz de elaborar una mentira. He usado una muestra que daban con el periódico. Se acordaba de los días en que ella despegaba los sobres de publicidad de cosméticos que regalaba el suplemento dominical. Es un poco fuerte, concluyó Aurora, pero Leandro sintió que no había sido capaz de aplacar las sospechas de su esposa y mintió más. Me he duchado al volver de la calle, estaba sudado del paseo.

Ese día se había duchado después de hacer el amor con Osembe, se notaba invadido por su olor corporal. No volvería a hacerlo. La mayoría de los días se limitaba a enjabonarse la entrepierna, le repelía la idea de compartir el baño con toda clase de clientes. Para combatir el olor a mujer y colonia extraña impregnado en su piel, caminaba deprisa por la calle, se provocaba el sudor en una carrera extravagante.

El inesperado buen tiempo de los días de febrero invitó a Leandro a prolongar sus paseos. En las horas de la mañana de máximo incordio por la faena de Benita, bajaba a recorrer el barrio. Nunca se detenía la frenética actividad. Camionetas de reparto, gente de compras, las empleadas de hogar que paseaban niños en cochecitos con los manillares cargados de bolsas de plástico. Hasta un portal de la calle Teruel, Leandro había seguido una mañana a una joven diminuta de aspecto latino, el pelo suelto sobre la espalda y una faldita corta vaquera. Empujaba el coche de un bebé que no podía ser suyo, ella no tendría más de veinte años, proporcionada de modo prodigioso. Se detenía sin prisa en los escaparates de las zapaterías y tiendas de ropa, con el niño adormecido. Leandro guardaba una prudente distancia pero la acompañaba en el paseo. Al ladearse observaba sus rasgos bellísimos. Era raro toparse con esa delicadeza en un barrio poblado de cortes de cara toscos, pieles curtidas, dominante vulgaridad. Aquella muchacha le pareció a Leandro una extraña perla, caída por allá gracias al generoso capricho del reparto de la

belleza. La persecución de aquella chica le llevó casi una hora y cuando llegó al que parecía su portal se detuvo y esperó un rato y Leandro, temeroso de perturbarla, pasó junto a ella sin que la muchacha reparara en él. Tenía unos ojos negros muy vivos para los que Leandro fue invisible. Abrió la puerta acristalada y se perdió dentro del portal.

Los jubilados descansaban en bancos de la calle, hablaban de fútbol y política con ideas tópicas y casi siempre equivocadas en apreciación de Leandro. Sus opiniones eran esclavas de lo escuchado a comentaristas. Alguno volvía a casa con las bolsas de la compra levantadas en vilo como si practicara ejercicio y otros paseaban de la mano con un nieto que aún no iba a la escuela o se ayudaba en un bastón para no renunciar a su caminata diaria, con la vista perdida, a veces hablando solos bajo la visera, otros algo idos. Leandro se esforzaba por distanciarse de ese grupo de aves moribundas de ciudad.

Leandro prefería caminar a buen paso. Lo obstaculizaban los vendedores o los ancianos impedidos que caminaban del brazo de un cuidador latino. A veces llegaba hasta las amplias aceras de Santa Engracia donde el barrio ascendía de nivel y se convertía en más aburrido. Allí los porteros controlaban sus dominios, seguían con la mirada a las muchachas del colegio de monjas cercano o ponían en fuga con una mirada hostil a algún marroquí que pasaba por allí. Jóvenes centroamericanos repartían publicidad en pasquines a la entrada del metro y regaban los alrededores con el desinterés de los peatones por sus ofertas de cursos o restaurantes del barrio. El ruido del tráfico era permanente, pero Leandro distinguía con angustia el martillo neumático, el taller de soldadura o la sierra de terrazo que sonaban por los alrededores. El parque más cercano en la calle Tenerife estaba lejos y sucio de cacas de perro y basura y Leandro se sentía más acogido en el bullicio de los que caminaban con algún rumbo que entre los que se sentaban a ver pasar la mañana.

Leandro camina hacia el chalet, relaja sus pasos porque no quiere llegar temprano. La puerta se abre para él después de llamar al timbre. Mari Luz sale a recibirlo, ah, es usted, pase, pase. Le introduce en el saloncito que conoció la primera vez. Disculpe un segundo. Desaparece y Leandro se queda solo durante algunos minutos, sentado en el sofá como quien espera en el dentista.

Cuando Mari Luz regresa le dice bueno, le hago pasar a las chicas, ¿de acuerdo?

No, no, ¿está libre Valentina? Leandro reserva para sí el nombre real de Osembe. Si no, espero, dice él con evidente dominio de la situación. Pero no está preparado para la respuesta de la encargada, que ladea su máscara de maquillaje antes de responder. Ah, ¿no se lo he dicho? Lo siento, pero Valentina ya no trabaja aquí. ¿Cómo?

Lo que oye, la negra ya no trabaja aquí.

3

Si alguien me observa en la distancia a estas alturas debe de estar del todo confuso. Cuando para uno mismo nada de lo que hace tiene sentido, es lógico pensar que aún será más inescrutable para quien lo mire de lejos.

Eso es lo que piensa Lorenzo mientras asiste a la procesión de la Santa Marianita de Jesús por las calles cercanas a la plaza de la Remonta. Apenas sabe nada del mito que la sustenta. Sus lágrimas de sangre derramadas cien años atrás, su vida de flagelo y martirio para lograr por medio del dolor la santidad de Dios. Desde hace semanas, después de verse con el inspector Baldasano en aquella especie de desafío entre ambos y cuando superó el pánico a ser detenido en cualquier momento, vive convencido de que alguien sigue sus pasos, espía sus llamadas, vigila sus movimientos. Esta percepción, que en un principio le produjo pánico, pasados los días sólo le intriga. Le fuerza a veces a hacer un ejercicio de identificación con su perseguidor y tratar de compartir su perspectiva. A ratos también un Lorenzo se aparta del otro Lorenzo, como si tuviera que redactar un informe completo de sus actividades y el resultado sólo fuera un confuso amasijo de acciones sin conexión determinada. ¿Qué hace? ¿Adónde quiere llegar? ¿Qué busca? El juego se convierte en divertido cuando, como ahora, ni él mismo sabe qué sentido tiene su presencia en aquel lugar. Daniela le ha dicho, vamos a ver la procesión, a mi madre le gustará que le envíe fotos.

No están por allí los miembros de la iglesia de Daniela. Tampoco el pastor de voz dulce y nariz tan ganchuda que parecía el candado de su cara. Daniela ha comprado una cámara de fotos de usar y tirar, envuelta en un cartón amarillo. Lorenzo dispara la foto y gira la ruedecilla que hace avanzar el negativo con un ruido de carraca. Así, Daniela aparece en primer plano y

detrás la imagen elevada por los vecinos. Sonríe un poco, le dice, y ella sonríe fabricando esa hoja de dos filos con su boca. Lorenzo mira un instante a su alrededor. Sí, definitivamente es difícil explicar lo que hace allí. Hay pocos españoles. Un par de hombres discretos, uno con el pelo canoso y otro grueso, que acompañan a sus parejas ecuatorianas. Antes, cuando veía una de esas parejas, miraba con cierta desconfianza a los españoles, incluso con cierta displicencia. ¿Seré yo ahora así?, se pregunta.

Lorenzo pasa largos ratos en casa de sus padres, junto a su madre. Sabe que le quedan pocos meses de vida y lo que al principio fue angustia y dolor ahora es casi rutina. Semana a semana, las horas de conciencia de Aurora se reducen. Está marcada de muerte a la altura de los pómulos y la boca consumida. Como si el esqueleto ganara palmo a palmo su autoridad final. Comprende que ella quisiera ocultarles a todos la gravedad de su estado, nunca ha querido ser protagonista. Siempre aceptó un papel secundario al lado de su marido. Importaba la carrera de él, la tranquilidad de él, su espacio. Niños, no hagáis ruido, papá escucha música o prepara su clase, les decía a Lorenzo y sus amigos cuando pasaban la tarde jugando en casa. Vámonos a dar un paseo para que tu padre esté un rato a solas, le decía otras veces. Deja que papá lea tranquilo, tu padre no se encuentra bien estos días, eran frases que Lorenzo recordaba. Luego también asumió un papel secundario con respecto a él, como hijo. Sus estudios, su vida, sus diversiones eran cosas que le importaban pero sobre las que nunca fue posesiva ni intrigante. Ahora se esforzaba por que la enfermedad fuera un problema personal que no afectara a los demás. Parecía querer decir tranquilos, no os preocupéis que yo me moriré poco a poco, sin hacer ruido, seguid con vuestras cosas sin alteraros por nada.

A Lorenzo le gustaba quedarse de pie junto a la cama de su madre, ordenarle la mesilla donde tropezaban las gafas y algún libro con las cajas de medicinas y el vaso de agua. ¿Qué diría esa voz exterior? Ahí vemos a un hijo asistir a la muerte de su madre sin grandes demostraciones de dolor, un hijo que presencia con pesadumbre el rito de despedida de quien le dio la vida sin poder hacer nada para compensarla.

Sería interesante saber lo que pensaban esos ojos cuando le veían hacer una compra ridícula en un supermercado del barrio. Algunas latas de sardinas, huevos, cervezas, conservas, los yogures que le gustan a Sylvia. Qué pensaría

de un hombre que duerme solo desde hace meses, abandonado por su mujer, y que en la cama no deshace el lado de ella, que se limita a plegar el cobertor por su extremo y se introduce en la cama sin tocar la almohada que era de ella, como si hubiera una barrera de cristal que le impidiera apoderarse por completo del que todavía era un lecho conyugal pese a la ausencia definitiva de una de las partes. Esa casa inhóspita como una cueva cuando Sylvia no está. Y cada vez está menos. Había días en que salía de casa resplandeciente, como si se hubiera convertido para siempre en una mujer madura, bella, autónoma. Otros días era la misma niña perezosa, enroscada como un gato a su almohada en el calor infantil del cuarto y con algún grano rojizo y encendido en la frente o la barbilla.

Se relacionaba con ella de la misma manera oscilante. Días de monosílabos y respuestas evasivas, con tardes de bromas, de compartir la mesa de la cocina o ver juntos un partido de fútbol en la televisión y discutir porque ella defendía, por ejemplo, al rápido extremo argentino al que él criticaba por su falta de conexión con el equipo o sus estériles regates lejos del área. He ahí también al padre de una hija adolescente que lo ignora casi todo de ella, que será el último en saber lo que seguro saben sus amigos, sus cercanos, hasta es posible que su madre. Tampoco él le había contado su relación con Daniela.

Porque aquél era sin duda el capítulo más confuso de sus días actuales.

Si eran novios, era un noviazgo extraño. Caminaban separados por la calle, se despedían con dos besos en la mejilla junto al portal. Las tardes en que salían daban largos paseos, Daniela caminaba despacio, casi arrastrando los pies. Entraban en algún café o en alguna tienda donde ella se probaba unos zapatos o una falda y salían después de desechar la compra, ya fuera por el precio o por la terca insistencia de ella en que todo le sentaba mal, tengo las piernas gordas, los pies demasiado pequeños. Aunque a veces alguna conversación provocaba la espléndida sonrisa de ella, era difícil que se quebrara la distancia, que cayera el muro invisible que los separaba. Uno habría pensado que eran sólo amigos si no fuera por el gesto lánguido que Lorenzo adoptaba al verla irse y la melancolía que lo acompañaba hasta volver a su casa.

Los fines de semana pasaban horas juntos, a veces con amigas de ella.

Entonces eran más largos los ratos de mirar escaparates o probarse un pantalón o una camiseta. Sólo de tanto en tanto ella aceptaba la invitación de él. Recorrían los rastrillos, comían en restaurantes baratos. Los domingos por la mañana acudían juntos al local religioso y charlaban un rato con el resto de asistentes mientras los niños corrían entre las sillas. Después organizaban las bolsas con comida, como saquitos de racionamiento que se repartían entre los que acudían a recogerlos con el digno gesto del que acepta la caridad.

A veces paseaban a solas por los caminitos del Retiro y ella se detenía a saludar a algún conocido ecuatoriano que miraba a Lorenzo como si lo juzgara un usurpador. Si él le comentaba algo sobre las miradas como machetes que le prodigaban sus paisanos ella sólo decía no hagas caso, son hombres.

Yo he tardado mucho tiempo en poder soportar esas miradas de los hombres que parecen poseerte entera, le explicó un día Daniela. ¿Crees que no siento esos ojos que te manosean por delante y por detrás? Son miradas que te hacen sentirte como una puta sucia sobre la que ellos tienen derecho de disfrute. Los hombres son siempre muy agresivos. Lorenzo se veía en la obligación de justificarlos, decía que no siempre escondía violencia esa manera de mirar, a ratos podía ser una forma de admiración.

Si un hombre quiere halagarte, le explicaba ella, sólo tiene que mirarte a los ojos y bajar la vista, no tiene por qué regodearse en tus pechos y en las caderas y acosarte. Ésos que te desafían con la mirada cuando te ven conmigo son los mismos que me violarían con los ojos si me los encontrara sola.

La actitud de Daniela, sensible a cualquier modo de acercamiento sexual, pese a la carnalidad que desprendía casi sin esfuerzo, obligaba a Lorenzo a pedir excusas si sus brazos se rozaban o se golpeaban sus rodillas bajo la mesa o tocaba su muslo al ir a cambiar una marcha en la furgoneta. En el mercadillo le probaba un collar o unos pendientes, te sientan bien, le decía pero al despedirse sólo se atrevía con un que descansas. A su manera, el gesto más cariñoso de Daniela hacia Lorenzo había sido una tarde en que al salir de su portal y caminar hacia él, le había mostrado su móvil y le había dicho ¿sabes que te he puesto entre los cuatro números gratuitos que me da la compañía?

El trabajo no era menos complicado de definir. Wilson se hacía acompañar por tres o cuatro de sus compatriotas a los que dirigía con autoridad durante

una mudanza o una recogida. Lorenzo se había fabricado una tarjeta con su nombre y su teléfono móvil bajo la escueta definición de Portes. En muchas ocasiones, sin embargo, su trabajo se limitaba a acompañar a Wilson al aeropuerto y recoger a un grupo de ecuatorianos recién llegados en la camioneta. Era una especie de rentable taxi colectivo. Lorenzo daba vueltas a las terminales para esquivar la vigilancia policial y Wilson le hacía una llamada perdida cuando el pasaje ya estaba listo. Los repartían por la ciudad y sacaban limpios sesenta o setenta euros. Wilson sonreía con sus ojos desparejados y le explicaba a Lorenzo, cuando llegas a tierra extraña, siempre te confías a un compatriota.

A Lorenzo le hubiera gustado saber si el inspector Baldasano tenía conocimiento de sus actividades y si éstas aumentaban sus certezas o le convencían por el contrario de que Lorenzo debía ser eliminado de la lista de sospechosos del asesinato de Paco. Verle batirse por unos cuantos euros, trabajar la jornada completa para sacarse un sueldo ínfimo debía sorprenderle. En caso de haber apostado a alguien tras los pasos de Lorenzo su día tenía que ser muy complicado, sin horas establecidas ni rutinas predecibles, con la jornada llena de remiendos laborales. Sorprendente en alguien que no hace mucho había tenido trabajos estables. Si me estás mirando, pensaba Lorenzo, bienvenido al último escalón laboral. También él se sorprendía al verse rodeado de ecuatorianos, con la camiseta sudada en plena labor en cualquier acera de la ciudad.

Daniela le llevaba a veces a la Casa de Campo los sábados por la tarde. Allí se encontraban con Wilson y amigas de ella, compraban algo de beber en los puestos improvisados y picaban de las humitas, las arepas o las empanaditas cocinadas en aceite humeante. Al caer la tarde se sentaban a escuchar la música de baile que salía de algún coche cercano con las puertas abiertas. Wilson al poco tiempo de estar en el país ya era alguien reconocido por toda la comunidad. Lorenzo era una especie de socio local para su capacidad emprendedora, su agresiva necesidad de recaudar dinero. Para eso estoy aquí, amigo, para hacer caja, se limitaba a explicar.

En aquel lugar no era raro encontrarse con el que había bebido demasiado o el que salía caliente del partido de fútbol sobre el campo de arena cercano al lago. A veces se desataban rivalidades entre carreras que levantaban nubes

de polvo. Si alguien se ponía violento era reducido por los demás. Pero el alcohol causaba estragos. En una de esas tardes fue Wilson el protagonista. Daniela y sus amigas, entre ellas su prima Nancy, lo sacaron de una pelea y borracho como una cuba lo llevaron a casa en la furgoneta. En el portal, Lorenzo quiso ayudarlas, pero Wilson dijo que podía subir por su propio pie. Al día siguiente, Daniela le contó a Lorenzo que en la casa aún bebió más y que tuvo un arranque violento contra ellas, que le pedían que dejara de beber. Las muchachas se refugiaron todas en la habitación de Daniela, pero le oyeron destrozar a patadas y golpes el mobiliario a su alrededor hasta que cayó rendido. Por más que pidiera perdón al despertar, fueron inflexibles y desde ese día dejó de dormir bajo su mismo techo.

Fue entonces cuando Wilson convenció a Lorenzo para alquilar una casa. Lorenzo daría la cara ante la propiedad, la gente no quiere alquilarnos a nosotros, contigo no tendrán problema. Encontraron un viejo piso sin ascensor en la calle de los Artistas. Lorenzo firmó el contrato con una mujer mayor y confiada que tenía las piernas tan hinchadas que no le acompañó en la visita por el piso. Le dejó las llaves y le esperó en el portal. A los pocos días, Wilson se había instalado en el mejor cuarto y alquiló el resto del piso a cinco compatriotas. Dos de ellos casados, pero sin hijos. El negocio le salía perfecto. Tenía alojamiento gratuito y aún sacaba dinero para compartir beneficios con Lorenzo. Un trato es un trato y un socio es un socio, le dijo al entregarle la primera paga.

A la segunda semana, Wilson había colocado un colchón en un trastero y lo alquilaba por noches. A veces cerraba el trato con alguno de los recién llegados que recogían en el aeropuerto. Son sólo quince euritos, hermano, anunciaba la oferta, hasta que encuentres algo mejor. Lorenzo tuvo que sortear la llamada de la dueña a la que una vecina había informado de que el piso era un nido de sudacas, como ella mismo dijo. No, no, le tranquilizó Lorenzo, me están haciendo unos pequeños arreglos, pero en cuanto los terminen se van de ahí y entro yo con mi familia. Y tres días antes de que expirara el mes, Lorenzo terminó de tranquilizarla con el pago puntual del alquiler acompañado de una bandejita de pasteles, detalle que le aconsejó Wilson. Tengo dos hijos, le explicó la mujer, uno está de militar en San Fernando y el otro trabaja en Valencia en la construcción, pero tardan meses en venir a verme, ellos fueron

los que me convencieron de alquilar. Y hace bien, mujer, usted disfrute de la renta, le dijo Lorenzo, y no deje que las vecinas le hagan mala sangre.

Wilson era emprendedor. Había convencido a Lorenzo para convertirse en prestamista de tres familias. Somos sus ángeles de la guarda, no unos aprovechados, le explicaba. Les avanzaban el dinero imprescindible para alquilar un piso y pagar la fianza, siempre desmesurada por la desconfianza de los caseros, y Wilson se encargaba de recolectar las cuotas con sus preceptivos intereses. ¿Crees que los bancos son mejores que nosotros?, a esa pobre gente no les dejan ni limpiarse los pies en el felpudo de entrada. La cantidad prestada ascendía a tres mil euros. ¿Pagarán?, preguntó Lorenzo.

¿Conoces a algún pobre que no pague sus deudas? Ellos saben que estamos haciendo una buena obra, que ayudamos a los demás, le convencía Wilson.

Jamás Lorenzo habría imaginado cuando lo recogió en el aeropuerto, callado, nostálgico, desubicado, que Wilson se convertiría en una presencia diaria en su vida. Pero el músculo de Wilson para rehacerse, para encontrar otra fórmula de multiplicar un euro, le admiraba. Tú eres mi amuleto, le decía a Lorenzo, para prosperar acá se necesita un socio de acá.

Daniela era la única que no parecía seducida por él. Toma demasiado, y aunque después de la trifulca prometiera dejar el alcohol, ella le eludía. Lorenzo no le hablaba de su estable sociedad con Wilson, sabía que ella desconfiaba de él. El trago envalentona, decía Daniela. Yo ya lo sufrí con mi papá. Un hombre que bebe es un hombre débil.

Wilson se justificaba ante Lorenzo. Esa india es muy cuadrada. ¿A quién le perjudica tomar unos tragos después del trabajo? Lorenzo trataba de sacarle más información sobre Daniela, pero Wilson se evadía. Allá tampoco la conocía tanto. O se tomaba enigmático, yo creo que esa india es santa. Puede que tengas razón, concedió Lorenzo. Mirarse en los ojos de Daniela es toda una experiencia. Es como si te bañaran, como si te devolvieran más limpio. Wilson se echó a reír.

Lorenzo se ve como alguien que da vueltas en torno a un tesoro bien protegido, sin atreverse a rozarlo por miedo a que se esfume. Ronda con precaución la fortaleza de Daniela, a la busca de emprender el asalto definitivo. Desconoce si alguien ajeno observa sus tímidos avances o si la propia Daniela se burla de sus miramientos. Pueden parecer sólo maniobras

inocentes de un enamorado, al menos así lo ve él cuando siente su propia mirada volverse ajena y se observa a sí mismo desde la distancia.

4

El partido soñado es siempre mejor que el partido jugado. Las gradas del viejo estadio de Anfield recogen el cántico continuado de los hinchas. Es una especie de rezo pagano que se sostiene como un murmullo sólo roto en las jugadas de peligro. Entonces asciende hasta el rugido. Cuando llegaron al estadio le sorprendió la cercanía de las casas, como si formara parte intrínseca del vecindario. El Dragón siempre les decía miren, si quieren callar al público rival tengan la pelota. Los primeros diez minutos ni se ocupen de hacer gol, pero duerman la pelota, jueguen a uno o dos toques, derecha e izquierda, en un cuarto de hora el público se deshinchaba y ya está silbando a los suyos. Háganme caso, tengan la pelota, el público es siempre una esposa exigente y mezquina que se va con el que mejor juega.

Pierden por culpa de dos goles en saque de falta casi recién iniciado el partido. Aunque el equipo de Ariel aumenta la presión, no abre espacios. Los rivales mandan pelotazos a un delantero centro que recibe de espaldas, baja el balón al suelo y lo guarda mientras espera la falta o la llegada de algún jugador de la segunda línea.

El Dragón decía que aquél era un juego de memoria donde todas las situaciones habían sido antes vividas, pero que poseían infinitas posibilidades de resolución. De niños les decía si viajás aburrido en el colectivo, imagina qué harías frente a una jugada concreta, quizá algún día te salve una tarde.

Ariel se había afianzado algo más en el equipo. Se atrevía a silbar para pedir el balón, notaba que en las situaciones bloqueadas sus compañeros lo buscaban. Su pierna izquierda era la única garantía de desborde, un abrelatas frente a los defensas. El fútbol era eso, diez contra diez hasta que alguien rompe la igualdad con un desborde. Falta concentración, les dijo el entrenador

en el descanso. Falta sistema, pensaba él. No había un modelo mecanizado con el que martillar al rival hasta que se rindiera. El ataque se organizaba como una lotería incontrolada.

Requero, el entrenador, se sumergía en los cuadernos. Tenía contratado el sistema Amisco, que estudiaba con ocho cámaras en grabación constante el partido de un jugador concreto, luego desglosaba los movimientos realizados, los altibajos de rendimiento, y con esos datos parecía darse por satisfecho, como si el descubridor de la teoría de la relatividad fuera, en comparación con él, un desinformado.

La rutina: viaje, concentración, partido, rueda de prensa, el estado de opinión obsesivo y basado en el resultado último, la invocación de conceptos abstractos como racha, fortuna, crisis. En España se hablaba tanto del fútbol que era imposible salir indemne de la lluvia de palabras. Setenta mil pares de ojos caían sobre él cuando recibía la pelota. Y la misma frustración en todos cuando la jugada soñada no casaba con la real.

Regresó de Buenos Aires convencido de romper con Sylvia. Pero la presencia de ella en el aeropuerto lo cambió todo. La larga caminata hacia el aparcamiento conservando las distancias le devolvió el deseo de abrazarla. La cercanía de Sylvia todo lo transformaba. No había entonces soledad ni presión tampoco angustia ni ansiedad, sino la sombra de una vida completa. Vivía una vida falsa, en una ciudad sin cimientos para él, y Sylvia había llegado para darle sentido. Tenía valor la espera, la distancia, el viaje de vuelta, el horario de entrenamiento, la ducha apresurada de las mañanas, incluso la siesta. Porque había alguien con quien hablar, alguien con quien reír, a quien sentir cerca.

Sylvia se apoderaba de la casa, de esa casa vacía sin alma que Ariel quería abandonar cuanto antes. Tengo un contrato por cinco años, a lo mejor los años más hermosos de mi vida, y no los voy a pasar en esta casa impersonal, empujando estas puertas feas en marcos feos con tiradores feos, con estas angostas escaleras que dan a un dormitorio feo donde nunca me he sentido como en casa.

Los rincones sin personalidad ahora escondían una sonrisa de Sylvia, un gesto de sus manos y los cojines amontonados en un extremo del sofá guardaban su presencia mucho después de haberse ido ella.

Ariel decidió comprarse un piso en el mundo real, el mundo al que él no tenía derecho. Al menos lo miraría desde su terraza. Cómo había envidiado aquella azotea en Belgrano que ahora disfrutaba Walter. Igual que amaba los ratos con Sylvia en que desde un bar o desde el coche miraban a la gente. Una pausa en esa obsesiva mirada de los demás sobre él.

Si pudieras ver a la gente en el estadio, le dijo Sylvia un día, cuando recibes la pelota levantan un poco el culo del asiento, como si levitaran. Da la impresión de que se trasladaran contigo por el césped, ya sea un viejo con tos o un tipo que fuma puros o un adolescente que come pipas. Y todos se dejan caer en el asiento cuando pierdes la pelota, como si fuera un gesto ensayado, les has fastidiado la fantasía. Tienen razón cuando se cagan en tus muertos, claro...

Sylvia lo miraba todo por primera vez. Preguntaba, quería saber, se fijaba en detalles extravagantes que pasaban por cotidianos. Le comentaba una respuesta en una entrevista de televisión, su gesto continuo de pasarse la mano por la media como si se le cayera, la forma en que apretaba el labio superior cuando le disgustaba el juego, su mirada al cielo para evitar el graderío. A ratos Ariel no participaba de su curiosidad y respondía con monosílabos, entonces ella se sentía despreciada al instante. La exigencia sobre Ariel era permanente. Me consumirá y cuando no quede nada de mí que le sorprenda me dejará para siempre atrás, pensaba algún día Ariel.

Reconocía sus estados de ánimo al instante. A veces Ariel se sentía abrumado. Apreciaba la intensidad juvenil de Sylvia, pero necesitaba pausas. Ella entonces definía como el puto fútbol la ausencia de él. A ratos le decía, si te quitaran el fútbol, te quedarías vacío.

Sylvia conservaba el pudor de los primeros días. Eso atraía a Ariel. Nada era fácil y lo ocurrido el día anterior no era algo ganado para el encuentro siguiente. Una tarde, porque aquél era un amor de tardes, podía permitir a Ariel acariciar con su lengua todo su cuerpo cuan largo era, pero al día siguiente le pedía que apagara la luz para quitarse el sostén y las bombachas, como le gustaba decir a la manera argentina. Un día sus manos eran una barrera y otro exigentes, curiosas. Luego, de pronto, decía esas cosas que a Ariel le provocaban la carcajada imprevista: la polla es una cosa bastante absurda; los genitales de los tíos son como el buche de un pavo, ¿no te

parece?; ¿te has dado cuenta de que nuestros pies hacen el amor entre ellos a su bola, sin coordinarse con el resto del cuerpo?

Sylvia era capaz de detenerse en mitad de las caricias de él, le decía, de pronto, sé que ahora querías que te la chupara, pero no me apetece, ¿vale? O si él se lanzaba sobre ella le frenaba, ya me atropellaste una vez, eh. También en alguna ocasión interrumpía el largo beso previo a subir al cuarto, a veces pienso que no sabemos querernos de otra manera, hoy no me apetece follar.

Eran quizá juegos adolescentes, pero Ariel prefería participar de ellos. No quería mandar. Tenía miedo, a ratos, de convertir a Sylvia en una mujer demasiado sexual, de colocar el listón de su deseo demasiado lejos. Recordaba a un compañero de equipo en Buenos Aires que había roto con su novia de siempre y le confesaba, entre irritado e irónico, no sé de qué me quejo si fui yo quien la convirtió en una puta, cuando la conocí era una chiquilla, y yo la transformé en alguien necesitado de una polla cercana siempre lista, y ahora se fue a buscarla por allá en los ratos que yo no estaba. Al Libélula Arias le ponía los cuernos su mujer, decían los demás, pero Ariel no olvidó la queja del tipo en aquel autobús azul que los llevaba a Ezeiza para un desplazamiento a jugar contra el Once Caldas en eliminatoria de la Libertadores.

Cruzaban cada tarde la garita de control de la urbanización y Sylvia le pedía esas gafas de sol tan horteras que llevas siempre, para protegerse de la mirada del vigilante de seguridad. Son horribles, pero me pagan treinta mil euros al año por llevarlas de vez en cuando, le respondía Ariel al guardarlas de nuevo en la guantera. Sylvia se reía. ¿Y cuándo os van a tatuar alguna marca publicitaria en la frente?, ya puestos...

Emilia, por supuesto, le dejaba caer alguna insinuación para informarle de que le sabía acompañado por las noches. Hoy te he dejado carne para dos en la nevera. Días atrás Sylvia se había quedado dormida en la casa. Se despertaron con el sol. Ella estaba aterrorizada por la reacción de su padre. Se vistieron aprisa, Ariel trataba de calmarla. Le evitó el encuentro con Emilia, que ya había empezado a trajinar por la cocina. Ariel entretuvo a la mujer mientras Sylvia alcanzaba el garaje sin ser vista. Por el camino Sylvia se maldecía. No sé qué decirle a mi padre. El atasco de la carretera lo empeoró todo. Los convirtió en algo que no querían ser. A ella en una

adolescente angustiada que hablaba por teléfono con su padre para decirle que se había quedado dormida en casa de una amiga. A él en un huido amante incomodado.

Un rato después la dejó en la esquina cercana al instituto y Ariel se sintió de nuevo ridículo. Leyó la prensa en una cafetería, rodeado de obreros de la construcción. Comprobó lo grasientas que eran las porras que tantas veces había visto desayunar en Madrid. Una nota del periódico hablaba de él: «Ariel Burano está gripado y en nada recuerda al joven imparable de San Lorenzo. No hay rastro de aquel jugador de regate frenético que sabía marcar la cadencia del partido. El argentino es hoy un jugador desordenado que se atolondra cuando tiene la pelota en sus pies». Lo peor era ese extraño convencimiento de que el mundo entero había leído el artículo y compartía el criterio.

Este miércoles ganaréis, ¿no?, le dijo el hombre de dientes amarillos y ojos hundidos que atendía tras la barra. A ver si nos dais alguna alegría, leche. Ariel sonrió y afirmó con la cabeza, para tranquilizarle. En Madrid los hombres mayores tenían ese aire castigado, nunca regalaban un elogio sin una amenaza detrás. Este año hacemos doblete y si no a cavar en la zanja os mandaba yo a todos. No había bar que no tuviera una foto del equipo y la prensa deportiva en la barra poniéndose rancia a la vez que las tapas del día. El fútbol se extendía como una esperanza o una maldición. En realidad la gente le daba una importancia tan desmesurada que Ariel sospechaba que eso servía para no darle ninguna importancia.

Pierden el partido. El árbitro pita el final con el cruel silbido triple. Ariel piensa en el hombre del café. No están eliminados, pero se les complica el cruce posterior. Algún equipo italiano o un rival español que te conoce y sabe jugarte donde más duele. No han tenido tiempo más que para mirar Londres desde la ventanilla del autobús, las autopistas de circunvalación, el inmenso aeropuerto. Todas las ciudades se parecen para él. En Heathrow Ariel observa a una familia que duerme en un banco del aeropuerto, retrasado su vuelo. Parecen paquistaníes. Una mujer obesa come chocolatines. El piloto, al saludarlos en el embarque, pregunta habéis perdido, ¿no?, con esas caras, es que no sigo mucho el fútbol, la verdad. Las azafatas parecen cansadas. Vuelven a Madrid de madrugada, castigados a entrenar al día siguiente como

colegiales díscolos. El vicepresidente, entre confidencias, invita a varios jugadores a tomar la última copa en un topless cerca de Colón. Ariel no tiene ganas de nada, pero las risas con algún compañero y las bailarinas desnudas le excitan lo suficiente para encerrarse en un privado con una brasileña que tiene el tatuaje de un águila en la espalda. Después de un corto baile le practica una rápida felación. Ariel se deja hacer, todo lo que pueda separarle de Sylvia le resulta bienvenido. Necesita concentrarse en el oficio, sacar lo demás de su cabeza. No quiere verla más, no debe verla más.

5

Sylvia abre la puerta de casa. El llavero es una A envuelta en un círculo de metal. Regalo de Mai, le explica a Dani. Empuja la puerta y entran los dos. No sé si estará mi padre. Son las tres de la tarde y desde la cocina resuena la cortinilla musical del telediario. Sylvia se asoma a la cocina y encuentra sentado a su padre. Hola, papá, éste es Dani. Pasa, pasa, Lorenzo se levanta y le tiende la mano. Dani se la estrecha algo incómodo. Luego se sienta. Hay comida de sobra, dice Lorenzo. Sylvia saca los platos y los vasos del friegaplatos. Es un acuerdo tácito con su padre, usar el friegaplatos como armario, cuando se vacía del todo, vuelven a introducir los cacharros sucios acumulados en la pila y lo ponen a funcionar.

¿Agua?, pregunta Sylvia mientras llena la jarra bajo el grifo. Vale, dice él. En la televisión los cadáveres carbonizados de los pasajeros de un avión ruso derribado por terroristas chechenos. Joder, qué fuerte. Lorenzo observa a Dani, que ha empezado a comer. ¿Vais juntos a clase? No, soy de un curso superior. Va con Mai, aclara Sylvia.

Dani acepta las miradas curiosas de Lorenzo. Pero no las puede interpretar del todo. Dos días atrás, Lorenzo salía de la ducha y Sylvia le llamó por teléfono. No había dormido en casa. Me quedé frita en casa de Mai, le mintió. Y luego no quise llamarte tan tarde. Cuando regresó del instituto al mediodía, Lorenzo salió a recibirla. La encontró con el pelo revuelto, la sonrisa forzada, el gesto somnoliento. Lorenzo no ejerció su autoridad, evitó enervarse, venga, vamos a comer.

Estabas con un chico y te has quedado dormida con él, claro, avanzó Lorenzo antes de que ella se decidiera a hablar. ¿En su casa?, ¿vive solo? Sus padres no estaban, miente Sylvia. Podré conocerle, ¿no? Tengo derecho...

Papá... No voy a interrogarle ni nada por el estilo, verle la cara, sólo quiero verle la cara.

Pensó que en los días siguientes se olvidaría del asunto.

Ariel jugaba un partido en Londres y Sylvia aprovechó para pasar la tarde en casa, irse pronto a dormir, estudiar. Pero su padre insistió. ¿Cuándo lo vas a traer? Sylvia quiso esquivar la cita, pero Lorenzo se puso serio. Mira, Sylvia, no voy a dejar que estés por ahí con alguien a quien no conozco. Ya supongo que tomáis vuestras precauciones y que no hacéis ninguna estupidez, pero me quedo más tranquilo si lo conozco. Sylvia imaginó la divertida sorpresa de su padre si le presentara a Ariel. ¿Le pediría un autógrafo? ¿Le diría que tiene que ayudar más en defensa como le grita a veces al televisor? ¿O se indignaría con él?

No me voy a poner a hablarle en plan padre coñazo, joder, Sylvia, sólo quiero conocerlo. ¿Es tan raro? ¿Prefieres que te imponga una hora de llegar y se acabe el asunto? Vamos, es sólo echarle un vistazo, si seguro que es un chico estupendo, conociendo tu buen gusto.

Sylvia sonrió. ¿Preocupado por mi hija? No, no, lo que me preocupa es que no lleguéis a la final de la Champions. Seguía imaginando la escena con su padre. Mi padre quiere conocerte, le diría a Ariel. Tienes suerte, es de tu equipo.

Por eso, cuando en el recreo de esa mañana paseaba con Mai hacia su rincón habitual al fondo del patio, contra el muro de cemento, y se les unió Dani para charlar un rato, Sylvia forzó la situación. ¿Os apetece venir hoy a comer a casa?

Mai volvió la cabeza, yo no puedo, tía. A cambio de lo de Viena le prometí a mi madre ir al dentista, y la cita es esta tarde. Después de seis años, ya toca, ¿no? Si amenaza con ponerme uno de esos aparatos te juro que lo estrangulo. En su clase había tres chicos con la ortodoncia y Mai, de broma, los denominaba los metalúrgicos. Dani les cuenta que su dentista es una mujer y que cuando se inclina sobre él para arreglarle una caries le mira el escote, un día me dio en todo el ojo con un crucifijo de plata que lleva colgado del cuello, casi me deja tuerto. Castigo divino, le dijo Mai.

¿Y tú? ¿Te apuntas?, Sylvia miró a los ojos de Dani. Él dejó pasar unos segundos. Bueno, dijo. Mai abrió los ojos de una manera cómica y desorbitada.

El gesto era sólo para Sylvia, que aguantó la risa.

Camino de casa a la salida de clase, Sylvia se sentía cruel con Dani. Él, mientras andaba con gesto alegre, hablaba de corrido sobre música y una página en internet. Llevaba colgada del hombro una mochila medio vacía y las dos manos en los bolsillos. Si mi padre empieza a hacerte preguntas absurdas, Sylvia le sonrió, tú llévale la corriente, ya sabes cómo son. En el fondo le divertía el juego.

Sylvia interrumpe los intentos de su padre por entablar una conversación. Si comenta algo sobre el terrorismo internacional, ella dice un tema bastante divertido para la hora de comer. Si pregunta por el instituto, no querrás que después de pasarnos la mañana en ese infierno nos pongamos a charlar. Si interroga a Dani sobre sus futuros estudios, papá, déjale comer tranquilo. Lorenzo tiene prisa y termina por despedirse. Encantado de conocerte, y estrecha la mano de Dani con sorprendente virilidad. Da dos besos en las mejillas a Sylvia.

Creo que me ha tomado por tu novio, dice Dani cuando se quedan a solas. ¿Has visto la manera de darme la mano? Le ha faltado decir eso de te confío a mi hija, que es lo que más quiero en este mundo.

El hombre del tiempo habla sobre las bajas temperaturas. La información del tiempo me deprime, dice Sylvia entre risas. ¿A ti no? Tal y como está el mundo la duda no es si mañana hará sol o viento, sino si estaremos vivos, ¿no? Sylvia barre por las demás cadenas. El bebé recién adoptado en África por una pareja de famosos actores de Hollywood va a tener su réplica en cera en un museo de Londres. ¿Has estado alguna vez en algún sitio más deprimente que un museo de cera?, le pregunta Dani. Parece un depósito de cadáveres de gente viva. Apaga la tele.

En el cuarto de Sylvia a Dani le cuesta encontrar acomodo. Revisa carátulas de cedés mientras Sylvia pone uno. Te tengo que pasar discos, un amigo fue este verano a Valencia, al campus party, y se pasó la semana bajándose pelis y música. Este año a lo mejor me apunto, aunque me da pereza toda esa fauna de colgados del ordenador. Podíais veniros tú y Mai, ahora que tu padre ya me conoce. Ambos rieron.

En realidad, la culpa es mía, le confiesa Sylvia, le prometí a mi padre que un día le presentaría al tío con el que estoy saliendo y se ha creído que eras tú.

Sylvia le acerca la silla de su escritorio para que se siente.

Espero haberle gustado. Yo creo que sí. Imagina que ahora te monta un pollo, en plan te prohíbo que vuelvas a ver a ese tipejo... No creo, dice Sylvia. A lo mejor el otro no le habría gustado tanto... ¿Tan malo es...? No es eso. Es algo mayor. ¿Mayor que él? ¿Que mi padre? No, no jodas. ¿Entonces? No, pero tiene veinte años... Hijodeputa, aprovechado de mierda..., es broma, sonrío Dani.

Poco después cambian de conversación ¿Y qué tal te va el curso?, le pregunta Dani. No sé, estoy fuera de onda. Espero no cagarla demasiado. Hay que sacarlo como sea, Dani hace girar la silla, la mayor gilipollez del mundo es repetir curso..., pasar un año de más ahí...

A Sylvia le suena el móvil. Es Ariel. Te llamo en un ratillo, ¿vale?, le dice después de los saludos. Me pillas liada. Cuelga y durante un rato no se dicen nada.

Supongo que ése es el ideal de cualquier tía, dice Dani, salir con alguien que no le guste a su padre.

Sylvia se ríe. Durante un instante está a punto de contarle todo a Dani, decirle la verdad sobre Ariel. Pero luego le parece una tortura innecesaria. Sylvia le mira y siente la extrañeza del gesto de Dani, sabe que se ha enamorado de ella. Y eso hace que Sylvia se sienta bien y mal al mismo tiempo. Poderosa y frágil.

Yo debo de tener mala suerte, confiesa Dani, le caigo bien a los padres. Excepto al mío, claro. El año pasado por mi cumpleaños, el tío me regaló con toda su ilusión unas entradas para la fórmula 1, según él un plan cojonudo, un fin de semana en Barcelona. Bah, me rayé, y le dije que por mí se las podía meter por el culo, que no iba a perder un fin de semana en esa gilipollez. Menudo rebote se agarró... Un día te tienes que venir a casa, tengo música guapa... No sé si le gustaré a tu padre, responde Sylvia. Seguro, se pondrá a tirarte los tejos. Ve unas tetas...

Y no acaba la frase. Sylvia ha encogido bajo la camiseta. Sostiene la sonrisa. De pronto, Dani da un paso hacia ella y le posa la mano en el hombro. La mano de él tiembla. La piel de ella resplandece a la altura del hueso de la clavícula.

Sylvia le ofrece una cerveza a Dani. Va a buscarla a la cocina. Llama a

Ariel. Le explica que está con su padre y que no puede hablar. Dani escucha desde el cuarto el lejano rumor de Sylvia hablando por teléfono. Se cita con Ariel para una hora después, en la esquina de su calle.

Cuando vuelve de la cocina, Sylvia está a años luz de la conversación de Dani. Ella le roba un trago de la cerveza y él bebe deprisa. Como si quisiera esfumarse después de su acercamiento fallido. Sylvia piensa, podría enamorarme de él, quizá en otra vida.

Ariel le ha traído un regalo a Sylvia. Es una camiseta con las letras de London dentro del círculo de una diana. Creo que me has idealizado, bromea ella. No me entra ni loca, estoy gorda. No estás gorda, no digas pavadas. Pruébatela.

Él conduce. Ella se quita la sudadera y la camiseta, se queda un instante con el sujetador al aire y luego se coloca la camiseta que Ariel compró en la tienda del aeropuerto. Se ciñe al cuerpo de Sylvia como un guante. Te queda perfecta, dice él. Si alguien consigue hablar cinco minutos conmigo con esta camiseta puesta sin mirarme las tetas se ha ganado un viaje para dos personas a una isla del Caribe.

Qué idiota sos...

A espaldas de la Gran Vía hay un café pequeño donde a él le preparan un mate. Ella prueba de nuevo y se quema por enésima vez la lengua. Está recaliente, a ratos ella le bromea con expresiones pseudoargentinas. La verdad es que la remerita es un poco escandalosa. Te lo dije, dice ella. Te ajusta demasiado las lolas. A Sylvia le gusta esa palabra para nombrar las tetas.

Durante ese rato, Sylvia no sabe cómo colocar los brazos. Los cruza, se agarra el cuello, se abraza con las manos a los hombros, sin acabar de encontrar la postura en que se sienta cómoda. El sonrío. Sylvia le cuenta que su padre está empeñado en que le presente a su novio. Hoy tomó a un amigo que comió en casa por mi novio, no sabes qué ridículo. ¿Y qué amigo es ése? ¿Estás celoso?, pregunta ella, divertida. No sé, ¿tengo que estarlo?

Sylvia se ríe. El parece de verdad celoso. ¿Qué voy a hacer?, dice ella, mi padre está deseando conocer al chico por culpa del que llego tarde todas las noches. He pensado sentarle delante de la tele el próximo partido y decirle es ése, el número diez.

¿Y qué crees que diría tu padre?, pregunta Ariel.

Se pondría a dar saltos de alegría, se colocaría la bufanda del equipo y haría la ola. No sé, supongo que te llevaría a la comisaría más cercana. Ariel deja un instante que se haga el silencio. Luego acerca el rostro de Sylvia al suyo y la besa junto a la oreja, tras apartar el pelo con delicadeza. No tengas miedo, le susurra. No puedo evitarlo, dice ella, y se distancia un poco. Cada vez que nos separamos un par de días pienso qué ya nunca volveré a verte, que no volverás a llamarme. Ya, dice Ariel, pero no añade nada.

Conmigo no tienes ningún compromiso, ya lo sabes, cuando te canses, me lo dices y en paz, entrelaza Sylvia sus frases. Vuelvo al mundo real y punto. Y dejo de abrazarme la lengua cada puta vez que me haces sorber la cosa esta, dice tras separarse de la bombilla del mate con gesto cómico.

Así que esto no es el mundo real, para ti, pregunta él.

Estar contigo, pues, la verdad, no sé. El mundo normal seguro que no es. Pero me gusta, eh. Es un sueño, más bien.

¿Te dije que mañana firmo la compra del piso? Me darán las llaves.

¿En serio? ¿Tan rápido? ¿Ya has conseguido reunir toda la pasta?

Te vas a reír. La semana pasada el presidente me pagó las primas atrasadas. Abrió un cajón y me dijo toma, me largó un sobre lleno de billetes de quinientos. Yo tengo las primas fuera de contrato. Todo en negro. Y luego se quedó un rato hablando conmigo. Me preguntó ¿cómo está la cosa en la Argentina? Tengo un socio que quiere que nos metamos a comprar tierras en la Patagonia, ahí en tierra de pingüinos, que está baratísimo.

Sylvia balancea la cabeza. Lo llenarán todo de chalets adosados, como aquí.

Esa noche ella quiere volver pronto a casa. A las diez están aparcados junto al portal. Se han besado. Suena el móvil de Sylvia. Es su madre. Sylvia responde. Ariel guarda silencio. Luego mira por la ventanilla.

Cuando cuelga, Sylvia le dice era mi madre, le ha llamado mi padre para contarle que ha conocido a mi novio y que es un chico muy majo.

Me está empezando a joder ese pibe, bromea Ariel. Capaz tengo que ir a esperarlo a la puerta del instituto y cagarlo a trompadas.

Sylvia piensa en su padre, que presume por una vez de información privilegiada ante Pilar. Dios mío, le dice a Ariel, mis padres están locos, ahora están felices de que tenga un novio.

Un pibe estupendo, por cierto, dice él con ironía. Guapo, educado, ojos bonitos. Lleva gafas, le corrige Sylvia. Ah, además es un intelectual. El franeloso...

Se intercambian un rápido beso. De pronto parece que Ariel tuviera prisa, le incomoda estar parado tanto tiempo en el coche. Un minuto atrás una pandilla de chavales miraron el modelo y lo comentaron a voces. Ella se da cuenta al instante de la incomodidad de él y dice ya me voy, ya me voy. ¿Nos vemos mañana? ¿Celebramos lo de tu casa nueva? Ariel asiente con vaguedad.

Sylvia sube en el ascensor hasta casa. Abre la puerta. Aunque espera encontrar a su padre, éste aún no ha vuelto. El piso está oscuro y Sylvia no enciende la luz para guiarse hasta el cuarto. Se quita la sudadera y se mira con la camiseta de London al espejo. Escandaloso, recuerda.

Suspira y deja caer todo el pelo delante de su cara. Le resulta absurdo meterse en la cama y poner en hora el despertador para llegar a clase. Le resulta ridícula la cama de adolescente y la mesita con ordenador de colegiala. La lata de cerveza de Dani permanece posada en el escritorio. De pronto le invade cierto pavor a la casa solitaria, como si se hundiera en ella.

Abre el libro y lee un rato tumbada en la cama. Contesta a un mensaje de Mai que ha recibido hace horas. Decía así: «ke tal kon Dani?, le gustas un huevo, se komería tus mokos sin problemas». Sylvia lo recibió cuando tenía a Ariel sentado enfrente. No le dijo nada, sólo una amiga que está loca.

Para Sylvia, Dani y Ariel son dos personas imposibles de relacionar, no hay competencia entre ambos, aunque en los dos haya percibido el pellizco de los celos por la difusa presencia del otro. Puede que cuando Ariel me deje me líe con Dani, piensa de pronto Sylvia, sin saber cómo se generan esas reflexiones frías, calculadoras. Le sorprende su idea. Sería por despecho, claro.

Eres muy fría, tía, tienes que soltarte, le dice a veces Mai. Pero ella, en su relación con Ariel, prefiere no dejarse llevar del todo. Prefiere nadar con el borde de la piscina al alcance de la mano, como el niño que acaba de aprender a dar brazadas.

Le viene a la cabeza una frase que dijo esa tarde Dani, cuando parodiaba a su padre. Es un tipo totalmente previsible, la única frase inteligente que le he oído en mi vida es cada año los inviernos son más cortos. Vaya gilipollez. Y

sin embargo esa frase regresa ahora a la cabeza de Sylvia. Cada año los inviernos son más cortos.

Su padre entra en casa, ruidoso. Al ver la línea de luz bajo la puerta de Sylvia toca con los nudillos. La encuentra echada en la cama, con el libro entre las manos. Sylvia se retrepa. Se ha metido en la cama con la camiseta de London. Muy majo el chaval, dice él después de saludar. Venga, papá, que tengo sueño. Hablan un rato más. Lorenzo se fija en la camiseta, cuando las sábanas se deslizan hacia el regazo de Sylvia. ¿No vas muy ceñida? Me la he puesto para estar en casa, responde ella.

Su padre sale. Sylvia se posa la mano en el vientre, se acaricia alrededor del ombligo. Cuando Ariel la desnuda, le gusta sentir la fortaleza de su abrazo, es uno de los escasos momentos en que se siente hermosa.

6

El taxi llega puntual. Suena el timbrado del portero automático y Leandro corre a responder. Termina de anudarse la corbata granate. Ya está aquí, grita. Del dormitorio de Aurora surge la silla de ruedas, ella se ha puesto un vestido y unos zapatos planos. Encima lleva un chal recogido en las rodillas. Lorenzo empuja la silla de su madre, que se ha peinado frente al espejo la cabellera cenicienta. La sonrisa de Aurora mientras avanza por el pasillo conmueve a Leandro. Sólo la esforzada peripecia de bajar la silla a pulso por los dos pisos de escaleras emborrona la delicadeza del momento. Yo le cojo de las ruedas delanteras, tú agarra fuerte por atrás, organiza Lorenzo. Joder, me cago en la hostia, espera un poco.

El taxi, equipado para sillas de inválidos, tiene dispuesta, su plataforma a la altura de la acera. Leandro coloca la silla de su mujer y el mecanismo la eleva y la asegura en la parte trasera del monovolumen. Me siento una caja de fruta, comenta Aurora mientras es levantada. Lorenzo se despide de sus padres por la ventanilla, mientras el taxista cierra la puerta deslizante y corretea hasta el volante. Pasadlo bien. ¿Seguro que no te molesta esperarnos?, le pregunta su padre. Que no, que no, que me quedo a ver la tele. Lorenzo señala hacia arriba. Esperará a su vuelta para ayudarlos con la silla. Esa mañana le había llamado su padre, qué incordio, no sé cómo organizarlo, tu madre quiere salir. Lorenzo le tranquilizó, ningún problema, al contrario, le hará bien airearse un poco.

Estás preciosa, mamá, le ha dicho Lorenzo al llegar a casa para ayudarles. Su madre había sonreído por toda respuesta. Leandro está tenso. La silla lo dificulta todo y, como siempre, se siente atezado por su inutilidad, su falta de habilidad ante los problemas. La expresión de Aurora se torna placentera al

mirar la actividad de la calle. ¿Al Auditorio? ¿Van a un concierto?, pregunta el taxista, amable, que por detrás sólo presenta una calva franciscana. En los cristales se marca una fina lluvia. Encima llueve, piensa Leandro.

¿Cuándo es el concierto de Joaquín?, le había preguntado esa mañana Aurora en mitad de la lectura de una noticia sobre la huelga de los empleados de seguridad privada. ¿Eh? Teníamos entradas, ¿no? Sí, sí, pero es igual. ¿Ha pasado ya?, por un momento se nubla la expresión de su rostro casi transparente. Aurora se esforzaba por no perder el curso de las fechas pese a que para ella todos los días eran el mismo día.

Es hoy, esta tarde, dijo él.

Ella estaba decidida. Claro que sí, iremos. Y a partir de ahí el agobio de Leandro por organizarlo todo. Llamar a su hijo, localizar un taxi adaptado, prever los movimientos y el horario. Sabía que Aurora no iba a permitir que él no asistiera, pero le sorprendió su decisión de ir. Estoy deseando salir a la calle.

Eligió su vestido, la ropa de él, hasta la corbata. Después de la siesta parecía que en la casa, de habitual adormecida, se desplegaba una actividad rabiosa. Lorenzo llegaría a las seis y media para ayudarles con todo. ¿Has llamado al taxi? Sí, sí, estará aquí a las siete.

En la explanada del Auditorio ya se acumula gente media hora antes del concierto. Leandro retira las entradas. Cuando abren las puertas, Leandro empuja la silla hasta dar con una acomodadora. Lo siento, pero cuando compré las entradas mi mujer aún no estaba imposibilitada. No se preocupe, ahora tratamos de arreglarlo. La empleada retiene las entradas que Leandro le entrega, consulta a una compañera y vuelve para acomodarlos en un lateral. ¿Aquí estarán bien? Leandro levanta la vista hacia el escenario. ¿Al otro lado no sería posible? Claro que sí. Por las manos del pianista, ¿sabe? La acomodadora asiente y cruzan por delante de la primera fila hasta el extremo opuesto. Cuando Leandro se sienta, vuelve la cabeza hacia Aurora y pregunta ¿bien? Ella le reafirma con un gesto.

En los últimos años, desde que Leandro se jubiló, acudían a más conciertos. Habían visto poblarse el patio de butacas de presencias más eclécticas que años atrás. Hay tanta gente joven que ahora estudia música, se alegraba ella. Leandro se reservaba la opinión. La música se había convertido

en un pasatiempo estudiantil casi generalizado. Pero de ahí a estudiar música de una manera disciplinada y con algo de valor futuro había un abismo. A veces bromeaba en conversaciones con amigos, somos como la gimnasia o el judo, nada más, pero cuando un niño muestra aptitudes de verdad se le disuade no vaya a ser que se tuerza su futuro de ingeniero o empresario.

Saluda con la cabeza a alguna cara conocida, luego se prepara con concentración para el recital. Aurora de tanto en tanto se vuelve hacia atrás, feliz de encontrarse en un lugar público después de tantas semanas de inmovilidad. Leandro estaba preocupado. ¿Se sentiría bien? En la última semana, ella misma le había pedido algún analgésico, pero no había sabido explicar en qué consistían los dolores. Había sentido miedo a dejarla sola por primera vez. Por la noche su sueño era más ligero, por si ella lo llamaba desde el cuarto. El médico la había visitado y se había limitado a dibujar un gesto de paciencia y recomendar que mantuvieran los masajes, siempre es agradable, ¿verdad?

Leandro aún no había logrado superar la sorpresa al escuchar a la encargada del chalet decirle, con aquella ironía casi ofensiva, Valentina ya no trabaja aquí. Tardó en reaccionar. La mujer le ofreció algo de beber, pero él no quiso tomar nada. Bueno, ya conoce a las demás chicas, ninguna le va a defraudar, ¿o es que sólo le gusta el chocolate? Leandro no estaba preparado para las bromas. Se rascó la cabeza un instante y se atrevió a preguntar ¿y a Valentina le pasó algo? ¿Qué ha ocurrido?

No era chica para este sitio, las negras no saben estar en locales así. No lo digo por racismo, pero es la pura verdad.

Después de varias preguntas que sólo obtuvieron respuestas a medias, Leandro consiguió enterarse de lo sucedido. Al parecer el día anterior uno de los últimos clientes de la noche, serían las cinco de la mañana, se había encamado con Osembe. Cuando el tipo se fue no pudo encontrar su coche. Un Mercedes, para más inri, decía Mari Luz. No estaba aparcado donde lo dejó y al echar mano al bolsillo tampoco encontró las llaves, con lo cual no le fue difícil atar cabos. Volvió al chalet, y menuda nos montó, que si la negra le tenía que haber quitado las llaves, qué sé yo. Nos tuvimos que poner serios con él. A Leandro le pareció que aquélla era la manera de decir que habían tenido que avisar al tipo que vigilaba el lugar, el mismo que él había

entrevisto una tarde en el portón del garaje.

Por supuesto Valentina ya había desaparecido. Seguro que aprovechó un descuido del tipo y le lanzó a alguien las llaves por la ventana, a la calle, nada más fácil. La encargada seguía explicando la rutina sin ningún dramatismo. El hombre se ponía farruco y ya le tuve que decir hala, si quiere vaya a la policía y déjese de cuentos, porque lo único bueno de este negocio es que a nadie le interesa meter a la policía por medio. Todos tenemos demasiado que ocultar, ¿no? ¿Cómo era eso de la piedra? El que esté limpio de pecado que tire la primera, ¿no? Así que el hombre se fue, me dio pena, la verdad, porque yo sé que la negra le robó, con algún compinche, vete a saber. El caso es que ella por aquí no volverá, y mejor porque te quitas un problema de encima. Una ladrona aquí es justo lo peor que puedes tener.

Leandro trató de que aquella mujer le diera un teléfono de contacto, una dirección, algo para localizar a Osembe. Si tuviera algún teléfono tampoco se lo daría, le dijo la encargada, siga mi consejo, no se meta en líos, que bastante tiene ya. Si quiere divertirse, aquí tiene para elegir, hay chicas nuevas que ni conoce. Siéntese, tómese algo, ¿por qué obsesionarse con una si el mundo está lleno de chicas guapas?

Cuando Leandro se mostró testarudo, algo tendrá, un teléfono, un apellido, no creo que sea tan difícil, ella dio por terminada la visita. Mire, olvídese, esa chica no es trigo limpio, lo mejor que nos ha podido pasar es sacárnosla de encima. Y mientras le hablaba le empujaba hacia la puerta, como si Leandro fuera una visita plomiza de domingo. En la calle, una mujer pasó a su lado sin quitarle los ojos de encima. A Leandro le pareció que balanceaba la cabeza, como si le juzgara.

¿Por qué quería volver a ver a Osembe? ¿Qué encontraba en ella? ¿Algo que no hubiera saciado ya? Sabía bien poco, recordaba que ella le había comentado en una ocasión que vivía en Móstoles, cerca del parque Coimbra, pero aquello le sonaba a Leandro al extranjero, a la ciudad nueva.

En un largo paseo con su amigo Almendros se atrevió a preguntarle ¿tú no tenías un hijo en Móstoles? No, en Leganés, le dijo él, para el caso es lo mismo, ¿por qué? No, cosas de mi hijo, mintió Leandro, está pensando quizá en vender su piso y mudarse a otro sitio más barato. Que se lo piense, que se lo piense bien. Ya, ya le digo.

La megafonía advierte del comienzo inmediato del concierto y Leandro posa los ojos sobre el programa de mano. Dos partes divididas en una primera sobre piezas de Granados, sus vales, y una segunda con la «Kreisleriana» de Schumann y los «Momentos musicales» de Schubert. Joaquín había estado más de un año sin tocar por tendinitis crónica en la muñeca izquierda. Hacía casi diez años que no se veían en persona. La última vez fue tras una actuación de la orquesta sinfónica donde Joaquín había tocado como solista el «concierto 25» de Mozart. Leandro había envidiado la naturalidad de su jugueteo, la rotundidad de su ejecución, aunque había pensado, prefiero a Brendel. Se había sentido entonces algo avergonzado de su juicio. Le habían invitado al cóctel posterior y Joaquín estuvo afable con él, como siempre. Volvió a pedirle su número de teléfono, como había hecho las cuatro últimas veces que se habían visto, pero nunca lo llamó. En dos ocasiones más tocó en Madrid, pero Leandro no acudió a los conciertos.

Joaquín sale al escenario y los aplausos acompañan un saludo sonriente y su caminar vigoroso hasta el instrumento. Retira la falda del frac y se sienta frente al teclado. Aguarda el silencio más profundo, lo deja sostenerse roto sólo por el crujido de la madera o la última tos femenina. Aurora mira a Leandro y sonríe al verlo concentrado. El toca el reposabrazos de la silla y con la punta de los dedos roza la mano de Aurora sobre el chal. Joaquín posa los dedos sobre las teclas y la música nace ascendente desde su mano izquierda, delicada. Les da la espalda, pero Leandro acierta a ver su perfil. Tiene el pelo blanco y poblado como siempre. La espalda recta, una presencia poderosa, que se prolonga en perfecta continuación del piano. Los pies recogidos, apoyados sobre las puntas de unos zapatos relucientes con tacones grises.

Cuando la música envuelve el auditorio de madera rubia, Aurora cierra los ojos. Leandro recuerda al adolescente amigo con el que compartía la vida de diario en la calle, en sus casas abiertas. No sabe muy bien por qué le regresa la tarde en que se encerraron frente a la radio de su padre para escuchar a Horowitz tocar los «Funérailles» de Listz y luego tratar de imitar las octavas con grandes impulsos del brazo. Y en ese mismo programa sonó la «Patética» de Chaikovski. Subieron el volumen como hacían siempre cuando se quedaban solos en la casa. La música resonaba con fuerza y se oía desde la calle. Para

entonces ambos habían decidido ser profesionales de la música y con apenas quince años se entregaban a ella con entusiasmo y esnobismo. Los ojos de Joaquín aquella tarde estaban inundados en lágrimas. Toca Dios, dijo con grandilocuencia.

Puede que allí residiera la gran distancia entre ambos. Leandro era incapaz de un exhibicionismo emocional así. Su amigo hablaba sin miedo en una especie de cascada, se dejaba llevar por lo que oía, lo que interpretaba. No le importaba gritar no, no, cuando algún santón de la interpretación de la época tocaba de manera diferente a como él entendía que debía atacarse una pieza. Años antes, su maestro, don Alonso, les repetía una tarde tras otra la misma corrección, no, no, la emoción no basta, la intensidad no basta, tiene que venir acompañada de la precisión, la precisión. Olvídense de la poesía, esto es sudor y ciencia. En cambio cuando apreciaba una manera de tocar fría o técnica en exceso les repetía en alemán la frase ya tópica de Beethoven, nota previa a su «Missa Solemnis», *Von Herzen, möge es wieder zu Herzen gehen*, deja que esto que procede del corazón llegue a tu alma.

Los errores de Joaquín eran errores enormes, pero esperanzadores. Así los definía el maestro cuando alguien le preguntaba. Leandro comenzó a sentir que entre ellos se abría un abismo, el mismo que hay entre quien toca como los ángeles y quien interpreta una partitura con corrección. Los profesores a los que acudieron en el conservatorio apenas corregían a Leandro, en cambio, dedicaban minutos de torrencial explicación a ganarse a Joaquín con sus críticas. Sabían que era un reto dirigir esas condiciones espectaculares, fuera de lo ordinario. Muchas veces Leandro se sorprendió al pensar qué injusto, soy yo el que ha peleado por tocar, el que viene de abajo, el que muchas tardes de la infancia insistió para no dejarlo y el triunfo será de él, como si eso rompiera una lógica de justicia poética. Para Joaquín la vida era fácil, llena de satisfacciones, acomodada. Pronto Leandro se colocó de copista y entregaba el sueldo mísero a su madre, Joaquín no tenía esa necesidad.

Él lo invitaba a escuchar discos de Bach, le pagaba la entrada a los conciertos, la copa en los bares, le incluía en planes y salidas que Leandro no podía costearse. Joaquín era el único que se permitía el descaro de levantarse en mitad de un concierto y cruzar la fila de público sentado mientras murmuraba yo puedo soportarlo, pero no Beethoven. Luego llegó París y la

distancia. La aparición de Aurora para llenar la orfandad de sus horas libres. El lento goteo del amigo que se transformaba en alguien ajeno. Ya soy más francés que los franceses, le decía Joaquín cuando volvía a Madrid y se mofaba del provincianismo beato de su ciudad de origen. Yo he elegido París, los que nacen allí no tienen que esforzarse, pero yo sí, yo quiero dejar de ser lo que era antes de llegar allí.

Cuando murieron sus padres las visitas de Joaquín se espaciaron. A espaldas de Leandro le preguntaba a Aurora si necesitaban algo cuando ya era evidente su éxito internacional. En Austria le dieron la medalla Hans von Bülow a mitad de los sesenta. Leandro nunca sintió celos, le satisfacía haber compartido la ascensión de alguien dotado, vivió con agrado su triunfo y jamás pensó que le usurpara algo. Leandro defendía a Joaquín si en la conversación entre músicos alguien cometía la habitual injusticia de desacreditarle, casi siempre por cercano, por ser de aquí. Pero dejó de escribirle, de mantenerle al corriente de su vida, y aunque hasta muchos años después no se extinguirían del todo los lazos que les unían, en los años sesenta la brecha entre uno y otro era tal que hasta Leandro comenzó a ocultar en las conversaciones que lo conocía. Muchas veces, como ahora, su presencia en algún concierto de Joaquín se debía a la insistencia de Aurora. No ha tenido tiempo de llamarte, tienes que ser tú el que se acerque a él, no juzgues su falta de noticias como una falta de cariño. Pero llegó el día en que Leandro se reconocía como un espectador más de aquel hombre subido al escenario.

Una vez sus manos se habían posado juntas sobre el viejo piano Pleyel. El mismo piano que Leandro compró al padre de Joaquín para llevar a su casa cuando ya nadie lo tocaba, me hace ilusión que lo heredes tú, le había dicho. Las manos de Joaquín aún eran capaces de recorrer una partitura para ofrecer el goce de un auditorio, poseían la complexión y la fuerza, reforzadas de seguro sus yemas con pegamento o tiritas. Las de Leandro se habían domesticado para ser el correcto instrumento de trabajo de un profesor de academia. Durante años Leandro pensó que su amigo le creía herido por el zarpazo del fracaso, por la injusticia del arte, y se esforzaba para mostrarle que no era así. Hasta que un día descubrió que su amigo no pensaba en él, no reparaba en él, no sufría por él. Es más, puede que hasta hubiera olvidado que Leandro también se dedicaba al piano. No caía en la cuenta, desde luego, de

que compartieran oficio.

En el descanso Aurora quiere beber agua y Leandro sale con ella hacia el bar. La acomodadora le pregunta si todo está bien y en el vestíbulo un muchacho sale a su encuentro. Es Luis, su antiguo alumno. Su último alumno. Hola. El chico saluda a los dos, sin insistir demasiado con la mirada en la silla de Aurora. A Leandro siempre le ha irritado la imagen de chico perfecto de Luis. Discreto en el vestir, sus maneras siempre correctas, la forma de hablar pausada. Alguna vez le advirtió que la música tenía que asumirse como algo superior, no como una acompañante, sino como una diosa a la que venerar. Pero el chico siempre se escudaba en su confesada falta de ambición. Yo ya sé que no voy a llegar muy lejos, pero quiero tocar lo mejor que pueda. Era un alumno aplicado que avanzaba a su ritmo. Leandro sabía que quería estudiar una carrera universitaria y no hacer de la música su profesión, así que no le sorprendió que zanjara las clases. ¿Les está gustando?, acierta a preguntar el chico. Sí, sí, claro, responde Leandro. Muchísimo, dice Aurora. Bueno, luego los veo, dice Luis antes de alejarse.

Leandro tiende el vaso de agua a Aurora y él bebe deprisa una copa de vino. El sabor áspero le sienta bien, le anima. El tono de las conversaciones se ha ido elevando poco a poco y ahora resuena en los pasillos. Leandro se pregunta si Joaquín aún conservará la manía de lavarse las manos en los descansos con agua tibia y tumbarse descalzo sobre el duro suelo con las piernas elevadas sobre el asiento de una silla en perfecto ángulo recto. Su mujer le preparará un té del que beberá apenas dos sorbos antes de volver a escena. Aurora le tiende el vaso casi vacío. ¿Quieres más? No, no. Leandro apura el vino.

Cuando la cabeza de ambos se coloca a la misma altura, de nuevo en sus asientos, Aurora le pregunta ¿a ti también te gusta Schumann? ¿A quién no le gusta? Lo que va a tocar es magistral, pero era un hombre que sufrió desde muy joven, un torturado, que se dice ahora. Ella asiente como si quisiera que la clase no terminara nunca. ¿Te acuerdas que vimos aquella película alemana sobre su vida, cuando éramos novios, *Träumerei*?

La segunda parte del concierto es veloz, pasa deprisa. Joaquín interpreta la «Kreisleriana» sin usar apenas el pedal, combina los movimientos pares más desbocados y violentos con los impares, que toca casi angustiosamente lentos.

Si alguien tose durante alguno de ellos, no se ahorra un gesto reprobatorio. Pronto las gotas de sudor comienzan a resbalar por su frente. Usa por primera vez una toalla cercana. Al terminar, el público, puesto en pie, reclama otra pieza y él se sienta y toca con profundidad, se deja enredar en las armonías más desasosegantes de la «Fantasía y fuga para órgano en Sol menor» de Bach. La atmósfera sombría es muy del agrado del público, que se deja transportar. Lo serio es siempre más valorado, piensa Leandro, que encuentra previsible el acercamiento. Sin embargo, todos sonrían como si fuera un guiño superficial cuando Joaquín elige para cerrar su actuación una canción de Jerome Kern cuyo *swing* borda en una improvisación jazzística. El nuevo clima contribuye a una despedida bulliciosa en la que Joaquín ofrece varias versiones de la inclinación agradecida de cabeza. El aplauso tiene una resonancia metálica. Leandro mira a Aurora, que también sonrío mientras aplaude apenas sin fuerza.

Cuando el público comienza a salir, Leandro levanta el freno de la silla de Aurora. ¿Irás a saludarlo?, le pregunta ella. No, no, Lorenzo nos está esperando en casa. A él le da igual, vamos, no puedes irte sin entrar a saludar. Leandro cambia el gesto y algo inquieto, mira alrededor. Al cruzarse con la acomodadora le pregunta, ¿para entrar a saludar? No sé si se podrá, acérquense a aquella puerta. Le señala una puerta flanqueada por dos o tres empleados. Leandro no tiene ganas de atravesar el filtro, de dar explicaciones. Luis se acerca a ellos cuando el patio de butacas ha quedado casi vacío. Quería preguntarle una cosa, parece que el curso no me va a dar demasiados problemas y estoy pensando en volver a dar clases y no sé si usted...

Leandro observa al chico, que interrumpe su explicación. No sé si yo... ahora. Luis alza las manos en un gesto parecido al ruego, podría ser cuando a usted le viniera bien, tampoco quiero tomármelo con tanta intensidad, prefiero acabar la carrera... Leandro mira al chico. Hay una muchacha rubia que aguarda a que termine su conversación. Es hermosa, pertenece a una nueva generación de chicas, como su nieta, que no guardan relación con las mujeres pétreas de su adolescencia. Ese país silencioso y cabizbajo. La chica, durante la espera, recorre con el dedo la tela del respaldo de una butaca. Está bien, llámame y veremos. El chico se muestra resplandeciente y antes de marcharse se agacha sobre la silla de Aurora para decirle con calidez, encantado de

volver a verla. Leandro le ve regresar junto a la chica y pasar el brazo por la cadera de ella. Aurora siempre supo ganarse a los pocos alumnos a domicilio de Leandro. Les abría la puerta, les guiaba al cuarto, les ofrecía algo de beber y a muchos, antes de despedirlos de nuevo a la puerta, terminada la clase, les decía con confianza, no es tan ogro como parece. El dinero nos vendrá bien, fue lo único que comentó Leandro a Aurora cuando le vieron alejarse.

La mujer que guarda el acceso a camerinos le pregunta su nombre cuando Leandro le pide permiso para entrar a saludar a Joaquín. Tarda un rato en regresar y cuando lo hace le dirige un gesto para que entre. Leandro va a empujar la silla, pero la empleada le dice ¿la silla también? Hay escaleras... Pasa tú, se adelanta Aurora. Leandro quiere protestar, pero Aurora insiste, puedo esperar aquí, ¿verdad?, le pregunta a la empleada. Si no tarda mucho...

Leandro baja las escaleras hasta un pasillo iluminado. Hasta él llegan voces y risotadas. Leandro no tiene prisa por alcanzar el umbral del camerino. Al verlo, Joaquín se distancia de los que le rodean y se dirige hacia él. Pero, bueno, qué sorpresa, no he tenido tiempo de llamaros, llegué ayer mismo y nunca encuentro vuestro número. Da un abrazo rotundo a Leandro, que se pierde en sus brazos. Se ha mojado el pelo blanquísimo y espeso y se ha liberado de la chaqueta. Se vuelve hacia su mujer, veinte años más joven, delgada, la piel muy blanca, los ojos azules, ¿te acuerdas de Leandro, Jacqueline? Ella saluda con su frágil mano extendida, claro, claro.

Joaquín se muestra cordial, pregunta por Aurora y Leandro le explica que anda delicada. No le quiere decir que espera arriba, impedida en una silla de ruedas. Encuentra a Jacqueline envejecida, con una tirantez que antes no poseía, como si sujetara a duras penas a la bella mujer que estaba dejando de ser. Pertenecía a un tipo de belleza que no está preparada para dejar de ser una radiante estatua de ojos claros y los engaños quirúrgicos sobre su rostro eran calamitosos. Leandro no quiere prolongar su visita de cortesía. Joaquín le retiene sujeto por el codo y participa de la conversación con el resto de invitados al tiempo que se vuelve hacia él en un interrogatorio retórico y en cascada, ¿el hijo bien?, ¿y la nieta?, ¿cómo llevas lo de ser viejo?, yo fatal, Madrid está irreconocible, cuando acaben los miles de obras parecerá otra ciudad, tendrán que volver a reconstruirla, Jacqueline ahora quiere que nos compremos una casa en Mallorca, se ha enamorado de la isla, ¿cuánto hacía

que no nos veíamos?, qué suerte tienes de estar jubilado, yo no puedo...

Cuando Leandro insiste en despedirse, Joaquín acerca su rostro al oído de su amigo. Voy a estar tres días en Madrid dando una Master Class en la Fundación de no sé qué banco, por qué no me llamas y tomamos un café. Jacqueline, dale nuestro número de móvil a Leandro, tengo interés en hablarte de una cosa, llámame. Jacqueline le tiende una tarjeta de visita con un número escrito en el dorso. Tengo las mañanas libres, es lo último que le dice Joaquín. Antes de que Leandro salga del camerino, ya se ha dado la vuelta para fundirse efusivo con el codo de otro conocido. Le gustaba tocar los codos, eludir las manos que tocaban sus manos, las protegía de cualquier contacto, las utilizaba sólo para expresarse con ellas, levantándolas a la altura de los ojos, como si les concediera la misma relevancia que a su viva e inteligente mirada clara.

En el taxi de vuelta a casa, a Leandro le intriga la razón concreta por la que había dicho que quería verle. Quizá sólo fuera una cortesía más. Aurora parece cansada pero feliz. Está como siempre, se había limitado a decirle sobre Joaquín. Y era cierto. Joaquín conservaba incluso las camisas con las iniciales cosidas sobre el bolsillo. Leandro siempre había considerado ese detalle algo impropio de una persona elegante, por más que se hiciera necesario entre aquéllos que viajan por hoteles y desconfían de las lavanderías. Él sabía que a Joaquín, ya desde joven, le gustaba presumir de la coincidencia de las iniciales de su nombre completo, Joaquín Satrústegui Bausán, J. S. B., con las de Johann Sebastian Bach. Es el único con el que no me importaría intercambiar las camisas, le había dicho años atrás a Leandro, la primera vez que éste le había comentado algo de las camisas marcadas. Era el tiempo en que aún viajaba a España con su primera mujer, una periodista alemana a la que abandonó al conocer a Jacqueline. Sin entender muy bien por qué, Leandro pensó de pronto en unas iniciales distintas con las que Bach cerraba todas sus composiciones. S. D. G. El significado no era una rúbrica personal, más bien un arrebató de modestia cristiana. Joaquín no compartía, en cambio, esa virtud. Era una expresión latina, *Soli Deo Gloria*, algo así como la Gloria Sólo para Dios. Frente a tantos que sueñan con la gloria toda para ellos. Leandro borra ese pensamiento cruel antes de bajar del taxi y avisar a su hijo Lorenzo por el portero automático, ya estamos de vuelta.

7

Lorenzo observa a sus amigos, que se sienten observados. Lo hace de manera descarada, buscándoles los ojos. De modo retador. Ninguno de los cuatro se atreve a apoyarse en la mirada de otro con complicidad. Lorenzo lo pensó nada más llegar. Si yo los estudio a ellos, ellos no se atreverán a estudiar a Daniela. Son seis en el comedor de casa de Óscar. La mesa extensible cubierta con un mantel blanco de franjas de colores. En la pared tres grabados con marcos de madera. Antes vivían en un piso minúsculo cerca del Retiro. Aprovechando la subida de precios consiguieron venderlo bien y marcharse a uno recién construido en Ventas. Tiene zonas comunitarias de piscina y jardín. Hace quince años compramos el piso por doce millones y lo hemos vendido por sesenta. ¿Cómo es posible?, pregunta Daniela. Ana se detiene para aclararle que hablan de pesetas y luego informarle sobre los factores que causan la subida de precios casi constante. Aquí nadie alquila, los bancos quieren a la gente endeudada, aclara Lalo, más cínico. Es la forma de tenernos controlados.

A mitad de semana, Óscar llamó a Lorenzo para invitarle a cenar en casa. Así ves el piso nuevo ya terminado. Lorenzo no pensó demasiado antes de decir, ¿puedo ir acompañado? Bromearon un rato sobre mujeres, pero Lorenzo no le dio ningún detalle sobre Daniela. Sólo le dijo estoy enamorado como un adolescente. En cambio, Daniela se resistió a acompañarlo. Son tus amigos, ya vas a ver, les parecerá extraño que estés con alguien como yo. Eh, vamos, no inventes historias estúpidas, son gente estupenda, ya verás. Camino de casa de Óscar, Lorenzo le contó que se conocieron muchos años atrás, en la universidad, y que no tenía hijos pese a llevar años con Ana. De Lalo le dijo es mi amigo más antiguo, íbamos juntos al colegio, conoce a mis padres. Ya

verás que no nos parecemos en nada. Marta, su mujer, es psicóloga infantil y tienen un niño de nueve años.

Cuando Ana abrió la puerta y vio a Lorenzo con Daniela mostró una sonrisa radiante. Él las presentó. Bienvenida, dijo Ana y luego pareció avergonzarse cuando Lorenzo explicó que Daniela ya llevaba casi tres años en España. Lorenzo quiso así dejar claro que no iba a tolerar un trato especial hacia Daniela. Cuando Marta preguntó a Daniela de forma vaga durante la cena, cómo te van las cosas, él se vio forzado a interrumpir, no esperéis una historia trágica de esas del telediario, Daniela comparte piso con unas amigas y tiene un trabajo estupendo. No me quejo, añadió ella. ¿De qué trabajas?, le preguntó Lalo. Cuido un niño de ocho meses, y antes de que Marta o Lalo pudieran añadir algo, Lorenzo ya explicaba que Daniela trabajaba en el piso encima del suyo.

Los amigos de Lorenzo esmeraron su tacto. No acosaron a Daniela con preguntas y menos aún al comprobar que Lorenzo prefería mostrarse agresivo por anticipado. Bromearon con la comida y con un par de noticias perfectas para una conversación inane. En espaciadas preguntas, alguien interrogaba a Daniela sobre su familia, su ciudad de origen o si echaba de menos su país. Para satisfacción de Lorenzo, eran sus amigos los que se mostraban más tensos ante Daniela. Y fue al preguntar Lalo si pensaba viajar pronto a su país cuando Lorenzo se vio urgido a aclarar, no puede, aún no tiene papeles.

Es una sensación extraña, explicó Daniela, como si estuvieras en una jaula con las puertas abiertas, pero de la que no te atreves a salir. Me encantaría viajar para ver a mi mamá, pero sé que no podría volver a entrar.

Bueno, parece que ahora va a haber una legalización, dijo Óscar. ¿Tú crees?, le corrigió Ana, yo creo que a la gente le interesa que sigan trabajando sin papeles, salen más baratos.

Pero Lorenzo mantiene la vista clavada en sus amigos. Daniela no se muestra cohibida. Después de un inicio algo tímido, se atreve a preguntar a Marta por el trabajo de psicóloga infantil. Se había vestido con unos vaqueros elásticos que se ajustaban a sus muslos poderosos. Lorenzo le posa la mano con delicadeza sobre el derecho. Ella baja la mano y acaricia la de él, pero no se demora demasiado, vuelve a colocarla sobre la mesa y él la retira. Lleva una camiseta naranja pegada al cuerpo que destaca eléctrica entre la

decoración más bien discreta. Daniela no prueba el vino por más que Lalo insiste, es un Priorato maravilloso. No, no, no tomo alcohol. Lorenzo en cambio se rellena la copa.

Óscar y Ana se muestran encantados con el cambio de casa. Tienen más espacio. Lorenzo les cuenta que Sylvia tiene un novio, el otro día lo trajo a casa a comer. Parece un chaval muy majo. Pero, claro, imagínate el trago. Es increíble, les explica Marta con tono profesoral, ahora se han acelerado todos los comportamientos sexuales, los chavales soportan una presión tremenda, tenemos casos de chicos y chicas que con doce años tienen, por ejemplo, una dependencia de la pornografía, y luego están los medios de comunicación, que les fuerzan a sentirse activos sexualmente. Se les ha acelerado la vida. Es una cosa social. Qué lástima, comenta en voz muy baja Daniela. Nadie la contradice.

Llamé a Pilar para contárselo, informa Lorenzo. Le fastidió enterarse por mí de algo tan cercano a Sylvia. Pues que no os hubiera abandonado, interrumpe Daniela. Ha disparado la frase con una calmada agresividad que sorprende a todos. Le sigue un espeso silencio. Lorenzo les habla de Pilar. Está bien, bueno, ya sabéis, encantada con lo de Zaragoza. ¿Tienes más familia aquí?, pregunta Óscar para tratar de reorientar la conversación hacia Daniela. Sí, una hermana, vino antes que yo, pero no nos vemos casi, vive cerca de Castellón. Ella tiene una vida que a mí no me gusta demasiado.

Nadie indaga más, todos se retraen al percibir la dureza de los juicios de Daniela. Un rato después la conversación gira ajena a ella y Lorenzo anuncia que se marcharán temprano. Hace un instante ha ido al baño. Está algo bebido y le molestan las hemorroides desde hace días. No aguanta sentado tanto tiempo. Ha percibido la incomodidad de la situación, como si Daniela tuviera que pasar un examen. Enfadado, mea fuera de la taza, manchando todo alrededor. Luego se avergüenza y trata de recogerlo formando bolas de papel higiénico que frota por el suelo antes de dejarlo pringoso y sucio.

Un rato después se ponen en pie y comienzan las despedidas, los encantados de conocerte, a ver cuándo nos vemos de nuevo, nos llamamos. En el ascensor, que aún desprende olor a nuevo, Lorenzo y Daniela callan hasta que ella dice no les he gustado.

Tampoco a ti te gusta gustar, le responde con una sonrisa Lorenzo. Ella se

queda pensativa.

Lorenzo se resiste a llevarla a casa cuando suben a la furgoneta. Aún es pronto, seguro que conoces algún sitio para tomar algo. Daniela cede, le dice que hay salsa todas las noches de sábado en un local que frecuentan sus amigas. Lorenzo arranca y se dirige hacia la zona. Es un lugar en la calle Fundadores. El tráfico es denso a esa hora, el atasco de los sábados por la noche. Le cuesta dar varias vueltas a la zona antes de encontrar un hueco sobre la acera.

El local se llama Sesaribó. En Quito hay una salsoteca que se llama igual, le explica Daniela. Sesaribó era un dios hermoso que nadie podía tocar y el que lo tocaba moría, al parecer un indio se enamoró de él y se atrevió a tocarlo. Murió en ese mismo instante. Con la piel del indio hicieron un tambor y de él dicen que nació la música. Lorenzo asiente mientras camina, qué leyenda tan bonita.

En la puerta hay dos mulatos musculados que observan la calle como si fuera territorio enemigo. Hay algunos hombres cerca que rondan la entrada no se sabe si porque acaban de salir del local o porque no les permiten el acceso. Lorenzo y Daniela llegan hasta la entrada y les abren paso. El tiene que pagar, ella entra gratis. Casi en el umbral uno de los tipos cachea a Lorenzo con rapidez, desde las axilas hasta los tobillos. No sé si te va a gustar, pero es donde me traen alguna vez, le dice Daniela mientras bajan hacia el magma de música, humo y cuerpos en movimiento.

Apenas hay espacio, pero Lorenzo y Daniela consiguen avanzar hacia la barra lateral. La música es atronadora. Voz sobre caja de ritmos, un lloro sobre amores traicionados. El estribillo es repetitivo. Las parejas bailan, a veces sin rozarse con las manos, pero en contacto sus muslos, las rodillas, los pliegues de su cuerpo. Los hombres posan una mano en el final de la espalda de ellas para acercarlas más a sus cuerpos. ¿Es así en Ecuador?, y ella asiente por encima del ruido.

Daniela toma un zumo de bote con un hielo en vaso largo. Lorenzo pide una cerveza. ¿Nacional?, le pregunta el camarero. Lorenzo se encoge de hombros. Club Verde, Club Café o Brahma. Club Verde, dice por fin. No es el único español en el local como ha pensado al entrar. Se consuela al ver algún otro que baila y un par de mujeres cerca de la barra central. Lorenzo trata de

hablar con Daniela y para lograr hacerse entender acerca tanto la boca al oído de ella que roza los aros de los pendientes. No dice nada relevante, quizá algo como esto es una sauna. Luego comienza a seguir el ritmo de las canciones encadenadas. Para él todo es salsa, sin más. Aunque escucha a Daniela explicarle en cada canción si es una bachata, una cumbia, un ballenato o sólo merengue. No tiene sentido permanecer en el lugar sin bailar y Lorenzo conduce a Daniela hacia la pista.

Se sorprende de que ella no muestre oposición. Al contrario, rápido deja que el movimiento de sus hombros se acompañe con el de sus caderas y rodillas y permita que la música se apodere de ella. Levanta los brazos en el aire y gira moviéndose alrededor. Lorenzo se siente envarado ante el movimiento de ella y trata de bracear y menearse. No supera el ridículo hasta que se aferra a la cintura de Daniela. Ella se despeina con las manos y marca el compás.

La letra de las canciones insiste muchas veces en lamentos como ay, ay, ay o dale ritmo. Hay un animador con micrófono situado en un lateral de la pista. Jalea a los clientes, déjense llevar por la sensación, y multiplica las eses de la palabra hasta enroscarla como una serpiente a un árbol. Las ropas ceñidas de las mujeres y las camisas desabotonadas de los hombres son mayoritarias.

Lorenzo siente ahora los senos de Daniela contra su cuerpo. Los muslos de ella dominan el cimbrear de ambos. Lorenzo querría besar a Daniela aprovechando el lugar, pero sus rostros no están cerca. Más bien tiene que emplearse para guardar su erección inesperada, encoge la ingle cuando ella le roza con sus caderas. Detenerse en mitad del vaivén sería como lanzar un grito en un templo. Le basta con notar que Daniela no desprecia sus roces ni sus acercamientos, pese a que las manos de Lorenzo están fijas sobre sus caderas desde hace rato.

Recuerda que la última vez que bailó fue en la boda de unos amigos, con Pilar. Y era más una mofa del mismo baile.

A ella no le gustaba bailar, tampoco a él. Escuchaban música muchas veces, pero bailar jamás. Su amigo Paco decía que bailar era la orgía de los pobres, pero lo hacía con el mismo desprecio clasista con el que afirmaba que hacer el amor era de proletarios y que él prefería que se la chuparan. Follar es un trabajo; que te la chupen, un lujo. Convivir con una mujer es una condena;

seducirla, un pasatiempo. Tener móvil es cojonudo si eres el jefe y una putada si eres el empleado. Nuestro punto de gravedad no está en el cerebro, sino en la polla. Ésas eran las frases de Paco, su manera de hablar. Rotunda y sarcástica. Solía decir dale una patada a un perro abandonado y volverá por otra. Y Lorenzo siempre sintió en secreto que aquella frase le estaba dedicada a él, a su amistad.

¿Pero por qué pensaba ahora en él? ¿Y en Pilar? Sí, sentía que ambos despreciarían su ridícula estampa, que se mofarían de su sudor y de su compañía. Los perros callejeros piensan que una patada es una caricia, eso le diría Paco de su relación con Daniela. Como una voz de la conciencia cínica y provocadora se limitaría a decirle atrévete a contarle la verdad, sólo quieres follártela. Puede que ninguno de los dos, Paco con su cálido desprecio y Pilar con su exigencia fría, comprendan que ahora me pueda sentir feliz.

Mejor nos vamos, dice Daniela. Lorenzo se separa de ella y se deja guiar hacia la salida. Las escaleras también estaban repletas de gente. Traen ganas de farrear, dice ella. El trance general queda atrás cuando reciben el frío de la calle sobre su sudor. No se dicen nada y caminan hacia la furgoneta.

Lo he pasado muy bien, hacía tiempo que no bailaba, le dice Daniela cuando llegan a su portal. Lorenzo la detiene antes de que baje, sujetándola sin violencia por la muñeca. Déjame subir y dormir contigo. Daniela levanta la cara hacia él, sin sonreír. La expresión de los ojos no es grave, sino indulgente. Hoy no. Salta fuera de la furgoneta y antes de cerrar la puerta pregunta, ¿te veo mañana? Si tú quieres, responde él. Daniela asiente, sí quiero, y corre al portal, desde el interior despide a Lorenzo con un gesto de la mano. Hoy no, piensa él, la expresión sonaba a ineludible victoria aplazada.

Conduce despacio hasta su casa. No le es difícil encontrar sitio. Las calles están dormidas en la zona. Apenas algún bar a deshoras o locales turbios con neones baratos. A la mañana siguiente acudiría a la misa y se acomodaría junto a Daniela para oírles cantar, pero recordaría bien los movimientos de ella durante el baile, la lujuria desatada de su cadera.

En casa se asoma al cuarto de Sylvia y la ve dormir boca abajo, abrazada a la almohada, la ropa en desorden. Estos días la encuentra adulta, demasiado crecida para su edad. Eso le entristece. Quisiera poder protegerla siempre, pero se va lejos, donde él ya no podrá seguirla. En la cama trata de

masturbarse con denuedo, pero no lo logra y al cabo de un cuarto de hora abandona su polla medio eréctil enrojecida por la fricción furiosa y se duerme con la boca seca y un denso olor a humo de tabaco en el pelo, la cara y las manos.

8

Ariel oye a Sylvia pagar al mensajero que ha traído las *pizzas* y las cervezas. El chaval echa una ojeada a espaldas de ella y al ver el piso vacío pregunta con inocencia, ¿eres okupa o tienes alergia a los muebles? Sylvia se ríe. Es colombiano. Un poco las dos cosas, ella responde. Sylvia reaparece en el salón y Ariel le pregunta ¿qué te dijo? Ella se lo cuenta. Trae las latas de cerveza en una bolsa de plástico. Su cena, señor propietario. Y le devuelve el cambio. Pusieron servilletas, qué detalle. Se han sentado en el suelo, la madera cruje acompañando cada uno de sus movimientos. La casa habla, dijo ella al entrar.

Ariel tiene las llaves desde una semana atrás, pero hasta hoy no ha ido a ver el piso con Sylvia. Desde la terraza contemplaron un atardecer violeta tras los edificios. Un cielo espectacular, dijo él. Esta mañana llovió, le explicó ella, y cuando llueve los atardeceres en Madrid son limpios. Ariel la sujetó por la cintura y la besó en los labios. Pensé que no me ibas a traer nunca, le dijo Sylvia señalando el piso. Esta semana casi ni nos vimos. Sylvia se dejó caer hacia una esquina de la terraza. Se asomó hacia la calle. Fue entonces cuando él propuso pedir una *pizza* y cenar allí mismo.

Ariel sabe que él se demoró a propósito antes de traerla al piso. Espera que lo decoren, me han recomendado a una chica que se lo ha decorado a varios en el equipo, fue la única explicación que le dio días atrás. Típico, te compras un piso y te lo decora una pija especializada en casas de futbolistas. Pero Ariel no quería que Sylvia entendiera la compra del piso como un compromiso entre ambos. Sabía que era injusto, pero evitaba malentendidos.

El fin de semana pasado se alegró de jugar fuera, de viajar a Valencia. Marcó el gol del empate frente al equipo local y eso les empujó a buscar la

victoria en los minutos finales. Ariel no celebró el gol mordiéndose un mechón de pelo ni encontró un mensaje de Sylvia en su móvil al terminar el encuentro. Les dieron la noche libre en la ciudad y aprovechó para salir con los compañeros del equipo. Cenaron paella en los reservados de un restaurante junto a la playa y luego los llevaron a una discoteca conocida. Allí los sumergieron en una cabina desde la que se veía la pista de baile repleta, pero ajena al agobio. El dueño del local les ofreció chicas, pero Amílcar advirtió a los más íntimos, ojo, que aquí lo graban todo. Si queréis putas lleváros las al hotel.

Pese a las advertencias, diez minutos después el reservado estaba lleno de risas disonantes. Las chicas se dividían en grupos, son muy majas dijo el dueño, dejando claro que no se trataba de profesionales. Ariel habló con una que dijo llamarse Mamen y que después de una cortísima conversación sobre la nada dejó caer un ¿sabes?, me lo estoy pasando megabién. No parecía tener otra ocupación que sostener su rizo rubio tras la oreja y exhibir el bronceado uniforme y excesivo. Yo creía que los argentinos erais más habladores, le dijo en otro momento. Él sonrió, sólo con nuestro analista. Los que venís de países pequeños debéis alucinar con la superpasión con la que vivimos aquí el fútbol, ¿no? Ariel se sintió estremecer. Amílcar lo rescató para acompañarlo al baño. Allá estaba terminando de orinar el lateral derecho. ¿Qué tal la tuya? Demasiado tonta, respondió Ariel. Las tontas me ponen, ¿a ti no?, le dijo antes de empujar la puerta y regresar con entusiasmo al reservado.

Mira, para que yo me folle a una de esas guarras tendría que estar pasadísimo, le dijo Amílcar. Bueno, tu mujer es una preciosidad, le respondió Ariel. Es lo que tienes que hacer tú. Búscate una chica honrada que te ate corto. Ahora con la pasta que ganamos siempre vas a tener a alguna revoloteando, pero no interesa, es perder el tiempo. Yo llevo quince años jugando, si no hubiera llevado la vida que he llevado ahora estaría penando por ahí o retirado.

Ariel se alegró, al volver al reservado, de que su chica estuviera hablando con otro compañero. Algunos habían bajado a la pista a bailar reggaetón. Se sentó junto a Amílcar y conversaron con sarcasmo acerca de sus compañeros. A uno de ellos le había pillado su mujer en la cama con la muchacha que cuidaba a los niños. Lo había echado de casa.

Al día siguiente regresaron en tren, la mayoría adormilados, con resaca. En la salida de los andenes se congregó la gente para pedirles autógrafos, tardaron casi media hora en alcanzar el autobús. De camino al estadio, Ariel miró la cola formada a esa hora de la mañana del domingo frente al museo del Prado. Llevo seis meses en Madrid y aún no he visitado el museo, se dijo. Se propuso hacerlo aquella misma semana.

La tarde la pasó encerrado en casa, se dejó caer por allí Ronco. Vieron en televisión el partido que cerraba la jornada. Ronco puso la radio para acompañarlo. Al principio trabajaba en la radio, retransmitía partidos. Pero con esta voz, joder, llamaba gente a protestar todo el rato, que quiten al afónico ese. Yo sigo pensando que podía haber triunfado, un poco como el Tom Waits de la información deportiva, pero a la chusma le gusta que el locutor haga florituras y cante el gol con gorgoritos. Digo la chusma porque mi jefe en la emisora siempre llamaba a los oyentes la chusma, nos decía el tío, ahora pasadme otra llamada de chusma o esta noticia le va a gustar a la chusma, nos debemos a la chusma, no podemos fallarle a la chusma, la chusma quiere espectáculo.

Después del partido de la liga argentina, Ariel llevó a Ronco a la ciudad. Te ha dado un ataque de nostalgia, le dijo Ronco al verlo callado, no deberías ver los partidos de tu tierra. La verdad, a veces me pregunto qué coño hago aquí. Dinero, tío, ganar mucho dinero, ¿te parece poco? Más dinero del que podías soñar cuando sólo eras un pibito del Río de la Plata. A Ariel le divertía el disparatado acento argentino que impostaba Ronco.

Gira, gira por esta calle, verás qué estampa. Ariel obedeció y avanzó por una calle cuya acera está poblada de norteafricanas que se ofrecían en ropa interior. Ve más despacio, que no las veo bien, le pidió Ronco. Acojonante, ¿verdad? Algunas se acercaban al coche o dirigían gestos, las más atrevidas salían al encuentro y se interponían ante la luz de los faros. Para, para, gritó Ronco, ésa es guapísima. Ni hablar, no me jodas. Tío, si por veinte euros nos hacen una mamadilla, insiste Ronco. Ariel empezó a pensar que no hablaba tan en broma.

La mayoría de las chicas lucía un tacón imposible que golpeteaba sobre el asfalto. Ese desprecio tuyo por las putas sólo puede significar una cosa, le dijo Ronco cuando ya abandonaban la zona, que estás enamorado. Pero qué

dices, eludió Ariel. Estás en ese extrañísimo momento en la vida de un hombre en que el corazón manda sobre la polla, a mí creo que no me ha ocurrido nunca, ¿y cómo es?, ¿es bonito? Ariel sonrió ante las bromas de Ronco. Eres un reboludo de mierda, cállate de una puta vez.

De vuelta a casa Ariel recordó que también un domingo, cuando conducía solo por la ciudad, había atropellado a Sylvia. Se convenció de que sería capaz de no llamar a Sylvia en días, de dejar que se enfriara su relación hasta que ella misma se diera cuenta del imposible. Ella es fuerte, se dijo, lo entenderá.

El lunes le llamó Arturo Caspe para arrastrarle a una cena, se entregan los premios de una revista, necesitan gente famosa. Le sentaron a la mesa con un escritor de éxito y un presentador de televisión que trató de seducir a una joven modelo. La chica sonreía divertida y lanzaba miradas de socorro hacia Ariel. Éste jugó el papel de tímido y callado. Le tocó entregar un premio a una nadadora alta y divertida con la que luego charló un rato. Terminada la cena acompañó a Caspe y su grupo, la mayoría actores o gente de televisión. Entraron en un bar detrás de Callao y allí coincidió de nuevo con la joven modelo. Se acodaron en la barra. Ella era simpática y fumaba sin parar. Se llamaba Reyes. Ariel apretó el acelerador. La chica conocía Buenos Aires y tenía amigos allí. Después de un rato de conversación, Ariel le preguntó si quería que fueran a otro sitio más tranquilo, tú y yo solos. Ella sonrió soltando el humo del cigarrillo y le dijo aunque no te lo creas, tengo un novio que me gusta mucho y no me apetece irle engañando por ahí, ni siquiera con chicos con un lunar tan bonito como el tuyo. Ariel encajó el golpe, bromearon un instante y luego ella le dejó a solas rumiando su fracaso con alguna bebida antes de volverse a casa y despedirse del grupo de Caspe. Estaba de mal humor, le avergonzaba haber recibido la frase de la chica. Fue una oportuna respuesta a su torpeza y su falta de elegancia. Ariel pensaba en su incapacidad para acceder a otros tipos de chicas que no fueran águilas nocturnas. Quizá Sylvia sea la única chica normal que se le ha cruzado desde que llegó a Madrid.

El miércoles jugaron un partido de competición europea. Y aunque se celebraba en Madrid, el entrenador prefirió concentrarlos desde la víspera en un hotel. Empezaba la fase clasificatoria y el equipo alemán era un clásico de

la competición. El lunes no llamó a Sylvia, tampoco el martes. El miércoles ella le envió un mensaje, «suerte esta tarde». Era más expresivo lo que callaba que lo que decía, solía ocurrir. «Gracias, he tenido unos días muy liados, te llamo», le respondió él.

Ariel jugó mal. Le fue casi imposible desbordar a los laterales alemanes. Jugaban muy atrás, con poquísimo espacio entre líneas, convencidos de que un empate sin goles era un resultado buenísimo. Hacía un frío seco sobre el césped, no me extrañaría que nevara, dijo un veterano cuando llegaban al estadio en el autobús. A Ariel lo cambiaron cuando aún faltaban veinte minutos y el estadio silbó su trote hasta la banda. Suerte, le susurró a su compañero. Pero no la hubo. Volcados sobre la portería alemana, ellos supieron sacudir un contraataque con un balón rapidísimo, desbordar al único central retrasado y marcarles un gol sin tiempo para la reacción.

Volvió a casa con un fuerte golpe en la rodilla. Al día siguiente apenas se entrenó. Se tumbó en la camilla y el masajista más veterano del equipo le roció de ungüentos mágicos la zona afectada. Le frotaba con manos marmóreas. Hasta entonces le habían tratado sus ayudantes, por más que Amílcar le decía, no dejes que ninguno de los jóvenes te ponga la mano encima, el viejo es un mago.

Hablaba mucho, pero era relajante escucharle. Conocía historias de todas las épocas. Llevaba casi treinta años en el club, una institución. De joven había aprendido de un masajista gallego que elaboraba recetas propias con hierbas, aceites y raíces. Algunas las seguía aplicando. ¿La vida te va bien?, le preguntó a Ariel, de pronto. Eso es lo más importante, el juego no funciona si la vida no funciona. ¿Estás contento aquí? ¿Te has integrado bien? ¿Te duele cuando aprieto ahí? No parecía esperar respuesta a sus preguntas. Tienes buenos tobillos, eso es importante, el tobillo se carga mucho en los delanteros. ¿Has calculado la cantidad de patadas en los tobillos que te puedes llevar en una carrera de diez años por ejemplo? Unas veinte mil. Imagínate ahora que te las dieran seguidas, veinte mil patadas en los tobillos. Mucha cama elástica, eso es lo que tenéis que hacer, pero al míster le da miedo que os lesionéis saltando y se lo coma la prensa al día siguiente. ¿Tienes chica? ¿Estás con alguna española?

Bah, no sé, se evadió Ariel. Hay alguien pero lo estamos dejando, lo

tomamos con calma.

Las mujeres son un lío. Pero uno necesita alguien que le quiera, que le hable, que le ayude a llevar la soledad. Es curioso, pero cuando tienes a setenta mil personas mirándote cada tarde, luego es muy fácil sentirse solo, ignorado. Coño, eso es un veneno. Hay que ser fuerte. Aquí en esta camilla no habré escuchado yo historias, joder. Y luego me vienen a ver, mira hay chavales a los que he visto hacerse hombres aquí y torcerse también, aquí se tuercen muchos y algunos que eran de un metal bien noble. Esa pitada que te dieron ayer, eso duele y hace daño, te lo digo yo. No tengas miedo a reconocerlo, eso jode a cualquiera, pero es la ley. Hay que levantar la cabeza, desafiante, no te vengas abajo ahora.

Sí que jodió, sí.

Mira, esto del fútbol es como viajar en tren. Vas sentado de puta madre y por la ventanilla ves pasar el paisaje y no te aburres nunca. Hasta que llegas a la estación, te bajan y se sube otro en tu lugar. Va muy deprisa. ¿Has ido a los toros ya? Tienes que ir a los toros. Ahí se aprende mucho de fútbol. Es igual. Aquí argentinos hemos tenido unos cuantos. Ya se me van los nombres, yo no soy de nombres. Me dicen ¿cómo era no sé quién?, y no me acuerdo. Porque yo aquí hago mi trabajo, pero no trato con el futbolista, trato con la persona.

Ariel salió con el tobillo desentumecido por el masaje. Se sentía consolado, envuelto por el torrente de palabras. Hacía tiempo que alguien no le hablaba tanto rato, con ese tono seco español. Desde el coche llamó a Sylvia pero ella no contestó. Era hora de clase. Seguro que está enfadada. Si me fuera de España ahora mismo, pensó, sólo me quedaría su recuerdo. Sylvia sentada a su lado en el coche, regresando hacia la ciudad alguna noche. Esa sonrisa fatigada y limpia.

Comió en casa de Amílcar. La conversación en ese español deshuesado que hablan los portugueses le resultaba dulce, sin erres marcadas ni jotas. Se dijo que Amílcar había tenido suerte con Fernanda y les forzó a contar cómo se habían conocido. Él la había llamado con insistencia tras conseguir su teléfono por una amiga, pero ella se resistía. La invité a cenar, a comer, al cine, a conciertos, pero nunca quiso acompañarme. Estuve a punto de tirar la toalla, explicaba Amílcar. Hasta que un día la llamé y le dije oye, toma mi teléfono y haremos una cosa, yo no te volveré a llamar nunca, pero tú cuando

te apetezca me llamas. Me da igual si es mañana, el mes que viene, el año que viene o dentro de treinta años, te juro que te estaré esperando. Sonaba bonito, dijo Fernanda interrumpiéndole. Tendría que haber esperado treinta años a ver si era verdad. Por desgracia le llamé una semana después. Una semana. ¿Te lo puedes creer? Me tenía desesperado, admitió él. Ella sonrió coqueta. Me engañó, se justificó Fernanda, como hacéis todos, sacó su mejor cara, me enseñó su mejor lado y luego no veas lo que te cuesta volverlo a encontrar, a veces hasta te crees que estás con otra persona diferente a la que te cortejaba, como si te hubieran dado el cambiazo.

Esa noche, solo en casa, entre músicas y películas que no terminaba de ver porque no lograba concentrarse, Ariel supo que llamaría a Sylvia. Lo hizo aunque era tarde y ella contestó con voz soñolienta. Mañana voy a ir al Prado. Tengo clase, le dijo ella. Vaya. Qué pasa, ¿te has vuelto un intelectual en estos días? No, llevo mucho sin verte y necesito mirar alguna obra de arte. Siempre te salen frases muy bonitas, dijo ella sin sonreír al otro lado del teléfono.

¿Adónde? A la salida del entrenamiento le confesó a Osorio que iba al Museo del Prado. Los argentinos sois todos unos maricones de la hostia. Ariel se reía mientras entraba en el coche.

Ariel paseó sin orientarse por las salas del museo. Estudió un largo rato *El jardín de las delicias*, de El Bosco, que estaba al fondo del pasillo central. Luego acercó el oído a un hombre que guiaba a un grupo de escolares. La «vera figura», era la manera de definir el retrato en la época. La mayoría de los grandes pintores trabajaban a sueldo de sus señores y tenían la obligación de retratar a la nobleza, a las damas de la corte con su mejor técnica. Pero Velázquez salió de allí para dar suelta a su talento desbordado. Mirad por ejemplo este retrato de Pedro de Valladolid. Guió a los muchachos hasta la pintura cercana, Ariel los acompañó unos pasos por detrás. El arte español, en todas sus facetas, escuchó Ariel, ha destacado por ser capaz de contar al tarado, al loco, al excéntrico. La representación del país a partir de su cara más negra y tarada es un hallazgo profundamente español.

En la sala de Goya, Ariel ve por fin las pinturas originales que tantas veces ha visto en reproducciones que no les hacen justicia. *Saturno devorando a sus hijos*, *La lucha a garrotazos* o *El perro enterrado en la arena*. Luego descubre un cuadro llamado *El aquelarre* y permanece un largo

rato contemplándolo, como si fuera un *Guernica* pintado más de cien años antes. No sabe por qué, pero se corresponde con la visión que a veces tiene del graderío, le recuerda la masa que conforma en ocasiones el público. El grupo de estudiantes le atrapa de nuevo, acompañado por la explicación del profesor, y destilado de Velázquez y el Greco nos llega la más certera mirada sobre nuestro país, que es lo pintado por el aragonés Francisco de Goya.

Los alumnos comenzaron a perder interés por la explicación. Un grupo de ellos reparó en Ariel y lo rodearon con los cuadernos abiertos. Había alumnos con granos, otros obesos, alguno con la sonrisa y el rostro deformado por el crecimiento. ¿Y qué haces aquí?, ¿hoy no entrenáis? El profesor se acercó hasta el lugar y sin autoridad pero con eficacia los disgregó. Basta, ¿no veis que éste es un lugar privado? A ver si aprendéis a respetar a la gente. Lo siento. Ariel le agradeció con una inclinación de cabeza. Compréndalo, tiene algo de disparatado encontrarse a un futbolista en un museo.

Estuvo a punto de pedirle permiso para acompañarles en el resto de la visita, pero arreciaban las risas gallináceas de los chavales y prefirió alejarse. Frente a los rizos de la dama de Santa Cruz, ante su desnuda piel blanca, acariciada por la luz y transportada al lienzo por el deseo, frente al culo perfilado y rasgado en maravillosa armonía, Ariel pensó en Sylvia.

De pronto un revuelo, los chavales parecían desmadrados. Ariel se asomó desde la sala contigua. Una de las alumnas se había desmayado, entre varios la posaron en uno de los bancos de descanso. El profesor repetía, aléjense, aléjense. Se acercó hasta allí una mujer que se identificó como médico. Al ver que Ariel se interesaba, un par de chicos se acercaron a él. No, no pasa nada, es que está anoréxica.

Al salir llamó de nuevo a Sylvia. Quedó en recogerla tres horas después cerca de su casa. Por el paseo el viento ligero le empujaba el pelo hacia atrás al caminar y parecía acariciarlo dándole placer. Había que evitar la mirada de quienes lo reconocían porque al primer autógrafo le seguirían otros. El primero era el fundamental para evitar el resto.

Compró el *Clarín* en el kiosco de Cibeles. Subió hasta un restaurante cerca del Retiro y comió solo en su mesa. A un jugador argentino de un equipo inglés le habían robado en su casa de un barrio lujoso de Londres a punta de pistola y habían amenazado a su familia. Un viñetista bromeaba en una tira

alusiva: «Mirá vos que venirme tan lejos con lo bien que te asaltan en mi país». Ariel sonrió. Luego leyó la acumulación de deprimentes opiniones sobre el estado del país. Cuando fue a pagar se negaron a cobrarle, la casa le invita, es un honor, vuelva cuando quiera. Caminó hacia el aparcamiento. Reclinó el asiento y en la oscuridad del lugar trató de dormir una corta siesta con la música a volumen reducido.

Recogió a Sylvia en el lugar acordado. La frialdad inicial les impidió besarse. Mi padre puede salir en cualquier momento. Ella sonrió y él arrancó el coche para alejarse del lugar. Hablaron un rato de su visita al museo. Le contó el desmayo de la chica. Sylvia se encogió de hombros, en el instituto Mai y yo siempre vamos al váter de chicos porque el de las chicas está vomitado entero, hay una legión de anoréxicas y bulímicas, es una plaga. Ariel conducía sin sentido. Creo que por esta calle ya hemos pasado antes, dijo ella. ¿Dónde te apetece que vayamos?, preguntó Ariel. Entonces fue cuando él propuso ir al piso recién comprado. Ella ocultó cualquier rasgo de entusiasmo. El tráfico era lento y denso a esa hora.

Aunque hace frío y la madera del suelo multiplica la gélida atmósfera de la casa vacía, la piel desnuda de Sylvia abrasa de calor. Se han desnudado con desorden. Los rizos de Sylvia rozan el pecho de Ariel. Han hecho el amor entre los abrigos y el resto de ropa amontonada. Ha sido como bautizar la casa nueva. Las piernas desnudas de ellos se entrelazan. Sylvia se pone el jersey de él. Ahora se abrazan y no parece que importe demasiado la ausencia de hogar alrededor. Han creado su propio nido. Dentro de un rato volverán a sentir el frío.

9

La nieve cae sin cuajar a lo largo del paseo junto al río. El reloj del enorme edificio en la orilla opuesta marca casi las cinco. Sylvia aprecia el tejado inclinado de una pequeña construcción, casi como una casa del Tirol. Ariel acaba de enlazar sus dedos entre los de ella. Ayer llevabas guantes, le dice Sylvia. Estabas muy divertido, con los guantes de lanita, como una abuela. Hacía un frío increíble. A mitad de partido Ariel se los quitó y los lanzó al banquillo, recordó una frase que repetía el Dragón cuando eran chicos, gato con guantes no caza ratones.

Sylvia había llegado a Munich el día anterior por la tarde. Tomó un taxi hasta el Hotel Intercontinental y en la recepción le entregaron la llave de la habitación doble. Un empleado insistió en subir su minúsculo bolso de viaje y se vio obligada a compartir el ascensor con aquel hombre que le recompensaba con una sonrisa amable por batir el récord del equipaje menos pesado en la historia del hotel. Ella trató de ocultar el nerviosismo bajo una cara de indiferencia. No dio propina al mozo, que se demoró en irse, enseñándole los obvios mecanismos de funcionamiento de la habitación. Sólo falta que me enseñe a apretar los interruptores de la luz, pensó Sylvia. La habitación era luminosa, forrada de madera, con una cama de matrimonio con dos edredones de plumas para cada mitad. Los alemanes han resuelto el problema de las parejas que se roban el uno al otro la manta durante la noche. Se dio un baño caliente durante largo rato, con los auriculares en los oídos, envuelta en vapor, los ojos cerrados. Ariel llamó para saber si todo había ido bien. Ella le dio el número de habitación. 512. Te espero aquí, no salgo. ¿Dónde estás? En el autobús, camino del estadio.

Sylvia vio el partido por televisión. Ariel parecía contagiado del frío

ambiente hasta bien avanzado el juego. Sylvia lo miraba tumbada a lo largo en la cama. Se pidió un sándwich en el descanso. El camarero que subió hasta el cuarto le entregó unos folletos que proponían un descenso en balsa por el río Ysar. Le explicó algo en inglés. Ella dijo ¿no hace demasiado frío?, y él le explicó habrá cerveza y salchichas.

Llamó a su padre. Ya le había advertido que no pasaría la noche en casa. ¿Estás viendo el fútbol? Sí, dijo él. ¿Y cómo van? A cero, pero si apretamos les ganamos. A Sylvia, por lo que llevaba visto, le pareció un comentario más bien optimista. Suerte, dijo Sylvia antes de despedirse.

Ariel se había encargado de todo. El billete electrónico a su nombre en el aeropuerto, la reserva de hotel. Si quieres te mando un conductor a la llegada con un cartel que ponga tu nombre. Prefiero un taxi. La versión oficial que dio a su padre es que se quedaba en casa de Mai para preparar un examen importante. ¿Nada de novios? No, no, me da pereza volver, sólo eso. Mai, en cambio, había exigido más explicaciones que su padre.

Fueron los alemanes quienes apretaron en el segundo tiempo. Estamparon un pelotazo con tal fuerza en el travesaño que la portería pareció quebrarse durante un segundo. En cinco minutos lanzaron siete saques de esquina sobre el área visitante. En el rechace de uno de ellos, el balón llegó despedido hasta la posición de Ariel, único hombre en punta. Se lanzó a la carrera, la larga cabalgada no se terminó cuando un primer defensa se fue al suelo, sino que Ariel supo esquivarlo. Sylvia se abrazó a la almohada con fuerza. Vamos, gritó, sujetando la voz para no alarmar a las habitaciones vecinas. Vamos, vamos. El balón se le fue un poco largo a Ariel en el regate, lo que animó al portero a salir del área pintada en el verde. Pero Ariel fue mucho más veloz y tocó la pelota lo justo para ponérsela fuera de alcance. El portero no lo dudó, había salido hasta el borde de su área para esperarlo y derribó a Ariel de manera brutal, se lanzó con todo el cuerpo contra su pierna de apoyo. Ariel se precipitó casi en una voltereta hasta dar contra el césped. Sylvia mordió un mechón de pelo entre los labios.

El portero fue expulsado antes de que Ariel se repusiera del golpe. Parecía dolorido. Ahora se lo llevarán al hospital con una pierna rota y me quedaré sola en esta habitación de hotel en Múnich. Es ridículo, pensó Sylvia. Pero Ariel se levantó y aún se recolocaba las medias cuando un compañero estrelló

el lanzamiento de falta contra los genitales de un jugador alemán que formaba barrera. El partido volvió a interrumpirse. El locutor español insistía en que el jugador había recibido un golpe fortísimo en la rodilla, cuando el tipo se retorció con las manos aferradas a su entrepierna. Sylvia luego le diría a Ariel, si te llegan a dar ese balonazo a ti ahora estarías con hielo en las pelotas, claro.

Nadie logró marcar, pero la carrera de Ariel fue repetida varias veces y quedó como la jugada del partido. Aunque no logró desequilibrar el marcador, había frenado el acoso alemán en tromba. Un golpe psicológico, decían los comentaristas.

Sylvia encontró un canal de vídeos musicales donde aparecían bailes pseudoeróticos de mujeres que enseñaban fragmentos autorizados de su perfecta anatomía y practicaban una sexualidad cosmética. Se adormeció. La habitación estaba caliente. ¿Cómo debería recibirlo? ¿Cuánto tardará aún? Se había puesto el albornoz blanco del hotel. Estaba desnuda debajo. El pelo aún húmedo del baño. Pensó vestirse, pero no lo hizo.

Ariel apareció casi dos horas después. Había dejado al equipo en el autobús, camino del aeropuerto. Tenía el permiso del director deportivo y el entrenador. Tengo familia en Múnich, me gustaría pasar la jornada de descanso con ellos. ¿Te apetece pasar un día en Múnich?, le preguntó a Sylvia días atrás. Luego le explicó el plan. Estuve una vez, es casi de cuento. Jugué allí con la sub-17.

Se abrazaron, se desnudaron, hicieron el amor. Ariel pidió algo de cenar y el mejor *champagne* disponible. A la tercera copa de la viuda Clicquot estaban sonrientes y relajados. Hay que acabarla, dijo él. Estaban sentados en la cama. Sylvia apoyada la cabeza sobre el vientre de él. Él le acariciaba el pelo. Ella sujetaba con el brazo la rodilla plegada de él. ¿Era cuento? ¿Qué? ¿Era cuento cuando te retorcías de dolor en el campo después de la falta que te hizo el portero? Bueno, había que conseguir que el árbitro lo expulsara. Finges bien, durante un rato estuve preocupada.

Antes de dormir hicieron el amor con lentitud. Alargaban los instantes como si no quisieran terminarlos. Después durmieron abrazados en un extremo de la cama, relajados por primera vez con toda la noche por delante, con permiso para prolongar el encuentro más allá del deseo inmediato y un horario

de regreso. Despertaron con él trajinar de la señora de la limpieza en el pasillo y el rumor del ascensor. Se miraron para encontrarse lo que nunca habían visto del otro. La cara de por la mañana, el despertar con ojos infantiles. Desayunaron de dos copiosas bandejas que les hicieron sentirse afortunados. Sylvia le leyó una frase del *Süddeutsche Zeitung* donde nombraban a Ariel. «*Die Spurts des argentinischen Linksfußes waren elektrisierend, er war zweifellos der inspirierteste Stürmer der Gastmannschaft*»^[1]. Lo hizo en un alemán imposible y ambos bromearon con las palabras. ¿Qué querrá decir? *Elektrisierend*, suena bien. Luego Sylvia dijo tengo una idea, ¿te apetece montar en balsa?

El recorrido lo comenzaron desde el embarcadero al que les llevó la minivan del hotel. En recepción contrataron el servicio. Sylvia se hizo entender con el folleto entre las manos. En la balsa había un calefactor de gas que irradiaba un clima aceptable gracias a un paraguas de calor. El río Ysar discurría plácido y pronto se vieron con dos jarras de cerveza rubia en las manos. Compartían los asientos con un grupo de americanos y una pareja joven finlandesa que no dejaba de beber. Había un tipo disfrazado de indio que cantaba canciones en alemán. Alguien freía unas salchichas y ofrecía comida a los invitados. De tanto en tanto, por las orillas del Ysar algún paseante levantaba la mano para saludarlos. Olvidé traer una cámara de fotos, dijo Sylvia. No tenemos ninguna foto juntos. El grupo de americanos se fotografiaba junto al remero y el cantante. Explica que es un cherokee del río Ysar, le tradujo Sylvia cuando le oyó hablar en inglés. El descenso duró casi una hora, fue agradable. Hacía un día de frío con sol. El último tramo se les hizo pesado. Sylvia bromeó con Ariel. No quería besarlo. Apestas a mostaza.

El coche del hotel los devolvió a la ciudad. Ariel y Sylvia pasearon. La calle no les resultaba hostil y su furtivismo habitual se relajó. Era una ciudad extraña y disfrutaban de ser ignorados. Al cruzarse con algún grupo que hablaba español hundían la cabeza y se fugaban por alguna calle lateral.

Ariel llevaba un gorro de lana enfundado hasta las cejas que tapaba su pelo y sus orejas. Nadie parecía reconocerlo entre los pocos paseantes que se cruzaban, jubilados que desafiaban el clima y la tempranera oscuridad. Pasaba gente en bicicleta y un perro husmeaba entre la hierba mientras su dueño escuchaba música. Sylvia no dijo nada, pero por primera vez en su relación

con Ariel descubrió la paz y la calma. La normalidad. El leve acento de él se había endurecido algo desde que vivía en Madrid. Le gustaba escucharlo hablar. Dejaron atrás el edificio con cúpula enorme de los viejos baños turcos y miraron el tranvía que rompía la calle. Sylvia ocultaba sus rasgos infantiles en un silencio inteligente. Ariel se subió de un salto al banco de la calle y dijo es un día precioso.

El avión sale a las ocho menos cinco. Puntual. Aunque abordan por separado sus asientos son correlativos. En primera. Ariel bromea, después del despegue, con ella.

¿Eres española? Sí, ¿y tú? No me lo digas, uruguayo... Buenos Aires. No es lo mismo. Eres futbolista, ¿no?, pregunta ella. ¿Tú estudias? Cuando puedo. Pues yo también soy futbolista cuando puedo. Me llamo Sylvia, se presenta ella, y le alarga la mano que él estrecha. Ariel. Como el detergente. Sí, me lo dicen siempre. Él tardó en soltar su mano suave. Cerca un ejecutivo los mira por encima del periódico. La azafata les sonríe y les ofrece algo de beber.

¿Y vives en Madrid? ¿No echas de menos tu país? A veces. Yo no conozco Buenos Aires. Pues deberías. A ver si un día me echo un novio argentino y me invita a ir... ¿Un novio argentino? ¿Qué pasa? ¿No me lo recomiendas?, Sylvia se finge alarmada. Hay de todo, supongo.

Continúan la impostura de su conversación como dos desconocidos. Sin saberlo, experimentan cierto placer en la simulación. Es como si todo pudiera volver a comenzar. La azafata le pide tres autógrafos para algunos pasajeros. Prefiero que no vengan a molestarte. A Sylvia le sorprende la cordialidad de ella. Le tranquiliza que no sea guapa ni joven. Ayer fuiste el mejor, le dice el ejecutivo al descender del avión. Gracias, no sirvió de mucho. Ariel y Sylvia se despiden en la cola de los taxis. ¿Seguro que tienes dinero?, le ha preguntado él en un susurro. Se suben cada uno a un taxi diferente. Sylvia y Ariel se sonríen a través de las ventanillas. Luego los coches se separan, se alejan. En la salida a la autopista toman direcciones opuestas. Son casi las once. En la radio del taxi alguien habla con timbre rencoroso sobre la escena política. Los edificios que rodean la ciudad son feos y caóticos. Hay un largo atasco antes de llegar a la Avenida de América. Al parecer un camión ha embestido a un coche detenido en el arcén. ¿En qué iría pensando?, pregunta en voz alta el taxista.

¿Eh?, y Sylvia levanta la cabeza. No sabe de qué le habla. En ese instante estaba recordando la mano de Ariel sujetando la suya cuando se saludaron como desconocidos en el avión. Elektrisiert, sí, definitivamente era una buena descripción.

10

Leandro vuelve de un barrio lujoso donde sería imposible escuchar esa radio distante que sale de una ventana, donde jamás una mujer como aquella que ahora asoma de un balcón sacudiría la alfombra de pelusas y suciedad como hace, donde en ninguna escalera se percibiría el olor de un guiso o el silbido de una olla a presión. El cielo era hoy una masa gris sobre la que se recortaban las cabezas de los edificios y las copas de los árboles. La luz del día era una sombra tamizada, sin sol. Leandro camina de vuelta a casa tras encontrarse con Joaquín.

Los periódicos del día estaban sobre la mesita. Había uno abierto por la página donde aparecía una entrevista con Joaquín. La foto le mostraba pensativo, apoyada la barbilla en la mano. El pelo revuelto, los ojos vivísimos. La foto le mejora, pensó Leandro. Era la viva imagen de una digna y atractiva madurez. Había llegado con puntualidad a la cita. Sube y así conoces el piso, le había dicho Joaquín cuando hablaron el día anterior. Eran las diez de la mañana y Joaquín hablaba por el móvil mientras Jacqueline ordenaba los restos del desayuno y se preparaba para salir de compras. Al lado de los periódicos había posada una taza de té humeante. Leandro había rechazado el ofrecimiento. Leyó la entrevista por encima. Joaquín hablaba del desinterés público por la educación y la cultura, de su placer al dar cursos para jóvenes. Luego presentaba un panorama pesimista de la humanidad. Nada nuevo. La visión fatalista de aquéllos que disfrutaban de un presente más que aceptable. El mundo va a peor, es lo que dicen todos los que saben que para ellos no puede ir a mejor, piensa Leandro.

Sonrió al reparar en la última respuesta. Hablaba de los pianistas que más habían influido en su carrera. Podría nombrar a pianistas clásicos sin los

cuales mi oficio carecería de sentido, y no por cierto Horowitz o Rubinstein, que me parecen más mito que otra cosa, pero mentiría si niego que el pianista que más he admirado, infatigablemente durante toda mi vida, es Art Tatum. Muy propio, pensó Leandro, alguien con quien no puede comparársele ni medírsele. Joaquín cerró el teléfono móvil y se sentó junto a él. No leas esas bobadas. Art Tatum, ¿te acuerdas? ¿Cómo se llamaba aquella canción que tocábamos a dos manos?, impresionante. Leandro no tuvo que esforzarse. ¿«Have You Met Miss Jones»? Exacto. Joaquín adoptaba cierta coquetería con sus recuerdos, se acumulaban en una vida plagada de sensaciones, demasiadas como para guardar recuerdo de todas. Luego tarareó la melodía.

Leandro volvió a felicitarlo por el concierto del día anterior. Sí, la gente salió contenta, parece. Le preguntó por la tendinitis que le había tenido apartado del circuito, todo psicósomático, una cosa horrible, ahora veo a un psicoterapeuta especializado de Londres. Y luego ya sabes que hay un repertorio al que tienes que ir renunciando, demasiado desgaste. Ya no tocas «Petrushka», le dijo Leandro con una sonrisa. No, no, ni la «Hammerklavier» ni la «Fantasía Wanderer», ya no estamos para esos trotes. Eso es para los jóvenes, ahora salen verdaderos atletas. Es como el tenis, cada año sale uno que le pega más fuerte. Leandro le recordó entonces la obsesión de don Alonso con que comieran y desarrollaran masa muscular. Les tumbaba en el suelo a hacer flexiones. Joaquín asentía, ¿cómo era la frase? Olvídense de la inspiración y confiense a la complexión. Tenía gracia el viejo. *Mens sana in corpore sano* y todos aquellos latinajos.

Por eso quería hablar contigo. Los pequeños detalles, tú siempre tuviste mejor memoria que yo. En realidad quería que hablaras con un joven que se ha empeñado en escribir mi biografía. Es de Granada, pero vive aquí en Madrid, un chico muy insistente, sabe de música, escribe bien. ¿Tu biógrafo?, le preguntó Leandro. No lo llares así, suena ridículo. Mi vida no tiene ningún interés más allá de la rareza de un concertista español, es algo así como un levantador de pesas etíope, no sé... He quedado con él esta mañana, dentro de un rato, en el bar del Wellington. Espero que no tengamos que aguantar a ese pianista, siempre toca para mí algo de Falla, qué es, no sé, bueno, el caso es que detesto a Falla y él lo hace para agasajarme y me da la mañana con esa cosa del amor brujo. Pero quería verte antes, no echártelo encima sin antes

pedirte permiso. Ya no nos vemos casi nunca. Casi no veo a nadie, la verdad. ¿Sabes esa sensación de que ya no conocerás a nadie interesante en tu vida y que tampoco tienes tiempo para los que ya conoces? Es ciertamente angustiante. Jacqueline dice que todo es un problema de ansiedad. Tú me conoces, la ansiedad ha sido mi vida, no voy a quitármela de encima ahora, ¿no?

La mujer de Joaquín se despidió en la distancia, junto a la puerta. Abrigada para salir. Un pañuelo estampado al cuello. No sé si te veré cuando vuelva. Leandro se puso en pie y a medio camino intercambiaron dos besos. Cuando se fue, Joaquín pareció relajarse. Con ella se fue el perfume caro. Por eso me gusta tener este apartamentito, señaló Joaquín el precioso lugar, las ventanas daban al ramaje de dos moreras, enfrente los edificios nobles. En un hotel es diferente, aquí tengo mi espacio, puedo ensayar, relajarme.

Es precioso, el piso, dijo Leandro.

Esta zona vale una fortuna. No te lo puedes creer. A veces me escapo un par de días desde París para preparar los conciertos. Joaquín mostró una sonrisa picara y Leandro creyó entender lo que su amigo sugería con las escapadas a Madrid. Tú me conoces como nadie, cuando me asalta esa maldita espina de la autocrítica, esa conciencia de que no he llegado a nada en lo que he intentado, que aporreo el piano sin ningún arte, ninguna clase, entonces eres un hombre frágil, capaz de dejarte caer en cualquier mano femenina que te haga soñar que eres lo que querías ser. El sexo no es más que recomponer el ego maltrecho. No hay nada peor que un viejo seductor, pero es mejor que ser solamente un viejo, qué le vamos a hacer.

A Leandro le sorprendió ese arrebatado de aflicción. Muchas veces Joaquín le había tratado de explicar que lo que le atraía de las mujeres, de las rocambolescas aventuras sentimentales, tenía más que ver con su inseguridad que con un apetito carnal. Pronto cambió de registro y le preguntó por Aurora. Casi a manera de contraste. Leandro fue escueto, le habló de su enfermedad sin rodeos preparatorios. Está muy mal, no hay esperanza. Qué viejos somos, coño. Ahora cada año voy a más entierros que conciertos. El comentario no llegó a molestar a Leandro. Conocía la superficialidad con la que Joaquín solía enfrentarse a cualquier asunto grave, era así desde joven. Evitaba ser golpeado. Somos extraños el uno para el otro, pensó Leandro, lo que fuimos ya

no lo somos.

El piso era algo sobrecargado, con molduras en el techo. Muebles perfectos no vividos, un piano negro de cola Steinway majestuoso junto al gran ventanal. El enorme salón era lugar de recepción. Una cocina cercana y un pequeño pasillo que conducía al dormitorio único. Habían tirado paredes para concederle al salón ese espacio enorme.

Hablaron del concierto de los días anteriores, de la situación del país, de generalidades y asuntos impersonales, de su vida en París. Tanta mediocridad, qué lejos han quedado los años excitantes en los que todo estaba por hacer, ¿no? Joaquín encendió un Cohiba que inundó de humo azulado la habitación. Se echó hacia atrás y las perneras del pantalón dejaron ver el final de sus calcetines. Acariciaba el puro dándole pequeños giros con la yema de los dedos, abría hueco entre sus labios para alojar el humo un instante antes de expulsarlo sin violencia.

Supongo que tú andas retirado de estas competiciones.

Ante la cara de extrañeza de Leandro se vio obligado a completar la frase, mujeres... Leandro alzó los hombros y sonrió. A Jacqueline la tengo enfermizamente encima. Oye, si un día necesitas la casa no tienes más que pedirlo, el portero tiene llaves y es de toda confianza, como si quieres venirte a tocar el piano, aunque supongo que tienes cosas más interesantes que hacer, y soltó una carcajada como un latigazo cómplice. O sea que si quieres impresionar a algún ligue no dejes de decírmelo, eh. Hablamos con Casiano, el portero, su padre ya era portero de esta finca, imagínate, es como un cargo hereditario, ¿no te parece triste? Es un tipo muy discreto.

Joaquín no tenía hijos. La forma de relacionarse con sus esposas siempre le había convertido en el objeto de los cuidados. Era hijo y marido de unas mujeres que aceptaban el papel de madres, amantes y secretarias a partes iguales. En la larga hora que estuvieron juntos a solas, ella le telefoneó en dos ocasiones para recordarle su siguiente cita y alguna otra nimiedad.

Bajaron a la calle en el ascensor conservado con esmero. Era un portal del viejo Madrid, construido en ese rato en que la ciudad aspiró a ser París. El portero aguardaba sentado en su cabina, la radio escupía cuñas publicitarias. Casiano, le presento a mi amigo Leandro, amigo de la infancia. Es también pianista. El hombre saludó con ojos humildes. En la calle, Joaquín parecía

divertido por el personaje. Le explicó a Leandro que el portero tenía un hijo en la cárcel por pertenecer a un partido nazi y haber participado en el asesinato de un aficionado de un equipo vasco de fútbol. Y de pronto, con una humareda de su puro, cambió de conversación. ¿Aún das clases de piano? Algún alumno tengo.

En el bar del Wellington el pianista avistó a Joaquín y tardó un segundo en dedicarle con una sonrisa los acordes de un Falla ejecutado con torpeza y mal gusto. ¿Te acuerdas cuando don Alonso nos decía siga usted así y acabará de pianista en un hotel? Ahí lo tienes. En una mesa esperaba sentado un joven inquieto, con una bolsa casi escolar apoyada en el suelo enmoquetado. El chico del que te hablé, mi biógrafo, como dices tú. Se sentaron alrededor y Joaquín anunció que iba a cometer la excentricidad de pedirse un *whisky* antes del mediodía. Como los que tenéis que hablar sois vosotros...

Hubo una tentativa de conversación, durante la cual el joven sacó de su bolsa un cuaderno de notas que abrió y en el que buscó una página en blanco. Leandro se dio cuenta de que se esperaba de él algo concreto. El chico le hizo una pregunta para acotar el terreno. Me gustaría que me hablara de su infancia juntos, son ambos niños de la guerra. Huy, quién puede entender eso hoy, ¿verdad, Leandro?, se sonrió Joaquín. Leandro comenzó a hablar de su origen y del edificio donde vivían de niños. El joven se caló las gafas y anotó resuelto un encabezamiento: amigo de la infancia. Luego lo subrayó. Leandro se sintió mal.

Trató de no ser demasiado preciso. Insistió en la enorme diferencia social en que los dejó el final de la guerra y recordó la generosidad de la familia de Joaquín para con su familia. Era una obligación moral, terció Joaquín. España se dividía entre vencedores y vencidos y los vencedores se dividían entre los que tenían algo de corazón y los que eran tan sólo unos energúmenos que lo único que pretendían era forrarse.

¿Algún momento de la adolescencia especial, memorable?

Leandro y Joaquín intercambiaron una mirada. El gesto de Leandro era bastante elocuente. Parecía increíble que alguien le pidiera que resumiera una vida en tres o cuatro anécdotas. Lo mejor sería que quedarais un día tranquilos, que no esté yo delante, hoy la idea es que tuvierais una toma de contacto. Leandro puede contarte cosas de mí que ni yo recuerdo. A ver, hay

cosas que no deberían quedar fuera, aquellas primeras lecciones de piano compartidas, luego los primeros trabajos y mi partida a Francia, tú llegaste a venir a París y viviste conmigo un año. Apenas tres meses, precisó Leandro. Tuvimos un maestro de piano que era un viejo atrabiliario, divertido, serio, seriecísimo. De todo eso le puedes hablar. De las cosas del barrio, es que yo ni me quiero poner a recordar. Mi padre, por ejemplo, era alguien de otro tiempo, un modelo de militar, conservador, autoritario, pero más del XIX que de aquella nueva España afascistada.

Creo que tú llegaste a odiar a tu padre casi como una pose imprescindible para tus ambiciones, las palabras de Leandro acallaron por un instante a Joaquín. Tenías muy claro cómo querías ser. Es curioso. Pero es un detalle muy importante, creo. Eras un joven que sabías cómo querías ser. Eso es raro. Y modelaste todo a tu alrededor. Y quizá tu padre fuera una víctima de eso. Y otros, a lo mejor yo mismo, nos beneficiamos de ello, porque construías algo que sólo tú tenías clarísimo cómo había de ser. Por ejemplo, yo era tu amigo, pero con un tipo de amistad que tú te habías fabricado en tu cabeza.

Hubo un silencio. Joaquín rumiaba las palabras de Leandro. No encontraba ofensa en ellas, pero tampoco entendía adonde llevaban. Luego añadió, *unaquaeque res, quantum in se est, in suo esse perseverare conatur*. El joven le miró con los ojos como platos. Spinoza, cada cosa, en cuanto es en sí, se esfuerza por perseverar en su ser. Es de la *Ética*, mi libro de cabecera. No le des más vueltas, yo era algo y sólo podía perseverar en ese algo. El joven apuntaba a ritmo enloquecido.

En el fondo, en aquel mundo de niños y mujeres que vivimos durante la guerra, sin adultos, tan sólo los viejos o los inútiles que permanecían en el barrio, la vuelta de tu padre fue algo inesperado y molesto para ti, añadió Leandro.

Joaquín sonrió. Estaba de acuerdo. Cuando un niño supera la pérdida del padre y se acostumbra a la ausencia, tienes razón que lo que menos espera es una resurrección, una vuelta al inicio, me rebelaba contra esa regresión a los principios de autoridad. Estarás de acuerdo conmigo en que la guerra fue para nosotros un extrañísimo momento de libertad total, raro y cruel, pero libre, algo que se perdió con lo que llegó tras la victoria. Leandro asintió y Joaquín continuó. Es verdad, en esa imagen que quería de mí mismo, ser huérfano era

imprescindible. Por eso quizá nunca, y puede que fuera injusto, le acepté de nuevo.

El joven tomaba alguna nota. Leandro recordó de pronto un juego cruel que practicaban algunas veces durante los días de la guerra. Corrían desde la calle hasta un portal, llamaban a un piso y abría una madre y le anunciaban con dramatismo su hijo, su hijo ha aparecido muerto, una bomba estalló. Y luego echaban a correr, sin ser conscientes del dolor que causaban y de si su broma desencadenaba una tragedia que duraba hasta que se descubría la verdad. ¿Por qué haríamos una cosa así?, se preguntó Joaquín en voz alta. No sé, era la crueldad de la guerra, transformada por los niños en un juego divertido. El joven caló las gafas en un tic de timidez.

Los niños son así siempre, dijo Leandro. Luego contó algo más. Un recuerdo borroso sobre la vuelta del padre de Joaquín y la tarde en que les llevó a ver el noticiario que se proyectaba antes de la película porque se le reconocía entre otra gente al fondo de una escena de la corte burgalesa franquista. La película de después no era autorizada para menores, pero forzaron al padre para que les dejara quedarse a verla. Leandro no recordaba el título. Pero sí que trabajaba Carole Lombard con unos vestidos ceñidos y elegantes que marcaban sus pechos y que años después tú me confesaste que, como a mí, esa presencia te había despertado el deseo.

O sea que mi padre nos llevó para lucirse él y adoctrinarnos con política y nosotros nos inclinamos hacia la cosa carnal, los niños son sabios. Sí, sí, ya me acuerdo, a Joaquín le provocaba un evidente placer escuchar hablar de su pasado. Le atraía esa recreación de momentos propios rememorados por un tercero, como si pudiera situarse de espectador de su vida.

Yo creo que en la infancia, dijo Leandro, nos marcamos los retos inconfensables de nuestra vida y que la respuesta a la felicidad consiste en la culminación más o menos cercana o más o menos lejana de ese reto infantil, puede que no del todo articulado ni claro, pero evidente para uno mismo. Aunque ahora me escuches como si lo que yo digo no fuera más que un oscuro recuerdo, sé que tienes clarísimo cómo era y cómo pensaba el niño que eras tú. Ante la sonrisa de Joaquín, como si aquello le pareciera un juego psicoanalítico demasiado complicado para el lugar y la hora, Leandro prosiguió sin pasión. No creas, yo soy igual, a veces me sorprendo a mí mismo

sintiéndome mirado por el joven que fui.

¿Y? ¿Tú te reconoces fiel a lo que deseabas?, ¿crees que alguien lo logra?, preguntó Joaquín mientras clavaba los ojos sobre los ojos hundidos de Leandro.

Bueno, este señor no ha venido aquí para oír hablar de mí, sino de ti. Yo no importo nada.

Joaquín rió satisfecho con la evasiva de Leandro, para él era suficiente. Podían volver a concentrarse en lo que le interesaba: él mismo.

Leandro regresa a casa sin prisas. Había tomado el metro y se bajó en Cuatro Caminos. En el bolsillo lleva un papel con el teléfono del joven estudioso de la vida de Joaquín. Han quedado en verse otro día y trabajar de manera más metódica, sin Joaquín presente. Pero el evocar aquellos años ha despertado en Leandro una sensación de final de viaje, como si ya no quedara nada por delante. El encuentro con Aurora había sido la salvación de una amargura incontenible, la fuerza para llevar adelante una existencia que no había sido la soñada. Siente por ella una llamarada de ternura y agradecimiento. Y en ese mismo instante la imagina muerta en la cama, sin respiración, se ve entrar en la casa para encontrarla más pálida que nunca, con los ojos velados y el pecho sin vida. No sabe si acelerar el paso o detenerse. Tiene miedo, pero avanza. Sin prisa.

11

Encuentra a su madre adormecida, drogada por los calmantes. Ya no se queda nunca sola. Si su padre tiene que salir llama a la mujer de la limpieza o espera a que llegue Sylvia a pasar un rato con su abuela. Esta tarde Lorenzo le telefoneó, iré yo. Hace un rato que el padre ha salido después de una brevísima conversación de los dos en el pasillo. ¿Cómo estás? Ya ves, enjaulado aquí. A Lorenzo le había extrañado la frase. Ni en la plena salud de la madre había tenido jamás la sensación de que su padre necesitara la calle. Más bien los placeres los encontraba en la soledad de su cuarto que en la vida exterior. En el recuerdo, su padre ha sido siempre un animal doméstico al que lo que más podía molestar era una escapada de fin de semana a la sierra, la visita de familiares o un compromiso que implicara salir de casa. Pero era evidente que la enfermedad de Aurora esclavizaba a su marido y Lorenzo entendió así sus ganas de salir a la calle, de airearse.

Parecía afectado desde que unos días atrás, al volver de su paseo, se había encontrado a Aurora tirada en el suelo. No sabes lo que fue, le había contado a su hijo, pensé que estaba muerta. Aurora no había controlado los esfínteres, había ensuciado la cama y había cometido la locura de intentar ponerse en pie. No se fracturó nada en la caída, pero la impresión de Leandro al recogerla del suelo, la vergüenza de ella, según le contaba su padre, había sido un momento dantesco, no te puedes hacer idea, qué terrible. Dios, es tremendo lo que está pasando tu madre, le terminó de decir con los ojos inundados en lágrimas.

Cuando suena el timbre sabe que es Daniela. Ella sube hasta la casa y Lorenzo le abre la puerta. Está sólo mi madre, pero dormida. Daniela se quita el abrigo, ha terminado su jornada laboral, Lorenzo lo cuelga en la percha de entrada. En esta casa pasé toda mi infancia. Daniela mira con ojos curiosos las

paredes, pero no es capaz de imaginar a Lorenzo de niño jugando de rodillas en el pasillo a la altura de la puerta de la cocina.

El domingo anterior habían acudido juntos a la iglesia y compartieron al salir la conversación con otras parejas. Ese día había muchos niños y el pastor les habló de la posibilidad de alquilar un local en otro barrio con un poquito de jardín, para que los pequeños se diviertan, dijo. Tendríamos que reunir el dinero entre todos, claro. Luego fueron a comer al Retiro. Se sentaron sobre la hierba. A Lorenzo le molestaban horrores las almorranas y tardó en encontrar una postura en la que estuviera cómodo. Lo hizo casi recostado sobre el muslo de ella. Me gustaría presentarte a mis padres, le dijo entonces.

El sábado por la noche habían cenado juntos en un restaurante ecuatoriano. El Manso, se llamaba, así le dicen a Guayaquil, le aclaró ella. Los dueños retiraron las mesas para transformar el local en un sitio de copas y algo de baile. Eran una pareja amable y miraron a Lorenzo sin ninguna prevención. Conocían bien a Daniela. Vengo por aquí y recojo paquetes de comida sobrante que luego dejamos en la iglesia y los más necesitados pueden llevárselos, sin la vergüenza de esos comedores sociales, donde se forman colas en plena calle, le explicó Daniela. Fue allí, en ese local, mientras algunos bailaban y Lorenzo y Daniela habían preferido acomodarse sentados en una esquina cuando irrumpió la policía, cuarenta agentes para no más de un centenar de clientes. A quienes estaban de pie los obligaron a formar una fila junto a la barra. Sin la música y con las luces prendidas, parecía haber amanecido de golpe. Serían las dos de la mañana. Los pocos que permanecían sentados fueron obligados a no moverse de sus sillas. Los gritos iniciales se fueron transformando en un rumor denso. Los policías exigían documentos, permisos de residencia. Al extender su carnet de identidad, Lorenzo le dijo al agente esto es un atropello. El hombre levantó los ojos hacia él. ¿Me va a enseñar usted cómo tengo que hacer mi trabajo?, le dijo con un tono desafiante. Con un gesto nervioso, Daniela le rogó que no contestara, pero Lorenzo lo hizo. No entiendo este acoso, la gente se está divirtiendo, no hacen nada malo.

Daniela rebuscó en su bolso, como si tardara en dar con la cartera. Lorenzo y el agente unieron sus miradas de nuevo. Déjelo, le dijo el policía a Daniela. Y siguió en la mesa de al lado con su inspección. El resultado de la

redada, de casi tres cuartos de hora de parálisis, serían unos cuantos expedientes de expulsión que en la práctica era dudoso que se cumplieran. Al marcharse la policía, el local quedó sumido en una atmósfera cargada y triste. La escena no servía más que para recordar a todos los presentes que su estancia en el país era provisional y frágil, para extender una vaharada de incertidumbre. No tenemos licencia más que de restaurante, explicaron los dueños, así que lo mejor será cerrar por hoy.

No nos quieren, pero no nos vamos a ir, le dijo Daniela en la calle. Pero ahora se ha abierto un periodo de legalización, tienes que sacar los papeles, le insistió Lorenzo. Sí, pero está tenaz, aún falta convencer a la pareja.

Lorenzo entró con ella en el portal, hasta el pie de las escaleras. Allí la abrazó. Buscó su boca y Daniela le concedió un beso. Lorenzo posó su mano en la espalda de ella y la mantuvo muy cerca. Daniela escondió la cabeza en el hombro de él. Lorenzo notaba la cinta del sujetador de ella bajo la ropa.

Las paredes eran de un gotelé mugriento y los buzones estaban torcidos y, varios, rotos. La escalera estaba sucia y descascarillada y la luz emitía una chicharra molesta que terminó al apagarse. En la penumbra, Lorenzo besó de nuevo a Daniela, pero esta vez fueron besos largos. Sumergió sus dedos en el pelo de ella. La despeinaba y le acariciaba la nuca.

Están todas arriba, mejor no subas, dijo ella. Lorenzo asintió, quiso besarla, pero ella prefería retirarse. Lorenzo la acompañó hasta el rellano y en silencio se besaron una última vez. Se quedó al otro lado de la puerta cuando ella entró en el piso. Daniela le había sonreído.

Lorenzo quería presentar a Daniela a sus padres. Los notaba tensos cuando le preguntaban por su trabajo, por cómo se encontraba, no quería que ellos lo imaginaran solitario y hundido, como esas estampas recurrentes de los parados, cabizbajos, las manos en los bolsillos, desempleados como víctimas grises. Estoy saliendo con una chica, les dijo de pronto, ya os la presentaré. La sorpresa de su padre y también de su madre, inmóvil en la cama, le hizo pensar que abrigaban el temor de verle para siempre solo.

No les dijo que Daniela era ecuatoriana o que trabajaba en el piso de arriba de su casa. Tampoco que la acompañaba a las misas de los domingos donde el pastor les hablaba con cercanía del sacrificio de vivir, de la renuncia, de la felicidad, de conceptos bien abstractos aproximados con

metáforas cotidianas. Al principio Lorenzo pensó que aquella ceremonia era algo que ella y otros como ella necesitaban por alguna especie de carencia. Luego, cuando los observaba cantar, responder o reír si el pastor descargaba la tensión del sermón con una gracia, se dio cuenta de que era más que eso. Daniela hablaba de Dios, lo que pensaba Dios, lo que haría Dios. Dios era un compañero, pero también un vigilante.

Los padres de Lorenzo nunca habían sido creyentes, ni tan siquiera cuando serlo era lo común, lo que se daba por sentado en una sociedad sumisa. Después de hacer la comunión parapetado entre el resto de sus compañeros, Lorenzo no recordaba haber vuelto a la iglesia con ellos y alguna vez que había preguntado a su padre por Dios o por la fe él siempre le había dado la misma respuesta, es algo que sólo tú podrás encontrar a su debido tiempo. En ese asunto sus padres habían practicado una libertad absoluta, como en tantas otras cosas, a la espera de que Lorenzo resolviera por sí mismo. Por eso sentía que lo que Daniela entregaba a Dios era la vara de medir, la doctrina de comportamiento. Y se preguntó con extrañeza si no le habría llegado a él, por fin, ese momento en la vida al que se refería su padre, la hora de descubrir la verdad, no como una imposición social, sino como una voz interior.

En la iglesia, aquel último domingo, Lorenzo se había preguntado también si la ausencia de sexo en su relación tenía que ver con aquello. ¿Era Daniela de esas mujeres que colocan el sexo en un departamento oscuro, sucio? Quizá tengamos que casarnos, sonrió Lorenzo al pensarlo. No parecía que el resto de parejas mostraran una renuncia o una castidad impuesta. Al contrario, las chicas vestían ropa ajustada y mostraban sonrisas abiertas. Lorenzo pensó que sus posibilidades sexuales quizá se fueran a resolver entre aquellas banquetas desordenadas, los cantos eufóricos, los niños revoltosos y los padres de gesto serio y profundo vestidos de domingo.

Aurora abre los ojos y asiste al movimiento de Lorenzo a su alrededor. Hola, mamá, mira, te presento a Daniela. La madre levanta los ojos y Daniela se inclina para besarle en la mejilla. Lo primero que aprecia Aurora de Daniela son los ojos rasgados. Con la mano, la chica sujeta su pelo liso para que no caiga sobre Aurora al inclinarse.

¿Lleváis mucho rato aquí? No, un ratito. Duermo casi todo el día, explica hacia Daniela, tengo sueños muy extraños, muy vivos, muy reales. Aurora se

cansa al hablar. Lorenzo se sienta en el colchón y toma la mano de su madre entre las suyas. No te fatigues. ¿De dónde eres, Daniela? Ella responde. Los ojos de Aurora viajan de ella hasta su hijo. Asoma un leve estremecimiento, como una punzada de dolor. Con un balanceo de cabeza Aurora quiso transmitirles que no era nada.

El masajista había pasado esa mañana para ejercitar sus músculos y Aurora estaba más fatigada que de costumbre. Es un lujo que no nos podemos permitir, decía ella, pero Leandro rectificaba, claro que nos lo podemos permitir, para eso me he pasado la vida trabajando. El médico había descartado cualquier tratamiento agresivo, así que todo se limitaba a esperar.

Lorenzo trataba de mantenerse en contacto diario con su padre. Sospechaba que carecía de fortaleza para afrontar sólo la embestida de la enfermedad. Si hay alguien que es incapaz de vivir solo es mi padre, pensaba Lorenzo. Pertenece a esa especie de hombres en apariencia independientes, pero sin habilidad para resolver las tareas más nimias. A Lorenzo le agradaba ver que Sylvia era capaz de sacar algunos ratos para visitar a su abuela, leerle, charlar con ella.

La semana anterior, Lorenzo había regresado a la residencia de ancianos y se había sentado junto al hombre cuya casa había vaciado. ¿Qué, don Jaime, se acuerda de mí? Le traje sus cosas en la maleta, ¿se acuerda? No intercambiaron demasiadas frases. Nada le unía a aquel hombre, más allá del azar por el que lo había conocido. Pero ese mismo azar le impedía ignorarlo. Wilson se echó a reír cuando Lorenzo le contó que lo había visitado en dos ocasiones. ¿Al loco aquel?, ¿para qué? Ojalá yo tuviera como tú tiempo para perder, le había dicho.

Lorenzo sabía que era importante conservar el vínculo con el exterior. Como aquella nota colgada de la nevera con el número de teléfono de una desconocida.

Hace frío. Bastante. Aquí se está bien. No se está mal. Ése podía ser un intercambio normal entre ellos. Casi a lo que se limitaba su conversación en cuarenta y cinco minutos. ¿No tiene nadie conocido, algún familiar? Pero el hombre no solía contestar a preguntas concretas. Permanecían sentados, a veces uno de los dos bajaba la persiana si molestaba el sol. Una religiosa entraba y tomaba del brazo al hombre para bajarle al comedor.

Wilson organizaba las jornadas de trabajo. Sacaba del bolsillo su pequeña libreta con el programa preciso de las tareas del día. Viajes al aeropuerto, algún traslado. Wilson le liquidaba el dinero después de mostrarle en la libreta el estado de cuentas, los préstamos, los alquileres.

Con la llegada del frío, Wilson aprovechó para hacerse con una nave vacía. Era un antiguo local comercial y apiló unos cuantos colchones para convertirlo en un refugio de alquiler. Esperaba a sus clientes hacia las diez y media de la noche y a las ocho en punto estaba en la puerta para desalojarlos. Unos conocidos suyos trabajaban de albañiles en la reforma y compartía con ellos los ingresos de esa especie de hotel de urgencia. Si a veces alguno de los inquilinos se excedía con el alcohol o el ruido, él tenía que aparecer por allí y calmar el ambiente. Un muchacho que ayudaba en las mudanzas ejercía de guardaespaldas amenazante. Era en esos ratos cuando se ganaba el sueldo, cuando no todo parecía tan sencillo como proponer a Lorenzo las mil maneras de ganar algunos euros.

En realidad todo se lo debo a este ojo bizco, le explicaba Wilson, la gente me toma por loco. Y todo el mundo tiene más miedo a los locos que a los fuertes. Nadie quiere fregarse con un loco. Como una navaja suiza, Wilson parecía mostrarse dueño del recurso necesario para cada ocasión. Los gramos exactos de encanto y cháchara, la dosis indicada de violencia contenida y amenaza latente, la habilidad precisa en toda ocasión. Manejaba un fajo de billetes enroscado en una goma que a la hora de los pagos era su pulsera. Se volvía hacia Lorenzo para explicar, el dinero es un imán para el dinero.

A Lorenzo lo citaron en la comisaría para devolverle sus pertenencias, algo de ropa, unos zapatos, pero aunque preguntó por el inspector, ese día no se vieron. Ya apenas en alguna rara ocasión se volvía para comprobar si lo seguían o detenía de pronto la furgoneta en un vado para ver pasar a los coches que circulaban tras él. Llegar a final de mes le obsesionaba más. Y eso era algo que su sociedad con Wilson garantizaba sin excesivos problemas.

Lorenzo y Daniela están en el cuarto de Aurora cuando regresa Leandro. Se saludan. A Leandro le agrada Daniela. Aurora acaricia la mano de la chica, tienes una piel preciosa. En el pasillo, antes de irse, Lorenzo le pregunta a su padre si necesita algo. Leandro niega con la cabeza.

En la calle, Daniela le dice a Lorenzo, tu madre ha debido ser alguien muy

especial. Lorenzo asiente con la cabeza. Recuerda lo que le ha dicho su madre al oído en un instante en que Daniela se ausentó de la habitación para hablar por el móvil. Lo importante es que seas feliz.

12

No hay un crujido ni una corriente eléctrica que recorre su pierna, sólo la sensación de que el pie se separa del cuerpo. El jugador contrario cae sobre él, con el roce de su aliento y su transpiración y un manotazo brusco para atenuar el golpe contra el césped. Apenas han pasado catorce minutos del partido, el tiempo que se emplea en tentar al rival. El choque fue en una jugada bien simple. Recibió de espaldas el balón y lo devolvió para buscar el desmarque. El defensa le pisó e impidió el giro del pie de Ariel, que se ha quedado tumbado sobre la hierba esperando a que alguien lance la pelota fuera. El público silba, como hace siempre. Se burla del herido. El tobillo, el tobillo, le indica Ariel al doctor cuando se arrodilla a su lado.

A ras de césped el estadio de Barcelona es hermoso. El graderío no se eleva con desmesura como en otros estadios. Sylvia está en la esquina opuesta del campo, con una perspectiva lejana del juego. De hecho, un minuto antes había pensado que hasta la segunda parte no tendría a Ariel cerca. Entonces se puso a comer pipas. Ahora lo ve salir en un ridículo carrito a motor con camilla incorporada conducida por una chica rubia con chaleco reflectante. El entrenador de Ariel ha mandado calentar a un jugador del banquillo. Apoyado en el doctor, Ariel se pierde hacia el túnel de los vestuarios.

Sylvia se queda sola en mitad de la gente. Mira alrededor como si esperara que Ariel apareciera un momento después junto a ella o que enviara a alguien a buscarla. Pero no sucede nada. El partido atrae la atención de todos, pero no de ella.

Después del viaje a Múnich su cercanía es absoluta. Al día siguiente Ariel fue a buscarla a un callejón cercano al instituto. Si algún compañero de clase me ve subir a tu Porsche ya puedo irme buscando otro instituto. ¿Por qué no te

cambias de coche? Fueron a comer a una parrilla en la carretera de La Coruña. Ella pidió una coca-cola, él un vino blanco. El médico del equipo nos ha prohibido la coca-cola, dice que es lo peor, explicó Ariel. Cualquiera de los pocos comensales podría pensar por su actitud que eran hermanos. Ariel se lo había dicho un día, no te espantes, pero la mayoría de la gente que nos ve piensa que saqué a mi hermanita a pasear por Madrid. Pidieron chuletitas pero Sylvia comió de primero gambas, para espanto de él, nunca pudo comer esos bichos. Al separar la cabeza de una de las gambas el líquido turbio salió disparado a la cara de Ariel y ambos rieron.

Luego fueron hasta casa de Ariel. Echaron una siesta caliente y revuelta, con los cuerpos que ardían como estufas. Mantuvieron el abrazo incómodo, que ninguno de los dos quería romper. Al anochecer, Ariel devolvió a Sylvia a su casa.

Al día siguiente, Ariel salió hacia Barcelona con el equipo. Sylvia tomó un vuelo por la mañana. Ariel le había reservado una habitación en el mismo hotel de la concentración. Después de la comida temprana, Ariel dejó a los que jugaban a las cartas entre gritos, a los que tomaban café y se fugó hasta la octava planta, donde le aguardaba Sylvia tumbada en la cama, rodeada de apuntes. Los tiró al suelo cuando le oyó llegar.

Es absurdo. No puedo estudiar, pienso en ti todo el rato. No me culpes de tus suspensos, por favor. ¿Te puedo ayudar?, preguntó él. ¿Cuánto tiempo tenemos? Estamos citados abajo para salir hacia el campo dentro de dos horas. Sylvia torció el gesto. Tengo una mala noticia. Estoy con el periodo. No pasa nada, así aprovechamos para estudiar, Ariel trató de leer alguna hoja de apuntes. Tenía mi regla programada con tus partidos de liga, era un calendario perfecto, pero hoy se jodió, claro. Déjalo, no te traje aquí para follar. ¿Qué estudiás?

Dos horas después los compañeros del equipo recorrían el *hall* hasta el autobús aparcado en la boca de entrada al hotel. El lugar estaba lleno de mirones y seguidores. La policía vigilaba con discreción los alrededores. Había chavales que pedían autógrafos. Hasta la violencia se convertía en una rutina y siempre esperaban los insultos de algún grupo, alguna pedrada a destiempo en las inmediaciones del estadio. Madrid se quema, se quema Madrid, cantaban otros, casi niños. Si algunos no quisieran matarnos, no

habría otros que morirían por nosotros, solía decirle un jugador en Buenos Aires, cuando a veces la salida de algún estadio se ponía fea. Allí se retenía a los aficionados locales treinta minutos para dar tiempo a los visitantes de volver a sus barrios. Pero era agradable el recorrido escoltados por la policía, el autobús que ignora los semáforos, como privilegiados en un mundo que se paraba a cederles la prioridad.

La mirada de Sylvia se encontró con la de Ariel cuando salía entre sus compañeros. Él le guiñó un ojo, ella sonrió. Aún estaba en el autobús cuando Sylvia le llamó por teléfono. Estoy en las Ramblas, esto está lleno de turistas, le contó. ¿Es bonito?, preguntó Ariel. Hay estatuas humanas con disfraces, me recuerdan a los mimos, no sé por qué me ponen triste. ¿Te ponen triste los mimos? A mí me dan ganas de asesinarlos, le dijo Ariel. Cada dos pasos hay un puesto de venta de camisetas de equipos de fútbol, pero no veo la tuya. Bueno, yo soy rival. Ya. Sylvia le siguió describiendo lo que veía. Un tipo que ofrecía latas de bebidas que llevaba en una mochila, bares abiertos a la calle, mascotas enjauladas, palomas que venían a comerse el alpiste del puesto de periquitos, una manada de japoneses con maletas de ruedas, retratistas que consumían carboncillos para reproducir las caras imposibles de los clientes ocasionales o exhibían caricaturas lamentables de personajes famosos. Una vez cuando era pequeña mi padre se empeñó en que me hicieran un retrato en la calle, tuve que pedirle a mi madre que lo escondiera, era horrible. Sylvia, te tengo que dejar, estamos llegando al campo. Suerte.

Ariel salió al campo por las escaleras de terrazo. Los tacos de los futbolistas resonaban como herraduras. Algunos se persignaban, otros arrancaban una brizna de hierba al saltar al césped, otros cumplían con ritos supersticiosos elaboradísimos, en Argentina llegó a jugar con un medio centro de Bahía Blanca que saltaba al campo con el pie derecho, debía posar la mano izquierda sobre el césped y luego besarse cinco veces el crucifijo que colgaba junto a su pecho y decir tres veces madre, madre, madre. Ninguna estrategia era despreciable en ese oficio para sentirse protegido, para hacerte sobrevivir en el cambiante vacío.

Menos de una hora después un coche lo lleva con el doctor hacia una clínica en la parte alta de la ciudad. Allí se somete a una radiografía que los tranquiliza. Se trata tan sólo de un esguince. Dos semanas de recuperación, le

dice el doctor, y Ariel siente por primera vez ganas de relajar el gesto crispado de sus labios. Una lesión más importante hubiera significado dejarle sin jugar el final del campeonato. Él sabe, como todos, que los últimos diez partidos son tan importantes como los últimos diez minutos de cada partido. Nadie recuerda la primera parte insulsa tras un final electrizante, ni los silbidos de media temporada cuando suenan las ovaciones de final de campeonato. Un viejo mediocampista argentino que había vuelto a San Lorenzo tras casi una década de fútbol europeo les decía siempre, una temporada de mierda la salvás con un gol decisivo en el último minuto del último partido. Era así de absurdo este negocio amnésico.

El médico le habla tranquilo del proceso de recuperación. Van en un taxi directos de la clínica hasta el aeropuerto. Le han dado una muleta para que no apoye el tobillo y le han vendado con presión la parte dolorida. El doctor pregunta al conductor por el resultado del partido y Ariel se siente culpable por no haberse preocupado en todo ese tiempo del marcador. Han perdido. En el embarque se le unen los compañeros, cabizbajos, cansados, sin ganas de hablar. Todos se interesan por su estado, el entrenador se acerca hasta su asiento. Ariel lo encuentra frío, lo achaca al resultado del partido, que complica las opciones de luchar por el título. Amílcar se sienta junto a él en la sala de espera. Te echamos de menos en el campo, no había dónde mandar la pelota.

Sylvia no ha llegado al vuelo. Le manda un mensaje tardío. No encontraba un puto taxi en la zona. Luego le vuelve a escribir para decirle que tomará un avión casi a las doce de la noche. En Madrid, Ariel no acompaña al equipo al autobús. Me cojo un taxi, le dice al delegado. No debe conducir, así que dejará su coche en el aparcamiento. Cuando pasa un tiempo prudencial, le dice al taxista que ha olvidado algo en el aeropuerto y que tiene que volver. El hombre, amable, se empeña en esperarle, pero Ariel le dice que tardará, le da una generosa propina.

Va a sentarse lejos de la puerta de salida donde está anunciada la llegada de Sylvia. Ronco le llama al móvil. Supongo que estás en casa ya, ¿cómo está el tobillo? Ariel charla un rato con él. Está de copas por la ciudad. Le cuenta el partido. No había viajado porque el periódico está recortando gastos. Pronto volveré a escribir la crónica mientras oigo el partido por la radio como

cuando empezaba. Luego le dice ojalá hubieras salido a jugar, tú cojo habrías hecho más que algunos con las dos piernas. Creo que tirasteis tres veces a puerta en noventa minutos. En una de ellas, el portero, eso sí, casi se empeñó en meterse el gol a sí mismo, debía de aburrirse.

Ariel aguarda aún media hora hasta que recibe la llamada de Sylvia. ¿Dónde estás? Él le explica. Ella lo encuentra triste, apoyado el antebrazo en la muleta. ¿Es grave? Tendremos que coger un taxi. Sylvia recoge la bolsa de él del suelo y se la carga al hombro, caminan despacio hacia la parada de taxis. Estuve a punto de salir y revender mi entrada. Qué aburrimiento. ¿Mi sustituto no lo hizo bien? No, y eso que es bastante guapo. ¿Ése? Le llaman espejito porque se pasa casi dos horas peinándose el flequillo, es un moñas.

El taxista lo mira por el retrovisor cuando ya salen de la zona del aeropuerto. ¿Qué, te has roto por mucho tiempo? No, no, no hay nada roto, por suerte, sólo dos semanas. Pero a partir de ahí Ariel se ve forzado a mantener una larga conversación con él, centrada sobre todo en los males endémicos, así los define el hombre, del equipo. Sylvia le hace gestos de burla, le muestra sus dedos como tijera para que corte la charla, pero él se encoge de hombros. En mi época, dice el hombre, los jugadores eran de un equipo para toda la vida, eso era como un matrimonio, pero, ahora, es un poco como putas bien pagadas, con perdón, te dan para una noche y si se pierde, pues el que sufre es el aficionado, porque a los jugadores os la trae floja.

No diga esas cosas delante de aquí mi hermana, se lo ruego, le dice Ariel.

Un rato después, el taxi callejea para dar con la dirección de Sylvia. Ella tiene posada su mano en el muslo de Ariel, que parece ir a reventar el vaquero gastado. Vente a casa, le dice él, quédate esta noche conmigo. No puedo. El taxista sigue hablando. El fútbol moderno es puro comercio, dinero, dinero y dinero, eso es lo único que interesa. Ariel decide bajarse con ella.

Caminan hasta un portal con escalón alto. La calle está oscura. Se sientan. Ariel extiende la pierna. Prefiero pasar un rato de frío antes de seguir soportando la cháchara de ese tío. Te invitaría a subir a casa, pero estará mi padre. No son horas de presentármelo. ¿Te imaginas? Podríamos entrar en su cuarto y despertarlo. Sylvia se ríe. Mira, papá, a quién te traigo. ¿Te duele? Ariel se encoge de hombros. No recuerdo un solo día de los últimos tres años en que no me duelan las piernas.

Ahora en serio, nada me gustaría más que conocer tu cuarto.

13

A Sylvia le sorprende escuchar voces susurrantes en la habitación de su padre. Al principio piensa que habla por teléfono, lo que a esa hora de la noche no deja de ser inhabitual. Pero desde su cuarto, mientras se desviste, escucha una voz femenina contenida e intermitente. Aunque la conversación llegaba como un rumor incomprensible, el movimiento, el roce de las sábanas, algún chirrido del somier y un embridado jadeo la convence de que hacen el amor. En la cama, experimenta dos sensaciones. Por un lado se alegra de que su padre esté con alguien. Por otro la aterroriza quién y cómo será ese alguien. Dónde lo habrá encontrado y, aunque trata de reprimir esta idea, si será alguien con quien ella, como hija, tenga también que desarrollar una relación nueva y por definir. Su convivencia independiente está amenazada. Hoy la casa es un lugar de paso, un refugio, un descanso, no cree que pueda aceptar que de nuevo se convierta en el hogar de una pareja y ella se vea obligada a participar de ello.

El cansancio, las horas de sueño perdido, hacen que Sylvia se duerma pese a las voces atenuadas que llegan de la habitación vecina. Ha dejado a Ariel en casa con el tobillo apoyado sobre la mesita del salón. Sylvia lo había encontrado esa tarde más preocupado que otras veces. Algo encerrado en sí mismo. Son líos del equipo, se justificó él. Las dos semanas de baja habían sido, al principio, una buena noticia para Sylvia. Romperían la rutina de separaciones y viajes. Pero pronto se dio cuenta de que no jugar era trágico para Ariel. Vienen partidos decisivos, se quejó.

Esa tarde no hicieron el amor. Sylvia paró a comprar pasta en la deli Buenos Aires-Madrid. En la pared de ladrillo del local habían colocado un cuadro alargado con una frase impresa: «A Madrid sólo le falta una cosa para

ser Buenos Aires; ¡ser Buenos Aires!». ¿Cómo está el jefe?, preguntó una de las dueñas. Bien, recuperándose del esguince. Ah, ¿tiene un esguince? Sí, le explicó Sylvia, no puede jugar. La chica se empeñó en regalarle una caja de dulces de leche. A él le encantan, se los das de mi parte.

Ariel vio todos los partidos con los que tropezó en la televisión, mientras Sylvia ojeaba unos apuntes acomodada en su regazo. ¿Me llamas un taxi?, le dijo cuando miró el reloj y comprobó sorprendida que faltaba poco para las once. Le dio dinero, él siempre tenía un sobre en algún lado repleto de billetes. La carrera hasta su casa salía por un dineral. Pero él le dio dinero de más. No me hace falta tanto, protestó ella. Compraste la pasta y el taxi de venida. Quedátelo, y así tienes para estos días. Pero aquí van tres mil euros, es mucha plata, y Sylvia levantó los dedos en un gesto expresivo. ¿Y? ¿Acaso no estás conmigo por mi dinero?, le dijo Ariel. Por la inteligencia seguro que no es.

Sylvia sale de casa cuando aún no hay movimiento en el cuarto de su padre y la puerta permanece cerrada. La mañana de clases tiene a ráfagas para Sylvia el encanto de la normalidad. Ve a sus compañeros y celebra sus bromas con más indulgencia porque sabe que durante la tarde estará lejos. Disfruta más del recreo con Mai, de la conversación con Dani si se les une. Una vida normal acotada a los muros grises del instituto.

Mai se ha apagado un poco desde la ruptura con su novio, Mateo. Él se instaló en Barcelona, en una casa ocupada. Ella fue a verle en un viaje de reconciliación. Se había tatuado en el interior del brazo, en letras góticas, Ma+Ma. Mai más Mateo, explicó, pero la cosa acabó fatal. Allí me tienes a mí fregando los cacharos de todos. La casa apestaba, había un grupo de franceses que no habían oído hablar de la invención de la ducha, una cosa... Y encima con perros llenos de pulgas. ¿Es imprescindible ser tan guarro?, joder, una cosa es estar contra el sistema y otra muy diferente es estar contra el jabón. Le molestaban más los pequeños inconvenientes de la cafetería, el patio. Ya no ejerce su filo para la ironía, sino para el fastidio. La relación fallida la ha hecho perder bastante seguridad en sí misma aunque habla sin parar. Al volver le enseñé el tatuaje a mi madre. Lo hice por ti, le dije, la tía se me emocionó. Sylvia agradece las interrupciones de otros compañeros o la llegada de Dani, pese a que a ratos detecta su mirada melancólica.

La noche de la lesión de Ariel en Barcelona cuando regresaron a Madrid en aviones distintos, terminaron por subir a hurtadillas a su cuarto. Él se lo pidió con una sonrisa infantil y ella se lo concedió con un gesto retador. Sylvia abrió la puerta sin hacer ruido, pero apenas podía contener la risa cuando Ariel atravesaba en penumbra, a saltos de muleta, el salón. Del dormitorio de su padre llegaban unos ronquidos monocordes que se interrumpieron cuando Ariel chocó la muleta contra el borde de la mesita de café. ¿Eres tú? Sí, papá. ¿Qué hora es? Sylvia se acercó a la puerta. La una y media, hasta mañana.

Sylvia colocó una camiseta sobre el flexo de su mesa y obtuvo un resplandor anaranjado en la habitación. Ariel repasó con la vista el lugar. El ordenador sobre la mesa, el desorden de cedés, la ropa que rebosaba del armario abierto posada en la puerta y el tirador, en la silla y los pies de la cama. Hay un oso de peluche sobre la cama y un póster envejecido del cantante vegetariano de un grupo inglés. ¿Quién es ése?, le preguntó Ariel. Aún no me has regalado una foto tuya. Ríen un rato sentados sobre la cama y hablan en un susurro. De tanto en tanto ella levantaba la mano y guardaban silencio para comprobar que su padre no se movía por la casa. Se besaron largo rato. Sylvia notó la erección de él bajo el pantalón. ¿Te hago una paja? Ariel echó la cabeza hacia atrás. ¿Cómo hacés esas preguntas? Dios, qué loca... Luego Sylvia lo guió de nuevo hacia la salida. Se despidieron en silencio en el rellano. Él esperó a llamar al ascensor a que ella hubiera vuelto a su cuarto.

Por la tarde pasa a ver a la abuela antes de tomar un taxi hacia el chalet de Ariel. La encuentra débil, incapaz de sostener una conversación larga. Tu padre vino a presentarnos a la chica con la que sale, la frase de la abuela sorprende tanto a Sylvia que reacciona de una manera extraña. ¿Ah, sí? ¿Os la presentó? Finge conocerla y acepta con un asentimiento de cabeza cuando la abuela añade parece buena chica. Sylvia piensa que todo el interés de Lorenzo por conocer a su novio y enterarse de sus relaciones no era quizá sino abrir una puerta para que él mismo pudiera introducir a su nueva pareja.

La impresiona descubrir que su abuela lleva un pañal a la cintura. El abuelo entra a cambiarla y la hace salir del cuarto. Sylvia se asoma por la puerta entreabierta de la habitación del abuelo. La tapa del piano está abierta y hay partituras desperdigadas. El abuelo va a volver a dar clases a su alumno,

le había dicho ilusionada Aurora.

El portal de los abuelos transmite una atmósfera de enfermedad y falta de vida. Las escaleras son tristes como lágrimas gastadas. Le había prometido a su madre que este fin de semana iría a pasarlo con ella. Fue antes de la lesión de Ariel. Y ahora no quiere dejarle solo. Cuando llama a su madre desde la calle y le propone dejar el viaje para el fin de semana siguiente ella responde con un silencio prolongado.

Ya sabía yo que pasaría esto, que estaríamos semanas sin vernos. Y suena más a autocastigo que a recriminación contra Sylvia. Vamos, mamá, que hablamos todos los días por teléfono. Si es que tengo que hacer un trabajo de clase, con otros compañeros. Te juro que el próximo fin de semana voy sin falta. No es tan grave, ¿no?

Ya, pero no te veo crecer, ¿te parece poco?

Sylvia se echa a reír por teléfono. Tranquila, mamá, te juro que no he crecido. Yo ya no crezco. Como mucho lo único que me crece es el culo.

14

Es la tercera vez en diez días que el autobús le deja en esa plaza, junto a las jardineras marcadas por el rebosar del riego. Desde allí ha de caminar tres manzanas, hasta la zona de bloques de viviendas con pequeños balcones de toldos verdes. Móstoles es un lugar lejano y desconocido para Leandro, hombre criado en el viejo Madrid, ignorante de esos márgenes, ciudades en torno a la ciudad. Osembe le dio el nombre de la calle, el número de portal y el piso. Él lo anotó y luego buscó el itinerario más asequible en el callejero, compuso la ruta como si fuera una aventura. Partía de la glorieta en obras frente a la vieja estación del Norte y el autobús seguía hacia la carretera de Extremadura.

Se trataba de un piso compartido, dividido en pequeñas estancias, diseñado en origen para albergar a una familia convencional y que treinta años después acogía a seis o siete personas. Osembe le había dicho que compartía el piso con seis amigas. Había un desorden considerable. La cocina era un rincón saturado de muebles y cacharros. A esa hora estaban solos. Cruzan el salón cuadrado, las persianas bajadas, apenas entra luz de la calle. Ella le conduce al cuarto sin demorarse. Le dice por aquí y luego qué bien volver a verte. Está vestida con pantalones vaqueros con un dibujo dorado en los bajos. Parece más joven y risueña que en el chalet. Pero al cerrar la puerta e invitar a Leandro a sentarse en la cama recupera el gesto serio y la mecánica de entonces. Le dice, el dinero primero, claro. Ella se enfunda los pies en unas chanclas rosas de suela gruesa.

Amor y reloj, pensaba Leandro. Porque Osembe podía pasar de lamerle el vientre a alzar el despertador para mirar la hora sin cambiar de gesto. Cuando se cumplía el tiempo ella recuperaba las formas gatunas y le decía quédate

otra hora más y si Leandro entregaba el dinero, otros ciento cincuenta euros, entonces ella volvía a matar el rato con indolencia y charlaba un poco o se levantaba para hablar o mandar mensajes por el móvil. Leandro era consciente de que alargaba el tiempo para obtener más beneficio. No quería pasar un segundo con él si no era a cambio de su dinero. En eso no se engañaba. Pero no hacía nada para evitarlo. Ella, por ejemplo, le lamía y humedecía el oído, algo que a él le importunaba y le hacía padecer por sus otitis de otra época, pero no encontraba el carácter para decirle, párate, me molesta. Se dejaba hacer, como un títere con su dueño. Había pasado semanas sin verla y ahora se concentra de nuevo en su piel, en sus manos, en los gemelos de sus piernas cuando se inclina sobre él.

Suena un ruido en el piso. Una compañera que vuelve. ¿Trabajan en lo mismo que tú?, pregunta Leandro. No, no. Y ellas ni se imaginan que yo hago esto, pero Leandro sabe que miente. Sólo con clientes especiales como tú, le ha dicho un rato antes, y luego le ha sonreído. Ha guardado el dinero en el cajón de la mesilla. El mismo lugar donde esconde los preservativos. Sobre la mesa hay alguna revista de moda y ropa desperdigada. También perfumes y cremas. Y un bote de tamaño grande de aceite corporal del que se unta el cuerpo y que Leandro sospecha que utiliza para interponer entre sus cuerpos una película de distancia. En el espejo de la pared hay sujetas entre la luna y el marco fotos de ella con amigas y de quizá su novio, un chico joven que sonríe sentado con ella en la terraza de un bar. Pese a la persiana bajada, llega el ruido insoportable de la calle. Hay una obra cercana que provoca una percusión molesta. Cuando la actividad sexual se reduce, Leandro tiene frío pero ella no le invita a meterse entre las sábanas. Hay una manta espesa y gastada puesta por encima de la ropa de cama. El lugar está sucio y desagrada a Leandro.

Días atrás su amigo Manolo Almendros se presentó en casa con su mujer. Era casi mediodía. Entre todos convencieron a Leandro para que saliera con él a comer. Fueron paseando hasta un restaurante en Raimundo Fernández Villaverde. Desde allí se veía el esqueleto negro de la torre Windsor que se había quemado la noche del 19 de febrero con lenguas de llamas inmensas. Las especulaciones aún duraban. Alguien había grabado sombras en el interior durante el fuego, se habló de fantasmas, luego de bomberos que desvalijaban

las cajas de seguridad de las muchas empresas instaladas en el rascacielos. Los obreros desmontaban los restos en una zona acotada de vallas.

Durante la comida, Leandro estuvo a punto de confesarle a su amigo Manolo las citas con Osembe. Se conocían desde mucho tiempo atrás. Al contrario que él, Almendros mantenía una vitalidad envidiable, era capaz de entusiasmarse con un libro o un nuevo descubrimiento. Es curioso, le hablaba ese día por encima de los platos, nosotros, que hemos vivido la época de los cafés, cuando éramos jóvenes y el único sitio para enterarnos de verdad de las cosas era poner el oído en las barras. ¿Te acuerdas? Ahora todo eso ha desaparecido y hay un café virtual y gigantesco que es la internet. Lo decía así, en femenino, la internet. Ahora los jóvenes se asoman allí, ya no es eso de a ver qué dice Ortega o Ramón, no, ahora todo es disparatado y anárquico, pero es lo que hay. Ya sabes que en este país nadie quiere pertenecer a una asociación o a un grupo, pero todos quieren tener razón. Eso es el café antiguo. Y luego puedes encontrar mucha información, pero también es caótico. Ya te conté que estoy escribiendo el elogio y refutación de Unamuno, ¿no? Pues entro a buscar nuevos datos y cuando escribes Unamuno la primera página que se te abre es una de Unamuno, pero de chistes con su nombre, chistes soeces, algunos divertidos, todo coñas sobre el nombre. Imagínate. Leandro conocía la pasión de Manolo por Unamuno. Solía citar párrafos completos de aquel sentimiento trágico de la vida, compartir su pasión por la papiroflexia, pero también bromear a su costa y especular con la operación de fimosis que se practicó cuando ya era casi anciano, ¿alguien se ha preguntado si hay un antes y un después en su visión dolorosa de la vida? Le dolía España y a lo mejor lo que le dolía era otra cosa.

Luego la conversación sobre la red derivó hacia la pornografía. A Almendros lo habían dejado anonadado las cosas que podían llegar a verse con apenas un clic del ratón. Es como un gran bazar erótico dedicado a la masturbación universal. Hay chicas espiadas, parejas que se exhiben, perversiones, humillaciones, desviaciones. A veces pienso que es mejor librarnos de vivir lo que se nos viene encima. La gente habitara en cubículos sin pisar la calle, seremos un planeta de onanistas y mirones.

Puede ser, le respondió Leandro, pero la prostitución en la calle no ha desaparecido, más bien ha aumentado. La gente sigue necesitando tocarse.

Bueno, ya lo veremos. Yo creo que cada vez los humanos iremos tocándonos menos, hasta no tocarnos en absoluto. Esas mujeres que se ponen tetas de plástico o labios de plástico. Dime tú, éstas no pretenderán que las besen o las toquen, sólo quieren que las miren.

¿Y tú, nunca?

Almendros se alzó de hombros. A mí ese mundo me deprime. ¿Quién puede ser tan estúpido para pagar por algo fingido? Y dar dinero a las mafias de tráfico de mujeres. No, me asquea. Cualquiera que contribuya a ese mercado me parece un malnacido. Entonces, durante ese segundo, mientras una camarera polaca se llevaba el primer plato, Leandro estuvo a punto de confesarse a su amigo. No lo hizo por pudor o vergüenza, por temor a no saber explicarse o a no tener siquiera una justificación razonable. ¿La tenía? No había ni siquiera amor, eso que sirve para justificarlo todo. Me he enamorado como un tonto de una muchacha, pero no era cierto. No era eso.

No le explicó que había dedicado tres mañanas a caminar sin rumbo en torno al parque Coimbra en Móstoles. Miraba con curiosidad a la gente que se cruzaba, a los que salían al balcón en los edificios, a cualquiera que pasara en un coche. Se detenía a observar con detalle a las mujeres africanas que caminaban con bolsas de la compra. En alguna ocasión, cuando alguna de ellas estaba sola y pese al gesto de temor que les provocaba al aproximarse, se atrevía a preguntarles por Osembe. ¿Conoces a una muchacha nigeriana que se llama Osembe?, y ellas se encogían de hombros y negaban desconfiadas.

No le contó a su amigo Almendros que la tercera mañana, sentado cerca del parque, mientras leía el periódico vio bajar de un autobús a una muchacha negra. Tenía el pelo cambiado, más corto, pero era ella, sin duda. Caminaba con otras dos mujeres, llevaba una cazadora de cuero rojo muy llamativa y zapatos de tacón al final de los pantalones vaqueros. Las siguió durante un rato, hasta ver si se separaban en algún momento, no alcanzaba a oír su conversación salvo cuando prorrumpían en una carcajada o una frase más exagerada, y al final, armado de valor, se atrevió a levantar la voz para llamarla, Osembe, Osembe y sólo la segunda vez ella se dio vuelta y le vio. Mostró una sonrisa irónica, pero resplandeciente.

Osembe se separó del grupo y caminó hacia él, pero, bueno, mi viejito. Leandro le explicó que la había buscado por el barrio durante varios días. Ah,

pero yo ya no trabajo en eso, no, no. Se acabó. Leandro la miró con interés. ¿Puedo invitarte a un café?, ¿charlar contigo un momento? No, estoy con mis amigas, ahora imposible, de verdad. Debió de percibir la desolación de Leandro porque le dijo llámame, llámame al móvil mejor. Y le dictó un número de teléfono que Leandro no necesitó anotar. Lo memorizó. Estaba lleno de números pares y eso lo hacía aún más sencillo para él. Los números pares siempre le habían resultado amables, era algo que le sucedía desde niño; los números impares, en cambio, le eran antipáticos, incómodos. Aquel número flotaba en su cabeza cuando Osembe se alejó de él para volver con sus amigas, que la recibieron entre risas. ¿Qué les diría? ¿Éste es el viejo vicioso que ya os conté?

Dejó pasar unos días antes de llamarla por teléfono. La ausencia de Osembe le había reconfortado. Perderla de vista era terminar con la pesadilla. Una tarde marcó el número desde su casa. Aurora estaba acompañada de su hermana y Leandro habló en voz baja. Ella reía, como si el reencuentro la pusiera de buen humor, le demostrara su poder. Y entonces le dijo pero, cariño, ¿por qué no vienes a verme?

Osembe exhibe sus músculos para él, le divierte tensar y destensar zonas de su cuerpo. Se ríe como una adolescente. Se gusta. Esa tarde no accede a quitarse el sujetador. Lo único que no le gusta de su cuerpo, le ha dicho muchas veces, son las marcas de sus pechos. Estrías, le dice Leandro. Parecen de vieja, dice ella. Leandro bracea con ella para quitarle el sujetador, pero ella no se lo permite, se ríe, disputan. Tiene los pezones pequeños y líneas blancas que recorren el nacimiento de los senos. Él trata de besarlos, pero ella dice que le hace cosquillas y le aparta de sí una y otra vez, como si quisiera ser la única dominadora del juego.

A Leandro esa especie de indolencia le gusta. Tampoco le molesta la mirada que se fuga constantemente hacia el despertador. Los ratos que hablan se cuentan cosas sencillas. Él le pregunta en qué gastas todo el dinero, ella le dice eso son cosas mías, me gusta estar guapa para ti y otras mentiras tan evidentes que resulta grotesco el intercambio.

No quiero volver a verte aquí, le dice Leandro. No me gusta venir aquí. Está muy lejos, está sucio. No quiero encontrarme con tus compañeras de piso. Nadie te va a decir nada, aquí estamos cómodos, nadie nos da órdenes, le dice

ella. La próxima vez yo buscaré otro sitio, zanja Leandro la conversación. No se ducha en la casa. Le repelen las tapas de plástico sobre el inodoro, la bañerita oxidada, la alfombrilla gastada y los azulejos color pistacho.

La calle está abarrotada de gente. Hay niños que juegan a pelotazos. Casi todos hijos de emigrantes. A Leandro el recorrido hasta volver a casa le lleva cerca de una hora. Junto a la cama de Aurora sigue su hermana Esther. Bromean y tratan con empeño absurdo de recordar el nombre de la chocolatería donde su padre las llevaba a tomar churros después de misa cuando eran niñas. Dicen nombres al azar y Esther ríe con su sonrisa caballuna y vitalista.

En el pasillo, antes de irse, ya oscuro afuera, la hermana de Aurora se echa a llorar ante Leandro. Se muere, Leandro, se está muriendo. Leandro trata de calmarla. Vamos, vamos, ahora hay que estar enteros para ella. Esther habla en un susurro doliente, pero es tan buena, mi hermana ha sido siempre tan buena. Ya no hay gente así.

Leandro espera a que Aurora duerma y marca el número de Joaquín. Le ha respondido Jacqueline. Han hablado apenas un segundo. Él no puede ponerse en este instante, pero llámale en veinte minutos. Cuando por fin hablan, Leandro le informa de que ya ha quedado con el biógrafo para la semana que viene. Ah, perfecto, es un chico encantador, ¿no te pareció?

Y Leandro deja caer la razón de su llamada. Te quería comentar lo de tu apartamento. No sé si podría usarlo una de estas noches. El silencio de Joaquín se hace espeso y tenso. Sólo si te viene bien, claro. Pues claro, ¿cuándo lo necesitas? No sé, me es igual, el viernes quizá. Claro, claro, mañana mismo hablo con Casiano y puedes pasar a recoger las llaves, antes de las ocho, eh, cierra la portería a las ocho. Perfecto. ¿Quieres impresionar a alguien?, le pregunta Joaquín con una risa. Bueno... A estas alturas, qué le vamos a hacer. Eso sí, deja las sábanas dentro de la lavadora. Hay una mujer que pasa a limpiar los lunes. Sí, claro. Será sólo esta vez, eh. Mejor, porque si se entera Jacqueline...

He encontrado las cartas, las cartas que me mandaste desde París y Viena, quizá puedan interesar para el trabajo. Leandro sabía que Aurora las guardaba, seguro que las encontraría. La voz de Joaquín recupera el entusiasmo, fantástico, sería fantástico, aunque deben de ser tan infantiles, bueno, pero eso

tendrá gracia. Claro que sí.

Leandro vuelve a sentir una punzada de cobardía. ¿Por qué hago todo esto? ¿Por qué ensucio todo a mi alrededor? Se hace preguntas que no puede contestar. Conoce las debilidades de los demás casi tan bien como las propias. Y sin embargo ni le sirve de consuelo ni de freno.

15

Se había levantado tan pronto que a las nueve de la mañana estaba agotado. Le rugía el estómago y propuso hacer una parada. Estaban a mitad de un traslado y habían llenado la furgoneta de cajas y muebles. Wilson había traído a dos amigos habituales para echar una mano. Chincho, que era un joven con un diámetro de cuello que podía sostener cuatro cabezas, y Júnior, un hombre fibroso de ojos achinados. Lorenzo se acoda en la barra. Pide los cafés y un pincho de tortilla recién hecha. Los demás se asoman a un periódico deportivo. Parecen conocer el fútbol nacional y habían elegido equipos rivales, por lo cual se tomaban el pelo entre ellos y discutían. Júnior era de Guayaquil y había cambiado el Barcelona de allá por el Barcelona de aquí. Me gustan los colores, el azul representa el ideal y el rojo la lucha. Tienes que demostrar tu cariño a Madrid, es la ciudad donde vives, le dice Wilson. Él se había hecho del mismo equipo que Lorenzo. Aunque es un año malo, le dice éste. Hablan de los jugadores. Cuando llegan a Ariel, Wilson dice, mucha guaragua pero se queda ahí. Mucho regatear, aclara, aunque es el mejor. En Ecuador era del Deportivo Cuenca, este año ganamos el título nacional, los entrena el turco Asad, un argentino, y es la primera vez que lo ganamos. Al equipo allá lo llamamos El expreso austral. Tienes que conocer Cuenca, es hermosa, la catedral es increíble, y la universidad. Los dos amigos le toman el pelo, la catedral y la universidad Wilson las conoce muy bien, pero por fuera, eh, por fuerita. Entre ellos también comentan sobre un conocido que ganó la semana pasada el concurso de mejor cortador de jabugo de España, es increíble, y no había visto una pierna de jamón hasta hace quince meses.

Lorenzo ha abierto un periódico local y pasa las páginas sin demasiada concentración. Ve la foto de Paco en un recuadro pequeño junto a la imagen de

un chalet. Hay una información bastante imprecisa sobre una banda de atracadores detenida por la policía. Al parecer actuaban con extrema violencia, lo describe así, y la policía los creía autores de la muerte del empresario madrileño Francisco Garrido, ocurrida algunos meses atrás.

Lorenzo salta entre líneas buscando información. Albaneses, palizas al servicio, armados, fría crueldad. A la nariz de Lorenzo llega el agrio olor del café con leche recién posado en la barra frente a él. No sabe qué pensar. Ahora lee la noticia completa, deteniéndose en cada frase. Todo suena a indicios, vaguedades. Podría ser un esfuerzo de la policía por endosarles casos sin resolver o nada más que la capacidad fabuladora del periodista.

Alivio y pánico. ¿Pueden entremezclarse ambas sensaciones? La cara de Paco en una foto nada favorecedora. Quizá la del carnet. Él, que siempre decía que uno no debía permitirse jamás una foto mala y rompía aquéllas que alguien le enseñaba donde no salía a su gusto. Seguro que no habría aceptado ésta. Qué ironía. No reflejaba para nada su magnética personalidad, más bien le vulgarizaba como una víctima sin relevancia. Lorenzo piensa que las detenciones abrirán una causa judicial y entonces alguien se verá obligado a buscar pruebas concluyentes. Nada está cerrado.

Vuelven a la labor. Lorenzo y Chincho hacen el primer viaje de furgoneta al nuevo destino de los muebles. Los otros terminan de empaquetar. La calle está embotellada. En Ecuador no tendréis este tráfico, le comenta Lorenzo. Chincho se encoge de hombros ocultando un centímetro de su inmenso cuello, yo taxeaba en Quito y el centro está tenaz, es superdifícil manejar por ahí, peor que esto. La agotadora tarea no termina hasta cerca de las dos. Es Wilson el que cobra el dinero y el que lo reparte entre los cuatro tras resolver las cuentas en su pequeña libreta. Lorenzo tiene la rara impresión de ser tan sólo su empleado. Se despiden. A medida que se acerca a casa a Lorenzo le invade cierta euforia. Si el crimen lo cometieron otros, entonces él no tiene nada que ver.

Sube en el ascensor a casa, pero antes de entrar corrige su dirección y remonta otro piso por las escaleras. Llama a la puerta de los vecinos del quinto. Daniela le abre. Lorenzo no le da tiempo a decir nada, se cuela en el piso. Ella cierra la puerta y le hace un gesto para que guarde silencio. El niño duerme. Lorenzo la besa, la abraza. Necesitaba verte. Aquí no puedes estar. Si

no vienen hasta la tarde. Pero no está bien. Puedo ayudarte, ¿qué hacías? No seas tonto.

La arrastra eufórico hacia el interior del piso. Es gemelo al suyo, pero ordenado de manera muy distinta, no tiene tiempo para percibir que la mayor diferencia es el calor familiar. Lorenzo la empuja hasta el dormitorio principal. No, no, le va susurrando Daniela entre divertida y azorada. Lorenzo la vence sobre el colchón, se tumba sobre ella para besarla y acariciarla.

Tres días atrás Lorenzo desnudó ese cuerpo por primera vez en la cama de su habitación. La escena tuvo poco que ver con ésta. Fue una labor lenta, entre apasionada y prudente. Daniela se mostraba pasiva. Habían salido de noche, pero hacía un frío intenso. Daniela fue quien propuso ¿podemos ir a tu casa? Claro, dijo él, no pensó en Sylvia, a buen seguro no llegaría hasta más tarde.

Se sentaron en el sofá. Él puso una música suave, trajo algo de beber. La besó y se hablaron muy de cerca. Él le retiraba el pelo de la cara con la punta de sus dedos. Le contó episodios de su vida y le dio a entender que se habían encontrado en un momento en el que su ánimo estaba bajo mínimos. A Daniela parecía gustarle el tono confidente de Lorenzo. Se mordió un labio cuando él le habló de su historia de amor con Pilar, creo que fuimos la pareja más feliz del mundo durante un tiempo. De tanto en tanto interrumpía sus palabras para besarla con levedad en los labios o palpar su cara. Daniela miraba la casa. La estantería del salón, el televisor.

Llévame a tu cuarto, le dijo cuando Lorenzo la besaba con intensidad, como si diera por terminada la conversación de sofá.

Sobre la cama, despojó a Daniela de la ropa. Su piel tenía un matiz gris y era suave. La carne parecía oprimida por la ropa. La cinta del sujetador, los pantalones ajustados. Tenía unos pezones enormes de un rosa eléctrico y unos pechos generosos que al liberarse produjeron una onda expansiva de erotismo. En la espalda, Lorenzo descubrió unas cicatrices rosas que le cruzaban a la altura de los hombros y que ella cubrió al tumbarse sobre el colchón. Cruzó los brazos por encima de sus senos como si se protegiera o como si se entregara, Lorenzo no quiso desvelarlo aún. Retiró sus zapatos y luego bajó los pantalones junto a las bragas que se enroscaban sobre sí mismas. Le costó despojarla de la ropa, como si le retirara una primera capa de piel. El vientre y los muslos oscilaban carnales. Lorenzo descendió para besarle el ombligo

hundido. Ella estaba tensa, pero inmóvil. La marca del elástico de la ropa interior permaneció largo rato dibujada sobre la piel temblorosa de ella.

Lorenzo quiso bajar hasta su sexo, pero ella presionó los muslos y dijo no, eso no, eso es sucio. Lorenzo trepó para buscar de nuevo su cara y su cuello. Ella no lo desnudaba, así que se deshizo de su ropa sin olvidarse del cuerpo de ella, al que besaba y acariciaba sin tregua. La luz estaba apagada, pero por la ventana se filtraba el resplandor que le permitía apreciar la carne de Daniela sobre la colcha. Lorenzo se tumbó sobre ella y poco a poco los muslos de Daniela le concedieron el paso. Sus manos encontraron un lugar donde posarse en la espalda de Lorenzo. Él entendió llegado el momento de la penetración y ella gimió con intensidad.

Había ocurrido la tarde más inesperada. Quizá el frío de la calle, quizá sencillamente había llegado el momento. Daniela tenía una marca de nacimiento oscura en la piel, por encima de la cadera. Lorenzo se derramó muy cerca de ella, tras salirse de su cuerpo con una acelerada torsión.

Hubo un instante de silencio y luego ella dijo era lo que querías, ¿verdad? ¿Por qué dices eso? ¿Tú no lo querías? No sé...

Las palabras de Daniela sonaban tristes y forzaron a Lorenzo a mostrarse más cariñoso. Le habló al oído de la primera vez que la había visto, en el ascensor. De la impresión que le habían causado sus ojos rasgados, del misterio que emanaban. Ninguna otra mujer excepto Pilar había reposado entre esas sábanas, le dijo. No habló de lo distintos que eran sus cuerpos, las diferentes sensaciones. Él también era ahora un hombre distinto.

¿No piensas nunca en ella? ¿En tu mujer? A veces. Las manos de Daniela ponían buen cuidado en no acercarse al sexo de él. Las tenía entrelazadas sobre su vientre y Lorenzo las acariciaba con parsimonia.

Todo es tan extraño, que yo esté aquí, contigo, dijo ella. ¿Por qué? No sé, supongo que tú has conseguido lo que querías, poseerme, y ahora ya puedes sentirte satisfecho, triunfador. ¿Por qué hablas así? ¿No confías en mí? Todo puede ser tan feo o tan lindo. Pero ya está, ya te has acostado conmigo, bueno.

Lorenzo guardó silencio, no acababa de comprender del todo la actitud de Daniela. Su carne, en cambio, le excitaba.

Para los hombres tener nuestro sexo es el fin de la conquista. Para nosotras es el principio. Te vi la cara cuando corriste a derramarte fuera de mí. Tú en

cambio no miraste mi cara.

Daniela...

Ni siquiera me preguntaste. A lo mejor yo hubiera querido que terminaras dentro. Que fuera al menos algo que me quedara de ti cuando desaparecieras de mi vida.

Lorenzo la besó como si los besos fueran la mejor refutación de sus dudas. Sus labios estaban secos, pero sabían bien. Ven, entra en la cama, cogerás frío. Lorenzo levantó para ella las sábanas.

Oyeron a Sylvia entrar en la casa y cerrarse en su cuarto. En un tono susurrante hablan de la hija, no hagamos mucho ruido. Lorenzo le contó que ella trajo a su novio la otra noche, yo me fingí dormido. Pero ya tiene novio, tan jovencita, ¿y se acuestan? No, bueno, eso no lo sé, dijo Lorenzo. ¿Cómo puedes no saberlo?, es tu hija.

Luego volvieron a hacer el amor, más bien Lorenzo hizo el amor sobre Daniela. Dejó que el pelo de ella se enredara en su cara. Trató de colocarla encima de él. Le costó vencer su resistencia. Se sintió poseído por la cadencia de su pechos al moverse ante él. Daniela apoyó sus manos sobre la cara de Lorenzo. No soy una diosa del sexo, ¿sabes? Lorenzo se rió y acarició sus pechos. Le dijo que eran muy bonitos. Ella dijo gracias. Daniela apenas se movía sobre él, gimió, pero no disfrutaba del momento. Lorenzo se obligó a no apartar la mirada de los ojos de ella.

Daniela insistió en marcharse a casa. No quería pasar la noche allí. Salió de entre las sábanas y comenzó a vestirse. Él la observaba, la oscilación de su carne le excitaba. Rogó a Lorenzo que se quedara en la cama, pero él se vistió de un salto y la llevó en la furgoneta hasta su portal, por más que supiera que de vuelta sería un infierno encontrar dónde aparcar. Se despidieron con un beso corto en los labios. La sonrisa de ella parecía franca y alegre por primera vez. Lorenzo sintió que aún se abría un abismo entre ambos, pero se dijo la quiero, es hermosa y frágil, quizá no estoy a su altura, pero podría estarlo.

La quiere tomar allí sobre la cama ordenada de sus vecinos, con los peluches posados entre los dos almohadones, sobre la colcha de dibujos de flores naranjas y blancas, entre las mesillas donde se acumulaban los libros de lectura de cada uno, pero ella se lo impide con rotundidad. No, no, eso no. El

día anterior habían salido juntos, pero Daniela no quiso ir a su casa ni le invitó a subir a la suya. Ven, dice Daniela, y le obliga a ponerse en pie. Lorenzo se queda tumbado un segundo en la cama y se señala con las manos el bulto entre las piernas. Mira esto, yo no tengo la culpa, ¿qué quieres que haga con esto? Descarado, sonrío ella.

Toma la mano de Lorenzo y lo lleva hasta el cuarto de aseo que hay en el pasillo. Junto al lavabo, le baja los pantalones hasta mitad de muslos y lo masturba con movimientos rotundos del brazo. Mira la cara de él y sonrío desafiante mientras lo hace. Lorenzo le acaricia los senos sobre la ropa y la abraza en el momento de correrse salpicando los grifos. Se recompone de prisa. Ella sólo dice ahora vete, no puedes estar aquí.

Él sale de la casa, se asoma primero por la mirilla para no cruzarse con ningún vecino. Desciende las escaleras hasta el rellano de su piso. Te quiero mucho, le había dicho a Daniela un segundo antes de salir. Mucho. Pero sólo consiguió arrancarle un márchate ya. Nada iba a ser fácil. Entendía que Daniela no quisiera formalizar la relación ante sus amigas, pasearse por el barrio con su español. Puede que alguien rumoreara cuando los viera juntos. A Daniela le gustaba sentirse respetada. Como le había dicho un día atrás, no soy de esas chicas que creen que un hombre llega para solucionarte la vida, yo soy de las que piensan que la mayoría de las veces sólo vienen para hacértela más complicada.

Volverían a verse a la tarde, cuando ella acabara la jornada de trabajo. Podían cenar juntos, aunque ella nunca tenía hambre. Quizá podría llevarla a casa. Había llegado la hora de presentarle a Sylvia. No quería que pasara más tiempo sin que se conocieran. No tenía ganas de ser un furtivo en su propia casa, en su propia vida. No le diría a Sylvia esas imbecilidades de tengo derecho a rehacer mi vida yo también. Se limitaría a decirle ésta es Daniela.

16

Les gusta esa cafetería porque pueden mirar la calle a través del ventanal rectangular. Fue Sylvia la que se lo hizo notar una tarde. Mira, parece un cine. A través del cristal la vida real era como un espectáculo proyectado para ellos. A menudo es Ariel el que llega más tarde de los dos y ella lo saluda desde dentro con una sonrisa. Pero hoy es él quien aguarda, preparado para verla caminar por la acera en su dirección. Ariel apoya la espalda en el respaldo de la silla, dispuesto para el placer de mirarla caminar.

Suerte y cabezonería, le ha dicho el masajista esa mañana. Si tuviera que definir lo que se necesita para triunfar aquí lo resumiría en eso, suerte y cabezonería. Si uno no está resuelto a subir la cuesta arriba cuando llega, lo mejor es irse, porque ahí es cuando toca apretar los dientes. Lo ha dicho como si no hablara con Ariel, como si se dirigiera al tobillo lastimado y éste pudiera escucharle y seguir sus consejos. La mitad de las lesiones están aquí, y se ha señalado la frente con un dedo húmedo. Ariel agradeció las manos poderosas sobre el cuerpo. Aquí hace muchos años jugó un defensa italiano que siempre tenía una frase para estas cosas. *Non piangere, coglioni, ridi e vai...* Pues eso, no vale quejarse, le dijo para terminar la sesión de masaje.

El bronceado de Pujalte era intrigante por su perfección. Se aplicaba sobre todo su rostro de una manera milimétrica. Se unía a su pelo engominado y practicaba un juego de contrastes con la dentadura inmaculada. Demasiado perfecto para ser un exfutbolista, pensó Ariel al verlo. Llevaba zapatos caros sobre la hierba húmeda. Se habían mojado los bajos de sus pantalones de traje al pie del campo de entrenamiento. Ariel salía de la sala de pesas. Caminó hacia él, aún llevaba una muleta. Pujalte no dio un paso, le esperaba.

En el despacho estaremos más tranquilos, le dijo Pujalte, y le tomó del

como si con eso le ayudara a dirigirse hacia allí. Estamos en el mes de marzo, abrió la neverita y sacó dos botellitas de agua helada. Ariel no bebió de la suya. Por eso quería hablarte con el tiempo suficiente, mi intención es que sepas que al día de hoy no contamos contigo para la temporada próxima. De entre todas las cosas que Ariel hubiera previsto escuchar esa semana de labios de sus superiores ésa fue la más inesperada. Y se sintió mal por su incapacidad para anticiparlo. No le gustaba sorprenderse jamás por nada, le parecía un rasgo de estupidez, de imprevisión. Era importante adelantarse a las decisiones de los demás para que no te asaltaran de improviso. En realidad tenía mucho que ver con la actitud en el campo, anticiparse a las opciones del contrario.

Pero Ariel no mostró la sorpresa. Los ojos del director deportivo viajaban por la habitación o se posaban en su pecho. Jamás buscaban sus ojos, a veces se iban hasta la puerta o la pared, nunca a los ojos de Ariel. Ni el cuerpo técnico ni los aficionados creen ver en este equipo la apuesta de futuro que esperábamos. Palabras. Las palabras eran siempre cortinas de humo. Ariel no las escuchó. Prefería buscar los ojos que no encontraba. Con todo esto sólo quiero decirte que vamos a escuchar ofertas, que puedes moverte por tu cuenta, pero con discreción, lo peor que podríamos hacer es dejar que la prensa comience a enfangarlo todo.

Pero yo tengo un contrato. Ariel habría deseado no tener que escucharse decir esa frase.

La ilusión de la gente es nuestro único contrato. La frase del director deportivo debía de haber sido extraída de algún manual, de alguna antología de frases brillantes y vacías. No podía ser suya. Ilusión era una palabra demasiado compleja. Cuando las ilusiones no se ven cumplidas, por qué cumplir los contratos.

El entrenador..., intentó decir Ariel. El entrenador está al corriente de que vamos a tener esta conversación. La aprueba él y la aprueba el presidente, que en estas cosas jamás interviene.

Me están echando, pensó Ariel. Como se aparta la ropa vieja. Le molestó que lo hicieran la semana en que no podía defenderse en el campo. Que ni siquiera podría utilizar la rabia para motivarse en la cancha. Lesionado, parecía tener menos argumentos en su defensa. Y no quería defenderse. Le oyó

hablar del futuro, de un equipo más ambicioso. Ariel pensó la culpa es mía, no he dado lo suficiente, las cosas no han salido bien.

No te calientes la cabeza, yo sé lo que siente un jugador cuando escucha las cosas que yo te estoy diciendo. Yo era como tú hace cuatro días. Sería un error aferrarte a tu contrato y perder los mejores años de tu carrera, es posible que en otro sitio las cosas te vayan mejor y puedas volver más maduro, más hecho como jugador.

¿Estamos hablando de una cesión a otro equipo?

No estamos hablando de nada, tienes veinte años, hay que ver cómo van las cosas, éste es un tropiezo sin importancia.

No sé, hay algo que no comprendo, dijo Ariel. Yo miro al equipo y no creo que mi aportación sea la más problemática, al revés, veo que por ahí nos han salido cosas bien, que la gente me estima. A la gente no te la has metido en el bolsillo, le dijo Pujalte. Eso también cuenta. Te estoy hablando de que queremos revolucionar el equipo. Las cosas en España son muy diferentes a la Argentina. Aquí el público no cree en los colores ni en sentimentalismos, tienes que venderles al empezar la temporada que nos vamos a comer el mundo, si no nos comen a nosotros. No podemos decirles que este año es una buena inversión para el año que viene o para el siguiente, lo quieren ya. Te voy a ser sincero. Tenemos otro jugador en tu posición, un nombre que traerá ilusión a la gente, novedad. No digo que tú no la cubras con dignidad, pero no creo que seas un jugador para quedarte de suplente. Por eso te hablo tan claro, de hombre a hombre, no quiero que te enteres por ahí de nuestras negociaciones.

Ariel asintió. Por un momento parecía que hasta tenía que agradecer la deferencia. Y quizá era así.

Equipos no te van a faltar, dame unas semanas, déjame moverme por el mercado y nos volvemos a reunir, ¿vale? Ariel se sintió estúpido al levantarse ayudado por la muleta. Impedido. Definitivamente el momento elegido era inoportuno. Me temo que esta conversación no va conmigo, sería mejor que hablaran con mi representante. A mí me pagan por demostrar lo que soy en el campo, no para aguantar reuniones en los despachos, dijo Ariel antes de salir.

Quizá sea precisamente eso, necesitas más descanso, más concentración, menos distracciones, más sentirte un futbolista...

El director deportivo habló a su espalda. Ariel estaba a punto de echarse a llorar y no quiso volverse para mirarlo, ni interrogarlo para saber si se refería a algo concreto. Llamó a su hermano desde casa, le contó todo. Charlie le tranquilizó. Son cosas que se dicen. Deja que nos ocupemos los demás. ¿Pero las cosas van tan mal? ¿Por qué no me lo dijiste? Eso es lo que más me da bronca, Charlie, que yo no pensaba que las cosas estuvieran yendo mal.

Esa tarde le relajó tumbarse en el sofá a ver pasar las horas, sin implicarse en una conversación con Sylvia, tan sólo acariciar los rizos de su pelo mientras ella miraba sus apuntes de clase. Envidió sus ocupaciones. No quiso contarle nada. Ella le preguntó ¿tendrás vacaciones en Semana Santa? Aún no lo sé, dijo él.

Le dejaba un poso agrídulce encontrarse consolado por ella cuando en los últimos días había planeado distanciarse. Después de conocer su cuarto de estudiante, a hurtadillas para no despertar al padre que roncaba, Ariel había caído en la cuenta del disparate que cometía. Ella tiene dieciséis años. Pósteres en la pared, un peluche en la cama. Allí estaba él, en el hotel antes de un partido, repasando apuntes de estudio entre bromas, mientras ella le confesaba que le había bajado el periodo. Días después llegó Marcelo a Madrid para dar un concierto de presentación de su nuevo disco. Lo telefoneó, no podés faltar.

Ariel acudió a un local de conciertos, la sala Galileo. Marcelo le había reservado una mesa. Ariel no quiso invitar a Sylvia. Estaba decidido a distanciarse, frenar esa locura. Ariel esperó en la barra hasta que llegó Reyes. Había conseguido su teléfono por Arturo Caspe. Perdona, no quiero molestar, pero la otra noche me puse en ridículo y quería disculparme, ahora sabía que ella era una modelo bastante conocida. No hace falta, qué tontería. Ariel le explicó que un amigo de Buenos Aires actuaba en Madrid, y me encantaría invitarte. Ella sonrió al otro lado de la línea, Ariel pensó es una chica interesante, esa manera de fumar casi suicida. ¿Aún tienes ese lunar en la cara?, preguntó ella. Sí, creo que sí. Entonces no puedo decir que no, contestó Reyes. ¿Estaba tonteando con él? Ariel se sintió animado, eso era lo que necesitaba. Puedes venir con tu pareja, claro.

Pero ella acudió sola.

El local estaba repleto de gente, la mayoría argentinos, lo que luego

expresó con frustración Marcelo, no vengo hasta acá para cantar para los que ya me conocen, ¿dónde coño están los españoles? Para triunfar en España tienes que venirte a vivir aquí, le dijo a Ariel. Y a eso me niego, porque luego los españoles te desprecian porque te consideran uno de los suyos. Pero todo eso sucedió al final del concierto, el inicio fue un Marcelo exultante que cantó acompañado por un grupo de cuatro buenos músicos, vestido con un traje negro, camisa blanca y una corbata con los colores de San Lorenzo.

Tiene gracia actuar en un sitio llamado Galileo, habló tras las dos primeras canciones. Espero que no me quemén en la hoguera. Mirá vos que es difícil no acabar en la unidad de quemados de la historia de la música, ¿cierto? Y lo digo yo, que cumplo en septiembre los cuarenta y cinco. Ahora les voy a cantar una respetuosa versión de la canción que escucho al despertarme desde hace casi veinte años. Así presentó su traducción de «Tañen las campanas de la libertad», un viejo clásico de Dylan, que Marcelo versionó en castellano durante ocho minutos largos.

Ariel se inclinó sobre Reyes. ¿Te gusta?, le preguntó. Ella asintió con la cabeza. Era preciosa, los pechos asomaban por los botones sueltos de su camisa blanca recogidos en un fino sosten negro, tan modelados que Ariel se preguntó si no serían de plástico. Hacia el final del concierto, Marcelo le dedicó a Ariel una canción tras una parrafada larga en la que habló de su amistad. Trátenlo bien acá, pidió.

Tomaron una copa con Marcelo, pero luego Reyes dijo mañana madrugo. Ariel quedó con Marcelo para comer al día siguiente. Reyes pidió un taxi por teléfono y Ariel se ofreció a acompañarla a casa. Al salir, un fotógrafo los sorprendió. Los flashazos de la cámara eran como disparos en la oscuridad. Ariel levantó la muleta para quitárselo de encima, pero el tipo reculó. Subieron al taxi y se alejaron de allá. El fotógrafo aún les disparó a través del cristal de la ventanilla. El taxista dijo algo que Ariel no entendió. Veo que eres muy famosa. Me temo que iban por ti, dijo ella. No sé, dijo él. Ella vivía cerca del centro. Ariel volvió a disculparse por la noche anterior. Vamos, tampoco me asusté, bromeó ella. En el fondo es hasta halagador, a lo mejor eres tú el que no estás acostumbrado a que te rechacen. Ariel sonrió. ¿Tu novio trabaja en esto? Sí, es fotógrafo, pero no del tipo que acabamos de ver. Ya. Ariel estaba inquieto, ¿y qué hacen luego con estas fotos? Suelen aparecer en una

revista con una entrevista inventada donde decimos que sólo somos buenos amigos y que tú quieres recuperarte pronto de la lesión para darles más satisfacciones a los aficionados. La mierda habitual. Mi novio ya estaba advertido, pero como sabe que los futbolistas no son mi tipo me dio permiso, tú puede que tengas más problemas. ¿Sales con alguien?

Ariel tardó en contestar. No, bueno, estoy dejándolo con una chica. No sé, es una historia extraña. Reyes le miró interesada. Ariel guardó silencio, algo incómodo. ¿Quieres tomar una última? Al lado de casa hay un bar tranquilo. Ella le indicó al taxista, que volvió a hablar entre dientes, pero esta vez Ariel sí le entendió, así te vas a recuperar de la lesión, menudos golfos, cómo viven. Ariel alzó las cejas en dirección a Reyes, ella sonrió. Las chicas os interesan más que el balón. Obvio, ¿a usted no?, le respondió Ariel. A mí las mujeres me parecen todas unas hijas de puta, y la mía la que más. Reyes tosió atragantada. Esto es lo que yo llamo hablar claro.

Fueron a una cervecería irlandesa que hacía esquina. Sentados a una mesa de madera, Ariel le contó parte de su historia con Sylvia. No le ocultó que ella tenía dieciséis años. A los dieciséis años, yo aún me enamoraba de los profesores de gimnasia, le dijo ella, y estaba segura de que George Michael me vendría a buscar a la salida del instituto. Supongo que has hecho realidad una de sus fantasías y eso puede ser peligroso. Me aterra, dijo él. Aunque Sylvia no es una adolescente viviendo en un cuento. Cuidado, las chicas sabemos disimular bien, le advirtió Reyes. Un rato después lo dejó allí con la cerveza a medio terminar, le regaló dos besos en la mejilla y la promesa de encontrarse otro día. Ariel esperó un taxi en la calle, le hubiera gustado acostarse con ella, sumergirse en otros brazos y otro cuerpo que le mantuvieran lejos de Sylvia.

Al día siguiente comió con Marcelo Polti en un restaurante de la Cava Baja. Invitó a Ronco y hubo química instantánea entre ellos, aunque Ronco empezó fuerte. Antes del primer plato ya le había dicho, me carga el típico cantautor argentino modelo coñazo pretencioso y más si se considera heredero de ese plasta católico de Dylan. A mí me gusta Neil Young. Gente sin pose. Dylan es un ególatra que come hamburguesas y hace canciones demasiado largas que se le ocurren mientras va en moto. Marcelo se echó a reír estruendoso, ¿este tipo es un tarado? Dylan es Dios. Marcelo le daba vueltas a

componer una ópera rock, sé que suena fatal, sí, reafirmaron ellos, sobre una turista suiza de veintiocho años que viajaba sola por la Argentina y había desaparecido tras salir de paseo en Pagancillo, en La Rioja, sin dejar rastro. No se sabía nada de ella desde hacía seis meses. Marcelo quería centrar las canciones en el padre, un profesor de alemán jubilado que había llegado al país para tratar de encontrarla. Su visión puede ser perfecta para resumir la Argentina, eso necesitamos, una mirada suiza. Se puede contar la belleza natural, la mierda social, la corrupción, todo.

Marcelo maldecía, poco después, el pedazo de carne que le habían servido. En esta basura es en lo que se va a convertir la carne argentina como sigan abriendo campos de soja y cerrando potreros o convirtiéndolos en agujeros donde se hacinan las vacas. La vaquita necesita vivir suelta y no engordada como aquí en Europa a inyecciones. Y si Ronco le llevaba la contraria de nuevo, él le decía, pero, pibe, vos tenes una voz preciosa, me tenés que hacer dúo en el próximo disco, qué voz, loco, parece que te pasaron por un *protools* estropeado.

En los postres Marcelo se refirió a Reyes, felicidades por la muchacha de anoche, la que trajiste al concierto, qué pedazo de pibón, pero Ariel aclaró que no salían juntos. Ronco se interesó por ella. Ariel les contó lo del fotógrafo a la salida del local. No lo dudes, si Arturo Caspe sabía adonde ibais los llamó él, sentenció Ronco. Ese hijo de puta vive de vender favores. Ya te lo dije, son vampiros, necesitan sangre virgen cada noche.

Marcelo había encontrado a Ariel más serio. Él culpó a la lesión. No quiso hablarles de las malas noticias del club ni de su relación con Sylvia, a la que estaba decidido a abandonar. Pero Marcelo podía ser un hombre insistente, desde el mismo restaurante llamó a un amigo suyo que trabajaba de analista en Madrid y le envió a Ariel esa misma tarde. Ronco se reía a carcajadas, los españoles no vamos al analista, nos emborrachamos en un bar, todos los camareros tienen el título de psiquiatría por la Gin Tonic University.

Ariel se sentó frente a un doctor llamado Klimovsky que no quiso dedicar aquella primera sesión más que a hablar con relajo, lo que se tradujo en una avalancha de datos sobre su propia vida. Era analista, pero también escribía guiones de cine y pintaba. Los cuadros que adornaban la consulta eran la terrible consecuencia de esa afición en apariencia inofensiva. Apenas permitió

a Ariel decir otra cosa que no fueran monosílabos y aunque quedaron en verse la semana siguiente, Ariel dudaba si volver. En uno de los cuadros de la consulta un pez salía de la vagina de una mujer con la cara pintada de arlequín y esta visión provocó pesadillas en Ariel durante gran parte de la tarde.

Al día siguiente acudió sin muleta al final del entrenamiento. Se sentía bien después del masaje y quería conocer la opinión del entrenador. Ayer me dijeron que no cuenta conmigo para el año próximo, le dijo en un momento en que se acercó a saludarle a la banda. ¿Quién te ha dicho eso? La sorpresa sonaba falsa. El club exige, yo por mi parte tendría otras prioridades, le trató de convencer Requero. Me dicen que hay alguien fichado para mi posición. Primera noticia, yo no sé nada. De las cosas que más desagradaban a Ariel en estas situaciones era la cobardía. Hubiera preferido una autoridad mayor o al menos un gramo de sinceridad, aunque fuera perjudicial para él. Pero el entrenador lo esquivaba.

Sólo quería saber si usted cuenta conmigo, porque voy a luchar por quedarme en el equipo. El entrenador le miró con una sonrisa insignificante y asintió con la cabeza. Como si apreciara la actitud. No se ahorró decir una estupidez, me gusta la gente con ese carácter. Mientras formes parte de la plantilla del equipo no dudes jamás que serás mi jugador.

De modo automático Ariel lo introdujo en la lista de personas despreciables que había conocido en su vida. No era una lista demasiado larga, pero incluía a aquéllos que habían eludido su responsabilidad cuando tocaba dar la cara, que habían sido falsos, interesados, traidores, en los momentos en que uno más indefenso estaba.

Amílcar lo invitó a comer. En el coche hablaron. Intuía que algo así estaba pasando. No te dejes liar, le dijo Amílcar, escucha lo que tienen que decirte y déjate de actitudes nobles y cosas así. Si te ofrecen un buen equipo, márchate, cobra tu ficha y juega a gusto, que nuestra vida es muy corta. A lo mejor regresas convertido en un ídolo, no sería la primera vez que pasa. Ariel levantó la cara hacia él. Tú sabes tan bien como yo que hay equipos de los que nunca vuelves, que ya sólo te ofrecen la oportunidad de ir bajando en el escalafón. A lo mejor para eso prefiero volverme a Buenos Aires. Ni siquiera me han dado tiempo para demostrar nada.

¿Tiempo? Amílcar soltó una risotada burlona. ¿Tiempo? Estamos hablando

de fútbol. Aquí salen periódicos deportivos cada mañana. ¿Quieres tiempo? De aquí al siguiente partido es más o menos la eternidad. Ariel se quedó callado. Sabía que Amílcar tenía razón. Conducía un coche enorme.

¿Por qué tan serio?, preguntó Fernanda, la mujer de Amílcar, durante la comida. Problemas con el club, no cuentan con él para el año que viene. Poseía una belleza serena con la que intentó arropar a Ariel. Bueno, están pensándolo, dijo él. ¿Y no tenías un contrato por tres años? Por cinco. ¿Y? Amílcar intervino. Vamos, cariño, si un jugador quiere irse se va, si un club quiere echarte, te echa, el contrato es sólo un papel. Un papel que significa mucho dinero, dijo ella. El dinero es lo de menos. Le pagarán, lo venderán, lo cederán. El contrato se rompe igual que se firma. Para Amílcar era fácil hablar así, pensó Ariel. ¿Tú cuántos años llevas aquí, Amílcar? Yo no vine como una estrella.

La dureza del tono de Amílcar hiere durante un instante a Ariel. Se concentra en su plato. La mujer de Amílcar niega con la cabeza, incrédula por el tono que su marido ha utilizado, lo que le afea con un gesto. Es la puta verdad. A mí ni me pagaron millonadas ni me dedicaron portadas ni me sacaban al campo para que resolviera el partido. ¿Te cambiarías por mí? Amílcar, por favor, estás hablando con un chico de veinte años, no adoptes esa actitud cínica, insistió Fernanda. No, no, le entiendo perfectamente, musitó Ariel. Supongo que ha venido a ti para buscar ayuda, no para que le cuentes toda la mierda que esconde este negocio bajo la alfombra... Amílcar torció el gesto. De verdad, cariño, déjalo. Estamos hablando en serio, esto no es una conversación de café, ¿vale? Cuando alguien cobra lo que cobra él, puede soportar que lo traten como una mercancía. ¿Ah, sí? Pues yo no lo creo. Que te paguen una fortuna no les concede el derecho a tratarte como una mierda, dijo ella.

Bueno, bueno, no vayáis ahora a ponerlos a discutir por mi culpa.

No, no te asustes. Si nos encanta discutir, dijo Fernanda. A ella más que a mí. La mujer de Amílcar sonrió y luego rozó la mano de su marido. *Meu anjo das pernas tortas*, susurró para él, que meneó la cabeza vencido por la dulzura de ella.

Comieron sin prisa. Volvieron sólo de pasada al asunto y no se zambulleron de nuevo en la discusión. Al llegar la hora de ir a buscar a los

niños al colegio, Amílcar se puso en pie. Tú quédate tranquilo, vuelvo en media hora, le dijo a Ariel. Desapareció agitando las llaves del coche, con las piernas arqueadas como dos paréntesis.

Ariel se quedó a solas con la mujer de su compañero. Ella le sirvió el café. ¿Duermes la siesta? En España me he acostumbrado a las siestas, le explicó ella. Duermo apenas tres minutos pero me relajan para toda la tarde. Un mechón rubio cayó sobre su ojo y Fernanda lo apartó con un soplido, gesto aññado que hizo sonreír a Ariel. Era muy bella. Cuando te termines el café sube si te apetece. Sonrió con calidez. Se puso de pie. Mi cuarto es la primera puerta a la derecha, al final de la escalera.

Se dio media vuelta y subió los peldaños. Al llegar al último le miró con los ojos azules limpios. Ariel tosió. Estuvo a punto de tirar las tazas. La mujer de servicio, una marroquí bajita y oronda, apareció para retirar la bandeja. Ariel se quedó allí sentado a solas. Tuvo ganas de huir. Pero también de abrazar a la mujer de Amílcar y disfrutar de su belleza, que contenía la promesa de un iceberg. Hielo en la superficie, fuego sumergido.

La subida de las escaleras fue una tortura para Ariel. Aquello le parecía perverso. Apenas la conocía pero ya desde el primer día había sentido una atracción mutua flotar en el ambiente. ¿Iba a ser capaz de tomar a aquella mujer y saciar un deseo de sobremesa? ¿Sin tener en cuenta nada más? A lo mejor todo era un juego perverso del que también participaba Amílcar. Estuvo a punto de echar a correr escaleras abajo. El veterano jugador que lleva a su mujer las nuevas adquisiciones del equipo. Demasiado rebuscado.

Llamó a la puerta con los nudillos. No haré nada. Todo lo que pase será culpa de ella. No moveré un dedo, se decía Ariel cuando abría la puerta después de que ella le invitara a pasar. Notó su erección bajo los pantalones.

La electricidad del instante parecía nacer de la melena lisa de ella, perfecta, escalonada en torno a su cara. Fernanda estaba tumbada sobre la cama aún vestida, tan sólo se había descalzado. Posó la mano sobre el colchón invitándole a acercarse. Luego se reclinó. Desde el primer instante en que te vi, sentí una corriente positiva, sé que tienes cosas dentro que aún no has encontrado la forma de sacar. Ariel pensó que era el momento de besarla y no pudo apartar los ojos de sus labios. Pero ella se inclinó para alcanzar el cajón de la mesilla y aferrar el tirador. Va a sacar los condones, pensó Ariel. Del

cajón extrajo un grueso libro. Escudriñó entre sus páginas, muy concentrada. Cuando encontró lo que buscaba le tendió el libro a Ariel. Lee, lee en voz alta, le pidió.

Ariel leyó: «En la pena, sólo Dios es consuelo. Nada aplaca la sed, el cansancio, la duda, el dolor, para siempre. Sólo la voz de Dios. Él es la respuesta a todas las preguntas, la medicina para todas las enfermedades...». Ariel detuvo la lectura.

Ella le arrebató el libro de entre las manos con delicadeza. Leía despacio. Con meloso acento brasileño. La energía que ponía en entonar las frases revelaba la importancia que concedía a cada palabra. Ariel se sintió arder las mejillas, pero no se movió. Escuchaba palabras sueltas que carecían de sentido. Convivencia, verdad, entrega. Entendió su ridículo. Se alegraba a fin de cuentas de no haberse lanzado a abrazarla o de no haberse sacado la polla nada más franquear la puerta. Se rió de su propia idea. Imaginó a Fernanda defendiéndose a golpes con esa especie de Biblia de pastas duras del acoso de su miembro erecto. Ella dejó de leer un instante. El carácter grotesco de la situación que se desarrollaba en la cabeza de Ariel no parecía afectar a la intensidad emotiva de ella.

Llévate el libro. Ya me lo devolverás. Tómallo. Pero quiero que sepas que nos encantaría poder ayudarte.

¿Era una secta? ¿Un delirio? ¿Amílcar participaba de esto? Era obvio que sí. Le había dejado a solas con ella para la ceremonia de captación. Se puso de pie con el libro bajo el brazo. Podría llorar o reír en ese momento. Ella habló de nuevo, su rostro era precioso, en absoluto crispado. No te avergüences de ti mismo, todos hemos llegado desde sitios que te asustarían, tú no eres peor que yo. El que subió las escaleras hace un momento era sólo un hombre normal, a lo mejor el que las baja ahora es un hombre mejor.

Ariel asintió con la cabeza y reculó hasta abandonar el cuarto. Antes de cerrar ella plegó las piernas y Ariel pudo apreciar la cara interna de un muslo tostado y atractivo entre la abertura del vestido.

Cuando llegó Amílcar él estaba sentado en el sofá hojeando el libro. Había pedido dos cafés más a la criada y estaba a punto de trepar por la pared a causa de los nervios. No hablaron del asunto. ¿Sería Amílcar una rara especie de atleta de Dios o como aquel central chileno en San Lorenzo que

recomendaba a los compañeros un psicomago que te leía el destino en el agujero del ano? ¿El mismo que a otro jugador que perdía el pelo al parecer incapaz de soportar el estrés de la competición le recomendó untarse la cabeza con sus propias heces sin ningún resultado? Amílcar y él se sonrieron. Cada uno por distinta razón. Bromearon un instante con los niños y luego Ariel pidió un taxi.

Había quedado con Sylvia en la cafetería. Aprovecha el rato de espera para mirar las películas en dvd que se alquilan en la planta baja. Sabe que no romperá con ella pese a los esfuerzos por distanciarse. Afuera todo es extraño. Está tan solo sin ella. ¿Por qué siempre es igual?

17

Sylvia le ha notado las ganas de hablar y le deja explayarse. Ariel rompe así su hermetismo habitual. Bajo la melena y tras los ojos claros, sus pensamientos parecen guardados en caja fuerte. ¿Irías a Buenos Aires conmigo? ¿Te vendrías conmigo?

¿Y qué pinto yo allí? Ariel le ha prestado unos gruesos calcetines de pelo de llama. Ella tiene apoyados los pies sobre el sofá.

El viernes ella trajo una mochila con algo de ropa. Tres bragas. El resto son prendas de deporte que coge prestadas de Ariel. Recibe cada semana enormes bolsas de la marca con la que tiene firmado un contrato de patrocinio. Pasarían el fin de semana atrincherados en el chalet. Otro falso viaje con Mai, pero su padre no ponía pega. Se le veía feliz. Para Sylvia era un placer dejar morir la tarde juntos, despertarse el uno al lado del otro. Cuando Ariel salió a comprar los periódicos, Sylvia se temió algo malo. Un poco antes había recibido una llamada de su amigo Ronco.

En uno de los periódicos deportivos le dedicaban un artículo duro, sin concesiones. Enunciaban su fracaso, su falta de adaptación, su ausencia de compromiso y la inoportuna lesión que le dejaba, para colmo, fuera de los tres partidos decisivos de la temporada. La dureza era desacostumbrada. Demasiado joven para liderar un equipo necesitado de triunfos. El final era esclarecedor: «El presidente haría bien en encontrarle un equipo donde terminara de curtirse, buscarle un sustituto que no sea un proyecto sino una realidad. Siempre será mejor que la promesa siga siendo una promesa un par de años más, a que pase a engrosar la numerosa lista de jugadores fracasados». Parecía dictado. Ariel lanzó el periódico lejos de sí.

Apenas un minuto después Sylvia escuchaba el rumor de Ronco al otro

lado del teléfono tratando de calmarle. Vamos, ese tipo cobra del club, es un empleado más. Eso se llama periodismo pero es una sucursal. Ariel informaba a Ronco de la conversación con el director deportivo. Sylvia oía por primera vez la historia, aunque fuera contada a una tercera persona. Al ver el interés de ella por la conversación, Ariel puso el teléfono en altavoz y ella escuchó a Ronco decir te han mostrado su modo sofisticado de trabajar, pero también pueden sacar la otra cara y tirarte al río con los pies metidos en cemento.

Mira, el año pasado el presidente forzó a un periódico deportivo a que cambiara a los dos tipos que cubrían al equipo. A cambio cuidaría de filtrarles los fichajes, las noticias importantes antes que a ningún otro medio, ¿tú qué te crees, que los periodistas no juegan?, Ronco soltó una risa sardónica. Aquí todos tienen que vender lo suyo. Se necesitan los unos a los otros, joder, parece mentira que tenga yo que explicarte a ti en qué consiste este negocio.

Ariel se revolvía en el sillón. Sylvia trató de calmarle después de que colgara. Él le confesaba todas sus frustraciones con respecto al equipo. Por la tarde Sylvia le oyó hablar con su hermano en Buenos Aires y notó que éste tenía la virtud de tranquilizarlo. En esa conversación le volvía toda la pureza de su acento original, las viejas expresiones que poco a poco había ido arrinconando por inusuales entre españoles. Le leyó párrafos del artículo y Ariel parecía recrearse en las frases contra él, como si fuera un ejercicio masoquista.

El día anterior había vuelto a cruzarse en el borde del campo con el director deportivo y habían hablado del interés de un equipo en Francia. Mónaco es un lugar ideal, ¿no te parece?, le dijo Pujalte. Ariel había mostrado entonces su lado desafiante. Yo quiero quedarme y voy a luchar por quedarme. Parecía evidente que el artículo era una respuesta contundente a Ariel. La lucha va a ser desigual, prepárate. Un mensaje directo a la yugular.

Sylvia no acababa de entender ni las razones deportivas ni las dificultades contractuales. Sólo pensaba en una cosa. Si Ariel dejaba la ciudad, era sin duda el final de su relación. Sin embargo él negaba esa posibilidad. Cuando le oía hablar, reflexionar en voz alta sobre el problema, Sylvia tenía ganas de preguntarle, ¿y yo?, ¿qué va a pasar conmigo?

Sylvia le oyó decir a su hermano en Buenos Aires cosas como el dinero es lo de menos, es una cuestión de dignidad. Cuando amansó la rabia tras hablar

con amigos y con su representante, Ariel se tumbó en el sofá, junto a ella. Parecía otro. Hablar lo apaciguaba, pero no lo hacía en el tono que había usado en las llamadas o durante todo el día, como una fiera enjaulada, lo hacía más roto, más frágil, también más tierno y eso a Sylvia la hacía sentirse más útil, más cercana. Ahora le escucha con un cojín abrazado contra el vientre. Él dice no valgo, no he dado la talla, puedo enojarme todo lo que quiera, pero con eso no voy a encubrir la verdad. Nadie saldrá a defenderme porque no he hecho nada destacable, siempre hay que buscar culpables, todos esperaban algo de mí que no he podido darles. Esto es un juego, si lo haces bien, tú mandas; si no, ellos tienen la sartén por el mango. Pasa todo el rato, futbolistas que prometen, pero las cosas les salen mal, y cinco años después son una sombra penosa en equipos de tercera categoría y tú te preguntas ¿pero ese tío no iba a ser el nuevo Maradona?, y te da pena, o no, te da igual. Pues ahora yo me puedo convertir en alguien así. Sylvia tiene miedo de interrumpirle y decir alguna estupidez bienintencionada, así que se limita a mirarlo con ojos enormes y tratar de comprenderlo.

Por eso le sorprende tanto cuando él cambia de tono y pregunta ¿vendrías a Buenos Aires conmigo? Ella tarda en responderle. Duda de que él se haya parado a pensar ni siquiera un instante en cómo le afecta a ella todo esto. Sylvia se ve como la acompañante de un futbolista, la pareja con las maletas siempre listas. Mira su mochila con las mudas posada a los pies de la mesa ratona, como dice él. Vuelven los dos mundos alejados, ajenos, incompatibles, pero no dice nada, sabe que no es el momento. Es la hora del consuelo para él, es egoísta pensar en ella. Están hablando de su carrera, de su oficio, no de sus sentimientos. Por eso se limita a decir ¿y qué pinto yo allí?

Maldita gente. Yo no me voy a ir de aquí, yo no me voy a separar de ti. Sylvia sabe que no piensa lo que dice. Dentro de un rato comenzará el partido de su equipo en la televisión. Se sentarán a verlo. Sylvia deseará que pierdan por una goleada de escándalo. Que hagan el ridículo, que ese público caprichoso y cruel eche de menos al ausente. No digas eso, tenemos que ganar, le dirá él, este partido es importantísimo. Sylvia piensa ahora que la relación quizá termine con la temporada, que se esfume y ella vuelva a ser la misma estudiante gris de antes de conocerle. Siente un miedo que no logra aplacar.

En cuanto vuelva a jugar los voy a poner de rodillas.

18

Espera, tiéndete aquí, siente la música. Leandro toma de la mano a Osembe. La ayuda a trepar hasta el piano. La planta rosada de su pie produce un acorde disonante al pisar las teclas. El cuerpo de ella se tumba sobre la madera negra brillante del piano. Está desnuda, excepto el sujetador, que de nuevo se ha empeñado en conservar. Recoge las piernas en un gesto de protección, logra acomodarse mientras sonríe. Leandro se sienta frente al piano y toca para comenzar una improvisación lenta. La resonancia es magnífica. Osembe apoya la cabeza y mira el techo. La luz llega desde una lámpara lejana y por el ventanal se cuele el resplandor de las farolas de la calle. Pero Leandro no necesita la luz para tocar. Sin haberlo elegido conscientemente interpreta un preludio de Debussy dejándose por el camino muchas notas. Ella cierra los ojos y él ralentiza el ritmo de la música.

El momento pierde poco a poco la aparatosidad de la puesta en escena. Se olvidan de la ropa amontonada de cualquier forma en el sofá cercano, de las zapatillas de deporte volcadas en la alfombra con los diminutos calcetines blancos que asoman de ellas. La música lo cubre todo. El muslo de Osembe está a sólo unos centímetros de los ojos de Leandro. Ignora si la vibración de la música se transmite por la espina dorsal de Osembe y alcanza a emocionar a la mujer, pero él, de pronto, se sorprende con los ojos inundados en lágrimas. La pieza siempre lo conmovió.

Sabe de pronto que ejecuta con Osembe aquello que la vida no le permitió hacer con Aurora, cuando ambos eran espléndidos cuerpos juveniles, llenos de deseo y ganas de comerse la vida. Qué absurdo. A quién culpar. ¿Tiene responsable todo aquello? Le regala esta fantasía privada, en su vejez a quien no lo puede ni lo quiere apreciar. Una escena reservada para la mujer de su

vida, pero interpretada por una sustituta que cobra por llevar a cabo un papel que no comprende.

Toca algo, te oigo desde aquí, le pide aún alguna noche antes de dormir Aurora. Y él elige con precisión aquellas piezas que sabe que ella reconoce y disfruta. Recuerda la ocasión ya tan lejana en que ella le dijo cuando te oigo tocar el piano y yo estoy en cualquier cosa, por la otra parte de la casa, creo que es lo más parecido a la felicidad que conozco. Durante años le ha costado mucho volver de las clases y sentarse al piano, lo relacionaba con el trabajo y sólo durante las sesiones con alumnos sonaba en la casa. El masajista que les visita algunas mañanas lo despidió desde el umbral del cuarto, toque usted para ella, usted que tiene esa suerte, seguro que le ayuda. Los dolores de Aurora parecen extenderse y en los últimos días Leandro la ve aguantar el gesto cuando varía de postura o cerrar los ojos como si sufriera latigazos espantosos. Al limpiarle la espalda manchada de caca o pis con la esponja y la palangana de agua tibia, lo hace con delicadeza, porque la más leve brusquedad la hace llorar de dolor.

En la última visita al hospital, lo único que se atrevió a aconsejarles el médico fue reposo. Si los dolores eran insuperables, lo mejor sería ingresarla, pero mientras pudiera estar en casa, se sentiría más a gusto. Ya saben cómo son los hospitales. Prefiero morir en casa, le había dicho Aurora al salir a Leandro, con una calma aterradora.

Esta semana ha nevado en Madrid y eso oculta la cercanía de la primavera. Muchos árboles floridos por los días de sol anteriores recibieron la nevada con gesto de sorpresa. Leandro le dijo a su hijo me gustaría vivir en una casa con ascensor, al menos así podría sacarla a pasear a diario. Pero sentarse le causa mucho dolor a Aurora, prefiere estar tumbada sobre la cama. A veces mira la televisión instalada en su cuarto y Leandro se sienta a su lado, por hacerle compañía, y ella dice menos televisión y más salir a mirar los árboles es lo que necesitaría.

El viernes salgo a cenar, ¿podrías sustituirme?, pero Sylvia se adelantó a la respuesta de Lorenzo y se ofreció ella para dormir con la abuela. Leandro les explicó su colaboración en la biografía sobre Joaquín. No sabéis lo que me cuesta recordar una época tan miserable. En ese instante ya había concertado la hora de la cita con Osembe en el piso de Joaquín...

¿Cuántas horas? La noche entera. Será mucho dinero, le advirtió ella por teléfono. No hay problema. Dos mil euros. Estás loca, te daré lo de siempre por cada hora, nada más. Está bien, cariño, pero sin cosas raras, tú y yo solos.

Solos estaban. Leandro deja de tocar y se pone en pie. Acerca sus labios al cuerpo de ella y recorre la áspera piel de los muslos. Ella le posa la mano en la cabeza y le desordena el pelo. Eres un artista. Leandro cae en la cuenta de que jamás le ha producido placer a ella, tan sólo esos orgasmos sobreactuados que finge para excitarlo a él. Jamás ella se ha dejado llevar. Leandro coloca su boca entre los muslos de ella, pero al instante Osembe le detiene. No, no, yo chupo, yo chupo. Desnúdate. Leandro insiste. Lleva su mano al vello rasurado como una lija. Ella finge apenas unos segundos un placer incontenible, hace un teatro algo grotesco hasta que se sienta sobre la tapa del piano. Pisa de nuevo las teclas y se divierte al hacerlas sonar desacordes. Desabotona la camisa de Leandro con una sonrisa blanca.

Se ha bajado del piano y conduce de la mano a Leandro por el piso. Es precioso, ¿aquí es donde vives? No, no, aquí sólo ensayo. Mucho dinero, eh. Se detiene para señalar un cuadro abstracto. Qué feo, ¿eh?, dice ella. Le guía hasta el baño, pero empuja la puerta del dormitorio y descubre la cama amplia de matrimonio. Osembe camina hacia el armario y lo abre. Roza con los dedos la ropa elegante de mujer, los dos o tres trajes colgados en sus fundas de marca. Hay un baño al otro lado de la entrada al dormitorio. Apenas hay restos de vida, todo ordenado con precisión.

Osembe recorre desnuda toda la casa. Él deja allí, en el suelo, sus pantalones. Así que eres un pianista millonario... Bueno, doy conciertos por el mundo. Seguro que conoces mujeres mucho más guapas que yo. Leandro sonrío y niega con la cabeza. Abraza a Osembe y trata de besarla en la boca. Hace tiempo que ella ya no esquivo sus besos. Pero lo hace, como casi todo, sin entrega. Leandro tiene a veces la sensación de besar un objeto húmedo, siempre con ese sabor a chicle recién masticado.

Ella deshace la cama que él hubiera preferido mantener fuera de sus juegos. Pero no dice nada. Han abierto una botella de *champagne* que había en la nevera. Voy por mi bolso, dice ella, y sale del cuarto. Como siempre, la espera se prolonga. Leandro se tumba relajado en la cama. Sabe que no estarán toda la noche, porque dentro de un par de horas tendrá ganas de

quedarse a solas, volverá a sentirse culpable y sucio.

Leandro cree oír a Osembe hablar por el teléfono. Poco después ella entra de nuevo en el cuarto. Trae un preservativo en la mano y también su bolsito de plástico colgado del antebrazo. La estampa, unida a su desnudez y su sujetador, ofrece algo hermoso a los ojos de Leandro. Le gusta cuando no todo se limita a un servicio erótico calculado y profesional. En el fondo, piensa, lo que le gustaría sería sentarse a leer el periódico y que Osembe mirase la televisión o limitarse a cenar el uno frente al otro.

Tendrás el dinero, ¿verdad? Claro, responde él. Leandro repasa con los dedos el pelo de ella, endurecido como una costra para poderlo peinar. ¿Te gusta? Me gusta más cuando lo llevas sin tanta cosa, está duro, parece una piedra. Ella ríe. Qué caprichoso eres.

Los movimientos de Osembe tienen la poca credibilidad de siempre. La rutina entre gimnástica y erótica. Leandro la deja hacer. Hoy no le cuesta tanto excitarse. El espacio le ayuda. Con la mano trata de liberar los pechos de ella y al final Osembe cede. Él logra sacarle el sujetador por la cabeza, nunca ha conseguido abrir el cierre, culpa de ello a sus manos artríticas. Ella trata de masturbarlo pero Leandro le ordena detenerse, no hay prisa. Claro, tú pagas, cariño.

Leandro le pide un imposible. Para ella debe de resultar penoso, patética esta escenografía romántica y perversa que he montado. ¿Por qué hago todo esto? Leandro disfruta del mero juego de las pieles la una contra la otra, tan distintas, de alcanzar con su mano las formas de ella, de palpar la dureza de sus músculos, de sentir cómo lo empapa el sudor abundante de ella, lo que logra a veces eliminar el olor vulgar de la colonia. Sabe que ésta será su despedida de Osembe. No habrá más noches después de la fantasía de poseer este apartamento, de poseer esos ventanales, este cuerpo de mujer, este espejismo de vida eterna. Bebe de su copa y derrama un poco del líquido sobre el hombro de Osembe, que lame de inmediato. Ella sonríe.

No ha querido ni pensar ni echar cuentas de la cantidad de dinero que lleva dilapidado en esta cascada inexplicable. La última vez que consultó un extracto del banco el mordisco a su préstamo era considerable, tanto que rompió el papel en pedazos como si así pudiera negarse a conocerlo. Cada vez que paga al masajista o a la señora de la limpieza o compra en la farmacia los

medicamentos le alivia pensar que también el dinero escapa por otros agujeros más dignos.

La erección ha desaparecido y Osembe parece fatigarse de sus movimientos mecánicos. Recibe un mensaje de móvil. Se levanta un instante para llamar. A Leandro le gusta verla andar. Ha recogido su sujetador del suelo y vuelve a caminar hacia el salón. Se la imagina en sus horas libres pegada al móvil, que ha envuelto en una funda de colores. Es casi como una mascota para ella.

Leandro la sigue hasta el salón un instante después. Está desnudo y se sienta al piano. Le molesta ver sus brazos flácidos al levantar las manos para llegar al teclado. Cuando ella cuelga el teléfono, le toca en el hombro. ¿Quieres follar o no? Leandro sonríe. Ella se sienta encima de las teclas e interrumpe su música. Leandro le acaricia los muslos. ¿Te vas a quedar siempre en España? Ella niega con la cabeza, no, volveré y montaré mi negocio, tendré mi casa propia. Y encontraré un hombre que me quiera y trabaje. ¿Prefieres tu país a éste? Osembe asiente sin dudarlo. Pero allí democracia es mala, todos los políticos son unos ladrones. Sería mejor militares, mano dura, que la gente pueda estar segura.

Leandro sonríe ante el análisis inesperado de la política nigeriana. Ella desnuda casi por entero, con el musculado trasero apoyado en el teclado, hablando en defensa de la dictadura militar. ¿En qué otro momento de la historia podríamos habernos conocido alguien como tú y alguien como yo? ¿No te parece milagroso? La lengua de Leandro parecía suelta. Le importaba poco mostrar su desnudez ante la mujer. ¿Dónde habrías conocido un viejo como yo? Un viejo verde, dice ella. Alguien debía de haberle enseñado la expresión.

Exacto. Un viejo vicioso que se gasta el dinero con una negra antipática. ¿Yo soy antipática? Sí, mucho, por eso me gustas. Odio a la gente simpática. Osembe le pide que le explique el significado de antipática. Él le dice algunos sinónimos. Ella le mira con ojos retadores. Podríamos casarnos, hacemos buena pareja. Hoy estás romántico, estás alegre, le dice ella. ¿Quieres follar?

Leandro se divierte con los esfuerzos de ella por excitarlo en el sofá. Alarga la mano de vez en cuando para beber un trago de su copa. No bebas más, le dice ella. Si bebes no puedes triqui-triqui. De pronto los papeles

parecían invertidos. Tengo frío, dice ella. Trae una manta. Leandro se pone de pie y va hasta el dormitorio. Arrastra el edredón de la cama para llevarlo hasta el salón. Es agradable, no muy pesado, relleno de plumas. Leandro lo lanza con descuido sobre el sofá. Nota que la bebida le hace efecto. Va a ser un placer poder descansar pegados los dos cuerpos. Osembe se ha tapado con el edredón. Quédate a dormir conmigo. Se coloca encima. Comienza a moverse como si fuera a hacerle el amor.

Pero apenas unos segundos después la puerta de la calle se abre con un empujón violento. El hombre que entra la cierra a su espalda sin hacer ruido. Mira alrededor y camina hacia el sofá. Antes de que Leandro pueda decir nada, el tipo lo agarra del brazo, lo levanta en el aire y lo lanza lejos de allí. Leandro cae dolorido contra la pared. El tipo tiene la cabeza afeitada, es negro, no demasiado alto, fornido. Lleva una cazadora de cuero. Osembe se ha levantado del sofá. El hombre camina hacia Leandro y le da dos patadas en el vientre. Leandro se pliega, atemorizado. El hombre coge su pantalón de la silla cercana y vacía la cartera del dinero, luego la lanza lejos de sí.

Osembe ha comenzado a vestirse. El hombre le dice algo que Leandro no entiende. Su cuerpo frágil, blanquecino y asustado no quiere participar de la escena, ni tan siquiera oír lo que se dice. Ella le señala el dormitorio y el hombre va hacia allá. Se le oye abrir cajones y armarios, revolverlo todo. Vuelve con los abrigos y algo más de ropa que le lanza a Osembe para que lo sujete.

Levanta la cabeza de Leandro. Más dinero. ¿Dónde? ¿Joyas? Su boca es rosada por dentro, la lengua parece un chicle de fresa. No habla demasiado fuerte, tiene una voz graciosa, con un timbre extraño, pero Leandro no ríe. No hay nada, no es mi casa, de verdad, no es mi casa. El hombre deja caer la cabeza de Leandro y ahora le da dos patadas en plena cara. No son brutales. Moderadas. Pero le rompen una ceja, que sangra. La tibieza de la sangre está a punto de hacer desmayarse a Leandro. Busca con los ojos a Osembe para tratar de ganar su protección. Pero ella termina de calzarse las zapatillas de deporte.

El hombre ahora está en la cocina. Revuelve todo, se oye el romper de vasos y platos. El hombre vuelve al salón con un enorme cuchillo. Leandro teme que lo mate. Qué absurdo. Osembe dice vámonos. Pero el tipo comienza

a acuchillar los cojines del sofá, a rasgar las cortinas rojo intenso. Osembe parece sonreír. El hombre pasa por delante de Leandro, pero lo ignora. Va hacia el piano y comienza a acuchillarlo como si fuera un animal. La madera repele su violencia. Con la punta del cuchillo comienza a levantar el barniz a lo largo de todo el piano, deja un rastro marcado sobre el brillo negro. Luego tira el cuchillo lejos de sí y arranca el dvd de debajo del televisor y el equipo de música de una de las estanterías. Lo envuelve en uno de los abrigos.

Leandro levanta la cabeza, confiado al verlo salir. Entonces recibe una patada en el muslo. Viene de Osembe. Levanta la mirada hacia ella, pero ella no le mira. Repite la patada rabiosa de sus zapatillas tres o cuatro veces. Él se mantiene inmóvil, encogido. El hombre ha abierto la puerta y le hace un gesto, ella se une a él y salen. Cierran la puerta con inesperada delicadeza. Leandro, en el suelo, escupe su propia sangre, que se ha deslizado desde la ceja hasta su boca. Se palpa el cuerpo para tratar de calmar el dolor del costado. Se ha sentado sobre la madera. Se abraza el cuerpo y descubre que de su glante cuelga el inútil preservativo, amorfo, como un pellejo muerto. Se vuelve hacia alrededor y siente pánico.

19

Lorenzo espera a su padre junto a la puerta. Yo me quedo con ella, no hay prisa, como si no quieren volver hasta la tarde, les ha dicho Benita. Aurora duerme. Ha saludado a su hijo sin palabras, con una caricia de la mano. Está caliente, aunque sus mejillas carecen de color. Lorenzo le recoloca la almohada y le acaricia el pelo. Ha perdido mucho peso. Le propone a su padre, ¿podemos salir a dar un paseo? No quiere decirle más, pese al tono de grave preocupación.

La primera señal fue la herida en la cara de su padre. Me caí de la forma más tonta, le dijo a Lorenzo. Tenía un corte junto a la ceja. No quise decirte nada para no preocuparte, debí de resbalar en el hielo de la acera. ¿Te ha visto un médico? Sí, sí, no hay nada roto. ¿Cuándo fue, después de que se marchara Sylvia? No, esa noche, al volver de la cena. No le dije nada para que se fuera tranquila a la estación. Sylvia se había ido a pasar el fin de semana con Pilar. Tu madre se asustó al verme, pero no es nada, insistió Leandro.

El lunes Lorenzo trabajó con Wilson desde temprano. Un viaje al aeropuerto y el traslado de una nevera vieja y un sofá entre casas de ecuatorianos. Esa noche recibió una llamada de Jacqueline. Ella se presentó, soy la mujer de Joaquín, no sé si le recuerdas. Claro, dijo Lorenzo, pero no pudo disimular la sorpresa. Quedaron en verse a la mañana siguiente, es importante, referente a tu padre, le dijo ella con marcado acento francés.

Leandro se ha puesto el abrigo que cuelga del perchero y sale de la casa tras Lorenzo. Bajan las escaleras y no se dicen nada hasta la calle. Vamos por aquí, hacia el parque, indica Lorenzo. No, está muy sucio, hay unos bancos en la plaza. Los chavales suelen juntarse en el parque los fines de semana y hasta el martes o el miércoles no recupera su aspecto habitual, sino que aparece

sembrado de botellas y vasos de plástico, colillas de cigarrillo. Lorenzo no sabe muy bien por dónde comenzar. Esa misma mañana ha acudido a la cita con Jacqueline en un piso cerca de Recoletos. Ella le ha hecho pasar y sin apenas decirle una palabra le ha mostrado el salón del apartamento. El piano acuchillado, todo revuelto, los sofás destripados, las cortinas caídas en el suelo. Llegué ayer tarde de París, me llamó el portero, por supuesto hoy he dormido en un hotel. Lorenzo sólo pudo poner una enorme cara de extrañeza. No se atrevió a preguntar ¿por qué me enseña todo esto? Intuyó que nada bueno podía esperar del gesto de rencor marcado en los labios de la mujer. Joaquín ha preferido no venir, mejor, se ahorra esta visión, aunque es el culpable de todo.

Lorenzo recuerda a Joaquín. De niño le veía a menudo cuando volvía de París y era siempre un suceso mítico. Una visita intermitente, pero celebrada. Cuando hizo la primera comunión le envió de regalo una bicicleta belga con freno de contrapedal que fue única en el barrio. Ha sido Joaquín el que me ha pedido que hablara con usted, no con su padre. ¿Con mi padre? Jacqueline levantó la vista y clavó sus ojos claros en los ojos de Lorenzo. ¿A qué se debe todo esto? ¿Es un rapto de locura, Leandro se ha dejado llevar por la envidia? ¿Por qué hacer algo así?

Ella le contó lo que sabía por Joaquín. Le había pedido prestado el piso para llevar a una mujer el viernes por la noche. Luego, el lunes por la mañana, el portero, Casiano, un hombre de toda confianza, había recuperado las llaves del buzón, tal y como habían quedado, y había subido a echar un ojo al apartamento, por simple precaución. Tal y como lo ves, así lo encontró. Alguien tendrá que hacerse cargo de este desastre, claro está.

Mire, todo esto me pilla un poco de sorpresa. Deje que hable con mi padre y no se preocupe, todo esto tendrá una explicación.

No quiero explicaciones, no me interesan, sólo quiero que alguien se haga cargo de los gastos de reparación, de que todo vuelva a quedar tal y como estaba. Aparte de lo que ve falta ropa, se han roto cosas.

El acento francés, con esas imposibles erres, invitaba a reír, pero Lorenzo no lo hizo. Quizá contenerse le provocara un mayor resentimiento hacia la señora a medida que hablaba. Se limitó a asentir, tomar nota de su teléfono y marcharse sin mostrarse siquiera impresionado. Aún le daba vueltas a la idea

de su padre en el apartamento prestado en mitad de una cita amorosa. ¿Se había vuelto loco?

Cuando Lorenzo escucha a su padre tiene la sensación de que todo lo que cuenta es una gran mentira. No puede creerlo. Caminan por la calle y detienen el paso en alguna frase, pero sin mirarse a los ojos continúan un camino incierto. Leandro ha adoptado un tono neutro, habla de forma liberadora, sin dramatismo. Le habla de Osembe sin nombrarla, se refiere a ella como una prostituta cualquiera, llamada por un anuncio del periódico. Había pensado en utilizar el piso de Joaquín para el encuentro, enténdelo, no sé, fue una idea estúpida, y entonces sucedió todo muy deprisa, de un modo inesperado. Supongo que se aprovecharon de mí y yo fui absolutamente inconsciente del riesgo que corría.

Vamos a ver, papá, te golpearon, te asaltaron, pudieron haberte matado, hay que poner una denuncia.

Leandro niega con la cabeza. Lo hace con insistencia, sin decir nada, como si quisiera rechazar la idea a base de cabezadas. No podemos hacer nada. Dime a cuánto ascienden los gastos y yo los pagaré.

Lorenzo entiende el silencio de su padre. Lo reconoce como una víctima. Lo imagina golpeado, vejado, ridiculizado en aquel piso. Esa imagen es más poderosa que la de su padre como mero cliente de los servicios de una prostituta, mientras su mujer se muere poco a poco en la cama. Bueno, hablaré con la francesa y lo arreglaré todo.

¿Volvemos a casa?, pregunta Leandro. Lorenzo siente piedad por ese hombre al que de niño temía por su rigor, sus convicciones firmes, al que luego ignoró y más tarde aprendió a respetar. Su padre empequeñecido avanza por el pasillo y Lorenzo lo ve entrar en su cuarto. ¿Quién soy yo para juzgarlo? Si pudiéramos exponer a la luz las miserias de las personas, los errores, las torpezas, los crímenes, nos encontraríamos con la penuria más absoluta, la verdadera indignidad. Por suerte, piensa Lorenzo, cada uno llevamos nuestra secreta derrota bien adentro, lo más lejos posible de la mirada de los demás. Por eso no ha querido escarbar demasiado en la herida de su padre, conocer los detalles, humillarle más de lo que ya le debía de humillar sincerarse con su hijo.

De la cocina llega el olor intenso a fritura de patatas y cebollas que serán

quizá una tortilla. ¿Te quedas a comer?, pregunta el padre. Comprende lo duro que puede ser para un padre mostrar a su hijo la cara más lamentable, más vergonzosa. No se concibe que los hijos juzguen a los padres, les deben demasiado. Lorenzo querría consolarlo, mostrarle que él es peor aún, papá tendrías que verme, saber lo que he hecho.

Lorenzo dice no, tengo trabajo y luego roza el codo de su padre. No te preocupes por nada, le susurra, yo me ocupo de todo, tú encárgate de que mamá esté a gusto, ¿vale?

Ahora sólo tienes que ocuparte de eso.

20

Ariel sostiene las fotos ante los ojos con la impresión de no ser él. No es él el de las fotos ni es él el que se sienta en el despacho del club en otra conversación que nunca imaginó, que nunca creyó que llegaría. Sin embargo en las fotos reconoce a Sylvia y la encuentra bella, juvenil y exultante. Su mismo pelo rizado, su misma risa expansiva, su manera alegre de colgarse a su cuello. La ve en Múnich, bajo la nieve, cogidos de la mano, también en Madrid mientras se besan en la calle. Son fotos ajenas, sucias, sin ninguna belleza. Son fotos robadas de instantes que no contienen el valor del momento, sólo son pruebas de no se sabe qué delito.

Puede que a la gente le moleste saber que la chica es menor, ya sabes que a todo el mundo le sale el moralista cuando se trata de juzgar a los demás. Ariel levanta los ojos hacia el director deportivo. También está el gerente, un tipo al que apenas conoce, con el pelo cano, la corbata azul celeste y un gesto ausente, como si sólo los números le emocionaran, no las pasiones humanas. Está a punto de responder a Pujalte, de nombrar la palabra chantaje, pero no lo hace. Prefiere callar. A su lado está el joven representante que han elegido para negociar con el club. Pensaba que le liberaría de asistir a las incómodas reuniones, pero esa misma mañana le telefoneó alarmado, creo que será mejor que vengas conmigo.

Ayer los periodistas buscaron a Ariel con sus micrófonos y sus cámaras a la salida del entrenamiento. Bajó la ventanilla del coche y contestó a sus preguntas un instante, había filtraciones sobre su posible cesión a otro equipo. Estoy comprometido con este club y su afición, así que lo voy a dar todo. El fútbol se decide en el campo, no en los despachos. Un poco de tiempo y demostraré que nadie se equivocó al traerme aquí.

Palabras que todos los días llenan la información deportiva, tan saturada de declaraciones sensacionales, emotivas, pasionales, que ya nadie les da importancia. Las frases contundentes son ceniza al día siguiente. Ingenuo, le dijo Ronco, por más que te empeñes en jugar el papel de chico bueno no eres más que un ingenuo. Ariel le dijo que en pocos días estaría listo para volver a la competición y que pensaba defenderse en el campo. Esa mañana, tras sus declaraciones, en una tertulia deportiva de la radio alguien defendió al jugador, pero si es el mejor del equipo, no debe irse, que se vayan todos los demás.

Pero en un periódico deportivo de Barcelona un articulista dejaba caer el rumor de que la nacionalidad italiana de Ariel estaba en entredicho, junto a algunas otras, y que la fiscalía de ese país estaba indagando en el asunto. De ser cierta la trampa, dejaría de ocupar plaza de jugador comunitario y su salida del equipo sería irremisible. Nadie está contento con el rendimiento de un jugador del que se esperaba mucho más. Uno tras otro, el club sabía lanzarle los machetazos directos para que obedeciera la consigna. Aceptar lo que ellos dispongan. En la página de internet de un diario argentino ya se hablaba del escándalo de los pasaportes truchos, como llamaban a las partidas de nacimiento falseadas para hacer pasar por originarios de Europa a jugadores argentinos. El nombre de Ariel aparecía en una lista con cuatro o cinco nombres destacados.

Ahora le habían obligado a sentarse en esa mesa para contemplar la última, quizá no última, escenificación del verdadero poder.

Como comprenderás, a nadie le interesa que esto siga esta deriva, decía Pujalte. Por tu lado hay muchas cosas que ocultar, más que por el nuestro. No hace falta que te recuerde la salida de tu hermano. Creo que en todo, y digo en todo, tuviste al equipo a tu lado. Éstas son unas fotos inocentes, nos las ha traído una agencia que quiere que las tengamos nosotros, tienes suerte de que deseen conservar una buena relación con el club, que nos antepongan a sus intereses informativos. Esto pasa todos los días. El año pasado tuvimos aquí delante unas fotos pornográficas de uno de tus compañeros, una chica las quería vender. Qué hizo la revista, las compró para nosotros. Bueno, saben que nos necesitamos mutuamente. Sin nuestro paraguas, los jugadores seríais piezas de caza, como perdices en el campo, y a quién le importa una perdiz

más o menos en el zurrón. Nosotros somos los únicos que os protegemos.

El director deportivo hablaba cruzando y descruzando los dedos. Ariel abrió con lentitud la botella de agua. Bebió un trago. Pujalte prosiguió sin permitir en ningún momento que los ojos de Ariel se encontraran con los suyos.

El asunto es el siguiente, tú estás intentando ponerte a los aficionados de tu parte. Los directivos somos los malos, los jugadores sois los buenos.

Yo sólo he dicho que quiero quedarme aquí, lo mismo que les dije a ustedes.

Mira, si tu pase italiano finalmente queda anulado, todo se complica más. Y te voy a decir una cosa, con mover un dedo, pasarías a perder tu condición de comunitario, entonces olvídate de encontrar equipo con facilidad. Eso también va contra nosotros, pero si crees que nos importa una mierda. Si es lo que quieres, ya te dije que la prensa sólo sirve para enfangarlo todo.

Ariel tiene ganas de levantarse y abandonar ese cuarto donde las paredes están adornadas con gestas deportivas de jugadores míticos en el club. El gerente apenas ha dicho nada, ha recogido las fotos de la mesa y las ha guardado en su carpeta. El joven agente de Ariel trata de rebajar el tono de la reunión. Nosotros somos partidarios de una venta, no una cesión. Perfecto, le corta Pujalte, ponnos delante a algún gilipollas que pague la cláusula de rescisión, no vamos a regalar un jugador. Podemos negociar. Es lo que queríamos desde el primer día, ayudar a una salida elegante.

Ariel recuerda a Pujalte el día que le tendió la camiseta del club para posar en la rueda de prensa con el anuncio de su fichaje. En pocos meses la relación ha variado. Pero Ariel hace mal en juzgarlo y lo sabe. Cada uno juega su papel, a buen seguro Pujalte sólo está intentando salvar su culo y su salario tras un mal año. Lo mismo que hoy resulta odioso, podría ser encantador si las cosas hubieran salido bien.

Deja que hablemos nosotros con tu agente, desentiéndete del asunto. Aún tienes algunos partidos por delante, nos jugamos mucho y es en lo que deberías estar concentrado. Te voy a decir algo, es en lo que tendrías que haber estado concentrado desde el primer día.

Ariel no responde. El director deportivo le habla de la posibilidad de marchar a las ligas italiana, francesa, inglesa. Ariel le pregunta, ¿por qué no a

otro equipo español?, y él le responde, a nadie le gusta reforzar a los rivales con jugadores que son tuyos, no sé por qué siempre se motivan de manera especial el día que se enfrentan contra ti. La gente no entiende una cesión así.

Ariel se queda con ganas de preguntarle si la posibilidad de volver a Buenos Aires entra en sus planes, pero prefiere dejarlo todo en manos de su agente y de Charlie. Sabe que en Argentina nadie podrá pagar el precio de su ficha. Se ve en Rusia, en el equipo de algún millonario turbio, como tantos otros.

Lleva algunos días sin ver a Sylvia. El fin de semana ella se marchó a ver a su madre. El día anterior él viajó a La Coruña para el cumpleaños de un amigo argentino. Allí se juntaron jugadores de todo el país. En esos días había tenido tiempo para pensar en su relación, de nuevo distanciarse.

En el *hall* del hotel en las afueras de la ciudad se encontraron algunos de ellos, muchos argentinos esparcidos por equipos del país, tres incluso viajaron desde Italia. Los recogió un autobús allí mismo para llevarlos a una casa en el campo. Algunos no se conocían, pero todos compartían amigos comunes. A muchos los había conocido en el campo, había charlado con ellos camino de los vestuarios en el descanso o al final del partido, con otros había compartido una charla breve a la puerta de los vestuarios después de la ducha. Rápido se creó una camaradería algo escolar.

Era un caserón con un amplísimo jardín que daba al mar. Allí habían preparado un asado masivo y no faltaban cubetas llenas de latas de cerveza y refrescos. No se sentaron a comer hasta bien tarde. Aún llegaba algún jugador que había tenido entrenamiento por la mañana. La idea era que todos salieran al día siguiente bien temprano en avión a sus diferentes destinos y dejar así que la fiesta se extendiera toda la noche. Era una celebración ya casi tradicional. Sí, como el día de Acción de Gracias, bromeaba el anfitrión, el Tigre Lavalle, un veterano jugador con barba corta.

La ausencia de mujeres era absoluta. Algunos jugadores bromearon con ello. La familia del anfitrión residía en otra casa en la ciudad, ésta sólo la utilizaban algunos fines de semana. Tenía chicos estudiando, ya mayores, he dado al mundo un par de españoles, se quejaba el Tigre. Un defensa que jugaba en un equipo andaluz le pidió a Ariel su camiseta, tengo un hijo que colecciona todas las de los argentinos en España, es un enloquecido, le falta la

tuya y la de aquel hijodeputa, pero a ése no se la pienso pedir, lo dijo en un tono lo suficiente elevado como para que el mencionado le oyera y se riera del comentario.

Había música constante que salía de los altavoces orientados hacia el jardín. La temperatura era agradable. El Pitón Tancredi salió de la casa con una guitarra y se puso a cantar canciones de Vicentico, algunos coreaban, otros desafinaban de modo lastimoso. La canción hablaba de un barco y era sentimental y triste. Había también tres españoles, buenos amigos del anfitrión, también dos uruguayos que eran víctimas de las bromas de los demás. Ariel le preguntó al Pitón si sabía alguna canción de Marcelo Polti. ¿Te gusta ese tipo?, no jodás. Pero luego tocó un fragmento de «Cara de nada», la canción más exitosa de Marcelo.

Sobró comida y la mesa entera estaba regada de botellas de ron, *whisky* y ginebra. Uno de los españoles, que era directivo del equipo del Tigre, se empeñó en traer chicas. Tenía gracia, era bajito y, con una sonrisa contagiosa, fumaba un puro corto y robusto. Llamó por teléfono a un amigo exjugador que tras retirarse había montado dos enormes prostíbulos no lejos de allí. Todos le escuchaban hablar por el móvil sin acabar de saber si aquello era una broma o iba de veras. Sí, sí, treinta chicas está bien, pero que sean guapas, no me mandes cualquier cosa. Luego salió para indicarle al conductor del minibús el camino hasta un club de carretera que nombró como Venus o Afrodita o un nombre similar.

Una hora después, cuando ya casi todos se habían olvidado del asunto, se oyó el ruido del minibús que se acercaba hasta la puerta. Me ha prometido que reuniría a las mejores putas de la zona, decía el directivo, es un chico estupendo, era un jugador de la casa, salió de un pueblín de Orense. Dijeron el nombre, pero a Ariel no le resultaba familiar.

Entró una treintena de jóvenes que se unieron a la fiesta. Se repartían en grupos. Las había latinas, pero abundaban las esclavas. Treinta y tres, contó alguno. Los hombres se ocupaban de servirles de beber, de repartir las sillas. Había gente sentada en los escalones de la terraza, los más frioleros estaban en el salón, distribuidos por los sofás, algunos aún tumbados en la hierba aunque refrescaba tras esconderse el sol.

Sacaron la tarta de cumpleaños con las velas, sorpresa que guardaban para

el Tigre y algunos fueron a buscar sus regalos abandonados a la entrada de casa. Casi todos eran objetos de broma. Hubo una muñeca hinchable, varios baberos, dos gorras, una caja de puros, tres cocteleras, pensáis que soy un alcohólico, gritó entre aplausos mientras los abría, una camiseta de la selección argentina y una bandera del país tamaño reducido. Ariel le había comprado un libro que provocó el desconcierto generalizado, ¿quién fue el pelotudo que le trajo un libro a éste que es famoso por no leer nada?, Ariel levantó la mano y todos le aplaudieron.

La noche avanzó sin dejar de sonar la música y las voces. Había hombres que intimaron con las elegidas entre el grupo de mujeres. Otros se mantenían al margen, yo estoy felizmente casado, dejate de joder. Algunos bailaban o cambiaban la música a cada rato. Ariel se descubrió intercambiando miradas con una chica de rostro finísimo y ojos claros. Al encontrarla en la escalera camino del baño se sentó a charlar con ella.

Se llamaba Irina y hablaba buen castellano. Tenía veintitrés años. En un rincón del salón, una de las chicas se la chupaba al directivo reclinado en el suelo entre cojines. Se le había apagado el puro en los labios, la cabeza apoyada contra la pared. Ariel se apartó con Irina.

Encontraron un dormitorio libre. La chica sacó los preservativos de su bolso. Era en extremo delgada y llevaba una cadenita finísima de plata con un corazón diminuto alrededor de la cintura. Hacía casi cuatro meses que trabajaba en España, primero en la Costa del Sol, pero cada mes la cambiaban de local. En Galicia había recalado la semana anterior, le explicó a Ariel mientras se untaba la vagina de crema dilatadora.

Ariel escapó de la fiesta cuando oyó a alguien anunciar que llegaba un taxi. Aún quedaba gente desperdigada por el jardín o caída entre los cojines del salón. Se despidió con un abrazo del Tigre y compartió el taxi con dos compañeros. De vuelta hablaban de la fiesta. La del año pasado estuvo mejor, lo de las chicas quita encanto. Es un horror, el puto ese lo jodió trayéndolas. Bueno, ¿tú te encamaste con una? ¿Cómo te fue? Bah, bien. Pero tú eres joven, tenés que aprovechar, la vida dura lo que un pedo en la mano.

Ariel ofreció dinero a Irina, pero ella le había dicho que todo estaba ya pagado. Aun así le dejó el billete dentro del bolso cuando se despidieron. En el hotel, Ariel revisó su móvil. Tenía un mensaje de Sylvia. Aparecía siempre

para golpearle la cara con su sencillez, su pureza. Te quiero, decía el mensaje, quiero estar contigo.

Pujalte le pregunta cuando lo ve levantarse, ¿cómo va ese tobillo? Bien, se limita a responder. Esas fotos podrían perjudicar a una persona inocente, se atrevió a decir Ariel antes de irse, no creo que sea... Olvídate de las fotos, le interrumpió el gerente, como si no existieran. Ariel asintió con la cabeza, estuvo a punto de dar las gracias, por suerte se contuvo.

Ariel sale del despacho cabizbajo. Posa el tobillo sin problemas. Mañana se entrenará con normalidad. Empezará de nuevo a golpear el balón. Echaba de menos el balón. De niño su padre para castigarle encerraba bajo llave la pelota en un armario del dormitorio. Cuando le levantaba la pena, Ariel recuperaba la pelota y se pasaba la tarde chutándola contra la fachada de ladrillo donde durante años hubo una pintada que nadie borró: Perón vive. Si corre el balón todo es fácil.

21

Sylvia entrega la hoja de examen con gesto ausente. No cruza la mirada con el profesor, que, sentado, agrupa los folios sobre la mesa. Vuelve a su pupitre y recoge las cosas. No siente la mirada de don Octavio clavada en su espalda, sorprendido al recibir la hoja en blanco. Al final del pasillo algunos compañeros se han agrupado para comentar las preguntas. Sylvia se une a ellos, pero no participa de la conversación. A la salida se reúnen en los bancos de un parque cercano. Alguien le ha comprado unas cervezas a un chino. Resulta agradable relajarse bajo el sol.

Algunos hablan de vacaciones en Semana Santa. Un grupo quiere irse de acampada, al menos un par de días. Otro cuenta que su padre le obliga a ir al pueblo para la procesión, yo lo hago por él, por él y por mi abuelo, pero no veas qué coñazo. Habría que verte con el capirote, bromea otro. ¿Y por seguir la tradición tú también obligarás a tu hijo? Supongo que le coges cariño, es un rito, dice sin demasiada pasión.

Sylvia estuvo el fin de semana en casa de su madre. Lo pasó bien. Le sirvió para alejarse de los problemas de Ariel, para no sentirse tan dependiente. Se encontraba a gusto con Santiago, Pilar reía con sus bromas, se relajaba cuando estaba con él. Durante la comida en los bajos de Casa Hermógenes, cuando Sylvia dijo que este curso no lo llevaba muy bien, él añadió eso será porque te has dedicado a cosas más interesantes. Creo que sí, dijo Sylvia. Su madre trató de sonsacarle sobre el chico con el que salía. Sylvia respondió con evasivas. Cambió el juego de lado, como le había mostrado Ariel que se hacía en el fútbol, cuando te presionan en un lado del campo lo mejor es lanzar la pelota al lado opuesto, obligas a la defensa a abanicarse en la otra dirección. El que se ha echado novia es papá, dijo

Sylvia. Ya se la ha presentado a los abuelos. Sylvia trató de analizar si aquello causaba alguna impresión en Pilar, pero no notó nada, más bien un suspiro relajado.

La noche anterior había dormido con la abuela. Aurora se había empeñado en que se tumbara junto a ella. Hace mucho tiempo que no siento calorcito a mi lado. Ese calor. Sylvia, sin moverse para no dañar a la abuela o incomodarla, recordó cuando necesitaba el calor de su madre, siendo niña. Corría a su dormitorio si sufría pesadillas, a veces Pilar se encogía a su lado en la cama, al acostarla, apretaban las caras, se traspasaban un calor que quizá fuera el mismo calor al que se refería la abuela.

El sábado por la tarde fueron a pasear por los puentes, cerca del río. Visitaron el Pilar y la Aljafería, luego habían cenado en un restaurante cercano, Casa Emilio, donde apenas habían podido charlar porque en el salón contiguo tenía lugar una tertulia literaria y se escuchaban gritos y golpes continuos sobre las mesas. El grupo de borrachos habituales amenazaba a gritos al camarero con llamar a un Telepizza. Uno de ellos entonó una copla, me lo dijeron mil veces pero nunca quise prestar atención. La voz desoladoramente desafinada se extendió por los salones del restaurante. Al principio Sylvia y Pilar escucharon con una sonrisa burlona. Pero era tal el desamparo de quien la cantaba que terminaron por emocionarse.

Caminaron de vuelta a casa, Pilar también detestaba esa concentración de gente empeñada en divertirse como si fuera un oficio, y no veas cómo se pone el centro aquí también. Se refugiaron en el sofá y miraron un programa del corazón donde todos gritaban como si hablaran de algo vital para la humanidad aunque en ese momento sólo se referían a la fistula anal de uno de los participantes en un concurso de supervivencia en una isla del Caribe. Pilar se fue a dormir pronto, Sylvia aún se quedó un rato más. En la tele apareció una mujer rubia, insignificante al lado de sus labios y pechos operados. Después de la publicidad nos va a contar la larga lista de futbolistas que han pasado por su cama, anunció el presentador con entusiasmo. Así que no nos fallen, estamos de vuelta en tres minutos.

Sylvia tuvo un palpito que se confirmó tras los diez minutos de publicidad, cuando la mujer de la televisión dejó caer que entre otros futbolistas famosos había follado con un argentino que juega en un equipo madrileño y tiene

nombre de detergente. Sylvia mandó un mensaje a Ariel al móvil. Pon la tele. Apenas unos segundos después Ariel la llamó. ¿De verdad te has follado a ese adefesio? Ariel se estremeció, ¿lo ha dicho? Ha dado pistas. No jodas, yo le pongo una denuncia, esto es increíble. Podrías elegir mejor, la verdad, le dijo ella. Pero si es mentira, fue una liada de mi hermano Charlie, la subió a la habitación del hotel, acabábamos de llegar. Aún no me conocías, ¿no? Pues claro, le respondió Ariel. Sylvia le preguntó ¿y desde que me conoces te has follado a muchas tías? No digas bobadas. No, no, si no me importa, hombre, preferiría que no tuvieran la pinta de putones de esta desgraciada. ¿Pero es que cualquiera puede salir en la tele para decir lo que se le pasa por la cabeza?, protestaba Ariel. La gente es así, le dijo Sylvia con desgana.

Durante el paseo junto al Ebro, Pilar le contó a Sylvia que habían iniciado los trámites para adoptar. A Santiago le haría ilusión tener un hijo, dice que le da envidia de mí, cuando te ve. Sylvia no esperaba que su madre quisiera de nuevo enredarse en la vida familiar. ¿Y quieres meterte otra vez en el lío ese? Pilar se rió con ganas, el lío ese eres tú ahora y me encanta, ¿por qué no vivirlo otra vez? ¿A ti no te gustaría? Sylvia se limitó a contestar, a mí no me tiene que gustar, es a ti.

¿Y si las cosas no te van bien con Santiago? ¿Por qué no iban a ir bien? Pues porque a veces no van bien. Pero cuando estás con alguien no puedes pensar que a lo mejor eso no va a ir bien, tienes que apostar por que todo va a salir bien, confiar, si no... Pilar no terminó la frase.

Sylvia tuvo envidia de la actitud de su madre. En su relación con Ariel siempre había tenido diseñado un plan alternativo en caso de catástrofe. Un plan de fuga, una línea de evacuación como la que señalan las azafatas de vuelo con gestos automáticos. Aunque la mayoría de las veces, cuando la tragedia sucede, nadie alcanza la puerta de salida o está cegada, cerrada a cal y canto. En su relación con Ariel había algo que le decía todo esto que vives se habrá acabado mañana y no podrás llorar por ello ni contárselo a nadie. Jamás se había engañado. Por eso su madre, con una dolorosa derrota a cuestas, era ejemplar en su manera de encarar la nueva vida. Tener un hermanito puede estar bien, se vio obligada a decir. Y logró una sonrisa de Pilar.

Mai le había propuesto a Sylvia irse de vacaciones juntas. Vente conmigo

a Barcelona, así conoces la ciudad. ¿A la casa ocupada? No, no, nos buscamos un hotelito y si Mateo quiere salir con nosotras algún día muy bien, pero paso de estar esclavizada. Entonces, ¿por qué vas a la ciudad donde está él?, mejor sería que fuéramos a otro lado. Ya. Mai se quedó sin palabras. Luego dijo es que tú no conoces Barcelona, es una pasada, nada que ver con Madrid.

Sylvia y Ariel habían hecho planes para irse a algún lado durante los tres días de Semana Santa. Pero todo dependía de la situación en el club. Los días de lesión habían sido agotadores. Cuando no jugamos, somos como inútiles, le había explicado a Sylvia. Ahora comprendo a esos jugadores profesionales que cuando se retiraban venían a vernos entrenar al campo, querían charlar con nosotros, necesitaban mantener un contacto, formaban equipos de exjugadores y aún competían entre ellos, como si nada hubiera cambiado. Se convertían en fijos de los cafés para recordar anécdotas. Aún firmaban algún autógrafo o alguien les preguntaba por el partido siguiente como si ellos supieran mejor que nadie el secreto, y, por supuesto, aceptaban participar en las tertulias, en los comentarios que llenaban las radios y la televisión. Los futbolistas sin fútbol, los llamaba el Dragón, una raza peligrosa, como los cantantes sin canciones o como los hombres de negocios sin negocio. Relojes parados.

Esa confesada inutilidad para la vida civil conmovía a Sylvia. También la aterrizzaba. No quería ser una víctima de eso, no quería convertirse en la sombra de alguien así. La sombra de una sombra. Por eso quizá, cuando Ariel baja al gimnasio, ella prefiere quedarse con sus apuntes o la novela que le regaló Santiago.

Cuando el profesor de matemáticas repartió las preguntas del examen, Sylvia comprendió el resultado de un mal curso, de la dejadez, de la falta de concentración. Sintió terror a quedarse sin nada, sin Ariel, pero también sin ella misma. Por eso prolonga ese rato en el banco de la calle con sus amigos de clase. Se ofrece a acompañar a los que van a reponer las cervezas y comprar más bolsas de cortezas a la tienda de la esquina. Disfruta de pronto al pagar al chino que suma a velocidad endiablada y reparte luego la mercancía entre los demás. Por eso, aunque su móvil suena en la mochila para anunciar la llegada de un nuevo mensaje, no corre a leerlo.

Sólo un rato después, camino de casa, lo mira, «¿hacemos algo juntos?».

Todo, querría responderle ella, pero no lo hace porque sabe que no es posible. A veces lo dice en broma, tengo celos del balón, de que mi novio en lugar de tenerme a mí en su cabeza tenga una pelota de cuero con dibujitos futuristas.

En casa no hay nadie. Se come unas lonchas de jamón de york que alcanza del fondo de la nevera. Le da pereza cocinar. Se tumba en su cuarto y escucha música. Luego contesta el mensaje. En una hora pasará Ariel a recogerla y se sentirá de nuevo otra persona, lejana a esa pereza adolescente que ahora la mantiene con la vista clavada en el techo y la voz que repite el estribillo de una canción que se sabe de memoria.

22

Dos veces ha probado a marcar el número de Osembe en estos días. Ahora obtiene la misma mecánica respuesta, este teléfono tiene restringidas las llamadas entrantes. El aspecto de su ceja ha mejorado, ha disminuido la hinchazón y el miedo que le produjo no haber acudido a urgencias se ha disipado porque la herida cicatrizó con normalidad. Permanece el rastro del golpe, más amarillo que morado en la cuenca de su ojo. El dolor del costado puede deberse a una fisura en la costilla, pero sólo le molesta al dormir sobre el lado derecho.

Aquella noche Leandro había salido del piso dolorido y atemorizado. Se había limitado a recoger la ropa de cama y echarla en la lavadora, había apartado los cristales del suelo de la cocina con el pie, apilándolos en un rincón para evitar que nadie se cortara. Repasó con el dedo las marcas del piano. Cerró con las llaves y las dejó en el buzón del portero.

No sabía muy bien lo que ocurriría. Tampoco podía hacer nada por solucionarlo. Esperaría a la reacción de Joaquín. Le explicaría lo sucedido.

Volvió a casa a pie, después de lavarse la herida. No tenía dinero para parar un taxi así que caminó en el frío, que parecía sentarle bien durante el primer rato, pero luego le hería en la cara. El dolor en el abdomen le hacía pensar en Osembe. ¿Tanto me odiaba? En uno de sus viajes al salón debía de haber dejado la puerta abierta, preparada para la entrada del otro. ¿Sería su pareja? Quizá su chulo.

Había mucha gente en la calle, a la puerta de locales, deambulaban de un lugar a otro en busca de diversión. Era viernes noche. En casa entró con sigilo, no quiso despertar a Sylvia, que se había tumbado a dormir al lado de Aurora. De entre las medicinas de ella eligió un calmante y se echó a dormir. Tardó en

lograrlo.

Al día siguiente bajó a desayunar a la calle, en el bar tuvo que explicar que le habían asaltado para quitarle la cartera. ¿Era moro?, preguntó el vecino en la barra. No, era negro, dijo Leandro, africano. Qué gente, me cago en Dios. En la comisaría denunció la pérdida del carnet y las tarjetas. ¿Quiere hacer un parte de lesiones?, le preguntó el más joven de los policías. No, no, es igual. Hágalo, coño, hágalo, le dijo otro desde lejos, que salga en las estadísticas que si no aquí nadie quiere darse cuenta de la catástrofe en la que vivimos.

El lunes aguardó la llamada de Joaquín. Tanteó la posibilidad de adelantarse y contárselo todo. Pero de nuevo se impuso la cobardía. Cabía la posibilidad de que Joaquín no le reprochara nada. Podría resolverlo de una manera discreta y a cambio no tendrían que volver a verse nunca ni hablar de ello. Siempre la solución más cobarde. El domingo había empleado un buen rato en calcular las posibilidades que tendría de ser atropellado al lanzarse desde el borde de la acera hacia la calle justo en el momento en que viniera un autobús. Pero desechó la posibilidad tras imaginarse malherido en el hospital cuando más le necesitaba Aurora. Entendió que el suicidio era una salida bastante honrosa a su situación. Sin embargo sufría un atroz miedo físico.

El suicidio no desapareció de sus pensamientos hasta que al mediodía le dio de comer a Aurora con lentas cucharadas. Recogía algún fideo que se le quedaba en la barbilla y le limpiaba luego con una servilleta. A ella le dijo que se había golpeado al levantar algo del suelo, contra la mesa de la cocina. Un rato después, cuando se durmió Aurora, se refugió en el baño y lloró frente al espejo, con amargura, al contrario de como lloran los bebés, con esa desesperación de los que saben que van a ser calmados. No, lloró con la sorda contención de los que ya no esperan consuelo de nadie.

Aurora le habló de Sylvia. Está en una edad horrible y sin embargo es estupenda. Se había ido temprano a la estación. Leandro la había eludido, pese a que la oyó salir. Dice que este año no le va muy bien con los estudios, ¿cómo podríamos echarle una mano? A lo mejor le puedes dar el dinero a Lorenzo para que contrate un profesor particular. Leandro asintió, lo haría.

El rato que conversó con su mujer ayudó a Leandro a recomponerse. En esto ha consistido mi vida, regresar a casa aterrorizado y encontrar aquí la calma, el remedio contra el miedo, contagiarme del gusto por la vida de

Aurora. Ella ha sido la locomotora para ese vagón sin carácter que soy. Leandro supo que no se quitaría la vida, no le haría eso a Aurora, quizá cuando ella muriera, él la acompañaría con gusto, pero no antes. Seguro que se culparía por estar enferma, juzgaría a partir de esa conclusión su vida entera, su fracaso íntimo. El suicidio es una puñalada incurable para quienes te quieren y te sobreviven. Leandro se dio cuenta de que su relación con Osembe había tenido algo de suicidio, de suicidio privado. Al menos él se reconocía muerto.

Todas esas sensaciones se dispararon cuando vino a verle su hijo Lorenzo. Llamé a una prostituta, le explicó, ya sé que es una estupidez. No quiso darle más detalles. Lorenzo se ofreció a resolverlo todo con Jacqueline, esos ricos no saben lo que cuesta el dinero, podemos hablar con la policía. Leandro fingió un último arrebató de orgullo, no, no, déjalo estar, pero sabía que su hijo ya nunca lo miraría igual. ¿Son capaces los hijos de perdonar a los padres cuando descubren que ellos tampoco alcanzaron las expectativas?

No le costó nada en absoluto escribir un cheque para Jacqueline por la cantidad que Lorenzo había pactado con ella. Le molestó que Joaquín se hubiera inhibido en el asunto. Él también se oculta. Jacqueline se conformaba con dieciocho mil euros, pero no había ahorrado una última frase, lo que no tiene precio es arruinar una amistad de toda la vida.

Pulirán el piano, pintarán las paredes, repondrán las cortinas, cambiarán el sofá y la alfombra, y entre otras pequeñas cosas eliminadas del mobiliario, desaparecerá el viejo Leandro de sus vidas y con él las últimas huellas de un origen prescindible.

Lorenzo se preocupó por las cuentas de su padre. ¿Seguro que tienes este dinero? Es mucho. Sí, sí, claro, le contestó Leandro antes de entregarle el cheque firmado.

Leandro cuelga el teléfono. Tampoco sabría qué decirle a Osembe. Puede que ella tema la llegada de la policía y hasta haya desaparecido de su piso. ¿Merecía la pena todo eso por los euros que se llevó? Euros que le habría sacado de un modo mucho menos violento, o el acto tuvo en sí algo de arreglo de cuentas. Eso también mortificaba a Leandro. Sabe que no hará nada, que no pasará por la vergüenza de acudir a una comisaría. Leandro sólo querría preguntarle a Osembe en nombre de quién le dio aquellas patadas cobardes.

¿En el suyo propio? ¿Se lo merecía? ¿Lo odiaba tanto? O eran sólo un fingimiento delante de su pareja, para evitar malentendidos. Qué más daba. Le ayudaría tan sólo a completar el mapa humano, algo que fascina a Leandro y que nunca obtendrá del todo. La gente hace cosas sin reparar en ellas. No existe la motivación para todos los actos, es un error creerlo así. ¿Podría alguien acaso imaginarme?, ¿explicarme?, claro que no.

Entra en el cuarto de Aurora con la palangana de agua y la esponjita. Le ayuda a levantar los brazos y arregla la ropa de cama. Al hacerlo le duele el costado golpeado por una de las primeras patadas, ¿o fue la caída? Como si saltara de un tren a otro, olvida a Osembe para concentrarse en Aurora. Ella le sonrío, quiere hablarle, pero carece de la fuerza suficiente. Leandro se inclina y piensa que ella quiere besarle. Le acerca la mejilla, pero Aurora le habla con un susurro.

Sería bueno que llamas a una ambulancia, no me encuentro bien.

23

Para Lorenzo es importante que Sylvia conozca a Daniela. Ya existe como sombra, como idea, incluso como presencia real, aunque no han llegado a verse. ¿Voy a ser yo la última en conocer a la chica con la que sales? No, no, se atragantó Lorenzo con la tostada del desayuno, estoy esperando el momento. ¿Tanto miedo te doy? Lorenzo sonrió por toda respuesta.

Resolver los asuntos de su padre, la penosa firma del cheque que le entregó en un sobrio gesto al antipático portero, para la señora Jacqueline, le habían mantenido alejado de Daniela y de su casa. Había querido permanecer cerca de su padre, podría cometer cualquier tontería. Le encontraba bajo de moral, con la mirada hundida. Al día siguiente pensaba acercarse hasta el banco y ponerse al corriente de las cuentas. En todos estos años no había echado una mano a sus padres con los asuntos administrativos y quizá era un buen momento para revisarlo todo.

No habían vuelto a gozar de intimidad con Daniela en varios días, pero Lorenzo quería encontrar el momento para presentarle a Sylvia. No era fácil. Ella cada vez pasaba menos tiempo en casa. Desaparecía los fines de semana, se justificaba con excusas vagas. Tenía novio, pero ya llegarían las vacaciones para permitirle un horario menos riguroso. Esa tarde la pasaría en casa preparando los exámenes, le dijo, y Lorenzo subió a decírselo a Daniela.

Ella le abrió. Pasa, pero sin tonterías. El niño miraba la televisión hipnotizado. Ahora vamos a salir, le dijo a Lorenzo, quería ir con el niño al Corte Inglés, allí se reunía con otras chicas, el suelo estaba limpio y los niños jugaban mientras ellas podían charlar o comprar algo. Hacía demasiado frío para el parque. Esta tarde quiero que pases por casa, va a estar Sylvia y me gustaría que os conocierais. A Daniela le disgustaba que subiera a verla a la

casa y le forzó a que se marchara rápido, no quería que se repitiera la escena del otro día, por eso aunque él la abrazó con terquedad y notó la erección pegada a su muslo se resistió y lo sacó del piso entre risas contenidas.

Lorenzo había quedado a comer con Wilson. Repasaron los asuntos de su pequeña libreta, terminó de anotar algún detalle con su letra escolar. Lorenzo le preguntó ¿a ti te molestaría que yo saliera con Daniela? ¿Por qué me iba a molestar? ¿A ti te molestaría que tu hija saliera con un ecuatoriano? Lorenzo alzó las cejas. Nunca lo había pensado. Supongo que no. Pues, entonces, ¿por qué me voy a meter yo en lo que hagan dos personas mayores?

Lorenzo se quedó callado. Wilson sonreía como siempre, con ladeado gesto de conejo. Así que lo has logrado, se te veía colado por ella. Yo creo que le gusto, sonrió Lorenzo. Entonces, ¿cuál es el problema? Y en la mirada sonriente de Wilson, con su ojo loco como él decía, Lorenzo encontró al fin alguien a quien contarle aspectos no confesados de su relación.

Lorenzo llama a la puerta de Sylvia. La encuentra tumbada sobre el colchón, con los auriculares en los oídos. ¿Así estudias? Ella agita los apuntes en el aire. Menuda concentración, dice él. ¿Ha llegado ya?, Lorenzo le había advertido que se conocerían esa tarde. Sylvia bromea, ¿tengo que pensar en ella como en una madrastra o puedo verla sólo como un ligue de mi padre? Lorenzo da un paso hacia atrás y se encoge de hombros, un ligue, claro, un ligue. Es que no es lo mismo. Pobrecilla, cómo va a ser alguien tu madrastra, mírate qué aspecto tienes, das miedo, te peinarás un poco por lo menos, ¿no?

Lorenzo no ha advertido a Sylvia que se trata de la chica que cuida al niño de los vecinos. Daniela le ha contado todas las ocasiones en que se ha cruzado con Sylvia en la calle o en la escalera, sacó la lengua al niño, se la ve más guapa, hoy escribía un mensaje en el móvil, ¿viste a qué velocidad escribe con el pulgar?, es cómico verla. Quizá su hija también tendría los mismos prejuicios que los demás. ¿Quieres que prepare algo de cena? No, no, saldremos por ahí. Lorenzo se mostraba inquieto, Daniela se retrasaba. Algo pasa, estás nervioso, a lo mejor no me has dicho la verdad, que tiene mi edad o algo así. Es mayor que tú. Lorenzo vuelve a consultar el reloj. Daniela suele ser puntual, siempre corren al locutorio porque quiere llamar a su casa en Loja a la hora en punto. Él la espera fuera y casi siempre las llamadas duran el mismo número de minutos.

Suena el timbre, Sylvia sonríe, en un gesto de broma se muerde las uñas, se recoge el pelo. Lorenzo la deja en mitad del salón y va hasta la puerta. Abre. Es Daniela. Pero es Daniela con una bolsa de deportes al hombro, el abrigo azul pálido cruzado encima y los ojos llenos de lágrimas. No dice nada. Lorenzo la invita a pasar. Entra,  qu  te pasa? Daniela se muerde el labio y niega con la cabeza. Saluda con un gesto a Sylvia, que la ha reconocido al instante y no se ha movido del sitio. Mejor vamos a la calle, tengo que hablar contigo, perdona. Lo último lo ha dicho hacia Sylvia, se excusa por no entrar. Lorenzo mira hacia su hija, alcanza la cazadora y sale al rellano. En el portal mismo, Daniela se desmorona, llora más. Sus primeras palabras comprensibles son me han echado, me han echado, Lorenzo.

Me han botado.

24

Ronco le dice no me vuelvas a pedir estas cosas, he estado a punto de vomitar ahí dentro. Se ha subido al coche de Ariel y salen de la zona alta de Madrid por calles atascadas, furgonetas de reparto de las que salta un operario que pide un minuto con un gesto para bajar a la puerta de un restaurante barato unos garrafones de aceite de girasol y sacos de harina. Cuando crece la fila de coches que esperan y arrecian los pitidos, la furgoneta se pone en marcha. Ronco acaba de salir de la agencia que posee las fotos de Ariel con Reyes. Es duro enfrentarte a la realidad de que me dedico a una profesión de víboras, dice Ronco. Estoy mal acostumbrado, mi jefe es de esos poquitos periodistas que hacen bien su trabajo, que es honrado, decente y además escribe como Dios.

Ariel se interesó por las fotos a través de Arturo Caspe. No pensarás que yo tuve algo que ver, el representante hablaba engolado. Esas chicas son modelos y siempre hay prensa detrás de ellas. Ser famoso tiene estas cosas. Y a ti no te va a perjudicar, a los aficionados al fútbol les gusta que sus jugadores sean unos conquistadores, viriles. Ariel no tenía ganas de discutir ni prolongar demasiado la llamada. Quiero que me digas para qué agencia trabaja el fotógrafo, nada más, se limitó a decirle. A la media hora, Caspe llamó para darle un nombre. En el coche, antes de que Ronco subiera a la oficina de la agencia, Ariel le firmó un cheque en blanco. Estás loco, con esto podría fugarme a vivir al Brasil.

¿Por qué lo hacía? Las fotos no le comprometían en nada. No les iban a perjudicar ni a él ni a Reyes. Pero no quería que en esas fechas, con la negociación de su futuro abierto, el club utilizara sus salidas nocturnas contra él. Lo hacían contra los futbolistas siempre que las cosas iban mal. La misma

fiesta de La Coruña, tras dos partidos del equipo local perdidos, fue usada por el presidente del club para dar a entender que los jugadores no se tomaban en serio el final de la competición y el propio directivo que organizó el desembarco de las chicas lo filtró a un locutor de radio al que debía un favor. Y luego, más profundo, esto no se lo confesaba a Ronco, estaba Sylvia. Ariel no quería que aquel asunto los envenenara. Primero la estúpida que salió en la tele para presumir de sus polvos con futbolistas. Hasta en el equipo le hicieron bromas. Ronco le dijo los guapos no os podéis permitir líos con esa morralla, tenéis que subir el listón, es una obligación moral y estética para con el mundo. También Sylvia se había enterado de la actuación de Marcelo en Madrid y le preguntó ¿fuiste? Sí, pero con amigos argentinos, le dijo Ariel, y ella se molestó porque no le hubiera invitado. Pensé que no te gustaba. Si me lo has metido con embudo, lo pones a todas horas. Una vez más él ensuciaba lo que en ella era limpio, sin dobleces.

Ronco tardaba en bajar de la agencia. Le había explicado cómo funcionaban. Aparte de fotos profesionales gestionaban las de novios y novias enfrentados, aprovechados. Era rara la semana en la que no aparecía un tipo para negociar sobre unas fotos de una modelo, una actriz, una presentadora desnuda en una playa o en la terraza de casa, o metiéndose el cepillo de dientes por el coño, ese ejemplo le había puesto Ronco, fotos tomadas en la intimidad de una relación que semanas, meses o años después sólo sirven para trampear algo de dinero y ensuciar la reputación de quien te abandonó o dejó de ser tu pareja. Ronco le contó, cuando se casó el Príncipe, las agencias echaban fuego para hacerse con las fotos que les llegaban de antiguos compañeros de clase, exnovios de la chica, te vendían sus historiales médicos, la ficha del ginecólogo, los trabajos escolares y hasta apareció un pintor que vendía cuadros para los que ella había posado desnuda. Luego con eso se negocia, se intercambian favores. Este país engulle cientos de cotilleos a diario. Como todos, le corrigió Ariel, ¿pensás que el mío es mejor?

Cuando aparece después de una larga negociación y sale del portal y se sube al coche de Ariel, Ronco tiene ganas de broma. Yo me esperaba algo erótico, caliente, un escándalo en toda regla. Sexo salvaje, orgías, animales por medio. Hasta el tipo de la agencia estaba sorprendido. ¿Quieres sacar de la circulación unas fotos de mierda con dos chicos guapos dentro de un taxi?

¿Qué pasa? ¿Que ella ha cazado a un millonario y no quiere que las fotos se lo jodan? ¿O que él ha dado el braguetazo con la hija del presidente y esto le puede costar la carrera?, eso me ha preguntado el tipo de la agencia y, la verdad, no sabía qué contestarle. Ariel no dice nada, se limita a escucharle con una sonrisa en ciernes. ¿Me lo vas a contar, me vas a decir qué cojones pasa y por qué hemos tenido que soltarle dos mil euros a estos hijos de perra?

Mejor te presento a Sylvia, le dice Ariel. Y arranca el coche.

No le digas nada a ella de todo esto, le advierte Ariel más tarde. Van camino de su casa para recogerla. Pero en ese instante Ariel recibe un mensaje de Sylvia. «Mi abuela está en el hospital, me reúno contigo en dos horas». Cambio de planes, anuncia Ariel, tenemos dos horas libres. Bueno, después de tratar con esas mofetas de la agencia el cuerpo me pide alcohol y comisaría. ¿Qué te apetece? Ronco guía a Ariel hacia un lugar donde sostiene que se sirven los mejores *gin-tonics* de la ciudad. Todo un arte. ¿Ginebra a las cinco de la tarde? ¿Se te ocurre una hora mejor?, le dice Ronco.

Le conduce hasta un lugar cerca de la Castellana. Es un local decadente, las paredes vestidas de entelado granate y una barra semivacía. Alguna mujer en las mesas del fondo. Es un sitio para citas, un clásico. Ronco saluda al camarero con familiaridad y van a sentarse a una mesa. Esto es lo que se conoce como un piano bar. Aquí me citó un centrocampista asturiano que jugaba en tu equipo al que hice una de mis primeras entrevistas mientras se morreaba con una señora que no era su señora. Eran otros tiempos, yo estaba empezando, él terminando. Salió una entrevista estupenda que nunca me publicaron.

Ariel y Ronco hablan frente a la copa. La rodaja de limón flota entre los hielos y las diminutas burbujas de la tónica. Ariel ha vuelto a los entrenamientos esa mañana. Con Requero, el entrenador, apenas intercambia monosílabos. No pensé que esto fuera tan complicado, le confiesa a su amigo. Aquí ganarte a la grada es cuestión de un detalle, a veces de un azar, le explica Ronco. Hay mediocres a los que han querido a morir y genios a los que no entendieron jamás. Luego gusta mucho el populista, el que corre con el alma hacia un balón inalcanzable, el que pide al público que anime, el que abronca a sus compañeros cuando van perdiendo. Habría que sancionar a los que más suden en los partidos. El sudor está sobrevalorado. Aparte te diré una cosa, en

Madrid nunca han triunfado los jugadores extranjeros de ojos claros. No, éste es un deporte de desconfiados y la gente siempre sospecha de unos ojos claros. Aquí partir piernas está mejor mirado que gambetear. Y en el periodismo pasa igual, quieren rompepiernas. La gente cree que el periodista que insulta es más libre, más independiente, pero no ven que siempre insultan al que no tiene poder. Escupen hacia abajo. Te juro que tardarías veinte temporadas en empezar a comprender lo demente que es todo por aquí.

Allá es igual, haceme caso. En todas partes es igual.

Sí, puede que tengas razón. ¿Sabes cuál es tu problema, Ariel? Que piensas. Piensas demasiado. Y un futbolista no puede pensar. Un futbolista no puede tener mundo interior, cojones. Eso le destroza. Te machaca, te paraliza. Ya pensarás cuando te retires, coño. No le des vueltas, juega. Límitate a jugar y a ver dónde cojones te lleva la riada. ¿Pedimos otro *gin-tonic*?

Ariel le habla de Sylvia. He estado tratando de no enamorarme de esa chica desde que la conocí. Quizá el alcohol o la mirada apasionada de Ariel cuando habla de ella estimulan a Ronco a confesar. ¿Tú sabes que yo sólo estuve un año en la universidad? Luego me coloqué de prácticas y lo mandé todo a tomar por culo para disgusto de mi madre. Allí conocí a una chica. La tía era bien especial, escribía poesía. Te haces idea, ¿no? Pero era guapa, no sabes cómo. Habíamos nacido el uno para no cruzarse jamás con el otro. En aquella época a mí me gustaban los Who, me había visto Quadrophenia ciento tres veces y llevaba unas patillas como las patas de esta mesa, pero me enamoré de ella como un cretino.

Ronco hace una pausa, una pausa tan larga que Ariel llega a dudar si ha terminado de contar, por eso pregunta ¿y? Salimos juntos, un mes o así. Luego lo dejamos. Puede que fuéramos demasiado jóvenes, no sé, o fue culpa de esa sensación absurda de que si encuentras a la mujer de tu vida con veinte años lo mejor es huir. A alguien así hay que encontrarlo a los cuarenta, y aun así me parece pronto. A los sesenta. Hace dos años me la encontré por la calle. Tiene un crío, está casada, lleva la prensa en no sé qué ministerio de esas cosas gilipollas a las que se dedican los políticos, no sé si Justicia o Exteriores. Fue curioso porque le pregunté ¿aún escribes poesía? Y se puso roja como un tomate. Me quedé supercortado, porque no quería hablar de ello, ¿te lo puedes creer? Bueno, eran unas poesías horribles, claro, como todas las poesías.

No seas atorrante, ¿cómo podés decir eso?

Si es la verdad, cuando te has currado la Tercera Regional y los putos campos de fútbol de toda España, después de conocer a la gente de verdad que hay ahí fuera, te juro que me ponen a Lorca o a Bécquer delante o a Machado, yo qué sé qué les diría. Imagínate que salieran a recitar sus obras maestras en mitad de un campo de fútbol, ¿cuánto tardaría la gente en saltar a pisotearles las vísceras? No, hombre, no, la poesía es una mentira que nos hemos inventado para hacernos creer que a ratos podemos ser tiernos y civilizados. Bueno, pues en el momento en que la tipa se ruborizó, me di cuenta de que yo conocía su secreto, más que eso, que estuvo de verdad tan enamorada de mí como yo de ella, cosa que siempre dudé, aunque una vez me escribió una poesía.

¿A ti? ¿Te dedicó una poesía?

¿Tan raro te parece? Hay gente que le ha dedicado poesías a una vaca ciega o a Stalin. Pues sí, a mí. Y me la sé de memoria todavía. ¿Quieres escucharla? Ariel afirmó con la cabeza, entusiasta. Ronco comenzó a recitar con pausas sentidas: «No eres guapo, no eres perfecto, y esos pelos rojos, qué hacer con ellos, te asusta pensar, te asusta acariciar, prefieres que te llamen imbécil a que te digan te quiero, por eso ahora te escribo: eres imbécil, eres imbécil, amor mío, eres imbécil». ¿No te parece la declaración de amor más bonita que has oído en tu vida?

Ariel rompió a reír a carcajadas, sobre todo por la trascendencia con que Ronco le había recitado los versos. La tipa te conocía bien, sos un imbécil. No lo has entendido, «prefieres que te llamen imbécil a que te digan te quiero», y ella me dice te quiero llamándome imbécil, qué incultura.

Ariel no podía parar de reír. Hace un rato no hubiera pensado que alguien fuera capaz de hacerle olvidar el momento que vivía. Ahora se limpiaba las lágrimas con una servilleta de papel mientras Ronco insistía, pedazo de animal, imbécil quiere decir amor mío en el poema, no es literal, es una metáfora o lo que sea... ¿Tú sabes lo que es una metáfora? Claro, ¿cómo va a saber un puto futbolista lo que es una metáfora?

Recogen a Sylvia en la puerta lateral del hospital. Se saluda con Ronco, que la obliga a instalarse en el asiento de atrás. Perdona, pero yo en ese agujero no me meto, no me caben las piernas, se excusa Ronco. Además los

coches deportivos siempre me han dado asco. A mí también, dice ella. Lo voy a cambiar, os lo juro, lo voy a cambiar, dice Ariel.

Ronco ha elegido un restaurante. Para llegar a él hay que salir de Madrid. Atravesar un páramo repleto de oficinas, centros comerciales y nudos de autopista. Está lejos, pero es cojonudo, y allí no nos encontraremos con nadie.

Es un restaurante gallego, la mujer del dueño sale de la cocina a besar a Ronco y decirle mi niño, mi niño, qué delgado estás. Que este restaurante siga abierto, les explica cuando acaban de sentarse, es la clave de que este país no se haya vuelto una mierda completa. Ahora veréis qué sabor tienen las cosas, acojonante.

Ronco se retira al baño. Por el camino les muestra un pedazo de pan de hogaza colocado en su cesta de mimbre en una mesa vacía, mirad, mirad qué pan, por favor, aún nos queda algo auténtico en este mundo. Ariel ha rozado la mano de Sylvia. ¿Cómo está tu abuela? Fatal. Sylvia se queda en silencio. Si quieres dejamos lo del viaje, propone él. ¿Has pensado algo?, pregunta ella. Ariel asiente con una sonrisa, los hombres enamorados somos así. Sylvia le mira a los ojos. Estáis borrachos los dos.

Ronco sale del baño y vuelve hasta la mesa. Sylvia, cuando este fracasado de mierda juegue en la Tercera División de Siberia, por favor, no dejes de llamarme para salir, eh, no dejes de llamarme.

Quizá lo haga.

Cuarta parte
«¿Es esto el final?»

1

Venecia está teñida del color siena de sus casas. Hay poco que hacer más que mirarla, dice Sylvia. Fascinarse porque alguien pueda vivir allí. Se han sentado en una plaza empedrada. Han entrado en una tienda de pulseras y collares hechos a mano. Hay dos gatos tumbados bajo un magnolio. Durante el paseo en góndola, de noche, él la ha abrazado. Sylvia ha escondido su cabeza en el hombro de él. Sonaba la música de una casa cercana. Desde los canales ven los techos de los apartamentos habitados, se cruzan con turistas de postal, escuchan el silbido de los gondoleros antes de tomar las curvas. Sylvia siente la mano de Ariel todo el paseo posada en su hombro. Le costará olvidarlo. Al pasar bajo un puente un grupo de españoles ha reconocido a Ariel y han empezado a tirarle fotos y gritar. Somos los mejores, oé, oé. El gondolero los ha liberado del asalto tras virar en el canal.

Han visitado un museo de pintura y han mirado los escaparates con ropa de marcas de lujo. Han comido un helado en la plaza San Marcos, han mirado a los niños que abren los brazos y dejan que las palomas los cubran al posarse. La noche pasada tomaron la última copa en el Harry's Bar y Ariel no le permitió mirar la cuenta. Te deprimirías. Sobre la mesa, Ariel le entregó un regalo, ella lo desenvolvió. Dentro de un pequeño estuche hay dos collares. ¿Es oro? Él asintió. Estás loco. Son dos pequeñas cadenas que sujetan cada una la mitad desgajada de un balón de fútbol. Al unir las se forma el balón completo. Es sólo un niño, pensó Sylvia. Es precioso, dijo. Me lo hizo un joyero de Rosario, ha tardado un huevo. Sylvia sonrió, le divertía cuando usaba expresiones españolas, sonaban raras en su boca. Sylvia le colgó su collar a Ariel y él la ayudó con el cierre del suyo. Duermen en un hotel en la isla del Lido, pero dan un paseo hasta encontrar un taxista viejo que les ofrece

de beber de una botella de vodka mientras conduce la lancha. Al despertar, tras descorrer las cortinas ven el mar, con las casetas de alquiler sobre la playa.

Ariel recogió a Sylvia en la esquina de casa, fueron hasta el aeropuerto. En el mostrador de embarque ella leyó Venecia y ése fue el final del secreto. No me lo puedo creer. Me convencieron en la agencia de viajes, a mí me parecía un poco cursi. ¿Cursi? Tú no tienes ni idea. Embarcaron juntos. ¿En este vuelo soy tu hermana o nos acabamos de conocer?

A la salida del aeropuerto les esperaba un conductor con un letrero con el nombre de Sylvia. Los llevó hasta el embarcadero, de allí en lancha hasta la isla. ¿Cómo puede sostenerse todo esto? Es mágico. Qué olor, ¿no? Al recorrer la ciudad en el vaporetto ven las fachadas recubiertas de andamios, los trabajos de restauración. Se bajan para recorrer el mercado y se quedan a mitad del puente para mirar el canal. Cerca pasan conversaciones ruidosas de españoles, Ariel lleva gafas de sol y una gorra de golf. Vas disfrazado de famoso de incógnito, todo el mundo te mirará, le dice Sylvia. Hasta que no se quita las gafas y la gorra no para de firmar autógrafos. Una familia argentina con un niño con la camiseta de San Lorenzo les entretiene casi veinte minutos bajo el puente del último suspiro, el padre es economista y le explica incansable a Ariel su teoría sobre la globalización y el déficit estatal. En un puesto de venta de camisetas de futbolistas Sylvia pide la de Ariel, el vendedor consulta con dos o tres empleados más jóvenes, sí, Ariel Burano, pero el vendedor niega con la cabeza, Sylvia se vuelve hacia Ariel para regodearse en la humillación.

Ariel ha contratado una lancha para llegar hasta la isla de Burano. Se supone que yo vengo de acá. Al menos eso inventó el club. Las casas están pintadas de colores pastel en torno a los canales, parece el decorado de un musical. El patrón les explica que es la forma de reconocer tu casa en los días de niebla y luego les hace un gesto de borracho, a éstos ayuda también. Sólo tenían pensando pasar un rato, pero le dedican casi el día completo. Acaban por comer en un restaurante con terraza que sirve pescado del día. Pasean bajo un portal con una virgen rodeada de flores. Me recuerda la Boca, dice él. Hay un colegio donde los niños juegan al balón y dos viejos saludan al verlos pasar. Deben de ser tus parientes.

Quizá pueda venirme a un equipo italiano el año que viene, dice Ariel durante la comida. ¿Te apetecería vivir aquí? Sylvia se encoge de hombros. Demasiado bonito, ¿no? El camarero muestra a Sylvia cómo tomar el aceite, le sirve en el plato y luego deja caer sobre la gota verde oliva un puñadito de flor de sal.

En dos meses habrá terminado la temporada. Los dos temen el final. Sylvia tiene ganas de preguntarle, ¿qué seré yo para ti?, pero no lo hace. Piensa que costará dejar atrás todo lo que vive ahora. Sin embargo le dice Ronco es muy simpático, ¿por qué no me lo presentaste antes? Pensé que te asustaría, es un loco. Y esa voz, al principio creía que la fingía. Son nodulos, le explica Ariel, me dijo que de chiquito le sacaron un montón de nodulos de la garganta y pasaba semanas sin poder hablar, escribiendo en una libreta. Sylvia mira hacia el canal, hay barcos de pescadores amarrados todo a lo largo. Se le ha pasado el hambre. Quizá deberíamos separarnos poco a poco, para que no sea de golpe.

¿Qué quieres decir?, pregunta Ariel.

No quiero despedirte el último día en el aeropuerto, darme la vuelta y que hayas desaparecido para siempre. Ariel la mira y tiene ganas de abrazarla. Sería mejor que lo fuéramos dejando a plazos. Como una cuenta atrás.

¿Por qué dices eso?

Sylvia tiene un nudo en la garganta. Los ojos de pronto se le llenan de lágrimas y baja la cabeza turbada. Se pasa la mano por la mejilla. Ariel le toca la rodilla. Se avergüenza de su incapacidad para abrazarla en un lugar público. ¿Por qué piensas eso ahora? Vamos a disfrutar, ¿no? Mira esto. No pienses en más.

Sylvia asiente con la cabeza. Tiene dieciséis años, parece pensar Ariel, tiene sólo dieciséis años. Le dice eres lo mejor que me ha pasado. Uff, responde ella, mientras se muerde el labio para no llorar, con ese acento argentino tienes que tener cuidado con las cosas que dices. Y se aparta una lágrima. Perdona, estoy jodiendo el viaje, soy una gilipollas.

Puede que Venecia no fuera una buena idea. Venecia es un lugar en el que los enamorados de todo el mundo juegan a jurarse amor eterno. Hay otros sitios, muchos, para traicionarlo luego. Pero Venecia no. Sylvia mira alrededor, ha rechazado la grappa que Ariel bebe despacio. En dos días

saltará de este lugar al aula mal ventilada donde sus compañeros se golpean la espalda y hablan a voces. No te olvides de que todo esto es sólo un atropello, se trata de salir con vida, nada más.

Cada noche desde el hotel ha llamado a casa. Su padre le informa de las novedades del hospital. La abuela sigue allí. Sin perspectivas de salir. Lorenzo se queda por las noches, así el abuelo descansa un poco. Sylvia le preguntó por él, lo ha encontrado muy hundido en los últimos días. Le pregunta a su padre por Daniela, ¿todo bien?

Sí, sí, todo bien.

Cuando Lorenzo regresó a casa el día de la frustrada presentación entre ambas, Sylvia veía una película donde una mujer especialista en artes marciales apalizaba a su exmarido. Le explicó a Sylvia, antes de que ella le preguntara, la causa de las lágrimas de Daniela. Le habían echado del trabajo al enterarse de que salía con Lorenzo, algún vecino lo había visto subir a la casa. ¿Has entrado en la casa? Un par de veces para hablar con ella, Lorenzo no le contó la masturbación que tuvo lugar en el aseo de invitados. Voy a subir, es todo un malentendido. Sylvia le retuvo. Papá, espera, no te metas en líos. Por más que Daniela hubiera empleado toda la tarde en repetir que se merecía que la echaran, que había traicionado la confianza de la pareja, que tendría que habérselo contado antes de que lo descubrieran por algún vecino fisgón, él insistía en que merecía la pena aclararlo. Papá, le decía Sylvia, no te metas en eso. Ella les cuida el niño, tú eres un vecino, la cosa les incomoda y punto. No le des más vueltas. Lorenzo se quedó pensativo, se sentó en el brazo del sofá. Un monstruo viscoso atacaba ahora a la chica de la película. Es injusto.

Papá, son más de las once, no subas ahora. Pero Daniela hace bien su trabajo, vive de eso. ¿Qué pasa, que la que cuide a su bebé de los cojones no puede tener relaciones con nadie? ¿Que necesitan una chacha virgen para cambiarle la mierda a su niño? Sylvia se echó hacia atrás en el sofá. Cuando su padre hablaba así parecía una olla a presión a punto de estallar. No solía usar palabrotas delante de ella, cuando lo hacía era porque había perdido el control. Es muy guapa, le dijo Sylvia para desactivar su ira. ¿Te parece? Es ecuatoriana, ¿verdad? Sí. Te voy a decir una cosa, papá, para ti también es mejor que no trabaje arriba, encontrará otra cosa, seguro. Lorenzo parecía calmarse. Sylvia le sonreía. Tendría que haber subido a conocerlos antes,

claro. Llamo a la puerta y les digo, venía a pedirles la mano de su criada. ¡Pero en qué país vivimos! Este país hace aguas por todas partes. ¿Te ha parecido guapa de verdad?

Desesperación.

¿Por qué Sylvia miró a su padre en ese instante y lo que vio fue un hombre desesperado? Podría ser el nerviosismo, la agitación, la culpa. También su incapacidad para calmar a Daniela, ella había querido volver a casa, mañana hablaremos, quiero tranquilizarme a solas. Frustración. Puede ser. Pero Sylvia no tenía la sensación de que fuera una desesperación momentánea. No. A Sylvia su padre le parecía un hombre desesperado. Había encontrado una mujer en su escalera. Tan reducido había quedado su campo de acción. Le parecía un náufrago aferrado a su madera, fatigado, superado, frágil.

Ariel y Sylvia suben pronto a la habitación. El hotel está lleno de americanos de piel blanquísima que ríen a voces. No tienen ganas de cenar. En la cama inmensa, bajo la lámpara modernista, ven la televisión. Hay concursos y una biografía de Cristo con barbas y mirada lánguida. Ariel le dice cosas al oído y ella sonríe. Luego le hace cosquillas y ella trata de huir entre carcajadas por encima de la cama, hasta que cae al suelo de manera aparatosa, sin lograr agarrarse a la colcha. Ariel ve el cuerpo blanco caído sobre la alfombra roja de hilos dorados y salta a recogerla, la toma en brazos y la posa sobre las sábanas. ¿Dónde te duele? Por todas partes, dice ella. Ariel comienza a besarla en cada zona de su cuerpo. Sylvia queda con su nuca y su espalda contra el colchón y el desorden de ropa. Eres una chica muy peligrosa, ¿lo sabías?, muy pero que muy peligrosa.

2

Los días en el hospital son agotadores. A Aurora le separa de otra enferma un biombo verde de tres piezas. Hay dos sillas con el asiento hundido por el uso junto a la cama. En una suele sentarse Leandro, que cruza y descruza sus piernas de alambre. Vela la inconsciencia de su mujer y también los ratos en que despierta y se aviva un poco para mirar a las visitas, para fingir que escucha la diminuta radio posada sobre la mesilla o para agradecer a las enfermeras sus ruidosas incursiones desde el país de los sanos y vitales. Entran como un vendaval, ejecutan sus tareas, cambian el suero, inyectan el calmante, toman la temperatura y la tensión, mudan la ropa de cama, como si su oficio fuera una actividad gimnástica.

Leandro conoce cada centímetro del terrazo del pasillo, el ruido de las puertas del ascensor al abrirse al fondo, los lamentos de algún paciente que muere en las habitaciones cercanas. Morir es un rito que en aquella planta del hospital se interpreta con la cadencia de una partitura. El médico le pone al corriente de los avances de la enfermedad sobre el cuerpo de Aurora. Hay una palabra que suena horrible y que Leandro identifica con la forma de la muerte. Metástasis. No está sufriendo, tenemos controlado el umbral del dolor para que no sufra y pueda guardar la conciencia el mayor tiempo posible. Pero Leandro se queda con ganas de preguntarle por ese dolor no localizado, que no aparece en gráficos ni en quejas concretas, pero que puede atravesarte como una cuchillada.

A veces estudia el rostro de Aurora para saber si ese mal profundo se ha apoderado de ella. Siempre ha sido una mujer valiente, que ha mirado hacia delante. Cuando estuvo a punto de morir tras el parto de su hijo, cuando hubo que trasladarla de urgencia porque amenazaba con desangrarse, aún tuvo

tiempo de advertirle a Leandro acuérdate de bajar las persianas antes de que entre mucho sol, la casa se mantiene más fresca, porque era verano en la ciudad. La hermana de Aurora vino a ayudarle con el cuidado del niño en esos días de incertidumbre. Aquella tarde Leandro fue a verla al hospital y ella le tranquilizó, no pensarías que iba a morir ahora que tenemos un niño tan guapo.

¿Ahora sí?, se pregunta Leandro. ¿Ahora sí te toca morir? ¿Ya no hay nada que te retenga? Por las noches su hijo Lorenzo, que ahora es un hombre de mediana edad, vencido y calvo, viene a relevarlo y se tumba a dormir en el sofá, que se abre como una cama incómoda. Leandro cena algo en la cafetería de al lado de casa, la prefiere a la del hospital, llena de comentarios mortuorios y miradas de pesadumbre. En casa ha comenzado a guardar sus pertenencias en cajas. Prepara la mudanza al piso de Lorenzo, aún no sabe cómo se organizarán. Trae sólo lo imprescindible, le dijo. Ha ordenado los discos que volverá a escuchar y los libros que aún necesita para sus clases. No son muchos. Ha almacenado sus notas, las partituras de estudio, los boletines, las fichas de alumnos en cajas que irán al fuego. Regalará o destruirá la esencia de lo que ha sido su vida. Aún no ha entrado en el cuarto de Aurora, no se atreve a revisar los álbumes de fotos, la vieja correspondencia, los objetos de valor íntimo, su ropa. Viajará, cuando todo termine, con el menor número de cosas posible. ¿Lo imprescindible? ¿Hay algo que lo sea? Será una pesada carga para su hijo y su nieta, un estorbo. La vida sin Aurora pinta plomiza y vacía.

Su hijo llegó la primera noche al hospital y en el pasillo le dijo no sabía que habías hipotecado la casa. He estado en el banco. Leandro se quedó callado. Escuchó a Lorenzo pedirle explicaciones por las cantidades de dinero dilapidadas como una sangría constante. No había rabia en las palabras de su hijo, ni indignación, ni escándalo. Supongo que me ha perdido el respeto hasta para eso.

No voy a preguntarte en qué te has gastado esos miles de euros, papá. No te lo voy a preguntar.

Leandro se sintió desfallecer. Caminó hasta la salita, donde había algunos asientos a esa hora vacíos. Una enfermera al fondo les hizo el gesto de guardar silencio. Leandro se dejó caer, vencido. La cabeza entre las manos, la mirada

en sus pies. Lorenzo se acercó, pero no se sentó, prefería mirarle en la distancia.

No digas nada a tu madre, por favor, no cuentes nada. Ni a Sylvia.

Pero cómo voy a contarles nada, papá. ¿Qué quieres que les cuente? ¿Eh? Dímelo tú, ¿qué les cuento? Leandro respiró profundamente. Nada, admitió Leandro. Joder...

El silencio se alargó tanto rato que fue más doloroso que cualquier recriminación. Leandro quiso decir no sé qué me pasó, perdí la cabeza, pero no dijo nada. Lorenzo se mordía la lengua, daba pequeños paseos por la salita que le servían para descargar la rabia. Al final, el asunto económico vino en su rescate. Lorenzo le habló. ¿Y dejas que el banco te firme una hipoteca que es un timo?, ¿no lo entiendes? Ellos te pagan hasta que te mueras, pero te estafan. Si sacas a la venta tu piso te darán el doble de lo que ellos te pagan, y encima parece que te ayudan.

No me dijeron eso.

¿Y qué quieres que te digan? ¿Que son unos hijos de puta? ¿Tú has visto alguna vez alguna publicidad de un banco que diga venga a vernos que le sacaremos la sangre?

Lorenzo pareció darse por satisfecho. Se calmó. Ya lo organizaremos, pero tendrás que venirte a casa. Eso hay que pararlo, ya me enteraré de cómo. Leandro asintió con la cabeza. No quiso decir una estupidez clásica como no querría ser una molestia. Más sincero sería: acepto ser una molestia. Se puso de pie. Cuando echó a andar por el pasillo, Lorenzo le dijo algo que le hirió profundo, algo dicho para herir profundo, ¿no deberías ir a un médico?

Así que era eso, pensó Leandro, estoy enfermo. Nada que unas pastillas y un diagnóstico malsonante no puedan curar. Quizá fuera un psiquiatra lo mejor, una cura de desintoxicación. Desintoxicarse de la vida, eliminar su adicción. Quedaba otra cosa, aprender a ser viejo, pasivo, sombra. Leandro le quiso tranquilizar, le quiso decir que todo había sido un rapto de locura, una imbecilidad transitoria y que aprendería a respetarse de nuevo. Pero sólo dijo no volverá a ocurrir.

En las conversaciones del pasillo del hospital había conocido a otro anciano que también acompañaba a su mujer. Estaba seguro de que yo me moriría antes que ella, le dijo el hombre, como suele ocurrir siempre. Leandro

no había pensado nunca en el orden de partida. En los últimos meses había tenido tiempo para prepararse, para acostumbrarse a la idea de estar solo, de perderla. Alguna vez había escuchado a Aurora decirle a su nieta, cuando charlaban juntas, ¿cuidarás de tu abuelo?, ¿cuidarás de él?, y la chica prometía que lo haría, claro que sí.

¿Volveré a leer a Unamuno o a Ortega para repetir las conversaciones de siempre con Manolo Almendros? ¿Quizá los poemas de Machado o Rubén puedan ser un consuelo? Y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos. ¿Todo Bach, qué de Mozart? ¿O renunciar a ambos? ¿Y Schubert? ¿Cuál debería ser el criterio? Deshacer la madeja de la vida, lo que ha ido enredándose a lo largo de los años ahora descomponerlo, caminar hacia atrás. Llevarme sólo lo que traje a esta casa cuando vinimos a vivir a ella. Esta última propuesta le divirtió. Pero pronto cayó en la cuenta de que anulaba lo que dio placer a Aurora, lo que compartieron, compraron juntos, oyeron juntos, leyeron ambos. Desandar la vida. La placa de la jubilación con la leyenda «por sus años de entrega y magisterio, a nuestro profesor», lanzarla a la basura pues lo único que hizo durante todo esos años y todos esos alumnos fue tratar de revivir a don Alonso, preservar su rectitud, su modo educado, el riguroso desafío a los alumnos más prometedores, incluso entonarles alguna frase latina que hoy ya ni se atrevía a pronunciar por no sonar pedante como Joaquín.

Se demoraba en alguna partitura, contaba el lugar y la época en que fue compuesta, no se puede tocar sin saber su historia, repetía las anécdotas aprendidas del viejo profesor, es un encargo, señores, no olviden que el autor escribió cada nota con la frialdad del orfebre, debe ser interpretada con disciplina de hierro, pero sin olvidar que su finalidad fue provocar el placer de un obispo, un conde, un emperador. Haydn componía para los Esterhazy o Beethoven compuso la sonata en La bemol mayor mientras se recuperaba de una ictericia, eso es importante para tocarla. O Schubert compuso la gran sonata en Do menor con pinceladas de la «Patética» porque Beethoven acababa de morir y se sentía un digno heredero. Podía llegar a repetir palabra por palabra frases del antiguo maestro. Pero si es un divertimento, el compositor tenía veinte años, no lo toque usted como si lo hubiera compuesto una momia, una estatua, quítele de encima esa losa de los doscientos años y

recuerde además que fue escrito en el mes de mayo y desde la ventana del autor se veía un jardín de abedules a buen seguro repleto en esa época de mariposas inimaginables hoy, así que interprételo como una fiesta, no como un castigo disciplinario.

Notas más estado de ánimo. Rigor más intuición. Libertad expresiva. Somos lo que transmitimos. No lo traicionemos. Así decía. Arrastrando consigo al viejo profesor hasta llegar a ser él mismo otro viejo profesor, parecido y distinto, una versión puesta al día. Pero no sabe si alguien viaja por ahí con la memoria de sus clases. Leandro piensa que la vida perdura por encima de sus intérpretes, como la música, todo responde a un caótico mecanismo de relojería, a un afinadísimo ingenio carente de la más mínima precisión.

El armario lleno de viejos metrónomos, revistas musicales guardadas por un artículo olvidado, algún recorte de prensa, programas de mano que recorren la lista de conciertos presenciados. Nunca llevó un diario, pero tiene la impresión de releerlo. La camisa que aún me pongo algún domingo, el chaleco tan usado en primavera, el paraguas que está entero, una de las gorras de visera, la cartera de piel, los lápices mejor conservados, dos cinturones, la chaqueta menos gastada, la bufanda regalo de cumpleaños, los pañuelos de los últimos Reyes.

Esta mañana coincide con Sylvia en el hospital. Ya casi no puede hablar, advierte a su nieta. Mira por la ventana. El sol se posa sobre los árboles y hace estallar los verdes. Es temprano. Tiene una idea. ¿Sacamos a Aurora a dar un paseo? Podemos abrigoarla y sentarla en la silla. A lo mejor es peligroso, le dice Sylvia. Al sol se está tan bien. Hay que hacerlo ahora porque tu padre se negaría en redondo. ¿Pregunto a las enfermeras? No, mejor al doctor. Sylvia sale del cuarto mientras Leandro prepara las cosas de Aurora, su abrigo, que estaba en el armario empotrado, abre la silla de ruedas. Sylvia regresa, el doctor ha salido, no está en la planta. Le preguntan a una enfermera que se opone, por favor, ni se les ocurra. ¿Están locos?

Cuando sale la enfermera, Leandro deja escapar su amargura, los hospitales te engullen, acaban contigo. Entrás en ellos como en la boca de un animal que te devora. Antes la gente se moría en casa. Sylvia deja caer la cabeza. Sabe, piensa Leandro, que Aurora está más cerca de la muerte que de

la vida. La muerte es algo nuevo para alguien tan joven como su nieta. Leandro clava la vista en el exterior de la ventana. Le agrada la ligereza juvenil con que se mueve Sylvia, su manera de hablar imprecisa sin terminar las frases y el modo en que agita el pelo y todo el cuerpo cada vez que se desplaza. Frente al andar prudente de los viejos, el tembloroso caminar de quienes asoman al pasillo, Sylvia es una ráfaga de brisa casi insultante cuando se dirige a largas zancadas hacia el ascensor o le acompaña a la cafetería.

¿Quieres desayunar conmigo? Es que ya he perdido la primera clase. Corre, corre, vete. Y se despiden a la puerta del ascensor. Otro día la sacamos, ¿vale, abuelo? Sin decírselo a nadie. Pero Leandro sospecha que no sucederá. Entre la clientela que se agolpa en la barra hay una familia africana. Leandro observa con detenimiento. Hay dos mujeres con tres niños pequeños. Les cuesta explicar lo que quieren. El camarero va acotando sus ofertas, por medio de preguntas. Un café, sí, con leche, vale, ¿y qué más? Leandro aprecia el gesto con que el hombre coge el dinero exacto que la mujer le muestra en la palma de la mano extendida. Al terminar de cobrarle, mira alrededor para ver si alguien le observa y Leandro aparta los ojos. El bar del hospital es un mosaico, una pequeña ciudad, la aristocracia de los doctores en bata, los empleados, familiares de pacientes. Leandro se considera un ejemplar de otro tiempo, listo para desaparecer. Como cuando se miraba en los ojos de Osembe y descubría un mundo que ya no puede comprender al suyo.

El mundo de los vivos.

3

Como las primeras veces, como en el comienzo de su relación, Lorenzo va a la iglesia para encontrarse con Daniela. Ahora no llega con tiempo de sobra, sino que sabe que el acto ya ha comenzado y se cuela por la puerta trasera del local. Busca su espacio en las últimas filas con la mirada curiosa de los que se han dado la vuelta al escuchar el ruido de la calle.

La sensación de que todo lo construido ha caído como un castillo de naipes. El proceso de descomposición ha sido rápido. En las últimas semanas cada encuentro con Daniela ha sido un paso atrás. Primero el despido. Daniela adoptó desde el inicio la posición de víctima culpable. No digas que no pasó nada, Lorenzo, claro que pasó. Hicimos algo que estaba mal. Entraste en la casa sin ningún derecho, yo te dejé pasar sin permiso para hacerlo. No mientas.

Las recriminaciones crecieron. Fue tu lujuria, ella me hizo perder el trabajo. Yo te provoqué y no supe mantenerte fuera de aquella casa. ¿La lujuria? ¿De qué siglo salía esa palabra? ¿Por qué no dices el amor? Porque el amor es respeto. ¿Y acaso yo no te respeto? Claro que sí, pero no supimos respetar la casa de otros.

Fue quizá una coincidencia fatal que aquellas discusiones tuvieran lugar durante la Semana Santa. Daniela pareció imbuirse de un espíritu mártir. Era imposible buscar un nuevo trabajo durante las fiestas y eso le daba tiempo de sobra para mortificarse. La madre de Lorenzo estaba ingresada en el hospital y eso le ocupaba las noches. ¿Acaso no era ése un sacrificio? Durante el día, buscaba a Daniela, trataba de recomponer lo roto. Fueron a casa, Sylvia se había ido de acampada con compañeros de curso. Tenían tres días para ellos solos. Pero a Daniela le costaba entrar en el portal, volver a estar tan cerca de

la pareja para la que había trabajado, ¿y si me los encuentro? No tienes nada de lo que avergonzarte. ¿Eso crees? ¿Entonces por qué si los viera bajaría la cabeza?

Durante la comida en casa estudiaron la estrategia para buscar otro trabajo. Hay una monjita que tiene una agencia de colocación, me ayudó la primera vez. Seguro que Wilson podría encontrarte algo, tiene cientos de relaciones, propuso Lorenzo. No me gustan las relaciones de Wilson, cerró ella ese capítulo. Se aprovecha de la gente, eso es feo. Bueno, también los ayuda, intervino Lorenzo. No, ayudar es otra cosa.

Daniela seguía con el gesto serio y veía desoladora su perspectiva. Ellos habían empezado a ayudarme con los papeles. Yo me encargaré de eso, no te preocupes. Tengo que mandar dinero a casa. Yo puedo prestarte. Ni hablar. Lorenzo experimentó verdaderos deseos de abrazarla y hacerle el amor, pero se contenía, no quería ser rechazado. Tu hija debió pensar que estaba loca, al verme llorar así, le dijo a Lorenzo. No, al revés, me dijo que eras guapísima.

Cuando terminaron de comer, ella se empeñó en fregar los platos. Lorenzo la abrazó por detrás. Jugueteó con sus manos dentro del agua y la espuma y luego le mojó los antebrazos desnudos. Él se mantuvo pegado a ella. Estás excitado, advirtió Daniela. Mucho, respondió él. Ve, anda, espérame en la cama, ahora iré yo.

Lorenzo obedeció. Fue a su cuarto y se desnudó. Se metió entre las sábanas de la cama deshecha, que ordenó con dos aleteos. Luego lo pensó mejor y volvió a ponerse los calzoncillos. Ella tardó en entrar. Durante un instante, Lorenzo dejó de oír el ruido de los platos en el fregadero y pensó que se había ido. Pero entonces sonó la cadena del inodoro. Cuando abrió la puerta del cuarto, Lorenzo le sonrió desde la cama. Daniela fue hasta la ventana. Bajó la persiana. La habitación quedó en casi completa oscuridad. Lorenzo notó hundirse el colchón cuando ella se sentó. Se quitó las zapatillas, luego los pantalones. Después la camiseta, que plegó y ordenó junto a los pantalones en el suelo, sobre la alfombrita. Lorenzo se sentó en el colchón y la abrazó. La besó en los hombros y recorrió las señales de la espalda con el dedo y luego con los labios. ¿Son heridas? Mi padre era muy autoritario, hasta que nos dejó, no dijo más.

Lorenzo acarició su cuerpo, eres muy hermosa, pero Daniela no decía

nada. No impidió que él dejara caer los tirantes de su sujetador ni que se lo quitara cuando logró desengancharlo después de una pelea que hizo reír a ambos. Lorenzo acarició el sexo de Daniela sobre la prenda y después introdujo su mano. Ella parecía excitada, entregada. Cuando Lorenzo se echó sobre ella, le escuchó susurrar sí, vamos, dámelo todo, vamos. Después del movimiento cadencioso de Lorenzo, las manos de ella le invitaron a acelerar el ritmo. Así, así, ¿te gusta?, soy tu puta, no me importa ser tu puta, dámelo todo.

Lorenzo jamás le había oído hablar así. Por dos veces trató de tumbarse y que ella se colocara sobre él, pero las manos de Daniela lo aferraban con fuerza. Volteaba la cara y jadeaba con los ojos cerrados. Era tan distinta a su actitud habitual que Lorenzo llegó a dudar si fingía. Él metió su pulgar en la boca de ella, Daniela lo mordió sin hacerle daño. No dejaba de repetir obscenidades al oído de él. Lorenzo retrocedió para correrse sobre el vientre de ella, permanecieron allí, húmedos, pegados el uno al otro.

Tienes miedo, ¿verdad? Terminaste fuera, añadió ella un instante después. No sé si tomas algo. ¿Qué más da? ¿Tienes miedo a dejarme embarazada? Fue la primera vez que Lorenzo pensó, con el desapego que le provocaba el orgasmo recién cumplido, que estaba loca. Pero su tono era dulce y cariñoso. No era psicótico ni amenazante. Me pareció lo normal, dijo él. Es fácil hacer el sexo sin llegar hasta el final, como si sólo fuera un juego, pero lo más bonito es el sexo hasta el final, con todas sus consecuencias. Me hubiera gustado mucho que acabaras dentro de mí.

No sé, esas cosas es mejor hablarlas antes, discutir las con calma. Nunca me preguntaste. A ver, Daniela, por favor, hablemos claro, ¿esto tiene algo que ver con la religión?

¿Por qué dices eso?

Por primera vez, Daniela se mostró ofendida. Tú no entiendes nada. ¿Te he obligado a algo? ¿Te he pedido que vayas a la iglesia, que creas en algo? Me he acostado contigo sin arrancarte ninguna promesa... Perdona, es que no me aclaro.

Daniela, bajo las sábanas, tomó la mano de Lorenzo y la posó sobre su vientre aún húmedo. La restregó hasta alcanzar el nacimiento de sus pechos y el vello púbico. Todo esto es tuyo, te lo estoy regalando.

Daniela dio la espalda a Lorenzo. Él la tomó de los hombros después de un instante, esa postura le aliviaba, porque las hemorroides le estaban matando, pero no decía nada. Comenzó de nuevo a rozarse con ella. Le decía ¿quieres tener un hijo conmigo? ¿Es eso lo que quieres? Pues vamos, vamos a hacerlo, venga, yo también quiero. Pero Lorenzo se detuvo un poco más tarde, cayó hacia un lado del colchón. Esto es ridículo, dijo, yo no puedo tener un hijo ahora, lo siento.

Eres un cobarde, Lorenzo. Aún tienes que cambiar mucho.

Aguardaron largo rato allí, inmóviles, sin decirse nada. Daniela se incorporó algo después y se vistió. ¿Te vas? ¿No quieres ducharte? No, me gusta llevarte conmigo. Lorenzo quiso retenerla, volver a tumbarla a su lado. Cuando se puso en pie, él le preguntó ¿qué quieres de mí?, ¿qué puedo hacer?

Pronunciando las palabras con una musicalidad firme pero dulce, Daniela le dijo sólo te pido que no me conviertas en tu puta. Sólo te pido eso. Respeto y amor.

Pasaron días. Volvieron a verse con naturalidad. Salieron a pasear una tarde, se alejaron del barrio en el metro y Lorenzo la tomó de la cintura. Le gustaba hacerlo ante la mirada de todos. Creía que a ella eso la hacía sentirse bien. En el vagón entró un grupo de adolescentes, no eran más de cinco chicas, pero armaban follón y atraían las miradas de los pasajeros. Maquilladas con profusión, peinadas con un gusto dudoso, varias de ellas con minifaldas por encima de los muslos. Daniela las miró con cierto disgusto. Una de ellas, la más espigada, bebía de una litrona de cerveza que llevaba dentro de una bolsa blanca de plástico. Nadie le dijo nada, pero levantaba la voz. Hablaba de chicos de manera soez. Lorenzo siempre que veía un grupo similar pensaba en su hija. Puede que ella también fuera de casa se comportara así, aunque lo dudaba. Con ella había tenido suerte. Lorenzo miró al grupo de chicas con tristeza. El tiempo los aplastará, todo ese desafío que escupen ahora con desprecio en nuestra cara se agotará un día y se convertirán en lo que hoy más odian.

Lorenzo y Daniela fueron al Retiro, miraban a los niños en los columpios, en las cuerdas, en los toboganes. Ninguno de los dos recuperó la conversación interrumpida. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Dónde me estoy equivocando? La última frase de ella en su dormitorio le rondaba sin solución. Era tal el abismo moral

entre uno y otro que la pareja se antojaba imposible.

Lorenzo la acompañó a una cita de trabajo en una casa en las afueras. La esperó en la furgoneta. No estaba lejos del barrio de Paco, del lugar donde había muerto. Lorenzo pensó en él. A ratos estuvo tentado de contarle a Daniela la verdad, de abrirse ante ella. ¿Qué le habría dicho? Ella salió cabizbaja de la entrevista, quieren alguien que sepa inglés y pueda enseñarle a los niños. Lorenzo quiso llevarla a la residencia de ancianos donde visitaba a don Jaime. Le pareció buena idea. Es un hombre curioso, Wilson y yo vaciamos su casa, ahora vive en una residencia. Está solo, no tiene a nadie, algún rato me paso y me siento con él.

La visita no fue distinta a otras veces. Las mismas frases correctas, la misma ausencia. Don Jaime sonrió un instante cuando entraron o al menos eso le pareció a Lorenzo. Daniela le acarició la mano cuando se pusieron en pie para marcharse. ¿Por qué vienes a verle, Lorenzo?, le preguntó ella en el camino hacia casa. No sé, de verdad que no lo sé.

Pero te hace bien. ¿A que sí?

Sí, supongo que sí.

Esa noche, como las anteriores, él la invitó a subir a su piso, pero ella no quiso. Luego él propuso acompañarla a casa y dormir juntos, ella dijo no.

No, esta noche no.

4

El día en que la pizarra de los dieciocho jugadores convocados para el partido no contiene su nombre, Ariel no se lleva ninguna sorpresa. En el encuentro anterior, en Vitoria, ha pasado en el banquillo los mejores minutos y el entrenador sólo le concedió los diez últimos para remontar el uno a cero en contra. Su suplencia estaba justificada. Salía de una lesión. Tampoco era el césped ideal para un tobillo resentido. El campo estaba embarrado como una cuadra. Cada zancada obligaba a dos movimientos, el de avance y el de extracción del pie de un charco de barro. Pero Ariel recordaba la frase del Dragón, en las peores condiciones, en el peor de los campos, el mejor sigue siendo el mejor. Ronco le cuenta las declaraciones del entrenador en la conferencia de prensa que acaba de terminar. A estas alturas de campeonato, también tengo que pensar en la temporada que viene y en los jugadores que van a seguir con nosotros.

Días atrás Ronco le había dedicado un artículo. Enlazaba los elogios con la sensación de que nada en el equipo había funcionado como se esperaba. «Ariel Burano Costa fue una joya arrebatada a San Lorenzo. Un equipo que no funciona desvaloriza todas sus piezas, al contrario que uno que triunfa. He aquí un buen futbolista convertido en saldo por un sistema que nunca funcionó».

Ariel le agradeció el comentario. Al mismo tiempo le importunaba que tuviera que ser un amigo quien lo elogiara. Prefería el silencio. Esperaba que la directiva valorara su rendición y frenara la guerra desatada. Le incomodaron datos personales que Ronco desvelaba. «Costó integrar en un equipo cargado de veteranos a un joven porteño que escucha música con letra inteligente, ve películas subtituladas, que visita el Prado con asiduidad y que

hasta ¡lee! No están lejanos los tiempos en que en ese mismo equipo a los chavales que leían en las concentraciones se les castigaba con doble sesión de gimnasio. Llegó solo, sin familia, sin conocer el país, sin tiempo para comprender un fútbol muy distinto, que se parece al argentino como una nuez a una naranja. Su melena ha volado por la banda, pero no se ha ganado al graderío. Quizá regrese en tiempos mejores, hay quien dice que una bellísima joven madrileña será una buena razón para nunca marcharse del todo de esta ciudad».

Ese último párrafo te lo podías haber ahorrado, le reprochó Ariel a Ronco. Perdona, me dio una hemorragia poética. Y al Prado sólo fui media hora en un año, me pintás como un jodido intelectual. Bueno, en comparación con tus compañeros, te podrían dar el Premio Nobel de Literatura y nadie en Primera División podría discutirlo. Dime la verdad, un poco te habrá emocionado, ¿no? No soy de lágrima fácil. ¿Sabes lo que me dijo el jefe? Que era la lamida de culo más espectacular desde que se murió la madre Teresa de Calcuta. Tu jefe tiene razón. Se te olvidó decir que jugué como el orto todo el campeonato.

Ariel recortó el artículo y se lo envió por correo a sus padres. Antes se lo enseñó a Sylvia. Tu amigo es un sentimental. ¿Lo del último párrafo se refiere a mí? Creo que lo dejaste impresionado. Ya. Y que yo sepa al Prado sólo has ido una vez. Ya le dije, pero el tipo es así.

El partido en que los eliminaron de la competición europea lo vio con Sylvia en casa. No viajó con el equipo porque el entrenador le consideraba bajo de forma tras la lesión. Pero nos jugamos la temporada, por favor. El entrenador negó con la cabeza. Ariel salió del vestuario con un portazo tremendo. A Ariel lo desesperó ver la temporada irse por el sumidero sin él estar en el césped. Sylvia a su lado se divertía al verle golpear los cojines del sofá a puñetazos, animaba, venga, arriba, hay que atacar, vamos, hay tiempo, todavía hay tiempo. Si Sylvia decía que les den por el culo, estos cabrones te han echado, él se volvía y le decía es mi equipo, ¿no podés entenderlo?

La derrota lo deprimió. Agarró una botella de vodka del congelador. Se la traía Wlasavsky a toda la plantilla de sus viajes a Polonia. Líquido blanco aromatizado con una ramita en el interior y un mamut dibujado en la etiqueta. Los dos bebieron. Calentaron unas empanadas.

Salieron con Ronco un par de tardes. De pronto, cuando la relación

parecía condenada a un callejón sin salida, se hacía más estable que nunca. Podían compartir un amigo, caminar por la ciudad sin importarles la mirada curiosa de los demás. Ronco ejercía de tercer hombre y eso les garantizaba tranquilidad. Si a Ariel lo rodeaba un grupo de adolescentes que quería fotografiarlo con el móvil él los disolvía con autoridad o entretenía a Sylvia mientras comentaba el aspecto de la gente, su manera de hablar, de dirigirse a alguien famoso. Tomaba el pelo a Ariel a toda hora, le decía que pronto estaría jugando en algún equipo de millonario ruso, regateando estalactitas. También a Sylvia le decía no das el prototipo de Lolita y luego le recomendaba la novela, aunque te advierto que acaba fatal, Lolita crece.

Cuando la conversación giraba inevitable hacia el fútbol, Ronco abría un paréntesis y se confesaba con Sylvia, el fútbol es un deporte muy raro al que juegan unos eternos adolescentes descerebrados y millonarios pero que mueven una maquinaria que hace feliz a cientos de miles de descerebrados mucho menos favorecidos económicamente. Le contaba el caso de un tipo que al morir su padre seguía llevando las cenizas al campo dentro de un tetrabrick, otros muchos que pedían que esparcieran sus cenizas por el césped del estadio de su equipo favorito, padres que sacaban el carnet de socios a sus hijos el mismo día del nacimiento, o trataban de colar a sus perros en las gradas, coleccionistas de cromos, camisetas, balones, gente que se llevaba trozos de la portería el día de la final, pedazos del césped.

Ronco les hacía reír. Relajaba la tensión que a veces se acumulaba en torno a ellos. Acompañaba a Ariel cuando dejaba a Sylvia en su portal, por la noche. A menudo Sylvia se quejaba con amargura, por qué no te habré conocido antes. Sí, incluso antes de que conocieras a Ariel, a ser posible. Ronco bebía cervezas, sudaba y se secaba la frente con servilletas de papel que lanzaba convertidas en bolas al suelo. Con lo que yo sudo, se podría regar a diario el continente africano.

¿Cuándo juegas tu último partido?, le pregunto Sylvia dos tardes atrás. Ariel consultó el pequeño calendario que llevaba en la cartera, junto a la foto de sus padres que varias veces había enseñado a Sylvia y el carnet de jugador infantil que les permitía celebrar con risotadas su aspecto a los doce años. El sábado seis de junio, en casa, respondió él. ¿Por qué? Por nada.

Ariel temía la reacción de Sylvia en el final de temporada. Él decía

tendremos el verano para estar juntos. Y ella asentía, como si supiera mejor que nadie lo que iba a suceder.

El masajista entra en el vestuario cuando los jugadores han terminado de recoger sus cosas. Se acerca a Ariel. Ya he visto que no viajas con el equipo. ¿Quieres venirte conmigo a los toros el sábado? Bueno, dijo Ariel. Lo prometido es deuda, tengo el abono de Las Ventas. En ese instante un gesto de cariño o de complicidad tenía un valor enorme. Vio alejarse al tipo, que caminaba con un renqueo cómico.

En el pasillo Amílcar le esperaba y le comentó su salida de la convocatoria, caminaron juntos hacia el aparcamiento. ¿Leiste lo que te dio mi mujer? Estoy en ello. No lo dejes, no seas tonto, cualquier ayuda te vendrá bien. No te dejes vencer. No, no, claro.

En la valla donde terminaba la explanada, como cada día, había algún grupo de seguidores que pedía autógrafos o tiraba fotos imposibles, según Ronco cientos de miles de habitaciones en el mundo estaban adornadas con fotos desenfocadas del cogote de un ídolo. Muchos seguían con la mirada los coches caros de los jugadores hasta que se perdían en la autopista.

Al conducir de vuelta a su casa ese mediodía, Ariel pensó que ese camino tantas veces recorrido pronto sería un recuerdo borroso, sustituido por otras instalaciones, otra casa de paso, y muy probablemente otra soledad. Entendía cada vez mejor por qué muchos jugadores fundaban una familia con hijos apenas cumplidos los veinte. Necesitaban asentar los cimientos sobre la arena movediza en la que vivían, agarrarse a una nube pasajera. Si pudiera arrastrar a Sylvia todo sería diferente, pero cómo iba a obligarla a pagar un precio tan alto. Basta con un esclavo de este oficio, al fin y al cabo un esclavo de lujo, pero cambiarle la vida a ella sería demasiado egoísta. Sin saber por qué, siente que ese viaje a casa es el comienzo de un viaje que lo lleva lejos, muy lejos, que pronto dejará atrás todo esto.

Pero ¿qué era todo esto?

5

En ocasiones un pequeño detalle lo cambia todo. La clase de lengua ha terminado y el aula se ha vaciado a velocidad de vértigo para sacudirse el sopor. Los compañeros de Sylvia han bajado a disfrutar del recreo de media mañana. Hace calor. Sylvia se ha quitado el fino jersey y lo empuja dentro de su mochila. Se ha sentado ladeada ante el pupitre y consulta su móvil. Lo prende y aguarda a ver si ha entrado algún mensaje. Hace apenas una semana que el destino de Ariel ha quedado amarrado. Marchará cedido a jugar a un equipo inglés. El club actual tendrá que abonar un tercio del sueldo y mantendrá la propiedad del jugador durante el tiempo que resta de su contrato. Cuatro años más. Sylvia ni entiende ni quiere entender los detalles mercantiles de la operación, pero parece claro que el futuro de Ariel rebaja su cotización. No ha dicho nada, pero el nombre de la ciudad a la que parte, Newcastle, suena para Sylvia desde la primera vez que lo oyó a cárcel. Newcárcel.

Han navegado en la red para buscar datos. El lugar sólo está a cinco horas de autobús de Londres, posee una universidad. Aún me quedan dos años antes de acabar el instituto. Podrías aprender inglés. Dicen que en los próximos años va a entrar muchísimo dinero en el fútbol británico, le dijo Ariel.

En las mesas delanteras, cerca de la pizarra, se ha quedado un grupito de cuatro alumnos con los que Sylvia no tiene demasiada relación. Hablan de un programa de televisión del día anterior que ella no vio. Al parecer invitaron por error a un debate sobre nuevas tecnologías a un hombre de mediana edad que en realidad acudía a una entrevista de trabajo en las oficinas del canal. El tipo respondió con criterio a las preguntas durante buena parte de la emisión, hasta que se desveló la confusión y sacaron al invitado del plato.

La última en salir es su amiga Nadia. ¿Te vienes?, le pregunta. Luego bajo,

contesta Sylvia. Del móvil no llega nada, después del suspense que la hace esperar que caiga como una gota de lluvia un mensaje nuevo. Sylvia lo vuelve a dejar en el bolsillo de la mochila. El profesor de matemáticas, don Octavio, camina por el pasillo con su cuello estirado y su andar ladeado, cruza a la altura de la puerta abierta. Sylvia le ve pasar y saludar levantando las cejas. Pero un instante después retorna sobre sus pasos y se asoma desde el umbral hacia el interior de la clase. Tú eres Sylvia, ¿verdad?, ha clavado los ojos sobre ella. Sylvia asiente. ¿Tienes un rato al acabar la mañana para pasarte por el departamento? Sylvia dice que sí y el hombre se despide con un pues allí nos vemos luego y desaparece de nuevo.

Sylvia se pregunta por las razones del profesor para querer verla. No llega a ninguna conclusión, más bien parece un azar, está claro que no venía en su busca. Pasa por delante de la puerta abierta de la clase de Mai pero ella no está dentro. Al volverse se encuentra con Dani, ¿buscas a Mai? Está en la cafetería. Bajan juntos las escaleras, pero al llegar a la planta Sylvia cambia de idea, hace bueno, prefiero salir al patio. ¿Te acompaño?, Sylvia se encoge de hombros por toda respuesta.

Buscan un sitio donde sentarse al sol. ¿Viste el programa de anoche? Sylvia niega con la cabeza. Mi madre lo estaba viendo y me avisó. La presentadora llevaba medio programa y alguien le debió de advertir que se habían equivocado, se vuelve hacia la cámara y dice al parecer hemos sufrido un malentendido y uno de nuestros invitados está sentado por error en el debate. Todos se miraban entre ellos, yo creo que se acojonaron. El tipo en cuestión era un guineano bastante gordito, parecía encantador. Se excusó, yo lo siento, ya le dije a la señorita azafata que no estaba seguro de si tenía que participar en el programa. Explicó que alguien a la entrada del canal lo llevó hasta el plato y le invitó a sentarse en el panel de expertos. Lo mejor es que parecía el menos falso de todos. Si hubiera sido un concurso de éstos que llamas para eliminar al que miente, habrían echado a todos antes que a ese tipo que parecía tener más sentido común que los expertos reales. Fue increíble.

Tres compañeros de clase de Sylvia se unieron a la conversación. Uno de ellos comía un bocadillo que ofreció a los demás. Dani se mostró incómodo un segundo, hasta que la mirada de Sylvia lo tranquilizó. Era una mirada fuera de la conversación, sólo para él. Quédate.

Sylvia se sorprende cada vez que establece una extraña corriente con Dani. Le gusta su desastrada manera de vestir y moverse, su timidez para hablar cuando hay personas que no conoce, en contraste con su seguridad cuando está en confianza. Hay algo que lo mantiene al margen del grupo, como si no necesitara agregarse para existir. Esa independencia agrada a Sylvia. Sin embargo no le atrae físicamente, le inspira más bien una complicidad de amigo, de alma gemela.

Al terminar las clases, Sylvia busca con cierta pereza el seminario de matemáticas. La puerta está cerrada y aguarda un instante mientras el río de alumnos desfila hacia la salida. El profesor aparece con un manojito de fotocopias. Hola, pasa, pasa, abre el despacho y deja los papeles sobre la mesa. Siéntate, le muestra una silla mientras cierra la puerta. Ordena de manera superficial el caos más cercano y ocupa su asiento. Sylvia posa la mochila en su regazo. Bueno, Sylvia, quería hablar contigo si no te molesta, ¿qué te pasa? Sylvia se queda en silencio, no acaba de comprender el alcance de la pregunta. Don Octavio se pasa los dedos por el bigote en un gesto mecánico y prosigue. Estamos a final de curso y entre los profesores hemos comentado tu rendimiento, ha bajado mucho. Se te pueden complicar las cosas. A ver, yo no quiero meterme donde no me llaman, pero siempre puede haber algo... No termina la frase, tiene posados sus ojos sobre los de Sylvia. Ella recorre con la mirada las estanterías. No, no me pasa nada. ¿Es falta de motivación, de concentración? No sé, seguro que hay algo en lo que yo te pueda echar una mano. Tu nivel es bueno, no tienes por qué terminar en un suspenso. Eso lo entiendes, ¿no?

Sylvia se muerde un mechón de pelo. Al profesor el bigote le tapa el labio superior y eso le otorga cierto aire de seriedad, que los ojos, mirados de cerca, desmienten. Los ojos le centellean y Sylvia se siente intrigada por esa mirada. No consigue responder nada coherente. Duda si decir mis padres se han separado, pero le suena penoso. Prefiere guardar silencio. Vamos a hacer una cosa para compensar, ¿vale? Para ver si podemos echarte una mano. El profesor se pone en pie y busca en su cajón hasta dar con algunas fotocopias. Por ahí hay cuatro o cinco problemas, son más juegos de lógica que otra cosa. Quiero que me prepares dos o tres folios donde desarrolles las soluciones. Prepáratelo en casa, algo razonado, como si fueras tú quien tuvieras que

explicarlo en clase. Puedes sacarlo del libro, claro, pero que se note que lo entiendes. Es muy sencillo y te lo puntuaré como un extra. ¿De acuerdo?

Sylvia levanta los ojos, no acaba de creerse lo que le sucede. ¿Habría hecho lo mismo con otros alumnos? Sylvia no pregunta. Vuelve a mirar los ojos de don Octavio. Tienes tres días. Me lo traes aquí, al despacho, ésta es una cosa entre tú y yo, fuera de la clase. El profesor da por zanjada la conversación. Sylvia se pone de pie y recupera la mochila. Gracias. No dejes caer el curso, no te dejes ir, eh, Sylvia, todos pasamos por épocas buenas y malas, pero ahora es cuestión de que aprietes el acelerador estas dos últimas semanas, no merece la pena dejarlo.

En la calle, un instante después, Sylvia tiene ganas de llorar. ¿Tan expuesta está su intimidad como para que un profesor, desde la distancia, sea capaz de intuirlo? Con una especie de rayos X. Lo que conmovía a Sylvia era el interés casi accidental de él. Había cruzado el pasillo y de pronto al verla sola en la clase había caído en la cuenta de su bajada de nivel, seguro que recordaba el último y penoso examen, y en lugar de alejarse de allí se había detenido un instante para interesarse por ella. Algo debía de haber cruzado en su cabeza durante una milésima de segundo para decidir asomarse a la clase y hablar con ella. Sylvia, como la mayoría de compañeros, estaba convencida de que era alguien inescrutable para los profesores. Una cara que se sumaba a un grupo que ocupaba un año de su vida y luego se perdía para siempre. Mundos que nunca se cruzaban, más allá de la hora de clase forzosa.

Lo que la dejaba al borde de las lágrimas era la percepción de que todo había sido abandonado, los estudios, su familia, los amigos de la clase, para involucrarse en una historia que al terminar dejaba un páramo seco, frustrante, estéril. Ha estado en otro lado y, de pronto, el profesor, con una manera profesional, nada intimidatoria, casi azarosa, la devolvía a su realidad. Estamos aquí, ¿dónde estás tú?, parecía haberle preguntado. Contaba mucho la mano tendida. Ella también, como el guineano tomado por un experto en la televisión, había sido invitada a un mundo al que no pertenecía. Ella también había fingido con corrección, había pasado la prueba de la impostura general, pero era urgente dejar de alimentar la farsa.

Camino de casa siente que la pasión por Ariel se extingue o debe extinguirse para salvarse ella. Asume la ruptura como si hubiera sucedido en

aquel despacho unos minutos atrás. Esa tarde, antes de que los estudiantes tomen las mesas corridas de la biblioteca pública, irá a sentarse con las hojas de matemáticas y tratará de cumplir el encargo simbólico del profesor. Leerá los problemas de lógica que tiene que comentar, no entenderá demasiado bien qué quiere don Octavio de ella. Hasta que el tercer problema venga a aclarárselo.

«Supongamos que entre dos personas, A y B, hay dos metros de distancia. Y A quiere acercarse a B, pero en cada paso ha de cubrir exactamente la mitad de la distancia total que le resta para alcanzar a B.» Sylvia tragará saliva, pero continuará leyendo. «El primer paso es de un metro, el segundo de medio metro, el tercero de un cuarto de metro. Cada paso de A hacia B será más pequeño, y la distancia se irá reduciendo en una progresión eterna, pero lo sorprendente del caso es que, mantenida la premisa de que cada paso sea equivalente a la mitad de la distancia total que los separa, por más que avance, A nunca llegará a B.»

Los ojos de Sylvia estarán enrojecidos. Puede que ese sencillo ejercicio ayudara a explicar la teoría de los límites que cambió la historia de la ciencia a comienzos del siglo XVIII. Puede ser que fuera cierto, según explicaba el texto de las fotocopias entre citas de Leibniz y Newton. Pero Sylvia comenzará a escribir su exposición personal del problema y pronto se transformará en una carta de despedida. La misma carta que no sabrá ni podrá escribirle a Ariel para decirle, del modo más lógico y sencillo, nuestra historia se ha acabado. A nunca alcanzará a B.

6

Algunas noches, cuando Leandro regresa del hospital para dormir en casa, suena el timbre del portero automático y se ve forzado a abrir a la empleada de la inmobiliaria que acompaña a unos posibles compradores. Es una mujer nerviosa, con una carpeta desbordada y un teléfono móvil que parece un animal vivo. Se disculpa siempre con Leandro por llegar a esas horas. Leandro no les acompaña en el recorrido de la casa, pero atisba el gesto de los clientes cuando se marchan. De lejos oye cosas como el piso hay que rehacerlo entero, pero cuando lo pongan a su gusto quedará estupendo; por el día tiene una luz magnífica, el barrio es una joya, cerca de todo.

Fue él quien proporcionó a Lorenzo las escrituras y los recibos necesarios para poner en marcha la venta. La inmobiliaria es de un amigo de su hijo al que conocen desde niño. Lalo, un avispado risueño que cuando alguien le preguntaba qué quería ser de mayor respondía explorador en la China. Cincuenta millones de las antiguas pesetas es lo que piden. No se aclara con los euros en cantidades grandes. Es buen momento para vender, dijo alguien en la inmobiliaria por quedar bien. La hipoteca del banco subrogada al piso fue, según las cuentas de Lorenzo, un error mayúsculo. Otro. Además sus gastos habían significado una dentellada importante, desmesurada. Sin embargo, el día de la firma, Lorenzo sólo dijo hemos tenido que hacer frente a muchos gastos en estos meses.

Creo que lo mejor será que me ocupe yo de todo, le había dicho su hijo. Habían traspasado el dinero a su nombre. Si su padre se hubiera negado podría haber conseguido que lo incapacitaran, pero nunca llegaron a discutir. ¿Cómo está la casa?, preguntaba Aurora en el hospital, ¿sigue yendo Benita a limpiar y a cocinarte? Leandro asentía, aunque lo cierto es que había pedido a

la señora que dejara de venir ahora que pasaba más tiempo en el hospital. Benita se había echado a llorar y Leandro recordaba una frase que había dicho al irse, tras darle un cariñoso abrazo puesta de puntillas, nos trajeron aquí para domarnos y bien que nos han domado, bien.

En casa de Lorenzo había un pequeño cuarto donde Leandro podría instalarse. En él guardaban los papeles, un viejo ordenador y una mesa de despacho que utilizaba Pilar cuando tenía trabajo que llevarse a casa. Allí podrían colocar el canapé de Leandro y sus pocas cajas de pertenencias. Para el piano habían abierto un hueco junto al televisor. Sylvia se negaba a que se deshicieran de él.

Un vecino le había dicho a Leandro en la cafetería, a nuestra edad ya no estamos para mudanzas. Pasaba los días sentado junto a la cama de Aurora, intentaba ser amable con las visitas que se empeñaban en acudir a modo de despedida, todos aquéllos que se enteraban por unos o por otros, y venían a intentar una conversación que ya Aurora no podía sostener. Manolo Almendros se echó a llorar después de besar a Aurora en la mejilla en su última visita. En el pasillo le dijo a Leandro yo siempre he amado a tu mujer, me dabas tanta envidia.

Muy pocas veces había vuelto a pensar en Osembe. Una tarde estuvo tentado de tomar el autobús a Móstoles y plantarse frente al portal. Si se cruzaba por la calle con alguna chica que le recordaba a ella, se recreaba en mirarla, estudiaba sus gestos, su forma de comportarse, como si quisiera comprender algo que se le había escapado. En el periódico leyó la noticia del cierre del chalet donde la había conocido. Mostraba una foto de la fachada, tomada en el mismo ángulo distante desde donde tantas veces él había observado la casa antes de decidirse a entrar. La enredadera había crecido con la primavera y ocultaba la pared y parte de las puertas metálicas. Según el periódico, la mafia búlgara asociada con un español se dedicaba a la explotación de las mujeres y poseía un sistema de grabación de imágenes en las habitaciones. Por ese sistema habían comenzado a extorsionar a abogados, empresarios y otros clientes adinerados a los que chantajeaban. Una de las víctimas era quien había puesto sobre aviso a la policía, y habían sido detenidos dos de los cabecillas junto a una mujer que ejercía de encargada, y liberadas siete mujeres al parecer forzadas a prostituirse bajo amenazas.

Leandro se imaginó las cintas en poder de la policía. Quizá se habían reunido los agentes o los funcionarios judiciales para mirar a ese viejo tan asiduo del local. Se habrían reído a gusto. Eh, venid a ver a este viejo, ahí vuelve otra vez.

Aurora está tumbada en la cama, la boca semiabierta, el rostro relajado excepto por alguna leve agitación momentánea. Entran las enfermeras. Leandro las observa trabajar. Recuerda la desnudez intuida en una de ellas como el comienzo de su espiral. Ahora reconoce que la vida exige un grado alto de sumisión. Todo lo demás es suicida.

Cuando se quedan solos, Aurora le habla. ¿Saliste a pasear? El asiente con la cabeza. Ella menciona de pronto el canario que le regalaron muchos años atrás, ¿te acuerdas?, cuando la vecina, Petra, se marchó al pueblo definitivamente. Leandro piensa que es un recuerdo caprichoso fruto del desorden mental que a veces la empuja a delirar o a ver imágenes sobreimpresionadas en la pared. Lorenzo acababa de empezar a ir al colegio y la vecina le regaló a Aurora el canario, porque cada mañana por la ventana ella celebraba lo bien que cantaba, es la alegría del edificio, decía Aurora a la vecina. A Leandro lo volvía loco con su trinar, bastaba que escuchara la radio o una conversación para que desencadenara una locura insoportable. Pobre animal. Esas mismas palabras había dicho Aurora cuando amaneció muerto en su jaula bajo el paño de cocina algún tiempo después. ¿Por qué ese recuerdo? Aurora repite la frase, para ella, en voz baja, pobre animal.

Leandro se ha sentado en el colchón. La mujer de la cama de al lado está dormida y su hija ha aprovechado para bajar a comer algo. ¿Por qué recuerdas eso ahora? Aurora sonríe. Cantaba tan bonito. Leandro la ha tomado de la mano. Lo pasábamos bien, le dice él. Hemos sido muy felices. Aurora no dice nada, aunque sonríe. Al revolver los papeles encontré las cartas que te enviaba de París. Es increíble lo pedante y engreído que podía ser entonces. No sé cómo me esperaste. Yo habría echado a correr después de leer las tonterías que te escribía, con esos aires de grandeza. Leandro duda si ella es capaz de escucharle. Te he fallado tantas veces. He quedado muy por debajo de lo que esperabas, ¿no es cierto? Aurora sonríe y Leandro le acaricia la cara. Yo he sido un desastre, pero te he querido tanto. Aurora puede verle llorar, pero no puede alzar la mano para tocarle.

Esa misma tarde Leandro recibe a su alumno. Luis termina de subir las escaleras con media carrera ágil. Suba usted como un viejo cuando es joven y llegará a subir como un joven cuando sea viejo, eso me decían a mí, le explica Leandro mientras le guía hasta el cuarto.

Las cajas acogen ahora la mayoría de los papeles y libros que antes ocupaban las paredes. Estamos de mudanza. Su mujer..., dice el chico, pero no se atreve a terminar la frase. Leandro le aclara, me marchó a casa de mi hijo, ella sigue igual. No sé si allí podremos continuar con las clases, ya te diré algo. Luis oye ruidos en la cocina. Leandro balancea la cabeza, me están ayudando a empaquetar las cosas. Su hijo Lorenzo le ha mandado a dos muchachos ecuatorianos. Uno de ellos es divertido, se llama Wilson y con un ojo mira hacia el salón y con otro hacia la cocina, al verlo Leandro pensó en un joven amigo director de orquesta también estrábico que presumía de ser el único profesional que podía dirigir con la mirada al mismo tiempo a la sección de cuerda y a los vientos. Cuando se detuvieron un momento para descansar en la labor de empaquetado, Wilson le dijo a Leandro ¿sabe que se parece usted bastante a su hijo Lorenzo? Y, al ver la cara de sorpresa en Leandro, añadió ¿nunca se lo han dicho? No, la verdad, quizá cuando Lorenzo era más pequeño. Pues sí, se parecen mucho, los dos se muerden la lengua, no son de muchas palabras, eh, ¿a que no?

Leandro señala a su alumno, mira, en esas cajas puede que haya cosas que te interesen, si las quieres son tuyas. El chico se acerca para asomarse a un montón de partituras, algún libro de historia de la música. Ése es magistral, le dice Leandro cuando le ve coger uno. Los vinilos ni los mires, lo mejor será tirarlos, son una reliquia. Mi padre dice que los cedés no tienen la misma calidad de sonido, explica el joven. ¿A tu padre le gusta la música? El chico asiente con la cabeza, sin demasiada seguridad. Fue alumno suyo, en la academia. Allí nos dieron el teléfono cuando buscaba profesor particular para mí. ¿En serio?, ¿cómo se llamaba? El chico le dijo el nombre y el apellido. Leandro fingió recordarlo. Siempre dice que era usted un gran profesor, que les ponía a tocar delante de un espejo, así ellos mismos podían corregirse. Leandro asintió con media sonrisa. Y que les hablaba en latín y, no sé, que les contaba cosas de los compositores.

Leandro le interrumpe. Coge, coge lo que quieras, no puedo llenarle a mi

hijo la casa con todas esas martingalas.

7

La noticia de la muerte de Wilson golpea a Lorenzo de un modo cruel. Tenía que pasar a recogerlo para ir juntos a un traslado. Lorenzo trató de localizarlo en el móvil cuando ya se retrasaba más de una hora. Pero nadie contestaba. Supuso que le había surgido un imprevisto y llamó para disculparse con los clientes. Inventó que habían tenido un percance con la furgoneta y que en una hora les diría algo. No tenía forma de localizar a sus colaboradores habituales. Estuvo tentado de acercarse hasta su casa, pero no lo hizo. A lo largo de la mañana probó en el móvil en repetidas ocasiones. Una hora después alguien le respondió la llamada. ¿Busca a Wilson? Murió anoche, lo mataron. La brutal información la recibe Lorenzo en mitad de la calle. Ha salido al mercado con la lista de la compra que ha ido engordando pegada en la nevera de casa. No pide detalles, pero se encamina hacia la casa de Wilson.

Allí están congregados algunos amigos y la prima Nancy, a la que Lorenzo conoce porque vive con Daniela. Le informan de las circunstancias de la muerte. Lo encontraron en el suelo del local que alquilaba por las noches, la cabeza reventada a golpes de ladrillo. Hay huellas por todas partes, pero la policía aún no ha detenido a nadie. En la radio en cambio dicen que el autor ya está localizado, explica alguien.

Lorenzo espera con los más íntimos al permiso del Anatómico Forense para recoger el cuerpo. Sólo después de la autopsia se les permitirá enterrarlo. No les dejan incinerarlo por si hay que hacerle más exámenes. La prima de Wilson llora, ha hablado con la madre, quiere que devuelvan el cadáver a su tierra. Eso costará mucho dinero. Seguro que llevaba todo el dinero encima, como hacía siempre, es que era una tentación verle sacar ese fajo de billetes, dice alguien. Puede haber sido cualquier loco. Allá iba a

dormir gentuza, lo peor de lo peor. Me extraña, Wilson sabía defenderse. Las conversaciones se solapan. De vez en cuando alguna de las mujeres quiebra a todos con un lamento o un lloro. Yo me ocuparé de mandar el cadáver a su familia, cueste lo que cueste, dice Lorenzo. Daniela aún no sabe nada, le informa Nancy, ahora trabaja fuera de Madrid y sólo viene los sábados a dormir.

Lorenzo pregunta a Chicho por la furgoneta. El mediodía anterior Wilson la había recogido en su casa. Lorenzo lleva encima el otro juego de llaves, pero nadie sabe dónde está aparcada. Se encoge de hombros. Andará cerca del local.

Lorenzo entra en el cuarto de Wilson y revisa el espacio con la mirada. Apenas un colchón, un pequeño armario y una mesilla. Apoyada en la lamparita torcida hay una postal del Chimborazo cubierto de nieve. Lorenzo abre el cajoncito y no encuentra lo que busca. En el armario está alineada su poca ropa. Lorenzo revisa entre las prendas. Chicho le observa desde la puerta. Si buscas esto... Le tiende dos libretas llenas de anotaciones, se las quité de encima, por si acaso. Lorenzo las hojea y se las guarda. Su nombre aparece en varias ocasiones. Cuando vuelve al salón, Chicho se acerca a él. Cuente conmigo para los trabajos. Claro, claro. El hombre inclina su cuello inverosímil, la vida sigue, susurra.

Lorenzo toma el metro en dirección al centro. De pie, al fondo del vagón, revisa las anotaciones de Wilson. Los trabajos ya realizados los marcaba con una cruz a lápiz que dejaba visibles los datos. Las páginas están desbordadas de sumas y divisiones, direcciones de calles y detalles, todo recogido con un desorden organizado. Hay también nombres con teléfonos apuntados en las últimas páginas. En la segunda libreta hay más de lo mismo. A Lorenzo le da una idea de la actividad frenética desplegada por Wilson en esos días. Anotaba detalles como ayuda a la memoria, marcaba asuntos pendientes que le quedaban por hacer. Se podía reconstruir su vida a partir del orden en que aparecían sus anotaciones. De vez en cuando otro número de teléfono y al lado, escrito, Carmita, vecina. De pronto Lorenzo ve su nombre, a menudo aparece unido a cifras, a las divisiones del dinero, a la cantidad en deuda, siempre como una clarificación de cuentas. Pero en esa página está recuadrada la anotación y no relacionada con algún negocio. Con la letra escolar está

escrito: «10 de junio, cumpleaños de Lorenzo. Reloj».

Rodeado de extraños en el vagón, de una señora que viaja sentada agarrada con las dos manos a su bolso, de un par de muchachos brasileños que hablan a voces, dos mujeres del Este, una mamá con el bebé en el cochecito y que podría ser peruana, un hombre que repasa el mapa de las líneas, de pie, pese a que quedan asientos libres, Lorenzo siente un estremecimiento. El tacto de la agenda, sus rugosas portadas negras, la goma que sirve para sujetarlas cerradas, le devuelven ahora fragmentos de Wilson, perdido pero cercano. Recuerda que en una ocasión le llamó la atención que Lorenzo siempre mirara la hora en la pantalla del móvil. ¿No tienes reloj? Nunca llevo, le contestó Lorenzo. Mi mamá siempre decía que un señor tenía que llevar un pañuelo limpio en el bolsillo y un reloj en la muñeca. Aquella conversación mínima se transforma ahora, leída la anotación, en un detalle que le conmueve.

Conoció a Wilson por Daniela y ahora no queda ya rastro de ninguno. Wilson se había hecho con un lugar significado en su vida, con esa sonrisa franca, la conversación inteligente, y ese ojo loco. Con Daniela se había visto por última vez el sábado. Ella había salido con amigas y se citaron en el centro. Él se sorprendió al encontrarla acompañada. Hemos avanzado hacia atrás en esta relación, pensó Lorenzo al verla rodeada. ¿Podemos tomar algo a solas? Entraron a tomar algo en una cafetería de la calle Arenal con mosaicos de motivos andaluces. Ella parecía contenta. El pastor se había ofrecido para buscarle trabajo, ayudaba así a gente del barrio a cambio de la primera mensualidad.

¿Qué nos está pasando, Daniela, ya no somos una pareja o qué? No sé lo que pensar.

Al principio, cuando te conocí, por la forma que me abordaste, sin ese descaro ni esa superioridad, me dije es un hombre valiente. Daniela tomaba su zumo sorbiendo de una pajita. ¿Esto es por lo de los hijos? ¿Quieres que tengamos hijos? Mira, Lorenzo, yo no puedo tener hijos. Un día si quieres te cuento la historia completa, es un poco complicada. Sólo te diré que hace un año me sacaron un mioma del tamaño de una pelota de fútbol y me vaciaron entera. ¿Te deja eso más tranquilo?

Lorenzo bajó la cabeza y trató de alcanzar con su mano la mano de Daniela, pero se quedó a mitad de mesa. Fue ella la que posó su mano sobre

él. Llevaba una pulserita de oro en la muñeca, Lorenzo no recordaba habérsela visto antes. De pronto, tuvo una punzada de celos.

Cuando te conocí eras un hombre extraño. Me dio la sensación de que estabas perdido, solo. Me diste mucha pena, pero una pena alegre, alegre porque pensé que eras alguien que se podía salvar, que yo te podía salvar y eso me hizo feliz. Te he visto remontar el vuelo, como un pájaro que recupera las fuerzas para volar. Pero es eso. Ahora ya puedes volar, no me necesitas, no te aferres a mí. Vete si quieres. Yo no puedo darte lo que tú buscas.

No digas tonterías, no quiero irme a ningún sitio. Lorenzo pensó de pronto, con cruel clarividencia, que la mentalidad de esas mujeres jóvenes criadas al calor de los culebrones televisivos estaba deformada de un modo diabólico. Levantó los ojos hacia la hermosa composición de los ojos de Daniela. En ese momento le pareció bella como nunca. Pero hablaba de salvación, de animales heridos. Parecía querer terminar con la relación.

Yo también necesito ayuda, Lorenzo, no creas que soy tan fuerte. Soy muy débil. ¿Qué son todas esas tonterías que dices? Daniela, hablemos claro, por favor... ¿Tonterías? Puede ser. Daniela sonrió. Nada de lo que dices tiene sentido.

Pero lo peor de todo es que Lorenzo sí pensaba que tenía sentido. Por eso no añadió nada. Porque la sonrisa de Daniela era un desafío. Sus amigas miraban por la cristalera desde la acera de enfrente. Se reían y comentaban entre ellas. Puede que sólo sea el payaso invitado a unas bromas que se me escapan. Daniela le dio dos besos después de ponerse en pie. Y ésa había sido la última vez que se hablaron.

Lorenzo pasó una noche pésima de sábado. No fue buena idea salir a última hora de la tarde con Lalo y Óscar y sus parejas. Bebió demasiado y se sumió en un silencio incómodo para ellos. No tenía nada que decirles. Los notó liberados cuando se fue. En el hospital, por la noche, en el sofá cama incómodo junto a la de su madre, las hemorroides le torturaban de nuevo. En el baño, subido en una banqueta, se aplicó una pomada que le había recomendado la farmacéutica. En una postura imposible para lograr verse el culo en el espejo, se frotó con el ungüento la zona dolorida. Era espantoso hacerlo a solas, medio borracho de cerveza, pero logró calmar el ardor.

Apenas durmió y en la mañana del domingo, en cuanto apareció su padre

para sustituirle, se dirigió a la iglesia. Lorenzo vio la cabellera de Daniela en las primeras filas y atisbaba entre los feligreses su figura embutida en la ropa ajustada de siempre. El pastor hablaba torrencialmente con su dulzura profesional. Lorenzo tardó un rato en prestarle oído, en asimilar sus palabras.

Cuando uno mira el mundo en que vivimos, la sociedad, la vida que se lleva ahí fuera, si pudiera hablar con Dios le diría: Señor, sálvanos, convierte esta Sodoma y esta Gomorra en polvo, destruyenos, manda un diluvio que todo lo anegue, y de las cenizas vuelve a levantar una civilización más justa y fiel a tu imagen. Pronunció sivilisación. Si de mí dependiera os diría que la destrucción y la desaparición son la única esperanza de nuestra raza. Pero tengo el consuelo de Dios. Él me dice aguarda y verás. Hemos de saber que en esta vida sólo hay una cosa que todos nos merecemos: la muerte. Todo lo que nos es dado, las pequeñas alegrías, lo cotidiano, el bien y el mal diminutos de cada día, y el gran Mal y el gran Bien al que muchos de nosotros ni siquiera podemos acceder desde nuestra pequeñez, todo eso son regalos a la espera del Gran Regalo, la muerte. Nuestra única liberación. Pero antes, de nuestra ceniza, quizá acertemos a ser capaces de moldear un hombre nuevo, una mujer nueva, una chica nueva, no como un ejercicio cosmético, como esa gente enferma de la televisión. No, como un ejercicio moral.

Lorenzo dejó caer la cabeza. El hombre grueso de la guitarra tocó una vieja canción de Dylan con la letra cambiada. Oh, soy yo, Señor, soy yo quien andas buscando. Aún permaneció casi media hora más allá dentro, en el local de la Iglesia de la Segunda Resurrección. Una no bastó, pensó Lorenzo. Quizá sí, quizá el pastor también hable de él. Sería entonces capaz de fabricar un hombre nuevo con los despojos del viejo.

Pero fueron las palabras del pastor las que le incitaron a irse sin llegar a hablar con Daniela. ¿Por qué? Ahora, muerto Wilson, lo sabe. Ahora comprende mejor por qué aprovechó una de las canciones, antes de que acabara el rito, para salir a la calle, para escapar de aquel lugar. ¿Por qué era imprescindible la muerte? ¿Por qué concederle tanto poder? Lorenzo se rebelaba contra lo que acababa de escuchar. Ahora lo entiende, al saber que Wilson está muerto, con la cabeza aplastada a ladrillazos.

Yo he matado a un hombre, se dice. Y lo peor de todo no es lo que yo sufra o el modo en que haya de pagar por ello, ni si alcanzaré el perdón o la

reconciliación, o si seré capaz de salvarme, todo eso no tiene importancia, frente al hecho inapelable de que he dispuesto de su vida, como si yo fuera un dios. Por eso no podía creer en Dios, porque él había ejercido de suplantador sin ninguna dificultad.

Ahora Lorenzo piensa al descender del vagón que también Wilson ha sufrido la muerte a manos de un asesino, quizá en una pelea estúpida por una ridícula cantidad de dinero o por la locura violenta de un borracho. ¿También Wilson debería celebrar su absurdo final entonces? No, piensa Lorenzo, mientras sube las escaleras que llevan hasta la boca, la vida es ese sol, esa luz hacia la que camino, todo lo que soy. Hay que caminar, seguir adelante.

Los pensamientos y las emociones se agolpan en la cabeza de Lorenzo. Sabe que es un asesino y camina por la calle. Puede que la muerte de Wilson le libere a él también, porque la suma al sinsentido diario. Maté a un hombre. Yo fui Dios para él. Ese Dios al que algunos rezan o piden un final, una salida, una esperanza, al que se entregan en la alegría y en la pena, ese dominador, dueño del poder. Eso fui yo.

Ha llegado hasta el local, está precintado por unas bandas policiales de plástico. En ese suelo murió Wilson algunas horas atrás. Nadie puede devolverles la vida a Paco o a Wilson, por más que algunos lo pretendan. Nada mejor que ellos crecerá de sus cenizas. Ya no serán nada. Nunca. Tan sólo lo que fueron.

Nadie podría creer, al cruzarse con Lorenzo por la calle, que en la cabeza de ese hombre se agolparan ateas y confusas conclusiones, válidas para él. Es un hombre enfadado, que se confía a la vida, a su accidente, a su energía, que llora una ausencia, la continuidad quebrada del hombre. Lloro también el poder del asesino. No se confiesa ni se entrega. Busca una furgoneta blanca aparcada por los alrededores, una furgoneta con las ventanas traseras cegadas con adhesivo. La ve al fin en lo alto de una calle en cuesta. Camina deprisa hacia allí. Y la encuentra con el papel verde de una multa que saca de debajo del limpiaparabrisas. La rompe en pedazos y la tira al suelo. Ése es el orden de los hombres, la absurda multa por incumplir el horario de aparcamiento es la única huella del paso por la vida.

Tiene su juego de llaves en el bolsillo. Sube a la furgoneta y arranca. Pero no sabe adónde ir, ni tiene adonde ir. Se echa a llorar sobre el volante. Lloro

amargado, inclinado. Al apoyar la frente hace sonar el claxon y él mismo se asusta y alguien se vuelve en la calle y todo es ridículo durante ese instante.

Un rato después conduce por la carretera en dirección al aeropuerto. Tiene una recogida para las dos y media. Ha encontrado el flotador que usaba de niña Sylvia, lo encontró al fondo del trastero y lo utiliza para sentarse sobre él porque las almorranas lo están matando. Por la autopista pasa junto a la residencia de ancianos que ya conoce. Comprende que sus visitas a don Jaime son su particular manera de entender el sacrificio, la penitencia, ¿qué? Y sin embargo le sobra tiempo y se desvía para entrar a verlo. En ese barrio no hay problema para aparcar.

Encuentra al hombre sentado frente a la ventana, envuelto en el rumor de algún avión en despegue. No molesto, ¿verdad? Don Jaime niega con la cabeza y Lorenzo se sienta sobre el colchón, cerca de él. No se miran.

Pasado mañana es mi cumpleaños, dice Lorenzo de pronto. No creo que lo celebre. Mi madre está en el hospital, muriéndose. Y mi padre creo que ha perdido la cabeza. Se ha gastado casi sesenta mil euros en prostitutas. Lorenzo ve que la nota con el número de teléfono sigue en el mismo lugar de la última vez. Se le ha añadido un calendario con forma de triángulo con publicidad de un medicamento. Cuarenta y seis años cumpliré. Ya no salgo con la chica con la que estaba saliendo. ¿Se acuerda de ella? Pero el hombre no parece estar en condiciones de responder. Se quedan un momento en silencio y luego Lorenzo añade, ¿usted cree en Dios?

El hombre ladea la cabeza, parece que va a hablar pero no dice nada. Algo después, se limita a preguntar ¿falta mucho para la hora de la comida?

Lorenzo saca su móvil del bolsillo y consulta la hora. No, no lo creo. Al guardarse el móvil echa de menos no llevar un reloj en la muñeca. El hombre abre el cajón que hay en la mesa y saca unas revistas y unas tijeras. Las hojas de la revista están recortadas. Don Jaime siluetea con las tijeras los perfiles de las fotografías. Vuelve a hacerlo, piensa Lorenzo. En poco rato ha recortado todas las fotos de mujeres que aparecen en las páginas como si fuera un encargo que no puede dejar de cumplir.

Lorenzo ha preparado en el envés de una vieja factura arrugada un letrero con el nombre de la persona a la que debe recoger. Lo sostiene en alto cuando comienza a salir el pasaje procedente de Guayaquil y Quito. El aeropuerto de

Quito, le explicó Wilson, es tan corto de pista y está tan imbricado dentro de la ciudad, que los aviones no pueden cargarse demasiado, por eso hacen escala forzosa en Guayaquil, donde repostan combustible suficiente para cruzar el Atlántico. Un hombre de más de treinta años con los ojos abultados camina hasta él. Somos cuatro, al quinto lo cogieron en aduanas. Detrás de él hay dos hombres y una mujer. Vienen muy abrigados para el calor que les aguarda afuera. Lorenzo los guía hacia el piso superior. Ha encontrado un hueco para dejar la furgoneta en la terminal de salidas. Uno de los hombres lleva el maletón atado con cuerdas. La mujer acarrea dos cajas de cartón. Lorenzo se ofrece para ayudarle, ella le agradece en silencio. ¿No tienen calor con tanta ropa?

Lorenzo se sienta al volante y mete la llave en el contacto. En ese momento alguien toca en el cristal. Lorenzo cree que será un policía y se vuelve con parsimonia. Pero es un hombre robusto con el pelo cano. Tras él hay otros, uno de ellos de casi sesenta años está fumando. Con un gesto algo chulesco le indica que baje la ventanilla mientras mira a los pasajeros de la parte trasera. Lorenzo baja apenas dos dedos el cristal.

¿Tú te crees que somos gilipollas? Si quieres trabajo, te lo buscas en otro lado, ¿vale? Ya estamos hartos de verte por aquí. Antes de que Lorenzo responda, dos de ellos han rodeado la furgoneta. El ecuatoriano sentado a su lado abraza la bolsa y echa el seguro de la puerta. Suenan unos golpes sordos y, en segundos, Lorenzo nota cómo las cuatro ruedas de la furgoneta se deshinchán, estalladas a navajazos.

Lorenzo no se mueve. Mantiene la mirada en el exterior. Los hombres, que probablemente son taxistas, cruzan por delante del parabrisas y se alejan hacia el interior del aeropuerto. Lo hacen con un trote cobarde y dominador, sin demasiada prisa. Uno al correr se sujeta el bolsillo de la camisa para no perder la cartera. Ninguno se vuelve a mirarle. Lorenzo tarda un instante en hablar a los pasajeros que comparten con él el interior de la furgoneta. Cuando lo hace les dice bueno, vamos a ver cómo solucionamos esto. Y les muestra una sonrisa tranquilizadora.

A ver cómo solucionamos esto.

8

La pelota tiene un dibujo plateado y una mancha verde de hierba. Ariel la alcanza antes de que deje de rodar. Engaña al defensa con un regate de ruleta, pisando la pelota con los dos pies para salir hacia el centro. El balón obedece a su control y resulta sencillo por velocidad regatear a otro defensor, el central, mucho más lento. Ariel pasa la pierna por encima del balón, en una dirección, luego en la contraria, el resultado es desconcertar a los dos rivales que han venido a cerrarle el paso junto a la raya del área. Al avanzar hacia su derecha, uno queda inutilizado por el bloqueo del otro. Ariel amaga entonces con la cadera, se vuelve y golpea con el empeine el balón. Lo ha hecho con fuerza, un zurdazo dirigido con exactitud hacia la cara del portero, ese lugar indefendible. Es algo que ha recordado en ese instante y que se remonta a un entrenamiento con el Dragón de casi ocho años atrás. Si no tenes ángulo, pegale directo a la cara del arquero. La aparta de seguro, es un acto reflejo. Y si no, le rompés la jeta y luego le pedís disculpas. La pelota entra con fuerza por la escuadra y termina dentro de la red en la esquina contraria de la portería.

Ariel no corre. Se da media vuelta. Camina hacia el centro del campo con la cabeza baja. De lejos escucha a un locutor que se desgañita para narrar el gol. Algún compañero llega para abrazarlo, pero se limitan a golpearle la espalda o el brazo, otro le roza la nuca. Ariel muerde un mechón de pelo. La grada aplaude y algún sector se pone en pie. Los compañeros le conceden el espacio para la celebración en solitario de ese gol que sabe a despedida. Es mi noche, piensa Ariel. Quince minutos antes ha marcado un gol al llegar de puntera a un balón muerto en el área pequeña. Pero ese gol no lo celebró tampoco, ése por feo. Los goles feos no se han de celebrar. Uno de los

síntomas de decadencia del fútbol, decía el Dragón, es ver a los jugadores celebrar los goles feos, o peor aún, verles celebrar los goles marcados de penal, eso es indigno, antes nunca se hacía.

Hoy todo sale bien. Toca y corre. Recibe con espacio, es fácil ganar a los defensas en la carrera. En el primer tiempo lo derribaron en el área, pero el penalti lo lanzó Matuoko contra una chapa de publicidad. Con este resultado serán cuartos en la clasificación final. De ese equipo mediocre y sin profundidad han salido un par de partidos brillantes. Cuando el árbitro pita el final, los jugadores se saludan, varios compañeros le abrazan con calidez. Ariel camina hacia los vestuarios. Uno de los utilleros le dirige palabras de cariño y el portero suplente le da un cachete amistoso. Los aficionados le aplauden. Ariel agradece los gestos, pero no levanta la cabeza. El entrenador Requero se ha colocado en la boca del túnel de vestuarios y ofrece la mano a los jugadores que abandonan el campo, Ariel se la niega.

Nos ha tocado un año malo, le dijo el masajista la tarde en que lo llevó a los toros. Hay años buenos y años malos y a ti te ha tocado uno malo. La corrida fue espantosa. A Ariel le sorprende la brutal forma con que el público insulta a los toreros en un recinto que amplifica cada grito, en comparación los futbolistas le parecen mimados por la grada. Tres de los seis toros se caían, casi inválidos. Al cuarto, el único bueno según su acompañante, no supo matarlo el torero y lo masacró a descabellos, hasta que una puñalada en la cerviz le hizo hincarse de rodillas. Sólo ha faltado que alguien de la barrera le prestara una sartén y hubiera matado al pobre animal a sartenazos, qué horror. El masajista se volvió hacia Ariel al acabar la corrida mientras volaba una lluvia de almohadillas sobre la arena. Esto es como el fútbol, le dijo, si un día sale bien, merece la pena toda la mierda anterior.

El masajista le llevó a tomar unos vinos a un bar taurino donde reverberaban las conversaciones y los viejos camareros atendían a velocidad de vértigo. Hablaron de la profesión y del equipo. Había unos años en que todos los futbolistas pasaban por mis manos y por las de una sevillana que se llamaba Mari Carmen que actuaba en un local llamado Casablanca. La terminaron llamando «la Fifa», de la cantidad de futbolistas que habían acabado en la cama con ella. Dicen que luego fue pajillera en la Castellana, cuando ya no conservaba los encantos. Yo me he comparado con ella muchas

veces, en esto no hay que creerse nunca eterno. ¿Tú sabes que hace unos años me vinieron a ver unos japoneses, yo creía que para llevarme a algún equipo allí, tengo amigos que han acabado jugando o entrenando por ahí? ¡Qué coño! El masajista se echó a reír antes de poder terminar, querían que les diera masajes a las terneras, ya sabes, las terneras de Kobe, unas a las que cuidan con esmero, les dan de beber cerveza y luego sólo sirven la carne en restaurantes de lujo. Me ponían un zurrón de dinero delante. El dinero es el peor consejero en esta vida, el que hace algo por dinero termina haciéndolo todo por dinero.

Fue una velada agradable. La conversación del veterano masajista de alguna manera le reconcilió con su oficio. Esto es aguantar, traicionarte lo menos posible. Se acercaban viejos amigos que mantenían con él una charla breve, pero divertida, llena de frases que Ariel hubiera querido apuntar, con palabras que jamás había escuchado. Uno decía, bah, ¿fuiste a la corrida?, qué espanto, la fiesta está muerta, finiquitada, se la han cargado entre todos, una hecatombe. El masajista se reía y luego comentaba con Ariel, dicen lo mismo desde hace años, que se acaba, qué pesados son, los que se acaban son ellos. Esto es como el fútbol, ahora es diferente, ni mejor ni peor. Antes un futbolista duraba hasta los cuarenta, te daba para verle triunfar en tres mundiales, la leche, pero ahora eso es imposible. Os ordeñan como a las vacas, tres partidos a la semana, hay que hacer dinero, la televisión, todo eso, pero ¿a que pagan bien? Y el juego ha cambiado, antes un jugador corría por partido unos seis kilómetros, ahora más de diez kilómetros por partido, todo es más rápido, por eso un buen jugador, ahora, aguanta dos o tres años, al nivel bueno, eh, luego a reservarse y a esforzarse sólo cuando le conviene. Por eso la mayoría son unos caras sin el mínimo compromiso ni afán de superación. Si es todo igual. Mira, yo soy gallego, pero gallego de verdad, no como decís vosotros que llamáis gallegos a todos los españoles, no, yo soy de un pueblo de Orense, y ¿sabes qué?, que ahora las vacas dan el doble de leche que cuando yo era pequeño. ¿Tú crees que mi abuelo era gilipollas? No, lo que pasa es que los de ahora son más listos. El doble de leche. Y con las manos mimaba el gesto de ponerle una inyección a la vaca.

Nada más pisar las escaleras del túnel, el árbitro detiene a Ariel y le da la mano. Suerte en Inglaterra. ¿Quieres el balón de recuerdo? Ariel se encoge de

hombros. El árbitro se lo entrega. Es una lástima perdernos un jugador tan guapo como tú. Da gusto verte correr por el campo. Lo ha dicho con una sonrisa insinuante. A ver si te pito por ahí y coincidimos en algún partido de Uefa. Un informador de radio corre hacia él con un pequeño micrófono, tenemos al protagonista del partido, un hombre que se despide con tristeza del equipo, pero feliz porque ha hecho su mejor partido del año. Habla con énfasis impostado. Qué paradoja, ¿verdad? Ariel le corrige, no lo creo, ha habido días menos lucidos, pero que he jugado mejor. El periodista asiente con automatismo. Veo que te llevas el balón, quizá como recuerdo de tu último partido en España. No, no, si lo quieres es para ti. Ariel le tiende el balón y el informador lo coge en sus manos sin saber qué decir.

Por última vez se ducha en aquel lugar. Se viste y guarda la ropa en la amplia bolsa con el emblema del club. Vacía su taquilla de medias, tobilleras, alguna venda, la colonia, el cepillo, dos gomas de pelo, un taco de fotos suyas por autografiar y la corbata oficial del equipo, que es azul, fea y cursi. Los compañeros salen aprisa. Han quedado para el día siguiente en una comida privada donde se despedirán los que no continúan y donde con toda seguridad terminarán borrachos, gritando, bebiendo, cantando y, cómo no, lanzando croquetas al ventilador. Como el último día de colegio. Ariel rechaza el ofrecimiento de Osorio y Blai para unirse a una cena con ellos esa noche.

Sale con el coche por el aparcamiento del estadio. Aún quedan aficionados en la boca del subterráneo que golpean el capó para hacerse notar y tiran fotos a través de los cristales. Llama a su hermano en Buenos Aires. Ya está, jugué el último partido acá. Charlie le insiste desde hace días en que un club tranquilo en Inglaterra servirá mejor a sus intereses. Será más fácil destacar. Al terminar la conversación le habla del Dragón. Será bueno que vayas a verle cuando estés por acá. ¿Ha pasado algo?, le pregunta Ariel. Siempre tuvo la impresión de que el corazón del viejo entrenador podía darle un disgusto en cualquier momento. No, él está bien, es el hijo. Dicen que se suicidó, no sé, una cosa fea de drogas. Cuando se despide de Charlie, Ariel aparta el coche a un lateral de la calle. Marca el número de la casa del viejo entrenador, pero nadie responde. En el número de la casa en el campo salta un contestador precario. Este, hola soy Ariel desde Madrid. No sé si funciona este cacharro ni si se está grabando el mensaje, pero sólo quería decirle que...

Ariel hace una larga pausa. Busca las palabras justas.

Sylvia le está esperando en el comedor privado de un restaurante. Lee un libro y bebe una coca-cola. Tiene delante un plato de jamón cortado en finas lonchas. Ariel la besa en los labios, se sienta y come dos, tres, cuatro, lonchas de jamón a un tiempo. Necesito una cerveza, le ruega al camarero. Así que sabías jugar al fútbol, le dice Sylvia. Él sonríe y levanta el libro para curiosar el título. ¿Los exámenes, qué tal? Ella se encoge de hombros, espero hacer como tú, lucirme en el último minuto.

En mitad de la cena, los dos a solas, Sylvia le pregunta ¿crees que después del partido de hoy se repensarán lo de dejarte marchar? Ariel sonríe y niega con la cabeza. Pujalte le había mandado un mensaje al móvil, enhorabuena por el partido, sales por la puerta grande. Ariel ha pedido de comer un enorme corte de buey muy hecho.

El móvil de Ariel no deja de sonar. Es prensa, pero no contesta. Entra una llamada de Ronco, pregunta si tomamos algo. No puedo, responde Sylvia. Ariel queda con Ronco en llamarle luego, le ha sorprendido la respuesta de Sylvia. ¿No puedes? ¿Qué tienes que hacer? Sylvia se rasca un hombro por debajo de la ropa. Mañana se muda mi abuelo a casa, a vivir con nosotros, tenemos que ayudarle a organizar las cosas. Ariel no dice nada. Al terminar de cenar él vuelve a proponerle ir a algún sitio a tomar algo. De verdad, tengo que irme.

Ariel también ha empleado estos últimos días en ordenar sus cosas. Quiere aprovechar las vacaciones al máximo. Vaciará la casa y en dos días volará a Buenos Aires. Quiere olvidarse allí de la competición, recuperar la ilusión por el juego. A mitad de julio tiene que incorporarse al nuevo equipo en Inglaterra. Sylvia rechazó su invitación para acompañarlo a Buenos Aires, quiero estar cerca de la abuela, le dijo. En los últimos días se ha mostrado esquiva, callada.

Ante la insistencia, ella acepta tomar una copa en un local elegante y caro donde desentonan con su juventud. El teléfono de Ariel vuelve a sonar. Es Ronco, habla tú con él. Ariel le pasa el móvil a Sylvia. Ella saluda. Sonríe a algo de lo que le dice al otro lado de la línea. No, prefiero despedirme ahora, no quiero ser de esa gente que se pega una llorera en el aeropuerto. Hoy es un día bonito y ya está. Lo prefiero así, no te importa, ¿verdad? Ronco parece

haberse quedado tan callado al otro lado de la línea como Ariel sentado frente a ella. Sylvia cuelga después de despedirse, él le pasa un brazo por los hombros. Sylvia apenas puede aguantar el llanto. No quería lágrimas, dice, y se separa para tomar un trago de sus bebidas. Nada se acaba, eres una cabezota, insiste él. Bueno.

En la calle recuperan el coche. Un chico les grita de lejos, hoy te saliste, tío. A Ariel le sorprende la inmovilidad de ella. Prefiero ir en taxi. ¿Estás loca? Ariel le abre la puerta y la invita a subir al coche. No acabemos esto mal, ¿vale? Un minuto después están detenidos frente a un semáforo. La luz roja ilumina el rostro de Sylvia dentro del coche. No quiero una despedida horrible, llena de lloros, la historia de siempre. No quiero que nos llamemos cada noche y terminemos con la promesa de vernos cada tres semanas en un hotel. Ha sido maravilloso, para mí ha sido un sueño conocerte, estar contigo, pero se ha acabado y ya está. No pasa nada, ¿no?

El semáforo se ha abierto pero Ariel no tiene ganas de conducir. Se ha quedado callado. A su capricho, el recuerdo le trae diferentes momentos vividos con Sylvia, en una especie de repaso caótico. Un trozo de su piel, junto a una risa, una mirada junto a un olor. Sylvia le señala con la cabeza el semáforo, Ari, está verde.

Ariel ha llegado hasta la calle de Sylvia. Hoy acerca el coche más que nunca al portal. Un tipo le da las luces nada más enfilar la calle. Él se echa hacia un lado, se acomoda a la puerta de un garaje, pero el coche parece querer entrar en ese garaje precisamente y le pita de nuevo. Ariel sale del lugar, enfadado. Hijo de puta, tenía que querer entrar justo ahí. Se detiene de nuevo sobre el paso de peatones. Esto es un horror, dice. Sylvia quiere acelerar la despedida, no quiere que la escena se eternice. Cuídate mucho, ¿vale? Y posa la mano sobre el tirador. Ariel lleva sus dedos hasta la nuca de Sylvia y ella se vuelve, se dan un beso corto. Ariel limpia las lágrimas de Sylvia con el dorso de su mano. Tú también cuídate mucho, dice él. Sylvia asiente y sin palabras sale del coche. Tómalo, antes de que cierre la puerta Ariel le tiende los cedés que lleva en la guantera. Yo los puedo volver a comprar. Gracias, dice ella, los coge y se da la vuelta deprisa.

Se aleja del coche. Ariel la ve llegar hasta el portal. Sylvia cruza entre dos coches aparcados, gana la acera y busca en el bolsillo las llaves del portal. Si

no te vuelves a mirarme te mato, susurra Ariel. Sylvia parece oírle y muy despacio se da la vuelta y agita la mano con las llaves. Se pierde en el interior del portal. Ariel se coloca de nuevo frente al volante. ¿Dónde voy?

9

Es sábado. Sylvia abre la puerta a un chico joven. El abuelo se asoma desde su cuarto. Es mi alumno, Luis. Mi nieta Sylvia. Ambos se saludan y esquivan la mirada del otro. Sylvia se refugia en su cuarto y desde allí escucha, lejana, la clase de piano que tiene lugar en el salón. Pronto las nuevas rutinas se asentarán. Hoy todavía sorprenden.

Hace dos días que el abuelo se trasladó a vivir con ellos. Sylvia lo veía en el hospital, cuando visitaba a Aurora. Un día lo encontró sentado cerca de la cama. Con la cabeza pegada al transistor de la mesilla. Se está quedando sin pilas, le dijo, cuando descubrió a Sylvia, que llevaba un rato mirándolos desde la entrada de la habitación. Aurora estaba ausente. Sylvia abrió la puerta del armario y buscó un abrigo. Lo posó a los pies de la cama, luego abrió la silla de ruedas. Hace un día estupendo, abuelo. Leandro la miró y luego se puso de pie. Vamos, dijo ella. Leandro quitó la bolsa de suero de su percha y se la posó en el regazo a Aurora. Luego hizo lo mismo con la del calmante. Entre los dos la reclinaron y la trasladaron con cuidado a la silla. Apenas pesaba. Le habían puesto el abrigo al sentarla sobre el colchón, Sylvia miró entonces la blanquecina desnudez bajo el camisón. Aurora abrió los ojos pero carecía de la fortaleza para conservar el pudor. Al ver sus pies desnudos, Sylvia sacó de su mochila dos calcetines gruesos, de pelo de llama, son de la Patagonia, dijo, mientras se los ponía. Leandro se quitó el cinturón y lo pasó alrededor de la cintura de Aurora fijándola a la silla. No se nos vaya a caer. Aurora no parecía ser consciente de lo que sucedía en torno a ella. Lo importante es aparentar la mayor normalidad, dijo Leandro al empujar la silla. Sylvia le abrió la puerta.

Esperaron el ascensor durante un rato tenso. Leandro miró a su nieta pero

no se dijeron nada. Había demasiadas plantas en el edificio y el ascensor se saturaba. Sylvia le recolocaba las bolsas de suero y calmante, asegurándose de que las vías no se movieran bajo el abrigo que la cubría. Cada vez les cuesta más a las enfermeras encontrarle la vena, dijo Leandro.

Las puertas se abrieron y pudieron bajar al exterior. La plaza de acceso era un enorme cuadrado de cemento. Caminaron despacio hasta llegar a la calle cercana, amplia la acera y el paseo arbolado. Le invadió un intenso olor a soldadura metálica. También el percútante sonido de una obra próxima, tras las tapias de chapa. Se alejaron del ruido hacia la calle espesa de tráfico, enorme avenida casi del tamaño de una autopista. Los tubos de escape intoxicaban el aire, pasó cerca un autobús que frenó con estrépito metálico en su parada. Hacía calor, pero una ligera brisa rozaba el pelo de Aurora. Buscaron el refugio de una calle lateral, más tranquila.

Hace años todo esto era un enorme descampado y en verano se organizaban verbenas aquí, dijo el abuelo.

Aurora viajaba con los ojos abiertos, aunque desde días atrás sus frases quedaban sin sentido. Afirmaba dubitativa con la cabeza cuando le preguntaban si sabía quiénes eran los que se asomaban ante ella. Sylvia se ofrecía a empujar en cada obstáculo de la calle, cuando las aceras se estrechaban era imposible pasar entre una papelera y una señal de tráfico, el tubo de una farola o un árbol. Sin decirse nada, dieron la vuelta a la manzana y reemprendieron el camino hacia el hospital, el nivel de las sondas estaba bajando.

Por lo menos ve la calle, dijo Leandro. El hospital es horrible. Sylvia lamentaba lo frustrante del paseo. La calle no era acogedora, el ruido era molesto, nada era hermoso para mostrar a la mirada vacía de Aurora. Es una sensación muy contradictoria, dijo Leandro. Cuando vivíamos juntos siempre deseaba quedarme a solas, que ella se fuera a pasear con sus amigas. Me encantaba el silencio en el que se sumía la casa. Pero si tardaba en regresar me ponía nervioso y comenzaba a inquietarme, a dar vueltas por el pasillo, a asomarme a la ventana. Se detuvieron frente a un semáforo, el ruido de la calle obligaba a Leandro a elevar la voz. Ahora sé que ese silencio me gustaba tanto porque sabía que luego volvería a llenarse con su voz, sus preguntas, su programa de radio. Ahora ya...

Leandro no terminó la frase. Se acercaban al hospital.

El primer día que pasó en su casa, Sylvia se dedicó a observarle. Era un hombre silencioso. Bajó temprano a comprar el pan y el periódico y se sirvió un pedazo de pan con un hilo de aceite sentado en la cocina mientras leía las noticias. Lavó lo que había ensuciado y lo dejó en el escurridor. Miró cómo Sylvia tocaba algunas notas en el piano. Está desafinado, le dijo, con el traslado. Esta tarde llamaré a Suso, el afinador.

El hombre apareció hacia las nueve. Leandro acababa de llegar del hospital. Lorenzo le reemplazaba por las noches. Era un espectáculo ver trabajar al afinador. Tenía Parkinson, pero se le borraba el temblor cuando pulsaba las teclas. A veces cantaba encima de las notas, con un timbre horrisono. La, si, do, fa. Leandro guiñó el ojo a Sylvia, que aguantaba a duras penas las carcajadas. Los vibratos del hombre provocaban una especie de desolación cómica. Afinaba todos los pianos de la academia, le explicó el abuelo, conoce la maquinaria mejor que nadie. Tu abuela le invitaba a comer siempre que venía a afinar el piano de casa. La hacía reír. El hombre oyó mencionar a Aurora y se limitó a decir, qué arroz preparaba, estupendo. Ni en un restaurante se comía así.

Esa misma mañana Sylvia había terminado las clases. Sólo le quedaba algún examen de repesca para evitar más suspensos. Había dejado una asignatura para septiembre, pero creía poder evitar las demás. Lo cual era casi un milagro después de la desconexión de los últimos meses. Para preparar a su padre, días atrás le había dicho que creía que le quedarían tres asignaturas para septiembre. Lorenzo se había escandalizado. ¿Estás loca? ¿Quieres repetir? Ella le aseguró que las sacaría. Ya verás, tu madre me mata, dijo Lorenzo. Si es que te tenía que haber cortado todo ese rollo de novio y esas horas de volver a casa, pero estamos todos con la cabeza en otro sitio. Venga, papá, déjalo. Yo la he cagado y yo lo voy a arreglar, le prometió Sylvia. Fue entonces cuando Lorenzo, serio, con la mirada clavada en la bandeja de croquetas, dijo, ojalá yo pudiera volver al instituto. Luego se levantó y se abrió una lata de cerveza. ¿Me das un traguito?, le preguntó Sylvia. Él dudó durante un segundo y le pasó la lata. Mientras ella bebía un trago corto, Lorenzo se sentó frente a ella. ¿Desde cuándo bebes tú cerveza? Balanceó la cabeza sin esperar respuesta. Luego habló para sí mismo, sin atreverse a mirar

a su hija. No sé, sólo me gustaría que no te convirtieras en una mierda, ¿sabes?, es tan fácil convertirse en una mierda. Tú ahora eres... Lorenzo se detuvo. No sé, es tan fácil cagarla. Hacerlo todo mal.

Sylvia quiso entonces abrazarle, pero hacía tiempo que entre ambos se había establecido una barrera física. Sólo la rompían con bromas. Él la despeina, ella le salpica con la colonia que él odia, él le pone la zancadilla sentado en el sofá, ella le quita el mando a distancia. Un abrazo sería un suceso mayúsculo. Le preguntó si ya no salía con la chica ecuatoriana y él se limitó a decir ¿Daniela? No, era todo un lío.

Come, papá, las croquetas te han salido cojonudas, le dijo Sylvia. Y él engulló una de un bocado, como si pretendiera hacerla reír.

Sylvia había entrado en el despacho del profesor de matemáticas antes de la hora de salida. Vengo a entregarle el trabajo que me pidió. Ah, déjalo por ahí. Había otros dos profesores del departamento, en vasos de plástico degustaban un vino que alguno de ellos había traído. Sylvia posó sus hojas encima de la mesa. ¿Qué tal? ¿Lo hiciste bien? No sé, le respondió Sylvia. Don Octavio le sonrió y ojeó los papeles que ella había escrito. Bueno, ya me lo miraré con calma a ver si podemos subirte la nota, eh.

Antes de irse, Sylvia dirigió una última mirada a los profesores del fondo. Parecían alegres. Sí, puede que estuvieran borrachos. Del vino apenas quedaban tres dedos de un color rojo cereza. Ellos también celebraban el final del curso. Don Octavio se había sentado y leía el escrito de Sylvia con una sonrisa vaga.

La enfermera se encaró con el abuelo cuando los vio regresar por el pasillo. Es usted un irresponsable, sacarla sin preguntar, ya verá cuando venga el doctor. Pero el doctor se limitó a sonreírle y aumentar la dosis de tranquilizante. Luego se llevó al abuelo fuera de la habitación para hablarle a solas. Sylvia se quedó sentada frente a la cama de Aurora.

Su respiración comenzó a agitarse. Abría y cerraba la boca como si se ahogara. Sylvia se puso nerviosa y se asomó al pasillo. Leandro y el doctor entraron en la habitación. Está en los estertores, les dijo. Leandro y Sylvia se quedaron a ambos lados de la cama, a solas con ella. Leandro le sujetaba una mano y Sylvia le acariciaba la cara.

No tardó demasiado en morir. Lo hizo de una manera discreta. Las

respiraciones se espaciaron, de pronto parecía que cada una fuera la última, pero llegaba otra aún más débil. Y así fue durante algunos minutos. Hasta que la boca le quedó entreabierta y Leandro trató de cerrársela. En el instante de la muerte, Sylvia sintió que algo abandonaba a Aurora. No era su alma ni nada de eso que uno podía imaginar. Era como si le abandonara la persona, lo que había sido, la esencia de lo que Sylvia amaba en ella, su presencia, y quedara limitada a un cuerpo, como un recuerdo, más un objeto que otra cosa. No tuvo nada místico. Sylvia miró a Aurora y ya no veía a su abuela en ella, ni a una mujer, sólo un pedazo de carne inerte. Levantó los ojos llenos de lágrimas y encontró a su abuelo, que también la miraba, pero le sonreía. Era ya sólo algo entre ellos dos, un asunto entre los vivos.

Sylvia cruza de su cuarto hasta la cocina. El abuelo y su alumno detienen el ejercicio. Seguid, seguid, ¿queréis beber algo? Luego les deja sobre la mesa una jarra de agua con hielos y dos vasos.

A Sylvia le parece que el chico tenía una cara interesante, con una boca inesperada que daba sentido al resto de sus rasgos. Vestía de una forma discreta, como si no quisiera desvelar demasiado con su indumentaria. Al volver a su cuarto, nota la mirada de él clavada sobre ella.

Cuando les oye levantarse, acabada la clase, asoma la cabeza para decir hasta luego. El abuelo se queda junto al teclado y ordena las partituras. Sylvia acompaña a Luis hasta la puerta. ¿Vendrás todo el verano?, le pregunta ella. Sí, hasta agosto no tengo vacaciones. Ah, bueno, pues ya nos veremos. Luis aprieta el botón del ascensor y se vuelve hacia Sylvia, que aguarda a cerrar la puerta. No me esperes, cierra, cierra, dice él. No, no, es igual. Sylvia espera a que él entre en el ascensor y se despiden con un gesto.

¿Quieres tocar un poco? A Sylvia la sorprende la pregunta de su abuelo, se encoge de hombros y se acerca hasta sentarse frente al piano.

El abuelo numera las notas de una partitura del uno al cinco con un viejo lapicero. Luego posa las manos de Sylvia en el teclado y le dice el número que corresponde a cada dedo. Sylvia repite lo marcado. No, fíjate bien, toca lo que está escrito. Ella comienza de nuevo. La espalda más recta. Las muñecas en línea, no las fuerces. Muy bien. Como si tuvieras una pelota dentro de la mano. Ahora vamos a tocarlo una octava más alto. Vuelve a colocar las manos de Sylvia. Sus dedos artísticos rozan los dedos jóvenes de su nieta.

Éste es un do, fa, sol, fa, la, si, do, do. El abuelo comienza a cantar las notas en cada pulsación de ella.

Sylvia ha quedado por la tarde con Mai y Dani. Hablan un rato. Mai les hace entrar en una tienda de ropa. Luego ella sale para hablar casi media hora por el móvil mientras cruza de acera a acera en la calle. Ellos dos terminan por sentarse en el bordillo a esperar a que termine la conversación.

Me he dado cuenta de una cosa de Mai, le dice Dani. Por su aspecto nadie lo diría, pero te juro que por dentro es una maruja, ya puede ponerse todo lo moderna que quiera, pero en diez años estará casada, pagando la hipoteca de un adosado y trabajando de cajera en Carrefour, o algo así, ya lo verás. Con rastas y todo.

No sé, a lo mejor todos acabamos igual, responde Sylvia.

No jodas, tía.

Sylvia se junta después con amigos de su clase en un bar de Malasaña. La calle está repleta de estudiantes borrachos que celebran el final de curso. Aglomeración en las aceras, a la puerta de los bares. Hay policía que vigila los bancos de una plaza y los chicos se apilan en los bares rebosantes. Sylvia está rodeada de compañeros, cerca de la barra. De vez en cuando alguien levanta la voz por encima del ruido, con una risa o un insulto. Le suena el móvil. Es Ariel. Vaya tetas, oye Sylvia decir a un chico cuando pasa por delante de un grupo para salir del bar. Estoy en el aeropuerto, voy a embarcar ahora. Sylvia se tapa el otro oído con la mano. Te oigo fatal, espera que me salgo afuera.

Tenía ganas de despedirme, no te molesta, ¿verdad? Sylvia le escucha. Ha salido a la calle y apoya el pie sobre el bordillo de la acera. Al revés, me encanta, llámame cuando quieras, no sé. Yo puedo llamarte también, ¿no? Claro. ¿Cuántas has suspendido?, pregunta Ariel. Creo que sólo una. La semana que viene lo sabré seguro. O sea que te luciste en el último minuto. Igual que tú, responde ella. ¿Y las matemáticas? Aprobadas. Por los pelos.

Sylvia levanta la mano para saludar a dos amigos del instituto que llegan por la calle. Al otro lado del teléfono, de lejos, escucha la voz de megafonía del aeropuerto. Ariel le habla. ¿Llevas el collar?, pregunta Ariel. Sí. ¿Lo estás tocando? Sylvia lo saca de debajo de la camiseta y acaricia la pequeña pelota dorada rota en la mitad que cuelga de su cuello. Sí, lo estoy tocando. Yo

también..., dice Ariel. Te voy a estar mirando, eh, Sylvia. Te voy a estar mirando. Y yo a ti, dice ella.

El ruido al cortarse la comunicación suena más abrupto que nunca. Sylvia se queda un instante en la calle. Está algo borracha. Hace un rato tuvo que comerse un bocadillo y bajar el ritmo de cervezas. Su ropa y su pelo apestan a humo. En uno de sus oídos resuena un pitido percútante y desazonador. El asfalto aún desprende calor del día y Sylvia nota su camiseta sudada.

Un rato después se despide de sus amigos. Decide caminar hasta casa. Lo hace sin prisa, por la calzada, al lado de los coches, evita a la gente en la acera. Pasa delante del piso de Ariel. Lo alquilaré, no quiero venderlo, le dijo él. Si lo necesitas, no tienes más que pedírmelo. Tiene ganas de estar sola, de caminar sola. Siente una especie de dolor en el pecho, intenso pero placentero. Es como si hubiera una herida, pero una herida leve, una marca en la piel que quieres acariciar, reconocer, disfrutarla por todo lo que significa para ti. Ahora que aún está, porque es posible que, pronto, desaparezca.

AGRADECIMIENTOS

En el proceso de escritura de esta novela fue imprescindible la ayuda de algunas personas. La mayoría de ellos son amigos, así que no es preciso nombrarlos. Evito así inculparlos. Quiero agradecerles las muchas cosas que hay suyas en este libro. Algunos fueron lectores fundamentales, otros unieron su inspiración a mi transpiración. A ellos les debo expresiones argentinas o ecuatorianas, reflexiones sobre el juego del fútbol, detalles jurídicos, conocimientos médicos, notas musicales, correcciones sintácticas, miradas estrábicas, experiencias eróticas, y sobre todo la generosidad para compartirlo conmigo. Le debo el cuadro que ilustra la portada al talento del pintor Josep Santilari, a quien conocí gracias a la Galería Artur Ramón de Barcelona. También tomé prestada una disquisición lógica de Adrián Paenza y su libro *Matemática... ¿estás ahí?*, y fragmentos musicales y poéticos de algunos maestros que aparecen citados o sugeridos o camuflados, como por ejemplo tras esa lección de vida que me esfuerzo por seguir: *non piangere, coglione, ridi e vai...* Pero quizá lo más importante sea reconocer la paciencia y el ánimo de los que estuvieron cerca durante el proceso de escritura. Espero tener oportunidades para compartir con ellos cualquier satisfacción que este libro nos traiga.



DAVID TRUEBA, nacido en Madrid en 1969 y hermano del director ganador de un Óscar, Fernando Trueba, es un escritor, director y guionista de cine español.

Formado como periodista, viajó a Estados Unidos para estudiar escritura de guiones. A su vuelta realizó sus primeros trabajos como guionista, sobre todo para televisión, aunque también compuso letras musicales por encargo.

En el cine su primer guión fue *Amo tu cama rica* (1991), y cinco años más tarde, dio el salto a la dirección, sin abandonar el guión, con *La buena vida* (1996), película por la que recibió dos nominaciones a los Premios Goya. Su gran éxito le llegó en el año 2000, con la adaptación de la novela *Soldados de Salamina*, película que fue presentada por la Academia del Cine para representar a España en los Óscar.

Como escritor ha publicado ya tres novelas con cierta repercusión crítica y de público. En 2008 le fue otorgado el Premio Nacional de la Crítica por *Saber perder*.

Notas

[1] Las galopadas del zurdo argentino eran eléctricas, sin duda el mejor atacante del equipo visitante. <<